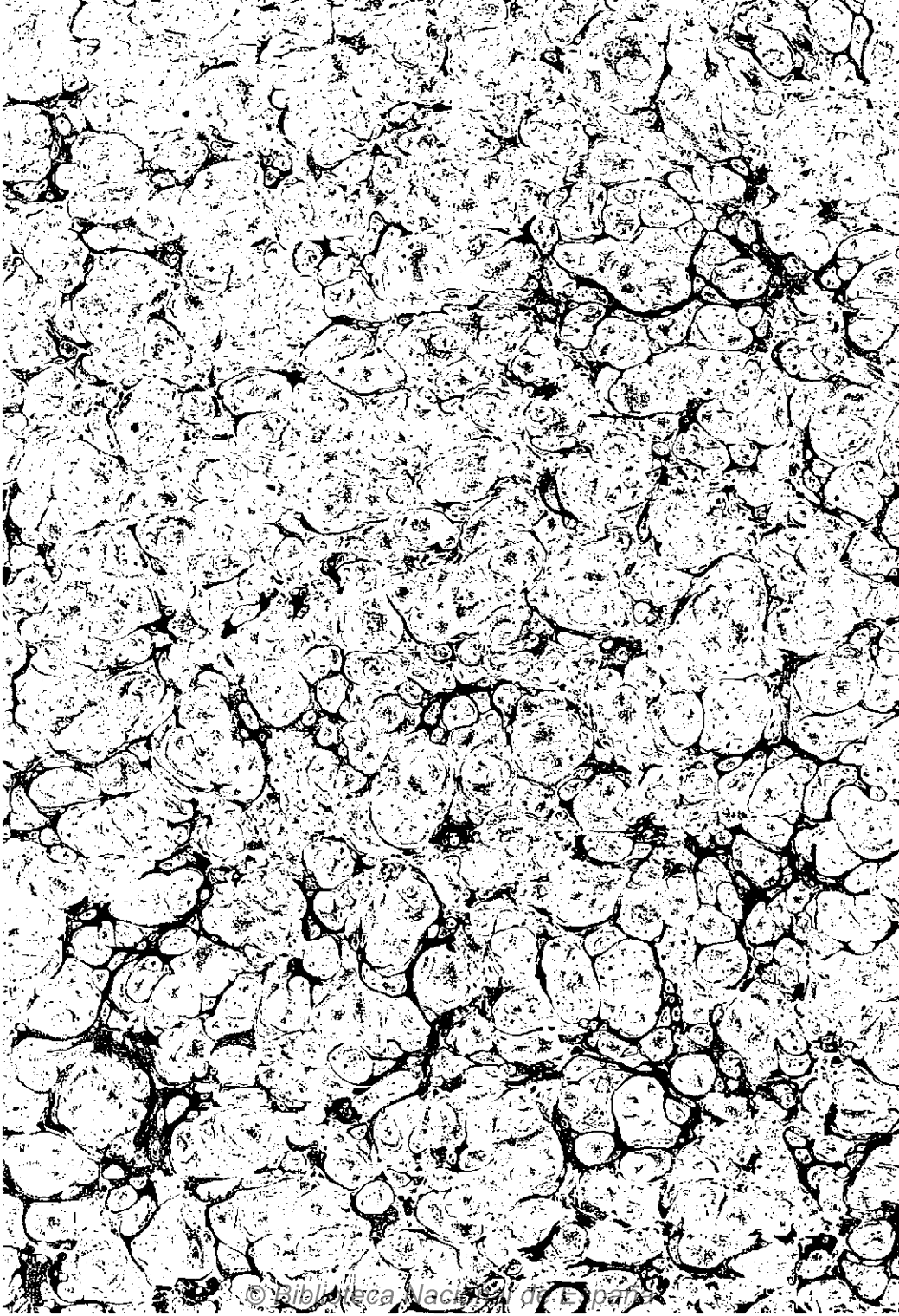
PERUJ
LURALID
DE
1
41238

4,238

© Biblioteca Nacional de España


© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD

DE

EXISTENCIAS DEL ALMA

ANTE EL SENTIDO COMUN.

ESTUDIO FILOSÓFICO-TEOLÓGICO

SOBRE LA VIDA FUTURA,

en el que se refutan los errores modernos
acerca del orígen y destino del alma, y se demuestra que la doctrina católica es la única verdadera y racional.

POR EL DOCTOR

DON NICETO ALONSO PERUJO, PBRO.

CANÓNIGO DOCTORAL

DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE VALENCIA.

Statutum est hominibus semel mori;
post hoc autem judicium.
Ad Hæbreos, IX, 27.

GASPAR, EDITORES.
4. PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1880.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD

DE

EXISTENCIAS DEL ALMA

ANTE EL SENTIDO COMUN.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD

DE

EXISTENCIAS DEL ALMA

ANTE EL SENTIDO COMUN.

ESTUDIO FILOSÓFICO-TEOLÓGICO

SOBRE LA VIDA FUTURA,

en el que se refutan los errores modernos
acerca del origen y destino del alma, y se demuestra que la doctrina católica es la única verdadera y racional.

POR EL DOCTOR

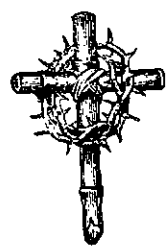
DON NICETO ALONSO PERUJO, PBRO.

CANÓNIGO DOCTORAL

DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE VALENCIA.

Statutum est hominibus semel mori;
post hoc autem judicium.

Ad Hœbreos, IX, 27.



GASPAR, EDITORES.

4. PRÍNCIPE, 4.

MADRID.—1880.

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad.

© Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO.

Mal aconsejado el señor Perujo, que indudablemente no me conoce bastante, se ha dignado pedirme un prólogo para su libro, *La pluralidad de existencias del alma ante el sentido comun*, impreso en la casa editorial de los señores Gaspar, editores de Madrid. ¡Holgárame yo de que no hubiese tomado semejante acuerdo, en cuya virtud la amistad verdadera no tiene más remedio que rendirse, coger la pluma y dar comienzo al prefacio, tan diferente del hermoso edificio que á continuacion se levanta! No obstante, el verdaderamente perjudicado será el autor y no el prologuista, pues muchos que se dejan llevar de las apariencias, al ver frontispicio tan feo, quizás no pasen adelante y pierdan, por mi culpa, verdades y bellezas sin cuento.

Don Juan Manuel Orti y Lara, en el cuaderno número 14 correspondiente al mes de julio de 1877, de la excelente revista quincenal *La Ciencia Cristiana*, hablando de otra obra, famosa ya, del mismo señor Perujo, que se titula *La pluralidad de mundos habitados ante la fé católica*, dice lo siguiente: «Lo que el señor Perujo no puede consentir, lo que victoriosamente refuta con no ménos entusiasmo que maestría, es, no ya la pluralidad de mundos habitados, sino la de las existencias varias que los modernos defensores de la metempsícosis antigua otorgan á los hijos de Adan, trasladándolos á los astros desde este mundo sublunar, y sometiéndolos en ellos á nuevas pruebas y desenvolvimientos sucesivos, movidos y dirigidos sin duda en tales invenciones del espíritu de emancipacion y libertinaje, que forman el fondo de las doctrinas anticristianas. El capítulo XVII, consagrado por el señor Perujo á pulverizan este error de Reinaud, propa-

© Biblioteca Nacional de España

gado ahora por Flammarion, es de los más acabados de su obra: bien quisieramos trasladar aquí algunos parajes de él, pero nos lo impide la dificultad de elegir los más bellos. Léanse todos por los que se deleitan viendo la verdad rodeada de sus propios esplendores, y de seguro se nos dará la razon.»

Aquel capítulo es el bosquejo de esta obra. Encariñado el señor Perujo con la *idea*, dedicó á convertirla en *hecho* los pocos ratos que le dejan libres sus muchas ocupaciones, y no de un golpe, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, sino lentamente, pero más perfecta quizás y mejor armada, apareció la obra en que me ocupo.

Vivimos en una época de orgullo científico y de supuesta ilustracion general, como no se registra otra en las páginas de la historia. Hay la creencia de que pasaron para nunca más volver los errores científicos, las aberraciones filosóficas y los fanatismos religiosos; y desvanecido el siglo XIX con sus progresos intelectuales, mira compasivo y desdeñoso á los siglos precedentes sus progenitores. ¡Mísera vanagloria! Ved como tan orgullosa edad resucita muchas de las monstruosidades y ridiculeces de los antiguos tiempos.

Dijo Aristóteles que las anguilas son engendradas por el lodo de los estanques; afirmó Lucrecio que en sus dias brotaban del seno de la madre tierra muchas criaturas formadas por las lluvias y el calor del sol; refirió Virgilio que las abejas nacen de la carne de buey en putrefaccion; y ahí teneis á los sabios contemporáneos, con Haeckel á la cabeza, encastillados en la teoría mecánica de la vida, y sosteniendo á capa y espada la *generacion espontánea*.

Se le ocurrió decir á Empédocles que las plantas, animales y abortados, son los pelos y plumas del grande animal llamado tierra, el cual produjo al principio miembros sueltos y errantes, despues verdaderos mónstruos, y por último andróginas semibrutos y semihombres. Refieren Herodoto y Plinio que los lobos se trasformaron en hombres, y que existen algunos de éstos con piés de avestruz y orejas tan anchas que con ellas se envuelven cual si fuesen un manto. Soñó Lucrecio que los hombres salieron de la tierra como las ranas del fango del Nilo; y Paracelso, Cornelio Agripa y otros, se jactaron de poder hacer un hombre. Siglos despues, los PP. Fuente de la Peña, en su *Ente dilucidado* y Ferrer de Valdecebro, en su *Gobierno moral y político hallado en las aves más generosas y nobles*, con donaire sin igual, discurrieron acerca de todos estos puntos extravagantes tanto y tan bueno, que parecía agotada la materia. Pero no: ahí teneis al ponde-

© Biblioteca Nacional de España

rado Darwin, con toda su cohorte de sabios naturalistas y positivistas, desenterrando el antiguo y moderno transformismo, exagerándolo hasta convertir al hombre en primo hermano del mono y aplicando el bálsamo milagroso de la filosofía *monista* á la resolucion de las más altas cuestiones teológicas, filosóficas, morales y sociales.

¿Os reis de la mágia, nigromancia y posesion antiquísima? Contesten por mí el sonambulismo, magnetismo y espiritismo modernos con sus veladores giratorios, fluido ódico, claravidencias, mediums y evocaciones.

¿Recordais nada mas ridículo y vetusto que la metempsícosis ó trasmigracion de las almas orientales? Vedla, pues, saliendo de su sarcófago por obra y gracia de Mr. Andrés Pezzani, abogado de los tribunales de Lion. No os asusteis, sin embargo, que las mómias sólo dan miedo á los niños y el docto prebendado de la metropolitana de Valencia le asestó la pluma, la redujo á polvo y aventó sus cenizas con el soplo de su dialéctica irresistible.

Pezzani, al escribir sobre la *pluralidad de existencias del alma*, se propuso completar la obra de Flammarion referente á la *pluralidad de mundos habitados*. Creen ambos en la *trasmigracion de las almas* de mundo en mundo al través de los espacios sin fin, y sólo así admiten y se explican la inmortalidad del alma y la vida perdurable. El señor Perujo, que refutó victoriosamente los errores religiosos en que incurrió Flammarion al sostener la existencia de habitantes en los astros, en cierto sentido no podia menos de recoger el guante arrojado por su continuador Pezzani para devolvérselo en debida forma.

Al efecto, empieza exponiendo con sinceridad suma la teoría del abogado francés, el cual titula su obra: *La pluralidad de las existencias del alma segun la doctrina de la pluralidad de los mundos: opiniones de los filósofos antiguos y modernos, sagrados y profanos desde el origen de la filosofía hasta nuestros dias*. Basta el precedente título para comprender el pensamiento de Pezzani. «Esta obra, dice su impugnador, puede llamarse una historia apologética de los errores palingenésicos, narrada, comentada y explicada segun las ideas personales del autor. El objeto de ella es negar la eternidad del infierno.»

La eternidad de las penas, verdad filosófica á la vez que dogma religioso, pesa, en efecto, cual si fuese la fria losa de un sepulcro, sobre la conciencia de materialistas y racionalistas. Aquéllos, más lógicos y radicales, rechazan el espectro con una negacion rotunda y obsoluta.

© Biblioteca Nacional de España

Niegan á Dios, niegan la espiritualidad del alma, niegan la vida futura y tienen el honor de equipararse al caballo y al mulo para los cuales no hay ni entendimiento ni infierno. Éstos, por el contrario, forjan un Dios á su manera para sus particulares usos, sencillote y bonachon, que, despues de haber comunicado el primer impulso al universo mundo, no se cuida para nada de los humanos, esperando que se desenvuelvan y perfeccionen en los espacios sin fin; admiten la espiritualidad del alma humana y áun la defienden entusiastas contra los positivistas; muchos confunden la inmortalidad con las trasmigraciones; y algunos, por último, de la manera mas racionalista y por arte de brujería, convierten las terroríficas penas eternas del infierno en piruetas gimnásticas incesantes que dan las almas de estrella en estrella y de sol en sol hasta que se identifican con ese absoluto panteístico, del cual proceden, y que lo mismo puede llamarse rey que Roque, pues carece de propia personalidad y de individualidad existente. El camino será diferente, pero el término de la jornada el mismo: ¡horror al infierno! Cuando se teme un mal, que nos amenaza y está por venir, se cierran los ojos para no verle y se niega su existencia. El recurso es pobre, pero frecuente; y no admira que Mr. Pezzani haya incurrido en semejante miseria.

Incidentalmente y á la vez que expone á grandes rasgos la teoría que refuta, el señor Perujo hace ver la confusion y desórden que reina en el libro de Pezzani, su falso concepto acerca de la inmortalidad y los errores en que incurre respecto al orígen y destino del alma. Entrando despues en materia, demuestra rigurosamente que la teoría de Pezzani es falsa en su *supuesto*, falsa en su *concepto* y falsa en su *fondo*. Para seguir al señor Perujo en esta su contundente y detallada refutacion, se necesitaría un libro, y no he de ser yo quien fatigue al lector con repeticiones empalagosas é inútiles: apuntaré sólo lo más culminante.

Mirando en general y con ojo sintético y perspícuo la doctrina que combate, el autor de este libro prueba, ante todo, que ninguna ilacion lógica existe entre el error de la pluralidad de existencias del alma y la pluralidad de mundos habitados. Se puede admitir esta hipótesis, perfectamente compatible con el dogma católico y de la cual es partidario el señor Perujo, y rechazar por errónea aquella afirmacion. Son proposiciones entre las cuales no existe la menor reciprocidad, ni áun analogía. Si falso es el supuesto del cual parte Pezzani, no lo es menos la idea acerca de la pluralidad de existencias anímicas, que se ha

© Biblioteca Nacional de España

forjado el visionario francés. «Ni la revelacion divina (dice el señor Perujo) ni la razon humana la reconoce por fruto suyo; y por el contrario, la primera la condena como herética, miéntras la segunda la rechaza como absurda.» Nada prueban en contrario las multiformes y extravagantes creencias de los druidas, griegos, egipcios, indios, persas, etc. acerca de la metempsícosis; ni los misterios paganos; ni las supuestas opiniones palingenésicas de los hebreos y cristianos primitivos. Las aberraciones intelectuales y fanatismos religiosos de los pueblos, áun en el caso de que no se desfiguren, son fundamentos deleznables y movedizos para que se pueda construir sobre ellos tan pesado edificio. En el fondo de todas estas creencias, la crítica racional no ve ni puede ver otra cosa mas que restos adulterados del gran dogma de la inmortalidad del alma. Quien otra cosa busque, encontrará testimonios de ningun valor. Una cosa análoga sucede con los escritos de los modernos partidarios de la pluralidad de existencias anímicas. Ni aisladamente, ni en conjunto tienen autoridad alguna. Su valor científico depende de las verdades y fuerza demostrativa de cada uno; y notorio es que ninguno de ellos ha sabido salir del campo de las mas gratuitas hipótesis. Por último, el señor Perujo señala la contradiccion que existe entre la pluralidad de existencias y el dogma cristiano de la inmortalidad del alma, y concluye la refutacion general de la teoría de Pezzani diciendo: «Si el cristianismo es verdadero, la pluralidad de existencias es un absurdo.»

Descendiendo al combate singular, destruye una por una las tan audaces como falsas apreciaciones de Pezzani, respecto á la fé de los hebreos en la vida futura. «Tan abiertamente desfigura (Pezzani) los textos sagrados (dice el señor Perujo) tan atrevidamente violenta su letra, tan caprichosamente interpreta su sentido y, en fin, de tal modo los adultera y los falsea, que no es posible leer esta parte de su libro sin mezcla de asombro, de lástima y de indignacion.» Y en efecto: todos estos sentimientos juntos, impulsados y dirigidos por instruccion vastísima, dan en tierra con los atrevimientos semi-eruditos de Pezzani, el cual queda tan mal ferido, que dudo intente su curacion replicando y defendiéndose.

Percance análogo le acontece cuando, no encontrando el mas insignificante asidero en los Sagrados Textos, busca apoyo á su teoría en la imaginaria doctrina secreta de Moisés y Jesucristo. El señor Perujo niega rotundamente el *hecho;* como la prueba incumbe al que afirma, desafía á Pezzani á que lo pruebe; demuestra con textos

© Biblioteca Nacional de España

terminantes y razonamientos incontrovertibles la publicidad y uniformidad constante de la doctrina de Cristo y su Iglesia; y refuta brillantemente, por último, el crasísimo error de la revelacion *progresiva*, sostenida por su contrario. Afirma, al efecto, que «la revelacion divina, considerada *objetivamente*, es inmutable, perpétua, siempre idéntica á sí misma, aunque *subjetivamente* sea susceptible de progreso, es decir, de ser mejor conocida y practicada de dia en dia.» El señor Perujo, batallador y controversista por excelencia, sacrifica, á veces, la forma al fondo, no porque falten colores en su paleta, ni habilidad en su pincel, sino porque sin duda teme que el atavío retórico desfigure algun tanto la verdad. No obstante, cuando la ocasion, como en el presente caso, lo pide, ilustra la materia con imágenes y comparaciones bellísimas. Para explicar de qué modo la verdad revelada, siendo siempre la misma, aparece, no obstante, en los distintos tiempos con claridad diferente, se expresa así: «La revelacion divina es el Sol que alumbra á la humanidad, de la misma manera que el Sol material á nuestro globo. Primero extiende en los límites del horizonte una luz vaga, suficiente apénas para distinguir los objetos; es el alba. Luego aparecen brillantes y dorados arreboles, que nos alegran, animan y refrescan, como precursores de sus rayos luminosos; es la aurora. Poco despues, se levanta del fondo del mar una brillante diadema, que en breve se convierte en un disco esplendoroso, se eleva majestuosamente por la bóveda celeste, y como un monarca espléndido va derramando por do quiera beneficios; es el dia. Entónces avanza el rey en sus vastos dominios creciendo de momento en momento su brillo y llega en el medio dia al apogeo de su gloria. Del mismo modo la revelacion Divina tuvo su crepúsculo en Adam, lució en los Patriarcas, brilló en Moisés y en los Profetas, y resplandeció en toda su plenitud en Nuestro Señor Jesucristo; y desde entónces sigue iluminando á los mortales con luz indeficiente, que no padece eclipses, ni tendrá ocaso.» Otros muchos pasajes pudiera copiar en corroboracion de que no carece el señor Perujo de intencion poética, ni de galas retóricas; pero el fondo del libro reclama con mejor derecho nuestras miradas.

Desciende el señor Perujo á las argumentos directos teológicos y filosóficos, y con erudicion suma y claridad grande expone diferentes pruebas contra la pluralidad de existencias, deducidas de la Sagrada Escritura, de los Concilios, de los Santos Padres y de las creencias de todos los pueblos. Las pruebas teológicas contenidas en el capí-

© Biblioteca Nacional de España

tulo V son incontrovertibles y admirable el órden con que expone los sagrados textos.

Aunque los partidarios de la pluralidad de existencias no son materialistas, el señor Perujo, que es amigo de las situaciones despejadas y bien definidas, refuta breve y contundentemente sistema tan degradante, y encarándose luego con Pezzani empieza la luminosa exposicion de los argumentos filosóficos, con que victoriosamente le combate. Quisiera indicar los principales, aunque temo que al condensarlos, reduciéndolos á su expresion mínima, pierdan gran parte de su elocuencia y vigor. Empecemos por los que se deducen de la misma naturaleza del alma.

El alma humana es simple por cuanto carece de partes, y es espiritual por cuanto tiene aptitud intrínseca á existir y vivir por sí fuera del cuerpo y con independencia absoluta de todo lo material. Ahora bien; la pluralidad de existencias es incompatible con esa individualidad en el ser y esa actividad en el obrar, propias de toda sustancia simple y espiritual. Luego el alma subsistente en sí, miéntras no viva unida á su propio cuerpo, con el cual forma persona humana, con el cual es una *unidad*, un *yo*, debe estàr perpétuamente separada de todo otro organismo corpóreo, que le sería completamente extraño, y por lo tanto repugna á su naturaleza multiplicar sus existencias en otros cuerpos.

El alma humana es inmortal y la inmortalidad supone no solamente una idea negativa, sino tambien la positiva afirmacion de una vida *indeficiente*, esto es, la permanencia constante del sér viviente en su estado natural. Pero una vez desarrollado por completo, todo viviente es tal en tanto que persevera identico á sí mismo y conserva la unidad del propio sér. Es, pues, de todo punto incompatible el estado de vida perpétua con los cambios necesarios que llevarian consigo las encarnaciones sucesivas del alma en organismos nuevos. Y para eludir la fuerza del razonamiento no se acuda al perfeccionamiento progresivo, porque éste que se concibe dentro del *estado permanente* de cada sér, repugna á esos *tránsitos* continuos de vida en vida, ó sea *muertes incesantes*, inventadas por los origenistas modernos para explicar la *inmortalidad* del alma.

Pezzani, enemigo de las reencarnaciones repetidas perpétuamente en la tierra, al refutar las opiniones palingenésicas de Leroux y Fourier, refuta su propio sistema acerca de las preexistencias del alma en los astros. La carencia de recuerdos y hasta de reminiscencias de

© Biblioteca Nacional de España

dichas vidas es una razon tan concluyente contra Leroux como contra Pezzani. Ninguna causa intrínseca ni extrínseca al alma, explica satisfactoriamente en cada vida la desaparicion de los recuerdos referentes á la anterior. Más fácil le parece al señor Perujo «que un soplo furibundo del Omnipotente apagase en un instante todos los soles del firmamento, convirtiéndolos en lóbregas y frias masas carbonizadas, que el que emplease su poder en apagar la luz de todas las inteligencias, y el calor de todas las voluntades, al empezar una vida responsable, y que sumergiese á todas las almas racionales en una postracion tan inerte, en un letargo tan profundo, que perdiesen hasta la conciencia de sí mismas, precisamente para sufrir una prueba decisiva, ó una expiacion.» Profundamente pensado y galanamente dicho.

Para atenuar la fuerza incontrastable del anterior argumento, Pezzani y sus partidarios buscan reminiscencias é indicios de vidas anteriores en las ideas innatas, genio, talento, inspiracion, prevision, sueños, sonambulismo, aptitudes diversas, inclinaciones, simpatías y antipatías, y todas cuantas predisposiciones naturales, más ó ménos misteriosas, notan en el hombre. En solo un capítulo y con claridad suma deshace el señor Perujo este laberinto de objeciones probando que no existen las ideas *innatas*, resolviendo con la Escolástica la difícil cuestion del orígen de las ideas, y haciendo ver que dichas predisposiciones naturales y fenómenos extraños no pueden atribuirse á fuerzas latentes, adquiridas por el alma en supuestas existencias anteriores, pues dicha *hipótesis no probada* nada explica satisfactoriamente, sino que son dones gratuitos que Dios distribuye entre los hombres, segun el destino que á cada uno asigna su Providencia soberana. La energía de la voluntad, la educacion, la ciencia, el arte y el trabajo son las mas veces suficientes para la racional explicacion de dichas inclinaciones que dejan siempre á salvo la libertad humana.

Desalojado Pezzani de una en una de todas sus trincheras, se refugia en la desacreditada teoría del doctor Gall y sostiene que «al entrar el alma en el cuerpo humano imprime á éste una manera de sér, correspondiente al grado de iniciacion que conquistó anteriormente» y de aquí la localizacion de las facultades del alma en otras tantas protuberancias cerebrales. Fundándose el señor Perujo en hechos y razones, refuta cumplidamente la teoría frenológica; aunque se la suponga verdadera, niega que tales disposiciones localizadas sean efecto de una vida anterior; y concluye haciendo resaltar las contradicciones en que

© Biblioteca Nacional de España

incurren los preexistencianistas sosteniendo á la vez, como si fuesen compatibles, la frenología y la libertad moral, y calificando indistintamente de *prueba* ó *expiacion*, segun conviene á sus propósitos, nuestra vida presente.

Los mismos atributos divinos sirven tambien de pretexto á Pezzani para la defensa de su irreverente teoría. Sin la preexistencia no comprende las desigualdades entre las almas y en el caso de que se suponga que no fueron creadas iguales, acusa á Dios de injusto por haber tratado á unos hombres con tanta liberalidad y á otros con tanto rigor. Contesta el Doctoral de Valencia explicando, ante todo la verdadera doctrina acerca de la presciencia, justicia, bondad y providencia divinas. Solo padece la justicia en el caso de que haya violacion de algun derecho. Ningun derecho tiene el hombre respecto á Dios. Luego no hay ni puede haber injusticia en la providencial distribucion que Dios ha hecho de los bienes y males de este mundo. Sobre todo el dogma de la Providencia lo expone con entusiasmo y lucidez. «Si yo tuviera talento, ciencia y condiciones (dice el señor Perujo) para desarrollar un sistema filosófico, éste seria el mio y le llamaria el *Providencialismo.*» Con la modestia propia del verdadero sabio, deja vislumbrar el señor Perujo su aficion y aptitud nada comun hácia las grandes concepciones. Hay entendimientos que al remontarse á ciertas alturas ideológicas experimentan vértigos parecidos á los que sufren muchas cabezas al asomarse á un precipicio. El señor Perujo, por el contrario, vive en esas elevadas regiones como en su propio y natural elemento, y discurre por ellas con pié tan seguro y firme como el marino veterano por la cubierta y járcias de su buque. No hace mucho tiempo dió una conferencia sobre la *Dinámica del mundo moral*, en los salones de la Juventud Católica de Valencia, y áun no he vuelto de mi asombro al verle navegar con rapidez y sin vacilaciones por entre las sirtes y escollos del fatalismo, panteismo, materialismo, pelagianismo y otras herejías. Está familiarizado con los grandes sistemas y supremos principios como lo estamos los simples mortales con las pequeñeces de la vida.

En vez de decaer, se acrecientan las fuerzas del señor Perujo á medida que avanza en este su penoso trabajo. Acomete de frente el pavoroso problema de la existencia de mal; pone en parangon las soluciones preexistencianista, panteista, dualista y pelagiana con la solucion católica; trata del pecado original, su naturaleza, propagacion y efectos; refiere grandilocuentemente la Redencion, y sacando de todo

© Biblioteca Nacional de España

ello razones poderosas contra la teoría que combate, concluye afirmando que Dios «permite el mal para sacar de él un bien mayor, y ordenarlo por secretos caminos á la mayor gloria y á la mayor felicidad de sus criaturas.»

Utilizando sus extensos y profundos conocimientos filosóficos, prueba despues que la pluralidad de existencias destruye la personalidad humana, su grandeza y dignidad; con alto sentido filosófico-escolástico, explica la union sustancial existente entre el alma y el cuerpo, la esencia del compuesto humano y su disolucion temporal, y termina burlándose del *perispíritu* de sus contrarios, semejante al *mediador plástico* de Coudwort, é invencion tan peregrina como inútil para explicar el comercio entre el cuerpo y el alma.

Nuevas y poderosas consideraciones contra la preexistencia y reencarnaciones de las almas, inspiran al señor Perujo la nocion de la vida, la generacion, la paternidad, la fuerza vital, la muerte, el cadáver y los cementerios. Demuestra á continuacion que la pluralidad de existencias es contraria á nuestros sentimientos y aspiraciones; que las muchas pruebas en diferentes vidas para fijar nuestra suerte futura son inútiles, siendo infinitamente mas razonable el estado permanente de felicidad ó desventura eternas; y concluye haciendo ver que el error de la pluralidad de existencias conduce al más desolador fatalismo, es injusto é inmoral, y entraña grandísimos peligros para las sociedades.

Coronado con los laureles de la mas completa victoria, el sabio doctoral de la metropolitana de Valencia, podía haber terminado aquí perfectamente su importantísimo trabajo; pero, convencido de que la ignorancia sobre los principios fundamentales del Catolicismo aumenta de dia en dia hasta entre las personas ilustradas, y de que, para ser aceptada le basta á la doctrina católica ser bien conocida, en otros tantos capítulos, demuestra la superioridad con que resuelve las importantísimas cuestiones del orígen y destino del alma, y trata del purgatorio, infierno, cielo, resurreccion de la carne, juicio final y eternidad, enseñando, en pocas páginas, cuanto conviene saber al cristiano ilustrado acerca de estos culminantes puntos.

La obra termina con cuatro interesantes y extensas notas, cuyos títulos son los siguientes: *Principales errores antiguos y modernos acerca de la vida futura, La cábala Hebrea, De la inmortalidad del alma y la metempsicosis*, y *Refutacion de Orígenes por el Emperador Justiniano* extractadas la primera de *La Vie future suivant la foi et suivant la raisont*, por Mr. Th. Henry Martin; la segunda,

© Biblioteca Nacional de España

de la *Historia Universal*, por César Cantú; y la tercera, del tratado acerca de la *Inmortalidad del alma*, por don Francisco de Quevedo, y la cuarta de las actas del concilio VII general, II de Constantinopla.

He abusado de la paciencia del lector, refiriéndole lo que ha de ver por sí mismo, si este desventurado prólogo no le hace arrojar el libro; pero aunque se impaciente y contra el prologuista se revuelva, no debo dejar la pluma sin decir ántes lisa y llanamente mi opinion acerca del libro que motiva este prefacio. Como decia el malogrado Pedroso de las novelas de Fernan-Caballero, la obra del señor Perujo es indistintamente un buen libro y una buena accion. *Buen libro*, porque con doctrina sana, erudicion grande, crítica imparcial y severa, incontrastable argumentacion, y estilo, aunque sencillo, correcto y didáctico, realiza á maravilla el propósito de su autor ilustre. El señor Perujo no hubiera podido acometer y llevar á feliz término tal empresa, sin contar de antemano con profundos conocimietose en diferentes ramos del saber humano: ciencia tanta y tan sólida no se improvisa. Si su reputacion no fuese ya tan general como legítima, este libro sería suficiente para darle merecida fama de filósofo, teólogo, escrituario, historiador y hebraizante. Pero el trabajo del docto señor Perujo es ademas una *buena accion*, porque practica en ella la obra de misericordia de enseñar á los pocos incautos seducidos por los errores de Pezzani, Cirano de Begerac, C. Bonnet, Dupont de Nemours, Ballanche, La Cordre, Callet, D'Orient, Juan Reynaud, Flammarion, E. Barrault y á todos los espiritistas, la verdadera doctrina sobre la naturaleza, existencia é inmortalidad del alma humana. Bajo este aspecto, el libro del señor Perujo es eminentemente moral, y moralizador en alto grado.

Tan cumplidamente realiza el autor su propósito y logra su intento, que la lectura de esta obra casi inspira compasion á los refutados, ó mejor dicho, destrozados. Como castillo de naipes, construido sobre arena movediza, que el mas ligero soplo deshace y desparrama, así la dialéctica del señor Perujo tritura y deshace la teoría extravagante de Pezzani. Si la comparacion no fuese vulgar y baja diria que el sabio Doctoral valenciano juega con el rábula francés, convertido por arte de encantamiento en filósofo pretencioso, como juega el gato marrullero y socarron con el reciennacido ratoncillo que ha caido en sus zarpas. Un escrúpulo se me ocurre, que la franqueza me obliga á consignar en este proemio, ¿No se le ha ocurrido alguna vez á mi perspícuo amigo el señor Perujo, que refutándolos magistralmente

© Biblioteca Nacional de España

dispensa singular honor á los desvaríos de Pezzani y les concede una importancia que no tienen? La doctrina de la pluralidad de existencias anímicas es indudablemente herética y perniciosa, y el combatirla y destrozarla en un buen libro es, á todas luces, como arriba he dicho, una buena accion; pero ¿merece distincion tan señalada el campeon de la nueva secta? En mi opinion humilde, el oscuro nombre de Pezzani sin importancia científica, filosófica, ni religiosa, no tiene talla bastante para figurar al lado de los célebres heterodoxos modernos Darwin, Haeckrel, Büchner, Littré, Comte, Straus, Benan, Draper, etc. Refutándole quizás se desentierra un cadáver, al que dió sepultura el desprecio público, y aventando sus cenizas tal vez se infeste la atmósfera de miasmas pútridos, que alteren la salud de los inocentes que se entretengan en respirarlos. Por fortuna al lado del veneno tenemos la triaca, junto al libro de Pezzani se levanta imponente y destructor el del señor Perujo, y no hay miedo de que impugnado aquél por éste, quede en pié uno solo de sus argumentos, ni siquiera una de sus letras.

Concluyo pues, felicitando cordialmente á mi ilustre amigo el doctor y doctoral de la metropolitana de Valencia don Niceto Alonso Perujo por el merecido triunfo, que acaba de obtener publicando su libro último *La pluralidad de existencias del alma ante el sentido comun*, nuevo floron que hay que añadir á su ya brillante corona de polemista y escritor católico; y dejo en paz la pluma y á mis lectores para que penetrando en las siguientes amenas páginas se deleiten contemplando las bellezas del original, que mi brocha gorda ha deslucido y mi inhábil pluma no ha sabido encomiar bastante.

MANUEL POLO Y PEYROLON.

Valencia, Mayo de 1880.

© Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD

DE

EXISTENCIAS DEL ALMA

ANTE EL SENTIDO COMUN.

CAPITULO PRIMERO.

Reseña del libro de Mr. Andrés Pezzani: *La pluralidad de existencias del alma.*—Su concepto de la inmortalidad.—Errores acerca del orígen y destino del alma.—Filosofía del autor.

Lo que es Mr. Camilo Flammarion respecto á la grandiosa opinion de la pluralidad de mundos habitados, eso mismo es Mr. Andrés Pezzani respecto al desvarío de la pluralidad de existencias del alma. Cada uno de ellos es el mas decidido campeon y el mas entusiasta defensor de su idea; cada uno de ellos ha consagrado á ella todos los esfuerzos de su inteligencia, todo el fruto de sus estudios, toda la agudeza de su ingenio, y por decirlo así, han agotado la materia. Hay entre los dos una diferencia: el primero, aventajado astrónomo y físico, demuestra su tésis con multitud y variedad de argumentos basados en la ciencia y nutridos de buen sentido, y mientras sin salir de su asunto se mantiene dentro de la esfera de sus estudios, logra llevar la conviccion á los ánimos mas refractarios. Pero apenas se aventura en los campos de la metafísica, apenas presume filosofar sobre su idea favorita, se extravia miserablemente, y cae en los mismos errores que Pez-

© Biblioteca Nacional de España

zani. Siempre será profundamente verdadero el dicho de Apeles: *Ne sutor ultra crepidam:* por olvidarlo muchos en nuestros dias, poniéndose á discutir de lo que no entienden, se multiplican tanto los errores y las confusiones.

El segundo, abogado de los tribunales de Lyon, abandonando el Digesto y las Pandectas para lanzarse á las elucubraciones filosóficas, despues de acumular en su libro pesadas citaciones de diversas obras y autores, despues de mil repeticiones enojosas, despues de mil hipótesis gratuitas y destituidas de fundamento, si ha podido fascinar á algun ignorante, solo ha conseguido para los que entienden lo que leen, poner cada vez mas de bulto lo desatinado de su sistema. Como no es fácil despojarse de los hábitos adquiridos, parece que está formando un proceso con las deposiciones de diversos testigos, todos parciales por supuesto; y despues de haber leido su libro, se cree haber leido un alegato forense, ó mejor dicho, una capciosa prueba testifical contra el sentido comun.

Por otra parte Flammarion y Pezzani se hallan completamente de acuerdo en admitir la pluralidad de existencias. Este cree firmemente en la pluralidad de mundos habitados, y la toma como base y punto de partida de su error; aquel sienta este error como última consecuencia lógica de su trabajo sobre la habitacion de los astros. Si quisiéramos censurar al uno y al otro con una sola frase diríamos que Pezzani solo tiene razon en lo que conviene con Flammarion, al paso que Flammarion solo deja de tener razon en lo que conviene con Pezzani. El uno comienza donde el otro acaba. Pezzani confiesa que ha escrito su obra con el fin de completar la de Mr. Flammarion sobre la pluralidad de mundos, ó por mejor decir, como continuacion de aquella: Flammarion repite en muchos lugares de sus obras, que la pluralidad de existencias es la base

© Biblioteca Nacional de España

de sus creencias religiosas, y que «la doctrina de la *trasmigracion de las almas* de mundos en mundos al través del infinito de los cielos, (no titubeamos en proclamarlo de nuevo) es la única forma racional bajo la cual la ciencia moderna puede autorizarnos para definir el estado de la inmortalidad del alma y las regiones de la vida eterna.»

Al convenir en el mismo error, el astrónomo y el abogado tienen un mismo defecto: son escesivamente presuntuosos. Como todos los que pasan por inventores de un sistema ó apóstoles de una idea nueva, se enamoran de sus propias creaciones, y las engrandecen á medida de su deseo: empiezan por aventurar una hipótesis, y bien pronto la hipótesis se convierte en una opinion, y la opinion en una idea; luego la idea toma á sus propios ojos proporciones colosales; recibe de la fantasía esplendores, de la alucinacion fundamentos, de la preocupacion relaciones; para presentarla aceptable, piden á la historia hechos, á la ciencia analogías, á la lógica sofismas, y los hallan á su gusto en esos inmensos arsenales de la confusion y de la incertidumbre: despues plantean su tésis, la ensanchan y la levantan hasta enlazarla, no sé como, con los mas árduos y trascendentales problemas religiosos y filosóficos, presumiendo hallar en ella su esplicacion; y despues de convencerse á sí mismos, lo que logran fácilmente, aspiran á convencer á los demás. Ser inventor de una filosofía, y adquirir partidarios por disparatada que ella sea, ¿hay cosa mas fácil y mas comun en el siglo XIX?

Se ha dicho con acierto que el genio y la locura se dan la mano. Jamás lograré persuadirme que tales forjadores de sistemas, á pesar de su talento, no tengan un principio de enagenacion mental, en el mero hecho de apartarse del sentido comun. Flammarion piensa que la pluralidad de existencias es la filosofía mas levantada que se ha inven-

© Biblioteca Nacional de España

tado, que lo esplica todo satisfactoriamente, lo mismo nuestro orígen que nuestro destino, que es la mas digna de Dios; que tiene muchas razones en su favor y ninguna en contra, etc., etc.—Pezzani á su vez asegura que su sistema «explica lo pasado, lo presente y lo porvenir, á Dios, al hombre y al universo, mejor que cualquiera otro sistema:» y aun llega su ridícula vanidad hasta afirmar sériamente que «sus demostraciones en nada ceden á las demostraciones de las ciencias físicas, y que la ley del destino, que él ha descubierto, aunque no se aplique al mismo objeto, es del mismo órden que los descubrimientos de Kepler, Newton y Copérnico.»—¿Es posible que hasta tal estremo se alucine un hombre de talento?

Nuestra tarea quedaria incompleta, si despues de haber refutado los errores de Mr. Flammarion (1), no hiciéramos lo mismo con su continuador Pezzani, habiendo ya desde entonces contraido en cierto modo este compromiso con el público. Es verdad que entre los errores de aquel, quedó tambien suficientemente refutado en un capítulo especial el absurdo de la pluralidad de existencias, pero no con aquella copia de argumentos y aquella estension que reclaman las necesidades de la época. Refutando el libro de Pezzani, se refutarán en el mismo todas las falsas concepciones paganas y racionalistas acerca de la vida futura, y los destinos de ultratumba. El abogado de Lyon, no satisfecho con haber dado á luz quince obras filosóficas, segun él mismo dice, para defender su error, y haber sacrificado á su propaganda cerca de treinta años de su vida, (¡ah! cuan mal empleada), ha recopilado en su último libro las opiniones de todos aquellos, así antiguos como

(1) En mi obra, *La Pluralidad de mundos habitados ante la fé católica:* estudio en que se examina la habitacion de los astros, en relacion con los dogmas católicos, se demuestra su perfecta armonía con éstos, y se refutan muchos errores de Mr. Flammarion.—Madrid, Gaspar Editores, 1877.

© Biblioteca Nacional de España

modernos, que en el fondo han pensado ó piensan como él. Con esto intenta vanamente demostrar que «desde los tiempos mas remotos la forma mas persistente de la creencia del hombre en los destinos futuros ha sido la pluralidad de existencias, la doctrina de las transmigraciones, á la que nuestros antepasados (los Druidas) llamaban la rotacion de las almas.»

Pero en vano desentierra los monumentos de la antigüedad pagana, haciéndolos remontar á una época fabulosa, en vano revuelve las bibliotecas, interpreta á su capricho las doctrinas, y aventura suposiciones ligeras, y en vano invoca el testimonio de algunos escritores contemporáneos de diversas escuelas. Con esto podrá demostrar, lo que es bien sabido y nadie niega, que en todo tiempo ha habido algunos, muchos si se quiere, que han profesado los errores palingenésicos en una ú otra forma, pero jamás probará que esa haya sido la creencia general de la humanidad. Y aun cuando lo probara ¿bastaria esto por ventura para tener razon? ¿el absurdo, por muchos sufragios que reuna, se elevará nunca al rango de verdad? La historia nos ha conservado bastantes ejemplos de errores universales, y esto es una prueba de que la razon no se basta á sí misma, que yerra torpemente cuando se aplica á cosas que no son de su competencia, y por tanto que es necesaria la divina relacion.—Pero lejos de haber sido aquella la creencia de la humanidad, es lo cierto é innegable que la fé constante del género humano en todos los tiempos y países ha sido la que la razon humana de acuerdo con la revelacion divina proclama para despues de la muerte, un destino eterno, un estado permanente é irrevocable de felicidad para los buenos, y de castigo para los malvados.

El libro de Mr. Pezzani, que nos proponemos refutar, lleva este título: LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS DEL

© Biblioteca Nacional de España

ALMA SEGUN LA DOCTRINA DE LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS: *opiniones de los filósofos antiguos y modernos, sagrados y profanos desde el orígen de la filosofía hasta nuestros dias.* Usamos la edicion de Oliveres, Barcelona, 1873. No sabíamos que hubiera filósofos sagrados, ó que se llamasen así los escritores inspirados de nuestros Libros santos. El título promete: veamos lo que sale de él.

La obra está dividida en cuatro libros, precedidos de una introduccion esponiendo el estado de la cuestion. El primero tiene por título, *Antigüedad profana;* el segundo, *Antigüedad sagrada*; el tercero, *Autores modernos y contemporáneos*, y el cuarto, *Formas de la vida futura.* Basta leer el índice de sus capítulos para notar á primera vista la gran confusion de ideas del autor. En efecto, coloca entre la antigüedad profana á Moisés, Jesucristo y Orígenes en medio de Pitágoras y los Druidas; y por el contrario pone entre la antigüedad sagrada *el Zohar* de los judíos despues de Moisés, los Profetas y los Evangelios. Los hombres de estudio que están acostumbrados á lecturas sérias y metódicas y juzgan de una ojeada el mérito de un libro, al notar esta confusion, ora provenga de la inadvertencia del autor, ora de su intencion premeditada de confundir y amalgamar cosas tan opuestas, es probable que hubieran desistido de su lectura, como poco digna de fijar su atencion. Pero los que nos hemos impuesto la ruda tarea de defender la doctrina católica, tenemos necesidad de consagrar mucho tiempo á lecturas enojosas y desatinadas; y como dice con gracia un escritor contemporáneo, no es esta la menor penitencia que podemos ofrecer á Dios en satisfaccion por nuestros pecados. Sirva tambien de esto el ímprobo trabajo empleado para su refutacion.

En la introduccion, partiendo de un concepto equivocado acerca de la inmortalidad, afirma que esta cuestion

© Biblioteca Nacional de España

ha sido mal presentada siempre y por lo tanto mal resuelta: y cuando debíamos esperar en vista de esto que él la plantearia de un modo preciso y claro, vemos que lo hace de una manera vaga é incompleta, suponiendo que el problema consiste en saber si sobrevive la personalidad, si el sér tiene conciencia y memoria, para que pueda haber enlace entre sus diversas existencias. De este modo desde su primer paso se aleja de la verdad. El problema fundamental acerca de la inmortalidad no consiste en averiguar el modo de ser, sino en aquel pavoroso dilema que se proponia Hamlet al borde de una tumba: *Ser ó no ser*. Claro es que la existencia en los séres inteligentes supone la conciencia de sí mismo y de la propia identidad.

Espone despues la falsa concepcion de Spinosa acerca de la inmortalidad, las negaciones ó incertidumbres de la escuela de Hegel sobre este punto comunes en mayor ó menor grado á todas las escuelas de la filosofía alemana, que niegan ó alteran aquella importante doctrina, y se fija especialmente en las abiertas negaciones de Strauss, quien tiene el triste valor de combatir una por una las pruebas de la inmortalidad, sustituyéndola por la fantástica quimera de la realizacion del infinito por cada uno en sí mismo con la aspiracion al bien y á la verdad, hasta perderse en la vida de lo absoluto. Parece que Pezzani debia refutar con ardor y nervio esta desconsoladora filosofía, y sin embargo solo le opone en sustancia un argumento falso, que es la necesidad de un progreso indefinido como consecuencia de la tendencia del alma hácia lo absoluto, hácia lo infinito: y otro argumento débil de Mr. Julio Simon, tomado de la bondad y de la Providencia de Dios consideradas con un criterio puramente naturalista.

Pasa luego á presentar tres clases de pruebas de la inmortalidad;—1.ª, la prueba metafísica, sacada de la unidad,

© Biblioteca Nacional de España

de la sencillez del alma. Pezzani, que habia sacrificado de buen grado esta prueba á la negacion de Strauss, la rechaza ahora desdeñosamente, porque dice que no salva la persona, y que solo demuestra la posibilidad de la supervivencia personal. Sin embargo, esta prueba es una de las mas fuertes y directas en favor de la inmortalidad; ¿pero cómo la ha de admitir Pezzani, si ella sola echa por tierra todo su sistema de preexistencias y reencarnaciones?—2.ª, «la prueba psicológica sacada de las facultades del alma que en su mayor parte parecen no tener destino alguno en la tierra.» No dice qué facultades serán estas que no se ejercen en esta vida, donde cabalmente la perfeccion del hombre consiste en el desarrollo de sus facultades; y en este variado ejercicio se funda precisamente la deduccion de la inmortalidad, constituyendo tambien una prueba muy sólida, como veremos en su lugar.—3.ª, «la prueba moral sacada de la necesidad de una sancion de la bondad y justicia divinas.» Tambien altera la verdadera significacion de esta prueba, esponiéndola con Mr. Damiron de suerte que parece que su fuerza consiste en la necesidad de nuevas pruebas en otra vida para corregir al hombre. Pero no consiste en eso la importancia del argumento, sino en la exigencia de la justicia y perfeccion divina de conservar y restablecer el órden eterno establecido por Dios.—Despues añade una prueba ontológica, que dice preferir á todas las demás, á saber: «seremos porque somos,»—«soy, luego soy inmortal.»—Apreciamos este argumento en lo que vale, pero debemos observar que si se considera en sí mismo, aislado, envuelve una peticion de principio, puesto que dá por demostrado lo que se intenta demostrar.—Por último indica algunos otros argumentos de menos valor, deducidos de la idea de la muerte, del mérito de la virtud y su premio, del respeto á los difuntos, de la perfectibili-

© Biblioteca Nacional de España

dad por el trabajo, y de la naturaleza del alma, considerada como imágen de Dios. Admitimos con gusto estos argumentos, pero ¿por qué Pezzani pasa por alto otros muchos mas fuertes y directos y que mejor llevan la persuasion al ánimo del lector? ¿Será por ignorancia? ¿Será porque son la condenacion mas esplícita de su error?

Sea de esto lo que quiera, si no hubiera otras pruebas de la inmortalidad del alma que las que presenta, y como las presenta Pezzani, ¡cuán fácil triunfo alcanzarian sobre esta doctrina los discípulos de Strauss!

Pasemos ya al exámen de la obra.

El verdadero y principal objeto de Pezzani es la negacion de la existencia y eternidad del infierno.

El libro I, titulado, *Antigüedad profana*, está dividido en cinco capítulos. Empieza manifestando, como es la verdad, que la creencia en la inmortalidad del alma y en un estado futuro de recompensas y castigos se pierde en las tinieblas de la antigüedad mas remota, y que ha sido universalmente aceptada por todos los pueblos, lo mismo bárbaros que cultos. Los antiguos poetas la cantaron como una creencia popular estendida por todas partes, y los filósofos la enseñaron como una doctrina de tradicion antiquísima, de la que nadie sabe quién es el autor, y que proviene de la misma naturaleza, considerando este consentimiento de todos los pueblos como una excelente prueba de su verdad.

Pezzani violentando este constante y unánime testimonio, pretende que la fé del género humano ha sido la negacion del infierno, la preexistencia, las vidas sucesivas, el progreso en la bienaventuranza, y el movimiento contínuo de la creacion dirigido por Dios. Para probarlo asegura que el sistema de la metempsicosis se pierde en la noche de los tiempos, habiendo tenido su orígen en la India, de

© Biblioteca Nacional de España

donde pasó á Persia, y á Egipto y despues á Grecia; y cita varios pasajes de sus libros sagrados los Vedas, y del Bhagavad-Gita, en los que se habla de las trasmigraciones, confesando sin embargo que estos pasajes son muy raros en aquellos libros, y están mezclados con muchísimos errores, particularmente con la suposicion falsísima del paso del alma á los cuerpos de los animales. Tan arraigada estaba en la India la persuasion de los renacimientos terrestres á los cuales profesaban los Indios una antipatía invencible, que la religion de Budha se fundó únicamente y se propagó por temor á ellos, supuesto que ofrecia medios de eludirlos en fuerza de prácticas supersticiosas y ridículas; proponiendo como la suprema felicidad el *Nirvana*, ó sea, el anonadamiento con la pérdida de la personalidad.

La creencia en la metempsícosis se halla igualmente en la religion de Zoroastro, en una forma mas elevada, admitiendo despues de una larga série de vidas la conversion de todos los malvados. Tal es tambien la creencia de los Chinos y Japoneses. Los Egipcios creian que las almas pasaban á cuerpos de animales hasta que despues de un período de tres mil años volvian á animar un nuevo cuerpo humano. Los Griegos habian realzado esta idea, atribuyendo á las almas una vida independiente mas allá del sepulcro, y suponiendo que se convertian en genios buenos y protectores de los mortales. Asimismo Virgilio y Ovidio espresaron tambien en sus versos la misma doctrina del renacimiento, no concretado solamente á la tierra, sino que se verificará en las regiones celestes. Por último, muchos filósofos como Platon, Plotino, Porfirio y Jamblico enseñaron espresamente la preexistencia de las almas, la repeticion de las pruebas, y las vidas sucesivas. Estas mismas ideas, juntamente con la pluralidad de mundos habidos y la rotacion de la tierra, constituian, segun Pezzani,

© Biblioteca Nacional de España

el fondo de la doctrina secreta de los filósofos, ó sea los *Misterios*, en la cual solo eran iniciados algunos discípulos escogidos, y que se ocultaba cuidadosamente al pueblo por no chocar de frente con sus preocupaciones.—Finalmente dedica un capítulo á esponer la doctrina de los Druidas, que creian en la inmortalidad, en la pluralidad de existencias y de mundos habitados, y en las pruebas sucesivas, y entusiasmado con su filosofía, que califica de admirable, exclama: «La mision de nuestro siglo es desenvolver y resucitar aquella antigua doctrina.»

Pezzani termina esta primera parte de su obra, refutando el grosero error en que habian incurrido los antiguos de creer en las trasmigraciones del alma en los cuerpos de los animales. «Lo que impidió, dice, se propagase la metempsícosis en las masas, fue precisamente la absurda asimilacion de la esencia humana y la animal, que contínuamente ha rechazado la conciencia del género humano.» Hagamos notar aquí la palpable contradiccion en que incurre. Puesto que tal error era la forma general en que los antiguos profesaban la metempsícosis, si siempre lo ha rechazado la conciencia del género humano, ¿cómo se atreve á afirmar que la fé constante del género humano ha sido la pluralidad de existencias? ¿Si aquella doctrina no se propagó entre las masas, podrá llamarse una creencia general? Si unos pocos filósofos, ó muchos, la enseñaban secretamente, y la ocultaban bajo ridículos simbolismos, ¿no es esto una prueba de que la consideraban contraria á ese criterio constante que nunca se extravía ni se corrompe en el pueblo y que se llama sentido comun? Jamás la pluralidad de existencias ha sido una creencia general, y si algun pueblo la ha profesado, es precisamente bajo una forma que á todas luces la hace aparecer absurda. Cuando Pezzani refuta este error, hablando en rigor se refuta á sí mismo.

© Biblioteca Nacional de España

Osado como todos los incrédulos en hacer suposiciones y aseveraciones gratuitas, dice que si Moisés no introdujo este dogma en sus instituciones, era por los errores de que le vió acompañado, y que no expresó con claridad la creencia de la inmortalidad del alma. Jesucristo, añade, difundió esta gran verdad sin desarrollarla en todas sus consecuencias: «la Iglesia la desarrolló, adoptando el dogma del Purgatorio, del que no hay vestigio en el Evangelio, y con esto continuó en progreso la tradicion India.» Asi se permiten escribir muchos que aspiran al glorioso título de filósofos, inventores de sistemas. Aquí llamaremos la atencion sobre un rasgo que caracteriza á nuestro adversario, asi como á todos los enemigos de la doctrina católica. Este que se ha mostrado tan indulgente con Spinosa y Strauss, que no ha tenido una palabra de censura para las observaciones paganas, que ha visto pasar mil errores por su pluma sin ponerles el más mínimo correctivo, que llama digna de respeto á la locura espiritista, no contento con desfigurar los dogmas católicos, apenas le sale alguno al paso, emprende la tarea de refutarlo. ¿No es esto bastante significativo?

El libro II que lleva por encabezamiento, *Antigüedad sagrada*, consta de tres capítulos: el primero trata de la «Teología judía y cristiana,» el segundo de «El Zohar,» el tercero de «Orígenes».

Afirma que hallándose el pueblo hebreo en la infancia, Moisés y Jesucristo no debieron instruirle de las verdaderas condiciones de la vida futura, y de la rehabilitacion siempre posible, sino amenazarle con castigos eternos, á fin de contenerle en el deber, pero que se hallan en la Historia sagrada ciertos pasajes que solo pueden explicarse por la preexistencia y las reencarnaciones. Entre ellos cita un texto de Isaías y algunos otros de los Salmos, en los que

© Biblioteca Nacional de España

se dice que Dios no castigará eternamente, porque él ha creado las almas. Aduce tambien un pasaje del Génesis, cap. II, v. 7, y otro de Job, cap. XXVII, v. 2 y 3, en los que, segun él, se distinguen en el hombre el alma, el espíritu de las vidas, y el espíritu astral, lazo del alma y del cuerpo, ó en otros términos, el principio inteligente é inmaterial y el *perispíritu*.

«Tambien se explica por la preexistencia, prosigue, la vocacion de los patriarcas, de los profetas y de los grandes santos... Esta vida anterior era la fé constante y la doctrina universal de los judíos.» En comprobacion aduce algunos textos de la Sagrada Escritura, esplicados mil veces satisfactoriamente, v. g., que Dios conoció á Jeremias antes de formarle en el vientre de su madre; que los doctores de la ley creyeron que S. Juan Bautista era Elias, y el mismo Jesucristo así lo anunció; que los discípulos del Salvador creian que el ciego de nacimiento podia haber pecado antes de nacer: y por último, cita la célebre conversacion de Jesucristo con Nicodemus, en la que supone que enseña claramente la doctrina de los renacimientos. Además «las creencias en el Purgatorio, en el Infierno y en el Paraiso, «*en lo que los cristianos están de acuerdo con casi todas las religiones*,» son otra prueba de lo mismo; porque habiendo diversidad de culpas y de méritos, ha de haber diversidad de castigos y de premios, y por tanto debe haber una série indefinida de lugares especiales para ello. Por eso decia Jesucristo que «hay muchas moradas en la casa del eterno Padre.»

Como prueba de estas singulares apreciaciones aduce la autoridad de el *Zohar*, libro que, segun él, espresa la doctrina secreta de los Judíos, trasmitida por la tradicion. Este libro que apareció en Europa hácia fines del siglo XIII, y se publicó poco despues en España, se remonta, si hemos

© Biblioteca Nacional de España

de creer á Pezzani, á los primeros siglos de la era cristiana. «La creencia en la pluralidad de mundos y en la pluralidad de existencias, proviene de la mas remota antigüedad, de los primeros tiempos del mundo, pero no se redactó por escrito mas que en el *Zohar*, el *Sepher* y el *Jesirah*, el grande y pequeño *Idra*, y los suplementos del Zohar. Algunos Judíos la hacen subir hasta Moises, diciendo que fue la tradicion secreta que trasmitió á los setenta ancianos, á la vez que la ley del Sinaí para el pueblo niño: otros dicen que le fue revelada á Abraham. Lo cierto es que el Zohar fue redactado solamente por Simon-ben-Jochaï y sus discípulos en vista de documentos anteriores y orales.»— En este libro se enseñan efectivamente los errores antedichos: pero sin entrar ahora á discutir su orígen, ¿qué valor tiene á los ojos de toda persona ilustrada? ¿Por ventura no se hallan mezclados con multitud de fábulas y desatinos, que bastan para despojarle de toda autoridad?

Pezzani espone estensamente y censura con bastante acierto las doctrinas de Orígenes, añadiendo muchas reflexiones por cuenta propia. «Los *Misterios*, dice, fueron para los gentiles y el *Zohar* para los hebreos la doctrina secreta destinada á los fuertes, á los púberes entre los niños: Orígenes y sus escritos desempeñaron el mismo papel entre los cristianos. Supone Orígenes que la union de las almas á los cuerpos es un castigo de faltas cometidas en una vida anterior: y que despues de pasar por purificaciones sucesivas, entran en el seno de Dios, pero aun en aquel estado pueden caer de nuevo, así como por el contrario los demonios y los réprobos llegarán á conseguir la felicidad eterna despues de padecer mas ó menos tiempo. Enseña tambien que todo lo que hay de malo en el hombre desde su nacimiento, procede, no de la providencia, sino de su propia culpa; con lo cual preparó el camino á Pelagio para

© Biblioteca Nacional de España

negar el dogma del pecado original. El infierno solo tiene el carácter de una pena purificadora destinada á la rehabilitacion de los culpables; ¿pero «cuántos siglos se necesitarán para esa purificacion del alma por el fuego y los tormentos impuestos á los pecadores? Solo puede saberlo Aquel á quien el Padre ha entregado el fallo.»—Creia tambien Orígenes que el mundo actual ha sido precedido de una série indefinida de otros mundos, y que despues de su destruccion le seguirá otra igualmente.

Declara Pezzani que admite por completo la condenacion de los errores de Orígenes por los concilios de Calcedonia y el de Constantinopla, que reprobó con mucha justicia: 1.° el dogma de la preexistencia tal como lo entendia Orígenes, al enseñar que los hombres eran ángeles caidos, y que todos en su principio tenian naturaleza angelical; 2.° el dogma de la Encarnacion de Jesucristo sin humanidad; 3.° el dogma de la destruccion de los cuerpos; 4.° el dogma de la absorcion final en Dios; 5.° el dogma de la naturaleza angelical y no divina de Jesucristo; 6.° la caida posible de los escogidos. Pero tiene especial cuidado de no decir una palabra del error principal de Orígenes y que principalmente fue condenado, á saber, *la negacion de la eternidad del infierno*. ¿Por qué así? El que «adopta completamente aquella decision, no solo porque emana de dos »concilios, sino porque está conforme con la verdad,» ¿porque no acepta igualmente la condenacion del error principal? No; los concilios no pronunciaron su fallo sobre séres quiméricos al anatematizar la proposicion de que pudiera salvarse el demonio. Sea consecuente nuestro adversario, y si admite lo uno, admita igualmente lo otro.

Pasemos al libro III que espone las opiniones de los «*Autores modernos y contemporáneos*.» Insistiendo en su idea de la enseñanza secreta, esplica á su modo el desarrollo de los

© Biblioteca Nacional de España

dogmas en la infancia del cristianismo. La base del cristianismo, dice, es la mision, la muerte y la resurreccion de Jesucristo. San Pablo da por sentado que todos venimos al mundo manchados con el pecado original, é impotentes para el bien por nuestro solo mérito. Si Jesucristo descendió entre nosotros y espiró en la cruz, fue para redimirnos y salvarnos. Por causa de Adam incurrimos en la muerte, y por Jesucristo tenemos la vida. Nadie llega al Padre sino por el Hijo. Esta doctrina contiene tres grandes verdades: lo ínfimo de nuestra naturaleza, el principio de solidaridad, y la necesidad de un mediador.—Pero despues de la venida de Jesucristo, solo hay para el hombre, segun que haya ó no vivido conforme al Evangelio, dos absolutos inmutables; el cielo y el infierno. La Iglesia amedrentada ante estos dos extremos, adoptó el dogma del purgatorio. En cuanto á los niños que mueren sin bautizar quedan para siempre privados de la felicidad. Por último, para resolver la dificultad de las penas ó goces de las almas antes de la resurreccion, unos dicen que padecen las almas solas, y otros las atribuyen nuevas formas transitorias, especie de un cuerpo espiritual.»

Estos sistemas, contínua, inaceptables como han sido comprendidos, eran necesarios en la época en que se emitieron. Si Jesucristo hubiera enseñado la pluralidad de mundos y de existencias, y el destino del hombre de subir hasta Dios de progreso en progreso, no habria sido comprendido, ni habria alcanzado su objeto. Pero hoy la humanidad se halla preparada para recibir la revelacion de estas verdades. La revelacion es sucesiva, puesto que procede de la facultad mediadora de Dios, ó sea del ministerio de sus angeles y enviados, se acomoda al tiempo y progresa con la humanidad, como lo dice formalmente S. Agustin. Mientras se condenaban los errores de Orígenes, varios

© Biblioteca Nacional de España

doctores, colocados luego en el número de los Santos, continuaron sosteniendo la pluralidad de existencias y la no realidad de la condenacion eterna. Luego cuando se comprendió la redondez y el movimiento de la tierra, y que era un mundo suspendido en el espacio como otros muchos, el espíritu humano llegó poco á poco al conocimiento de sus verdaderos destinos. Aun entre el clero hubo siempre un centro de creyentes y sectarios secretos de la magnífica idea de la rehabilitacion permitida y del progreso de las vidas en el seno de lo infinito. Hé aquí, pues, que llega el reinado del Espíritu.»

Hemos estractado casi literalmente este capítulo. Su refutacion vendrá despues.

Todos los capítulos que siguen á éste, se reducen á trascribir diversos pasages de varios escritores modernos que han admitido la pluralidad de existencias, ó han negado la eternidad del infierno, ó han esplicado á su modo la naturaleza y condiciones de la vida futura. Los mas notables, á juzgar por los extractos de sus obras, son: Cirano de Begerac, C. Bonnet, Dupont de Nemours, Ballanche, La Codre, Callet, D'Orient, Juan Reynaud, Flammarion, E. Barrault, y los partidarios del Espiritismo. Como se vé, todos ellos, á escepcion de Cárlos Bonnet y D'Orient, pertenecen á la escuela racionalista. Reconocemos efectivamente que aquellos errores han tenido y tienen muchos partidarios en los tiempos actuales. Diremos mas: el dogma del infierno nunca ha sido atacado por mas numerosos y encarnizados adversarios que en el siglo XIX. Como no tenemos tiempo ni espacio para ocuparnos de todos y cada uno de los autores citados por Pezzani, y por otra parte todos con ligeras diferencias, coinciden en el fondo, los pasamos por alto, reservándonos el derecho de refutar sus errores, si se presenta la oportunidad.

© Biblioteca Nacional de España

Por último, el libro IV, «*Formas de la vida futura,*» es la esposicion de las ideas personales del autor. Nada nuevo en verdad nos dirá, que no haya repetido en nombre propio ó ageno en los libros anteriores, pero nos ofrece la ventaja de presentar en pocas páginas su sistema y los principales argumentos en que lo apoya.

Empezando por la cuestion del orígen del alma, afirma resueltamente la preexistencia. «Generalmente está admitido el doble hecho de la desigualdad de las inteligencias y de la moralidad. Esta desigualdad no puede deducirse, ni de la naturaleza del alma antes de su manifestacion, ni de Dios, soberanamente equitativo. Al entrar el alma en el cuerpo humano imprime á éste una manera de ser, correspondiente al grado de iniciacion que conquistó anteriormente; la frenología ha demostrado que las disposiciones cerebrales corresponden á las inclinaciones y facultades. De todo lo cual deducimos que la desigualdad moral y la intelectual solo puede esplicarse por una sucesion de existencias anteriores.»—Lo mismo infiere de las molestias de la vida sobre la tierra, y de la diversidad de condiciones físicas y sociales.—«En vano, prosigue, se intenta contestar con el dogma del pecado original. El pecado del padre no puede hacer culpables á sus hijos; luego el hombre ha vivido antes, y en su vida precedente se depravó. Si la hipótesis del pecado primitivo podia dar la esplicacion de las penalidades generales, no podria hacerlo en cuanto á su distribucion. De aquí se infiere tambien que no hay infierno, pues Dios no podia imponernos al salir de esta vida una pena mayor que al entrar en ella.»

«Probada la preexistencia, su consecuencia natural es la doctrina de las reencarnaciones; el pasado trae consigo naturalmente el porvenir. Debemos no obstante aceptar el axioma de que no es natural que el alma viva dos veces en

© Biblioteca Nacional de España

la tierra. Si ha degenerado, irá á otros mundos inferiores, donde los órganos serán mas groseros y los lazos materiales mas pesados; pero si ha progresado, volará á los mundos superiores, en donde únicamente existe la memoria de las vidas precedentes. Y asi como la preexistencia esplica la prueba terrestre y los sucesos de esta vida que sin ella serian incomprensibles, las reencarnaciones y las existencias posteriores de las almas, esplican el órden general del universo, el plan de la creacion, y la justicia y misericordia de Dios.»

«Dios nos creó para ser dichosos. Nos hizo libres, para que dependieran del mérito las condiciones de la felicidad, y nos dió por ley el progreso. Todo estado permanente y absoluto repugna á la naturaleza del alma.—Todas las facultades, todas las potencias del hombre rechazan el dogma de las penas eternas. Lo rechaza la voluntad, porque niega la libertad en lo venidero; la inteligencia, porque supone un estado idéntico y absoluto; y el sentimiento, porque ¿para qué Dios nos habria sacado de la nada, y nos habria dado la libertad, para cerrarnos eternamente, despues de una vida cortísima, las puertas del arrepentimiento? ¿Separaria eternamente á los padres, hijos y amigos? Y ¿podria haber asi felicidad para los escogidos?—¿Con quiénes poblaria Dios el cielo, puesto que el mal es grande en la tierra?—No; el espíritu del cristianismo, predicado por Jesus, es la caridad.»

«Si la mayor parte de los hombres está condenada á los suplicios absolutos, ¿por qué Dios nos crió, sino para gozar en nuestras torturas?—Si los condenados no pueden volver á merecer; ¿no comprendió la inteligencia divina lo inútil de una pena sin expiacion?—¿Si nos amó, cómo nos somete á pruebas en que la mayor parte de los hombres sale mal?» —Asi prosigue Pezzani amontonando sofismas contra el

© Biblioteca Nacional de España

infierno, apoyados únicamente en falsos supuestos, en equivocaciones, en confusiones de ideas, y en una grande ignorancia de la doctrina teológica, como veremos en su lugar.

«Ya que hemos destruido, continúa con pedantería, debemos ahora edificar.—El sér finito está perpétuamente sometido á mudanzas. Segun el sentido moral pueden dividirse en tres clases los estados del alma que sale de cualquier mundo: 1.° si triunfó el bien; 2.° si el mal prevaleció; 3.° si el uno y el otro estuvieron en iguales proporciones. En el primer caso, el alma recibe la recompensa; sus facultades naturales progresan y se perfeccionan; cuanto mas conoce á Dios, mas le ama, y por voluntad se eleva siempre á él, sin que pueda haber lugar á decaimiento, pero tambien sin llegar jamás á lo absoluto. En el segundo caso, será el cambio en sentido inverso: las potencias del alma disminuyen, todas sus facultades sufren un castigo, pero la libertad persevera, y siempre podrá aspirar á la rehabilicion. Mas si el bien y el mal compartieron por igual la vida de un alma, ésta vá á un mundo apenas superior al que deja. En donde abunda el pecado, la gracia será mayor, y en la indefinida evolucion de los siglos, el mal concluirá por desaparecer de la creacion.»

«Ahora nos hallamos en situacion de poder resolver la cuestion del mal. Casi todos los filósofos reconocen unánimes su carácter negativo y transitorio. Segun que tal ó cual mundo es un paraiso, ó purgatorio, ó infierno, el mal se borra, ó se equilibra con el bien, ó predomina completamente. El mal, que nace de la imperfeccion y de la libertad de las criaturas, no está un solo instante en estado absoluto, no es suya la eternidad. No puede pues Dios ser acusado de no haberlo impedido, puesto que no podia comunicar su perfeccion en toda su plenitud. Habiéndolo creado todo Dios para la felicidad de las criaturas, se sigue

© Biblioteca Nacional de España

de aquí que sólo concedió la vida á las que tarde ó temprano deben ser dichosas. De este modo caen por tierra todas las objeciones que se dirigen á la Providencia en lo que se refiere al mal.»

Pezzani pasa despues á dar solucion á las objeciones, que se hacen á su sistema, y siguiendo su costumbre, tiene cuidado de pasar por alto las mas fuertes. Aun así en vano intenta resolver las que él mismo se propone. A la que se funda en la carencia de memoria, responde que es necesaria esta privacion para conservar la libertad, y sufrir la prueba terrestre. A la objecion de la falta de identidad, dice que la identidad está oculta momentáneamente, pero que subsiste siempre, y su recuerdo se recobra despues. ¿Pero porqué no prueba tan gratuitas aseveraciones? Si alguno las niega, ¿qué le podrá responder?—A la dificultad moral de la suerte comun definitiva de los buenos y de los malvados, contesta que los malos se habrán purificado en otras existencias, haciéndose dignos de entrar en el reino de los cielos. Si le urgen que esta teoría quita el estímulo de la virtud, dice que no es así, puesto que en último caso ha de ser voluntaria la conversion á Dios.—Si se replica que el progreso indefinido no responde á nuestras íntimas aspiraciones, contestará sin arredrarse que el hombre jamás llegará á ser perfecto ni completamente dichoso, pues á medida que marcha hácia su término, se irá éste alejando.» ¡Doctrina tan falsa como desconsoladora! Obsérvese que todas las dificultades quedan sin solucion.

Por último, como prueba lógica de su sistema, da por supuesto que el verdadero criterio debe ser objetivo é imponerse desde afuera, que el principio es Dios, el Sér, lo absoluto, manifestándose en el *hecho* asido por la conciencia, segun su naturaleza. Ahora bien, concluye, la doctrina de las vidas anteriores y posteriores del alma, de la solida-

© Biblioteca Nacional de España

ridad de todas las humanidades, y de su parentesco universal es la que explica plausible y lógicamente todos los hechos innegables que confunden y ahogan á los escépticos. «Así pues, exclama desvanecido de orgullo, nuestra filosofía es superior á todas las que la precedieron.»

Tal es en brevísimo resúmen la obra de Mr. Andrés Pezzani. En pocas palabras puede reducirse á lo siguiente: La pluralidad de vidas ha sido creida en muchos pueblos desde la mas remota antigüedad, ha sido enseñada por los filosofos y por los poetas, y ha sido trasmitida como doctrina secreta en los *Misterios* paganos, y por las sociedades secretas hasta los tiempos modernos. Tiene tambien su fundamento en los libros Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento, y mas expresamente en las tradiciones secretas de los hebreos, consignadas en el *Zohar* y guardadas cuidadosamente de siglo en siglo.—Entre los cristianos la aceptó Orígenes y sus discípulos, y siempre ha habido en el clero algunos partidarios secretos de esta opinion. Puede considerarse como una revelacion hecha á la humanidad. En los tiempos modernos la han defendido y desarrollado muchos y notables escritores. Y es porque en esta hipótesis se explica perfectamente el orígen y destinos del alma, las condiciones de la vida futura, la permision del mal, y la justicia de Dios.—El objeto de ella es negar la eternidad del infierno.

De otro modo mas breve: Esta obra puede llamarse una historia apologética de los errores palingenésicos, narrada, comentada y explicada segun las ideas personales del autor.

Ante todo debemos hacer su refutacion general.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO II.

Refutacion general. — El error de la pluralidad de existencias no tiene relacion alguna con la doctrina de la pluralidad de mundos habitados. —Futilidad de los argumentos presentados por Pezzani. — Falta de pruebas.—Creencias de los pueblos.—Los *Misterios* paganos.—Orígenes. —El *Zohar*.—La doctrina del cristianismo.

En un bajo relieve sacado de las ruinas de la antigua Persépolis, se representa á Roustan, el héroe de las leyendas Persas, armado de una enorme maza, llevando á cabo sus prodigiosas aventuras, no menos difíciles que los trabajos de Hércules, y combatiendo á los monstruos. El jefe del Iran los acometia valerosamente, los rendia á sus piés de un golpe en la cabeza, y luego los despojaba de la piel llevándosela por trofeo.

Paréceme que para rebatir un error cualquiera, debe seguirse aquel ejemplo; abordarle de frente, y rendirle al primer golpe, con la maza de los argumentos generales, que demuestren su falsedad. Hecho esto, lo demas es fácil. Tendremos tambien la ventaja de colocar al lector desde el primer paso en la mejor posicion para apreciar debidamente la cuestion, y seguir luego el desarrollo particular de los argumentos, convencido préviamente de su fuerza y de su solidez. Los argumentos generales son por otra parte la mas oportuna preparacion para dilucidar una tésis: descu-

© Biblioteca Nacional de España

bren el lado flaco del adversario, le quitan su fuerza, y ponen al error en la mas vergonzosa desnudez. Todo error, por especioso que parezca, es propiamente un castillo de naipes que se echa por tierra con un soplo, desde el momento en que se pone en parangon con la verdad.

Examinemos pues en globo el sistema de Pezzani y veremos que es falso en su *supuesto*, falso en su *concepto*, y falso en su *fondo*. Téngase presente que al impugnar aquel, son impugnados igualmente todos los que en una ú otra forma profesan los errores palingenésicos en el siglo XIX, bien sean los discípulos de Reynaud, y los partidarios del espiritismo, bien las soluciones panteistas y místicas de las escuelas libre pensadoras, bien los desvaríos del sansimonismo y fourerismo con los socialistas modernos, ya la utopia mas estravagante de Figuier, ya la nueva teoría semipagana de Houssaye.

Se supone en primer lugar que la pluralidad de existencias es una consecuencia lógica de la pluralidad de mundos habitados. Nada es mas falso. Esta grandiosa hipótesis, aceptada ya, ó lo será pronto, por todos los hombres ilustrados, podrá ser cómoda para que los origenistas resuelvan algunas dificultades opuestas á su sistema, hallando teatro para los futuros renacimientos, pero en rigor no tiene la mas mínima relacion de reciprocidad con tal desvarío. Las ideas de diverso órden no pueden engendrar legítimamente una misma consecuencia, y será siempre un proceder ilógico abusar de alguna remota analogía, pretendiendo deducir una conclusion verdadera. ¿Más hay siquiera esa analogía entre una y otra proposicion? ¿Dónde está la igualdad ó la correlacion de sus términos, dónde la continencia de una idea en la otra, dnde los fundamentos lógicos de comparacion? El que sustenta una proposicion legítimamente deducida de otra, si se la niegan, puede en seguida

© Biblioteca Nacional de España

probar su enlace, pero si en nuestro caso, con fundamento, se niega el supuesto de Pezzani, éste se verá obligado á enmudecer.

Las falacias hacen el mismo efecto que las ilusiones; ofuscan un momento, mas no resisten un exámen sério. Es tambien cierto que el sofisma encerrado en un silogismo se desvanece por lo general sin mas que descomponer sus premisas y cambiar sus términos. Los que habiendo estudiado en un Seminario están familiarizados con la dialéctica, saben que no es difícil en ciertos casos encerrar al contrincante en el círculo de hierro de la forma, confundirle con una falacia, presentar un sofisma, sacar partido de un equívoco, ó abusar de una analogía. Así lo hacen con mucha frecuencia todos aquellos que por razon de su oficio se ven precisados en los ejercicios de grados académicos á constituirse en abogados del error, arguyendo contra las verdades mas claras, á pesar de sus convicciones contrarias. No es posible en efecto que el error sea defendido de otro modo que con argumentos falsos. Mas en este caso, ni aun apelando á tales recursos, ni aunque vinieran aquellos famosos discípulos de Epiménides capaces de demostrar que un hombre no era calvo con tal de tener algun cabello, puede inferirse de la pluralidad de mundos la quimera de la pluralidad de existencias. La primera es una verdad, (tal es mi conviccion profunda), la segunda es un error.

Una relacion lógica y natural se percibe en cuanto nos llaman la atencion sobre ella. Aquí sucede todo lo contrario; no solo no se percibe, sino que aun buscándola, no se encuentra.—Si la relacion entre dos proposiciones es verdadera, se infieren recíprocamente la una de la otra. En nuestro caso, si fuera verdadera y legítima esta ilacion: «Hay pluralidad de mundos, luego hay pluralidad de existencias,» lo seria tambien por conversion la siguiente: «Hay

© Biblioteca Nacional de España

pluralidad de existencias, luego hay pluralidad de mundos.» Sin embargo se ve claramente que esta última no procede. No son pues «dos términos que se completan y se iluminan mútuamente,» como pretende Flammarion. La primera proposicion puede sostenerse, y nosotros la sustentamos, negando la segunda: y en la suposicion de que esta fuese una verdad, podria tambien defenderse independientemente de aquella. Porque las reencarnaciones podrian verificarse en la tierra, como creyeron los antiguos partidarios de la metempsícosis, y creen hoy algunos espiritistas. Seria efectivamente mas lógico que las pruebas se repitiesen sobre el mismo teatro, para que donde uno sucumbió una vez, allí en otra vida resultase vencedor. Figuier opina que las reencarnaciones de todos los habitantes de los astros se repiten en su respectivo mundo, pasando despues, no á otros globos, sino á los espacios etéreos, donde existen como séres sobrehumanos, hasta que van definitivamente á descansar en el Sol. Houssaye, cuya obra ha sido publicada hace un año, cree igualmente que so pena de argüir á Dios de injusticia, las reencarnaciones tendrán lugar sobre la tierra, hasta que cada uno haya acabado en ella su obra, hasta que haya sido Rey, Papa, filósofo, mendigo, etc., etc., y haya pasado por todas las condiciones históricas de la existencia humana.—La condicion del error es parecer cada vez mas absurdo.

Por esta razon al mismo tiempo que muchos aceptan con entusiasmo la doctrina de la pluralidad de mundos, rechazan con toda su alma la metempsícosis moderna. Si, los que se complacen en aquella idea que levanta su inteligencia á la concepcion mas esplendorosa de la creacion, los que en ella admiran la magnificencia con que Dios ha hecho visible su gloria y su poder, los que creen que es la demostracion mas palpable de la grandeza, de la bondad y de la

© Biblioteca Nacional de España

misericordia divina, no pueden consentir que sea empequeñecida hasta suponer que todos los magníficos soles del espacio con su brillante séquito de mundos, sólo sean posadas de las almas en un viaje sin fin. ¿Cómo? ¿Despues de haber mirado por un telescopio, podeis formar tal idea de las regiones celestes? Dejadme: prefiero á tan mezquina cosmología, la concepcion antigua de los cielos cristalinos, con las estrellas fijas y el giro sempiterno de sus esferas. Habia en aquella mas poesía y mas espiritualismo, ya que no mas verdad.

A este propósito puede aplicarse lo que escribió cuerdamente Flammarion, si bien éste tiene el defecto de olvidar demasiado pronto las cosas buenas que salen de su pluma: «Es preciso convenir que si la doctrina de la pluralidad de mundos habitados es incontestable en su establecimiento general, no sucede lo mismo respecto de sus aplicaciones especiales.»—Es en efecto, no comprender aquella doctrina, desfigurarla con los caprichos de la imaginacion, y enlazar arbitrariamente una sucesion de vidas que habrian de tener lugar en un tiempo futuro, con el número sin número de los astros mas importantes que la Tierra, y habitados en la actualidad. Cada mundo tiene sus pobladores, cada uno sus *humanidades*, si podemos hablar así, que cumpliendo allí sus destinos temporales, se hacen dignos, por el buen uso de sus facultades, de alcanzar su último fin, que es Dios.

Son sin duda alguna creaciones independientes, aisladas en el espacio, que nada tienen de comun con nuestro mundo, escepto su destino último, propio de las criaturas inteligentes é inmortales. En el cielo nos veremos un dia, y allí nos daremos el ósculo de hermanos. Mientras tanto es un sueño pensar que algun dia podríamos ir á vivir entre ellos como viadores, pasando por un nuevo nacimiento

© Biblioteca Nacional de España

y empezando otra vez la prueba de nuestro libre albedrío, puesto en otras condiciones. ¿Qué? ¿la inmortalidad seria una série indefinida de estados transitorios, una sucesion contínua de muertes? ¿Os llamais filósofos y lo creis así? ¿Concebís siquiera que el destino final del hombre permaneciera indeciso, espuesto á la caida y al retroceso, por toda la eternidad?

Tan lejos está la habitacion de los astros de ser favorable al sistema de Pezzani, que por el contrario suministra el mas fuerte argumento contra él. Porque efectivamente, si son moradas de la vida ¿cuándo apareció en ellos la criatura racional? ¿Y cómo apareció? Para resolver estas cuestiones debemos consultar la verdadera doctrina católica, ó los desvaríos de las escuelas materialistas, que se llaman pretenciosamente *la ciencia*. Proclamamos en alta voz el dogma católico, afirmando que la vida no pudo empezar en ningun lugar ó tiempo sino por *creacion*, por la accion directa de la virtud omnipotente de Dios. Mas aunque yo fuera materialista, y precisamente por serlo, admitiria de buen grado la vida en los mundos estelarios, siquiera como resultado de las fuerzas cósmicas, y evolucion natural de su fecundidad. Y si fuera panteista, de cualquiera escuela, tampoco vacilaria en decir que la sustancia divina habia tenido su espansion en aquellos, como en nuestro globo, que se habia manifestado en innumerables séres organizados, y que el oceano universal de la existencia habia llevado hasta allí sus olas vivificadoras.

Esto supuesto, y siendo evidente que en los otros mundos debió suceder lo mismo que en la Tierra en cuanto á la aparicion de la vida, sea por creacion, sea por las energías trasformistas, es claro tambien que dicha aparicion tuvo lugar en ósta, ó *antes*, ó al *mismo tiempo*, ó *despues* que en aquellos. *Antes*, no es probable, y menos si hubiera

© Biblioteca Nacional de España

mundos mas antiguos que ella. Pero si así fuera, debiéramos conceder que la tierra es el mundo inicial, la etapa primera de la criatura racional, lo cual destruye por completo el sistema de la preexistencia.—Si la vida apareció á un *mismo tiempo*, son creaciones simultáneas, distintas é independientes; no ha habido vidas anteriores, y habreis de convenir mal que os pese, que desde el primer instante del sér hubo diversidad, desigualdad y privilegio; porque hay unos mundos mejores que otros. Por otra parte se puede asegurar con datos científicos que aquellas humanidades son diversas específicamente de la humanidad terrestre: nacieron pues, se propagaron y viven sin ninguna relacion á ésta.—Si decís que la vida sobre la tierra empezó *despues*, debeis probarlo. Aun así quedarian en pie todas las dificultades anteriores, mientras no demostráseis cuáles son aquellos mundos de donde la criatura racional vino á la tierra, cuáles son sus condiciones biológicas, cuál el estado intelectual y moral de sus habitantes; de lo cual no teneis, ni es posible tener, la menor idea.—Y si para salir de este laberinto, os acogeis á las teorías materialistas, os vereis mas perdidos. De modo que vuestro sistema carece de base y no puede hallarla, no digo en la verdad, pero ni siquiera en el error. Es propiamente un castillo en el aire.

No puede ser otra cosa aquel sistema, que se compone todo de hipótesis gratuitas y puramente arbitrarias. Al intentar sondear los arcanos de la Providencia divina, al llamar á cuentas á la justicia suprema, al ajustar caprichosamente la ley del destino, no sólo se camina á ciegas, sino que se apaga la luz de la revelacion. Cuando esto sucede, el hombre desorientado y confuso se lanza ávidamente tras de todos los desvaríos, se acoge con afan á todas las suposiciones, y acepta cualquiera novedad con la esperanza de que pueda satisfacer las aspiraciones inquietas de su corazon.

© Biblioteca Nacional de España

No hay vacilaciones é incertidumbres comparables con las del alma que no cree, á no ser tal vez las del alma que no ama. Sólo así se comprende lo que de otro modo seria inexplicable, que los mas grandes talentos patrocinen los mayores absurdos, siendo exactamente verdadero el dicho de Ciceron «que no hay desatino que no haya salido de la cabeza de algun filósofo.»

Toda teoría razonable debe presentar alguna prueba sólida en su confirmacion, y ha de sentar sus reales en alguno de los criterios de certeza. Antes de ser aceptada, ha de mostrar sus títulos. La pluralidad de existencias no puede aspirar á este honor: viene desnuda, y tiene la osadía de pretender el primer lugar en el coliseo de la filosofía. ¿De dónde ha provenido esa idea? ¿Cómo ha sido engendrada en el espíritu humano?—Ni la revelacion divina, ni la razon humana la reconocen por fruto suyo; y por el contrario la primera la condena como herética, mientras la segunda la rechaza como absurda.

No es hija de la experiencia individual, como es evidente, al paso que tiene en contra suya la experiencia constante y universal de todos los siglos y todos los países. Ningun hombre sensato se persuadirá de que ha vivido antes de esta vida, ninguno absolutamente se acuerda, siquiera en confuso, de las supuestas existencias pasadas, y son poquísimos relativamente los que creen en su futura reencarnacion.—No proviene de una revelacion nueva, pues Dios no puede contradecirse á sí mismo, ni enseñar en un pueblo cosas abiertamente contrarias á lo que ha enseñado en otro. Y si tal revelacion existe ¿quién la anunció? ¿Dónde, cuándo, á quiénes? ¿En qué documentos se halla consignada? ¿Cuáles son sus notas?—No ha sido adquirida por intuicion, que no cabe en esta materia. Las cuestiones sobre el alma se aprenden por claridad de reflejo, y aun así son

© Biblioteca Nacional de España

semejantes á los paisajes iluminados por la luna, ó por las vagas claridades polares, en donde es muy fácil confundir los objetos y caer en ilusiones.—Por último, la pluralidad de existencias no es el resultado del discurso por una deduccion lógica de verdades bien establecidas, pues precisamente confunde unas, se opone á otras, y echa por tierra las mas principales.—En una palabra, no tiene á su favor ninguna prueba física, ó moral, ó metafísica, ó lógica. Las cuestiones que intenta explicar, pueden explicarse mejor de otro modo, ó quedan en todo caso inexplicables. Suposiciones y mas suposiciones: á esto se reduce este sistema que tiene la temeraria presuncion de ser una filosofía superior á todas cuantas se han inventado.

La razon humana por sí sola no puede elevarse á la altísima y profunda concepcion del destino futuro. En virtud del raciocinio, podrá persuadirse con certeza de la supervivencia del espíritu, hallar pruebas convincentes de la inmortalidad del alma, y refutar victoriosamente al materialismo; pero de aquí no pasa. Solo despues que ha venido en su auxilio la revelacion, vislumbra á lo lejos los esplendores de la otra vida, pero sin penetrar sus misterios, sin acertar á formar idea clara del estado de las almas. Sabe por la fé de acuerdo con sus propios principios, que aquel estado es una duracion sin fin de felicidad suprema para los buenos, y de suprema desdicha para los malos; pero ignora todo lo demás que se refiere á las condiciones de aquella vida, y al modo de ser en aquel estado: y si logra la fortuna de dar alguna esplicacion racional, verosímil y satisfactoria, es únicamente como consecuencia de la misma revelacion. La historia de la filosofía consigna en sus páginas los tristes y numerosos naufragios de los filósofos que sin esa brújula se han lanzado en el mar desconocido de lo porvenir.

© Biblioteca Nacional de España

De aquí se infiere la nulidad de los testimonios que invoca Pezzani. La autoridad de algunos filósofos y pueblos antiguos, de gran peso siempre que se trata de un *hecho* histórico, solo presta valor á una opinion segun la fuerza intrínseca de la misma, y su mayor ó menor grado de probabilidad ó de certeza. Bien sabido es que algunos sistemas filosóficos llegaron á hacerse populares, como el epicureismo entre los antiguos, el neoplatonismo mas tarde, y el racionalismo y el materialismo en los tiempos modernos, sin que por esto suponga nada en su favor el número de sus partidarios. No es ciertamente la multitud de sufragios, ó la antigüedad de una opinion lo que la hace respetable, cuando se sabe que es un error, y mucho menos si la doctrina contraria es mas antigua, mas constante y mas general.

Así, pues, por antigua que fuese la opinion de la *metempsícosis* ó *metensomatosis*, que con estos dos nombres era conocida entre los Griegos, estando por una parte mezclada de los mas groseros errores, hallándose por otra en oposicion con los sanos principios de la razon y de la fe, y siendo entonces profesada de una manera enteramente distinta en la forma y en el fondo de como la entienden los modernos, en vano se aduce aquella antigüedad, pretendiendo hallar en ella una confirmacion de estos errores. Además los pueblos que tenian tal creencia no la entendian de un modo uniforme, sino que su concepto variaba en muchos puntos sustanciales de uno en otro, al paso que todos, sin escepcion alguna, convenian unánimes en admitir la inmortalidad del alma, y un estado de recompensas ó castigos despues de la muerte (1). De lo cual se deduce que este punto fundamental é invariable de la supervivencia del espíritu y la remuneracion futura,

(1) Véase el Apéndice, nota A.

© Biblioteca Nacional de España

esta creencia unánime, nunca debilitada ó desmentida, es un *hecho humano*, un dogma verdadero fundado en la misma naturaleza; mientras que las esplicaciones ó concepciones del estado futuro, en ciertos pueblos, contradictorias y variables, deben colocarse en el número de los desvaríos, en que con frecuencia incurre el hombre por atreverse á juzgar lo que no es del dominio de su razon.

Mas si queremos penetrar mas en el fondo de la cosa, siguiendo el ejemplo de los ilustres escritores, que al observar la semejanza notable de muchas doctrinas profesadas en pueblos diversos y apartados, creen que provienen de una revelacion primitiva oscurecida y adulterada, por no haber existido en ellos una autoridad suprema encargada de conservarla íntegra; habremos de reconocer que aquellas no son otra cosa que una corrupcion ó idea falsa del dogma de la resurreccion de la carne, creido desde la antigüedad mas remota, como lo prueba el libro de Job, y una huella confusa de la tradicion antediluviana sobre la suerte de nuestras almas, destinadas á habitar despues de la muerte las mansiones celestiales. La recuperacion futura de nuestro propio cuerpo es una esperanza indeleble en el hombre, una aspiracion instintiva de su alma, pero por la misma índole misteriosa de este dogma, nada mas fácil que oscurecerle y desfigurarle en la forma, al ser trasmitido de pueblo en pueblo y de generacion en generacion.

Por lo que hace á los Indios, á cuyo testimonio se dá tanta importancia, sin entrar ahora en discusion sobre la antigüedad de sus libros sagrados, los persistentes y profundos trabajos empleados en el estudio de aquellos en este siglo, han logrado aclarar el conocimiento de sus doctrinas religiosas. Estos trabajos han hecho notar que en medio de mil extravagancias, fábulas y supersticiones, los libros Indios contienen algunas grandiosas ideas sobre la divinidad,

© Biblioteca Nacional de España

algunas máximas morales muy notables, y vestigios bastante claros de las tradiciones universales del género humano. Los misioneros católicos por un lado, y la academia inglesa de Calcuta por otro, han enviado á Europa colecciones de los libros Indios, de sus comentarios y de sus cantos épicos, que llenan centenares de volúmenes. Por lo que hace á nuestro caso, lo mas cierto parece que los antiguos Indios, partiendo de su principio panteista, creian en la emanacion de las almas de la sustancia divina; «despues de la muerte, las almas de los buenos irán á reunirse con Dios en las regiones celestes, pero las que no le conocieron, serán precipitadas por los espíritus perversos en abismos tenebrosos, de donde saldrán para tomar cuerpos de animales inmundos, perros, culebras, etc., hasta quedar enteramente purificadas.» Como se vé, aquellas trasmigraciones tenian solo carácter de castigo para los malvados: las almas justas iban derechamente á Dios.—El aniquilamiento del *Nirvana* no era creencia universal, puesto que es un punto, no bien entendido, de la doctrina secreta de Bhuda, que reveló á sus discípulos momentos antes de morir.

Tal era tambien en el fondo la doctrina de los Egipcios: las almas, segun sus méritos, ó pasaban desde luego á la sociedad de los dioses, ó eran arrojadas al oscuro *Amenthes*, á esperar sus destinos, que eran ánimar mas tarde cuerpos de animales ó de hombres.—Los Persas, admitiendo en otra forma las emigraciones de las almas, creian igualmente que el principio malo Ahriman y sus secuaces serán arrojados despues de la resurreccion general á un lugar de penas atroces, mientras el principio bueno Ormuzd con los suyos alcanzarán una felicidad perfecta y sin fin. En cuanto á los antiguos Druidas que tanto entusiasman á Pezzani, es indudable que admitieron el politeismo, que ofrecian sacrificios humanos, que se dedicaban á la mágia y á los sortile-

© Biblioteca Nacional de España

gios, y que tenian muchas prácticas tan repugnantes como supersticiosas. Se ve, pues, cuanto respeto debe causarnos la autoridad de tales testimonios.

¿Qué diremos de los *Misterios* paganos? En verdad podria escribirse una disertacion interesante y curiosa, sobre su orígen, sus ritos, su doctrina y su moral. Si oimos á aquellos escritores dispuestos siempre á aplaudir lo que se halla en oposicion con el catolicismo, los Misterios eran instituciones admirables, en donde se enseñaba una doctrina sublime acerca de Dios, y de la vida futura, se daban excelentes lecciones de moral, y se practicaba la virtud. Si oimos á otros que no se estasían tan fácilmente en las antigüedades paganas, es falso que en los Misterios se creyese la unidad de Dios, que se retrajese á los iniciados del politeismo, que se les enseñase buena moral, y que las ceremonias y ritos contribuyesen á mejorar las costumbres. Lo cierto es, que los Santos Padres contemporáneos los pintan como escuelas de corrupcion, y como un conjunto de absurdos, de torpezas y de impiedades. Consta igualmente que Sócrates, y otros filósofos y personas respetables se negaron constantemente á ser iniciados, y los miraban con marcada aversion. Algunos creen que eran una especulacion, y que todo el que queria pagar á los mistagogos y hierofantes era admitido en ellos, sin exigírsele otra garantía de virtud ó de piedad. Es por último un hecho indudable que los Misterios fueron prohibidos varias veces por las autoridades civiles, bajo penas severísimas, por causa de su desenfreno. Tito Livio, hablando de los misterios de Baco, proscriptos en Roma bajo el consulado de Postumio Albino y Marcio Philipo, denuncia con los mas negros colores las violencias, asesinatos, fraudes y torpezas que en ellos se cometian, y dice que se hallaron comprometidas siete mil personas. Finalmente, aquellos misterios fueron la cuna de la francmasonería y de otras

© Biblioteca Nacional de España

sociedades secretas, que todavía conservan una gran parte de su simbolismo ridículo, de sus alegorías enigmáticas, de su mistagogia estravagante, y someten á sus adeptos á las mismas pruebas de la iniciacion.

¿Qué peso puede añadir á una opinion la autoridad de aquellos misterios? La que en ellos se enseñaba, era la misma doctrina secreta de Pitágoras, aprendida por éste, como es sabido, en la India y en Egipto; y ya hemos visto el valor de aquella. Por otra parte los iniciados en los misterios, por grande que se suponga su número, eran relativamente muy pocos, si se comparan con los que no pertenecian á ellos, y condenaban sus doctrinas y sus prácticas. Muchos entraban atraidos por el aliciente de lo desconocido, y con la presuncion de hacerse superiores al vulgo; á la manera que en nuestros dias muchos mentecatos se afilian entre los masones, y se creen hombres de importancia cuando son iniciados en algun secreto sin interés de la política, ó en algun plan que desde el principio podian fácilmente haber adivinado. Mas aunque los misterios fueran lo que pretenden los adversarios, inspirarian siempre recelos y sospechas en el mero hecho de haberse ocultado tanto. ¿Era necesario esconderse para dar lecciones de moral? ¿Es laudable ocultarse para practicar la virtud? ¿Por qué se oponian á la difusion del cristianismo? ¿Qué juicio se ha de formar de los hombres, que predicando en secreto la unidad de Dios, se esforzaban en sostener la vacilante idolatría, y ellos mismos ofrecian á los dioses incienso y sacrificios? Por mi parte jamás tendré aplausos para la impostura, do quiera que la encuentre, pero la miraré con indignacion desde que se oponga sistemáticamente á la propagacion de la verdad. (1)

(1) Los modernos defensores de los misterios, dice Lecanu con fina sátira, cambiarian de opinion, si tuvieran un poco menos de filosofía y un poco mas de ciencia y de buena fé.

© Biblioteca Nacional de España

En cuanto á Orígenes, no pretendemos justificarle: otros han emprendido esta tarea, haciendo ver que muchos de los errores de que se le acusa, se le han atribuido falsamente, que sus obras fueron adulteradas, que otros errores fueron defendidos por él como puras hipótesis, y por ultimo, que se retractó de todos. Por grande que sea nuestra admiracion hácia este grande hombre, prodigio de su siglo por su talento, por su ciencia y por sus trabajos, no tenemos reparo en conceder que tuvo la desgracia de caer en graves errores, y aun si se quiere, en los mismos que le atribuye Pezzani. Pero de aquí no se puede inferir que fuera el intérprete de la pretendida doctrina secreta de los cristianos, ó que su opinion sea de algun valor en esta materia, desde que consta con evidencia que dichos errores fueron condenados repetidas veces por la Iglesia. Despues volvieron á retoñar aquellos errores por breve tiempo en la oscura secta de los *protoctistas*, llamados así porque defendian la preexistencia de las almas, y tambien *tetradistas* ó preocupados con el número tres; cuya secta contó entre sus miembros algunos monges de Egipto y de Palestina; pero despues de la reprobacion terminante de los Concilios, desaparecieron, sin dejar apenas memoria de su nombre. Por lo tanto, el argumento fundado en la opinion de Orígenes, no tiene ningun valor.

Veremos luego cuán falsamente se atribuye á los hebreos la creencia palingenésica, y con cuanta osadía se supone fundada en los libros Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. Aunque sea cierto que el *Zohar* enseña tales errores, de ahí no se infiere que fuese aquella la fe de los judíos, sino á lo sumo de alguna de las muchas sectas en que en tiempo de Jesucristo se hallaban ya divididos. El *Zohar* es una parte de la *cábala*, que se refiere á la seccion de la misma llamada *Mercabah* santa, ó el *carro celeste*, en don-

© Biblioteca Nacional de España

de se trata de Dios y de las naturalezas angélicas: la *Beres-chit* trata del mundo inferior y de muchas cosas fantásticas. El Zohar es el mas antigüo de los libros cabalísticos, redactado al parecer hácia el siglo II de nuestra era, y en su totalidad puede ser considerado como el fundamento de la cábala moderna (1). Como los Misterios paganos, la cábala tambien ha tenido sus admiradores y apologistas; pero hé aquí lo que segun Bergier dice de ella un sábio académico: «Principios falsos é inciertos, máximas supersticiosas, inter»pretaciones arbitrarias, alegorías forzadas, abusos mani»fiestos de los Libros santos, misterios sacados de los acon»tecimientos, de los objetos reales y de los símbolos, virtudes »atribuidas á los juegos de imaginacion sobre las palabras, »las letras y los números, el empeño en consultar los as»tros, el pretendido comercio con los espíritus, cuentos fa»bulosos, historias ridículas, todo respira en ella impostura »y seduccion.» No es en verdad la cábala una espresion fiel de las creencias de los judíos, ni siquiera de sus tradiciones genuinas, es mas bien una coleccion enorme de escritos sin relacion, reminiscencia de doctrinas y opiniones aprendidas en diversos pueblos con quienes trataron, y especialmente los Egipcios, Persas y Babilonios. Los judíos, despues de su dispersion por las naciones en castigo de su deicidio, desorientados y confusos, sin saber qué creer ni qué esperar, se dieron á las supersticiones, á las ciencias secretas y á la mágia. Debemos añadir que esos libros fueron cayendo en descrédito, á medida que iban siendo bien conocidos, y que en la actualidad los judíos mas ilustrados

(1) Si el Zohar es obra de Simon ben Jochai, como dice Pezzani, su antigüedad no podria remontarse mas allá del siglo XIII, época en que vivió aquel rabino español. Rodriguez de Castro en su Biblioteca de rabinos españoles no cita el Zohar entre las obras de Simon ben Jochai; solo cita un libro de aquel escritor, titulado: *Tekune Ho-Zakar* (Camino de la luz ó del resplandor), que es una esposicion cabalística del Pentateuco y de otros libros de la Biblia. La semejanza del título pudo dar lugar á la equivocacion de Pezzani. Dicha obra se imprimió en Mántua con caracteres rabinos en 1588. —Véase el Apéndice, nota B.

© Biblioteca Nacional de España

que guardan la Biblia con el mayor respeto, no dan importancia alguna á tales desvaríos. ¡Y esta es una de las pruebas que mas aprecia Mr. Pezzani! ¡Qué desencanto, cuánto trabajo perdido!

Resulta de lo dicho, que las pruebas deducidas de los testimonios de la antigüedad en favor de la pluralidad de existencias son nulas y de ningun valor. Lo mismo decimos de los escritores modernos citados en el lib. III, quienes considerados aisladamente son de ninguna autoridad, y considerados en globo no son tan numerosos, tan distinguidos y tan sábios que puedan constituir una opinion respetable, á pesar de hallarse en oposicion con la generalidad de los hombres ilustrados de su época. Esto es lo que se requiere en las minorías de la ciencia, para hacerse lugar entre las opiniones probables, ó para imponerse tal vez á la mayoría. Pero desde que un sistema nuevo, bien estudiado y discutido, como sucede en el caso presente, es calificado lo mismo por las eminencias de la filosofía que por los talentos mas modestos, de falso y absurdo, y aun parece lo mismo al buen sentido del vulgo, ese sistema queda hundido para siempre, queda condenado sin apelacion.

Es verdad que en el desconcierto filosófico de nuestros tiempos, cada uno se cree con perfecto derecho de opinar como quiera, pero ya que no respeten la autoridad suprema instituida por Dios para impedir el desenfreno de las ideas, á lo menos están obligados á respetar el sentido comun. Ahora bien, el sentido comun representado por la inmensa mayoría de los hombres sábios ó ignorantes, de diversas y aun contrarias ideas, de diversas escuelas, de diversas religiones, en todos los tiempos y en todos los paises, y principalmente en Europa, emporio de la ciencia y de la civilizacion, se pronuncia unánime contra la pluralidad de existencias. ¿Se necesita mas?

© Biblioteca Nacional de España

Se han hecho, sin embargo, grandes esfuerzos para dar cierta apariencia de razon á tal quimera, pero todos los argumentos sacados de la justicia de Dios, de las desigualdades entre los hombres, de la diversidad de aptitudes, y de la necesidad de rehabilitacion para los malos, todos ellos, repito, ó son impertinencias, ó peticiones de principio, ó proceden de ignorancia ó confusion de ideas, ó son efecto de un sentimentalismo exagerado, mas bien que de la fria razon. La Providencia divina es sapientísima, Dios es justísimo: esto lo sabemos con evidencia. ¿Cómo, pues, viles luciérnagas, que solo alumbramos de noche el polvo donde estamos, nos atrevemos á discutir y censurar los resplandores del Sol?

Finalmente, haremos una observacion que de propósito hemos guardado para la última. Si el cristianismo es verdadero, la pluralidad de existencias es un absurdo. Son efectivamente dos términos antitéticos que se excluyen el uno al otro. Y he dicho *cristianismo*, para comprender no solo la única verdadera Iglesia Romana, sino tambien el Protestantismo y las sectas. Será preciso, pues, ó rechazar el cristianismo con sus diez y nueve siglos de luchas y esfuerzos por asentar la fé en la inmortalidad, objeto principal de su doctrina y de su moral, negar el talento de sus doctores, confesar que han sido unos nécios todos los hombres grandes que ha producido; ó rechazar y sepultar en las tinieblas esa anacrónica renovacion del paganismo en el siglo XIX, mas punible que entonces, porque hoy están proyectando á un mismo tiempo sus rayos sobre nuestro destino futuro, la ciencia y la revelacion.

Escoged.

Recordad únicamente esto. Si me equivocase yo y todos los que piensan conmigo, nada perderiamos: si os equivocais vosotros, ¡desgraciados! lo perdeis todo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO III.

Audacia de Pezzani en desfigurar los textos de la Biblia, y la verdadera doctrina del cristianismo.—La fé de los Hebreos, en la inmortalidad del alma.—El *Scheol*.—Los *Rephaim*.

Jamás se aplaudirá bastante la prudencia de la Iglesia en prohibir la lectura de ciertos libros. Hay muchos escritores que bien sea por ignorancia, bien por ligereza, bien por malicia, ó por todo á la vez, parece que no se han propuesto otra cosa que extraviar el juicio de sus lectores, justificando con sus publicaciones el dicho de un político; «que desde fines del siglo pasado, la prensa es una perpétua conspiracion contra la verdad.» Hay almas que no están preparadas para el sofisma, para la negacion audaz, para la mentira descarada, ó para la verdad á medias, desfigurada y adulterada, todo lo cual abunda en muchos libros; hay talentos cortos que no son capaces de discernir lo que leen, y lo aceptan sin exámen bajo la palabra del escritor. Conceded una libertad ilimitada de leer, y vereis bien pronto al error y la falsedad estender sus tinieblas en las inteligencias, y á las pasiones y los vicios encender sus hogueras en los corazones; vereis en breve al escepticismo apoderarse de los pueblos, fluctuar todos los espíritus en un mar de dudas y contradicciones, venir una tras otra todas las negaciones á debilitar ú oscurecer todas

© Biblioteca Nacional de España

las verdades, y luego todas las extravagancias reclamar un puesto entre las conquistas de la filosofía, y por último, á los mismos sábios perder el tiempo en refutarse y desacreditarse unos á otros. Por todo esto, es altamente necesaria una autoridad moral sobre el pensamiento, una regla moderadora de las ideas, que autorice y promueva la circulacion de los escritos útiles impidiendo la de los perniciosos; y solamente la Iglesia puede llenar esta necesidad.

Tal es la reflexion que ocurre espontáneamente al leer las apreciaciones falsas y arbitrarias de Mr. Pezzani, acerca de la fé de los hebreos en la vida futura, que van á ser objeto de este capítulo. Tan abiertamente desfigura los textos sagrados, tan atrevidamente violenta su letra, tan caprichosamente interpreta su sentido, y en fin, de tal modo los adultera y los falsea, que no es posible leer esta parte de su libro sin una mezcla de asombro, de lástima y de indignacion.

Para confundirle, vamos á copiar literalmente lo que él escribe; luego insertaremos con toda exactitud los textos originales del hebreo, su traduccion á la letra con la mayor fidelidad, y las variantes de las principales versiones, y por último, expondremos el verdadero sentido de esos y otros testimonios que él entiende mal. De esta suerte el lector podrá juzgar por sí mismo: y esto le servirá de un dato para conocer hasta qué punto deberá fiarse de ciertos escritores en lo tocante á la doctrina católica.

«Encontraremos, escribe, en la Historia Sagrada ciertos pasajes que solo pueden explicarse por la preexistencia y las reencarnaciones... El mundo de las almas no tiene sino un nombre שאל, *(scheol)* que equivale á demanda, plegaria... El *scheol* inferior era la mansion de los *rephaim*, que se ha traducido equivocadamente por los *manes* ó gigantes, y que significa los *débiles*, destinados al *perdon*, á la *penitencia*, á la *regeneracion*...—Veamos aún más á fondo lo que pensaban

© Biblioteca Nacional de España

los hebreos sobre la *pluralidad de las existencias*. Al principio hemos manifestado que no eran explícitos los textos del Antiguo Testamento, y aducimos nuestras razones. Hay un texto de Isaias (cap. LVII, versículo 16), que es una excepcion de la regla general. Dice Jehovah: *Yo no castigaré eternamente al culpable, y mi cólera no durará siempre, porque de mi han salido los espíritus y yo he creado las almas* (Vulgata.) Dios dá, pues, por motivo á la no-eternidad de las penas del infierno, el haber creado él las almas y salido de él los espíritus. Es como si dijera: Yo era árbitro de crear ó no crear; mas puesto que he creado estos ó aquellos, no ha sido para su eterna desgracia. La razon es ya excelente, y este texto de la Vulgata es digno de ser citado aquí; pero hé aquí otra cosa de mayor interés: distinguidos hebraistas traducen así, como asegura M. Adolfo Berthet (Apocalipsis de San Juan, p. 151): «*Yo no castigaré eternamente ni estaré irritado sin fin.* PERO EL ALMA SALDRÁ DE MIS MANOS, Y YO LA DARÉ UNA NEPHESCH, ESTO ES, UN SOPLO VITAL QUE UNIRÁ EL ALMA AL CUERPO PARA SU ENCARNACION,» y juzgamos que esta traduccion es la más conforme al texto hebreo... Vemos, en efecto, *la primera expiacion en las tinieblas del abismo;* despues el medio de *reparacion y correccion* permitido y querido por Dios, la *reencarnacion del alma*, que está revestida del soplo vital, es decir, de la envoltura fluídica de la naturaleza del mundo á donde va á encarnarse y sufrir otra nueva prueba. Todo es verdadero, claro y formal en este magnífico texto traducido segun el génio de la lengua hebrea.» (1)

«Penetremos en el corazon mismo de la cuestion, prosigue, en las profundidades de la lengua hebrea... Nos concretaremos á citar dos textos antiguos de la Biblia que nos revelarán suficientemente las secretas opiniones de Moisés y del autor del libro de Job:

CAPÍTULO II, VERSÍCULO 7 *del Génesis.*

Y el que Es, ha sido y será
los Dioses
concibió en el pensamiento y modeló como un alfarero el cuerpo
terrestre, el cuerpo grosero (el vaso y la prision del alma)
que es el polvo (la tierra, el barro)
sacado del humus (tierra de cultivo)

(1) Al ver esta singular explicacion hecha con tan imperturbable serenidad, ¿quién no cree que se burlan de nosotros, ó que estamos soñando?—Luego veremos lo que significa dicho texto.

© Biblioteca Nacional de España

é inspiró en los órganos materiales
el alma inteligente y libre (el Yo), el sér personal
el centro del microcosmo (Nichema) al cual se juntó
el (Rouah) soplo divino, el espíritu celeste,
de las vidas, de las existencias, de todos los modos sucesivos del alma
(spiritus vitarum) en hebreo : רפתהתים (1)
y fue (fue enlazado, unido al alma, al yo humano) el cuerpo terrestre
por el soplo animal (principio de la vida terrestre, el espíritu astral,
Nephesch)
indispensable á la vida (de aquí abajo, á la estacion terrestre.)

«Esto es palabra por palabra, dice. Hélo aquí un poco menos literal:

«Y Jerovah hizo para el hombre un cuerpo grosero de los elementos de la tierra. Y unió á estos órganos materiales el alma inteligente y libre que llevaba ya en sí el soplo divino, el espíritu que la sigue en todas sus vidas *(spiritus vitarum)* y el medio de esta union del alma con el cuerpo grosero fue un soplo vital (espíritu astral de este globo).»

«Resulta, pues, del hebreo, estudiado en todas sus raíces, sin descuidar ninguna de ellas, que Moisés distinguia, además del cuerpo material, instrumento de la vida aquí abajo:

1.° El alma que es el yo (Nichema);

2.° El espíritu de las vidas, de las existencias, de las transmigraciones de esta alma, la fuerza plástica y virtual, el soplo celeste (Rouah);

3.° El espíritu astral, la envoltura formada con el principio de la vida terrestre, el lazo actual del alma y del cuerpo (Nephesch).

Esta grandiosa androgenesia es la verdad, y veremos que algunos filósofos incurrieron en un error por haberla olvidado.

En un texto del libro de Job encontraremos las mismas creencias:

CAPÍTULO XXVII, VERSÍCULOS 2 y 3 del *libro de Job*:

Y el Dios vivo
ha hecho diferir el fallo (del alma culpable),
y el Todopoderoso Dueño y Señor
ha llenado de amargura

(1) Notemos de paso que esta palabra, tal como está escrita, no tiene significado alguno.

© Biblioteca Nacional de España

de espíritu astral y terrestre (Nephesch) afligiéndola
durante luengos dias
porque
en todo y para todo
tiempo futuro (á venir),
el yo, el alma racional é inteligente (Nichema)
está en mí (y será siempre)
y que el (Rouah) el espíritu celeste, el soplo divino
está unido á ella y permanecerá eternamente con ella
en mi cerebro y en mi pensamiento.

«Y traducido libremente.»

«Y el Dios vivo ha diferido el fallo del culpable, afligiéndole en su espíritu terrestre, porque el alma está eternamente en mí, unida al espíritu divino.»

Esto es una afirmacion positiva de la inmortalidad, del castigo del alma á su salida del cuerpo en su *perisprito* terrestre, y en la atmósfera, en vista de su poder de durar eternamente y de ir con el espíritu divino *(spiritus vitarum)* á sufrir otra existencia regeneradora para acercarse á Dios.»

Hasta aquí Pezzani. En una nota confiesa que algunos hebraistas han atacado su traduccion; mas él trata de justificarla con la autoridad de M. Schutz, en su obra, *El Génio de Moisés*, y con el testimonio del Zohar.—Una simple observacion basta para echar por tierra la llamada traduccion y su defensa. El Génesis y el libro de Job son los libros más antiguos de la Biblia, reconocidos siempre por divinamente inspirados, y Dios no ha podido inspirar desatinos.

El que haya completado la larga carrera de Teología y Sagrada Escritura con lecturas de diversos autores, y además haya tenido el difícil cargo de Profesor de esas facultades, seguramente habrá leido muchas versiones infieles y arbitrarias de los textos Sagrados, muchas interpretaciones violentas, y muchas paráfrasis tan desatinadas como extravagantes. Por mi parte, sin ser apenas una medianía

© Biblioteca Nacional de España

en las ciencias sagradas, no me han faltado ocasiones de conocer corrupciones, mutilaciones y lecturas peregrinas de muchos textos, exposiciones inesperadas, y mentirosos comentarios, hasta el punto de mirar ya sin extrañeza las cabilaciones de los herejes, la audacia de los racionalistas, y las caprichosas fantasías de la exégesis alemana. Pero confieso ingénuamente que jamás he visto una traduccion más extrambótica, más falsa, más atrevida y más contraria al sentido del texto, que las que se acaban de leer. Pezzani nos dá como palabras de la Biblia los caprichos de su imaginacion.

Veamos, pues, lo que dice verdaderamente el texto hebreo. Al efecto, y para que todos puedan formar su juicio, lo insertaremos en sus propios caracteres alfabéticos; pondremos debajo de cada palabra su traduccion ó lectura eufónica, ó sea, como suena, con caracteres latinos, y luego daremos su traduccion fiel literal y de diversas versiones, refutando por último á nuestro adversario, precisamente con el estudio de las raíces hebreas. Empezaremos por el Génesis, más auténtico ciertamente y de más autoridad que el Zohar.

TEXTO DEL GÉNESIS, CAP. II, VERS. 7.

וַיִּיצֶר יְהוָה אֱלֹהִים אֶת־הָאָדָם עָפָר מִן־הָאֲדָמָה וַיִּפַּח

vayyippaj min-haadhamá hAphar et-haAdam Elohim Adonai Vayyitzer

בְּאַפָּיו נִשְׁמַת חַיִּים וַיְהִי הָאָדָם לְנֶפֶשׁ חַיָּה׃

jayyáh. lenephesch haAdam vayyehi jayyim nischmath beappau

Hé aquí la traduccion latina completamente literal de Arias Montano:

Et formavit Dominus Deus hominem (AL hombre, con artículo) *pulverem de terra, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et fuit homo in animam viventem.*

© Biblioteca Nacional de España

Traducido en castellano, siguiendo extrictamente la letra, quiere decir:

Formó, pues, el Señor (Jehovah) *Dios* AL *hombre polvo de la tierra, y sopló en su rostro* (ó en su nariz), *hálito de vida,* y *fue el hombre en ánima viviente* (ó tambien, fue hecho el hombre animal vivo.)

Ahora veremos como lo han leido las principales versiones, tomadas de las polyglotas más correctas, y compulsadas pacientemente por el que escribe estas líneas. Aunque todas ellas convienen en el fondo, se observará que las variantes de las mismas, hijas de la índole de las respectivas lenguas, contribuyen notablemente á aclarar el verdadero sentido.

VULGATA LATINA.

Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem.

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del barro de la tierra; é inspiró en su rostro *soplo de vida,* y fue hecho el hombre en ánima viviente.

VERSION DE LOS LXX.

Et finxit Deus hominem, pulverem de terra; et insuflavit in faciem ejus flatum vitæ (πνοὴν), *et factus est homo in animam viventem* (ψυχὴν) (1).

Y fabricó Dios al hombre polvo de la tierra, y sopló en su rostro *aliento de vida,* y fue hecho el hombre en alma viviente.

PARAFRASIS CALDEA.

Et creavit Dominus Deus hominem pulverem de terra et inspiravit in faciem ejus animam vitæ, et fuit homo in spiritum loquentem (2).

Y creó el Señor Dios al hombre polvo de la tierra é inspiró en su rostro *alma de vida,* y fue el hombre en *espíritu hablante.*

VERSION SAMARITANA.

Solo difiere de la Caldea, en que donde está lee *animam vitæ,* la Samaritana pone *spiritum vitæ.*

(1) Και επλασεν ὁ Θεὸς τὸν ἄνθρωπον χοῦν ἀπὸ τῆς γῆς· καὶ ἐνεφύσησεν εἰς τὸ πρόσωπον αὐτου πνοὴν ζωῆς· Καὶ ἐγένετο ὁ ἄνθρωπος εἰς ψυχὴν ζωσαν. En la poliglota de Vitré se lee: *pulverem accipiens de terra.*

(2) En la poliglota de Walton se lee: *fuit homini in spiritum loquentem.* El don de la palabra es el signo más propio de la inteligencia, y pertenece exclusivamente al hombre, como su nota especifica.

© Biblioteca Nacional de España

VERSION SIRIACA.

Et compegit Dominus Deus hominem pulverem de humo, et inflavit in faciem ejus halitum vitalem, factusque est homo in animam viventem.

Y compaginó (forjó) el Señor Dios al hombre polvo del *humus*, y sopló en su rostro *hálito vital*, y fue hecho el hombre en ánima viviente.

VERSION ARABIGA.

Et vero Deus creavit Adam pulverem de terra, et insuflavit in nares ejus auram vitæ, et factus est Adam anima rationalis

Así, pues, Dios creó al Adam polvo de la tierra, y sopló en sus narices *aura de vida*, y fue hecho el Adam *alma racional*.

Resulta pues que Dios formó el cuerpo humano de tierra vírgen, dándole la figura y organizacion que tiene, y significando tal vez que reunió en él los principales elementos de nuestro globo; que luego por una accion mas íntima dió vida á aquel cuerpo inerte, infundiéndole el espíritu y principio vital, producido por el soplo divino, (sin que de esto se infiera que las almas son una emanacion de Dios) y representado en el aliento ó respiracion, que es el signo mas inmediato de la vida, y de la inmaterialidad de su principio; y por último en un resúmen magnífico se espresa que aquel cuerpo y aquella alma forman una sola persona, un *hombre*, alma viviente, animal racional.

Esta sí que es androgenesia verdaderamente grandiosa, y superior á la fantástica que finge el abogado de Lyon. Todo es aquí claro, sencillo y admirable: formacion del cuerpo, creacion é infusion del alma, dando por resultante al *hombre*, compuesto sustancial de esos dos elementos, y por parte de ambos obra de Dios. La parte menos noble fue formada de materia existente, estraña y perecedera; la parte principal de su sér procede del soplo mismo del Omnipotente, y es su imágen. Asi quedan reunidos en uno, *ima summis*, lo mas alto con lo más bajo, y se realiza el mayor prodigio de la virtud creadora. De esta suerte el hombre es con toda propiedad un *microcosmos*, ó mundo pequeño: el espíritu y la materia hallan en él estrecho enlace con influencia mútua, y queda constituido en lazo y compendio de toda la creacion.

© Biblioteca Nacional de España

¿Se parece eso por ventura á la llamada traduccion de Pezzani? ¿Puede darse mayor audacia que afirmar que aquella traduccion está hecha *palabra por palabra*, y sin descuidar ninguna de las raices hebreas? Donde halla vestigio siquiera del רוח Rouah, (palabra que no se lee asi) pretendido «espíritu de las vidas, de las existencias, de todos los modos sucesivos del alma.» ¿En que se funda para traducir *nephesch*, el espíritu astral, principio de la vida terrestre? ¿Como se atreve á dar una paráfrasis violenta y arbitraria por una traduccion literal? Es cierto que la palabra חַיִּים *jayyim*, ó bien, *hajim* tiene terminacion de plural *(vidas)* ¿pero quién ignora, si es hebraista, que en el hebreo como en el latin y en otras lenguas hay muchas palabras que carecen de singular, y se expresan en dual ó plural, como *Elohim*, Dios, *maim*, agua, *schamaim*, el cielo ó las alturas, y otras muchas? Sin embargo conciertan en singular con las partes de la oracion que rigen. Al notar el énfasis pedantesco de dicha traduccion en las palabras, en las repeticiones, y hasta en la distribucion caprichosa de las líneas, y los paréntesis que las acompañan, lo mismo que en los textos de Job y de Isaias, tememos que alguno pueda creer que se ha tratado de abusar de la buena fé de los lectores, estraviando su juicio en una materia que la mayor parte ignora, y en donde el error será irreparable. Por eso es ciertísimo que los libros malos son el veneno de las inteligencias. A los ojos de Dios no habrá tal vez responsabilidad mas tremenda que la de los apóstoles voluntarios del error. El escritor público ejerce una especie de ministerio sagrado: ¡ay de aquel que por ignorancia, por ligereza ó por malicia sea causa de la ruina de muchas almas que debió ilustrar y confirmar en la verdad!

Pasemos al texto del libro de Job.

© Biblioteca Nacional de España

TEXTO DEL LIBRO DE JOB, CAP. XXVII, VERS. 2, 3 Y 4.

חַי־אֵל	הֵסִיר	מִשְׁפָּטִי	וְשַׁדַּי	הֵמַר	נַפְשִׁי:
Jay-El	hesir	mischpatay	veschadday	hemar	naphschi

כִּי־כָל־עוֹד	נִשְׁמָתִי	בִּי	וְרוּחַ	אֱלוֹהַּ	בְּאַפִּי:
Ki-col Odh	nischmathi	bhi	veruaj	Eloáh	beappi

אִם־תְּדַבֵּרְנָה	שְׂפָתַי	עַוְלָה	וְלֹא־יֶהְגֶּה	אִם־יְרְמִיָּה:
lm-tedabberná	schephathay	Alvá	ulschoni	im-yehgué .remiyya

Traduccion latina literal de Arias Montano :

Vivens Deus removere fecit judicium meum; et Saddai amaritudine affecit animam meam. Quia omni tempore, mens mea in me : et spiritus Dei in naso meo. Si loquentur labia mea iniquitatem et lingua mea si molita fuerit dolum.

Traduccion literal española de José Athias de Amsterdam, hecha palabra por palabra del hebreo :

Vivo el Dio (que) hizo tirar mi juicio; y el abastado (que) amargó mi alma. Porque todo tiempo que mi alma en mi, espíritu del Dio en mi nariz. ¿ Si hablarán mis lábios tortura, y mi lengua, si hablará arte ?

VULGATA LATINA.

Vivit Deus, qui abstulit judicium meum, et Omnipotens, qui ad amaritudinem adduxit animam meam. Quia donec superest halitus in me, et spiritus Dei in naribus meis; non loquentur labia mea iniquitatem, nec lingua mea meditabitur mendacium.

Vive Dios que ha desviado mi causa y el Omnipotente que ha traido á amargura mi ánima que mientras haya en mi aliento, y el espíritu de Dios en mis narices, no hablarán mis labios iniquidad, ni mi lengua inventará mentira.

VERSION GRIEGA DE LOS LXX.

Vivit Deus, qui sic me judicavit, et Omnipotens qui affecit amaritudine animam meam (ψιχήν). Siquidem adhuc halitu meo (πνοῆς) immanente, et spiritus divinus (πνεῦμα) qui circa me est in naribus; labia mea non loquentur iniqua, neque anima mea (ψιχη) meditabitur injusta (1)

Vive Dios que así me juzgó, y el Omnipotente que llenó de amargura á mi alma, que pues todavía permanece mi aliento y el espíritu divino que está dentro de mis narices, mis labios no hablarán lo inicuo, ni mi alma meditará lo injusto.

(1) Ζῆ ὁ θεος ος ουτω μὲ ΚεΚριΚὲ και ὁ παντοΚράτως ὁ πιΚρανὰς μοῦ τηῶ ψιχὴν. Εἰ μεν ετὶ τῆς πνοῆς μοι ενουσὴς πνεῦμα ἢ θεῖον τό περιον μοι εν ρινι. Μὴ λαλησειν τα χειλῆ μοι ανομα ουδε ἡ ψιχὴ μοι μεγετὴσεῖ αδικα.

© Biblioteca Nacional de España

PARAFRASIS CALDEA.

Vivus est Deus qui abstulit regulam judicii mei; et Omnipotens ad amaritudinem adduxit animam meam. Quoniam defecit iterum *halitus meus in me, et spiritus Dei in naribus meis. Num loquentur labia mea mendacium et lingua mea meditabitur dolum?*

Vivo es Dios que ha removido la regla de mi juicio, y el Omnipotente redujo mi alma á amargura: por cuanto faltó otra vez mi aliento en mí, y el espíritu de Dios en mis narices. Por ventura mis labios hablarán mentira, y mi lengua maquinará dolo?

Id. en la *Polyg.* de VITRÉ.

Vivus etc... Quoniam adhuc *totus halitus* est in me, et *spiritus Dei* est in naribus meis. Num loquentur, etc.

Vivo es Dios... Por cuanto aun todo el aliento está en mí, y el espíritu de Dios en mis narices. ¿Por ventura mis labios... etc?

VERSION SIRIACA.

Vivus est Deus qui impedivit judicium meum, et fortis qui amarificavit animam meam, conclusitque eam in me. Dum spiritus Dei fuerit in naribus meis, non loquentur labia mea impietatem et lingua mea non proferet dolum.

Vivo es Dios que retuvo mi juicio, y el Fuerte que puso amarga mi alma, y la encerró dentro de mí. Mientras hubiere espíritu de Dios en mis narices, no hablaran mis labios impiedad, ni mi lengua pronunciará engaño.

VERSION ARÁBIGA.

Vivus est Deus qui *supplantavit* judicium meum, etc.

Vivo es Dios que anuló mi juicio, y el fuerte que puso amargura en mi alma, y la encerró, etc.

Se ve claramente que no se trata en el texto de Job de haberse diferido la sentencia de algun culpable, y menos despues de la muerte, como supone la version infiel de Pezzani, sino que se trata simplemente de la justificacion esterna del mismo Job, acusado duramente por sus amigos. Job se justifica diciendo entre otras buenas razones: «Aunque el Dios *vivo*, (vigilante y próvido) parece que ha abandonado mi causa y no me concede los medios de justificarme por ahora, y su mano omnipotente somete mi alma á tan duras pruebas, á tan grandes amarguras, no por eso soy culpable, como creeis; y mientras haya en mí cabal juicio, y yo aliente, no diré una blasfemia, ni una mentira.»—

© Biblioteca Nacional de España

Todo el mundo sabe que la poesía del libro de Job es la mas valiente, la mas enérgica y la mas rica que se ha escrito en todas las literaturas; abunda en giros elocuentes y espresivos, en ideas sublimes, en imágenes brillantes, y en magníficas hipérboles, y muchas veces, como sucede en el caso presente, expresa de distintos modos una misma idea, por un paralelismo poético muy frecuente en la literatura oriental.

Es tambien un contrasentido palpable suponer que diferido el fallo del alma culpable, sin embargo, Dios le hubiera castigado en el espíritu astral y terrestre. ¿Dónde hay indicio de este pretendido espíritu? Y aunque lo hubiera, ¿si se ha diferido el fallo, por qué es castigado? Si es castigado, ¿no es por ventura esto la ejecucion del fallo? ¿Acaso alguno es condenado justamente sin prévio juicio y sentencia? ¿Y qué diremos de esa alma racional, á la cual se supone unido el espíritu divino, como si ésta y aquella fueran dos sustancias distintas? En verdad que el señor abogado *traduce libremente*, y hasta se toma la libertad de no entender lo que lee, ó entenderlo al revés. El texto de Job, menos que el del Génesis, ni aun por los cabellos puede ser arrastrado á favorecer directa ni remotamente el sistema de las preexistencias y reencarnaciones.

TEXTO DE ISAIAS, CAP. LVII, VERS. 16.

כִּי לֹא לְעוֹלָם אָרִיב וְלֹא לָנֶצַח אֶקְצוֹף
eqtzoph lanétzy veló aribh leOlam ló Ki

כִּי רוּחַ מִלְפָנַי יַעֲטוֹף וּנְשָׁמוֹת אֲנִי עָשִׂיתִי׃
.hasithi ani unschamoth yahatoph mil-lephanáy Ki-ruaj

Traduccion latina literal de Arias Montano:

Quia non in sæculum *litigabo, nec in* finem *irascar; quia spiritus á* faciebus meis involvet *se, et animas ego feci.*

© Biblioteca Nacional de España

Traduccion directa española, palabra por palabra, del judío Athias de Amsterdam:

Que no para siempre barajaré y no para siempre me ensañaré: que espíritu de delante mi envolverá, y almas yo hice (1).

VULGATA LATINA.

Non enim in sempiternum litigabo, neque usque ad finem irascar; quia spiritus á facie mea egredietur, et flatus ego faciam.

Porque no pleitearé eternamente, ni me enojaré hasta la fin, porque de mi faz sale el espíritu, y yo crio las almas (2).

VERSIÓN DE LOS LXX.

Non in æternum ulciscar in vos, neque semper irascar vobis: Spiritus enim (πνεῦμα) á me egredietur, et flatum (πνοὴν) omnem ego feci (3).

No os castigaré eternamente, ni estaré siempre airado con vosotros; porque el espíritu saldrá *(salió)* de mi, y yo hice todo aliento.

PARAFRASIS CALDEA.

Quia non in æternum ulciscar in judicio, nec in perpetuum erit furor meus; quoniam spiritum mortuorum ego restituam, et spiramenta ego feci.

Porque no siempre os condenaré en juicio, ni mi furor será perpetuo, por cuanto yo renovaré el espíritu de los muertos, y yo hice las respiraciones.

VERSION DE VATABLO.

Non in sæculum... quia spiritus qui est a facie mea *induit* corpus, et animas ego feci.

...porque el espíritu que está ante mi faz viste cuerpo, y yo hice las almas.

VERSION SIRIACA.

Nam non in perpetuum succensebo, nec in perpetuum irascar: quoniam spiritus á me prodit, et auram vitalem ego feci.

Pues no estaré encolerizado perpetuamente, ni perpetuamente estaré en ira; porque el espíritu de mi sale, y yo hice el aura vital.

VERSION ARABIGA.

Non sumam á vobis vindictam in æternum, neque semper irascar vobis: nam spiritus qui á me procedit, et halitus omnis quem ego feci.

No os castigaré eternamente, ni siempre estaré irritado con vosotros: porque (sois) espíritu que procede de mí, y todo aliento que yo hice.

(1) La del protestante Cipriano Valera, tomada tambien del hebro, aunque un poco menos literal, dice así: «Porque no tengo de contender para siempre, ni para siempre me tengo de enojar; porque el espíritu por mí *(por mi faz)* fue vestido, *(vistió el cuerpo)* y yo hice las almas.»

(2) Es bien sabido que en el hebreo se toma muchas veces el tiempo futuro por el presente, ó vice-versa.

(3) Οὐκ εἰς τὸ αἰωνα ἐκδικήσω ὑμᾶς οὐδὲ διαπαντὸς ὀργισθήσομαι ὑμῖν πνεῦμα γὰρ παρ' ἐμοῦ ἐξελεύσεται Και πνοὴν πᾶσαν ἐγω ἐποιησα.

© Biblioteca Nacional de España

Nótense con cuidado las magníficas variantes de estas versiones, que sirven de confirmacion á lo que hemos dicho arriba.

Despues de leidas, ¿qué juicio formaremos de los distinguidos hebraistas que segun Berthet traducen; *¿Pero el alma saldrá de mis manos y yo la daré una nephesch, esto es, un soplo vital, que unirá el alma al cuerpo para su encarnacion?* ¿Cómo se atreve nadie á decir que esta traduccion es la mas conforme al texto hebreo? Aun cuando así fuera, ¿dónde hay la mas insignificante y remota alusion á la *primera expiacion en las tinieblas del abismo*, el medio de *reparacion* querido por Dios, la *reencarnacion* del alma revestida de la envoltura fluídica de la naturaleza del mundo á donde va á encarnar, y tantas cosas peregrinas como finge monsieur Pezzani? ¿No le basta adulterar y corromper los textos sagrados, y necesita aun desfigurarlos mas con las invenciones mas absurdas de su fantasía?

En el texto citado de Isaias no se trata en manera alguna del infierno, ni de los castigos de la otra vida: se trata únicamente de los castigos temporales conque Dios aflige á los pecadores para atraerlos por este medio al arrepentimiento y al perdon. Aquel pueblo judío de *dura cerviz y corazones y oidos incircuncisos*, estaba recibiendo contínuamente favores ó castigos de Dios, segun su conducta. Cuando pecaba, cuando invocaba á los ídolos al mismo tiempo que al verdadero Dios, era castigado reciamente é increpado por los Profetas, pero en cuanto se arrepentia, encontraba abierta la puerta de la misericordia. Esto es lo que recuerda Isaías en el capítulo en cuestion. Empieza describiendo la muerte dichosa del justo, por mas que no la crean tal los impíos; lanza despues enérgicas invectivas contra los prevaricadores y malvados, anunciando que serán humillados y que nada los podrá librar de la cólera divina: los

© Biblioteca Nacional de España

invita luego en nombre de Dios á entrar en el buen camino, y los anima con la consoladora promesa de hallar gracia delante del Señor, si se arrepienten. «No os castigaré » con todo rigor, les dice en nombre del Señor, ni estaré » siempre enojado, porque yo os he dado el alma y la vida, » y por eso perdono fácilmente al hombre contrito, y le doy » mi paz. Pero los impíos serán como el mar alborotado, y » no *habrá paz* para ellos.» Entiéndalo bien Mr. Pezzani, *no habrá paz*, y serán pisoteados en el lodo.—Así pues donde se creia hallar la negacion del infierno, no se habla de ello; y por el contrario, un poco mas abajo se encuentra su afirmacion.

Tal es el verdadero sentido de este pasaje, tan obvio y tan claro que cualquiera lo puede comprobar por sí mismo leyendo los versos anteriores y posteriores. No hay lugar á duda, ni cabe otra interpretacion. A mayor abundamiento hallamos en el Génesis un texto paralelo, (cap. VI, v. 3) el cual en el original hebreo emplea las mismas palabras que Isaías: *No pleitearé eternamente con el hombre*, ora castigándole, ora amonestándole, ora atrayéndole, *y le destruiré de sobre la tierra*. A nadie le ha ocurrido que en dicho texto se halle una negacion de la eternidad de las penas. ¿Y cuántos otros pasajes parecidos emplean la palabra *eterno* y sus derivados en un sentido enteramente distinto? Pero de esto hablaremos en otro lugar.

Pero todas las cavilaciones sobre los textos del Génesis, de Job y de Isaías, se desvanecerán por completo, si se fija el significado de las palabras que sirven de pretexto á ellas, á saber; נֶפֶשׁ (nephesch) נִשְׁמַת (nischmath) רוּחַ (ruaj.) Estudiando con atencion las versiones que dejamos copiadas, se observará que entienden de una manera uniforme aquellos términos. Todas ellas traducen la palabra *ruaj* por *espíritu*, significando la parte mas elevada de nuestro sér,

© Biblioteca Nacional de España

considerado en su naturaleza simple é inmaterial; la palabra *nischmath* por *aliento*, soplo, respiracion, es decir *vida*, ó si se quiere, el alma como principio de la vida, espresando el efecto por la causa; y la palabra *nephesch* por *alma* propiamente dicha, con sus facultades y operaciones, ó sea como principio de actividad.

En realidad son palabras sinónimas en el fondo, y se toman indistintamente en los diversos pasajes de los libros sagrados. Los mejores diccionarios hebráicos les atribuyen tambien idéntico significado, si bien hacen observar que *ruaj* se aplica con frecuencia á Dios, y al hombre, pero nunca á los animales. *Nischmath y nephesch* jamás se aplican á Dios; la primera se emplea algunas veces para designar las almas de los irracionales; la segunda con mas frecuencia se usa para significar todo sér animado. Debemos recordar que los Hebreos no tenian una idea de la sustancia espiritual tan elevada y pura, como nosotros; pueblo grosero y sensualista no acertaba á concebir la simplicidad del alma, y espresaba metonímicamente esta idea por lo mas sutil que conocia, que era la respiracion, el aliento, como la señal mas segura de la vida. En este sentido y no en otro hablaban de las almas de los animales, como séres vivientes, que tienen respiracion. Esto no debe estrañarnos, porque en nuestra misma lengua decimos *alma de los brutos*, sin que de aquí se infiera que la consideramos de la misma naturaleza que la nuestra, y por eso nunca diremos *espíritu* de los brutos. Lo mismo sucede en la lengua latina con las palabras *spiritus*, *anima*, *animus*, *mens*, y alguna vez *halitus*, (1) y en griego con ψυχή, πνεῦμα, y á veces, πνοή. De suerte que el verdadero significado de tales voces tanto en el hebreo, como en las otras lenguas,

(1) *Petit halitus æthera*, escribe Prudencio, *El alma se dirige al cielo.*

© Biblioteca Nacional de España

se determina por el contexto de los lugares donde se hallan.

Nada autoriza para entender aquellas palabras de los textos del Génesis, de Job y de Isaias en otro sentido que el que dejamos esplicado, y por el contrario otros lugares paralelos confirman nuestra interpretacion. Por no multiplicar ejemplos, citaremos solamente algunos. El libro de la Sabiduria, (cap. XV, v. 11) fija claramente el sentido del texto del Génesis, cuando reprende á los idólatras; «*quoniam ignoravit qui se finxit, et qui inspiravit illi animam quæ operatur, et qui insuflavit illi spiritum vitalem.*» porque no conoció al que le hizo á él, y al que le inspiró el *ánima que obra* y al que sopló en él el *espíritu de vida.*— El texto de Job, queda aclarado en muchos pasajes del mismo libro y entre otros en el cap. XXVI, 4: *¿Quem docere voluisti? nonne eum, qui fecit spiramentum.* ¿Presumes por ventura enseñar á aquel que hizo la *respiracion*?» y mas claro en el cap. XXXIV, v. 14: *Si direxerit ad eum cor suum, spiritum ejus* (ruaj) *et flatum* (nischmathí,) *ad se trahet: deficiet omnis caro simul et homo in cinerem revertetur.* «Dios, con solo querer, traerá á sí el *espíritu* y el *aliento* del hombre: toda carne perecerá y el hombre se tornará polvo.» (1) Por último Isaias en el cap. II, v. 7, dice como Job que el *espíritu del hombre está en sus narices*, y mas adelante en el cap. XLII, 5 que Dios «*dat flatum populo qui est super terram, et spiritum calcantibus eam,*» dá *resuello* al pueblo que vive sobre la tierra, y *espíritu* (vida) á los que la huellan; distinguiendo al hombre de los animales. Otros muchos pasajes en el mismo sentido se hallan en los Profetas y en los Salmos.

(1) El libro de Daniel, cap. V, v. 23, hablando del impio Baltasar, dice: *Deum qui habet flatum tuum in manu sua, et omnes vias tuas, non glorificasti.* no has glorificado á Dios que tiene en su mano tu *aliento* y todos *tus caminos*: espresando enfáticamente la misma idea que Job é Isaias.

© Biblioteca Nacional de España

Solo una gran prevencion podrá negar ó desconocer esto, si considera que la fé de los Hebreos en la inmortalidad del alma, y por consiguiente en su inmaterialidad, es hoy un punto fuera de toda duda. Indicios bien claros y terminantes de aquella fé se encuentran en el Pentateuco y en todos los libros Sagrados anteriores á la cautividad de Babilonia. Los antiguos Patriarcas se consideraban como huéspedes y *peregrinos sobre la tierra*, mirando la vida como un viaje en un pais estraño. «*Los que esto dicen*, escribe el Apóstol, *dan á entender que caminan á la pátria. Si hubieran entendido aquella de donde salieron, tenian tiempo de haber vuelto*, pero no habiéndolo hecho, *se infiere que aspiraban á otra pátria mejor, que es la celestial.*» (Heb: XI, 14.) Para ellos la muerte significaba *volver á sus padres*, creyendo encontrarlos en otra vida, *reunirse á su pueblo*, ciertamente en aquel lugar donde las almas vivian esperando la venida del Redentor prometido por Dios. ¿De qué les hubiera servido esta promesa, que no debia tener cumplimiento durante su vida, si hubieran tenido que morir por completo? Cuando Dios aseguró á Abraham que *él seria su premio grande sobremanera*, seguramente lo referia á otra vida futura; á saber, para cuando despues de una buena vejez *iria en paz á sus padres*, empleando la voz שָׁלוֹם (*schalam*) que significa *salud, integridad, recompensa*. Esta misma palabra pone Isaías para decir que *no tendrán paz los impíos*. De Isaac se dice que *fue recogido á sus pueblos*, y de Jacob que *fue reunido con sus padres*. El mismo Jacob, creyendo que su hijo Jose habia sido devorado por una fiera, expresa su dolor diciendo: *bajaré á mi hijo llorando, al Scheol*. Tal era la fé de los antiguos. Tan arraigada estaba aquella creencia entre los hebreos, que despues fue ocasion de algunas supersticiones, como la evocacion de los muertos, el uso de presentar ofrendas á los difuntos, de

© Biblioteca Nacional de España

cortarse los cabellos y la barba y ponerlos en su féretro, de derramar sangre en su honor, y otras que suponen la supervivencia de las almas. Moisés las prohibió severamente en el Levítico, (XIX, 27) y en el Deuteronomio (XIV, 1.) y á pesar de esto aquellas prácticas supersticiosas continuaron despues en el pueblo.

Estas y otras muchas pruebas tomadas precisamente del Pentateuco son bastantes claras. Otras muy notables se encuentran en los libros anteriores al cautiverio, lo cual demuestra que los hebreos no tomaron esta creencia de los Caldeos ó de los Persas. Job reducido á la última miseria, espresa sin embargo su esperanza en Dios para despues de la muerte: *Aun cuando Dios me quite la vida*, dice, *en él esperaré. Yo me defenderé delante de él, y él será mi Salvador, porque no comparecerá en su presencia ningun hipócrita.* (Cap. XIII, 15.) Y mas adelante proclama la misma fé de esta manera brillante y espresiva: *Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré á mi Dios... Esta esperanza mia está profundamente arraigada en mi pecho.* (Cap, XIX, 25) El libro de Job es antiquísimo, y segun algunos anterior á Moisés.

El libro de los Salmos enseña de muchos modos el dogma de la inmortalidad, y los premios ó castigos de la vida futura. A cada paso declara la suerte desgraciada de los impíos. diciendo, *que su muerte es pésima* (XXXIII, 22) que *los sorprenderá la muerte y bajarán vivos al infierno* (LIV, 16), y por el contrario afirma que *la muerte de los justos es preciosa delante del Señor* (CXV, 15). Al mismo tiempo que asegura que los *pecadores perecerán*, que *sus reliquias serán destruidas*, y que *jamás veran la luz*, describe con vivos colores la felicidad de los justos, que *serán embriagados de delicias en la presencia de Dios y verán su luz*, y anuncia

© Biblioteca Nacional de España

claramente la futura resurreccion. *No dejarás mi alma en el infierno* (scheol) *ni permitirás que tu siervo vea la corrupcion: me has mostrado los caminos de la vida, me colmarás de alegría con tu presencia, pues á tu lado se gozan deleites sin fin* (XV, 10).—Isaias afirma en repetidos textos la existencia del Scheol, donde los buenos y los malos serán tratados segun sus méritos, y especialmente recuerda los suplicios de los malos por toda la eternidad.—Los libros posteriores al cautiverio enseñan la misma doctrina: y en particular los llamados *Sapienciales* casi en todas sus páginas contienen pasajes terminantes que prueban la inmortalidad. No negaremos que muchos judíos creian en las trasmigraciones del alma, ¿pero esta opinion extravagante de algunos sectarios no estaba en oposicion con la fé nacional?

Pero, ¿qué idea tenian los hebreos del estado de las almas despues de la muerte? Creian que bajaban al שְׁאוֹל (scheol), lugar *inferior*, lugar *abierto* para recibir á muchos; nombre que empleado siempre sin artículo en el texto hebreo, es por lo tanto un nombre propio de lugar.

Parece que se representa el *Scheol* como situado en las profundidades de la tierra; y la imaginacion popular se lo figuraba colocado debajo de las aguas en el fondo del mar, cerrado por altas murallas y puertas de hierro. Como el *Hades* de los griegos, significa propiamente el *receptáculo* de las almas, ó la *ciudad de los muertos*, segun traduce Rosenmüller. Los autores sagrados emplearon algunas veces en estilo figurado la palabra *Scheol* para designar vagamente la muerte ó el sepulcro, pero no es este el sentido de esta palabra en el Pentateuco, cuando expresa el lugar donde los muertos se reunen con sus antepasados.

© Biblioteca Nacional de España

La suerte de los muertos no era igual para todos en el *Scheol*. En efecto, para los Patriarcas y los justos era un lugar de descanso, un sitio de reunion con sus mayores, de donde eran excluidos los malos; y para Coré, Dathan y Abiron, hundidos vivos en él, era un lugar donde penetra la cólera divina. Asimismo Job pinta al Scheol como un abismo cuyas profundidades son insondables, excepto para Dios únicamente, y tambien como un lugar de horror, de miseria y de tinieblas donde tiemblan delante de Dios los *Rephaim*, ó jigantes, tipos de la impiedad; y otras veces le designa como un lugar de descanso despues de los trabajos de la vida, como un punto donde se encuentran el pequeño y el grande y el siervo ya libre; y como un asilo seguro en el cual desea que Dios le oculte hasta el dia en que se acuerde de él, y en donde pueda aguardar tranquilo el dia de la resurreccion. Los demás libros nos dan la misma idea del Scheol, ya como un lugar tenebroso, lugar de perdicion donde son arrojados los pecadores para ser *pasto de la muerte*, para ser castigados con los *Rephaim;* ya como una morada de paz para los justos donde libres de las opresiones de los impíos, y de toda miseria, esperan todavía en el Señor, es decir, esperan el dia feliz de la venida del Redentor que les abrió las puertas del cielo. Sobre todo, es notable el pasaje de Isaias (cap. XIV), en que muestra al rey de Babilonia, precipitado en el *Scheol*, que se conturba á su llegada: al verle se levantan contra él los *Rephaim*, aquellos antiguos opresores cuyo ejemplo siguió, y con ellos todos los tiranos de las naciones, y echándole en cara su impiedad y su soberbia, le apostrofan que «*ha sido herido como uno de ellos... y ha sido hundido en el Scheol* (en el infierno), *en lo profundo del lago.*» En términos muy semejantes anuncia Ezequiel (XXXI, 15) la ruina, y caida en el infierno del rey

© Biblioteca Nacional de España

de Egipto, para morar en medio de los incircuncisos y de los muertos á espada.

Se equivoca, pues, el autor del libro *Génio de Moisés*, y con él Mr. Pezzani, cuando supone que el *Scheol* es un lugar de *regeneracion*, de *ruegos*, de *plegarias*, como tambien que los *Rephaim* significan los *débiles*, destinados á la penitencia, á la curacion, y al *perdon*. Es cierto que la raiz de scheol שאל significa *pedir*, pero es en un sentido enteramente diverso que aquellos creen. Winer explica con mas acierto la formacion radical de aquella palabra, diciendo: «El *Scheol*, ó el *Orcus* no sin fundamento se llama así de la raiz *poscere* (pedir), puesto que con insaciable codicia *pide* (reclama, exige, atrae) á todos los mortales sin excepcion ni diferencia alguna. Por eso se dice en el libro de los Proverbios que *el infierno* (scheol *y la perdicion jamás se satisfacen, que son insaciables, que nunca se llenan.* En el mismo sentido algunos poetas latinos, como Cátulo, le llaman *rapax* (rapaz, devorador), y los Sirios emplean la misma palabra *schiul* para significar el infierno, y tambien el limbo de los padres». —Esta interpretacion es sin duda la mas conforme á la mente de los Libros Sagrados, y tambien la mas razonable.

En cuanto á los *Rephaim*, רפאים, lejos de significar los destinados al perdon, significa por el contrario los réprobos, los condenados, como se infiere de los pasajes que dejamos expuestos. En muchos otros lugares se dice de ellos que han sido humillados y postrados, que gimen, que tiemblan, que no se levantarán, que son abominables, que moran en una region sin esperanza, que los malos habitarán en su compañía, etc. etc. La voz *Rephaim* ha sido traducida, los *jigantes*, los *manes*, las *sombras*, los *muertos*, los *débiles*, los *médicos* y los *afligidos:* pero es lo cierto que casi siempre significa, en los textos donde

© Biblioteca Nacional de España

ocurre, hombres criminales, perversos y sujetos al castigo.

Mr. H. Kenri Martin ha aclarado este punto en una nota llena de erudicion: «El nombre de *Rephaim*, dice, en los textos de la Biblia donde se encuentra, ha recibido de parte de los traductores, segun etimologías sospechosas, sentidos muy diferentes. Es un nombre propio que debe explicarse por medio de la comparacion de los textos, tanto como por la etimología. Así pues, la palabra *Rephaim* puede significar los *grandes*, los *jigantes*, y esta interpretacion se halla confirmada por los textos en que se emplea esa palabra. En efecto, en el cap. VI del *Génesis*, en el libro de la *Sabiduría* y en el *Eclesiástico*, los Rephaim son una raza notable por su fuerza lo mismo que por sus crímenes, que provocaron el diluvio. En el cap. XIV del *Génesis*, en los cap. II y III del *Deuteronomio*, en los *Números*, en *Josué* y en el libro II de los *Reyes*, volvemos á encontrar despues del diluvio otros Rephaim, que son tambien hombres de una estatura extraordinaria, y condenados igualmente al exterminio. *Baruch* dice que los Rephaim tan fuertes y belicosos han perecido porque no tenian la sabiduría que emana de Dios. En el libro de *Job*, en los *Proverbios*, en *Isaias* y en los *Salmos*, los Rephaim, nombrados tambien en sentido desfavorable, son los habitantes del *Scheol* considerado como lugar de castigo. Los Rephaim posteriores al diluvio eran pueblos de la Palestina, y en la idea de Moises habia una semejanza entre ellos y los *Néphilim* (gigantes) antidiluvianos. Los Fenicios llamaban *Alonim* á los muertos santos y bienaventurados, y daban el nombre de *Rephaim* á todos los demás finados. Es indudable que el recuerdo de los antiguos Rephaim se habia conservado entre los Fenicios como entre los Hebreos: los Rephaim de la época contemporánea eran odiosos á los dos pueblos, para los cuales este nombre de una raza condenada era el de

© Biblioteca Nacional de España

los muertos malditos ó al menos abandonados de Dios» (1).

Vemos por lo tanto en todo este capítulo la ligereza con que procede Pezzani aceptando sin exámen todo cuanto tiene alguna apariencia de serle favorable. Esto prueba una vez mas que está muy poco seguro de su opinion, porque al escribir su libro no ha podido menos de leer otros en los cuales seguramente habrá hallado su condenacion. Y no obstante, con ojos de lince va buscando interpretaciones singulares, para apoyarse en ellas, aunque sea contra el asentimiento general. Queda probado igualmente que los hebreos no estaban tan ignorantes de la vida futura, como él pretende. No habiendo adquirido estas creencias de su contacto y relaciones con otros pueblos, puesto que son antiquísimas y se remontan á los primeros orígenes de ellos como nacion, y no siendo por otra parte fruto del raciocinio, es claro que las recibieron de la tradicion. Nada ocultó Moisés á un supuesto *pueblo niño:* él no escribió todo, aunque no dejó de trasmitir de palabra la antigua tradicion, pero de las frases y espresiones que usa en el Pentateuco respecto de la inmortalidad y de la otra vida, se infiere que era una doctrina universalmente creida y aceptada por aquel pueblo.

(1) *La vida futura segun la fé y la razon,* notas suplementarias, n. XIII, edicion de la Librería Religiosa de Barcelona, 1865.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IV.

La supuesta doctrina secreta de Jesucristo.—La revelacion ¿es progresiva?

Si se fija la atencion en los sistemas acerca de la vida futura, tanto antiguos como modernos, quiénes los enseñaban, y cómo, se observará desde luego que su importancia no consiste en ser una teoría meramente filosofica, sino en ser una doctrina religiosa. En la India, en Egipto, en Persia, en Caldea, cualquiera sea la cuna primera de los errores palingenésicos, éstos nacieron y se propagaron á la sombra del santuario. Los que habian de enseñar la verdad á los pueblos, corrompieron con interpretaciones falsas las antiguas tradiciones, y ocultaron su verdadero sentido bajo símbolos y alegorías, con lo cual estraviaron poco á poco la opinion pública, porque así convenia á sus intereses; los mismos sacerdotes creyeron mas tarde las invenciones de sus predecesores, y éstas quedaron elevadas á la categoría de dogma.

Los modernos defensores de estas ideas, viendo que no se encuentra vestigio de ellas, sino que al contrario, están explícitamente reprobadas en los libros Sagrados de la única religion verdadera, el judaismo antiguo y luego el cristianismo, despues de hacer inútilmente los mayores esfuerzos por desfigurar el sentido de algunos pasajes de dichos libros, que *suponian* favorables á su causa, han *supuesto* igual-

© Biblioteca Nacional de España

mente que Moisés y nuestro Señor Jesucristo enseñaron una *doctrina secreta*, que comprendia entre otros puntos la preexistencia de las almas, y las reencarnaciones futuras.

Esta suposicion de doctrina secreta, que bien mirada es un reconocimiento explícito de la doctrina *pública* contraria, no es nueva. A fines del siglo pasado la hicieron tambien muchos incrédulos, y algunos protestantes en su marcha de avance hácia el racionalismo; antes que ellos las sectas de los iluminados, y bien sabido es que las sociedades secretas se han gloriado de estar en posesion de aquella pretendida doctrina; y si queremos remontarnos todavía mas, la hallaremos reproducida por los Gnósticos y algunos otros hereges oscuros de los tiempos de S. Ireneo y de Tertuliano, que negaban la divinidad del Verbo, y al oponerles la fe constante y unánime de toda la Iglesia, replicaban con la mayor osadía, que ellos sabian mas que los apóstoles, ó bien que eran los únicos depositarios de su doctrina secreta. Es precisamente lo que hacen los modernos espiritistas: la conducta de los sectarios ha sido siempre la misma.

Aunque tales subterfugios llevan en sí mismos la nota de su falsedad, importa sin embargo desvanecerlos por completo.

Desde luego podemos negar rotundamente tan estraña asercion, y los adversarios no sabrán qué responder. No basta efectivamente aventurar hipótesis arbitrarias, ó formar conjeturas atrevidas: cuando se tiene la presuncion de ir contra la opinion general de amigos y enemigos, en una materia tan grave, es preciso defender la suya con argumentos positivos, con razones sólidas. Si Jesucristo enseñó una doctrina secreta, esto seria un *hecho* acaecido en tiempo y lugar destinado, ante determinadas personas, y que hubiera producido tales ó cuales efectos; los hechos se demuestran por su misma existencia, ó por documentos, ó

© Biblioteca Nacional de España

por el testimonio fidedigno de los contemporáneos. ¿Dónde están, pues, las pruebas, los documentos, los puntos que abrazaba, y los testigos ó discípulos de aquella pretendida doctrina? ¡Cuántas estravagancias creen los que no quieren *creer*!

Es indudable que no todas las cosas que enseñó nuestro Salvador están contenidas en los Evangelios. No se hallan en ellos todas las disposiciones relativas á la constitucion y régimen de la Iglesia, los puntos dogmáticos y disciplinares que sabemos por tradicion apostólica, las materias y formas de algunos sacramentos, y las divinas interpretaciones de las Sagradas Escrituras que Jesucristo comunicó á sus apóstoles dándoles al mismo tiempo luz, ó sea reglas sublimes, para entender su verdadero sentido. No constan en ellos «las muchas cosas que aun tenia que enseñarles, y »que todavía no estaban en disposicion de entender» (1) —«las que les habia de enseñar el Espíritu Santo, anunciándoles lo porvenir,»—«la revelacion de los misterios del reino de Dios, cuyo conocimiento fue concedido á ellos,»— y en una palabra, las admirables instrucciones, consejos y ejemplos que no se consignaron por escrito, porque como dice hiperbólicamente S. Juan, «si se hubieren de escribir detalladamente todas las cosas que hizo Jesus, el mundo no podria contener los libros que serian necesarios para ello.»

Pero nada hay aquí que se parezca á una doctrina secreta. Jesucristo enseñó públicamente su doctrina por ciudades, villas y aldeas. Cuando fue llevado al inicuo tribunal de Caifás, «*El pontífice le preguntó*, cómo se lee en el Evangelio de S. Juan, *acerca de sus discípulos y de su doctrina*.

(1) S. Agustin cita con humildad estas palabras de Jesucristo para consolarse de no poder resolver completamente la cuestion del orígen de las almas. Pero si aquellas verdades reservadas se referian á esta cuestion, podrian añadir algun desenvolvimiento á lo que el divino Maestro les habia enseñado ya, pero jamás ponerse en contradicion con su doctrina.

© Biblioteca Nacional de España

Jesus le respondió: Yo manifiestamente he hablado al mundo, yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo, y nada he hablado en oculto (1). ¿Convencerá á los adversarios un testimonio tan formal? Si alguna vez se complacia en valerse de parábolas, era por acomodar sus lecciones á la capacidad del pueblo rudo, á fin de que las grabasen fácilmente en su memoria, ó bien por el contrario para confundir á los pérfidos fariseos, que á cada momento le tendian lazos con preguntas capciosas ó cuestiones comprometedoras. Lo que el Salvador enseñó, y no está escrito, se trasmitió fielmente por la tradicion. La mayor parte de los apóstoles nada escribieron, y los demás escribieron relativamente muy poco; sin embargo, todos predicaron lo que habian oido, y fundaron Iglesias, en las que desde su orígen se creyeron públicamente los mismos dogmas, la misma doctrina, sin que en parte alguna aparezca huella de ninguna enseñanza secreta. Por el contrario, los apóstoles recomendaban que se guardasen fielmente las tradiciones que habian enseñado de palabra, pero en público. «Lo que has aprendido de mí *delante de muchos testigos*, escribia S. Pablo á su discípulo Timoteo, *comunícalo á hombres fieles y aptos para enseñarlo á otros.*» (II Timot. II, 2.) El mismo Jesucristo mandó espresamente á sus discípulos: *Id por todo el mundo... enseñad á todas las gentes* TODO CUANTO YO *os he enseñado.* (S. Mat. XXVIII, 19). Todo á todas las gentes: no hay que guardar secreto sobre nada. Ellos así lo hicieron, y la Iglesia, como lo celebra S. Ireneo, aunque diseminada por todo el orbe profesaba la misma fé *como con una sola boca y un solo corazon.*

Esta publicidad y uniformidad de enseñanza, inesplicable en la suposicion de haber una doctrina secreta, era el

(1) S. Juan, cap. XVIII, v. 20.

© Biblioteca Nacional de España

mas fuerte argumento que la Iglesia oponia á los hereges para probar que estaba en posesion de la doctrina de su divino Fundador. Efectivamente con razon procedia, puesto que se trataba de un *hecho* público, universal, constante, susceptible de la misma certeza que cualquier hecho histórico, y acreditado mejor que otro alguno, pues tenia por testigos á todos los *fieles*, grandes y pequeños, que creian exactamente lo mismo. La doctrina de Jesucristo jamás ha estado encerrada en el secreto de una escuela, ni confiada á un pequeño número de discípulos, ni limitada á un solo lugar. Nadie ha podido alterar, corromper ó disminuir alguno de sus artículos, sin ser acusado y reprendido por ello, y sin dejar de pertenecer á la Iglesia, que siempre celosa y vigilante, espulsaba de su seno á los que trataban de perturbar tan envidiable *unanimidad*.

Si hubiera existido la pretendida doctrina secreta, ¿no habria sido conocida en la Iglesia? Jesucristo seguramente la hubiera enseñado á sus apóstoles, y estos la hubieran trasmitido á sus inmediatos sucesores, cada uno en el país que le tocó evangelizar. Asi se hubieran multiplicado los *iniciados*, habiendo diversos grados de ciencia *exotérica*, y es de presumir como sucede en las sociedades masónicas, que alguno hubiera sido indiscreto, y hubiera revelado, al menos, la existencia de aquella doctrina, ya que no los puntos que abrazaba. Esto es tanto mas creible, cuanto que abundan los ejemplos de algunos apóstatas, quienes no pudiendo sufrir el rigor de los tormentos, violaron la llamada *disciplina del arcano*, y entregaron los Libros sagrados á los jueces paganos, por lo cual se les dió el nombre de *Traditores* (1). Por otra parte, los antiguos heresiarcas, hombres

(1) La *disciplina del arcano* no era una doctrina secreta. Consistia únicamente en reservar á los paganos y á los catecúmenos ciertos misterios, muy superiores á la razon, como la Trinidad, la Eucaristía, etc., para no esponerlos al escarnio y á la profanacion

© Biblioteca Nacional de España

por lo general de talento y de posicion, osados y ambiciosos, pero ilustrados, ¿no estaban iniciados, siquiera alguno, en aquella supuesta doctrina?—Pues bien; hé aquí un fenómeno tan estraordinario como increible: que en el espacio de trescientos años, si se esceptúa la presuncion de algunos ebionitas oscuros, no aparece la menor alusion á aquella doctrina, y precisamente cuando pululaban por do quiera las sectas de aquellos novadores que se daban á sí mismos orgullosamente el nombre de *gnósticos*, ó sábios.—Se dice que Orígenes poseia la ciencia *secreta*, que la habia recibido de su maestro S. Clemente de Alejandría, y éste á su vez del suyo, el judío Filon, pero ¿á quién puede satisfacer esta invencion peregrina, sin mas pruebas que algun pasaje oscuro y vago de los libros de S. Clemente, sin hacer mencion de otros claros y terminantes que están en oposicion con ella? Y además, ¿eran estos sólos quienes la conocian? En este caso la doctrina hubiera sido inútil por ignorada. Y hé aquí otra cosa mas extraordinaria: desconocida en la Iglesia por espacio de muchos siglos aquella supuesta doctrina, y no solo desconocida, sino condenada en los puntos que se supone comprendia, hubiera venido á ser descubierta en nuestros dias por Pezzani y los espiritistas, y ellos solos hubieran tenido la dicha de entender los libros del Nuevo Testamento, y hallar en ellos una enseñanza que, aunque opuesta claramente á su letra y á su espíritu, debiera sin embargo ser preferida y aceptada como la espresion genuina y fiel de las ideas de nuestro Salvador.

Esto nos lleva á otra consideracion decisiva contra el supuesto que refutamos. O la Iglesia conocia la doctrina *esotérica*, ó nó. Si no la conocia, habremos de convenir que

de parte de los primeros, ó á la indiscrecion de los segundos, mientras no hubiera seguridad de que éstos no se escandalizarian por causa de dogmas tan incomprensibles. Nada tiene que ver esto con lo que tratamos aquí.

© Biblioteca Nacional de España

no era la verdadera Iglesia de Cristo, depositaria de sus enseñanzas, y continuadora de su obra. ¿Dónde está, pues, aquella? ¿Y la obra y palabra de Cristo habria permanecido ignorada, y hasta contrariada en su parte principal? ¿habría quedado subsistente el error y la preocupacion, á pesar de la venida del Hijo de Dios, y sepultada para siempre la verdad? Y si se dice que habia de esperarse un tiempo oportuno para predicarla, y hasta entonces convenia tenerla reservada, ¿no habia llegado aquel tiempo cuando la Iglesia dominaba como soberana, y su voz era universalmente acatada?—Mas si por el contrario la conocia, y de propósito la habia ahogado en su cuna, la habia relegado al olvido, y luego la habia condenado, entonces seria infiel á la mision de su Fundador, habria hecho inútil su venida, se habria propagado y viviria sobre la impostura, y Dios mismo al obrar el milagro contínuo de la *conservacion* de la Iglesia en medio de tantas contrariedades internas y esternas, (que si se estudia bien la Historia se verá que es un verdadero milagro), Dios mismo habria contribuido directamente á esa impostura, haciendo irreparable el error en lo porvenir. Hé aquí adonde conducen las galanas teorías de los modernos sábios.

¿Qué mas? En todo caso, sea que su doctrina secreta en oposicion con su predicacion pública se hubiera propagado despues de él, sea que hubiera perecido con los pocos que la recibieron, el mismo Jesucristo hubiera sido un impostor, induciendo positivamente en error, ó al menos no sacando de él á su generacion, y á todos los millones de fieles que en lo sucesivo han abrazado su religion. Y aquí tenemos otra contradiccion palpable. Si los judíos como se pretende, creian ya en las trasmigraciones de las almas, ¿podia hallarse preparacion mas favorable para confirmarlos en tal creencia, para enseñar públicamente tal doctrina?

© Biblioteca Nacional de España

¿No fuera superchería ridícula é inútil una doctrina secreta sobre esto? ¿No fuera peligroso é inconveniente oponerse á ella, anunciando terminantemente un destino irrevocable de gloria ó de castigos por toda la eternidad? Sin embargo, Jesucristo así lo hizo, no solo contra las convicciones personales que se le atribuyen, sino tambien contra la opinion que se pretende era popular. Todo lo cual contribuye á que fuera mas odiosa y mas perjudicial la impostura, porque no se reducia solo á inculcar deliberadamente una opinion falsa, sino á oscurecer y debilitar de propósito una creencia tenida por verdadera.

¿Quién lo creyera? Se tragan estos absurdos Pezzani y los espiritistas, y no vacilan en injuriar á nuestro adorable Salvador, atribuyéndole esta impostura. «Si se puede reprochar á Jesucristo una mentira, dicen, era una mentira necesaria, pues en otro caso no hubiera sido comprendido ni científica ni filosóficamente.»—Para estos señores, una mentira es una cosa baladí. ¿Qué significa una mentira, tratándose de una cosa tan insignificante como el destino futuro del alma? ¿Qué importa estraviar la opinion pública en cosa de tan poca monta como la eternidad del infierno? ¿Qué vale deshonrar á nuestro Señor Jesucristo, sentando un precedente que desprestigiaria toda su predicacion? ¡Una mentira! Mentira, si, parece la frescura de ciertos hombres y las singulares ideas que abrigan acerca del honor. Toda persona honrada se cree con razon altamente ofendida de que se le atribuya una mentira, ¿y no temeis, osados novadores, arrojar esta mancha sobre la frente purísima de nuestro adorable Salvador? ¿No reconoceis vosotros, vosotros mismos, que es la criatura mas perfecta é inmaculada que ha pisado esta tierra? ¿No sabeis que es el único que ha podido dirigir á todos sus enemigos pasados, presentes y futuros, esta pregunta: *Quién de vosotros me argüirá de*

© Biblioteca Nacional de España

pecado? ¿No sabeis por último que él es la *misma verdad*? (1) Imposible es por tanto, que Jesucristo enseñase una doctrina secreta contraria á su doctrina pública, porque es imposible, (horroriza solo el pensarlo), que él fuese un impostor.

Para desvanecer el mal efecto de esta irreverente idea de Jesucristo, responden que todavía no era tiempo de enseñar aquellas verdades. Por mi parte, jamás me persuadiré que alguna vez deje de ser oportuno instruir al ignorante en aquello de que pende su suerte eterna ó que deje de ser punible engañarle en una materia tan grave. «La revelacion, añaden, es sucesiva, puesto que procede de la facultad mediadora de Dios por medio de sus ángeles ó enviados; (2) se acomoda al tiempo y progresa con la humanidad, como lo dice formalmente S. Agustin: *Ab eo dantur (præcepta) qui solus novit congruentem suis temporibus generi humano exhibere medicinam*. S. Agustin comprendió perfectamente que el Señor debió revelarse á los hebreos bajo la forma del poder, y á los cristianos solamente bajo la forma del amor, puesto que dice en el mismo pasaje: «Dios por medio de sus profetas y servidores, conformándose á la distribucion mejor ordenada de los tiempos, dió menores pre-

(1) A este propósito escribe el sábio Hettinger: «No hay medio; Hijo de Dios ó impostor.—Distingo, dice Mr. Renan; en Occidente, sí, pero en Oriente, nó.—¡Como si en Oriente se pudiera mentir sin dejar de ser sincero, y la sinceridad fuese una cuestion de latitud y de clima! Pero oigamos á él: «La admiracion de sus discípulos le arrastraba y le sacaba fuera de sí.... Para nosotros, razas profundamente sérias, la conviccion significa la sinceridad consigo mismo. Pero esta sinceridad no tiene sentido en los pueblos Orientales, poco habituados á las delicadezas del espíritu crítico. La verdad material tiene poquísimo precio para el oriental: todo lo vé á través de sus ideas, de sus intereses, de sus pasiones... La única culpable en semejante caso, es la humanidad que quiere ser engañada. Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador; tu obra está acabada, tu divinidad asegurada.»—Y termina Hettinger con fina ironía: ¿De qué país será Mr. Renan?»—*Apología del cristianismo*, conf. XVII.

(2) Es de advertir que no creen en la existencia de los Angeles, tal como la enseña la Iglesia católica.

© Biblioteca Nacional de España

ceptos á su pueblo, al que se debia tener sujeto con el temor, y por medio de su Hijo preceptos mas elevados al género humano, al que convenia libertarle con la caridad.» Luego continúa S. Agustin: «Lo mismo que acontece en la educacion de un hombre solo, la educacion del género humano, en lo que respecta al pueblo de Dios, ha atravesado ciertos períodos segun las edades mas adelantadas, con objeto de que la humanidad se eleve progresivamente de las cosas temporales á las eternas y de lo visible á lo invisible.» «Lo que decimos es idéntico.»

Nó, no es idéntico. Pezzani, como de costumbre, presenta la verdad á medias, y á su sombra pretende establecer el error. El pensamiento de S. Agustin es bien distinto del suyo: es lo contrario. Sin perder de vista su idea capital de la accion de la Providencia en la Historia, preparándolo y órdenándolo todo á la venida de su Hijo, el santo doctor manifiesta, siguiendo la doctrina de S. Pablo en sus cartas á los Romanos y á los Hebreos, uno de los principales efectos de la venida de Jesucristo, que fue emancipar á la humanidad de la servidumbre antigua, y hacernos *libres*. De aquí deduce la superioridad de la Ley nueva sobre la Antigua, porque en aquella eran mas duros los preceptos, y su infraccion era castigada con penas temporales. Moisés habia impuesto á los hebreos un yugo pesado por la dureza de su corazon. En el cristianismo no reina aquel temor servil ni hay preceptos tan minuciosos, sino que prevalece la ley del amor como escribia S. Pablo á los Romanos. *Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore.* (Rom. VIII, 15, Galat. IV, 5).

«Toda revelacion, prosigue Pezzani, tiene su lado inmutable que proviene de Dios, que no cambia, porque la verdad es eterna: pero tambien tiene el lado movible, que es la concepcion adecuada á las necesidades de los tiempos ca-

© Biblioteca Nacional de España

da vez mas perfecta, segun la marcha del progreso. El lado inmutable, en la cuestion del destino, es la seguridad de las recompensas á los justos y el castigo para los malvados, el lado movible, necesario en la época de Jesucristo, es la absoluta eternidad de la bienaventuranza y la del sufrimiento siempre idénticas.»

Mucho se ha abusado en este siglo de la idea de revelacion progresiva por aquellos que, bien por negar la revelacion sobrenatural, bien alguna de sus verdades, no quieren entender, ó confunden de propósito el verdadero sentido de la palabra *revelacion*. Para desvanecer los sofismas de las diversas escuelas que convienen unánimes en esa idea, aunque con diverso objeto, bastará esponer la verdadera doctrina acerca de este punto importantísimo, y vamos á hacerlo con la posible claridad.

Como todos saben, la revelacion en general significa un cuerpo de verdades comunicadas por Dios al hombre, por medios ordinarios ó extraordinarios. Hay una triple revelacion, *interna* hecha á todos y cada uno de los hombres por la conciencia, *externa* propuesta igualmente á todos por las maravillas de la naturaleza, ó la creacion visible, y *positiva* ó *histórica* anunciada inmediatamente por Dios á los hombres y trasmitida por estos á los demás, la cual abraza todas las enseñanzas divinas, desde Adam hasta Jesucristo. Esta última es la revelacion *sobrenatural* en sentido propio y estricto: las dos primeras tienen aquel nombre en sentido lato, y son la revelacion *natural*. La mayor parte de los adversarios, á quienes nos hemos referido arriba, rechazan la revelacion sobrenatural propiamente dicha, y solo admiten las dos primeras, reduciendo la revelacion á la luz de la razon humana, en cuanto tiene aptitud para entender las verdades divinas y morales en las obras de la naturaleza, y descubrir su perfeccionamiento gradual en el desar-

© Biblioteca Nacional de España

rollo de la historia. Otros, y son los que impugnamos directamente en este capítulo, admiten la revelacion *positiva*, pero despojándola de su carácter inmutable, como si hubiera sido dada al hombre para que él mismo la desarrolle conforme al progreso de su propia razon.

Este error ha sido condenado formalmente en la proposicion V del *Syllabus*, contra los que afirman que, «*La revelacion divina es imperfecta, y por tanto está sujeta á un progreso continuo é indefinido, en correspondencia con los adelantos de la razon humana.*»—Pocos años despues fue condenado de un modo mas solemne en la Constitucion *Dei Filius* del Santo Concilio ecuménico Vaticano en estos términos: «La doctrina de la fe que Dios ha revelado, no ha sido »propuesta á los ingenios humanos como un invento filosófi»co para ser perfeccionada por ellos, sino que ha sido entre»gada á la Esposa de Cristo como un depósito divino para »custodiarla fielmente y declararla infaliblemente. Por eso »una vez declarado por la Santa Madre Iglesia el sentido de »los dogmas sagrados, se ha de retener perpétuamente, y »jamás ha de apartarse alguno de este sentido bajo pretesto »ó color de mas elevada inteligencia. Crezcan, pues, y pro»gresen mucho y rápidamente en todos y cada uno, en »cada fiel como en toda la Iglesia, por grados de edades y »siglos, la inteligencia, la ciencia, la sabiduría; pero sola»mente en su esfera, es á saber, en el mismo dogma, en el »mismo sentido, y en el mismo parecer.» En confirmacion de esta doctrina formuló el cánon siguiente: *Si alguno dijere, que puede suceder que alguna vez segun el progreso de la ciencia, debe darse á los dogmas propuestos por la Iglesia otro sentido que aquel en que los ha entendido y los entiende la misma Iglesia, sea excomulgado.*—Por eso las declaraciones dogmáticas tienen un carácter irreformable, y se llaman acertadamente *definiciones*.

© Biblioteca Nacional de España

Tenemos pues una regla segura para formar nuestro juicio en esta materia. La revelacion divina considerada en sí misma, *objetivamente*, es inmutable, perpétua, siempre idéntica á sí misma, aunque *subjetivamente* sea susceptible de progreso, es decir, de ser mejor conocida y practicada de dia en dia. Repárese bien; no se puede entender en un país y en una época de distinta y menos de contraria manera que en otra: su verdad en el fondo ha de aparecer igual á todos, si bien con mayor ó menor claridad. De la misma manera el Sol que brilla con una luz pálida en el cielo triste de las regiones polares, deslumbra con vivísimos fulgores en el cielo puro y sereno de los paises meridionales. El labriego que le contempla no conoce las maravillas del astro rey como las conocia el P. Sechi; pero como aquel, ó tal vez mas que aquel, se aprovecha de su luz y su calor: y el mismo Sol que borda profusamente de flores los jardines de Valencia, derrite apenas la nieve que cubre las chozas de los Esquimales.

Siguiendo todavía esta comparacion diremos que la revelacion divina es el Sol que alumbra á la humanidad, de la misma manera que el Sol material á nuestro globo. Primero estiende en los límites del horizonte una luz vaga, suficiente apenas para distinguir los objetos; es el alba. Luego aparecen brillantes y dorados arreboles, que nos alegran, animan y refrescan, como precursores de sus rayos luminosos; es la aurora. Poco despues se levanta del fondo del mar una brillante diadema, que en breve se convierte en un disco esplendoroso; se eleva majestuosamente por la bóveda celeste, y como un monarca espléndido va derramando por do quiera beneficios; es el dia. Entonces avanza el rey en sus vastos dominios creciendo de momento en momento su brillo, y llega en el medio dia al apogeo de su gloria. Del mismo modo la revelacion divina tuvo su

© Biblioteca Nacional de España

crepúsculo en Adam, lució en los Patriarcas, brilló en Moisés y en los Profetas, y resplandeció en toda su plenitud en nuestro señor Jesucristo: y desde entonces sigue iluminando á los mortales con luz indeficiente, que no padece eclipse, ni tendrá ocaso.

Una misma enseñanza es la del Paraiso, la del Sinaí, la del Carmelo, y la del Cenáculo. Es un desarrollo, no una variacion; es un progreso de iluminacion, no de cambio. Dios no puede ponerse en contradiccion consigo mismo, ni revelar en un tiempo ó en un lugar cosa contraria á la que reveló en otros. Porque todos los hombres pasados, presentes y futuros tienen las mismas relaciones con Dios como Criador y Padre, la misma naturaleza indigente, la misma alma inmortal, y el mismo fin último: han de marchar, pues, por el mismo camino para llegar al mismo término.

Si la revelacion se diera con relacion al tiempo y á la vida presente, podria concebirse en ella alguna variedad segun las diversas circunstancias de los diversos períodos históricos. Pero se dió con relacion al fin último, que es la salvacion, y como este fin es el mismo para todos los hombres y en todos los tiempos, puesto que son hechuras de la misma mano, destinados al mismo plan de la creacion, es claro que ha de ser en sustancia la misma para todos, comprendiendo las cosas necesarias para salvarse. Si los unos han tenido y tienen conocimiento mas claro que otros, tendrán por lo mismo mayor responsabilidad, y todo queda equilibrado con la mas exacta proporcion en la balanza divina.

Estando, pues, completa la revelacion, habiendo subido á su apogeo en Jesucristo, y habiendo tocado el límite de su progreso, es un contrasentido esperar una revelacion nueva, y es un absurdo suponer que progresará hasta ne-

© Biblioteca Nacional de España

gar lo que una vez afirmó, ó afirmar lo que una vez negó. El progreso ha ser nuestro, teniendo siempre los ojos fijos en ella para perfeccionarnos é instruirnos, y para adquirir méritos de gloria instruyendo á los ignorantes, levantando á los caidos, y convirtiendo á los extraviados: en una palabra, constituyéndonos en apóstoles de ella, para santificarnos y santificar á los demás.

Sin embargo, ¿quién duda que la revelacion es una fuente riquísima y copiosa, de la cual se deducirán en lo sucesivo otros dogmas ahora contenidos en ella en gérmen, y que serán de incalculable trascendencia? Con todo, las generaciones futuras que conocerán esplícitamente muchas derivaciones de la doctrina revelada que nosotros hoy no conocemos, no por eso tendrán una fé distinta de la nuestra, asi como nosotros despues de la definicion de la infalibilidad del Papa, hablando en *ex-cathedra*, creemos lo mismo que creian implícitamente nuestros antepasados, es decir, un punto de conexion necesaria con los principios fundamentales de la fé, que ellos profesaban y querian profesar *íntegra*, tal y como fuese propuesta por la Iglesia. Aun en este caso no aumentan las verdades reveladas: sino solo se ponen de manifiesto, con asistencia del Espíritu Santo, verdades contenidas desde el principio en el cuerpo de la revelacion.

Así, pues, la pretendida revelacion progresiva, ya se entienda de una revelacion *nueva*, ya de una inteligencia *nueva*, de la doctrina revelada en sentido contrario á lo que se ha entendido hasta hoy, es un sueño, es un absurdo. Esto equivale á borrar de una plumada la revelacion antigua, desde el momento que perdiera su eficacia y oportunidad. La *nueva* revelacion enseñaria dogmas conformes ó contrarios á los que enseñó nuestro Salvador. En el primer caso seria inútil, y no mereceria aquel nombre; en el se-

© Biblioteca Nacional de España

gundo seria evidentemente falsa é injuriosa á Dios, que antes ó despues habria revelado una falsedad. Ya lo hemos dicho; una doctrina verdadera ayer, no puede ser falsa hoy; una verdadera hoy, no puede ser falsa mañana. Aunque el estado de la humanidad sobre la tierra varíe segun las circunstancias de lugares y épocas, las verdaderas necesidades del hombre, como ente responsable, son siempre las mismas; la moral, el deber, la justicia, la religion. *La palabra de Dios no puede quedar vana*, (Salmo LXXXVIII, 35), y las palabras de Jesucristo *no pasarán aunque pasen el cielo y la tierra*. (S. Mat. XXIV, 35).

Por otra parte, una revelacion en progreso contínuo é indefinido jamás estaria completa. Seríamos, pues, como aquellos de quienes dice el Apóstol que *siempre están aprendiendo, y nunca llegan á la ciencia de la verdad* (II Tim. III, 7). Jesucristo que vino á la tierra para salvar al hombre, ¿le hubiera dado una doctrina imperfecta é incompleta? ¿Derramó por él hasta la última gota de su preciosísima sangre, y no hubiera sido igualmente pródigo en la enseñanza de la verdad? La humanidad careceria de una fé cierta, temiendo que una revelacion nueva viniera á cambiar radicalmente sus creencias actuales, y recelando que fuesen falsas. Y hé aquí entonces la duda y el escepticismo plantando sus reales en las conciencias, y estendiendo su maléfica influencia lo mismo á la revelacion pasada que á la revelacion porvenir.

Para *creer* es preciso estar seguro de la verdad. Pero la verdad en sí misma es inmutable, absoluta y perpétua, y por lo tanto orígen y fundamento de otras verdades igualmente ciertas para nuestra razon. La *evidencia* no es otra cosa que esa inmutabilidad de la verdad: *lo que es, es*. Luego la fé como la evidencia se refieren á una verdad objetiva, necesaria é invariable. Así, pues, desde el momento que

© Biblioteca Nacional de España

Dios, verdad absoluta, se dignó revelar alguna cosa, es una verdad que participa en cierto modo de la inmutabilidad divina, y no puede cambiar ni ser reformada; el hombre debe aceptarla humildemente tal como Dios la enseñó. Por eso, bajo cualquier punto de vista que se considere, el supuesto de una revelacion progresiva, si teológicamente es una aberracion, filosóficamante es un desvarío.

Mas este desvarío llega á los límites del absurdo, cuando pretende que la pluralidad de existencias del alma es un dogma de esa revelacion pregresiva que en este punto ha llegado ya á su madurez.

Hay cosas que no pueden tomarse en sério, por mas que las defiendan hombres de cabal juicio al parecer, y se pregunta uno si en efecto aquellos las sienten como las dicen. Porque en primer lugar, si aquella fue creida desde la antigüedad mas remota, si espresa la fé de la humanidad, ¿no es una contradiccion llamarla revelacion nueva ó concepcion racional de la vida futura en nuestra época? Si la razon humana con sus propias fuerzas ha llegado á convencerse de su certeza, ¿dónde está su carácter de doctrina revelada?—No siendo, pues, un anuncio de una verdad desconocida, ni una conquista filosófica en virtud del raciocinio, ni siquiera una confirmacion de la opinion antigua con nuevas pruebas y nuevos argumentos, puesto que los modernos defensores de ella dicen absolutamente lo mismo que los antiguos, y se satisfacen con hipótesis y conjeturas, ¿en qué sentido ni con qué fundamento se le dá el nombre de revelacion?

Dejando aparte estas y otras contradiciones, concederemos á tal especie los honores de una ligera refutacion, no porque lo merezcan, sino en obsequio de algunos infelices seducidos por las teorías espiritistas, quienes me

© Biblioteca Nacional de España

consta que leerán este libro, y cuyas vacilaciones é incertidumbres necesitan ver acosado el error hasta en sus últimas trincheras.

Preguntad pues, desdichados víctimas de la supercheria que abusa de vuestra candidez, preguntad á vuestros maestros: ¿qué nueva necesidad de la humanidad reclama hoy una nueva revelacion? Por grande que sea la relajacion de las costumbres, la confusion de las ideas, y la inquietud de los espíritus, la doctrina de Jesucristo conserva todavía su eficacia salvadora para curar todos los males, y no es necesaria la venida de nuevos Profetas á echar sal en las llagas de la sociedad. Siga el mundo las lecciones del Evangelio, abrace la Cruz, escuche á la Iglesia, y entonces sí que vendrá á iluminarle un nuevo resplandor de aquella luz divina, que le hará retroceder en el camino de la perdicion.

Recordadles que la doctrina de Jesucristo es de una perfeccion tan sublime y acabada que no solamente eclipsa todo cuanto habia habido hasta entonces de mas perfecto, sino tambien todos los esfuerzos que se han hecho despues para igualarla. Pedidles que os pongan de manifiesto la santidad, la elevacion, la sublimidad de la doctrina nueva y la superioridad sobre la de Jesucristo, para ser preferida á ella, como conviene á toda nueva revelacion.—Supone ciertamente una doctrina mas pura, mas completa, mas fecunda, que haga inútil aquella, que la contradiga espresamente, y que la anule depojándola de su sancion. Si su temeridad llega hasta este punto, si presumen con soberbia satánica enmendar la plana al mismo Jesucristo, ya los teneis juzgados; apartaos de ellos con horror.

En todo caso, si su procacidad no llega á tanto, exigidles que al menos os digan quienes son los Profetas de la nueva revelacion, y que estos os presenten las pruebas de

© Biblioteca Nacional de España

su apostolado, las señales de su mision extraordinaria, y el sello auténtico de la misma. Jamás la palabra divina ha resonado en el mundo, sin venir acompañada de su prueba: y una de las pruebas que ella misma ha señalado como la piedra de toque para distinguirla, es la conformidad con lo que siempre ha enseñado, porque la verdad es siempre igual á sí misma. Por eso el mismo Dios por boca de Moisés prevenia á su pueblo contra los falsos profetas, diciendo: *Si apareciere en medio de tí un profeta, haciendo prodigios y milagros, y te invitara á adorar los ídolos... no escucharás sus palabras, porque el Señor Dios vuestro prueba vuestra fidelidad.* (Deut. XIII, 1.) San Pablo previene tambien á los fieles en estos términos enérgicos: *Hay algunos que os perturban, y quieren alterar el evangelio de Cristo; pero aunque yo mismo ó un angel del cielo os predique cosa contraria de la que os he predicado, sea anatema.* (Galat. I, 7.)— Y San Juan, el apostol de la caridad, escribia á Electa: *Si alguno viene á vosotros, y no enseña la doctrina misma que os enseño, no le recibais en casa, ni aun le saludeis; porque quien le salude, comunica de sus obras malignas.* (II Joan. v. 10.) Siempre identidad de doctrina: el que traiga otra, no es enviado de Dios.

Pedidles asimismo las notas de esta pretendida revelacion, que son milagros y profecías. Estas son las credenciales que en todos tiempos han exhibido los enviados divinos, y que presentó tambien el mismo Jesucristo para exigir fé en su palabra, confianza en su predicacion.—Por último, que os muestren el carácter de universalidad de esa doctrina, su fuerza intrínseca de persuasion que penetra los corazones, y su fecundidad en obras santas y heróicas. ¿Qué mártires la han sellado con su sangre? ¿qué filósofos han ido á meditar sobre ella en el desierto? ¿la profesan muchos de esos justos, que por sus virtudes solo pueden

© Biblioteca Nacional de España

esperar el cielo? ¿la aceptan por el contrario muchos que tienen motivo para temer el infierno? ¿muchos han renunciado por ella al mundo y sus mentidos encantos? ¿y finalmente es una doctrina que desde luego eleva, perfecciona y santifica á los que la profesan?—Si veis que le faltan estas condiciones., rechazadla como una impostura: no es, no puede ser una nueva revelacion.

Singular empeño en nuestro siglo de muchos hombres que distinguiéndose por su carácter descreido, aspiran de mil modos á fundar una nueva religion. No creen los dogmas antiguos cuya revelacion consta ciertamente, y presentan con ropaje nuevo fábulas trasnochadas, como dogmas revelados, sin saber cómo ni á quién. Aprecian en poco la doctrina expresa y terminante de nuestro Señor Jesucristo, y conceden la mayor importancia á su pretendida doctrina secreta, que nadie sabe, que nadie conoce, que todos impugnan y que se le atribuye gratuitamente: pero si de hecho existiera aquella supuesta doctrina y la Iglesia fuera á demostrar con ella alguno de sus derechos, la rechazarian ellos mismos por unanimidad. Su criterio es propiamente como suyo (1); la doctrina constante, uniforme y clara de *todos* los Libros sagrados, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, es una leche dada á pueblos niños; las cavilaciones forzadas y absurdas sobre algunos pasajes de aquellos libros son el alimento que conviene á los adultos. ¡Afortunados genios que han hecho tan prodigioso descubrimiento! Merced á ellos la humanidad ya no necesita andadores; tiene el estómago fuerte y puede digerir sistemas, teorías, interpretaciones y dogmatismos. Esperemos confiados un nuevo pregreso; dentro de poco tiempo necesitará manjares mas variados y nutritivos, y el árbol de la

(1) «No creen, y quieren creer, pero quieren creer lo que quieran.»

© Biblioteca Nacional de España

ciencia será tan complaciente que los producirá á gusto de todos los paladares; y por último llegará un dia venturoso en que la humanidad habiendo llegado á la virilidad mas lozana, y secretando jugos gástricos de gran potencia, podrá tragar impunemente toda clase de venenos.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO V.

Pruebas contra la pluralidad de existencias del alma, deducidas de la Sagrada Escritura,—de los Concilios,—de los Santos Padres,—de las creencias de todos los pueblos.

Hasta aquí quedan impugnadas las utopias de Pezzani con argumentos generales, que nos han hecho ver su falsedad y falta de pruebas; y que no forman parte de la doctrina secreta de Moisés ni de nuestro Señor Jesucristo, ni son el desarrollo de la revelacion, conocida en nuestros dias en su verdadero sentido. La lógica y la crítica nos han prestado recursos para ello: en adelante emplearemos argumentos directos, teológicos y filosóficos, para que se vea con toda claridad que la multiplicidad de vidas es un error opuesto á la fé y al sentido comun.

Empezaremos por la Sagrada Escritura y la Tradicion Eclesiástica.

Una de las notas de la inspiracion y orígen divino de los libros sagrados es el carácter de magisterio universal que los distingue, de manera que en ellos se contienen todas las verdades morales y religiosas, necesarias al hombre, en todas las épocas y condiciones, y se hallan condenados de antemano todos los errores filosóficos ó religiosos que han nacido, ó hayan de nacer, en todos los siglos. Tan

© Biblioteca Nacional de España

lejos están de pasar ó perder su oportunidad, como pretenden los espiritistas con los partidarios del *perfectibilismo*, que por el contrario son como la piedra de toque de todas las manifestaciones de inteligencia y de moralidad del hombre, que llevan el sello de su verdad ó de su bondad en ser conformes á ellos, y de su falsedad ó de su malicia en serles contrarias. Por esta razon todos los novadores han hecho los mayores esfuerzos por persuadir que sus errores hallaban apoyo y confirmacion en los Libros sagrados. Nuestros adversarios, imitando el ejemplo de aquellos, invocan tambien su testimonio, pero con tan mala fortuna, que las armas que usurpan de ellos para la defensa de su error, les son arrebatadas de las manos y vueltas en contra suya. Como de costumbre, entremos desde luego en materia.

Cuando los textos de la Biblia, demostrativos de una doctrina dada, son muy numerosos, acostumbran los teólogos presentarlos divididos en grupos ó en clases, formando con cada una de ellas un argumento general, ó sea una nueva especie de demostracion. En nuestro caso la abundancia de textos nos obliga á hacer lo mismo, para la mayor claridad de la prueba, y para no ser excesivamente difusos. Por lo mismo, solo aduciremos dos ó tres lugares de cada clase, y luego explicaremos los que objetan los adversarios.

Se compone la primera clase de aquellos pasajes donde se habla de la muerte, y del juicio, y del cumplimiento de la sentencia sin alguna demora. Sirvan de ejemplo los siguientes: *Fácil cosa es delante de Dios en el dia de la muerte galardonar á cada uno segun sus caminos... y en el fin del hombre se descubrirán sus obras:* (1) Por lo tanto, no hay necesidad de repetir nuevas pruebas en otras existencias,

(1) Eclesiástico, cap. XI, v. 28 y 29.

© Biblioteca Nacional de España

si al morir cada uno recibe justamente su merecido. Y no se diga que se recibirá el premio ó el castigo de la existencia terrestre, pues hay otros textos que aclaran el sentido del anterior. *Irá el hombre á la casa de su* ETERNIDAD, dice el Eclesiastes,... cuando *torne el polvo á su tierra de donde era, y* EL ESPÍRITU VUELVA Á DIOS QUE LO DIÓ. (1) Sí; despues de la muerte, la eternidad; y sin pasar por inútiles emigraciones, el alma vuela á Dios. Este pasaje tan terminante adquiere más fuerza, si se compara con el siguiente de la carta á los Hebreos: *Está decretado que los hombres mueran* UNA SOLA VEZ, *y despues el juicio.* (2) Una sola muerte, y por consiguiente una sola vida: no volverá nadie á nacer en este globo ni en otro, porque habria de morir otra vez, y esto es contra el decreto de Dios. Además, el juicio del tribunal divino supone una sentencia ejecutoria, justísima y sin apelacion: la justicia eterna, ó no es tal, ó no puede reformar su fallo, ni suspender su cumplimiento. El Apóstol escribe lo mismo á los de Corinto: *Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta morada fuese deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que* DURARÁ SIEMPRE *en los cielos... Por esto vivimos siempre confiados, sabiendo que mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor, (porque andamos por fé, y no por vision): mas tenemos confianza, y queremos más dejar este cuerpo, para estar presentes al Señor. Y por eso procuramos con teson, ahora estemos ausentes, ahora presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba, segun lo que ha hecho, bueno ó malo, estando en el propio cuerpo.* (3) Está bien expreso: despues de la muerte logramos un es-

(1) Eclesiastes, cap. XII, v. 5 y 7.
(2) A los Hebreos, cap. IX, v. 27.
(3) II á los Corintios, cap. V, v. 1 á 10.

© Biblioteca Nacional de España

tado permanente y eterno, y apenas cerremos los ojos corporales, nos hallamos en presencia de Dios. Esto es algo más consolador y razonable que correr un círculo indefinido de vidas, sin llegar jamás á nuestro Padre, cual es la aspiracion irresistible de todo nuestro sér.

A la segunda clase pertenecen muchos testimonios que condenan terminantemente la quimera de nuevas pruebas en otras vidas, enseñando que despues de la muerte no hay lugar para merecer ó desmerecer: *¿Por ventura*, exclama David, *alguno contará en el sepulcro tu misericordia, y tu verdad en la perdicion? ¿Por ventura serán conocidas en las tinieblas tus maravillas, y tu justicia en la tierra del olvido?* (1) No hay mérito ni justificacion más allá del sepulcro: *Los muertos, ¡Señor, no te alabarán*, dice en otro salmo, *ni alguno de los que descienden al sepulcro, sino nosotros que vivimos, bendecimos al Señor.* (2) Luego aquellos no pueden volverse al Señor como nosotros para merecer; y es lo mismo que declara el profeta Baruch: *Mira que los muertos que están en el sepulcro, no darán honra y justificacion al Señor, sino el alma que está triste por la muchedumbre del mal.* (3) Estos testimonios se entienden mejor, comparados con los que siguen, y recordando la fé de los hebreos de que nadie salia del Scheol.

La misma imposibilidad de merecer se anuncia de una manera más explícita en otros libros sagrados: *Dá y recibe, y justifica tu alma; antes que mueras, obra justicia; porque en el sepulcro no se puede encontrar comida* (4); no hay medios de hacer buenas obras, si no se han hecho antes aquí. Esta doctrina es repetida muchas veces en el mismo libro:

(1) Salmo LXXXVII, v. 12.
(2) Salmo CXIII, 17.
(3) Baruch, cap. II, v. 17.
(4) Eclesiástico, cap. XIV, v. 16.

© Biblioteca Nacional de España

No hagas asiento en el error de los malos, dice en otro lu-gar; *antes de la muerte, dá gloria á Dios, porque la confe-sion del muerto perece como nada.* (1) Tal es tambien la doctrina de nuestro Señor Jesucristo: *Vendrá la noche*, dice, *en la que nadie podrá obrar.* (2) *Andad mientras que teneis luz, porque no os sorprendan las tinieblas, pues el que anda en tinieblas no sabe á donde va.* (3) El Apóstol repite la misma enseñanza en su carta á los Corintios: *Os exhortamos que no recibais la gracia de Dios en vano, porque dice: Te oí en tiempo agradable y te ayudé en dia de salud. Hé aquí ahora el tiempo favorable, hé aquí ahora el dia de la salud.* (4) Nótese bien; «*ahora,*» despues se habrá pasado la oportunidad. *No nos cansemos, pues, de hacer bien*, escribe á los Gálatas, *porque á su tiempo segaremos, si no desfallecemos. Y así, mientras tenemos tiempo* (mientras vivimos en la tierra) *hagamos bien.* (5)

La tercera clase comprende aquellos testimonios que enseñan expresamente nuestra futura resurreccion. Claro es que habiendo de resucitar en nuestro propio cuerpo, son imposibles é inútiles las reencarnaciones. *Yo sé que vive mi Redentor*, exclamaba Job en medio de sus miserias, *y que en el último dia he de resucitar de la tierra; y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré á mi Dios. Esta esperanza mia está profundamente arraigada en mi pecho.* (6)— Los profetas Isaías, Ezequiel, Daniel, Oseas, y el libro de los Macabeos, expresan claramente la misma fé: (7) en cuanto al Nuevo Testamento, inculca esta gran verdad en

(1) Eclesiástico, cap. XVII, v. 26.
(2) Evangelio de San Juan, cap. IX, v. 4.
(3) Id. id. cap. XII, v. 35.
(4) II á los Corintios, cap. VI, v. 1.—Isaías, cap. XLIX, v. 8.
(5) A los Gálatas, cap. VI, v. 9.
(6) Job, cap. XXI, v. 25.
(7) Isaías, XXVI, 19.—Ezequiel, XXXVII, 1 sig.—Daniel, XII, 2.—Oseas, VI 3.—II de los Macabeos, XII, 48.

© Biblioteca Nacional de España

muchos lugares de los libros que abraza. Citaremos estos testimonios en un capítulo destinado expresamente á demostrar el dogma de nuestra resurreccion; y ahora nos limitamos á trascribir algunos. *Señor*, dijo Marta á Jesús, llorando la muerte de Lázaro, *si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Respondióle Jesús: Resucitará tu hermano. Marta le dice: bien sé que resucitará en la resurreccion en el último dia.* (1) Hé aquí la creencia pública, expresa y terminante de los hebreos; Marta era el eco fiel de la opinion popular. Véase otra nueva voz del mismo género: *Te confieso*, decia San Pablo al gobernador de Cesárea, *que sirvo á mi Padre y Dios, creyendo todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas, esperando en Dios, como esperan estos mismos* (sus acusadores judíos), *la resurreccion futura de los justos y de los impíos.* (2) El Apóstol deducia de este dogma sólidos argumentos para probar otras verdades: *Si no hay resurreccion de muertos*, decia, *tampoco Cristo resucitó: y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicacion, y tambien es vana nuestra fé.* (3) Estos testimonios son tan claros y decisivos que no necesitan ningun comentario.

Encontraremos en la cuarta clase innumerables textos que nos demuestran la terrible verdad de la existencia y eternidad del infierno. Sirvan de ejemplo los tres siguientes: *El gusano de los réprobos*, escribe Isaias, *no morirá, y el fuego de ellos no se apagará: y serán hasta hartura de vision á toda carne.* (4)—*Si tu mano ó tu pié te escandaliza*, dice nuestro Señor Jesucristo, *córtale y échale de tí; porque más te vale entrar en la vida manco ó cojo, que teniendo dos*

(1) San Juan, XI, 25.
(2) Hechos de los Apóstoles, XXIV, 14.
(3) I á los Corintios, XV, 13.
(4) Isaias, cap. LXVI, 24.—San Márcos, IX, 42 sig.

© Biblioteca Nacional de España

manos ó dos piés ser echado en el fuego eterno. (1) Y en otro lugar hablando de la diversa suerte de los justos y de los pecadores, anuncia que oirán respectivamente esta sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os esta preparado desde la formacion del mundo... Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ministros;* cuya sentencia será cumplida sin demora: *Irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.* (2) No queda, pues, ya lugar para quiméricas rehabilitaciones ni para hipócritas ó forzados arrepentimientos. La existencia y eternidad del infierno está consignada en más de *ciento veinte* lugares de la Sagrada Escritura.

Por último, la quinta clase abraza un gran grupo de lugares, análogos á los precedentes, en los cuales se declara que el hombre entrará despues de la muerte en un estado inmutable, ó se desvanece el impio desvarío de la salvacion universal, predicada por los origenistas modernos. *Si el madero cayere hácia el Austro, ó hácia el Aquilon,* exclama el autor del Eclesiastés, *en cualquier lugar que cayere, allí quedará.* (3) Daniel lo explica con más claridad: *Muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra, despertarán; unos para la vida eterna y otros para oprobió, para que lo vean siempre.* (4) El Apóstol San Judas asegura formalmente que los que abusan de la gracia de Dios y niegan á Jesucristo, así como todos los malos, *tienen reservada la tempestad de las tinieblas eternas...* y ya están juzgados. (5) Segun San Pablo, los que culpablemente no conocieron á Dios, ni obedecen al evangelio de Cristo, *pa-*

(1) Evangelio de San Mateo, XVIII, 8.
(2) Id. id. XXV, 40-46.
(3) Eclesiastés, cap. XI, v. 3.
(4) Daniel, XII, 2.
(5) Carta de San Judas, v. 13 y 22.

© Biblioteca Nacional de España

garán la pena eterna de perdicion ante la faz del Señor. (1) Y si oimos á San Juan, nos dirá la suerte felicísima y perpétua de los bienaventurados sin temor de caer jamás, y el, destino infeliz de los pecadores sin esperanza de perdon ó de enmienda. Los primeros son «*el pueblo de Dios; para ellos no habrá ya muerte, ni llanto, ni dolores;*» se les dará la corona como á vencedores, y Dios los tratará *como hijos*. Pero los segundos, esto es, «*los cobardes, é incrédulos, y malditos, y homicidas, y fornicarios, y hechiceros, y los idólatras y todos los mentirosos, la parte de ellos será en el lago ardiente de fuego y azufre; que es la muerte segunda.*» (2)

Todo el que profese algun respeto á la Sagrada Escritura, ya que no la venere como *palabra de Dios*, ¿podrá sostener en lo sucesivo el error de la pluralidad de existencias? Los testimonios aducidos son tan claros, tan directos y tan decisivos, que solo dejará de rendirse á ellos un ánimo preocupado hasta la obcecacion.—Que las vidas sucesivas fueren estacionarias, expiatorias ó ascensionales, segun dicen, ó sea, de prueba, de expiacion ó de progreso; ó bien que fueran en ciertos casos *misiones* de espíritus superiores encarnados para dar un enérgico impulso á la marcha de la humanidad; los Libros Sagrados condenan formalmente esas quimeras. Efectivamente, no se deben esperar nuevas pruebas desde que se anuncia sin género de duda la imposibilidad de merecer ó desmerecer y la necesidad de atesorar virtudes mientras hay luz, mientras hay tiempo, que no habrá despues de la muerte. No hay progreso ni ascension, cuando ya se ha llegado al *término*, cuando ya se ha pronunciado la sentencia definitiva é irrevocable; y por último, no se puede pensar en una expiacion temporal para rehabilitacion de los culpables, cuando

(1) II á los Tesalonicenses, I, v. 8.
(2) Apocalipsis, XXI, 4-8.

© Biblioteca Nacional de España

tan repetidas veces se anuncia la eternidad de nuestro destino. La única expiacion posible, y conforme á la razon, es la que admite la Iglesia con el nombre de *Purgatorio*, pero esta no es una nueva vida ó una nueva encarnacion con este objeto, sino una pena limitada de ciertas culpas leves, que sufren las almas *separadas* antes de entrar en el cielo.

A pesar de todo, los adversarios resueltos siempre á interpretar la Sagrada Escritura como conviene á sus opiniones personales, han creido hallar algunos testimonios favorables á ellas, por más que sean contrarios á la letra y al espíritu de los que dejamos trascritos, y se obstinan en que ellos solos expresan la verdadera doctrina acerca del orígen y suerte futura de las almas. Segun creen el autor del libro de la Sabiduría afirma claramente la preexistencia cuando dice: *Yo era un niño ingenioso* (de buena índole) *y recibí en suerte una alma buena; y siendo más bueno, vine á un cuerpo no contaminado;* (1) como si por sus obras precedentes hubiera merecido este privilegio en otra existencia anterior á la terrestre.

Pero no es este el sentido del texto citado. Salomon ponderando las ventajas de la sabiduría, manifiesta un vivo deseo de poseerla, y congratulándose de que desde niño tiene para ello felices disposiciones de alma y cuerpo, confiesa sin embargo que es un don de Dios, y acude á él con una oracion fervorosa, para que se la conceda. Yo era un niño de buena índole, de buenas inclinaciones, *liberaliter natus*, dice el texto Griego, porque habia recibido de Dios por pura liberalidad una alma buena, ó un buen natural. Calmet hace notar que emplea de propósito la palabra, *sortitus sum*, para dar á entender que fué dotado de tan buenas disposiciones por un beneficio gratuito de la cle-

(1) Sabiduría, VIII, 19.

© Biblioteca Nacional de España

mencia divina y para desvanecer hasta la sospecha de méritos precedentes: *ad auferendam suspicionem præcedentium meritorum*, segun la frase de San Agustin. (1) Teniendo tan buen natural, y un temperamento físico adecuado, iba creciendo cada dia en bondad como en desarrollo, y logré conservar mi cuerpo puro, llegar á la edad adulta con un cuerpo no contaminado. El sentido es, pues, que fue favorecido generosamente por Dios con un buen ingenio y buena salud, ó sea con buenas dotes de alma y cuerpo, que le hacian apto para adquirir la sabiduría. No por eso Dios es injusto, si no dá á todos iguales disposiciones, como enseñan los teólogos: *unos nacen con talento, otros torpes, otros olvidadizos, otros de buena memoria, otros agudos, y esto no prueba injusticia en Dios, sino ignorancia nuestra de los secretos designios de su Providencia.* (2)

Temeridad grande seria intentar sondear los arcanos de la predestinacion eterna y temporal de cada uno. Antes de que Jacob y Esaú hicieran ningun bien ó mal, cuando aún estaban en el vientre de su madre, *no por sus obras*, no por méritos de vidas anteriores, *sino por vocacion*, fue decretado que el mayor sirviera al menor, fue amado el primero y repudiado el segundo, porque Dios, como Criador y Señor absoluto, es libérrimo en la distribucion de sus dones. Ni este pasaje ni el anterior favorecen á los partidarios de la preexistencia.

Segun esto, las diversas condiciones de naturaleza y de fortuna no embarazan con dificultades ó dudas al verdadero católico. Aquel desdichado ciego de nacimiento, cuyo ejemplo tambien objetan los adversarios, nació así, porque su ceguera, como expresa claramente el Evangelio, entra-

(1) Calmet, *Comm. litteralis* etc., Sap. VIII, 19.—San Agustin, *De Genesi ad litteram*, lib. X, cap. 18.

(2) San Agustin, contra Julianum, lib. IV, cap. 5, cit. por Calmet, ib.

© Biblioteca Nacional de España

ba en los planes de la Providencia. En el complicado mecanismo de la creacion cada criatura es una rueda que contribuye al concierto armónico de la marcha del universo hácia su fin. *¿Quién pecó*, preguntan los discípulos de Jesucristo, aludiendo sin duda á la opinion palingenésica de algunos Judíos, *quién pecó, éste ó sus padres, por haber nacido ciego? Respondió Jesús: Ni éste pecó ni sus padres; mas para que las obras de Dios se manifiesten en él.* (1) La ceguera no fue debida á pecados personales del ciego en una vida anterior, ni á pecados de sus padres castigados en el hijo, ó prolongando al mismo sus funestas influencias: aquel nació ciego, como nacen otros muchos por cualquier accidente que impide la operacion perfecta de la naturaleza, y con este motivo resplandece la gloria y poder del Hijo de Dios en aquella milagrosa curacion.

Pero el Evangelio insisten, ¿no afirma claramente la preexistencia y reencarnacion, cuando Jesucristo confiesa que San Juan Bautista era Elías, y cuando anuncia sin rodeos á Nicodemus, que es necesario renacer de nuevo?—Nótese una contradiccion de los adversarios. Si estos pasajes son tan claros y terminantes como ellos suponen, ¿por qué buscan la confirmacion de su error en una pretendida doctrina secreta de Jesucristo? Si aquí habla claro, no habia motivo para ocultar en otras ocasiones la misma doctrina: y si habla claro de la preexistencia, y es este un punto conocido de sus oyentes, ¿cómo no le entiende Nicodemus? ¿Cómo no lo entendieron los Apóstoles, y luego los Padres y los Espositores? Una y otra suposicion van al absurdo, porque una y otra pugnan con la historia evangélica y con todas las reglas de la crítica. El Divino Maestro no confirmaba con su palabra los errores de las muchedumbres, ni

(1) San Juan, cap. IX, v. 2.—Véase la exposicion de Maldonado sobre este lugar.

© Biblioteca Nacional de España

las inducia en error con su silencio, ni les ocultaba la verdad. Pensar otra cosa es violentar los lugares citados, extraviando su sentido de una manera contraria á su letra, á su espíritu y al sentido comun.

El Bautista, precursor del Mesías, era un personaje profético, anunciado como el Angel ó mensajero que prepararia el camino ante la faz del Señor, y le precederia con el espíritu y virtud de Elías, es decir, que estaria adornado de virtudes personales, de celo y de fortaleza, semejantes á las de aquel gran Profeta: en el mismo sentido que se dice en el libro IV de los Reyes que el espíritu de Elías reposó sobre su discípulo Eliseo. Malaquías vaticina expresamente que este precursor habia de preceder la venida del Señor á su templo, y en el capítulo siguiente anuncia la venida de Elías, por su propio nombre, antes del dia del Señor, grande y horrible. Se distinguen pues y se anuncian sin duda alguna dos precursores y dos advenimientos del Mesías, el primero en carne mortal como Redentor, el segundo en carne glorificada como Juez. Teniendo esto presente desaparece la dificultad: San Juan Bautista y Elías son dos personas distintas, aunque semejantes en carácter y en mision (1).

Ciertamente no podian ser uno mismo, porque Elías aun no ha muerto, segun enseña una respetable tradicion, y en este caso era imposible que su alma hubiera encarnado en el cuerpo del Bautista. Ademas los pasages de Malaquias y del Eclesiástico, segun los entendian los mismos Escribas y los Apóstoles, no permiten dudar que la venida última del Salvador será precedida del mismo Elías en per-

(1) Si figuram Præcursoris advertas, Joannes est Elias, quod enim ille ad primum adventum, iste ad secundum erit; si proprietatem personæ, Joannes est Joannes, Elías Elias.—San Agustin, *Tractatus IV in Joan.* Todos los espositores unánimes lo interpretan del mismo modo.

© Biblioteca Nacional de España

sona, lo cual tambien se anuncia en el Apocalipsis. Los Apóstoles que acababan de ver aparecer á Elías en la gloriosa transfiguracion del Señor, reciben de este la seguridad de que aquel *vendrá* antes de su segunda venida para restablecer todas las cosas; y al oir á continuacion que Elías *ya vino*, comprenden que Jesucristo habla de otro, y que este otro es el Bautista. Esto explica lo que habia dicho algun tiempo antes: *Si quereis entenderlo bien, Juan es Elías que ha de venir*. No Elías en persona, sino en ministerio y en los efectos de la predicacion, de convertir al pueblo, y restablecer la piedad. La vaga opinion de los Judíos no prueba otra cosa que su ignorancia: tambien creyeron que el mismo Cristo era Elías, ó alguno de los antiguos Profetas resucitado, como creyeron á su vez que Elías era el mismo Phinees hijo de Eleazar, y nieto de Aaron. ¿Quién hace caso de tales aberraciones?

¿Ignoraba Nicodemus estas opiniones de algunos Judíos acerca de la metempsícosis? No es creible, siendo como era un doctor de la Ley, un maestro de Israel (1). ¿De dónde pues procedia su asombro, al oir que Jesucristo manifestaba la necesidad de *renacer* de nuevo? Si esto hubiera de entenderse de reencarnaciones ó transmigraciones del alma, Nicodemus no tenia que admirarse de esta doctrina, que profesaban muchos Fariseos, y sólo se hubiera admirado que la enseñase nuestro Salvador. Pero su estrañeza recae precisamente sobre el renacimiento nuevo, que es para él una cosa inaudita, sin ocurrirsele referirlo á vidas ulteriores, en cuyo caso, puesta esta hipótesis, hubiera desaparecido toda dificultad. *No puede ver el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo*, dice Jesucristo, manifestando que para ganar el cielo no basta haber nacido Israe-

(1) Era uno de los principales Fariseos, y miembro del *Sanhedrin*, ó consejo supremo de la nacion.

© Biblioteca Nacional de España

lita, sino que es preciso renacer por la gracia. ¿Pero este renacimiento es por ventura carnal, como entendia mal Nicodemus? De ningun modo; es un renacimiento espiritual *de agua y de Espíritu Santo*, es decir, la renovacion interior del alma por la gracia y la santidad. Para desvanecer la inteligencia demasiado material del Fariseo, añade: *Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es:* á saber, no se trata de renacimiento en otro cuerpo, sino de renacimiento invisible del espíritu y de su regeneracion moral. Por eso reprende á Nicodemus, que no acaba de entender esta doctrina, siendo uno de los mas distinguidos maestros de Israel, porque en los Libros Sagrados abundan las figuras, las profecías y las alusiones del bautismo, de los efectos del Espíritu Santo en el alma, y de la mudanza maravillosa que en ella opera el paso del pecado á la gracia, que se llama con toda propiedad *renacimiento*, porque el hombre justificado es un hombre nuevo. Este pasage en nada favorece á la metempsícosis: ningun espositor lo ha esplicado así, ni lo aducen aquellos escritores que de propósito han intentado demostrar que aquella utopía encuentra apoyo en el Evangelio (1).

Sin aducir otros testimonios, se nos permitirá ya dejar sentado que la Sagrada Escritura es contraria á la pluralidad de existencias: veremos ahora que este error ha sido igualmente reprobado por la Tradicion eclesiástica.

Tan opuestos eran los errores de Orígenes á la doctrina comunmente recibida en la Iglesia, que á pesar del respeto y casi veneracion que todos profesaban á este grande hom-

(1) «El mismo Orígenes confiesa en sus *Comentarios sobre el Evangelio de San Mateo*, que la opinion de los fariseos, segun la cual las almas pasarán de un cuerpo humano á otro y habrán pecado en vidas anteriores, no la trasmitieron los Apóstoles, ni se indica en parte alguna de las Santas Escrituras; y rechaza esta opinion como *una fábula absurda é impía, tomada del helenismo y estraña á la Iglesia de Dios.*»—Así lo dice Henry Martin, *La Vie future*, cap. IV, §. 5.

© Biblioteca Nacional de España

bre, admirado como un nuevo Platon por sus contemporáneos, numerosos concilios los condenaron como las mas peligrosas heregías. Demetrio, Obispo de Alejandría, en dos sínodos habidos en aquella ciudad el año 231, le prohibió enseñar y residir allí, deponiéndole y excomulgándole despues: cuya sentencia fue luego ratificada por casi todas las Iglesias, excepto las de Palestina, Arabia y Acaya. Otro concilio de Roma reunido por el Papa San Fabian hácia el año 237 reiteró la condenacion, segun confiesa Rufino, y entonces Orígenes escribió al Papa manifestando su arrepentimiento. Aunque algunos Padres procuraron atenuar y paliar los errores de Orígenes, el abuso que de sus escritos se hizo, obligó á reproducir sus condenaciones en otros muchos concilios particulares. Hácia el año 399 los condenaron otros tres concilios celebrados en Alejandría uno, otro en Chipre y otro en Jerusalem: y un año mas tarde fueron anatematizados por el Papa San Anastasio en un concilio de Roma, con el asentimiento de todas las Iglesias de Occidente. Otro concilio de Roma de setenta Obispos con el Papa Gelasio, en 494, condena los escritos de Orígenes y á su autor, escepto algunos cuya lectura permite. Mas tarde algunos monges reprodujeron aquellos errores, y fueron reprobados de nuevo en el concilio de Antioquía del año 540, que dirigió con este motivo una carta sinódica á todas las Iglesias orientales, y en otro de Constantinopla en 545, presidido por el Papa Vigilio.

Pero estos concilios condenaban en general los errores de Orígenes, bien prohibiendo sus escritos, bien incluyéndole entre los heresiarcas, bien anatematizando á sus sectarios. Se necesitaba una condenacion mas directa y mas solemne, y fue pronunciada en el concilio V general, II Ecuménico de Constantinopla, celebrado el año 553. El Emperador Justiniano dirigió al Patriarca Menas un exce-

© Biblioteca Nacional de España

lente opúsculo en refutacion de Orígenes, el cual contiene nueve anatematismos aprobados por el concilio contra los errores de aquel. El primero dice así: «*Si alguno dice ó cree que las almas de los hombres preexisten, de suerte que primero fueron inteligencias y virtudes santas, y que se disgustaron de la contemplacion divina y se dirigieron á lo peor, y por consecuencia se enfriaron en el amor divino, y por eso fueron llamadas* ψυχας, *esto es,* ALMAS, *y encerradas por castigo en los cuerpos; sea anatema.*» El VII y IX condenan el error de la rehabilitacion final: «*Si alguno dice ó cree que el castigo de los demonios y de los hombres impíos es temporal, y que algun dia tendrá fin; y que unos y otros serán rehabilitados y restituidos á su primer estado;* sea anatema.» (1).

Ademas el concilio formuló otros quince cánones, que aclaran y confirman los nueve capítulos anteriores, de los cuales solo citaremos los siguientes: I. *Si alguno afirma la fabulosa preexistencia de las almas, y la monstruosa rehabilitacion que de ella se sigue: sea anatema.*—IV. *Si alguno dice que las criaturas racionales* (que se suponen creadas todas á un tiempo) *resfriadas en el amor divino, fueron aprisionadas en cuerpos groseros, cuales son los nuestros, y llamadas* HOMBRES, *y que otras habiendo llegado á una malicia suma fueron encerradas en cuerpos frios y tenebrosos, las cuales son y se llaman* DEMONIOS, *ó espíritus perversos, sea anatema.*—V. Si alguno dice *que del estado de ángel ó de arcangel se forma el estado de alma, y del estado de alma el de demonio y el de hombre; y que del estado de hombre viene otra vez el de ángeles y el de demonios; y que cada uno de los órdenes de las virtudes celestiales, ó todos, se formaron de los inferiores ó de los superiores, ó de unos y otros,* sea anatema.—XV. Si alguno dice *que la vida de las almas será la misma que fue en su orígen, cuando todavía*

(1) Véase el apéndice, nota C.

© Biblioteca Nacional de España

no habian decaido; de manera que el principio sea igual con el fin, y el fin la medida del principio; sea anatema. Estos decretos, irreformables por sí mismos, adquirieron en cierto modo mas fuerza por haber sido aceptados y confirmados por los tres concilios Ecuménicos inmediatos, y mas tarde, en general, por los Ecuménicos de Letran y de Florencia (1).

Tenemos pues que los errores de Orígenes se hallan terminantemente condenados en seis concilios Ecuménicos, y en muchos otros particulares. De un modo implícito están condenados igualmente en innumerables concilios celebrados para asentar la doctrina del pecado original íntimamente enlazada con el orígen de las almas: y si bien todos los Padres no están acordes respecto á esta última cuestion, profesan unánimes la primera; y en consecuencia fue prevaleciendo poco á poco la doctrina del *creacianismo*.

Desde los primeros siglos de la era cristiana los gnósticos griegos Carpócrates y Valentin, el sirio Basílides, Bardesanes y algunos otros enseñaron la metempsícosis en su forma mas grosera, admitiendo el paso de las almas á cuerpos de animales. Algunos Padres rechazaban con indignacion esa heregía degradante, diciendo con San Agustin: *No dará Dios su imágen á un perro ó á un puerco*. Otros ridiculizaban abiertamente aquellas necedades, preguntando á los sectarios, si las almas encarnarian en cuerpos de ratones, de moscas ó de pulgas: y les aconsejaban que no castigasen á los asnos, por temor de que en ellos estuviese encerrada el alma de alguno de sus amigos ó antepasados. San Ireneo refutaba á Platon con una sátira mas delicada: *Si*

(1) Ocho años despues de la celebracion del V Concilio General, ó sea el 561, el Concilio de Braga reprobaba en términos casi idénticos el error principal de Orígenes, reproducido por Prisciliano: *Si alguno [dijere que las almas humanas pecaron antes en la morada celestial, y que por esto fueron arrojadas á la tierra en cuerpos humanos, sea anatema.*—Canon VI.

© Biblioteca Nacional de España

la copa del olvido, dice, *puede borrar la memoria de todas las cosas, ¿cómo lo sabes tú, oh Platon, si todavía tu alma está en el cuerpo?* (1).

Cuando el origenismo comenzó á estenderse, los Padres, cuya gran parte habian sido miembros de los Concilios, en donde ese error fue condenado, lo refutaron con energía. A pesar de todo, como dice San Gerónimo, el error «circulaba » clandestinamente como las víboras en sus albergues sub- » terráneos, y se deslizaba como un mal hereditario entre » un reducido número de hombres:» pero jamás contó entre sus defensores á un solo doctor que lleve el nombre de Padre de la Iglesia. Por el contrario todos unánimes lo rechazaron, ya espresamente con palabras terminantes, ya implícitamente profesando la doctrina del pecado original, la eternidad de premios y castigos, y la resurreccion de la carne. San Basilio, San Epifanio, San Cirilo, San Efren, San Juan Clímaco, Sofronio de Jerusalem, Leoncio de Bizancio, Anastasio Sinaita y otros se pronunciaron con vigor contra los errores origenistas: San Agustin, San Gerónimo y San Juan Damasceno escribieron contra ellos. Muchos Papas los habian ya condenado, y Pelagio II decia que los heresiarcas no enseñaron nada mas peligroso que Orígenes, en cuyos escritos se contiene el gérmen de todas las heregías.

Por lo que hace á la preexistencia, Pedro Alejandrino la califica de «*opinion pagana, y novedad incompatible con el nombre cristiano* (2). San Gregorio Nacianceno dice que «*es una opinion necia, insensata y contraria á la tradicion eclesiástica* (3). San Leon el Grande la llama *una fábula impía*,... por cuanto *la fe católica enseña que las almas no*

(1) San Agustin, *Enar. in Psalm.* 146.—San Ireneo, *Hæres*, lib. II, cap. 55.
(2) Citado por Justiniano, *lib. ad Mennam adversus Origenem.*
(3) San Greg. Naz. *Oratio*, 37, cap. 15.

© Biblioteca Nacional de España

han existido antes de ser inspiradas en sus cuerpos (1). Teodoreto demuestra la falsedad de las opiniones de Pitágoras, de Platon y de Plotino acerca de la preexistencia, porque son contrarias á la doctrina católica: *Nosotros*, dice, *profesamos que el alma no existe antes del cuerpo* (2). San Juan Damasceno afirma lo mismo: *El cuerpo y el alma son criados al mismo tiempo, y no ésta primero y aquel despues, segun el delirio de Orígenes* (3). Por último, pasando por alto otros muchos testimonios, el autor del libro de los dogmas eclesiásticos pone entre estos; *que las almas no existen desde el principio con las demas naturalezas intelectuales, ni fueron criadas todas á un mismo tiempo, como finge Orígenes* (4).

Testimonios tan importantes y numerosos demuestran sin género alguno de duda que las teorías de la pluralidad de vidas son á un mismo tiempo contrarias á la fé y á la razon. En vano sus tenaces partidarios revuelven las obras de los escritores eclesiásticos, con la esperanza de encontrar en ellas un apoyo. Pezzani pretende que «San Clemente de Alejandría enseñaba la redencion universal de los hombres por medio de Cristo Salvador, vituperando ademas la opinion de los que solo conceden la redencion á algunos privilegiados; y que cuando Dios crió al hombre lo dispuso todo, detalles y conjunto, con el objeto de la salvacion general.» Me admira que alegue esta doctrina, suponiendo que le favorece. San Clemente como todos los Padres y teólogos no se referia con esto á la utopía de la *salvacion final* de todos los hombres, sino que impugnaba á ciertos espíritus estrechos que limitaban la eficacia de la redencion á solos los predestinados, diciendo lo que todos

(1) *Epistola ad Thurib, Astua, Episcopum.* 95, cap. 10.
(2) *Hæretic. fabularum comp.* lib. V, cap. 9, de homine.
(3) *De Fide Orthodoxa*, lib. II, cap 12.
(4) *Lib de Eccles. dogmat.*, cap. VII.

© Biblioteca Nacional de España

admiten y es ciertísimo, que Jesucristo murió por todos los hombres, y que Dios quiere antecedentemente que todos se salven. Ahora si algunos no alcanzan la salvacion, no es por falta de voluntad en Dios, que les dá medios para ello, sino por culpa propia. Esta objecion nada vale: hay otra mas fuerte que no ha tenido presente Mr. Pezzani. Si hemos de creer á Focio, San Clemente de Alejandría habia espresado la opinion de las pruebas sucesivas del alma y otros muchos errores análogos á los de Orígenes, en su obra de las *Hypotyposis*, hoy perdida. Pero admitiendo el testimonio de Focio, puesto que se trata de un hecho, no por eso concederemos que San Clemente profesase los errores que aquel dice haber hallado en su obra. Los escritos auténticos que nos quedan de San Clemente no contienen una sola frase que haga creer que enseñó aquellos errores en sus *Hypotyposis*: y por el contrario en los *Stromatas* refuta á los gnósticos, y condena espresamente como herética la hipótesis de las culpas cometidas en la preexistencia. Por otra parte Eusebio y San Jerónimo que habian leido con cuidado aquella obra, no la censuran en este punto como en otros. De lo cual debemos inferir ó que Focio se equivocó acerca de los errores de las *Hypotyposis*, ó que manejaba un ejemplar adulterado por los origenistas. Añadiremos que aquella obra, de autenticidad dudosa, se creyó poco digna de ser reproducida, por lo cual se perdió muy pronto.

Mas grave dificultad ofrece, si fuera exacto, el texto que aducen de San Gregorio Nisseno, el cual, segun dice Pezzani, afirma que «hay *necesidad de naturaleza* para que » el alma inmortal se cure y purifique, y que si no lo ha » hecho durante su vida terrestre, la curacion se opera en » las vidas futuras y sucesivas (1).» He compulsado con

(1) *Gran discurso catequístico*, cap. VIII.

© Biblioteca Nacional de España

todo cuidado esta cita, y no dice semejante cosa: antes bien el Santo Doctor defiende la doctrina contraria, en todo el capítulo. En él trata «*de aquellos que se indignan de que el hombre muere, siendo esto un beneficio para él; y cuál es la causa de la muerte.*» San Gregorio demuestra su tésis, porque en esta vida hay muchas miserias y dolores, que terminan con la muerte y desaparecerán del todo en la resurreccion. El hombre muere para resucitar en un estado de integridad como el que gozó desde su orígen en el paraíso, cuando fue criado por Dios. *Como una vasija de barro*, dice, *el hombre es disuelto, ó convertido en tierra; á fin de que segregadas las inmundicias que actualmente hay en él, sea reformado por la resurreccion en su primitiva figura.* Mas adelante repite y aclara su pensamiento: ***Disuelta la materia, que habia contraido el vicio, el vaso nuevamente rehecho, y no compuesto de elementos contrarios, será reparado por la resurreccion en aquella belleza que tuvo desde su orígen.*** Poco despues prosigue, (y esto es, fielmente traducido, el mismo pasage adulterado que se nos objeta): *Pero siendo necesario que se le quiten por medio de alguna medicina las manchas que le provinieron del pecado; por eso aun en la vida presente se le dió un medicamento eficaz para curar aquellas heridas; y si esto no puede hacerse, la curacion se reserva para la vida futura*: con lo cual alude sin duda al purgatorio, en donde el alma expiará lo que no ha expiado en esta vida por la penitencia (1). Así abusan algu-

(1) Segun asegura Mr. Henry Martin, «San Gregorio de Niza, en muchos lugares de sus obras, rechaza expresamente la doctrina de Orígenes sobre las emigraciones de las almas y sobre la misma metempsicosis concretada á los cuerpos humanos: demuestra la diferencia que existe entre esta hipótesis pagana y el dogma de la resurreccion enseñado por los cristianos; dice que la resurreccion es el regreso de cada alma humana al cuerpo único que ella habrá animado en otro tiempo, y que esta resurreccion de los cuerpos no se verificará hasta el fin de las generaciones humanas, y rechaza la hipótesis de las culpas cometidas en la preexistencia. Ciertamente San Gregorio de Niza no era partidario de los errores de Orígenes en tales materias.» — *La Vida futura*, nota suplem. XXVIII.

© Biblioteca Nacional de España

nos de la buena fé de sus lectores, y así muchos infelices son precipitados en el error.

Queda pues suficientemente demostrado que la teoría de la pluralidad de existencias es herética; y por lo tanto que los partidarios de este error no merecen en esta parte el nombre de cristianos. Ellos en verdad usurpan este nombre, y aun tienen la osadía de llamar á su secta el *cristianismo puro:* pero es bien cierto que nada tienen de comun con la doctrina de Jesucristo. Así es que no solo la verdadera Iglesia de Cristo, la Iglesia Católica Romana, sino todas las comuniones disidentes, todos los que de algun modo se llaman *cristianos*, entendida esta palabra en su mayor latitud, comprendiendo hasta las sectas mas oscuras, todos unánimes rechazan y condenan este error.

Conclusion. La pluralidad de existencias del alma es un error anti-cristiano: luego es tambien un error anti-filosófico, y anti-racional.

Esto es lo que vamos á ver.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VI.

La pluralidad de existencias es absurda. — Argumentos deducidos de la misma naturaleza del alma. — Espiritualidad é inmortalidad.—Numerosas pruebas.—Un argumento nuevo.—La teoría del progreso.—Verdadero concepto de la inmortalidad.

«La inmortalidad del alma, dice Pascal, es una cosa que nos interesa tan profundamente, que es necesario haber perdido todo sentimiento para mirar con indiferencia este asunto. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben tomar direcciones diferentes segun que haya ó no bienes eternos que esperar; y es imposible emprender con sensatez y juicio una marcha, sin esclarecer este punto, en el cual consiste nuestro mayor interés y nuestro primer deber... No es preciso tener una gran elevacion de alma para comprender que no hay aquí abajo una satisfaccion verdadera y sólida, que todos nuestros placeres son vanidades, que nuestros males son infinitos, y en fin que la muerte que á cada instante nos amenaza, debe conducirnos en pocos años, y quizá en pocos dias, á un estado sempiterno de felicidad ó de desdicha. Entre nosotros y el cielo, ó el infierno, ó la nada, no hay otra cosa que la vida, que es la mas frágil cosa del mundo: y como el cielo no está para los que dudan si su alma es inmortal, no deben espe-

© Biblioteca Nacional de España

rar otra cosa que el infierno ó la nada. No hay cosa mas cierta ni mas terrible, y por muy arrogantes que queramos presentarnos, este es el fin que aguarda á la mas bella vida del mundo (1).»

«La vida es breve, la muerte cierta, escribe Balmes; de aquí á pocos años el hombre que disfruta de la salud mas robusta y lozana, habrá descendido al sepulcro, y sabrá por esperiencia lo que hay de verdad en lo que dice la religion sobre los destinos de la otra vida. Si no creo, mi incredulidad, mis dudas, mis invectivas, mis sátiras, mi indiferencia, mi orgullo insensato, no destruyen la realidad de los hechos: si existe otro mundo donde se reservan premios al bueno y castigos al malo, no dejará ciertamente de existir porque á mí me plazca negarlo; y ademas esta caprichosa negativa no mejorará el destino que segun las leyes eternas me haya de caber. Cuando suene la última hora, será preciso morir, y encontrarme con la nada ó con la eternidad. *Este negocio es exclusivamente mio; tan mio, como si yo existiera solo en el mundo*: nadie morirá por mí, nadie se pondrá en mi lugar en la otra vida, privándome del bien ó librándome del mal. Estas consideraciones me muestran con toda evidencia la alta importancia de la religion (2).»

Afortunadamente nuestros adversarios no son esos corazones sin esperanza que se rebelan contra la idea de la inmortalidad, y cifran sus aspiraciones en la nada: hombres que se contentan con ser máquinas, y que en el mero hecho de negar el alma, merecerian no tenerla. ¿Esos talentos desdichados solo saben leer la negacion en el gran libro de la ciencia? ¿La naturaleza es muda para ellos, y sus maravillas no pasan de fenómenos externos, efecto de leyes necesarias y fatales? La inteligencia con la cual estu-

(1) *Pensamientos*, parte II, art. II.
(2) *El Criterio*, cap. 21, §. 1.

© Biblioteca Nacional de España

dian, discurren y progresan ¿sólo es una combinacion mecánica del organismo?—El materialismo no es otra cosa que una degradacion del espíritu por el orgullo de una falsa ciencia que sólo examina las cosas bajo un punto de vista, y se engaña miserablemente en un estudio incompleto de la experiencia y de la vida. En vano se pretenderá presentar á los defensores del materialismo como hombres de génio, y menos como inteligencias de primer órden. ¿Quién se persuadirá de esto al ver que para ellos nada significan el pensamiento, las afecciones, la conciencia y la libertad moral? Bajo pretexto de ciencia positiva, establecida con *hechos*, rechazan las demostraciones psicológicas, hijas á un mismo tiempo de la experiencia y el raciocinio y sancionadas por el sentido íntimo; y en su lugar ofrecen como resultado de la ciencia hipótesis audaces, mas difíciles é inexplicables que los misterios tan criticados de cualquiera religion. Por eso los materialistas ó son espíritus superficiales, ó son talentos extraviados en fuerza de ser exclusivistas, y en uno ú otro caso los ha calificado acertadamente un escritor contemporáneo diciendo que son hombres de inteligencia, pero que carecen de razon.

Precisamente los que se dedican á estudios especiales de fisiología y otras ramas de la ciencia que tienen por objeto al hombre, están especialmente obligados á reconocer la existencia del alma. ¿Qué? ¿os llamais sabios, y afirmais sin embargo que la parte mas noble del hombre, ese principio superior de su sér, esa fuerza, esa energía que piensa, raciocina, quiere, ama, inventa y crea, es solo un atributo de la materia ciega, es solo una funcion fisiológica del cerebro? Pero en este supuesto el patan que goza de una constitucion robusta, con un organismo perfectamente desarrollado, poseeria mas inteligencia y mas delicadeza de sentimientos que los hombres sabios que son por

© Biblioteca Nacional de España

lo general de constitucion enfermiza y débil, pues nada gasta tanto la naturaleza como los trabajos intelectuales.—¿Quién ignora que se dan casos de locura sin ninguna lesion en el cerebro, al paso que muchas veces cerebros profundamente alterados no impiden discurrir con sensatez y profundidad?—¿Quién ignora que cuando el cuerpo está postrado en el lecho del dolor, agobiado de sufrimientos, abatido por la enfermedad y la miseria, queda en el hombre una fuerza superior, llena de energía, de vida, de actividad, como si disfrutara la salud mas lozana?—Por otra parte sentimos en lo íntimo de nuestro sér dolores intensos y desgarradores, alegrías inesperadas, temores, satisfacciones, que no provienen de una alteracion del cerebro, ni de algun accidente del cuerpo, sino de una multitud de causas morales, que nada tienen de comun con la materia. —Todos saben tambien que en el estado *anestesico*, suspendida la sensibilidad, se puede impunemente dividir y destrozar el cuerpo del paciente, al mismo tiempo que éste sumido en un dulce letargo, se siente trasportado á regiones nuevas, y goza sensaciones deliciosas; prueba evidente de la doble naturaleza del hombre, y que el cuerpo y el alma no son por cierto una misma cosa.—Por último mientras el cuerpo se renueva rápidamente por la ley de la desasimilacion, cambiando en poco tiempo todas sus moléculas, incluso el cerebro, el *yo* permanece inalterable é idéntico, demostrando palpablemente á los mas ciegos que es una sustancia no sujeta á pérdida de partes, en una palabra, que es una sustancia incorpórea, simple é inmaterial.

Si todas estas razones no convencen á los materialistas, llevémoslos, como se llevan los criminales á un careo, á donde habrá testigos irrecusables que depongan contra ellos. Llevémoslos á un Observatorio ante esos ilustres astrónomos que pasean su mirada investigadora por las es-

© Biblioteca Nacional de España

tensiones celestes, que siguen el movimiento de los astros, que saben el minuto fijo en que pasarán por tal punto de su órbita, que miden sus distancias prodigiosas, pesan su masa y analizan su luz, y allí preguntémosles, por vida suya, si creen efectivamente que tan asombrosos conocimientos solo sean un mero producto de la sustancia cerebral. Vayamos luego á la Exposicion universal de París, y en presencia de aquella exhibicion espléndida de todas las maravillas de la ciencia, del arte y de la industria, al ver aquellas máquinas tan ingeniosas y admirables que parece hallarse encarnado en ellas un genio superior, ó que la inteligencia mas vasta se ha localizado en sus múltiples y complicadas ruedas y engranes, para producir determinados efectos con mayor perfeccion y prontitud que el artífice mas aventajado, al ver como la inteligencia crea la fuerza con la cual domina, trasforma y dirige la naturaleza; que nos digan con ingenuidad si en aquellos cerebros que supieron crear tales prodigios no hay otra cosa que el efecto químico de la mezcla ó combinacion de algunos gases. Mostrémosles en fin esas obras colosales que ha ejecutado el hombre, esas construcciones titánicas, esos diques atrevidos, esas perforaciones de montañas, esas aperturas de istmos y comunicacion de mares, esa red de cables submarinos tendidos de uno á otro continente, y si á pesar de todo persisten obstinados en negar la existencia del alma, llevémoslos por último á un médico temiendo que padecen una perturbacion de sus facultades mentales.

No es necesario presentar aquí otros argumentos contra el materialismo, invocando los ineludibles testimonios de nuestro sentido íntimo, la voz imponente de la naturaleza humana, la necesidad del órden moral, y por último describiendo con vivos colores las perniciosas consecuencias de aquel sistema desolador. Los partidarios de la pluralidad

© Biblioteca Nacional de España

de existencias admiten de buen grado el alma, y su espiritualidad é inmortalidad, y se equivocan en el modo de concebir estas verdades fundamentales. Nuestro deber se reduce á establecer sobre bases sólidas sus pruebas, fijar la verdadera doctrina, y deducir de todo argumentos perentorios contra las peregrinas teorías que nos hemos propuesto impugnar.

Es indudable que el principio inteligente y volente no puede ser material. Admitida la existencia del alma, no hay que hacer grandes esfuerzos para persuadir que nada tiene de corpóreo. Basta contemplar á alguno de los valientes veteranos que han dejado sus brazos ó sus piernas en el campo de batalla, en defensa de la patria. En aquellos cuerpos gloriosamente mutilados subsiste una alma entera, que nada ha perdido de su actividad y vigor por la amputacion de los miembros, cuyo hecho por sí solo demuestra que el alma es una sustancia distinta del cuerpo, y por tanto de naturaleza espiritual.

Así es que el sentido íntimo nos asegura que esta parte mas noble de nuestro sér no es materia, no tiene figura, ni extension, ni volúmen como la tiene el cerebro. *Sentimos*, y esta facultad ciertamente no corresponde á la materia; y no solo sentimos, sino que en un mismo instante podemos recibir muchas sensaciones diferentes y aun contrarias, compararlas y juzgar de ellas; prueba evidente de que el principio sensitivo es simple, uno é indivisible (1). —*Pensamos*, y el pensamiento es un acto simple, indivisible, instantáneo, propio del espíritu, é imposible en la materia extensa, compuesta é inerte.—*Queremos*, *amamos*, y nos hallamos libres de todo lazo corpóreo en estas opera-

(1) Bayle, meditando esta prueba, exclama: «Se puede decir sin hipérbole que esta es una demostracion tan segura como las de la geometría. *Not. de la Repub. de las letras*, Agosto de 1684, art. 6

© Biblioteca Nacional de España

ciones, hasta el punto de que ninguna fuerza creada es capaz de impedirlas ó contrarrestarlas, aunque abrume nuestro cuerpo de cadenas. — *Tenemos conciencia* de nosotros mismos y de nuestros actos puramente internos, y esto manifiesta que el alma racional es superior á todo el órden sensible de séres materiales. Es decir que las facultades y operaciones del alma demuestran claramente su naturaleza espiritual.

Siendo cierto, como dice Santo Tomás, que todo ente obra conforme á su naturaleza propia, y que la operacion manifiesta el ser y sustancia de la cosa, adquirirá mas evidencia nuestra prueba fijando la atencion en la operacion principal del alma, que es *entender*. Esta funcion puramente espiritual, demuestra de mil maneras la esencia de su principio. Ella tiene por objeto conocer cosas simples y abstractas, como belleza, verdad;—posee ideas universales, como vida, sustancia, sér;—comprende nociones morales como deber, virtud, bondad;—por medio del juicio relaciona entre si cosas distintas, y de su comparacion deduce verdades nuevas;—abstrae, generaliza, compone;—abraza el objeto pensado todo entero, aunque no segun todo el modo con que sea cognoscible;—percibe de un modo simple las cosas materiales;—conserva imperecedera su idea despues que han pasado;—y por último, concibe los séres puramente espirituales como Dios y los ángeles. Esta diversidad de actos, ejecutados con independencia de los órganos corpóreos, demuestra que el principio pensante es un puro espíritu.

Ahora bien, ¿una sustancia simple y espiritual puede perecer? ¿No lleva en su propia naturaleza la razon de su inmortalidad? El espíritu como esencialmente indivisible é incorruptible no podria perecer sino por aniquilacion. «¿Pero cómo podemos suponer, pregunta Aubert, que el Sér que

© Biblioteca Nacional de España

vivifica los mundos, que hace existir á todo cuanto llama él á la vida, dirija su omnipotencia contra el sér predilecto y le reduzca á un anonadamiento absoluto, en el momento mismo en que rotas sus cadenas se halla pronto á lanzarse en el manantial de toda existencia y de toda realidad?»—«La nada, dice Bossuet, no existe para el alma, desde que su Autor la sacó una vez de la nada para que goce de su verdad y de su hermosura.»—«Yo no concibo, exclama la Bruyere, que una alma á la cual Dios ha querido llenar de la idea de su sér infinito y de sus verdades eternas, pueda ser aniquilada.» En efecto ni un solo átomo es aniquilado en el universo, ¿y sería solo una escepcion de esta ley, y tendria tan triste destino el alma racional?

Posee pues el alma la inmortalidad en virtud de su naturaleza simple y espiritual, que excluye todo principio interno de corrupcion. Sin razon Pezzani abandona esta prueba tan sólida á las negaciones sofísticas de Strauss, con el pretexto de que no establece bien la persistencia de la conciencia y la identidad personal. «¿Quién nos respon» de, dice, de que el alma conserva el recuerdo de sus mo» dificaciones terrestres, de que el hombre sea el mismo sér » en la vida futura, y en una palabra, de que conserve su » individualidad? Justamente esto es lo que necesita la san» cion de la ley moral, porque en efecto puede asegurarse » que no ha sufrido castigo ni obtenido recompensa aquel » que al llegar á un punto cualquiera en la série de sus » trasmigraciones, y aun cuando las necesidades de la prue» ba le hayan causado alguna demora, no sabe por qué es » castigado ó recompensado.» La verdad, así como la luz, no se puede guardar aprisionada en la mano, y con frecuencia brota de la pluma de los defensores del error. Muchas veces invocaremos este importante testimonio de Pezzani contra él mismo, para argüirle de inconsecuencia y

© Biblioteca Nacional de España

contradiccion: por lo demas no es extraño que sacrifique con gusto un argumento que por sí solo basta para echar por tierra todo su sistema. Precisamente la sana filosofía lo propone en lugar preferente como el mas firme, el mas claro, y el mas ineludible que establece la permanencia constante de nuestro sér en la vida futura, por la razon intrínseca de que el alma como sustancia espiritual conserva siempre, aun separada del cuerpo, la conciencia de sí propia y todas las condiciones necesarias para la vida intelectual.

No se diria con propiedad que el alma vive, si no ejerciera sus operaciones vitales, que son entender y querer. Si no se concibe así la inmortalidad, es inevitable caer en los errores de Mr. Pezzani, por cuya razon debemos defender este argumento, ya por ser de importancia capital en la prueba de la inmortalidad, ya porque al mismo tiempo socaba el cimiento de nuestro adversario. Oigamos al maestro mas autorizado de la filosofía católica. «El principio intelectual, llamado espíritu ó inteligencia, tiene por naturaleza una operacion especial, de la que el cuerpo no participa. Pero nada puede operar por sí, sino lo que subsiste por sí mismo, puesto que la facultad de obrar solo es propia del ente en acto, y por eso el modo de la accion sigue al modo de ser; de lo cual se deduce que el alma humana, llamada inteligencia ó espíritu, es algo incorpóreo y subsistente (1).» «Lo que determina la realidad del alma humana no es su cualidad de ser simple, porque esta condicion constituye tambien la de los irracionales; ni la inteligencia constituye tampoco su esencia: lo que la determina es su existencia aparte, y su accion independiente del cuerpo, constituyéndola en lo que es, en sustancia inmaterial. La inteligencia no solo no es el resultado de una

(1) Santo Tomás, *Summa theolog.* p. I, q. 75, art. 2.

© Biblioteca Nacional de España

energía del cuerpo ni de una combinacion química, sino que ni aun puede concebirse como implicada en un órgano corpóreo, que seria el intermedio de su accion, como sucede en la percepcion sensible. La espiritualidad del alma consiste en la aptitud intrínseca que tiene de subsistir fuera del cuerpo, ó sea, en su independencia absoluta de todo cuanto es materia: tiene pues una vida propia en la cual desarrolla toda entera su actividad interna (2).

Infiérese de aquí que la pluralidad de existencias del alma es incompatible con esa individualidad en el sér y esa actividad en el obrar, propia de la inmortalidad. En el sistema de las reencarnaciones, el alma seria unida accidentalmente á cuerpos nuevos, tantas veces como existencias repitiese sobre la tierra ó en los astros, y romperia otras tantas su personalidad humana. Lo que constituye nuestro *yo*, ó sea, nuestra personalidad, no es el alma sola ni el cuerpo solo, ninguno de los cuales separadamente forma la naturaleza humana íntegra, sino el compuesto de entrambos, en calidad de positivamente actuado por la subsistencia en sí mismo. «Por el alma y el cuerpo, dice Santo Tomás, se forma en cada uno de nosotros una doble unidad de naturaleza y de persona.» Pero la subsistencia personal tiene su principio en el alma, puesto que el cuerpo, como es evidente, no subsiste por sí mismo, ni posee, independientemente del alma, sér actuado y completo en la plena individualidad de existencia. Cuando la muerte separa estos dos elementos constitutivos del hombre, disuelve temporalmente la personalidad, pero no perece su principio activo, como perece el cuerpo. Luego el alma subsistente en sí, mientras no viva unida á su propio cuerpo, con el cual forma persona humana, con el cual es una *unidad*, un

(2) La conviccion de mi inmortalidad, dice Goethe, proviene en mi de la idea que tengo de mi actividad.

© Biblioteca Nacional de España

yo, debe estar perpétuamente separada de todo otro organismo corpóreo, que le seria completamente estraño, y por lo tanto repugna á su naturaleza multiplicar sus existencias en otros cuerpos.

Ademas siendo el alma *por sí* y *esencialmente* forma del cuerpo, como demostraremos en su lugar, ha de tener una propension natural á estar unida con el especial cuerpo de quien es forma; y esta propension ha de durarle aun despues de separada del cuerpo, por cuanto en tal estado no es sustancia íntegra y dotada de todo el sér que la es propio, como quiera que la falta el sujeto á quien está encargada de comunicar vida y sentido. Ahora bien, teniendo el alma esta natural propension á vivir unida con el especial cuerpo de quien es forma sustancial, no podria menos de ser *contrario á su naturaleza* ser unida á otro cuerpo distinto. Pero si el alma durante la union con su propio cuerpo ejecuta actos independientes de todo concurso intrínseco del mismo, con mayor razon podrá ejercer su actividad plena intelectual, estando separada, y gozando una vida mas alta fuera de la naturaleza sensible. Para esto la primera condicion es la conciencia de sí propia, el conocimiento de su identidad individual. Si el alma no la tuviera, no seria simple, porque dejaria de ser lo que es, y habria una mudanza sustancial en su sér.

Se comprende ahora la razon porque Pezzani rechaza la prueba deducida de la simplicidad del alma. ¿Pero por ventura esta misma propiedad no es la mejor garantía de que el alma al sobrevivir al cuerpo, aunque incompleta en razon de persona, conserva la conciencia de su propia identidad? ¿Se puede aducir para demostrarlo mejor argumento que esta simplicidad de sér, en virtud de la cual el alma ni puede perder sus facultades, ni puede dejar de ser activa, ni puede sufrir alguna modificacion sustancial?

© Biblioteca Nacional de España

Nuestra alma lejos de perder cosa alguna por su separacion del cuerpo, adquiere en cierto modo mayor perfeccion. De esto dedujo Santo Tomás el siguiente argumento uno de los más fuertes en favor de la inmortalidad.

«Ninguna cosa se corrompe por aquello en que consiste su perfeccion, dice el Santo Doctor. Mas la perfeccion del alma humana consiste en cierta abstraccion del cuerpo, puesto que el alma se perfecciona con la ciencia y la virtud (con la primera en su inteligencia, y con la segunda en su voluntad.) La perfeccion que en ella resulta por parte de la ciencia es tanto mayor, cuanto ésta se refiere á objetos más espirituales y superiores á la materia, como las ideas de sér, sustancia, causa, etc., pues el saber es tanto más perfecto cuanto más se eleva al órden suprasensible. Del propio modo la perfeccion por parte de la virtud consiste en que el hombre no siga el impulso de las pasiones del cuerpo, sino en que las refrene y modere conforme á la razon.» Luego si el alma se perfecciona en sus operaciones, elevándose sobre el órden material y corpóreo, es claro que su sustancia nada perderá en su ser por hallarse separada del cuerpo: y por tanto repugna que el alma perezca á consecuencia de aquella separacion.

Pasemos ya á indicar brevemente otras pruebas de la inmortalidad del alma.

El alma capaz de concebir el pensamiento de una vida eterna é inmortal, es por lo mismo distinta del cuerpo y tambien inmortal. Si así no fuese, ¿dónde habria hallado la idea de la inmortalidad? ¿Dónde habria concebido ni su pensamiento ni su deseo? La misma naturaleza es la que designa como con la mano la inmortalidad, y la naturaleza no engaña nunca.—El hombre halla evidentemente en la aplicacion y desarrollo del dogma de la inmortalidad del alma el más poderoso vehículo de su perfeccionamiento, lo

© Biblioteca Nacional de España

cual demuestra que aquel principio radica en su misma naturaleza, puesto que el desarrollo de ésta es lo que constituye la perfeccion de todos los séres.

Sí; el hombre lleva en sí mismo las pruebas de su inmortalidad. Sus aspiraciones naturales, vehementes, íntimas é irresistibles, que le han sido dadas por el mismo Dios, deben corresponder á un objeto real. Deseamos con ardor la *posesion de la verdad* en todas sus formas y en todas sus aplicaciones, y sin embargo, mientras vivimos en la tierra, somos víctimas con frecuencia de la ilusion y del error. Queriendo abarcar el conocimiento del universo entero, apenas despues de un trabajo ímprobo é incesante se logra penetrar en el vestíbulo de la ciencia.—Aspiramos á la *perfeccion* de nuestro sér, en cuanto es capaz la naturaleza racional; y á pesar de que en este mundo nos sentimos abrumados de flaquezas, defectos y miserias, estamos firmemente persuadidos de que aquella es la ley de nuestra existencia y el término de nuestro destino.—Tenemos un *deseo innato de felicidad*, tan vivo y tan inherente á la naturaleza, que en vista de él arreglamos toda nuestra vida, todas nuestras acciones, siendo como el imán que de todas direcciones nos atrae. *Todos queremos ser dichosos*, dice San Agustin, *y ni queremos ser desdichados, ni podemos desear serlo*. (1) Pero la felicidad no se consigue en esta vida, porque ningun bien creado y perecedero es capaz de llenar la inmensidad de nuestro corazon. Si el hombre no hubiera de ser alguna vez completamente feliz, este deseo ilusorio le haria desde luego el más miserable de todas las criaturas.—Por último, el *testimonio de la conciencia*, esa

(1) «Hasta el infeliz suicida, para quien la vida ha llegado á ser una carga insoportable, de la que procura desembarazarse, prueba á su manera este deseo inextinguible de dicha, al buscar la muerte, porque cree acabar con su sufrimiento acabando consigo mismo, y porque se le figura que sufre demasiado para poder disfrutar de una existencia tranquila y dichosa.»

© Biblioteca Nacional de España

voz interior que no calla jamás, y aplaude al hombre virtuoso al paso que llena de inquietudes al criminal, esa voz no es otra cosa que el eco anticipado de la vida futura. El hombre la escucha, ora con vehementísimo deseo, ora con profundo terror, pero nunca podrá ni cerrar los oidos á sus gritos ni olvidarla.

Ahora bien, ¿todas estas aspiraciones naturales, tan íntimas y tan legítimas, serian ilusorias y vanas, ó no siéndolo, podrian quedar defraudadas? En este caso, el hombre viviria en perpétua contradiccion con su misma naturaleza; seria una especie de creacion monstruosa, á quien Dios hubiera dado instintos y deseos que nunca habria de satisfacer; y mientras todos los séres viven en armonía con sus destinos, y los realizan en su esfera, el sér privilegiado, que domina sobre todos ellos, pasaria sobre la tierra como una anomalía inconcebible, como un meteoro fugaz que se extingue sin dejar huella de sí. Pero nada es más absurdo ni más injurioso al Criador, que suponer una criatura que no tenga señalado un destino, ó que no esté dotada de los medios para conseguirlo. Por consiguiente, el hombre que no puede realizar su fin en esta vida, necesariamente lo ha de alcanzar en otra futura: aquellas elevadas aspiraciones que Dios le ha dado llevan en sí mismas la garantía segura de obtener algun dia una plena satisfaccion. (1)

De esta manera, dice Hettinger, la naturaleza misma

(1) «El sér finito que aspira á lo infinito, dice Pezzani, debe tener necesariamente vida eterna.»

«Observando el instinto de viajar que lleva lejos de nuestras playas á ciertas especies de aves, dice Henry Martin, podemos estar seguros que este instinto, que debe tener su razon de sér, las guia á paises lejanos, en donde debe cumplirse una parte de su destino. Pues por lo mismo, ¿cuál seria en la especie humana la razon de ser de este instinto universal de una vida futura de la persona despues de la muerte, si el destino de los individuos de la especie humana no se extendiese más allá de la vida terrestre?» *La vida futura*, cap. VI, §. 3.

© Biblioteca Nacional de España

del hombre es una demostracion de su inmortalidad. Pero no solo ésta, sino el mismo Dios y sus atributos así tambien lo exigen. *El órden moral*, que tiene su principio y su fin en Dios, exige de una manera absoluta que la virtud reciba su recompensa y el vicio su castigo. Mas esta necesaria remuneracion no tiene lugar en este mundo, donde el hombre se encuentra muchas veces obligado á sacrificar en aras de la verdad y de la justicia toda su felicidad terrestre y á veces su vida: y donde se vé á cada paso el vicio triunfante y la virtud oprimida. Es, pues, absolutamente necesario que haya otra vida, en la que sean premiados los justos y castigados los malos, en la que el órden ineludible de la justicia logre perfecto cumplimiento. La supervivencia del alma es por lo tanto una consecuencia necesaria de la existencia de Dios y de su Providencia que todo lo vé. Esta supervivencia debe ser eterna: no basta que el alma reciba en la otra vida su recompensa ó su castigo y despues sea aniquilada. Esta no seria la recompensa que ansía nuestro corazon, que aspira á una que sea eterna. Una pena temporal no ofreceria á la ley la sancion imperiosa que exige, ni daria tampoco á nuestro corazon el aliento que necesita en su lucha contra las pasiones.

Así se explica que, despues de la existencia de Dios, entre todas las creencias profesadas por el género humano, ninguna existe ni tan universal ni tan inconmovible como la inmortalidad del alma. «En todo lugar y tiempo, todos los pueblos, de todo grado de cultura, nos han dejado huella de que esperaron para el alma humana una vida ultraterrena: dícenlo sus costumbres, atestiguanlo sus ceremonias, cántanlo sus poetas, consígnanlo sus historiadores, resultando de aquí comprobado que esa verdad augusta es anterior á toda filosofía, pues que la vemos profesada por pueblos en quienes la especulacion filosófica ó no exis-

© Biblioteca Nacional de España

tió de manera alguna, ó existió con una vida, digámoslo así, rudimentaria. En la cuna misma de toda nacion, la historia nos muestra ya arraigada esa creencia, como un hecho inmemorial, cierto, universal y permanente.»

De esta creencia provienen los honores religiosos tributados á los difuntos, la veneracion con que se mira el cadáver, las pompas fúnebres, los sacrificios, la consagracion de los cementerios y el respeto á los sepulcros. «En cuanto el cuerpo ha caido en brazos de la muerte, exclama Pelletan, presenta alguna cosa de sagrado como si le hubiera tocado el dedo de Dios. Diríase que es el altar del sacrificio cuya luz se ha extinguido para volar á la region celeste. ¿Por qué respetamos tanto esta forma rota del hombre, si en el desenlace de la vida no hemos de ser más que un poco de estiércol? Este respeto es involuntario, imperioso, de todos los tiempos, de todas las naciones, forma parte del alma humana, nace con ella como un elemento constitutivo de su esencia. Si es un error, el alma es un error tambien. Una de dos, ó la nada ó el hombre es una mentira. Proponiendo así la cuestion, está resuelta; queda probada la inmortalidad.» (1)

Chateaubriand ha sacado tambien de aquí una bella prueba de la inmortalidad. «En esto, dice, es en lo que la naturaleza humana se presenta superior al resto de la creacion y declara sus altos destinos. ¿Conoce acaso la bestia su tumba, y se inquieta por sus cenizas? ¿Qué impresion le causan los huesos de sus padres, ó más bien, sabe cuál es su padre, despues de haber pasado las necesidades de la infancia? Entre todos los séres creados, el hombre solo recoge las cenizas de su semejante, y las tributa un respeto religioso: á nuestros ojos el dominio de la muerte tiene alguna cosa de sagrado. ¿De dónde nos viene, pues,

(1) *La Profesion de fé en el siglo XIX*, cap. 30.

© Biblioteca Nacional de España

la idea poderosa que tenemos de la muerte? ¿Merecerian nuestros homenajes algunos granos de polvo? No, sin duda; respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una voz secreta nos dice que no se ha extinguido todo en ellos: y esta voz es la que consagra el culto fúnebre en todos los pueblos de la tierra. Todos están igualmente persuadidos de que el sueño no es duradero, aun en la tumba, y que la muerte no es más que una gloriosa trasfiguracion.» (1)

Despues de todo lo dicho, nos ocurre una nueva prueba fundada en la imposibilidad de concebir la muerte de nuestro principio pensante, ó persuadirnos subjetivamente de la destruccion de la propia alma. Desafio á todos los materialistas á que digan ingénuamente si creen en su propia aniquilacion. Tal vez se persuadirán de la muerte completa de otros, pero si se ponen á pensar en la muerte total de sí mismos, escucharán en su interior una voz enérgica que lo repugna y lo rechaza. En efecto, es fácil á alguno, por un esfuerzo de imaginacion, representarse su propio cadáver, considerarse metido ya en el ataud, y aun presenciar de antemano sus funerales; y muchos Santos han hallado en este pensamiento un estímulo poderoso para llegar á lo más árduo de la virtud. Pero por más esfuerzos que haga para representarse su no existencia en absoluto, para figurarse reducido á la nada, es tan vano este esfuerzo, es tan antinómica esta idea, como si quisiera representarse que el Sol pasase por nuestro horizonte sin lucir, ó que en pleno medio dia quedase de repente convertido en una masa ópaca, extinguiéndose instantáneamente su luz. No creo que algun materialista muera persuadido que dá un eterno *adios* á la vida, y que su fin es

(1) *Génio del cristianismo*, lib. VI, cap. 3.

© Biblioteca Nacional de España

el mismo que el de una bestia. (1) De lo cual se deduce la certeza de la inmortalidad, puesto que su pensamiento se impone forzosamente á su misma negacion.

Sin necesidad de presentar otras pruebas tomadas—de los atributos divinos,—de la necesidad de la religion,—del deseo que el hombre tiene de perpetuarse y dejar memoria de sí,—de la elevacion que este sentimiento comunica á las acciones y conducta,—de los consuelos que prodiga al desgraciado,—de la fortaleza que ofrece para practicar la virtud,—de la existencia y conservacion del órden social,—y otras muchas que traen los autores,—podemos dar por plenamente demostrada esta verdad consoladora: ***Nuestra alma es inmortal.***

Hecho esto, nos hallamos en el caso de fundar sobre esta gran verdad un argumento victorioso contra el desvario de la pluralidad de existencias. Al defender la prueba de la simplicidad, desdeñada por Pezzani, hemos formado un argumento irrefutable, demostrando que el alma tiene una subsistencia propia, y que aunque está ordenada á la union personal con el cuerpo á quien informa, y solo con él, ejerce su actividad en el estado de separacion. Ahora, puesto que la ilustracion de nuestros adversarios lo exige, penetraremos un poco más en los severos dominios de la metafísica, y pediremos á esta ciencia su concurso para desvanecer las equivocaciones de aquellos, restableciendo al efecto la verdadera nocion de la inmortalidad.

Basta poseer los primeros rudimentos de aquella para dejar sentado que la inmortalidad no es solamente una idea negativa, como indica su formacion gramatical, sino que es la positiva afirmacion de una ***vida indeficiente***, ó en otros términos, de la ***permanencia constante del ser viviente*** en su

(1) *Si talis esset finis tuus*, exclama oportunamente San Agustin, *quid amplius jumento haberes?*

© Biblioteca Nacional de España

estado natural. Es lo que el Símbolo de los Apóstoles llama con profunda sencillez la *vida perdurable*, la *vida eterna*. Pero todo viviente es tal, si en la sucesion de fenómenos, ó série de modificaciones á que está sujeto, precisamente por ser finito, persevera idéntico á sí mismo, y conserva la unidad del propio sér. Mientras el sér no goza vida completa, ó lo que es lo mismo, no ha llegado al desarrollo completo de su vida, puede sufrir y sufre trasformaciones sustanciales, ó modificaciones en todo su organismo, como acontece á muchas especies de insectos. Mas cuando la mariposa, despues de tres existencias, ha adquirido sus álas aterciopeladas, de brillantes colores, si por un privilegio divino recibiese el don de la inmortalidad, permaneceria eternamente mariposa. Es, pues, de todo punto incompatible el estado de vida perpétua con los cambios necesarios que llevarian consigo las encarnaciones sucesivas del alma en organismos nuevos. Su naturaleza no permite ulteriores desarrollos para completarse en la subsistencia personal; porque, ¿se concibe acaso desarrollo más completo de vida que una existencia simple é inmortal?

Se dirá que el alma es esencialmente perfectible y puede recorrer incesantemente el camino del progreso. Si se aceptase esta proposicion en absoluto, se tendria una verdad á medias, que fácilmente se convertiria en un error. Prescindamos de que repugna un progreso indefinido á un ente finito y limitado, por la sencilla razon de que cada etapa de su ascension, seria un verdadero cambio de sér, una mudanza verificada en la misma naturaleza. Nadie negará que la perfeccion es nuestra ley, nuestro deseo, y nuestra dicha: pero la perfeccion del ente, si eleva su naturaleza, no la cambia, ni la altera, ni la muda. Es una existencia mejor, un uso más ámplio y espedito de las fa-

© Biblioteca Nacional de España

cultades del alma, una eliminacion de los obstáculos que impiden sus operaciones, pero conservando siempre el propio sér, la misma naturaleza concreta, y la misma unidad individual. Así el diamante que en su principio parece un pedazo informe de vidrio, adquiere por el pulimento su diáfana trasparencia y los destellos luminosos de sus facetas. ¿Quién se atreverá á decir que el alma de un pobre idiota no es de la misma naturaleza que las de un San Agustin, un Santo Tomás ó un Balmés? Y sin embargo, ¡cuánta distancia de la una á las otras! ¡cuán largo camino deberia recorrer aquel desgraciado para elevarse á la claridad de ideas, á la profundidad del talento, á la penetracion de la inteligencia de aquellos! Con todo uno y otros, aun haciendo nuevos progresos, llegarian alguna vez al grado sumo de su desarrollo personal, al límite último de perfeccionamiento que permite la humana condicion. No sabemos en verdad hasta dónde este límite dilata sus anchurosos horizontes; sabemos, sí, que existe, y esto basta. Síguese de aquí que la perfectibilidad y el progreso del alma no toca al fondo de nuestro argumento, ni le quita un ápice de su fuerza.

Pero aun dado caso que existiera este progreso indefinido, en vano lo invocarian en su favor los partidarios de la pluralidad de existencias. El progreso indica una marcha constante, seguida y cierta hácia un objeto determinado, hácia la consecucion de un fin. Toda detencion en este camino equivale propiamente á un retroceso, porque aleja en razon del tiempo el objeto apetecido. Toda marcha indecisa, vaga y fluctuante, por un camino desconocido, impide el adelanto, mucho más que una detencion, porque además de retardar la llegada al término, produce el hastío, la fatiga y el desaliento. Así cada nueva existencia del alma sin memoria de lo pasado, sin conciencia de su iden-

© Biblioteca Nacional de España

tidad en lo presente, y sin rumbo fijo en lo porvenir, esa existencia ciega y aislada en medio de otras innumerables, que ni siquiera sospecha, ¿no seria un verdadero retroceso ó una demora inútil, y en todo caso, un paréntesis doloroso en el estado de la inmortalidad? ¿No es propiamente destruir ese estado, cuando se le reduce á interrupciones contínuas, á una série de intermitencias en el existir y en sus modos, á una sucesion de estados de mortalidad? ¿No es un contrasentido afirmar un progreso, y darle por campo el espacio comprendido en un círculo cerrado? ¿No es una aberracion concebir la vida inmortal como una cadena de vidas temporales, sin ningun enlace unas con otras, y terminadas á lo mejor con miserables muertes? ¡Qué vida perdurable, la que en lugar de constituir un *estado* permanente, seria en rigor un *tránsito* indefinido de existencias diferentes, ó mejor dicho, de letargos del alma, puesto que cada vida no conserva la más remota idea de la anterior! ¡Qué inmortalidad, que es la condicion de no morir jamás, convertida en este sistema en la triste condicion de morir incesantemente! A esto se reduce la pretendida multitud de vidas; cada nueva encarnacion, ó cada período de espíritu desencarnado, seria un relámpago fugaz, que alumbraria por breves instantes el camino fatal del alma á través de una eterna oscuridad. (1)

Convénzanse los origenistas modernos: su concepcion de la inmortalidad es mezquina é indigna de un filósofo.

(1) Sin la memoria, ¿qué es la resurreccion? exclama Peiletan. ¿Sin la conciencia, qué es la personalidad? No es un sér resucitado lo que me enseñais, es decir, un sér continuado: es un sér de nueva creacion, un sér nuevo. De esta inmortalidad á la nada, ¿dónde está la diferencia? Solo veo en ella una nada vergonzante, una nada por un camino de rodeo. Vanamente para rechazar la objeccion, quisiérais renovar la doctrina de la reminiscencia confusa inventada por Sócrates, cuando el humo de la cicuta se le sube á la cabeza. Apagais la lámpara y conservais la mecha que aún humea. ¿Qué quereis que haga yo de una chispa que no alumbra, de una memoria que no se acuerda de su identidad?—*Lugar citado.*

© Biblioteca Nacional de España

Cuando se ha entrado una vez en las regiones de la vida eterna, se fija el destino del alma de una manera inamisible, y se levanta una barrera insuperable entre ella y el curso del tiempo. Preguntad á cualquiera lo que entienden por inmortalidad, y observareis que la primera idea, y la más óbvia, que excita este pensamiento, es la de *persistencia idéntica* del sér. Pero ningun sér inteligente persiste idéntico, mientras no conserve al menos la conciencia de sí mismo, el conocimiento de la propia existencia, y la distincion de todo otro sér que no sea su propio *yo*. Ahora bien, el *yo* es uno, singular, único en sí, y no sufre ni consiente multiplicaciones de supuestos distintos en nuevas existencias.

Téngase esto por una doctrina inatacable. El alma, siendo una sustancia simple y espiritual, lleva en su propia naturaleza la necesidad consiguiente de ser lo que es: y solo puede tener su complemento personal con su propio cuerpo, á quien ha informado en la tierra, y no con otro. Una sola alma y un solo cuerpo, unidos en estrecho consorcio, forman al *hombre*, compuesto ordenado de dos sustancias en una persona: y este compuesto, dividido por la muerte, se ha de reconstituir un dia en su integridad. Mas entre tanto el alma subsiste por sí, entiende y quiere: y en estado de separacion jamas pierde la conciencia de su sér. Se conoce pues idéntica, indivisible y una; y al ejercer su actividad interna, se reproduce constantemente en todas sus intelecciones y voliciones la representacion de su propio *yo*. La identidad del yo, que es un hecho de conciencia necesario, seria imposible si el alma no permaneciese constantemente en el mismo sér.

Esta doctrina tan sólida tiene para nuestro caso una doble importancia; primero, que la unidad del principio inteligente, ó del alma racional, se establece desde

© Biblioteca Nacional de España

luego como un simple hecho interno en todos los estados de la misma; y despues, que la identidad del alma, como enseña muy bien Aristóteles, constituye la de la persona humana. De lo cual se infiere que consistiendo la inmortalidad en la identidad del sér, necesariamente se refiere á una existencia personal única, en virtud de la cual ha de permanecer siempre *alma humana*.

Asi tambien lo exige el órden moral. El premio del bueno y el castigo del malo son inconcebibles, mientras no subsista el sujeto responsable, la persona moral con la conciencia de sus acciones buenas ó malas, *el hombre*, para decirlo de una vez, que responda en el tribunal divino del uso que haya hecho de la libertad y de la gracia en su única existencia sobre la tierra. El indivíduo Pedro será tal Pedro por los siglos de los siglos, y en otro caso no puede llamarse inmortal. El no dejará de ser lo que es, no perderá su existencia metafísicamente indestructible para ser en otro mundo otro sujeto distinto A, y otro indivíduo responsable B. La persistencia de la persona no puede reemplazarse con una prolongacion ilusoria de la vida en reiteradas encarnaciones, puesto que cada existencia nueva supone un nuevo ente, con un nuevo modo sustancial de sér. No se diga que la muerte coloca al alma en una existencia aislada, porque ella como sustancia distinta del cuerpo, y siempre viviente, es capaz de recibir en tal estado el premio ó la pena de sus obras. Pero no nos anticipemos á la distribucion de las materias. Este argumento en su doble aspecto será desarrollado estensamente en un capítulo especial.

La sana filosofía de acuerdo con la doctrina católica concibe de este modo la inmortalidad en su nocion verdadera. Al falsearla en su raiz los partidarios de los sistemas palingenésicos, no solamente se ven precisados á aventurar muchas hipótesis falsas, sino que ademas ellos mismos

© Biblioteca Nacional de España

se crean muchas dificultades embarazosas para defender aquella verdad contra los ataques del materialismo indirecto, que canta himnos al alma mientras la niega, y se presenta, como dice el P. Félix, perfumado con todos los aromas de la poesía, embellecido por el arte y el talento, y cubierto con una gasa ondulante y vaporosa. Así comprometen aquello mismo que creen defender.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VII.

Argumentos deducidos de las facultades y operaciones del alma.—Memoria, inteligencia, voluntad.—La carencia de memoria.—Una cuestion importante de psicología racional.

Hemos dicho que el sistema de la pluralidad de existencias es antifilosófico y falso, por cuanto desconoce la naturaleza del alma y compromete el dogma de su inmortalidad. Al establecer la verdadera doctrina acerca de este punto importantísimo, hemos hallado, como no podia menos de suceder, argumentos decisivos y directos contra aquel sistema, y hemos confirmado la observacion hecha antes, de que la base fundamental de este error, como de todas las teorías palingenésicas, es una falsa idea de nuestra alma, y una concepcion mas falsa de la vida futura. Avanzando un paso mas, llegamos á otro órden de pruebas que confirman y aclaran las anteriores; pruebas intrínsecas que nos suministra el estudio de las facultades y operaciones del alma, y que son las mas eficaces para demostrar palpablemente, no solo la falsedad, sino el absurdo de la preexistencia y de las reencarnaciones.

Cuando se enuncia una proposicion conocidamente falsa, nuestra alma que respira en el elemento de la verdad, siente brotar instantáneamente en su inteligencia una ráfaga

© Biblioteca Nacional de España

luminosa que descubre aquella falsedad. Si se observa bien este juicio primitivo, se notará que no es solo una negacion espontánea de aquella proposicion, y una afirmacion de su contraria, sino que es el argumento principal y el gérmen de otros muchos que se han de emplear para refutar á aquel error. La razon mas fuerte y mas clara es generalmente la primera que nos ocurre. Así se explica que una teoría nueva, un sistema filosófico, un proyecto, un discurso, es juzgado casi siempre al primer golpe de vista por las personas competentes, y hasta por el vulgo. El buen sentido que no se deja sorprender fácilmente por los sofismas, falla casi siempre sin apelacion.

Esto mismo sucede con la cuestion presente. Al oir hablar de preexistencia del alma y de pluralidad de existencias despues de la terrestre, sentimos una propension irresistible á calificar esto de un gran desatino, recelando si el que lo dice se chancea, ó si está en su sano juicio: y si el otro persiste en afirmarlo, nuestro sentido íntimo protexta contra aquella suposicion con una seguridad indestructible. Y la primera y principal razon que ocurre al punto para rechazar tal error, es en cuanto á lo pasado la carencia absoluta de memoria, la falta completa de la conciencia del propio sér, y la pérdida total de sentimientos y afecciones, y en cuanto á lo porvenir la destruccion de nuestra personalidad actual. Estos son en efecto los escollos donde naufragan todas las teorías racionalistas de la metempsícosis moderna. Los defensores de tales teorías que no lo ignoran, aguzan en vano su ingenio por hallar una respuesta que se parezca á una solucion.

Reconociendo ellos la fuerza de estas dificultades, y sintiéndose impotentes para resolverlas, intentan desvirtuarlas. Atribuyen la carencia de memoria en la vida terrestre á la naturaleza demasiado grosera de nuestros cuer-

© Biblioteca Nacional de España

pos, y á la materialidad de nuestro globo. Pero esta respuesta no tiene valor alguno, puesto que los órganos corpóreos son los auxiliares del alma para ponerse en comunicacion con el mundo exterior, y adquirir sus conocimientos del órden sensible, pero no explica que dada la preexistencia del alma, ésta al tomar el cuerpo actual perdiera en absoluto la conciencia y la memoria de su vida pasada.—Seria ademas un misterio inexplicable que la union con el cuerpo humano produjese en el alma efectos tan contrarios, como borrar totalmente los conocimientos antiguos, y ser al mismo tiempo el medio para adquirir los nuevos.—Por otra parte seria preciso admitir que el alma nada puede entender ni recordar, sino con dependencia de los órganos materiales, lo cual es falso, pues todos han experimentado que cuando se quiere evocar un recuerdo, necesitamos reconcentrarnos en nosotros mismos, cerramos los ojos, y nos abstraemos en lo posible de nuestros sentidos y del mundo exterior.—Por último, ya se ha dicho que la conciencia de sí misma es indeleble y permanente en todos los estados del alma, de suerte que no podria perderla en una encarnacion nueva, sin perder tambien su identidad.

«Si el alma no conserva la memoria de sus modificaciones anteriores, entonces ya no es el mismo sér, puesto que nada enlaza su pasado con el porvenir. Semejante sistema destruye nuestras mas preciosas esperanzas y nuestros mas caros afectos.—¿Con qué objeto nos habria dotado el Sér Supremo de tiernos sentimientos, concediéndonos el amor de la familia, manteniendo entre los hombres los dulces lazos de la amistad, del parentesco y del himeneo, si no debieran volver á verse jamás, á reunirse despues de largos viajes, ni á participar de sus padecimientos ó regocijos? La muerte seria en ese caso la separacion eterna, ¡la

© Biblioteca Nacional de España

nada!—Si no conserva el alma en su nueva existencia recuerdo alguno de las anteriores, si al menos, aunque ese recuerdo sea imposible en la opinion de algunos, no le queda nada que salve su memoria en el porvenir, ya no hay identidad, ya no es la misma persona. ¿Dónde está la sancion de la moral, puesto que la recompensa ó el castigo implican el recuerdo del pasado?—Si se reflexiona un poco, veremos que el sistema de Pedro Leroux acarrea las mismas consecuencias que el materialismo. La privacion de la memoria es la nada, la destruccion del alma; tanto vadria creer que todo nuestro sér es polvo y en polvo se convertirá. ¿Qué importa que la esencia que ha de animar la forma futura sea la misma de hoy, si nada une el pasado al porvenir? El Leteo perpétuo es aun mas imposible que la disolucion completa. ¿Con qué objeto habríamos de pasar en todos los tiempos, en todos los siglos, en toda la inmortalidad desde nuestra cuna á los extravíos de la juventud, luego á los cuidados de la edad madura, y por fin á la decrepitud de la ancianidad, para volver á comenzar sin tregua ni descanso? ¿Hallaríamos en nuestro camino nuestros hijos, esposas, padres y madres, sin poder reconocerlos, hasta el punto de que tal vez las circunstancias nos obligarán á odiarlos? ¿O seríamos cual histrion de un teatro que tan pronto es amante de la primera dama como de la segunda, segun lo exige su papel, cambiando en cada funcion de odio ó de amistad? Creer tal cosa seria degradar al hombre é insultar á la divina Providencia.»

¿Quién, dirán nuestros lectores, que es el autor de esta página tan razonable y tan sensata? Grande será su sorpresa al saber que es el mismo Mr. Andrés Pezzani, refutando las opiniones palingenésicas de Leroux y Fourier: el mismo Pezzani que se refuta á sí mismo anticipadamente mejor que nosotros podemos hacerlo, puesto que todo lo que

© Biblioteca Nacional de España

escribe contra las reencarnaciones repetidas perpétuamente en la tierra, va tambien directamente contra su propio sistema de preexistencias y vidas sucesivas en los astros. Efectivamente si la memoria es tan indispensable para la identidad y para el órden moral, como él reconoce con acierto, es de todo punto evidente que no hemos vivido antes de ahora, puesto que no tenemos la menor idea de ello, el menor recuerdo, el menor afecto. Somos tan estraños á las pretendidas existencias anteriores, que si suponiendo por un momento que fuesen ciertas, nos presentasen nuestros padres, hijos, amigos ó enemigos de entonces, no los conoceríamos: y lo mismo sucederia en nuestras existencias futuras. Mas aun: si por un imposible se nos mostrase nuestra supuesta existencia pasada, y se nos presentase el indivíduo que fuimos, no nos conoceríamos. Penetrados de nuestra unidad natural de alma y cuerpo por ahora y siempre, exclamaríamos con la seguridad mas enérgica; «*Ese no soy yo.*» Este es un hecho de evidencia: ni uno solo de todos los hombres que han vivido y viven aun en nuestro globo, conserva memoria, ni aun reminiscencia, por débil, por remota, por confusa que sea, de su vida anterior. Es de estrañar que nuestro ilustrado adversario á quien acabamos de ver discurrir con tanta cordura, no comprenda que aquí está el nudo gordiano que ningun Alejandro puede cortar.

Para salir de algun modo del paso, responde que «la » estancia terrestre es una prueba nueva, y que si fuera » posible el recuerdo de las vidas anteriores, estorbaria las » pruebas extraordinariamente, quitándoles la mayor parte » de sus dificultades y por lo tanto de sus méritos y espon- » taneidad.»—Esta respuesta es una simpleza. En primer lugar deja en pie la dificultad que antecede, y aun la agrava, cortando todo enlace con las existencias pasadas, y su-

© Biblioteca Nacional de España

poniendo que la falta de memoria es para nuestro mayor bien.—Despues afirma gratuitamente que la vida presente es una prueba, más bien que una expiacion ó un progreso. ¿En qué se funda para creerlo así? En nada: antes bien se pone en contradiccion abierta con su propio sistema, segun el cual las desigualdades de la vida presente son en unos premio de merecimientos y en otros castigo de faltas cometidas en vidas anteriores; y precisamente es el mas fuerte argumento que invocan en favor de la preexistencia.—Ademas aquella respuesta tendria un ligero viso de probabilidad en el caso, y solo en el caso, de que tal indivíduo A ó B hubiera de repetir la misma vida, con las mismas condiciones, y en las mismas circunstancias que la pasada, lo cual es absolutamente imposible, porque un solo acto que variase en la vida nueva él ó las personas con quien tratase, alteraria todo lo que sucedió despues. ¡Cuán diferente no seria la suerte de una criatura, si en lugar de tener tal esposa que le ha deshonrado y le ha precipitado en el crímen, tal amigo que le ha pervertido, tal consejero que le ha engañado, hubiera tenido una esposa fiel y honrada, un amigo bueno y leal, un consejero prudente y desinteresado! ¿Y quién puede calcular hasta dónde llegaria la trascendencia de esto segun los complicados anillos de las relaciones sociales? El acto del último mendigo que pasa por la calle influye tal vez en acontecimientos que cambian la faz de una nacion: si aquel mendigo se hubiera detenido cinco minutos ó hubiera seguido otro camino, se hubieran evitado muchas desgracias. La Historia está llena de ejemplos de cosas pequeñas que han frustado revoluciones, han producido guerras, ó por el contrario han contribuido á llevar á término feliz las mas grandes empresas.

Es pues imposible que se repita la misma vida, porque habrian de repetirse con ella todos los acontecimientos pa-

© Biblioteca Nacional de España

sados, aun los mas insignificantes. Seria preciso despojar á todos los hombres de la libertad, y obligarlos por un fatalismo inexorable á obrar mecánicamente como máquinas. Solo en este monstruoso órden de cosas se justificaria en algun modo la pérdida de la memoria, para que la vida nueva no dejase de ser una reproduccion fiel de las pasadas; y en este caso aquella existencia no tenia objeto, no podia llamarse prueba libre, ni aun casi vida racional.

Pero no habiendo de repetirse la misma vida, y mas si viniéramos á la Tierra de otros globos, ¿á qué conducia la pérdida de la memoria? A nada: lejos de favorecer la libertad, la embarazaria sumergiéndola en lo desconocido, en un mar insondable de ignorancias y vacilaciones; y la colocaria entre mil dificultades comprometedoras y á veces insuperables, puesto que la inclinacion al mal es una carga pesada inherente á nuestra naturaleza, y para contrarestarla se necesita en muchos casos una razon ilustrada, y una gran fuerza de voluntad. Agréguese á esto que las predisposiciones que trajéramos de la existencia antigua, sin la memoria de ellas y de sus consecuencias, lejos de conducirnos á un saludable escarmiento y á una enmienda decidida, nos llevarian de una manera casi fatal á seguir su impulso, con perjuicio de la misma libertad, que se pretende salvar y defender con el olvido. Mas si viniéramos á la nueva vida enriquecidos de esperiencia y de conocimientos, esta nueva vida seria en rigor una prolongacion de la antigua en un teatro nuevo: y en lugar de sucumbir en la lucha, en lugar de ceder cobardes á las solicitaciones del mal, hallaríamos en nuestros recuerdos, prudencia y consejo en la obra, fortaleza en la prueba, valor y energía en el combate, y saldríamos casi siempre vencedores. ¡Qué progresos haríamos entonces en el camino del bien!

© Biblioteca Nacional de España

No repliqueis ahora que la memoria influyendo en la voluntad, despojaria á las acciones de su mérito y espontaneidad. Por el contrario la libertad en vez de disminuir, se robusteceria en sus determinaciones: la espontaneidad, como es notorio, si no se toma en el sentido de inclinacion ó propension de la naturaleza á un fin en general, nace del conocimiento: y el mérito igualmente consiste en la práctica de una obra buena prescrita, conocida de antemano, á lo menos en razon de bien ó de virtud, y ejecutada con libertad. Si adoramos á Dios, si respetamos á nuestros padres, si socorremos á nuestros prógimos, ¿estas obras carecerán de mérito, porque al hacerlas sepamos que tienen señalado un premio? Aberracion grande seria pensar que la libertad sufra cualquier detrimento de los motivos eficaces que la inclinen á obrar. El conocimiento, la esperanza, el temor, ni destruyen ó cohiben la libertad, ni quitan el mérito á la accion.

Por otra parte en el estado actual, la libertad moral subsiste íntegra bajo el influjo de la ley, que al dirigir su ejercicio y limitarlo en ciertos casos, la deja á salvo en sus determinaciones y en su facultad de elegir lo contrario, como vemos todos los dias. Lo mismo sucede con los preceptos *positivos* que prescriben las acciones que hemos de ejecutar y con los *negativos* que prohiben aquello de que nos debemos abstener. Y los que tenemos la dicha de profesar la doctrina católica, creemos tambien que la *gracia* divina, que nos comunica auxilios eficaces para obrar, no destruye sin embargo nuestra libertad. La ley con su sancion, el precepto, el consejo, la gracia, que nos inclina al bien, ¿qué otra cosa son sino el contrapeso de nuestra natural inclinacion al mal? A pesar de todo, en uno y otro caso somos libres, y lo sabemos con certidumbre completa. La libertad nada pierde porque haya solicitaciones que la com-

© Biblioteca Nacional de España

batan, ó auxilios que la fortifiquen: precisamente en esto consiste su gloria de decidirse como soberana. Con lo cual queda demostrado que la memoria de las existencias pasadas no debilitaria, y menos destruiria el libre albedrío de la presente; y por lo tanto que esta respuesta á la objeccion es un pobre efugio que hace muy poco favor á un filósofo. ¿No vé que si apuramos la materia, iremos á parar á lo absurdo? Porque si la memoria de lo pasado fuera un óbice á la libertad de nuestras determinaciones, el anciano con su larga esperiencia, el filósofo con su conocimiento del mundo, el varon maduro con su escarmiento de las locuras de su juventud, serian menos libres en las pruebas que aun les esperan, que el aturdido adolescente con sus ilusiones, el escolar con sus ignorancias, y el jóven libertino con su imprevision. ¡Tales son los abismos en que se precipita el que defiende una falsedad!

Mas diremos: supuesta la preexistencia, seria absolutamente preciso conservar la memoria de ella, para que fuera provechosa la existencia actual. ¿Qué objeto tiene esta existencia? ¿Es una expiacion, es un castigo, es una recompensa? El mismo Pezzani acaba de confesar «que la recompensa ó el castigo implican el recuerdo del pasado,» y antes ha dicho que la conciencia del propio sér y la memoria «se necesitan para la sancion de la ley moral, porque »puede asegurarse que no ha sufrido castigo, ni obtenido re»compensa aquel que al llegar á un punto cualquiera en la »série de sus transmigraciones, y aun cuando las necesida»des de la prueba le hayan causado alguna demora, no sabe »por qué es castigado ó recompensado.»—¿Es para la enmienda, es para el progreso? Pues necesariamente se deben tener presentes las faltas antiguas para poder corregirlas con una conducta diametralmente opuesta, para luchar con éxito contra las malas inclinaciones, y reparar en lo posible

© Biblioteca Nacional de España

los daños causados. Siendo para el progreso, preciso es que el viajero encuentre el camino espedito, que no esté rodeado adrede de tinieblas, para no perder un tiempo precioso en orientarse, y en una palabra, que el alma sepa de dónde viene y dónde vá.—¿Es una nueva prueba? Si le quitais la memoria, empezais cometiendo una injusticia palmaria, privándole á propósito de los medios de vencer, y esponiéndole, al menos en esta tierra, á un peligro casi cierto de sucumbir. ¡Sarcasmo cruel! Quereis que veamos y nos robais la luz, quereis que andemos y nos atais los pies, quereis que acertemos un blanco y nos obligais á que tiremos al azar. Despues que el alma pasara por mil vidas, al renacer en otro mundo, sin ninguna conciencia de lo pasado, se encontraria forzosamente como si naciera por la primera vez: de nada le servirian sus pasados combates, la satisfaccion de sus triunfos ó la confusion de sus caidas, la dolorosa esperiencia de sus yerros, ó el estímulo generoso de llevar á cabo sus proyectos no terminados, y sus estudios interrumpidos por la muerte. De nada, porque vendria al mundo como una tabla rasa: y para ser reducida á tal estado ¿qué terrible cataclismo no habria sufrido nuestra alma al entrar en la existencia actual? ¿Qué espantoso rio Leteo habria atravesado al aparecer en esta vida, pero en una vida que ha de ser una prueba de la mas tremenda responsabilidad? Y esto mismo tendria lugar en todas las vidas sucesivas. El alma, al empezar una existencia mundana, habria sufrido y habria de sufrir un sacudimiento mayor y mas desastroso que si hoy fuera reducida de repente al estado de idiotismo. Toda vida nueva seria pues, para el alma un castigo atroz, casi equivalente á un infierno; seria el castigo mas terrible y mas espantoso que pueda concebir la imaginacion. No, no es así: protestamos enérgicamente contra tan impío sistema en nombre de la

© Biblioteca Nacional de España

justicia divina, y en nombre de la dignidad del alma que es una imágen de Dios.

En varios capítulos ampliaremos todavía estas reflexiones, que nos servirán para pruebas de otro órden. Por ahora no debemos perder de vista este punto de la carencia de memoria, que es decisivo contra el sistema que impugnamos, y queremos profundizarlo hasta donde alcancen nuestras débiles fuerzas. Tal como vamos á proponer la cuestion, se relaciona íntimamente con los mas árduos problemas de la psicologia racional.

Es un hecho evidente que no tenemos idea, afeccion, ni recuerdo de una supuesta existencia pasada; de lo cual inferimos con acierto que no hemos vivido antes de ahora, y que esta es nuestra primera y única vida. Los partidarios de la preexistencia replican que el alma, al empezar una nueva vida, pierde la conciencia y la memoria de la anterior.

Ahora bien:

¿Es posible que el alma pierda la memoria tan en absoluto que se borre en ella hasta el recuerdo de la vida?—¿Es posible que la inteligencia sea oscurecida hasta el estremo de desaparecer de ella toda idea, todo conocimiento, y hasta la conciencia del propio sér?—¿Es posible que la voluntad sea embotada hasta el punto de no conservar huella alguna de amor, de afecto, de deseo, y quedar enteramente desnuda de afecciones?

Todo lector ilustrado responderá con seguridad inquebrantable que esto no es posible, y no le faltarán razones para confirmarse en su juicio.

Ante todo escuchemos la voz del sentido comun, al cual jamás hemos apelado en vano. Entrad en un cementerio y en las frias lápidas sepulcrales hallareis consignados los sentimientos y las aspiraciones del corazon. Aquí leereis

© Biblioteca Nacional de España

inolvidable, allá, *memoria eterna*, despues, *recuerdo indeleble*, y en todas partes vereis los espresivos emblemas del *pensamiento*, y de la *siempreviva*. Si estas os parecen exageraciones de un dolor fingido, venid á leer los monumentos vivos, los corazones. Hay una madre desolada á quien la muerte ha arrebatado su hijo único, su amor y su apoyo, dejándola víctima del dolor y de la miseria: hay una esposa afligida que ha perdido de repente á su esposo, cuando apenas empezaba á gustar las puras satisfacciones del amor conyugal: hay unos hijos que han quedado en triste orfandad, cuando les era mas necesario el apoyo y el consejo de sus amados padres. Decid á éstos que podrán olvidar á los seres que lloran, y os responderán indignados que *jamás:* habladles de nuevas existencias, sin recuerdo alguno de aquellos, indicadles que un poder superior les robará por completo su grata memoria, y rechazarán esta idea con horror como un dolor mas agudo que la misma pérdida que sufren. Es el grito del corazon, la voz misma de la naturaleza que aspira y se siente capaz de amar por toda la eternidad.

Despues de esto, supongamos que las almas del eximio Suarez, del P. Feijóo, del P. Sechi, hubieran de repetir, no sé con qué objeto, una existencia nueva sobre la tierra. ¿Creeis posible que aquellas inteligencias superiores, enriquecidas de ciencia, elevadas por la meditacion y el estudio, y que llegaron á fuerza de trabajo á las regiones mas inaccesibles del saber humano en su respectiva época, serian de repente apagadas, para nacer como cualesquiera otros niños en un estado parecido á la estupidez? Si tuvieran un enemigo encarnizado y poderoso, no hubiera podido discurrir una venganza mas atroz y mas sensible, que rebajarlas á esta condicion miserable, despojándolas radicalmente de lo que constituia su gloria y su grandeza. ¿A

© Biblioteca Nacional de España

quién habríamos de atribuir tan desastrosa ruina? ¿A Dios? No blasfemeis asi de su bondad ¿A la misma alma? No está en su mano el olvido, ó mejor dicho, el suicidio intelectual. Lo mismo diremos de la facultad de amar. Ha habido muchos casos en que la pérdida del objeto amado ha costado la vida al amante. Las fábulas de Piramo y Tisbe, de Eteócles y Polinice, y otras que refiere la Mitologia, se han reproducido con frecuencia en la vida real.—En esfera mas elevada, el catolicismo presenta una Santa Teresa de Jesus, una Santa Clara, un San Luis Gonzaga, un San Francisco de Sales, y otros innumerables modelos de un amor divino tan puro y tan acendrado, como si estas almas privilegiadas se hubieran convertido de antemano en Serafines. ¿Creeis posible que sobre esos corazones inflamados de amor cayera de repente el hielo de la indiferencia? ¿Con qué derecho se les arrebataria contra su voluntad el amor que constituye su dicha? ¡Atras, los que asi degradais nuestras mas nobles facultades, infaustos mensageros de la desesperacion! Si creeis en el eclipse total de la inteligencia y en la atonia completa de la voluntad, no sabeis lo que es el alma. Solo la posibilidad de semejante estado, solo la idea de las terribles revoluciones psicológicas que supone, si fuese cierto, nos produce un espanto, nos causa un terror, mayor que la amenaza de una muerte eterna, mayor que la inminencia de la misma aniquilacion.

Algunos preexistencianistas recalcitrantes, por lo regular afiliados en el espiritismo, mas alucinados que sensatos, pretenden hallar una prueba de su opinion en el estado de *locura*, y en la *imbecilidad* de los ancianos. ¡Salida por estremo ridícula! Tal es sin embargo la poderosa razon que les asiste para pensar en esta parte de un modo contrario á toda la humanidad. Pero los mas aventajados alienistas no han llegado todavía á dar una definicion exacta

© Biblioteca Nacional de España

de la locura, y apenas han logrado clasificar las diversas formas que presenta. Todos sin embargo convienen en que es un estado morboso, anormal, contrario á la naturaleza; y por consiguiente no puede invocarse para esplicar un fenómeno universal, constante y perpétuo, sin escepcion alguna, como seria la extincion de las facultades en la reencarnacion. Por otra parte, esceptuando algunos casos raros de embrutecimiento, el loco mas rematado conserva la conciencia de si mismo, ciertos recuerdos, al menos confusos, y ciertos destellos de razon. Ademas las percepciones esternas del loco son iguales que las de un cuerdo, y solo sus juicios son erróneos y disparatados. Por eso la locura es llamada perturbacion, aberracion, enagenacion mental: es una razon en ejercicio, pero que no juzga bien, porque se aparta del criterio ordinario de los demas hombres. Tan cierto es esto, que si hubiera dos locos de la misma mania, que pensasen exactamente lo mismo acerca de un punto dado y se pusieran en comunicacion, razonarian entre si, y creerian que ellos eran los únicos cuerdos, y que todos los otros hombres eran enagenados. Sabido es tambien que en la locura hay muchos intervalos de lucidez; que en muchos casos aparece y desaparece periódicamente; y que casi siempre es debida á una idea fija, á una pasion vehemente, á una emocion violenta, ó á un sacudimiendo profundo del cerebro. Nada de esto explica el aplanamiento general de las facultades del alma, cuando fuese á empezar una vida nueva; la extincion absoluta de la inteligencia mas que en el idiotismo y la imbecilidad, y la postracion del espíritu encarnado, hasta ser incapaz de percepciones y hasta de sentir las necesidades físicas, como sucede en los primeros meses de la niñez. Por lo que hace á la imbecilidad de los ancianos, solo prueba una verdad notoria: el influjo recíproco del cuerpo y del alma, de que nos aprovecharemos

© Biblioteca Nacional de España

mas adelante para establecer nuestra unidad personal.

Pero entremos ya de lleno en el fondo de la cuestion, para que no se piense que pretendemos ganar nuestra causa con argumentos hasta cierto punto sentimentales.

Demostrada ya la permanencia del ser del alma, por virtud de su inmortalidad, queda demostrada su permanencia constante en entender y querer, de suerte que no se concibe lo uno sin lo otro. Tal es efectivamente la vida de las sustancias espirituales, Dios, el Angel, y el alma, y no puede ser otra: por lo cual los antiguos escolásticos las definian en general con el nombre de *inteligencias*. Una sola observacion confirmará la exactitud filosófica y teológica con que aquellos simplificaban este concepto, segun su costumbre; y es que cuanto mas sublimada, mas simple y mas perfecta es la naturaleza espiritual, tanto mas vasta, elevada y universal es su inteligencia, y cuanto mas noble es una inteligencia, conoce por especies mas universales, y se halla mas *en acto*. Asi la inteligencia angélica es superior á la humana en sus facultades, en sus conocimientos y en el modo de adquirirlos y comunicarlos; y Dios inteligencia suprema, está todo y simultáneamente en acto, es *acto purísimo*. En esto se funda una de las pruebas mas sólidas de su infinidad, porque es claro que el que es todo acto, no está en *potencia* para algo, lo tiene todo. Estar en potencia, es un indicio de limitacion.

Segun esto, nuestra alma vive entendiendo, y entiende mientras vive; lo cual espresó perfectamente San Agustin en la siguiente definicion del alma, concisa y profunda, como propia de su genio: *Vita sui conscia*, vida con conciencia de si misma, es decir, de su existencia y modificaciones. Esta notable definicion bien meditada encierra un tratado completo de psicologia. *Vida* en abstracto, y por lo tanto naturaleza simple y espiritual, duracion inmortal, influjo

© Biblioteca Nacional de España

en el cuerpo como forma, principio vital, fuerza activa, sensibilidad interna y externa; *consciente*, ó lo que es lo mismo, con ideas, sentimientos y determinaciones propias; de manera que en esa breve frase está envuelta la razon de todos los fenómenos del órden sensible y del órden intelectual. Siguiendo la mente de San Agustin, enseña Santo Tomás que el alma racional considerada en su esencia está siempre en acto, ó es una actualidad vital: y si no puede afirmarse esto mismo respecto de sus facultades, porque no se hallan siempre en ejercicio, especialmente aquellas que para sus funciones necesitan el concurso de los órganos materiales, hay otras que no cesan de obrar, á lo menos de un modo latente, porque pueden ejercerse con independencia del cuerpo, como son el entendimiento y la voluntad. Pero aunque avanzamos este paso, estamos muy lejos de los que negando la distincion real entre la esencia del alma y las potencias, pretenden que el alma es una actualidad pura, y se ven arrastrados al panteismo psicológico y subjetivo, ó á un idealismo vago, que por la fuerza de la lógica vá á parar muy pronto el materialismo. Tal es el término inevitable de la filosofía moderna por seguir esta senda peligrosa, inventando teorías peregrinas, confundiendo las ideas mas claras, y convirtiendo el tratado del alma en una torre de Babel.

Téngase presente que las potencias del alma, aunque distintas de su esencia, no son separables de la misma. Si no son la misma esencia, son sin embargo propiedades naturales que se derivan de ella por una especie de *natural resultancia*, como dice Santo Tomás, en tal manera que supuesta la existencia de la esencia del alma, síguese necesariamente la de sus potencias, como supuesta la existencia del sol, síguese la de la luz. De esta doctrina unánimemente admitida por todos los filósofos cristianos, se deduce que no es posible que el alma sea despojada de sus facultades,

© Biblioteca Nacional de España

ó imposibilitada violentamente en el ejercicio de todas á la vez, como suponen los adversarios que ocurre en cada encarnacion nueva. El alma en tal estado se asemejaria á un cuerpo humano á quien se hubieran arrancado los ojos, y cortado los brazos y las piernas, quedando inútil para todo movimiento y operaciones. ¿Y qué es la vida sin poder obrar?

Profundicemos algo mas, y veamos como podria verificarse tan desastrosa espoliacion. Necesariamente provendria de un principio intrínseco ó de un principio extrínseco.

¿Podrá provenir de un principio intrínseco ó sea de la misma alma? Con la conviccion mas profunda se puede responder que no. Porque la sustancia espiritual, como simple, inextensa é indivisible, excluye por su propia naturaleza todo principio interno de corrupcion, y por consiguiente no padece disminucion ó alteracion intrínseca en su ser, ni pierde sus facultades naturales. Ningun ente puede cambiar ó alterar por sí su propia naturaleza, quitándole algunos atributos ó añadiéndola otros nuevos: no los entes criados, que habiendo recibido la existencia de otro, son lo que son por virtud agena, ni el mismo Dios que como ente absoluto y necesario, es inmutablemente lo que es, y no otra cosa. Ademas la naturaleza de todo ser, de sí misma, tiende á conservar sus atributos y á perfeccionarlos, y lo consigue siempre, mientras no se le oponga una causa extrínseca contraria, ó mientras no esté compuesta de elementos contrarios, lo cual no sucede en el alma. Por el contrario todos los actos y operaciones de la misma alma contribuyen á asegurar mas la plena posesion de sus facultades: asi por ejemplo el entendimiento, cuanto mas ideas adquiere, está mejor dispuesto á adquirir otras nuevas y á conservarlas y multiplicarlas por la comparacion; y la voluntad, cuanto

© Biblioteca Nacional de España

mas rectamente se emplea, gana mayor energía para determinarse al bien. Como el objeto inteligible, en cuanto tal, es necesario é incorruptible, puesto que la perfeccion propia del entendimiento consiste en aprender las relaciones necesarias de las cosas y las verdades inmutables, universales y necesarias, resulta de aquí que el sujeto inteligente, si ha de estar en relacion con su perfeccion objetiva, debe ser alguna cosa necesaria é incorruptible en su existencia. ¡Tan lejos está el alma de poder perder la inteligencia, que halla en la conservacion y el ejercicio de ella una razon de su propia inmortalidad!

Al conocer las cosas, el entendimiento se las asimila en cierto modo, y las espiritualiza elevándolas á su propia vida, de suerte que las cosas corpóreas en su naturaleza son simples en su percepcion, y las cosas que los sentidos perciben solo como singulares, son representadas en el entendimiento bajo la forma de universalidad. Por esto decian los antiguos escolásticos que el entendimiento se hace todas las cosas: *Intellectus intelligendo fit omnia*, porque todo ente es inteligible, y al hacerse tal, queda abstraido del espacio, del tiempo y del movimiento. Pero al aceptar esta doctrina no pretendemos afirmar la identidad real del sugeto cognoscente con el objeto conocido, ni confesar la omnipotencia creadora del *yo*, sino solo significar la union actual de la idea, ó de la forma inteligible con el entendimiento: y de este modo, asegurando la verdad, salvamos el escollo del panteismo. Viviendo, pues, las cosas en el entendimiento, allí se conservan como la imágen en el espejo, y no se borrará esta imágen, mientras el espejo no sea hecho pedazos. Luego la memoria que tiene por oficio testificar aquella vida, reproduciendo como presentes las ideas de cosas pasadas, esa memoria, espejo de la inteligencia, no puede desaparecer en absoluto, como no desaparece aquella.

© Biblioteca Nacional de España

Hablando en rigor, *no hay olvido*. Se dice que Temistocles conceptuaba dichoso á quien pudiera olvidar, y no sé qué poeta ponia en boca de uno de sus personajes esta singular peticion; *el olvido*. Igual deseo sale con frecuencia de muchos corazones lacerados, y tambien de muchos criminales en los cuales el remordimiento es un efecto de la memoria que los atormenta. Pero inútilmente se busca la paz en el olvido: la voluntad es impotente para borrar cualquier recuerdo, y cuanto mas esfuerzos haga para ello, aquel se reproduce con mas vigor. Como la lanza de uno de los héroes de los *Cuentos Persas*, repitiendo los golpes, daba vida al enemigo á quien intentaba rematar. El alma nada pierde de lo que ha adquirido una vez, porque los actos intelectivos siendo inmateriales é inherentes á un sugeto inmaterial, como es el alma, no están sujetos á corrupcion. Pensamientos, ideas, afecciones, podrán permanecer dormidos en su fondo, podrán brillar en nuestra mente de un modo confuso, podrán al parecer estar completamente olvidados, pero en rigor están allí y se manifiestan cuando llega la ocasion. Si todo el botin de nuestros conocimientos no está presente *en acto* al entendimiento, consiste en una de estas tres causas; que la flaqueza del entendimiento no le permite abarcarlos todos simultáneamente, ó que el encadenamiento de las ideas adquiridas en el tiempo guarda en la mente cierto órden de sucesion, ó que los cuidados presentes absorben nuestra atencion, y no la fijamos en lo pasado, si no nos afecta con demasiada viveza; como cuando miramos con intensidad un objeto determinado, no hacemos caso de los que hay alrededor, ó cuando vamos andando no vemos lo que queda detrás, pero si volvemos la cabeza, podemos verlo otra vez.

Aun hallaremos otra prueba de lo que vamos diciendo, si atendemos al admirable mecanismo de esta potencia. El

© Biblioteca Nacional de España

recuerdo de ciertas ideas ó de ciertos hechos interesantes se conserva en nosotros de un modo indeleble, y está siempre pronto á presentarse á nuestra vista. A veces la voluntad impera como reina en la region de los recuerdos, los llama y al punto comparecen, mientras que con frecuencia dá órdenes en vano, semejante á una reina destronada, á quien los súbditos niegan obediencia. Otras es el organismo, quien funcionando de una manera mecánica, bien introduce un pensamiento frívolo y pueril en medio de una meditacion profunda, bien resucita un recuerdo molesto ó una especie perdida, bien nos conturba con una idea fija que no podemos desechar. Un golpe violento dado en la cabeza de un jóven, al sacudir su cerebro, confunde y disminuye la memoria, mientras que otro golpe igual en un anciano, la hace revivir con estraordinaria potencia y lucidez. La memoria salva el tiempo y las distancias para representarnos con fidelidad los objetos que viven en ella, lo mismo los que hemos visto ó leido hace veinte años, y los que ya han perecido, que los que actualmente se encuentran á muchas leguas de nosotros. Asi, recordamos la persona y las palabras de un padre que nos fue arrebatado por la muerte, lo mismo que la majestuosa catedral que eleva hasta las nubes su sagrada cúpula. En fin, sin detenernos en analizar todas las curiosas operaciones de la memoria, y los diversos modos de reproducir las imágenes, ya se presenten ellas mismas inesperadamente, ya las evoque de propósito la voluntad, ya resuciten naturalmente con el discurso y la reflexion por la asociacion de ideas, ya sigan las vicisitudes del organismo, nos consideramos desde ahora con derecho para concluir, de acuerdo con los principios de la mas sana filosofía, que no existe alguna causa intrínseca para que la memoria desaparezca y se borre en absoluto, para que la inteligencia se apague, y para que la

© Biblioteca Nacional de España

voluntad se amortigüe, porque esto es contrario á la misma naturaleza del alma, á sus necesidades vitales, y á la índole y ejercicio de sus facultades.

Veamos ahora si ese terrible cataclismo del alma podria provenir de una causa extrínseca.

Se concederá fácilmente que no se estiende á tanto ninguna fuerza creada, física ó moral. Respecto á la primera no hay duda que ninguna fuerza física es capaz de obrar con violencia sobre una sustancia espiritual: por eso hallándose encadenado el cuerpo, el alma permanece libre y se rie de los tiranos. Si estallase de repente nuestro globo, si el universo entero se desplomase con estruendo, enterrando en abrasados escombros á todos los séres vivientes, nuestra alma contemplaria sobrecogida de terror tan tremenda catástrofe, pero el espantoso desquiciamiento la dejaria ilesa en sus facultades naturales.—Tampoco podria dañarla otro espíritu superior á ella. Cualquiera que sea la fuerza y el poder de un espíritu creado, el ángel ó el diablo, (no se rian algunos al oir hablar de este último, clasificado entre los *Cachivaches de antaño* por un arlequin de la incredulidad) no alcanza sin embargo á destruir al alma, ni á despojarla de sus dotes naturales: y la prueba única que presentamos, es que no se ha visto ningun ejemplar de ello en los múltiples casos de obsesiones, que refieren los escritores sagrados y profanos. Si se nos pide otra razon mas profunda, diremos que en la lucha de los espíritus el uno no vence al otro hiriéndole ó maltratándole, ó impidiendo sus operaciones internas, sino que se le impone por la energía de su voluntad y estorba sus operaciones extrínsecas, obrando en sentido contrario con una actividad mayor. Así pues el ángel ó el demonio podrian poner obstáculos á ciertos actos del alma, ó moverla á otros, pero en ningun caso impedirla entender y querer. Pero dejemos estas áridas es-

© Biblioteca Nacional de España

peculaciones, que para ser bien entendidas, debieran ser espuestas por pluma mejor cortada, y desarrolladas con mucha estension.

Resta pues que la pérdida de la memoria en la encarnacion nueva debiera atribuirse á una accion directa del mismo Dios. ¿Esto es admisible? Hé aquí lo que nos ocurre decir:

Nuestro Sol, fuente de vida de todo el sistema que rige, posee una tal intensidad de luz, que irradiando en todas direcciones alumbra con bastante claridad el inmenso espacio hasta una distancia de mas de mil millones de leguas de su foco: posee tambien una cantidad tan prodigiosa de calor, que si todo el que despide en una sola tarde, se concentrase sobre la tierra, al punto pondria en ebullicion toda el agua de los mares, y la evaporaria en algunos minutos. Todos los astros que vemos en el cielo como puntos luminosos, y cuyo número escede al de las arenas del mar, son otros tantos soles dotados de tanta luz y calor como el nuestro. Ahora bien; me parece mas fácil que un soplo furibundo del Omnipotente apagase en un instante todos los soles del firmamento, convirtiéndolos en lóbregas y frias masas carbonizadas, que el que emplease su poder en apagar la luz de todas las inteligencias, y el calor de todas las voluntades, al empezar una vida responsable, y que sumergiese á todas las almas racionales en una postracion tan inerte, en un letargo tan profundo, que perdiesen hasta la conciencia de sí mismas, precisamente para sufrir una prueba decisiva, ó una expiacion.

Sí; porque el astro mas esplendoroso no vale tanto como una alma, y la creacion material carece de precio, si se compara con la excelencia de un espíritu inteligente. El Sol, como que carece de razon, no conoceria, ni sentiria su ruina, pero el alma sentiria su mutilacion como el mayor

© Biblioteca Nacional de España

de todos sus males. Si la quimera de las reencarnaciones fuese cierta, entonces sí que, al vislumbrar siquiera en confuso la terrible suerte que nos espera, veríamos con verdadero terror aproximarse la muerte. En este caso, ¿quién consumiria sus dias en el árido y penoso camino de la ciencia, quién emplearia sus vigilias en el estudio, si nuestra alma algun dia habia de ser despojada de sus conocimientos tan trabajosamente adquiridos, «porque de nada le servirian en su vida futura?» Nada habria entonces que sostuviese el desaliento del filósofo, y la fatiga del escritor.

La misma razon que hay para que Dios no aniquile al alma, existe para que no destruya sus facultades naturales, despojándolas de lo que han adquirido, y para que no impida su operacion esencial. O seria por su parte un abuso de poder, ó seria un castigo impuesto al alma. Lo primero no cabe en la bondad y en la justicia divina, y lo segundo no es creible, sino admitiendo que todas las almas, sin escepcion alguna, son criminales. ¿Y qué? ¿no habria habido algun justo en la existencia pasada? ¿Ninguna alma habria atesorado méritos para quedar exenta de tan terrible ley? ¿Todas serian igualmente culpables, puesto que á todas se imponia la misma pena? Mejor dicho ¿los que mas hubieran cultivado sus facultades en la existencia pasada, los sábios y los caritativos, serian mas castigados, puesto que se les sujetaba á una privacion mayor? Pensar esto de Dios es una blasfemia, que agrava el absurdo de la preexistencia, asociándole con una impiedad.

Pasando al campo de la teología, encontraremos nuevas confirmaciones de nuestra doctrina.—Sabemos que nuestra alma es una imágen de Dios; ¿y el mismo Dios se complaceria en borrar y oscurecer los rasgos característicos de su propia imágen?—Admitimos con Santo Tomás que nuestro entendimiento es una derivacion y una parti-

© Biblioteca Nacional de España

cipacion del entendimiento divino; una semejanza de la Luz increada, en la cual se contienen las razones ó ideas eternas; una luz producida ó impresa en el alma por el mismo Dios inmediatamente: ¿y es posible segun esto, que la accion divina se emplease directamente en inutilizar aquel espejo, que reproduce en cierto modo su propia luz? —Sabemos tambien que nuestra voluntad es tan señora de sí misma, y que le repugna tan en absoluto la violencia ó coaccion, que ni el mismo Dios puede *forzarla* en su querer, aunque puede moverla con eficacia, y es causa primera de su accion. Es indudable que la voluntad, solo por una coaccion directa que la privase de toda su energía, podria dejar de amar aquello que ama por naturaleza y por inclinacion, (como los padres, los hijos, etc.): ¿y creeis que la Omnipotencia divina emplearia la fuerza de su brazo en enervar de esta suerte á la voluntad?—Por último, sabemos que cuando cayeron los ángeles rebeldes no fueron despojados de sus facultades naturales, si bien sufrieron algun deterioro en ellas, por la privacion de la gracia que las perfeccionaba; y lo mismo sucedió á nuestros primeros padres Adam y Eva despues de su pecado: ¿y seria admisible, aunque todos hubiéramos pecado personalmente en la supuesta existencia pasada, que fuéramos en esta parte de peor condicion que aquellos?—No; la bondad divina no se desmiente un solo instante, y no tiene por qué reformar la naturaleza de ninguna criatura, y menos impedirla obrar segun el impulso que él mismo la comunicó al darle el sér.

Despues de lo dicho, me admira sobremanera que hombres de talento, consagrados durante muchos años al estudio de esta materia, no hayan querido comprender que la carencia de memoria es una dificultad indisoluble para el sistema de la preexistencia. Es singular lo que puede la

© Biblioteca Nacional de España

preocupacion! En vano la religion, la razon y la ciencia les dicen de consuno que su sistema es insostenible, en vano se les proponen argumentos de todo género, en vano se trata de rendirlos á la evidencia. Con tal que hallen alguna leve apariencia de probabilidad de su opinion, y algun remoto sofisma en su apoyo, se confirman voluntariamente en el error, y creen tener mas razon que todo el género humano.

Espongamos ya las cavilaciones de los neoplatónicos modernos. Con la ayuda de Dios, no solo las hemos de desvanecer por completo, sino que sacaremos de ellas mismas nuevas pruebas en favor de nuestra doctrina.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VIII.

(Continuacion del anterior).—La carencia de memoria.—Objeciones de los adversarios.—El orígen de las ideas, y las ideas *innatas*.—El génio y el talento.—La inspiracion.—La prevision.—Los sueños.—El sonambulismo.—Aptitudes diversas, inclinaciones, simpatías y antipatías.—Energía de la voluntad.—La ciencia y el arte.—La educacion.

Para desarrollar con la estension debida los puntos indicados, objeto de este capítulo, seria menester escribir un tomo voluminoso. Para no aclararlos de un modo suficiente, valiera mas no traerlos á discusion. En la imposibilidad de lo primero por no permitirlo el plan de este libro, y de lo segundo porque tal es nuestro deber para no dejar la refutacion incompleta en esta parte esencial de la misma, hemos adoptado un término medio. Ni seremos tan lacónicos que los dejemos sin explicacion bastante para nuestro objeto, ni seremos tan difusos que fatiguemos la atencion del lector.

Entremos desde luego en materia.

Los puntos indicados son en el órden psicológico el Aquiles de la preexistencia de las almas, asi como las desigualdades entre los hombres, lo son en el órden moral.

Veamos qué valor tiene la objeccion fundada en el sistema de las ideas innatas, de las cuales los defensores de la preexistencia, fieles discípulos de Platon, se declaran

© Biblioteca Nacional de España

francamente partidarios, suponiendo que las traemos de una existencia anterior.

El problema del orígen de las ideas es uno de los mas antiguos y complicados de la filosofía, y puede decirse que hay sobre él tantas opiniones como cabezas. La escuela empírica ó sensista, representada por Locke y Condillac, señala como única fuente de nuestras ideas la *sensacion* en cuanto á los objetos externos, y despues la *reflexion* en cuanto á los fenómenos internos, y á la formacion de las ideas abstractas y universales, por la combinacion de las cualidades de las cosas percibidas por los sentidos. Este sistema queda refutado con solo considerar que si los conocimientos no son mas que una mera modificacion ó trasformacion de las sensaciones, irfamos á parar irremediablemente al materialismo; ó bien por el camino opuesto nos precipitaria en el idealismo mas absurdo, obligándonos á negar la realidad de los cuerpos, desde el instante que la sensacion no fuese otra cosa que una mera modificacion subjetiva.

Las escuelas *idealistas*, tomada esta palabra en sentido lato, en sus diversas ramificaciones, se acercan mas ó menos al sistema de las ideas innatas, pero sin estar de acuerdo en los principios, ni en la esposicion. Segun Platon, padre del ontologismo, *aprender no es otra cosa que recordar*: las ideas preexisten en el alma desde su vida anterior, en virtud de cierta intuicion innata de los eternos *archetipos*, ó ideas ejemplares de las cosas, y reaparecen mas ó menos claras, á medida que los objetos á que corresponden son percibidos por los sentidos. Wolf y Leibnitz profesaron una teoría que guarda mucha afinidad con la de Platon. Dios al crear las almas, les infunde ideas confusas é implícitas de todos los objetos del universo, las cuales se desarrollan y pasan á ser distintas, segun que los objetos externos producen diversas mutaciones en el cuerpo al cual está unida el

© Biblioteca Nacional de España

alma. Esta, dice Leibnitz, lleva las ideas en sí misma desde su orígen, como un trozo de mármol contiene la estátua que se ha de formar de él. Descartes cree tambien que Dios imprime en el alma las concepciones generales de las cosas, en gérmen, y se desenvuelven por la reflexion y el contacto de la sociedad, en lo cual está de acuerdo con Bonald. Segun Malebranche no es Dios quien graba las ideas en la inteligencia, sino la inteligencia quien conociendo á Dios por una vision inmediata y directa, conoce los séres finitos y con especialidad los cuerpos, en las idas arquetipos de la mente divina. Rosmini solo admite como innata la idea del *ente posible*, que es la forma de la inteligencia, y de cuya diversa aplicacion nacen todos los conocimientos y juicios. El *Criticismo*, representado por Kant, desarrollado por Fichte y Hegel, y modificado por Krausse, pone el orígen de las ideas en la actividad del entendimiento humano sin que este para formarlas necesite nada concreto, real y objetivo: aquellas son leyes ó formas sujetivas de la inteligencia, que con ocasion de las sensaciones surgen para constituir las ideas universalísimas y primitivas. Añade Kant, que el alma nace *preformada* por las cuatro formas *a priori* del juicio, que son cantidad, cualidad, relacion y modalidad. En una palabra, y sin mencionar las teorías de Gioberti, Schelling, Cousin y otros, cada filósofo que ha descollado un poco sobre el vulgo, ha emitido una opinion nueva, distinta de los demás.

En medio de tanta diversidad de pareceres, la filosofía escolástica, notable siempre por su buen criterio, camina con pie seguro, y resuelve de un modo tan sencillo como profundo, aquel intrincado problema. Todas nuestras ideas son adquiridas, por medio de los sentidos debidamente desarrollados que presentan al alma de una manera distinta y precisa los objetos externos, y son la causa *material* del co-

© Biblioteca Nacional de España

nocimiento, y por medio de la inteligencia como causa *eficiente* que saca de las percepciones sensibles el concepto intencional y forma la idea; abstrayendo de lo particular lo universal, y elevándose de lo sensible á lo espiritual y lo intelectual. Despues el alma ensancha sus ideas por el ejercicio respectivo de sus facultades sobre las sensaciones y sus modos, y sobre los conocimientos ya adquiridos. El espíritu humano, en virtud de su actividad, forma instantáneamente las ideas, por la representacion universal del objeto contenido en la sensibilidad con representacion singular y sensible. Si se trata de las cosas abstractas, sus ideas nacen de una operacion simple sobre el concepto general de la cosa préviamente formado y entendido; y en cuanto á las ideas de objetos puramente espirituales, las forma por la reunion de otras ideas, ó por analogía, resultado todo de la disposicion nativa que tiene á conocer todo lo cognoscible segun su capacidad. La formacion de las ideas es tan natural en el alma como la respiracion en el cuerpo, supuesto que el entender es su acto y operacion vital.

Se infiere de esta rápida esposicion de los principales sistemas ideológicos que no se dan ideas *innatas*. Balmes lo ha demostrado con una lógica inflexible, como se vé por este magnífico resúmen que él mismo hace de su doctrina sobre el particular.«—Existen en nosotros facultades sensitivas que se desarrollan por efecto, ó con ocasion, de las impresiones orgánicas.—Nada sentimos sino con sujecion á las leyes del organismo.—Las representaciones sensibles internas no pueden formarse de otros elementos que de los suministrados por las sensaciones.—Todo cuanto se diga sobre preexistencia de representaciones sensibles, anteriormente á las impresiones orgánicas, á mas de carecer de fundamento, está en contradiccion con la experiencia.—Las ideas geométricas, ó sean las relativas á in-

© Biblioteca Nacional de España

tuiciones sensibles, no son innatas; puesto que son los actos del entendimiento que opera sobre los materiales ofrecidos por la sensibilidad.—Las ideas intuitivas del órden intelectual puro no son innatas; porque no son otra cosa que los actos de entendimiento ó voluntad, ofrecidos á nuestra percepcion en la conciencia reflexiva.—Las ideas generales determinadas no son innatas; puesto que son la representacion de intuiciones, en las que se ha ejercido por necesidad algun acto.—Se afirma sin fundamento que sean innatas las ideas generales indeterminadas; las cuales parecen ser los actos de la facultad perceptiva de los objetos bajo una razon general.—Lo que hay innato en nuestro espíritu es la actividad sensitiva y la intelectual; pero ambas para ponerse en movimiento, necesitan objetos que las afecten.—El desarrollo de esta actividad principia por las afecciones orgánicas; y aunque vá mucho mas allá de la esfera sensible, permanece siempre mas ó menos sujeta á las condiciones que le impone la union del espíritu con el cuerpo.—La actividad intelectual tiene condiciones *á priori*, del todo independientes de la sensibilidad; y que aplica á todos los objetos, sean cuales fuesen las impresiones que le causen. Entre estas condiciones figura como la primera el principio de contradiccion.—Luego en nuestra inteligencia hay algo *á priori* y absoluto, que no podria alterarse aun cuando se variasen completamente todas las impresiones que recibimos de los objetos, y sufriesen un cambio radical todas las relaciones que tenemos con los mismos.» (1).

Despues de Balmes oigamos al eminente filósofo, actual obispo de Córdoba, P. Ceferino Gonzalez: «Una de las pruebas mas convincentes en contra del sistema de las

(1) *Filosofia fundamental*. lib. IV, cap. XXX.

© Biblioteca Nacional de España

ideas innatas, es á nuestro modo de ver, el raciocinio ó argumento psicológico basado sobre la imposibilidad de esplicar convenientemente la union del alma con el cuerpo en aquella hipótesis. En efecto, ya sea que se diga con los antiguos platónicos que el alma preexiste con su ciencia, sus ideas y sus conocimientos intelectuales formados, y que estas ideas quedan oscurecidas y como sepultadas en el olvido á causa de la union de la misma con el cuerpo: ya sea que se prefiera afirmar solamente con los partidarios menos exagerados de esta doctrina, que el alma no preexiste al cuerpo, pero que contiene en sí actualmente las ideas de las cosas, es imposible esplicar de una manera satisfactoria la union tan íntima como natural de estas dos sustancias, ni señalar la razon suficiente de la misma. En el primer caso la union del alma con el cuerpo seria violenta y contraria á la naturaleza de la primera, cosa ciertamente poco conforme al sentido comun, é insostenible en toda buena filosofía. Los mismos ó análogos inconvenientes tienen lugar respecto de la segunda hipótesis; puesto que si el alma posee de antemano por sí misma con independencia del cuerpo y del ejercicio de la sensibilidad las ideas de todas las cosas, es cuando menos superflua su union con el cuerpo, é inesplicable por lo mismo en el órden científico. Porque como dice santo Tomás, si el cuerpo es necesario en algun sentido al alma inteligente, debe serlo seguramente en órden á su operacion propia, que es el entender; toda vez que en cuanto á su existencia, el alma no depende ni necesita del cuerpo. Si el alma está determinada por su propia naturaleza á recibir las ideas intelectuales solo mediante la influencia de algunos principios ó agentes superiores, y no las recibe de las cosas sensibles, no necesitará del cuerpo para la inteleccion. Luego en vano se unirá al cuerpo.»

© Biblioteca Nacional de España

«Decir que el alma contiene en sí misma los objetos en el órden inteligible; afirmar que preexisten actualmente perfectas, esplícitas y formadas las ideas de todas las cosas con anterioridad á toda accion de los objetos externos sobre los sentidos y de estos sobre el desenvolvimiento de la actividad intelectual, equivale á afirmar que la sensibilidad ninguna influencia ejerce en el orígen, determinacion y desarrollo del conocimiento intelectual, que no existe relacion alguna de causalidad ni siquiera material ya que no eficiente, entre las facultades de la sensibilidad y las intelectuales. Y sin embargo, si no existe dependencia alguna real y verdadera entre esas facultades; si las falcultades sensitivas nada significan en la determinacion de los fenómenos científicos é intelectuales, ó solo son condiciones remotas; si para decirlo de una vez, el órden sensible es completamente estraño al órden inteligible, ¿porqué aun despues de ser puesta en accion la inteligencia, carece de conocimientos y hasta de toda idea, en órden á los objetos de aquel ó aquellos sentidos de que se halla privado el hombre desde su nacimiento? Si los sentidos para nada influyen en el conocimiento intelectual, ó si solo son meras condiciones *sine qua non*, ó meros escitantes de la actividad intelectual del alma, es evidente que una vez escitada esta actividad por la accion de los ótros sentidos, debiera adquirir el alma algun conocimiento siquiera imperfecto de los objetos relativos al sentido no existente, en especial siendo preciso admitir esa actividad ó fuerza intelectual como una é indivisible.» (1).

Esto no tiene réplica, y se comprueba por la esperiencia de todos los dias. Observad á un ciego de nacimiento: reconcentrado en sí mismo, aislado en cierto modo del mundo

(1) *Estudios sobre la filosofía* de Sto. Tomás, lib. V, cap. X.

© Biblioteca Nacional de España

actual, meditabundo y grave, parece que se halla en misteriosa comunicacion con otro mundo. Ninguno está en mejores condiciones para recordar en un esfuerzo de las facultades mentales la pretendida existencia anterior. Pues si le preguntais por colores, figuras, superficies, dibujos, no sabrá que responder: cosa tanto mas significativa, cuanto que todos los que admiten la pluralidad de mundos están acordes en que en ninguno de ellos falta el órgano de la vision. De la misma manera un sordo-mudo de nacimiento nó tiene la menor idea de sonidos, músicas, rumores y armonias: al paso que en uno y otro las impresiones recibidas por los otros sentidos son mas vivas y penetrantes, como si la naturaleza les hubiera dado un suplemento de potencia y actividad en compensacion del sentido que les falta. Por lo general no hay tacto ni oido mas fino que el de un ciego, como no hay vista mas perspicaz que la de un sordo-mudo. Estos desdichados sin embargo son susceptibles de una educacion tan completa como el que tenga todos los sentidos sanos, y se han visto algunos que han descollado en algun arte ó ciencia de una manera notable: (1) pero las ideas que adquieren de lo relativo al sentido de que están privados siempre son en ellos confusas, vagas, y aun estravagantes.

Por el contrario los que habiendo tenido alguna vez vista ú oido la han perdido por algun accidente, conservan indeleble la memoria de aquellas impresiones, y las describen por lo regular con mas viveza y precision que otros. Por eso Milton y Homero, los dos ciegos aventajan á todos los poetas en sus descripciones, porque pintan al vivo lo que ven con los ojos del alma, con una claridad nueva, y de

(1) Tales son Massieu, Le Clerc, Berthier, Lenoir, Bodembach, Plantin, Bertrand, Chomet, y otros que menciona Descuret, *Medicina de las pasiones*, cap. IV, Influencia de las enfermedades.

© Biblioteca Nacional de España

un modo mas ideal. Didimo de Alejandria, ciego desde la edad de cinco años, adquirió una vasta erudicion haciéndose leer las obras de los filósofos, y enseñó públicamente en aquella célebre escuela, cuya direccion se le confió, á pesar de su ceguera. Beethoven era ya sordo, cuando compuso sus últimas obras maestras de música. Esto prueba que la pérdida de algun sentido no es un obstáculo para el ejercicio de las facultades intelectuales, aun de aquellas que se aplican al mundo exterior. Si lo que Dios no permita, alguno de nosotros quedase ciego, solo seria para el lugar presente, y dentro de nosotros llevaríamos siempre un mundo de bellezas, de imágenes, de luces y esplendores. Hoy *vemos* con los ojos del alma lo distante y lo pasado, como si lo tuviéramos presente: y esto es una prueba de que en la vida futura, aunque está el alma privada de los órganos corporales, recordaremos las impresiones de la existencia actual.

Enhorabuena, replican los adversarios; no insistiremos en que haya ideas innatas, en el sentido de que sean ideas *explícitas* y *formadas*; ¿pero por ventura el talento, el génio, la inspiracion, las aptitudes diversas, las simpatías, y todo género de predisposiciones, no son indicios bien claros del estado de cultura del alma y de sus relaciones en una vida anterior?

Sin vacilar respondemos que cualquiera hipótesis, cualquiera solucion que se discurra para explicar esas cosas, que siempre serán un misterio, por estraña que sea, es mejor y mas aceptable que la teoría de la preexistencia. Ridícula pretension la de explicarlo todo con una hipótesis por sí misma inexplicable, siempre absurda, y en muchos puntos hasta imbécil.

Así como en lo físico hay diversidad de temperamentos, y organizaciones mejor dispuestas en unos que en otros,

© Biblioteca Nacional de España

debido á una mutitud de causas naturales, y para explicar esa variedad no es necesario acudir á la hipótesis de la preexistencia; asi tambien hay en las facultades del alma disposiciones mas ó menos felices, desarrollos mas ó menos completos, talentos y aptitudes morales, que siguen muchas veces, tal vez por la ley providencial de las compensaciones, la razon inversa del organismo. Los hombres de talento y de genio, los que se alimentan de la idea y viven del espíritu, son por lo general de constitucion delicada, débil y aun enfermiza, y muchas veces la inteligencia mas vasta tiene por morada un cuerpo raquítico y deforme; al paso que ciertos trabajadores fornidos y robustos poseen muy limitado entendimiento. Lo que es al cuerpo una musculatura fuerte y un crecimiento completo, lo mismo es al alma la perspicacia y facilidad de entender, que se llama talento.

Si bien se observa, el talento es una disposicion natural, no un mérito contrario antes de nacer, ni un premio. El génio es un talento superior, que sobresale en un ramo especial. Si estas disposiciones son bien cultivadas por la educacion y el estudio, el talento se forma y crece con los conocimientos adquiridos, y en otro caso no pasa de una mediania. Esto es lo que se vé todos los dias en las aulas: jóvenes que prometen ser notabilidades se quedan muy atras de sus condiscipulos mas aplicados, que no tenian tan buena disposicion como ellos. Diremos que el talento es el hábito de formar ideas claras y juicios exactos, aprendiendo con lucidez y discurriendo con acierto. Pero fuera del cultivo que ha recibido, el talento desciende á la medida general de todas las inteligencias, y acaso mas bajo. Hay por ejemplo médicos notables que son una nulidad en matemáticas, y hay matemáticos eminentes que son una nulidad en medicina, y lo mismo sucede entre los literatos,

© Biblioteca Nacional de España

abogados, teólogos, etc. Un niño que revela felices disposiciones intelectuales, dedicado por sus padres á la medicina será un buen médico, al derecho será un buen abogado, y escepto en casos raros de vocaciones decididas para determinada carrera ó arte, el hombre será lo que le haga la educacion. Es decir que el talento desde su orígen se halla indiferente por lo general para ser aplicado á tal ó cual estudio, y es capaz de hacer progresos especiales; pero son rarísimos ó ninguno los que abarquen con fruto conocimientos profundos de diversas ciencias. Sucede lo mismo en los oficios; el mejor ebanista intentaria inútilmente hacer unas botas, como el mejor zapatero se esforzaria en vano en hacer una cómoda.

Hay menos distancia que se cree del génio al talento, y de éste á la medianía, pues todos saben que muchas veces discurre mejor un patan que un catedrático. Las facultades intelectuales están distribuidas por gradaciones tan variadas é imperceptibles, que apenas se nota la diferencia entre unas y otras, sino comparando puntos muy distantes de la escala. No es el mas sábio el que mejor discurre, ni el que tiene mejor discurso el que mas avanza en la region de las ciencias; y es muy frecuente hallar hombres llenos de conocimientos científicos y vacíos de buen sentido. Este buen sentido abunda mas en la gente que no sabe leer, que en los graves filósofos dedicados á la vana tarea de gobernar al mundo con la pluma. Por lo mismo se ha dicho que nada hay mas insoportable que un pedante, porque es un necio con pretensiones. Pero en caso de apuro el ignorante como el sábio, el pedante como el nécio saben hallar recursos inesperados, contestaciones oportunas, salidas ingeniosas y hasta un lenguaje elocuente á que de ordinario no llega su capacidad ni su instruccion.

En ciertos estados escepcionales del alma, sus facultades

© Biblioteca Nacional de España

adquieren un grado de actividad sorprendente, concentrando sus fuerzas sobre un punto dado, y el hombre se hace superior á sí mismo. La imaginacion del poeta vuela con alas poderosas por regiones inaccesibles, y dá vida á mil creaciones admirables; el pintor movido por el soplo vivificante del génio traslada al lienzo su alma entera y nos lega una obra inmortal: el matemático despues de profundas especulaciones, halla de repente la solucion buscada antes en vano de los mas intrincados problemas; el filósofo, absorto en el estudio, vé súbitamente ensancharse los horizontes de sus ideas, y toma presuroso la pluma para consignar el fruto de sus meditaciones: y el orador dominado de entusiasmo en medio de su discurso pronuncia brillantes improvisaciones que arrebatan á su auditorio: no es otra cosa lo que se llama inspiracion. Suponed estas energías en personajes históricos, y habeis nombrado á Tasso, Rafael, Pascal, Newton, Balmes y Bossuet. Preguntadles el secreto de esto, y os responderán con Mozart. «De donde »me vienen las ideas, y como me vienen, no lo sé: de una »mirada las abarco simultáneamente en mi imaginacion, y »concibo el todo de una vez.»

A tal punto llegan las fuerzas del hombre á impulsos de la atencion perseverante, de un deseo vehemente ó del entusiasmo; pero en ello tiene una gran parte la voluntad. Hay otros estados anormales que producen efectos mas extraordinarios, y son independientes de aquella. Tales son los fenómenos del sueño y los mas incomprensibles y prodigiosos del sonambulismo natural ó artificial, del hipnotismo morboso y del éxtasis en sus diversos grados. Porque aunque algunos y aun muchos deban atribuirse á la ilusion, á la supercheria y al charlatismo, hay otros cuya realidad es innegable, por mas que no se puedan explicar satisfactoriamente. Hasta ahora es un misterio de donde saca el

© Biblioteca Nacional de España

alma esas operaciones, qué resortes ocultos le comunican la exaltacion que les produce, y qué potencias vigorosas la hacen obrar de un modo tan superior á su condicion ordinaria; pero es una verdad evidente que no pueden atribuirse á fuerzas latentes que el alma trae de una pretendida existencia anterior.

Esto es lo que únicamente nos interesa demostrar, puesto que los adversarios invocan aquellos fenómenos como pruebas de su sistema.

El talento, el ingenio, el grado de inteligencia considerados radicalmente son un don de Dios, que distribuye á cada uno los papeles que ha de desempeñar para los fines de su Providencia. Cuando enriquece á un hombre de tales ó cuales dotes, no tiene presente á él solo, sino á toda la humanidad. Todos lo que creen en Dios, creen asimismo que nada hay tan inmediatamente recibido de él como la naturaleza y sus dones. Cuando estábamos en la nada, ciertamente no teníamos derecho alguno á la existencia, y menos á esta ó la otra condicion. No seamos, pues, ingratos al inestimable beneficio divino de habernos llamado á la vida, como él quiso, dándonos medios para conseguir nuestro destino inmortal, *Bendeciré al Señor que me dió entendimiento*, exclamaba David. *El Omnipotente da la inteligencia*, decia Job, y esto mismo se repite mil veces en los Libros Sagrados, esto es lo que han creido todos los filósofos, y lo que han enseñado todos los maestros. Estaba reservado negarlo á los infaustos partidarios de una teoría tan absurda como egoista, que empieza desconociendo este beneficio divino y correspondiendo á él con la mas monstruosa ingratitud.

Considerado el talento en su desarrollo, tampoco hay motivo para buscar en otra vida la razon de su diversidad. El cultivo de la inteligencia depende en gran parte de la

© Biblioteca Nacional de España

propia voluntad, y de la perseverancia en el trabajo, y al cabo de algunos años de constancia vá aumentando como un capital con intereses acumulados. Si al nacer, todos los talentos fuesen matemáticamente iguales, de seguro no lo serian á los veinte y menos á los cuarenta años.

Recuerdo que en mi niñez mi buen padre me suscribió á la revista «*El Museo de los niños,*» la cual en una série de artículos daba curiosas noticias sobre la infancia de los grandes hombres. ¡Cómo lucharon contra la adversidad! ¡Cómo supieron vencer dificultades insuperables! Y hé aquí lo que enseña la historia y la experiencia: que todos los que desde niños se han propuesto con voluntad firme hacer una carrera, todos han conseguido descollar entre sus contemporáneos, conquistar una posicion social, escribir su nombre entre las celebridades, y trasmitirlo con gloria á las generaciones futuras. Algunos supieron elevarse desde las posiciones sociales más humildes, ¡y cuántas veces se acostaron sin cenar los que andando el tiempo fueron médicos distinguidos, químicos notables, filósofos, naturalistas, músicos ó pintores los más eminentes y célebres! ¡Cuántas veces no tuvieron zapatos los que algunos años más tarde vistieron la magestuosa toga de consejero, el uniforme de general, la manteleta de Obispo y aun la sotana blanca de Papa!

Querer es poder, se ha dicho con acierto: pero no en virtud de predisposiciones anteriores, sino dadas las circunstancias de la vida actual. Una voluntad firme y enérgica comunica al hombre una fuerza extraordinaria, para vencer obstáculos y lograr empresas, y cuanto más dificultades se le oponen, halla en sí mismo mayores recursos. El valor no desmaya ante los peligros, ante las privaciones, ante las amenazas y los tormentos; el ingenio se aguza en proporcion del apuro, la actividad crece segun la

© Biblioteca Nacional de España

magnitud del trabajo, hasta llegar á conseguir el objeto apetecido ó sucumbir generosamente en el camino. Aunque llegue este caso, no por eso es abatida su decision indomable, y antes que confesarse vencido, será mártir. En medio de los más agudos sufrimientos Pascal se dedicó á la penosa investigacion del problema de la Cicloide, y despues de algunas noches de dolor lo resolvió cumplidamente. Keppler buscó durante diez y siete años las tres leyes que rigen el sistema del mundo, y las halló á costa de inauditos desvelos. Preguntado Newton cómo habia descubierto la atraccion universal, respondió: «Pensando siempre en ella.» Buffon, que se hacia derramar agua helada sobre el pecho para despertarse temprano, llevó á cabo sus principales trabajos durante una larga y cruel enfermedad. Con razon pudo escribir que *el génio es la paciencia*. ¿Y quién podrá calcular los jigantescos esfuerzos intelectuales, las investigaciones laboriosas, los ensayos frustrados, los desvelos y trabajos de todo género que han costado las máquinas de nuestras industrias, los barcos de vapor, los ferro-carriles, los telégrafos, y tantos otros descubrimientos admirables que honran á sus autores y son beneficios inmensos á la humanidad?

Otras veces la energía del alma se revela dando pruebas de un corazon esforzado y de un ánimo invencible. No hablaremos de los antiguos mártires cristianos, y entre ellos tiernos niños y delicadas doncellas, que morian en medio de los tormentos mas atroces, porque se nos dirá que aquella su fortaleza extraordinaria era debida á un auxilio sobrenatural. Pero recordaremos que la Historia nos cita multiplicados ejemplos de *heroismo*, rasgos de valor, de abnegacion y de sacrificio, hazañas prodigiosas, grandes empresas llevadas á cabo con pequeños recursos, y en una palabra, muchos sucesos extraordinarios é im-

© Biblioteca Nacional de España

previstos, cuyos precedentes seria ridículo buscar en predisposiciones de quiméricas existencias pasadas. En otra esfera encontraremos aberraciones lamentables, pero que demuestran en medio de su extravío como el hombre se hace superior á la naturaleza. Los soldados romanos se hundian la espada en el pecho á una señal del César; en la India las viudas se precipitan en la hoguera para ser abrasadas con el cadáver de su esposo, y muchos se arrojan á morir aplastados bajo el carro del ídolo; ciertos criminales endurecidos sometidos al tormento en la época bárbara en que se empleaba este medio para arrancar la confesion de los reos, negaban tenazmente el delito que se sabia de cierto habian cometido. Esto demuestra que no hay violencia capaz de doblegar la voluntad. Los prisioneros de guerra de muchas tríbus salvajes de América sufren serenos los tormentos mas atroces que puede inventar el ódio y la crueldad: el honor del guerrero y de la tríbu consiste en sufrir cantando los suplicios, en no dar señales de flaqueza y de dolor, y en tener para sus verdugos frases de desprecio y sonrisas de desden. Despues de esto no se halla tal vez ejemplo de energía más salvaje que el suicidio de un nihilista de que dió noticia *La Correspondencia* en 13 de agosto de este año. «Un despacho de Odessa, publicado por el *Times*, anuncia el suicidio del nihilista Sornoff en la cárcel de dicha ciudad. Hace pocas noches, despues de recogidos los presos en sus celdas, observó un llavero que salia humo de la que ocupaba Sornoff; dirigióse á ella y vió al preso teniendo debajo la lámpara de petróleo que le quemaba lentamente. El fuego le habia consumido ya la carne de los dedos, no quedándole más que los huesos; la espalda hasta el cuello aparecia tambien horriblemente quemada. Era tal la energía de Sornoff, que ni durante este atroz suplicio, ni en la enfermería donde permaneció

© Biblioteca Nacional de España

hasta su muerte, profirió una sola palabra ó dió la menor señal de sufrimiento.»—¿Se ha visto nunca fiereza más inquebrantable?

Tan repetidos ejemplos manifiestan que no se conoce el alcance de las fuerzas naturales del alma, cuando obra por alguna pasion ó por cualquier motivo que la trasporta fuera del órden comun. En vano, pues, se atribuyen á la preexistencia esos fenómenos y otros análogos, mientras no se demuestre de un modo palpable, que solo en esa hipótesis hallan su explicacion satisfactoria. Pero este caso nunca llegará: y aunque llegara, no bastaria un mero argumento hipotético para echar por tierra la fé constante del género humano. Por el contrario, sin salir de este terreno, en el mismo sistema de la preexistencia encontraremos razones fuertes de su falsedad. Porque siendo producidos aquellos fenómenos en estados excepcionales del alma, y suponiéndolos superiores á la condicion y facultades ordinarias del sujeto, si fuesen efecto de una vida anterior, serian en cierto modo, al menos en algunos casos, el reflejo fiel ó recuerdo de aquella vida. La experiencia, sin embargo, acredita que ni en los estados de inspiracion, de entusiasmo, de deseo, de energía ó de exaltacion nerviosa, ni en las divagaciones del sueño, ni en las sorprendentes operaciones del sonambulismo y del éxtasis, se halla idea alguna, algun hecho, algun dato, algun nombre que no pueda encerrarse dentro del órden sensible de nuestro globo y de la existencia actual. En todo eso nada hay nuevo, nada extraño á lo que nos rodea, nada extraordinario, en fin, á no ser el *modo* desconocido de la operacion.

Para apreciar en su justo valor la fuerza de estas observaciones, téngase muy presente, que aun dada la hipótesis de la preexistencia, es lo menos probable segun sus partidarios que las vidas sucesivas se repitan sobre un

© Biblioteca Nacional de España

mismo globo. Puede suceder, dicen con pedantesca seguridad, como si poseyeran todos los secretos de ultratumba, pero no es lo ordinario. Hé aquí por qué todo lo que consideren como indicio de vidas pasadas, en la mayor parte de los casos debiera llevar el sello de lo insólito, de las costumbres, hábitos é ideas de otro mundo. Consta efectivamente, conocida la construccion de los cuerpos celestes, que sus moradores difieren notablemente de nosotros, como la tierra difiere de otros globos, y por eso la revelacion de aquella vida seria para nosotros una fuente inagotable de maravillas y sorpresas.

¿Tienen este carácter los fenómenos mencionados? Concretándonos al sueño, aunque sin entrar en una discusion fisiológica y psicológica, que nos llevaria demasiado lejos, veamos lo que nos dicta la experiencia. Nunca se sueña más que con objetos anteriormente sentidos ó conocidos, bien se perciban de una manera clara, bien de una manera vaga y confusa, como sucede la mayor parte de las veces. La inaccion y el reposo de los sentidos durante el sueño, impiden y turban en ese estado las operaciones del alma, así como su comunicacion con el mundo exterior. Por efecto de esta perturbacion el alma siente de golpe reaparecer en el cerebro sus impresiones pasadas, incluso aquellas en que no fijó la atencion, y de aquí nacen en confuso mil visiones extrañas, incoherentes y disparatadas, sin órden ni razon, como producto de causas puramente materiales. Pero cuando el sueño es ligero y las representaciones son de aquellas que en el estado de vigilia han afectado profundamente al alma, entonces el sueño es más ordenado y suele recordarse al despertar. Solo se guarda la memoria de aquellas impresiones que durante el sueño han herido con viveza nuestra imaginacion: unas vagas, aterradoras ó espantables, como los desvarios y las pesadillas, y otras

© Biblioteca Nacional de España

claras, tranquilas y agradables, como la imágen de las personas que amamos, y la realizacion de lo que apetecemos. Pues bien, en los sueños se nos representan con frecuencia nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos ó nuestros enemigos, y los reconocemos por tales: ¿hay alguno (respondan con ingenuidad los adversarios), que haya soñado alguna vez con otros padres, otros hermanos, otros hijos de la pretendida existencia anterior? ¿Hay alguno que en sueños vea reproducirse alguna escena de su vida antigua, comprendiéndolo así, como se comprenden y distinguen las que se sueñan de la vida actual? El ciego de nacimiento, ¿ha soñado alguna vez con el Sol y el cielo estrellado, con colores, figuras y paisajes? ¿Y el sordo-mudo, ha creido alguna vez escuchar conciertos de otra vida, oir el trino de los pajarillos, los rumores de los arroyuelos, ó alguna otra de las armonías de la naturaleza? ¡Desdichados! ni aun tienen el triste consuelo de que desaparezca siquiera un momento, para el uno la lobrega noche que le envuelve, para el otro el silencio sepulcral que le rodea. ¡Cuán dulce para ellos seria soñar!

Igualmente por maravillosos que sean los efectos del sonambulismo, sea cualquiera su causa, es cierto que su esfera de accion no se extiende fuera de nuestro globo, ni de los conocimientos de la vida terrestre. A veces la extravagancia espiritista ha supuesto que algunas personas durante el sonambulismo lúcido han referido hechos de sus existencias pasadas, y han dado noticias de los mundos superiores. ¿Pero merecen fé? ¿No son alucinaciones del paciente ó supercherías del operador? Mas suponiendo que fuesen ciertos, habria entonces que investigar su causa. Si esta fuese sobrenatural, y aun diabólica, como en muchos casos lo afirma la teología, ya no habia cuestion para nosotros respecto á la preexistencia, porque el alma no

© Biblioteca Nacional de España

obraria entonces por sí misma, en virtud de ideas adquiridas, sino por una causa extraña y por ideas comunicadas. Su fuerza, su energía, su penetracion ya no era suya, sino del agente poderoso que la movia. Deberán, pues, demostrar los adversarios que estos fenómenos provienen de una causa meramente natural; y en este caso, que esta causa no es una fuerza misteriosa del alma, en virtud de su naturaleza, sino precisamente en virtud de predisposiciones antiguas. Quedan, pues, como al principio, y con un soplo derribamos este gran castillo sin cimiento. Mientras haya diversidad de opiniones sobre aquella causa, como en efecto las hay por parte de los médicos, de los filósofos y de los teólogos, no tienen derecho los adversarios á aplicar los efectos á su sistema. Esto será siempre por su parte una afirmacion sin pruebas, y cometerán un círculo vicioso dando por cierto lo que deben demostrar.

Pecan del mismo vicio en las gratuitas inducciones tomadas de las aptitudes diversas, de las habilidades precoces, y de las simpatías ó antipatías. No basta *suponer* una cosa, es preciso *probarla*. Pero cuando la suposicion contradice á verdades bien establecidas, la obstinacion en defenderla es una necedad. En esta parte si la pretension de los adversarios se tomase por lo sério, nos llevaria por pasos contados al fatalismo, como veremos en otro capítulo; mas por lo que hace á la cuestion presente, afirmar que aquellas cosas son indicio de la preexistencia no solo es ilógico, sino que raya en lo imbécil. Y si os parece dura la palabra, señores, decid: ¿Con que, segun vosotros, si uno viene al mundo con aptitud á ser por ejemplo zapatero, habrá sido ya zapatero en la vida anterior? Abrazará, pues, en la tierra ese oficio, y su aptitud se desarrollará cada vez más, de suerte que siendo su predisposicion cada vez más marcada en fuerza del hábito, ¿habrá de ser tam-

© Biblioteca Nacional de España

bien zapatero en la vida futura, so pena de errar la vocacion? Con esto nos dais ya resuelta una cuestion curiosa; que los habitantes de todos los mundos están organizados como nosotros, puesto que tendrán piés, ¿porque quién sabe el mundo á dónde el zapatero habrá de ir? Y á cualquiera que vaya, ¿sus aptitudes habian de quedar sin objeto? Ved á lo que van á parar las proposiciones aventuradas, al absurdo, y mejor dicho, al ridículo.

Levantad vuestros pensamientos, puesto que os preciais de filósofos, y poneos de acuerdo en vuestros juicios con las leyes más patentes y más sábias de la Providencia. Aprended á considerar al universo como un todo armónico, en que cada cosa viene destinada á su oficio, á la manera que en un teatro cada actor desempeña su papel. ¿Qué seria una música compuesta de instrumentos todos iguales, repitiendo una misma nota?—Así como el labrador siembra en su huerta diversas semillas para recoger frutos variados, así Dios distribuye las aptitudes é inclinaciones en órden á sus fines, sin violentar por supuesto la libertad, sino haciendo intervenir en esta variedad las causas naturales, como el temperamento, la constitucion de los padres, la configuracion de los órganos, los climas, y en muchos casos la misteriosa trasmision hereditaria de cualidades intelectuales y morales de una en otra generacion. En todas esas y otras muchas causas ha de buscarse la solucion de este enigma, sin conjeturas atrevidas é infundadas. Hasta en los animales se observa que indivíduos de una misma especie nacen con aptitudes diversas de trabajo, de docilidad, de nobleza ó de malicia: y en esto se fundan los que los suponen dotados de pasiones y de inteligencia. Encontraremos numerosos ejemplos de esta variedad en los perros, en los caballos y en los monos: y si estudiamos la maravillosa república de las hormigas, veremos que hay tra-

© Biblioteca Nacional de España

bajadoras, guerreras, constructoras y aun sepultureras, naciendo en cada familia con aptitud para su respectivo ministerio. ¿Se podria inferir de aquí que tales aptitudes son fruto del trabajo de otra vida precedente? ¡Cuánto desatino!—Y además, conviene tomar en cuenta que muchas veces el éxito no corresponde á lo que prometian las brillantes aptitudes de algunos niños en sus primeros años. Y lo notable es que se ha procurado desarrollar estas aptitudes. Niño ha habido, segun Figuier, que á los cuatro años de edad dibujaba de una manera sorprendente, y que no ha pasado de un triste embadurnador cuando ha abrazado la carrera de las artes. Mas de un músico que á la edad de ocho años entusiasmaba á su auditorio, solo ha llegado á ser en su edad madura un mediano ejecutante.

Admitiendo, sin embargo, la existencia de estas disposiciones originarias, diremos que existen, porque son conducentes para la diversidad de oficios y empleos que exigen las múltiples necesidades de la sociedad humana. En lugar de quejarse por esto de la Providencia, se debe agradecer en ello su paternal solicitud. Como enseña San Pablo, «*Dios puso á unos Apóstoles, á otros Profetas, á otros Evangelistas, á otros pastores y doctores,*» repartiendo las vocaciones y oficios, de suerte que todos sean ministros para un mismo fin, que esta diversidad se encamine al bien comun. Creemos que esta manera de considerar al universo como una gran familia es algo más elevada, más digna y más provechosa que el desvarío de los modernos origenistas.

En todo caso la libertad queda á salvo. Cualquiera que sea la vehemencia de estas inclinaciones, por más que, como dicen, estén profundamente marcadas en las protuberancias cerebrales, Dios no ha querido que inclinen fatalmente á obrar. La educacion las cambia ó las modifica,

© Biblioteca Nacional de España

el trabajo las contraresta y la fuerza de voluntad las vence. Así es que todo hombre es útil para cualquier carrera ó arte que se propone seguir, y si trabaja con asiduidad y constancia llegará con el tiempo á dominarla y á sobresalir en ella, y tal vez será una notabilidad. La ciencia y el arte no se adquieren por modo de conquista, como territorio ocupado por un ejército triunfante, sino paso á paso, por accesiones lentas y metódicas. Las buenas disposiciones naturales son, por decirlo así, la materia primera de que se ha de formar el sábio ó el virtuoso: despues la aplicacion y el estudio, con buenos métodos, y sobre todo, con buenos maestros, contribuyen á su desarrollo y perfeccion. Un buen maestro es un tesoro, y convierte las piedras en diamantes. Jóvenes de ingenio mediano confiados á su direccion adelantan más que otros de talento distinguido confiados á maestros medianos, que no posean el difícil y envidiable don de enseñar. Este hecho de experiencia constante basta para desvanecer las fantásticas visiones del preexistencianismo; el hombre no es lo que se supone haber sido en otra vida, sino lo que le hace ser su educacion.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IX.

Argumento contra la pluralidad de existencias tomado de los actos morales.—Las decisiones de la voluntad.—El libre albedrío y la frenología.—La virtud y el vicio.—El deber y la ley moral.—Diferencia esencial entre la prueba y la expiacion.

Las últimas líneas del capítulo precedente nos abren la puerta para entrar, siquiera de paso, en una interesantísima cuestion, exagerada por los materialistas, admitida por los incrédulos, acariciada por los partidarios del preexistencianismo, mirada con temor por ciertos moralistas pusilánimes, pero rechazada por todos los filósofos dignos de este nombre, como contraria en sus principios y en sus conclusiones á la libertad humana, á la moralidad y á los intereses de la sociedad.

Hablamos de la *frenología*. Tan mala es la causa de nuestros adversarios que buscan uno de sus mas firmes apoyos en esta teoría desacreditada y absurda.

Oigamos á Mr. Pezzani: «Al entrar el alma en el cuerpo humano imprime á éste una manera de ser, correspondiente al grado de iniciacion que conquistó anteriormente. El doctor Gall ha demostrado en efecto frenológicamente que las disposiciones cerebrales corresponden en particular á cada inclinacion y á cada facultad de la inteligencia. Sus

© Biblioteca Nacional de España

aplicaciones y detalles han podido ser objetos de crítica; pero considerados los trabajos de Gall en conjunto y en principio son *inatacables*... Si este estado del cerebro es independiente del alma, compréndese que en ciertos casos la voluntad debe estar dominada irresistiblemente... De lo que deducimos que la desigualdad moral y la intelectual solo pueden esplicarse por una sucesion de existencias anteriores.»

A esto contesta el Dr. Cerise: «Si se me pregunta ¿qué es la frenología? diria que es un sistema fisiológico que niega virtual y realmente todas las verdades, en virtud de las cuales se distingue el hombre de los animales; que este sistema es hostil á la moral, contrario á todos los datos generales de la fisiología, que es por consiguiente malo y falso y una inmoralidad á la par que un error; y que el trabajar en combatirle y anonadarlo es á la vez una obra de ciencia y una obra de fé (1).»

Todavía lo juzga con mas severidad otro médico distinguido, Mr. Moreau: «El sistema de Gall es necesariamente y en el mismo grado error psicológico, moral y científico; porque la verdad es una y no se la puede dividir contra ella misma... La ciencia sólida y grave está de acuerdo con la moral y con la verdadera filosofía para destruir las teorías de Gall... este sistema inconcebible, ¿qué digo? esta novela licenciosa, descosida y sin freno, que es el empirismo incrédulo llevado á sus últimos límites (2).» Tal es el sistema que Mr. Pezzani nos quiere hacer pasar por inatacable.

Para esto seria preciso ante todo que los mismos frenólogos se pusiesen de acuerdo, determinando los órganos y su correspondencia con las facultades que anuncian, dando

(1) *Exámen crítico del sistema frenol.* pág 12.
(2) *Materialismo frenológico*, tom. IV, pág. 210.

© Biblioteca Nacional de España

reglas para su estudio y fijando algun principio inconcuso, como es propio de toda ciencia. Gall enumera veintisiete órganos ó facultades, Spurzheim y Dumontier sus discípulos han descubierto treinta y cinco, otros cuentan hasta setenta y algunos mas de ciento, pero todas imaginarias y quiméricas. Sin embargo, no contentos con las protuberancias cerebrales, invocan tambien el volúmen y la capacidad del cerebro, el peso, la configuracion, las circunvoluciones, la composicion química, y mil otras cosas que aumentan la confusion. Todo es incertidumbre, vaguedad y contradiccion en los secuaces de la frenología, y despues de aventurar mil afirmaciones sin pruebas, abrumados de las dificultades que encuentran, se ven obligados á confesar que esa ciencia está todavía en la infancia, y que lo esperan todo del porvenir.

Entre tánto los frenólogos tienen que enmudecer ante los *hechos;* hechos numerosos que dan el mas solemne mentís á su sistema, y lo colocan para siempre entre las fábulas. Al paso que, segun Lelut, «los hechos poco ciertos alegados por Gall con tanta parsimonia, son falsos ó anulados por un número mucho mas considerable de otros de carácter opuesto,» aquellos que él mismo pone por mas seguros, son evidentemente arbitrarios. ¿Qué crédito merecen las observaciones hechas sobre los bustos de Homero, de Sócrates, ó de Platon, ideados segun el capricho ó la fantasía del artista?—Pero no son mas concluyentes las observaciones sobre cráneos naturales; y por el contrario el estudio de algunos, notables en su género, demuestra que las afirmaciones de la frenología no pasan la línea de conjeturas audaces. Debreyne cita los casos de Fieschi, de Lacenaire y de Avril, cuyos nombres, como es sabido, ocupan un funesto lugar en los *Anales dramáticos del crímen.* Los principales caractéres de Fieschi, autor de la

© Biblioteca Nacional de España

máquina infernal contra Luis Felipe, cuya esplosion causó la muerte á diez y ocho personas, eran la ausencia del órgano de la destructibilidad y del de la astucia, y desarrollo del órgano de la bondad. En Lacenaire, ladron de profesion, asesino y ateo, que se vanagloriaba de no sentir arrepentimiento ni remordimiento, y que por su gusto escogeria la profesion de asesino y de salteador, se notaba la ausencia completa del órgano del robo, la presencia del de la benevolencia y de la teosofia ó disposicion religiosa, esta última muy visible. En su cómplice Avril eran inapreciables las inclinaciones sanguinarias, las del robo y las de la astucia, mientras que las de la bondad, de la teosofia y de la justicia eran de una dimension poco comun, y dominaban á todas las demás. En personas conocidas por su carácter afable y benévolo se ha encontrado muy pronunciada la protuberancia del asesinato, y en individuos honrados y pródigos se ha visto el órgano del robo y de la avaricia. Por el contrario, Lelut afirma que el célebre filólogo Champolion carecia del órgano de la filologia, que el prodigioso calculador Vito Mangiamelo, que á la edad de diez años resolvia de repente los mas difíciles problemas de la aritmética y de la álgebra, no poseia el órgano del cálculo, y que Rafael, en fin, estaba privado del órgano del colorido. El cráneo de Laplace tenia muy marcado el órgano de la estupidez.—Ante estos y otros muchos hechos igualmente significativos, ¿habrá todavía quién acepte los datos frenológicos como pruebas científicas de vidas anteriores? Esto seria añadir la necedad al desvarío.

Localizar las facultades del alma en diversos órganos del cerebro, es desconocer la naturaleza del principio espiritual, y confundir al hombre con el bruto. El que aprecie tan poco su nobleza que se tenga por una masa organizada, el que no sienta en sí mismo una actividad interna

© Biblioteca Nacional de España

independiente de los órganos corporales, el que no eleve sus pensamientos y sus afectos á objetos inmateriales, podrá conceder que sus acciones no son otra cosa que la resultante necesaria y fatal de las protuberancias de su cerebro, de sus inclinaciones físicas y de sus disposiciones orgánicas. Alístese desde luego en el materialismo, y tome como regla de su conducta el único y desesperante precepto del programa fatalista. Pero quien esté persuadido de la dignidad humana, quien tenga un caudal de ideas superiores á las adquiridas por los sentidos, quien posea el poder de dominar sus tendencias materiales, y se vea dueño de un poder incontrastable que al decir *¡quiero!* se sobrepone á toda necesidad, el que pueda demostrar que sus resoluciones no dependen del barómetro, apreciará á sus semejantes en algo mas que unas máquinas.

Jamás se persuadirá, no solo el filósofo, sino el patan mas rudo, que la virtud, el honor, la lealtad, la fé, la gratitud, el amor, sean propiedades de la configuracion del cráneo y de la composicion química del cerebro. Jamás creerán que la perfidia, la traicion, la avaricia, la usura, la seduccion, la venganza solo sean efecto de protuberancias materiales, ó de condiciones fisiológicas. Oirán con indignacion la desoladora paradoja que «si se presenta un »asesino con un sinnúmero de protuberancias cerebrales »del crímen, no podrá condenársele... y que un hombre »que posee en grado superlativo todas las protuberancias »que denotan bondad, juicio, religiosidad, etc., no tiene »mérito alguno en obrar bien (1).» Así este impío sistema

(1) Pezzani, pág. 446.—«El mal hábito, dice Taparelli, puede influir notablemente en las proporciones de la pena, porque haciendo fáciles los actos punibles, parece venir en su defensa ó al menos servirles de escusa. Bajo este aspecto bien pueden ser objeto de exámen hasta las predisposiciones al delito, en lo cual pretende Gall que se funde la mayor parte del código penal. Mas por otra parte, siendo como es ordinariamente efecto

© Biblioteca Nacional de España

nos conduce á la inmoralidad y al fatalismo. Pero se atreverán los frenólogos, exclama indignado el Dr. Cerise, «¿se atreverán, en medio de los debates solemnes que preceden á la sentencia, ó en el exámen minucioso que precede á los debates, á venir á señalar en el cráneo del acusado la fatal protuberancia que pronuncia su absolucion ó su condena? ¿Se atreverán á llevar á la vez al santuario de la justicia los principios que niegan la libertad humana, y las charlatanerías craneoscópicas que espresan tan dignamente estos principios? Francamente, los creemos bastante honrados ó demasiado hábiles para atreverse á mentir hasta ese estremo.»

La indignacion del sábio profesor es legítima. Está ya demostrado por hechos incontestables que la educacion sirve para contrarestar y vencer las malas inclinaciones, no solo en los niños desde que aparece su gérmen, sino en las personas adultas, esclavizadas en el vicio por hábitos inveterados, como se vé todos los dias. Si alguno es tan obcecado que juzga á la educacion impotente para contener las tendencias naturales del organismo, se pone en contradiccion con la esperiencia y con la conducta de todo el género humano. ¡Cuántos criminales han caido en el abismo, por efecto de la ignorancia y del abandono, por no haber oido una voz amiga que les mostrase el camino del deber! ¡Cuántos, apenas escuchan esa voz, se levantan de la degradacion y del vicio, y emprenden animosos el camino de la virtud! En nuestros dias mil instituciones admirables se dedican á la obra santa de la regeneracion moral de las criaturas extraviadas y seducidas: preguntad á las *Adoratrices* ó á las *Oblatas*, y ellas os dirán cómo llegan á trans-

de la *libre* voluntad, no solo no excusaria la mayor propension á la culpa, pero aumentaria en tal circunstancia la culpabilidad del delincuente.»—*Derecho natural*, lib. IV, capítulo 3, núm. 824.

© Biblioteca Nacional de España

formarse las infelices víctimas de la miseria y de la perversidad. Muchas veces en medio del cieno se ha conservado un alma incontaminada, y cuando se le abren los ojos para que comprenda su estado, los aparta con un grito desolado de arrepentimiento y de horror. Y estas almas así redimidas por lo general no retroceden, y algunas llegan á ser con el tiempo modelos de piedad. Sí; edúquense bien los pueblos, despiértese su sentimiento religioso y moral, y á pesar del organismo, vereis disminuir las entradas en los lupanares y en los presidios. La educacion es un elemento de la moralidad, precisamente contra la inclinacion al mal que traemos desde el vientre de nuestra madre. Esta es una verdad tan evidente, que seria un ultraje al sentido comun insistir en su demostracion.

Remontándonos á consideraciones mas altas, debíamos presentar aquí, si las admitiesen nuestros adversarios, las maravillas de la divina *gracia*. Pero aunque sean en este punto completamente pelagianos, preciso es que reconozcan los hechos públicos y repetidos en todos los siglos y paises. Conocidos son los prodigios de virtud de que fueron testigos en los primeros siglos de nuestra era los desiertos de la Tebaida: y todavía pueden admirarse en los conventos de Cartujos y Trapenses de uno y otro sexo. Las Ordenes religiosas hacen votos solemnes de castidad, de pobreza y de obediencia, proponiéndose los que abrazan este género de vida, domar sus pasiones y resistir y vencer las inclinaciones desordenadas de la naturaleza. Para conseguirlo emplean medios que la misma naturaleza rechaza, como son, ayunos, cilicios, disciplinas, mortificaciones y abatimiento voluntario. No creemos que en el cerebro humano haya órganos que inclinen á esto. Pero si nos opusieran este miserable efugio, contestaríamos citando numerosos hechos de las mas estupendas *conversiones:* de un San Pablo que

© Biblioteca Nacional de España

de perseguidor cambió repentinamente en el mas infatigable apóstol, de un San Agustin que de la disipacion pasó á la santidad mas eminente, de otros grandes genios como Arnobio, San Justino, Lactancio, San Cipriano, criados y educados en los vicios del paganismo y convertidos en los mas celosos apologistas de la fé, por la cual derramaron su sangre. Y no solo se dan estos casos aislados, sino que la mayor parte del mundo cambió en pocos años de costumbres, de inclinaciones y de religion, merced á la influencia del cristianismo. Si entonces no cambió tambien la naturaleza, si no se modificó radicalmente el cerebro de todos los convertidos ¿cómo explicais que la sociedad se transformase casi de repente abandonando sus vicios y practicando las virtudes contrarias? En nuestros dias los *Anales de la propagacion de la fé*, que tienen mas suscritores que todos los periódicos de España reunidos, anuncian la conversion de una tribu entera salvaje, que dejando sus hábitos sanguinarios y feroces, por la sola palabra de un pobre misionero, es una prueba inconcusa de que el hombre no obra necesitado por la configuracion y protuberancia del cráneo. ¿Y quién de mis lectores no conoce personalmente á alguno que habiendo vivido entregado á todos los vicios y esclavo de todas las pasiones, se convierte de repente en un hombre nuevo, que practica todas las virtudes, y tal vez vá á espiar en un cláustro, ó en una obra de caridad y sacrificio, los estravíos de su disipada juventud?

Degrada y ultraja al hombre quien suponga que su libre albedrío puede ser contrariado ó impedido por las prominencias del cráneo. Si en muchos casos las facultades afectivas inferiores, ó sea las pasiones, mueven y atraen la voluntad hácia sus objetos, esto no obstante, la voluntad tiene el poder de dirigirlas y dominarlas. «Las pasiones, dice Santo Tomás, por muy vehementes que sean, no son

© Biblioteca Nacional de España

causa suficiente de la eleccion; pues aquellas mismas pasiones de que se deja llevar el hombre incontinente, siguiéndolas por su eleccion, son las que resiste el continente ó virtuoso, sin dejarse llevar de ellas (1).»

¡Somos libres! A despecho de todos los frenólogos podemos vanagloriarnos de este precioso atributo. ¿Qué mayor grandeza que ser *señores* de nuestros actos? Esta es una verdad indudable, que como dice San Agustin, «celebran los pastores en los montes, los poetas en el teatro, »los ignorantes en los corrillos, los doctos en las bibliotecas, los prelados en los púlpitos, y el género humano en »toda la redondez de la tierra.» En esta persuasion descansa la sociedad humana, y sin ella no seria posible: ella es la explicacion de todas las relaciones sociales, de las instituciones públicas, de las leyes, de los premios y castigos, de los contratos, de todos los asuntos, en fin, de la vida humana. Todos conocemos muy bien, decia Smiles, que somos prácticamente libres de escoger entre el bien y el mal, que no somos como el leño que, arrojado al torrente, no puede hacer otra cosa que indicar, siguiéndole, el curso del agua, sino que tenemos en nosotros los recursos del nadador y que podemos elegir la direccion que nos conviene, luchar contra las olas y á despecho de la corriente ir poco mas ó menos á donde nos agrada.—«No necesitamos prueba exterior ninguna para afirmar nuestra libertad, añade Flammarion, nadie lo sabe mejor que nuestra conciencia; es la única cosa que sea completamente nuestra, y la direccion buena ó mala que le demos no depende en definitiva mas que de nosotros. Nuestros hábitos y nuestras tentaciones no son nuestros amos, sino nuestros criados. Aun cuando cedemos, nuestra conciencia nos dicta

(1) *Summa contra Gentes*, lib. III, cap. 85.

© Biblioteca Nacional de España

que podríamos resistir, y que para triunfar en este conflicto, no se necesita una resolucion mas fuerte que la que nos creemos perfectamente capaces de tomar, si queremos ejecutar un acto de voluntad (1).»

No daremos, pues, otras pruebas de una verdad tan clara. Pero haremos notar una contradiccion palpable de nuestros adversarios. Exagerados defensores de la libertad moral, á cada paso la invocan en apoyo de su sistema. Se les arguye por la carencia de memoria de las supuestas vidas pasadas, y responden que así es necesario para conservar intacta la libertad. Se les demuestra la inutilidad de pruebas sucesivas despues de la terrestre, y dicen que las reclama imperiosamente la libertad para no estar inactiva, y para enmendar los errores cometidos en ésta. Se les prueba la impenitencia é imposibilidad de enmienda de los condenados, y replican que esto repugna á la libertad, puesto que en cualquier momento puede cambiar sus determinaciones por efecto del arrepentimiento. Al mismo tiempo confiesan y sostienen que la prueba terrestre de nuestra existencia actual debe ser, y es completamente libre. Y hé aquí que ahora disminuyen y amenguan esta libertad, suponiéndola inclinada fatalmente y aun arrastrada en muchos casos por *predisposiciones* antiguas, es decir, sometida á una necesidad antecedente bastante para eximir al hombre de responsabilidad moral.

O la frenología es una mentira, ó lo es la libertad. O las prominencias y cavidades del cráneo nada prueban en favor de la preexistencia, ó si algo probasen, abririan una brecha desastrosa en nuestro libre albedrío. En el primer caso, vuestra afirmacion es gratuita y falsa, en el segundo, vosotros mismos socabais el cimiento de vuestro sistema.

(1, *Dios en la naturaleza*, lib. III, cap. III.

© Biblioteca Nacional de España

No negaremos la influencia del cuerpo sobre el alma, y si quereis, seremos los primeros en proclamarla, como por desgracia somos tal vez de los primeros en sentirla. Sí; cuando las dolencias aquejan al cuerpo, tambien el alma participa de la postracion de su fiel compañero; la enfermedad, la vejez y los accidentes embotan la inteligencia y enervan la voluntad. Pero recíprocamente el alma obra sobre el cuerpo, unas veces comunicándole actividad y energía, otras alterando su salud y sus funciones con sacudimientos imprevistos. El dolor ocasiona muchas veces enfermedades graves, una mala noticia provoca un derrame cerebral, el miedo y el terror hacen encanecer los cabellos en una noche, el amor engendra la tísis, la cólera produce la epilepsia y la locura, y en una palabra, todas las pasiones vehementes ejercen una profunda influencia sobre el organismo (1). Pero todo esto ¿qué prueba? ¿No es por ventura la resultancia inmediata de la admirable y prodigiosa union personal entre dos elementos tan contrarios como la materia y el espíritu?

Con todo, las disposiciones del organismo, las inclinaciones físicas, las pasiones inferiores, y las solicitaciones del mal, lejos de destruir la libertad, en el estado presente sirven para ejercitarla y estimularla. Nos han sido dadas para lucha, para combate, para prueba, como enseña el Concilio Tridentino: es el palenque abierto en donde debemos salir vencedores; y el *mérito* consiste en refrenarlas y vencerlas. *El que lidiare legítimamente, será coronado*, dice San Pablo. En esta batalla todos los hombres sin escepcion son soldados, y como sucede en un ejército, llevan todos las mismas armas, si bien se diferencian en el valor personal. Suponed

(1) Segun Descuret, las enfermedades producidas por las pasiones son incomparablemente mas frecuentes que todas las que dependen de las demás modificaciones de la economía.

© Biblioteca Nacional de España

un infeliz que tenga profundamente marcada la pretendida protuberancia del asesinato ó del robo; y sin embargo ha pasado largos años sin dejarse llevar de esta perversa inclinacion. Cuando ha cometido su crímen, ha sido voluntariamente, tal vez con premeditacion y alevosía, y no por necesidad. Si él hubiera querido, lo habria evitado, como lo evitan otros que tambien la tienen. Entonces le vereis turbado é inquieto, devorado por los remordimientos, perseguido por el grito implacable de la conciencia que como á Cain le demanda la sangre de su hermano. Esta voz de la conciencia sería inexplicable, si el hombre obrase por predisposiciones naturales, y mas aun si estas predisposiciones proviniesen de una existencia anterior.

Supongamos sin embargo, aunque sin concederlo, *(dato et non concesso*, como decian los Escolásticos) que las afirmaciones de la frenología fuesen exactas, que las protuberancias fuesen indicios claros de las inclinaciones y facultades morales, y en fin, que la organizacion física hubiese trazado de antemano las determinaciones de la voluntad. Estrecharemos á los adversarios hasta con el absurdo. Vosotros afirmais que tales predisposiciones son efecto de la vida pasada: yo lo niego. ¿Cómo lo probais? Un materialista las esplicará por su sistema, un predestinaciano por la horrible blasfemia de la reprobacion positiva, un fatalista por la fuerza inexorable del ciego destino, un luterano por los estragos exagerados del pecado original, vosotros las explicais por la preexistencia. ¿Cómo demostrais vuestro aserto? Os exijo pruebas, una prueba, una sola. ¿Callais? Sí: siempre la misma falta de pruebas, la misma confusion de ideas, afirmaciones gratuitas, suposiciones arbitrarias, y principios falsos. Vuestro sistema no presenta el mas leve carácter de verdad, ni aun de verosimilitud.

Mas escuchad ahora la voz del sentido comun. En todos

© Biblioteca Nacional de España

los tiempos y en todos los lugares de la tierra ha habido y hay reprobacion y castigos para el vicio, aplausos y recompensas para la virtud. La humanidad, al pronunciar este fallo inapelable, no ha ido ciertamente á mirar la configuracion del cráneo. Todos, hasta los mas criminales, aprueban lo bueno y condenan lo malo, y saben distinguir entre el hombre virtuoso y el malvado. Y ahora tomad en cuenta este otro dato. Asi como no hay dos fisomonías iguales, así no hay dos cerebros cuya estructura sea exactamente la misma. Y sin embargo en todos los cerebros humanos sin distincion de edad, de configuracion y de influencias exteriores, viven los mismos principios fundamentales acerca del libre albedrio, del deber y de la ley moral. Estas ideas son claras, comunes, vulgares, y nada las puede borrar ni oscurecer. Son tan independientes de nosotros como la estatura de nuestro cuerpo y el color de nuestros ojos; son tan comprensibles como las ideas de la luz, de los colores, y de los objetos sensibles. Es evidente que ellas representan principios reales absolutos, verdades necesarias y de carácter universal, que todos admiten y entienden sin necesidad de demostracion.

Pues el deber y la ley moral son lo mismo para todos los hombres, cualquiera que sea la configuracion de su cerebro. En vano se nos habla de vidas anteriores y de existencias sucesivas, que rechazan de consuno la conciencia, el corazon y la razon. Ante el deber y ante la ley moral todos son iguales, y esto no seria justo si fuésemos tratados segun méritos ó deméritos anteriores: á no admitir que todos los que nacen en la Tierra, traemos de otros mundos el mismo grado de merecimientos, lo cual además de ser imposible, ¿cómo explicaria la desigualdad de condiciones, ó sea, segun los adversarios, de premios y castigos? Pero Dios que es en verdad mas sábio y mas justo que los uto-

© Biblioteca Nacional de España

pistas modernos, á nadie pedirá mas de lo que le ha dado. Al uno da cinco talentos, al otro dos, al otro uno: á cada cual premia segun sus obras, y solo castiga al que no ha negociado el suyo, por dejarlo improductivo, por no cumplir su deber. *Señor*, le diremos, *cinco talentos me entregaste; hé aquí otros cinco que he ganado de mas.—Muy bien, siervo bueno y fiel*, responderá, *porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor.*

Solo el hombre entre todos los animales posee el sentimiento del deber moral, porque solo él es capaz de cumplirlo, realizando el órden impuesto por la Providencia á los séres libres de ser gobernados de un modo digno y adecuado á su naturaleza. El universo material obedece al impulso de leyes necesarias; los animales irracionales son movidos por instintos irresistibles y ciegos; pero el hombre es dirigido por la ley moral, por el deber que habla á su razon y mueve despues su voluntad. De aquí es que la libertar debe estar exenta de toda necesidad antecedente: y sin violentar en lo mas mínimo su espontaneidad, Dios ha querido darle una direccion especial y la ha puesto como objetivo el *bien*, como regla la *ley*, y como medio el *deber*. Por el cumplimiento de éste se eleva á la consecucion de su fin, de suerte que el término del deber es la felicidad. Y como el cumplimiento del deber es al mismo tiempo la realizacion del órden establecido por Dios, lo que es una obligacion ineludible, por aceptarla libremente, adquiere razon de *mérito*.

Esta doctrina consoladora, que tanto realza la dignidad humana, que comunica esfuerzo al alma y poderoso impulso á la virtud, es preferible ciertamente á la orgullosa presuncion del preexistencianismo de buscar cada uno en sus propios actos de quiméricas vidas anteriores la razon de sus actuales determinaciones, y lanzar despiadados á la libertad

© Biblioteca Nacional de España

en una série interminable de *pruebas* á traves de un piélago desconocido y sembrado de escollos. Soberbia inconcebible proclamar el autonomismo del hombre, como si su perfeccion dependiera exclusivamente de sus esfuerzos, al mismo tiempo que se deploran las miserias de que nace abrumado. Siendo tantas, aun las agravan con la carga insoportable de responsabilidades antiguas de que no tiene conciencia ni la menor idea. Si quiere mirar atrás, le aterran con la noticia de faltas que no ha cometido, y le dicen que está espiando culpas que no sabe. Criminal inocente, permítase la espresion, habrá de tomar por un castigo la actual existencia que ama. Si quiere mirar adelante, le desalientan con la perspectiva de una carrera sin fin de mundo en mundo, llevando á cada uno la inquietud y el temor de caer, efecto del conocimiento de su flaqueza.

Concretándonos á la vida actual, los adversarios que al parecer poseen la clave de todos los misterios, no saben determinar si es una expiacion ó es una prueba. Indecisos y volubles, como es propio de todo error, tan pronto enseñan lo uno como sostienen lo otro, segun les conviene, ó afirman ambas cosas; y en todo caso bambolean el fundamento de la justicia y de la moralidad. La expiacion es un castigo, una pena; la prueba es una condicion, un punto de partida. La primera supone forzosamente algun culpable, la segunda supone un estado inicial con tendencias á un fin propuesto, por medio de una série de obras ejecutadas libremente. En el sistema que impugnamos, cualquiera de estas dos cosas es insuficiente para resolver las dificultades de nuestra existencia. Solicitados siempre como estamos por dos corrientes opuestas, una de las cuales propende á elevarnos al cielo, y la otra á sepultarnos en el abismo, aquella luchando con grandes obstáculos, ésta auxiliada por la fascinacion y el encanto de los sentidos, ¿seria justo que

© Biblioteca Nacional de España

el culpable y el inocente fuesen puestos en las mismas condiciones, que fuesen tratados de igual modo, y que no pudieran distinguirse entre sí? ¿Encontrais admisible que el culpable sea castigado sin conciencia alguna de su delito, ni aun de que su estado actual es precisamente una pena, y que el puesto á prueba, en el sentido de vuestro sistema, no sea colocado en una indiferencia plena, en un perfecto equilibrio entre el bien y el mal? ¿Y lo que para el uno es castigo, no lo seria igualmente para el otro? Luego debeis conceder en absoluto uno de estos dos estremos: ó todos los que nacen en la Tierra son personalmente culpables en vidas pasadas y expian en esta su delito, ó todos nacen sin culpa propia con el objeto de hacer aquí su prueba. En este último caso vuestro sistema entero se desvanece como el humo, y de ningun modo podeis explicar la desigualdad de condiciones, y la existencia del mal. En el otro caso, desde el momento que no relacionais en la conciencia la culpa y la pena, quitais á ésta su carácter propio, y despojais á la ley de su sancion eficaz.

Este es un punto importante y decisivo. Ninguna legislacion castiga al que no tiene actual la conciencia de sus actos, aun despues de cometido el delito: y asi vemos muchos casos en que un criminal atacado de locura, se sustrae por el hecho mismo al rigor de la ley. Ya no será llevado al presidio merecido por su crímen, sino al manicomio reclamado por su desgracia, ya no será sometido al castigo, sino á la medicina. Pero si algun dia recobra el juicio, desde el mismo instante le reclama de nuevo la vindicta pública para aplicarle la pena á que se hizo acreedor. El carácter propio del castigo no es precisamente el dolor ó la afliccion del delincuente, sino una reaccion del órden contra la accion desordenada, la cual naturalmente va acompañada de daño del que la cometió. Si la pena tiene por

© Biblioteca Nacional de España

objeto la correccion y la enmienda del culpable; seria evidentemente inútil si no hablase á su conciencia y á su razon, para reparar los daños pasados, y prevenir los futuros: si es efecto de la justicia vindicativa no se impone como una fuerza ciega, sino como una reparacion justa de la infraccion de la ley, necesaria tambien para su conservacion. Puesto que todo acto bueno merece un premio y todo acto malo merece un castigo, esto no es otra cosa que aplicar al acto sus consecuencias lógicas en la debida proporcion de su moralidad.

De aqui se deduce con la mayor evidencia que la expiacion ciegamente sufrida nada expia, carece de objeto, y es ademas una inclemencia de parte de la autoridad. Se comprende muy bien que la *prueba* de una criatura libre pueda tener por objeto lo desconocido, lo ignorado, y aun si se quiere la tentacion, pero nunca hasta el extremo de que carezca de principios fijos para dirigir sus determinaciones. Pero la expiacion no se concibe sin conocimiento del delito por parte del reo, á fin de conseguir el doble objeto porque se impone ó se acepta voluntariamente, á saber, el arrepentimiento en cuanto á lo pasado, y la enmienda en cuanto á lo porvenir. La sociedad debe saber tambien, siquiera en confuso, que aquel es castigado por la violacion de tal ó cual derecho, puesto que la pena se encamina igualmente al escarmiento de los demas. Asi se vuelve por la pena al órden infringido por la culpa, y se restablece en el universo el equilibrio moral.

Estas y otras consideraciones que espondremos al tratar de la inutilidad de las reencarnaciones manifiestan que el sistema de la pluralidad de existencias, bajo cualquier punto de vista que se estudie, es absurdo. ¿A qué conducen pues tan persistentes trabajos, tan profundos estudios, tan asiduos desvelos empleados desdichadamente para re-

© Biblioteca Nacional de España

sucitar en nuestro siglo aquel sistema desechado ya y desacreditado, siglos hace, por los mas eminentes pensadores de la humanidad? Se concibe sin embargo que la filosofía pagana se inclinase á resolver en este sentido el problema del destino humano: pero que despues de establecido el cristianismo, despues de inoculado su espíritu en el modo de pensar y de obrar del mundo y especialmente del mundo ilustrado, haya todavía quien piense como los sectarios de Brahma, y quien prefiera los Vedas al Evangelio, que haya quien permanezca refractario á la revelacion cristiana, y que al estudiar este punto acepte como mas razonable la doctrina de Pitágoras que la de San Pablo y San Agustin, en una palabra, que haya quien blasonando de buscar la verdad, no la encuentre si quiere, y por el contrario se obstine contra el sentido comun; este es un fenómeno inconcebible, aunque se atribuya no á la razon, sino á la pasion.

Y hé aquí estos hombres, presentándose con trage de filósofos, se anuncian como los únicos poseedores de la verdad, al paso que niegan las verdades mejor establecidas. Ellos como el oráculo del saber, se jactan de «esplicar á Dios, al hombre y al universo mejor que cualquiera otro sistema,» y trastornan por completo la filosofía, la moral y la religion. Esto no obstante ofrecen á la humanidad dichas sin cuento, y todo lo que le dan es un narcótico, la *negacion del infierno*. Este es el nudo de la cuestion. Les importarian poco las vidas pasadas y futuras, y los mundos habitados, si pudieran persuadirse de esto. Que crean y quedarán tranquilos, y esa idea aterradora que constantemente los preocupa y los turba, será reemplazada en su alma por la esperanza dichosa de una felicidad sin fin.

A los desdichados que les dan crédito, diremos con Rousseau: «Huid de aquellos que bajo el pretexto de expli-

© Biblioteca Nacional de España

car la naturaleza siembran en los corazones de los hombres doctrinas desoladoras.... Trastornando, destruyendo, hollando todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones, arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crímen y la esperanza de la virtud, y todavía se glorian de ser los bienhechores del género humano. «Jamás, dicen, la verdad es perjudicial para los hombres.» Lo creo como ellos, y es, á mi parecer, una gran prueba de que no es verdad lo que enseñan.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X.

Nuevos argumentos deducidos de los atributos divinos. — Presciencia, Justicia, y Bondad de Dios.—La razon de la Providencia.—Desigualdades entre los hombres.—La muerte de los niños antes del uso de la razon.—La ley del progreso.—El último fin.

Decia Voltaire con su acostumbrada mordacidad que «los filósofos se ponen sin cumplimiento en lugar de Dios para arreglar el mundo á su antojo.» Esta impertinencia llega á su grado máximo en los sistemas que tratan de nuestro orígen, nuestra condicion actual, y nuestro destino. Los partidarios de la pluralidad de existencias no solo profesan en esta parte las ideas mas erradas, sino que irreverentes como ninguno se atreven á emplazar á la justicia eterna ante el tribunal de su flaca razon. Discurren de tal modo como si la majestad divina debiera estar esclusivamente al servicio de la criatura, ó mejor dicho, subordinada á las locas exigencias de nuestra mezquina conveniencia personal.

«Todo se liga, dicen, y se comprende en el universo por el dogma de la preexistencia.—Sin él nos vemos reducidos á decir que Dios es injusto ó impotente; injusto, si nos somete á penas por faltas que no hemos cometido, é impotente, si no puede reprimir el mal.»—«Sin la preexistencia deberemos acusar á Dios de injusto, por la desigualdad de

© Biblioteca Nacional de España

condiciones, por haber tratado á unos con tanta liberalidad, y á otros con tanto rigor.»—«Si las almas son desiguales, es porque Dios las creó así: y en este caso ¿por qué motivo? ¿está conforme esa parcialidad con la justicia y el amor igual que dispensa á todas sus criaturas?»—Asi se explican todos los que sostienen este error. Si estudiaran bien la doctrina, y meditaran lo que escriben, seguramente se abstendrian de aventurar apreciaciones tan injuriosas á Dios, nuestro Padre y Señor.

No conocen el polvo que pisan, ignoran las razones de obrar de un oscuro álcalde pedaneo, no saben siquiera juzgar la conducta de su vecino, ¿y presumen decidir acerca de la justicia divina, y poner leyes á su Providencia?—Los católicos, mas humildes y sensatos que ellos, acatamos y adoramos lo que por ahora no nos es dado comprender; y firmes en nuestra fé, vislumbramos por ella alguna razon de esos arcanos que turban y confunden á los adversarios.

Es evidente, es indiscutible que Dios es infinito en todo género de perfecciones; que es la suma Sabiduría, la suma Justicia, y la suma Bondad. Es tambien evidente que reina entre los hombres una gran desigualdad aparente de condiciones físicas, morales y sociales: luego por mas que no acertemos á conciliar lo uno con lo otro, debemos creer que no son incompatibles, y que Dios distribuye los bienes del modo mas conforme á su sabiduría, á su justicia y á su bondad.

Sí, en Dios mismo, en sus inefables atributos, en la razon de su adorable Providencia, tal como se revela á nuestra pequeñez, hemos de hallar la solucion de aquel enigma, si no completa, suficiente para tranquilizarnos, y para refutar victoriosamente en este terreno el error de la pluralidad de existencias. Es tener una idea bien pobre de la

© Biblioteca Nacional de España

grandeza divina juzgarla segun las concepciones humanas, y limitar su libertad absoluta de accion, á ser mero remunerador de las obras del hombre. Yerra gravemente quien suponga que el hombre ha sido criado para sí mismo y no para Dios: que debe á su propio mérito, á su propia actividad, y no á Dios, su condicion presente, lo que es y lo que será: porque esto reduce á Dios á la condicion de medio, siendo como es el fin absoluto de todo cuanto existe, criaturas y hechuras de su mano, *el último fin*.

Felicísimo en su propia vida desde toda la eternidad, no necesitaba crear: pero porque es sumamente bueno, se complació libre y voluntariamente en llamar de la nada al sér á todas las cosas para comunicarles en diverso grado su bondad. Creó pues al universo material para bien de los séres inteligentes y á estos para su propia gloria, para sí mismo, exigiéndoles el homenaje libre de su inteligencia y de su voluntad. Entre estos produjo una admirable variedad de grados de perfeccion desde el Serafin hasta el Angel y hasta el hombre. Si todos los astros del espacio, como parece probable, están habitados por criaturas racionales, no puede dudarse que hay una prodigiosa diversidad de un mundo á otro mundo. Pues lo que sucede en todo el Universo, bien puede suceder en uno de sus mas insignificantes y oscuros globos, cual es la Tierra; más aun, no puede menos de suceder. De suerte que la desigualdad de las cosas unas de otras, y de estas entre sí, nace del *hecho mismo de la creacion*.

No podia menos de suceder, porque en otro caso la creacion no hubiera sido posible, á no haberse limitado á la produccion de una série monótona de unas mismas criaturas, ó de un tipo único repetido indefinidamente, lo cual hubiera despojado á la obra divina de su hermosura y su grandeza. El Sol no dominaria como rey glorioso en los

© Biblioteca Nacional de España

planetas de su sistema, porque serian soles iguales á él. En el universo entero no podria haber mas que soles. Una sola criatura distinta seria una nota discordante, y en el sistema pezziniano podria pedir cuentas á Dios por no haberla hecho igual á todas las demas. ¿De esta manera quedaria estrechada la fecundidad infinita? Tan falso es el supuesto de la igualdad originaria y primitiva, sin la cual este sistema miope no acierta á concebir en Dios bondad ni justicia ni providencia.

Es evidente la arbitrariedad de tal supuesto. No hay en efecto violacion de justicia, sino donde se dañe al derecho de otro: por consiguiente, para que en la distribucion de bienes y males del mundo hubiera injusticia de parte de Dios, seria necesario presuponer en el hombre algun derecho que saliese perjudicado. Y ¿qué derecho puede tener el hombre contra el Soberano Sér, de quien todo lo ha recibido, que nada le debe, y que le sacó de la nada por pura bondad? No tenemos título alguno para exigir de Dios tal ó cual cosa, no tenemos derecho que reclamar, y por el contrario estamos ligados á El por obligaciones de deber estricto y total, bajo la sancion de castigos terribles. Sus derechos sobre nosotros, como Criador, son ilimitados y absolutos; nosotros como criaturas no tenemos derecho á ser consultados sobre nuestra creacion, sobre el lugar que habíamos de ocupar en el mundo, y sobre las cualidades que nos cabian en suerte, por la sencilla razon de que somos *criaturas*.

Por otra parte, ¿quién nos ha dado competencia para juzgar de la justicia con que se hallan distribuidos en el mundo los bienes y los males? ¿Por ventura no seria preciso para esto conocer íntegramente el conjunto de todos los séres y de todas las relaciones con que están ligados entre sí? ¿Y no es esto imposible á nuestra mente limitada?

© Biblioteca Nacional de España

¡Cuántas veces no nos ocurre tener como injustos multitud de sucesos que habíamos reputado tales por desconocer sus circunstancias, y que al fin mejor conocidos luego se nos muestran de todo punto conformes á la justicia! «El universo no seria mas que un hecho único, una gran verdad, y una gran armonía para quien supiera abarcarle de una sola ojeada.» decia D'Alembert.

Nadie, por miserable que sea su vida, puede quejarse de la Bondad divina, ni censurar á la Providencia, sin hacerse reo de la ingratitud mas monstruosa, desconociendo el inestimable é inmerecido beneficio de haber sido llamado del *no ser* absoluto á una existencia inmortal, destinada á una suprema felicidad. Esto es lo esencial, y esto es igual para todos. Las condiciones terrestres son cosas accidentales, efímeras, y fugaces, que no merecen el nombre de bienes, ni valen cosa alguna á los ojos del filósofo. Por otra parte todo esta dispuesto con la mayor equidad, aun en esta vida: la *ley de las compensaciones*, clara, universal y constante nivela todas las diferencias. La posicion que parece mas envidiable, si se penetra en el fondo de las cosas, es tal vez la mas infeliz, y la que parece mas triste, acaso es la mas afortunada. Los males y los bienes, comunes á toda la humanidad, penetran lo mismo en la choza del pastor que en el palacio del magnate: ¿y quién cambiaria sus penas ó sus alegrías por las penas ó las alegrías agenas? No creo que nadie acceptase este cambio. Cualquiera, sin dejar de ser personalmente lo que es, desearia la riqueza, la posicion social, ó la fortuna de otro, pero si le propusieran cambiarse por él en absoluto, persona por persona, seguramente rehusaria. La condicion temporal, cualquiera que sea, es como el rostro, que con sus defectos y todo nadie lo cambiaria por otro. Es una grande verdad que nadie está contento con su suerte, pero no es

© Biblioteca Nacional de España

menos verdad que todos están satisfechos de sí mismos.

Remontando un poco mas nuestros pensamientos, veremos que el estado en que cada uno nace, ó le constituyen las circunstancias, está arreglado sabiamente en los consejos eternos en órden á nuestro último fin, que es la salvacion. Viviendo aquí de paso, no siendo lícito ni posible buscar la felicidad en la vida presente, todo lo debemos considerar como *medio*. Juzgamos los caminos de nuestra suerte final segun nuestro mezquino criterio humano, sin considerar que á los ojos de Aquel que todo lo pesa en la balanza de la mas estricta justicia un ignorante adquiere tal vez mas mérito que un sábio, un salvaje mas que un civilizado, un enfermo ó lisiado ó de baja condicion mas que los sanos, ó nobles, ó afortunados. Cada uno responderá de lo que ha recibido. Todo depende del buen uso que hagan de los dones de naturaleza y de gracia que Dios concede á cada uno, cualquiera que sean las circunstancias en que se halla colocado; pues estas mismas circunstancias son apreciadas de antemano en la presciencia divina, cuya paternal misericordia pone á sus hijos en las condiciones mas favorables para alcanzar la salvacion. En lugar del fatalismo que segun la doctrina de los adversarios nos arrastra en un círculo interminable de pruebas, defraudando las vivas aspiraciones de nuestra alma, la doctrina católica, de concierto con la sana filosofía, ofrece el bálsamo mas consolador á los desheredados de la tierra. En esta vida todos y cada uno, sin escepcion, llevan su carga peregrinando hácia el cielo.

Cada uno viene destinado á desempeñar una tarea propia. Como dice el Apostol: *A la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen una misma operacion; asi muchos somos un solo cuerpo en Cristo, mas tenemos dones diferentes segun la gracia que nos ha sido*

© Biblioteca Nacional de España

dada (1). Y en otro lugar: *No es el cuerpo un solo miembro, sino muchos. Si todo el cuerpo fuese ojo ¿dónde estaria el oido? y si todo fuese oido ¿dónde estaria el olfato? Mas ahora Dios ha puesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos, asi como quiso;* (2) «y como convenia para la conservacion de todo el cuerpo, por lo cual ni los miembros mas nobles deben despreciar á los mas viles, ni éstos envidiar la suerte de los primeros:» *pues los que parecen mas flacos son mas necesarios.*—«Todo hombre, dice el P. Faber, ha venido á este mundo para hacer alguna cosa particular por Dios, para ejecutar algun plan bien concebido, para llegar á algun fin bien marcado, de tal manera que el suyo especial no es el de los demas hombres. Hay un servicio particular, una gloria distinta que Dios quiere recibir de él, diferentes de las que espera de cualquiera otro; y la felicidad y la dignidad del hombre consisten precisamente en rendir á Dios ese servicio y esa gloria y no otros. Como no se ha formado á sí mismo, no puede tampoco darse su vocacion: no sabe qué funcion especial debe desempeñar en el plan inmenso de la obra gigantesca de su criador, pero no le cabe duda de que existe esa funcion y que le está destinada. La vida, en su desarrollo, se la revelará; sus deberes y sus destinos se los traerán sucesivamente los años, y tal vez de este lado de la tumba no verá jamás claramente cual es su obra; puede que consista en parte en las pruebas de su oscuridad» (3).

La vida humana es una prueba cumplida en condiciones bien diferentes de tiempos, de lugares y de circunstancias; y por esto precisamente para ser *igual para todos*, forzosamente debe ser *desigual en cada uno*. Por el mero

(1) *A los Romanos*, XII, 5.
(2) 1 *á los Corintios*. XII, 14 y nota de Scio.
(3) *El Criador y la criatura*, cap. II.

© Biblioteca Nacional de España

hecho inevitable de nacer en diverso período histórico, y en diverso lugar de nuestro globo, la condicion de los hombres es necesariamente distinta, y hay que exigir á unos mas que á otros. Pero todo esto se aprecia en exactísima proporcion, porque el negocio de la salvacion eterna no se reduce á una cuestion de Cronología, ó de Geografía. En todos los tiempos y en todos los lugares, Dios ha proporcionado á los hombres los medios y auxilios necesarios para salvarse, y nadie se pierde sino por su propia culpa. Como discurre muy bien Henry Martin, «la vida presente y la futura se explican la una por la otra, y las dos se explican por la accion de una providencia general y especial, que se extiende á todas las cosas, á los detalles como al conjunto. La razon nos dice que esta providencia infinitamente sábia no debe jamás sacrificar el órden general á consideraciones particulares, pero que tampoco debe sacrificar al sosten de este órden el cumplimiento de las leyes de su bondad y de su justicia sobre los indivíduos. Pero cada cosa tiene su tiempo; y Dios que lo abraza todo, no descuida nada porque es omnipotente, ni apresura nada porque es eterno. La Providencia distribuye á los hombres, durante esta vida de prueba, la felicidad y la desgracia, sobre todo por el intermedio de las causas segundas, de las cuales unas siguen sus leyes generales sin eleccion y sin miramientos para los indivíduos, y otras dotadas de libertad obran muchas veces por capricho ó por mala voluntad. Dios ha previsto y dispuesto las combinaciones todas de estas causas, pero en vista de la prueba que no es el tiempo de la remuneracion. La remuneracion perfecta está reservada para la vida futura.» *A todo aquel á quien mucho fue dado, mucho le será demandado, y al que mucho encomendaron, mas le pedirán* (1).

(1) San Lucas, cap. XII, v. 48.

© Biblioteca Nacional de España

Aun sin sacar la cuestion de la vida presente, las desigualdades entre los hombres son inevitables y necesarias. Si Dios crease de repente una humanidad nueva, cuyos individuos fuesen perfectamente iguales en todo, hasta en la exigencia de las necesidades físicas, esta igualdad originária no duraria un dia. En el mero hecho de ser inteligentes y libres y ser muchos, aplicarian sus facultades á diversos objetos del órden intelectual ó sensible, ó las aplicarian á lo mismo con diversa energía, y desde el instante mismo quedaria alterado el equilibrio. ¿Qué seria á la vuelta de muchas generaciones? Las criaturas libres pronto se sobreponen las unas á las otras: ó no existe la humanidad, ó es necesaria la desigualdad entre sus miembros. Esto sucederá con mayor motivo, si se consideran las múltiples necesidades sociales á que hay que atender por el bien de la misma humanidad. Siendo imposible que todos los hombres se dediquen á todo, necesariamente se han de distribuir los cargos y los oficios; unos cultivarán la tierra, las artes ó la industria, otros las letras y las ciencias, y de este modo las desigualdades habrán de ser cada dia mayores en lo físico y en lo moral. Por lo tanto, arguir contra la Providencia por razon de la desigualdad entre los hombres, ó atribuir esta desigualdad necesaria á méritos ó deméritos de vidas anteriores, es una verdadera simpleza.

Si ahora, concedida esta necesaria desigualdad, se me pregunta por qué Pedro nace en tal condicion, y Juan en tal otra, me atrevo á responder sin vacilar que por su *mayor bien*, aun en esta vida. ¿No sabemos que Dios es nuestro Padre amoroso, y nos trata como tal? ¿Quién puede dudar de ello recordando los innumerables beneficios que todos los dias y en todos los momentos recibe de su misericordiosa bondad? El nos permite llamarle *Padre*; nos cuida y nos dirige con la solicitud especial que los padres tienen por

© Biblioteca Nacional de España

sus hijos, y por lo tanto nos coloca en el estado que nos es mas útil y favorable. Por desgraciada que sea la vida, siempre es un bien; siempre al fin de la carrera podrán ponerse en la balanza una cantidad mayor de satisfacciones y placeres honestos que de adversidades y dolores. Es muy cierto que muchos desgraciados suicidas buscan en la muerte un término de sus miserias, pero es porque queriendo dirigir su vida con una voluntad desordenada, no consiguen lo que sus pasiones anhelan, y huyendo de una desdicha quimérica ó mal apreciada, se precipitan en una desventura cierta. El que cifra su felicidad en los bienes caducos de la vida presente, es lógico que solo encuentre el vacio y la decepcion. ¿Pero quién por infeliz que se le suponga, no podria serlo todavía mas? Y por el contrario ¡cuántos hay, cuya existencia trascurre tranquila y apacible, semejante á un cielo sin nubes! En todo caso las tribulaciones de esta vida, las dificultades con que luchamos, y los contratiempos que sufrimos, son un medio de progreso y de salvacion para los que quieren aprovecharse de sus lecciones; y están sabiamente dispuestas para ejercitar la virtud, y adquirir méritos en órden á nuestra eterna felicidad. Dios sabe sacar bienes hasta de los mismos males, y su bondad no puede permitir que ninguna de sus criaturas padezca sin un motivo racional. En esta seguridad descansamos, y esta fé consoladora descubre ante nuestros ojos los mas serenos horizontes. Jesucristo lo ha dicho: *un solo cabello de nuestra cabeza no perecerá sin la voluntad de nuestro Padre*. Este que desde toda la eternidad nos ama, que nos ha tenido presentes en su pensamiento, que nos ha criado para la dicha, para la posesion del bien supremo, quiere nuestro bien en todos los instantes de nuestra existencia, y nos colma pródigamente de sus dones. No nos abandona al capricho del azar y á los rigores de la fortuna, sino porque sabe que así

© Biblioteca Nacional de España

nos conviene, por mas que no lo comprendamos. ¿El miraría con indiferencia nuestros males y nuestros sufrimientos? Mas fácilmente concibo que el astro mas esplendoroso del firmamento se apagase de repente, sin que el Criador se apercibiese de ello, que el mas oscuro de los mortales padezca algun trabajo, sin estar sabiamente permitido y dispuesto en los designios providenciales para su mayor mérito. Como dice muy bien Hervas y Panduro, «Dios á cada uno de nosotros nos mira, observa, mantiene, y cuida como *si fuéramos solos*;» como si no hubiera otras criaturas en el universo. Idea magnífica y profunda, á la que suscribo de buen grado. Así, el dogma de la Providencia, siempre consolador y grandioso, se nos revela bajo un aspecto nuevo de solicitud paternal y amor. No es solamente la obra de un Ordenador sapientísimo, que gobierna á todo el universo estendiendo su atencion hasta á las cosas mas pequeñas, y dirigiéndolo todo á su fin; es el celo de un Padre que nos lleva en sus brazos con afecto especial. Hija de mi fé, tal es mi filosofía personal y la proclamo con entusiasmo. Con una confianza ciega, completa y absoluta en la bondad divina, en su misericordia infinita, en su sabiduría amantísima descanso en la Providencia, y cualesquiera que sean los acontecimientos, hallo en medio de ellos fuerzas siempre frescas, consuelos siempre eficaces, esperanzas siempre vivas, y perfecta tranquilidad. Si yo tuviera talento, ciencia y condiciones para desarrollar un sistema filosófico, este seria el mio, y le llamaria el *Providencialismo*.

Mas aquí nos sale al paso una objecion, á la cual los adversarios conceden gran importancia. Sea como quiera, las desigualdades suponen una prueba, el ejercicio del libre albedrío, utilizándolas como elementos para ganar la salvacion. ¿Qué diremos, pues, de los niños que mueren antes de haber hecho cosa alguna buena ó mala por su

© Biblioteca Nacional de España

propia libertad? ¿Qué utilidad tienen aquellas existencias? ¿Cómo han podido merecer la gloria con que son premiados? No hay, dicen, otra razon que la preexistencia.—¡Escelente consuelo para los padres afligidos por la pérdida de sus hijos en edad temprana! ¡Aquel niño, que formaba todas sus delicias, no ha merecido una existencia mas larga sobre la tierra, y por eso ha sido arrebatado, *para renacer de otros padres!* ¡Su existencia, por efímera que haya sido, no ha tenido objeto, no ha producido bien alguno en el progreso humano! ¡y hoy vaga errante, estando muy lejos de gozar aquella felicidad eterna que la fé nos asegura, y el corazon anhela! Decídselo á una madre, y abrireis en su pecho una herida que no se cicatrizará jamás.

Si aspirais á fundar un sistema filosófico, estais obligados á no decir cosas insensatas. ¿Quereis que Dios detenga el curso regular de la naturaleza? ¿Quereis que mande á la muerte que respete aquellas existencias en flor? Seria menester hacer cada minuto miles de milagros, para impedir las muertes prematuras.—¿Creeis en otro caso que aquellas almas, que suponeis venir de la preexistencia, han tenido suficiente expiacion con haber nacido para volver á morir antes de darse cuenta de su propia existencia en la tierra? Envidiais su suerte por no haber sido sometidas á las pruebas dolorosas de esta vida, y al mismo tiempo censurais á la Providencia, porque no las juzga conforme á la presciencia de sus acciones futuras. No es de admirar que acogiendo los errores de todas las sectas, convengais en este punto con los semipelagianos; pero, señores mios, no olvideis que para discutir las doctrinas teológicas, así como la medicina ó la historia, se necesita préviamente haberlas estudiado.

Preguntais, ¿qué utilidad tienen aquellas fugaces existencias?—No perdamos el tiempo en tonterías. ¿Quién lo

© Biblioteca Nacional de España

sabe? ¿Pero estais por eso autorizados para fingir caprichosamente la novela de su destino? ¿Habeis tomado parte en los consejos eternos, y habeis sondeado todos los misterios del gobierno moral del mundo? ¡Ah! Me recordais la fábula del escarabajo en el congreso de los Dioses, y casi os creo igualmente ridículos. Pero decidme: ¿qué utilidad reporta la flor humilde que vive un solo dia en una pradera solitaria? ¿Para qué ha nacido el pajarillo que alegra con sus trinos la selva retirada, sin que los perciba ningun oido humano? ¿de qué sirve el límpido arroyuelo, que apenas ha retratado en sus cristales una faja del cielo azul, tachonado de estrellas, va á desaparecer en el caudaloso rio? Y sin embargo creemos firmemente que nada en el universo existe en vano: y que todas las cosas, por insignificantes que parezcan, desempeñan su papel en el complicado mecanismo con que la sabiduría eterna, por medio de las causas segundas, endereza las cosas á su fin.

La recta razon nos persuade que en el plan de la Providencia es algo mas importante la existencia pasajera de una criatura humana, que la de una florecilla de los campos. Dios le ha hecho nacer *para algo:* el niño ha traido una mision ignorada, y no ha muerto hasta haberla cumplido. Acaso vino á restablecer la paz de un matrimonio, á refrigerar un corazon seco, á consolar á una alma desolada. Su nacimiento fue para muchos como un rayo de sol, ejerciendo benéfica influencia en los destinos de una familia y de sus relaciones: y cuando su vida fue segada en flor, tal vez Dios lo disponia para prueba de sus padres, ó su misericordia intentaba despertar con este golpe á algun corazon adormecido. Tal vez el niño vivió cuatro ó cinco años, para recompensar con sus caricias obras buenas que solo merecian un premio temporal; ó para que sus labios inocentes diesen, aun sin comprenderlas, lecciones eficaces,

© Biblioteca Nacional de España

que solo de aquellos labios serian bien recibidas, y nunca olvidadas. Contemplad á una madre al lado de la cuna vacía de su niño, escuchad sus conmovedores lamentos, oid por cuántos motivos llora su pérdida, y vislumbrareis acaso alguna razon por qué aquel niño ha sido amable y dócil instrumento de algun designio providencial.

¿Y qué mayor consuelo ni mas pura satisfaccion, en medio de su dolor, puede darse á un padre, que saber que el hijo malogrado en los albores de la existencia, está disfrutando en el cielo la suma felicidad? Mas aquí me interrumpen mil voces atropelladas, exclamando: «Eso es injusto. ¿Qué ha hecho ese niño para merecer tan inefable dicha?»—Nacer: ser persona humana, y entrar por esto á la participacion de los bienes destinados por la ley general de la voluntad divina á una alma inmortal.—¿Os parece poco?—Pues ha sido regenerado por el bautismo, y enriquecido con los méritos de Jesucristo, ha sido adornado de la gracia santificante, y llamado *gratuitamente* por Dios á ese estado sobrenatural. ¿Quién podrá censurar sus decretos soberanos? ¿A quién debe cosa alguna? ¿Porque vosotros seais envidiosos, Él dejará de ser bueno? Quiere que todos los hombres se salven, y á todos dá medios para ello: es, pues, lógico que el niño que muere prematuramente, sin haber cometido culpa personal, no sea excluido de este órden general de misericordia. La injusticia seria lo contrario, teniendo en cuenta que la reprobacion positiva, aborto de algun genio desesperado, es una heregía y una blasfemia. El niño recibe la gracia de la salvacion, como el adulto recibe otras, que le ayudan á conquistar con sus propios actos un grado de gloria mayor que la que goza aquel. En cuanto á los niños que mueren sin el bautismo, reciben de la misma bondad divina, libre dispensadora de sus dones, una felicidad natural, imperfecta, pero preferible á la

© Biblioteca Nacional de España

no existencia. Mas esta cuestion habrá de ser tratada luego con mas estension.

Es muy cierto que todas las objecciones contra la Providencia, nacen de no creer en ella, ó de la vana presuncion de investigar sus razones altísimas y profundas: pero si comprendiéramos el vasto plan del universo, si abarcáramos las infinitas complicaciones á que dan lugar las causas segundas, y mas que todo las acciones buenas y malas de las criaturas libres, si apreciáramos los fines particulares de las cosas subordinadas en todos los momentos á un fin superior y general, veríamos con admiracion y asombro que lo que parecen desórdenes son en realidad sapientísimas armonías. Las maravillas del mundo moral, hoy veladas á nuestros ojos, se operan indudablemente de una manera tan ordenada como las revoluciones del universo físico, y si alguna vez en algunos individuos sufren eclipse, es momentáneo y parcial. Cuando en la otra vida se nos revelen esos inefables misterios, al descubrir que la liberalidad divina no ha cesado un instante de derramar bienes á manos llenas sobre todos los séres, prorumpiremos entusiasmados en el himno mas fervoroso de gratitud y adoracion: *Alabemos al Señor porque es bueno, porque su misericordia es eterna* (1).

El católico sabe apreciar en su justo valor las pruebas de esta vida. El dolor y el sufrimiento purifican y elevan al alma, y son una semilla fecunda que produce frutos de vida eterna. *Lo que aquí es una tribulacion momentánea y ligera*, dice San Pablo, *engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria* (2). Antes de conquistar la corona es preciso pasar por el crisol de la prueba. «Si la semilla confiada á la tierra, por ejemplo, si una be-

(1) *Salmos*, en varios lugares.
(2) II *á los de Corinto*, IV, v. 17.

© Biblioteca Nacional de España

llota tuviera conciencia de lo que en ella pasa, ¿cuántas quejas daria aparentemente fundadas? Hundida en un suelo húmedo, privada de aire y de luz, sufriendo un trabajo de disolucion que la reduce á polvo, ¿cuántos motivos tendria para acusar á la Providencia? Y sin embargo su queja seria infundada, porque gracias á ese trabajo de descomposicion, al abandonar su cenagosa cárcel, será un árbol frondoso, será rey de las selvas y elevará hasta el cielo el altivo follaje de su copa, cubriéndolo todo alrededor con su sombra. Eso es el alma cristiana. Dejemos pues de acusar á la Justicia y Bondad de Dios. Aquí en la tierra marchamos en el crepúsculo de la fé: esperemos la plenitud de la luz en el gran dia de las revelaciones.»

No entra en el plan de este libro hacer una demostracion de la Providencia, sino en cuanto conduce á desvanecer las erróneas apreciaciones de los adversarios. Adorad esa mano bienhechora que os colma de beneficios, y no dudeis un solo instante de su bondad. En la coleccion innumerable de mundos de los sistemas estelarios, en la multitud inmensa de séres que viven en ellos, desde la naturaleza racional hasta el mas imperceptible microzoario, no hay una sola criatura sin objeto, ni una sola que sea infeliz por defecto de la bondad divina. Pero el universo sigue su curso, la historia su desarrollo, la libertad sus impulsos, muchas veces con violacion del órden, y esto es causa de que muchas criaturas se desvien de su fin particular. Los entes libres, si no consiguen su fin, es precisamente por su propia culpa, por el abuso de su libertad, colocándose fuera del órden y obrando contra la ley: de donde nace la necesidad de restablecer contra su propia voluntad el órden que han perturbado. No siendo esto posible adecuadamente en esta vida, el premio ó el castigo se reservan para la vida futura, en donde no hay apelacion. Así es como la inteli-

© Biblioteca Nacional de España

gencia infinita nunca se engaña, su presciencia no queda vana, su bondad no falta, su misericordia no padece, su justicia se cumple, y la Providencia adorable nunca deja de conseguir el fin general.

No lo olvidemos: todas las almas fueron criadas para el mismo destino, y en esta parte todas son igualmente deudoras á la bondad divina: pues aun los que han sido distinguidos con la predileccion amorosa que se llama *predestinacion*, ya reciban este beneficio como un don indebido y puramente gratuito, ya se les conceda por la prevision cierta de su correspondencia fiel á la gracia, en todo caso no llegarán á tomar posesion de la gloria sino mediante sus buenas obras. Para entrar en el cielo no hay otra puerta que la santidad. Asímismo los que se aparten de este camino, es por acciones malas voluntariamente cometidas, y si oportunamente no vuelven á él por el arrepetimiento y la expiacion, ellos acarrean su propio castigo. Para entrar en el infierno no hay otra puerta que el pecado. Los que por el curso ordinario de la naturaleza, que no ha estado en su mano impedir, se ven imposibilitados de conquistar la santidad con esfuerzos generosos, no mereciendo la condenacion porque no tienen culpa propia, pero faltándoles aptitud para alcanzar el bien sobrenatural, han de disfrutar la dicha adecuada á su capacidad en la esfera natural de la cual no salieron. En la intencion divina los fines particulares de las criaturas libres en tanto se consiguen en cuanto contribuyen al fin general; pero las criaturas no tienen en sí mismas su fin, ni con sus propias fuerzas pueden llegar á él. La felicidad de las criaturas no es el fin principal de su existencia, sino secundario: el fin último y total de todas las cosas es Dios (1).

(1) Véase mi *Pluralidad de mundos habitados ante la fé católica*, cap. X.

© Biblioteca Nacional de España

Por la misma razon que es el principio de todas las cosas y la razon suficiente de las mismas, Él es tambien su fin último y adecuado:—porque cómo no hay criatura que no dependa de Dios en el sér, igualmente no hay una que tenga derecho de no darle todo lo que ella es, ni dejar de contribuir á su gloria.—Asimismo Dios es el bien sumo y absoluto, eterno y perfectisimo, de suerte que las criaturas racionales en nada sino en él pueden hallar su felicidad.—Por último, el Sér infinito é inmutable es el único que en lo interminable del tiempo y en lo indefinido del espacio puede realizar para todos y cada uno de los séres la condicion de fin general.

¿Qué significan pues las desigualdades de naturaleza ó de condicion, qué las aptitudes y vocaciones, qué las muertes prematuras, si en sí mismas no tienen valor alguno, si todo es transitorio y fugaz, si esas cosas no son para cada uno mas que *medios* con relacion al fin? Todo el que use bien de sus medios, llegará derechamente á su destino; todo el que cumpla sus deberes, indefectiblemente se salvará.

Llegados á este punto, advertimos con satisfaccion que hemos desalojado al enemigo de sus posiciones, y podemos atacarle desde ellas con nuevas ventajas. La pluralidad de existencias, reclamada por los adversarios en nombre de los principales atributos divinos, aparece desde ahora contraria á la nocion racional de los mismos y al órden de la Providencia. Es axiomático que quien no pone los medios, no podrá llegar al fin: y con pretexto de defender la providencia ¿preténdese hacerla ilusoria, juguete de la veleidad humana, imponiéndole el deber de ofrecer una y otra vez la prueba, á los que una y otra vez la rechazaron, y por último se quiere que al cabo de los siglos, todos conseguirán la salvacion? Ensalzan la justicia ¿y ellos mismos

© Biblioteca Nacional de España

la echan por tierra, afirmando que á la vuelta de tantas ó cuantas reencarnaciones la suerte de los buenos y de los malos será igual? Alaban la Bondad suprema, ¿y se atreven á fijar leyes en la distribucion de sus dones, reclamando como un derecho lo que es efecto de su munificencia y liberalidad?

Es muy cierto que la Bondad divina colma al hombre de mercedes, dándole todo lo que necesita, y mas todavía, para conseguir su fin; pero precisamente por esto la misma Bondad exige que el hombre no sea ingrato, ni desprecie sus beneficios. Se ha dicho con mucha agudeza, que el manantial de la bondad, siendo inagotable, queda agotado por la ingratitud. El que en una larga existencia no ha sabido corresponder á aquellos favores, ciertamente no puede exigir que se le concedan otros tantos en una existencia nueva. Por otra parte la Bondad divina no se aviene á diferir á sus criaturas mas nobles, en una série interminable de vidas, la dicha para que las crió. De acuerdo con ella la Justicia eterna, que ha sufrido paciente los desórdenes de la vida actual, apenas cumplido el término de la prueba, retribuye á cada uno segun sus obras, y no suspende indefinidamente su fallo, porque esto para muchas almas equivaldria á la impunidad.—La presciencia, penetrando con su mirada toda la extension de los siglos, escogió el momento mas favorable y oportuno para cada hombre, y le colocó en él, sin reservarle otro lugar de vidas repetidas en los siglos futuros.—Por último la Providencia que dirige y gobierna todo cuanto existe, de manera que llegue cuanto antes á su fin, demostraria impotencia ó imprevision, si hubiera hecho una escepcion con el hombre, alterando la armonía y la unidad de su plan.

Todos estos inconvenientes nacen de la hipótesis de las vidas sucesivas. El *hombre*, como tal, tiene su fin, y los

© Biblioteca Nacional de España

medios de llegar á él; no solamente su alma, unida á nuevos organismos, sino el supuesto que aquí en la Tierra vive, obra, merece ó desmerece, y que por su doble naturaleza forma un individuo humano. La repeticion de nuevas existencias, probaria una de estas dos cosas: ó que Dios no habia provisto suficientemente á las necesidades del hombre con medios oportunos, ó que su justicia y su bondad estarian subordinadas á los caprichos ó á la malicia de la voluntad humana, la primera suspendiendo la remuneracion y el castigo, y la segunda prodigando favores al indigno: suposiciones ambas injuriosas á su infinita perfeccion. *Non bis in idem:* dice un axioma filosófico. El agente sapientísimo y Todopoderoso, en cuanto está de su parte, hace las cosas bien á la primera, y no necesita repeticiones para llevar su obra á la debida perfeccion.—Si damos una ojeada por el universo, encontraremos por todas partes un plan tan sencillo como sábio, desde los cuerpos celestes regidos por la ley universal de la gravitacion, que los encadena en el vacío, hasta las fuerzas químicas, que obran en la molécula invisible. La unidad es la ley de los séres, su vida y su carácter, y la perfeccion de cada ente consiste precisamente en su unidad. Todas las cosas selladas con su distintivo, entran en el plan general y se dirigen derechamente sin dilaciones y sin rodeos á su respectivo fin. Todas ellas, de cualquier modo que se consideren, son una confirmacion de este axioma escolástico: *Dios y la naturaleza no hacen por muchos actos lo que pueden hacer por uno.* ¿Y no podrá Dios conducir al hombre á su destino, mediante una sola vida? Solo el hombre, mas desdichado que todas las criaturas, ¿seria la escepcion inmotivada de la regla general? Cuando todas las ciencias concurren á hacerle entrar en la unidad de los séres, como un eslabon de su interminable cadena; ¿se habia de separar en el modo de

© Biblioteca Nacional de España

conseguir su fin, y no habia de llegar á él, sino pasando por mil estados, en cada uno de los cuales perderia su unidad?

Se responderá tal vez con la insensata teoría del *progreso indefinido*. Pero esta paradoja no cabe en una sólida filosofía, siendo como es evidente que toda criatura, perfectible en su esfera, necesariamente tiene límites en el sér y en el obrar. Tal es la condicion esencial de lo finito, que la hipótesis de un progreso interminable envuelve contradiccion.—Aplicada á la vida futura, parece todavía mas absurda, como despues demostraremos, ya porque despoja de toda eficacia á la sancion de la ley moral, ya porque es contraria á las aspiraciones y sentimientos de nuestra alma, y especialmente á su deseo invencible de felicidad que nunca se veria satisfecho plenamente, como los mismos adversarios confiesan. En este caso seria mas difícil responder á los acusadores de la Bondad divina, si con la blasfemia en los labios la echasen en cara el haber condenado antecedentemente á toda la humanidad al horrible suplicio de Tántalo. Por mi parte la idea de recorrer eternamente los espacios inconmensurables, aquí un siglo, allá otro siglo, en busca de una felicidad siempre lejana y nunca poseida, me aterra como la mayor de las desdichas, me horroriza mucho mas que la misma nada. ¡Callad, infaustos mensajeros de la desesperacion! Ni la Justicia, ni la Bondad de Dios consienten esto: y la prueba es que nos ha dotado de la inmortalidad.

Sepámoslo, y aprendamos desde ahora una nueva teología. Dios será muy justo y muy bueno, si cuando se le presenta una alma que ha cumplido satisfactoriamente su prueba, que va cargada de despojos adquiridos en su lucha contra los vicios, que en una vida laboriosa y útil ha seguido sin desmayar el áspero camino de la virtud, en una

© Biblioteca Nacional de España

palabra, que ha cumplido fielmente su santa ley, Dios, en lugar de darle el premio merecido, la pone otra vez en peligro de pecar, la hace pasar por una prueba nueva, en la que podria sucumbir, perdiendo el estado sublime que habia obtenido con sus méritos anteriores. Y si llega á su presencia otra alma cargada con el peso de la iniquidad, empedernida en el crímen, y degradada por el vicio, en lugar de castigar sus pecados, la hace nacer á una vida nueva con las predisposiciones de sus antiguos vicios, para que otra vez le ofenda y le blasfeme, y despues de mil existencias criminales aun tenga derecho á la impunidad, y á repetir otras pruebas, mientras dure la eternidad. Por todo castigo se le dará una vida nueva, quitándole hasta el remordimiento de la pasada: ¿en rigor no es esto un premio? y la nueva prueba incierta á que es sometido el justo, ¿no es un verdadero castigo? Ya no basta que sea igual la suerte del justo y del malvado: es preciso cambiar los papeles. No nos escandalicemos, porque esto exige la Justicia y la Bondad de Dios. Así lo han decidido los nuevos Doctores con demostraciones «del mismo órden que los descubrimientos de Keppler, Newton y Copérnico.» Creamoslo, porque segun aseguran muy formales, «su filosofía es superior á cuantas se han inventado hasta el dia.» Si á nosotros, como á toda la humanidad, nos parece que choca con el sentido comun, es que sin duda alguna somos unos necios.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XI.

La existencia del mal.—Solucion preexistencianista,—panteista,—dualista,—pelagiana.—Solucion católica.—El pecado original —Su naturaleza, su propagacion, sus efectos.—La Redencion.—El triunfo del bien.

—Y sin embargo el mal existe, y domina como soberano;—me gritan de todos lados.—Si Dios es bueno, la existencia del mal es necesariamente un decreto de la Justicia divina, es una pena. Esta pena, siendo personal, supone una culpa personal: ahora bien ¿esta culpa cuándo se ha cometido sino en la preexistencia? De este modo la gran cuestion queda resuelta: Dios es bueno, el mal no tiene carácter absoluto, y existe por culpa del hombre.

«El grande enigma de la existencia del mal, dice Augusto Nicolás, llenó de confusion á toda la antigüedad, y la tuvo detenida, como una esfinge colocada á la puerta del templo de la filosofía.»—La razon por sí sola es impotente para explicar los males que afligen al hombre por *el solo crímen de haber nacido*, segun la frase de Plinio, y todavía está sin resolver tan pavoroso problema. Todas las religiones y todos los sistemas filosóficos han estado acordes en reconocer el mal como un hecho general é inmanente en todos y cada uno de nosotros, pero despues de vanos esfuerzos no han sabido explicarlo, sino haciéndole refluir im-

© Biblioteca Nacional de España

piamente sobre Dios, ó denigrando la naturaleza humana. Importa mucho aclarar este punto, que se halla estrechamente ligado con la doctrina de nuestro destino temporal y eterno.

En esta cuestion capital el sistema de la preexistencia, formado con retazos de todas las escuelas, se ve comprometido en fuerza de ser lógico. Contra su costumbre fija resueltamente un principio, de cuyas consecuencias se arrepentirá en breve, y afirma con Platon que en este mundo nos hallamos como metidos en una prision para expiar una antigua culpa. Ya sabemos que Orígenes atribuia la decadencia de los espíritus á faltas personales cometidas antes de la vida corporal, y que los neo-platónicos profesaban una doctrina análoga. Schelling, de acuerdo con Kant, considera nuestra innata inclinacion al pecado como consecuencia de un acto inteligible y místico que ha tenido lugar antes de nuestra aparicion en este mundo visible. Muller, Steffens, Leroux, Laurent y otros, asi como tambien la secta espiritista, opinan en el fondo lo mismo: y en una palabra, entre todos los que rechazan la revelacion sobrenatural, esta solucion de la cuestion del mal tiene mas partidarios que ninguna. Por tanto, si han de ser consecuentes, no deben ya en lo sucesivo hablarnos de vidas de iniciacion, ni ascensionales: la vida presente, segun esto, tiene en todos los hombres carácter de *expiacion*.

Pero esto es imposible,—porque la expiacion sin conciencia y sin memoria es inútil y absurda,—porque seria injusta, por cuanto el sugeto responsable y castigado, el compuesto llamado *hombre* no existia para cometer la culpa, ni ha podido existir anteriormente en su integridad, como es evidente, pues le vemos nacer,—porque los males comunes como la pecabilidad, la muerte, el dolor, etc., son esencialmente iguales en todos los hombres, de suerte que

© Biblioteca Nacional de España

lo serian tambien las culpas anteriores, cosa increible tratándose de criaturas libres,—porque si el hombre ha dispuesto de su destino en una vida anterior, la existencia actual carece de objeto, pues dada la libertad, en lugar de *expiar* las culpas antiguas, las agrava con frecuencia con culpas nuevas;—porque todo esfuerzo moral quedaria ilusorio, como sucede en los reos que cumplen una condena, —y por último, porque el sentido íntimo nos asegura que no nos hallamos *estacionados* como en una cárcel, sino que vamos caminando hácia la patria y que podemos merecer ó desmerecer. Si fuéramos todos antiguos criminales, nos avergonzaríamos de la vida y desearíamos salir cuanto antes de ella: los malos maldecirian la mano de hierro que los encadena al castigo, mientras los buenos poseidos del mayor desaliento, no sabiendo por qué padecian, ni de qué se habian de enmendar, pasarian estérilmente sus años, perdido el estímulo para la virtud.

Esta teoría, impotente para resolver el tremendo problema, lo enreda con el inextricable nudo del fatalismo. Por otra parte desconoce la significacion filosófica y moral de toda pena, desde que la convierte en una condicion natural, pues precisamente la naturaleza humana es la que gime esclavizada bajo este yugo, sin que los esfuerzos reunidos del arte y de la ciencia hayan podido rescatarla del dominio del mal y su espantable comitiva de dolores. Ni un solo indivíduo ha quedado exento de esta ley comun, ni ha sabido preservarse de sus terribles efectos: dándose con frecuencia la anomalía de que los impíos nadan en una prosperidad relativa, mientras los justos viven agobiados por todo género de miserias. Sin embargo la naturaleza no cambia por las condiciones morales de los indivíduos, y á todos, buenos y malos, exige y hace pagar su tributo con un rigor inexorable. Esto indica que la solucion preexis-

© Biblioteca Nacional de España

tencianista no toca el punto de la dificultad, y apenas bastaria para ilustrar de una manera incompleta la menos interesante de sus fases. Siempre quedaria en pie la muralla que mas importa salvar, ó sea, el desórden moral, la rebelion que sentimos en nosotros mismos, y la fatal propension á lo prohibido, que enerva nuestra voluntad y oscurece nuestra razon. Si el mal es un misterio, la facilidad que nos ofrece, comparada con la dificultad del bien, es un abismo.

El Panteismo, no sabiendo explicar el mal ni conciliarlo con sus principios metafísicos, adoptó el fácil partido de negarlo. «Todo es bueno, dice, porque todo es divino.» El mal es solo una negacion necesaria, el límite del sér, ó la imperfeccion inherente á toda la naturaleza finita, ó mejor dicho, la forma de todo sér finito. La evolucion de la unidad infinita no puede terminarse en la variedad de los séres finitos sin producir al mismo tiempo la limitacion; esto es el mal. Debemos considerarlo como una condicion inevitable de todo adelantamiento y de todo progreso, realizado por la ley de los contrastes, entre la multiplicidad y la sucesion.—Si nuestros lectores acostumbrados á las especulaciones filosóficas, fijan su atencion en el desarrollo lógico del panteismo, á medida que avanza en nuestros dias recibiendo nuevas formas, se persuadirán que no es otra cosa que la filosofía de la desesperacion. Cuando á principios de este siglo se vió al Panteismo bajo la pluma de los filósofos alemanes, invadir como conquistador el terreno de la filosofía, estender las mas especiosas aplicaciones á la historia, á la religion, á la política y á la sociedad, y abrazar en un plan vastísimo todos los grandes problemas del saber humano, se creyó que era el error de los grandes talentos; y los que no se dejaron ofuscar por él, temieron sus estragos. Pero hoy, deducidas ya todas sus consecuencias,

© Biblioteca Nacional de España

y despojado de sus falaces encantos, todos han comprendido que es un sistema de oropel, á propósito únicamente para precipitar al hombre en los mas funestos desvaríos.

Por mas que el Panteismo se ostente deslumbrador de sofismas, y precisamente por esto, es falso; pero cuando sus modernos defensores, sin el talento de sus maestros, le presentan descarnado, despojado de su aparente profundidad, de su estudiada sensatez, y de sus engañosos atavíos, es horrible. ¡Sistema despiadado que arrebata al hombre lo que ninguna fuerza humana le ha podido quitar, la esperanza! Porque si el mal es necesario y forma parte de la esencia de las cosas en todos los grados de la existencia, en vano lucharemos contra él, y habremos de desesperar de vencerle. Pesará siempre sobre la triste humanidad como un yugo eterno y fatal, abrumándola de trabajos, de privaciones y de pesares, y nuestra existencia quedará reducida á un lúgubre drama sin objeto en medio de luchas impotentes y estériles. Pero la humanidad, animada por el ideal de una vida eterna y feliz, ha rechazado constantemente esta desoladora doctrina, y el grito, «*Líbranos de mal,*» dirigido al Sér Supremo, ha brotado siempre y espontáneamente de todos los corazones.—No es mal el no poseer lo que no exige la propia naturaleza: no es mal en el hombre no tener alas, ni en el ave no tener manos, pero lo seria en ambos estar privados de sus miembros propios. La privacion de una cosa en sí misma no es mal, sino es la privacion de un bien que el sér debiera tener segun las exigencias de su naturaleza y el fin de su existencia. Sin embargo el mal principal que nos aflige, es el que nace de lo que nos rodea, ó el que nosotros mismos nos creamos con el abuso de nuestras facultades naturales que deben ser dirigidas al bien. La criatura con tal de no carecer de ninguna de las realidades que le convienen, y con

© Biblioteca Nacional de España

tal de tener aptitud para alcanzar su fin, es buena y perfecta en su género. Si entre ellas hay diversidad de grados, esto pertenece á la perfeccion del universo, asi como la belleza de un cuadro resulta de la combinacion de los colores, de la luz y de la sombra: de manera que las criaturas menos perfectas, al lado de las mas perfectas, son como el claro-oscuro de la creacion.

Bajo este punto de vista el panteismo no comprende el mal. Confiesa, sí, no hay que ocultarlo, que aunque todo es bueno en sí, no lo es con respecto al hombre, ¿más por ventura el mismo hombre no entra en el conjunto de las cosas? La contradiccion es palpable: si todo es bueno, el mal no existe: y si el mal es la limitacion, ó la forma de lo finito, todo es malo. Y no se diga que esta es la condicion necesaria del progreso: tal vulgaridad se desvanece por el testimonio constante de la esperiencia. El progreso, que tiene por objeto exclusivo el bien, ha de resentirse forzosamente de la lucha, de los obstáculos que se le opongan, obligándole á dar un rodeo ó á detenerse en su camino. Y si fuera esto solo, aun la humanidad respiraria tranquila; pero desgraciadamente acredita la historia que el mal en su lucha con el bien, prevalece casi siempre, lo mismo en la sociedad sumiéndola en la corrupcion, en el error, y en la discordia, como aconteció en el paganismo, que en el indivíduo á quien arrastra poco á poco hasta la degradacion y hasta el crímen. El mal engendra el mal, y se hace cada vez mas profundo, como si en su marcha siguiera la ley de la gravedad.

Con todo no somos ciegos negadores del *progreso*. Con la mayor satisfaccion lo vemos, con regocijo le aplaudimos, y con viva esperanza saludamos sus triunfos en lo porvenir. Pero lejos de entenderlo como los adversarios, deploramos como una calamidad lo que ellos tienen por tal: y

© Biblioteca Nacional de España

lejos de buscar su causa en los contrastes, la hallamos en la vigorosa renovacion de fuerzas, en el vigoroso impulso hácia el bien que nos comunicó la redencion de nuestro Salvador, y que ejerce una influencia decisiva, aun sobre aquellos que le desconocen y le niegan. Esta manera de considerar al mal como la base del desarrollo humano, por la pretendida necesidad de los contrarios, nos conduciria paso á paso al maniqueismo. Lo mismo en el universo físico que en el mundo moral los contrastes contribuyen á la armonía, pero de suerte que se completen mútuamente, no que se combatan y se aniquilen (1).

Si el panteismo anda desacertado en la cuestion del mal, el dualismo imaginó otra solucion todavía mas desdichada. «El mal es obra de un principio esencialmente perverso, igual y coeterno con Dios: todo cuanto hay en el mundo de desórden, de vicio y de sufrimientos, proviene de un principio malo, tan poderoso que su mano se encuentra en todas las cosas como contrapeso del bien.» Me admiro que un sistema tan absurdo haya podido tener partidarios. Repugna la existencia de un principio esencialmente malo, porque se le supone despojado de toda bondad, y por consiguiente de toda realidad. En este sistema es inexplicable la existencia de las cosas, porque dos fuerzas iguales encontradas nada producen. Si uno de los dos principios prevaleciera sobre el otro, solo existirian bienes ó males, porque el vencedor neutralizaria toda la accion del contrario. Tampoco es posible un pacto entre dos séres soberanos que se repelen mútuamente, y que obran por necesidad de su naturaleza. Luego ni el dualismo místico de los antiguos pueblos Orientales, ni el filosófico de Platon admitiendo la mate-

(1) Santo Tomás ya conoció y refutó el aserto de los contrarios entre el bien y el mal, como cosa necesaria en el gran todo armónico de la historia del mundo. *Summa theol.* I p. q. 48, arts. 3 y 4.

© Biblioteca Nacional de España

ria eterna como principio pasivo, ni la *diada* de Pitágoras, ni el Maniqueismo, son suficientes para dar razon de la existencia del mal en el mundo, y mucho menos del mal moral.

Por último la solucion pelagiana y racionalista considera los males físicos como condicion de la naturaleza y del organismo, y el mal moral como una cosa fortuita, escepcional y puramente individual, efecto del abuso de la libertad y de la decadencia de la idea. «Pero si hay algun fenómeno universal, dice Hettinger, es uno el de la pecabilidad universal: lo escepcional, lo fortuito y lo individual, no pueden dar una explicacion suficiente.» El mayor vicio de este sistema es que partiendo de un supuesto falso, parece que resuelve la cuestion y en realidad no la toca. Es necesario explicar por qué el poder del mal es mucho mas activo, mas ardiente y mas imperioso que la fuerza contraria, de donde proviene la concupiscencia desordenada, y de donde nace la lucha encarnizada entre las pasiones y la razon. Las dos influencias que se disputan al hombre, no combaten con armas y fuerzas iguales, sino que la una, dominando el terreno, cuenta además partidarios y espías en el campo contrario, mientras que la otra, abandonada á sus fuerzas y recelando traiciones, aunque venza muchas veces, tiene siempre á sus vasallos en abierta rebelion (1).

Unicamente el catolicismo posee la clave del oscuro enigma. *Por un hombre*, dice el Apóstol, *entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron* (2). «El pecado original ha inoculado en toda nuestra raza el veneno del pecado, y todos los miembros del gran cuerpo de la humanidad han sido inficionados con él, de la misma

(1) Como se comprende muy bien, hablamos del órden natural, prescindiendo de los auxilios de la gracia.

2) A los *Romanos*, V, 12.—I á los Corintios, XV, 22 —II id. V. 14.

© Biblioteca Nacional de España

manera que todos tienen parte en las demás propiedades de la raza. Este pecado que afecta y caracteriza á toda la especie, forma la base de la vida individual. El pecado actual tiene su raiz en el pecado original. ¿De dónde proviene esta contradiccion en la esencia misma del hombre? Inmortal y perecedero, sublime en sus aspiraciones y abyecto en sus pasiones, ángel y animal á la vez, parece ser ruina de algun bello edificio destruido y saqueado, pero que conserva todavía huellas de su antigua grandeza juntamente con el recuerdo del que lo fundó. El hombre está caido: tal es la solucion dada por el cristianismo. La conciencia del pecado nos hace comprender los padecimientos de esta vida, y nos explica el doloroso contraste que hay entre la fria realidad y nuestras ardientes aspiraciones. El hombre no ha derramado una sola lágrima, ni ha exhalado un solo gemido, que no haya reconocido por causa el pecado. Es un profundo rio de dolores y de males que atraviesa la humanidad desde el principio del mundo, y en el que cada cual está obligado á beber cumplidamente su parte. El dolor es la puerta por donde entra el hombre en la vida y es necesario tambien sufrir el dolor de la muerte para salir de este mundo de dolores. La universalidad del dolor proclama la universalidad del pecado (1).»

Dios hizo al hombre recto, dice Salomon, no solo con la rectitud moral, sino con la santidad, con la justicia y con la gracia sobrenatural. *Lo formó segun su imágen*, dice en otro lugar, *y le vistió de virtud segun El*: ó sea, como explica San Pablo, *Adam fue criado, segun Dios, en justicia y en santidad de verdad* (2). Además le colmó de excelentes dones de naturaleza y de gracia, como la sujecion de las pasiones al imperio de la razon, una ciencia vasta, la inmor-

(1) Hettinger, *Apología del Cristianismo*, conf. XIX.
(2) Eccles. VII, 30.—Eccli, XVIII, 1.—A los Efesios, IV. 25.

© Biblioteca Nacional de España

talidad en cuanto al cuerpo y otros. Desgraciadamente Adam no guardó el precepto que Dios le impuso como condicion para conservar aquel estado de felicidad, por lo cual no solo fue despojado de los dones gratuitos, y sujeto á muchas miserias y á la muerte, sino que trasmitió el reato de su culpa á toda su posteridad.—Esta caida del primer hombre y la trasmision de su culpa es un dogma de fé. La Sagrada Escritura lo anuncia en repetidos lugares diciendo:—que *la muerte entró por el pecado*,—que *la mujer fue el principio de toda perdicion*,—que *hemos sido concebidos en iniquidad*,—que *nacemos todos de una semilla inmunda*,—que *ni aun el niño de un dia está limpio de pecado*,—que *somos hijos de ira por naturaleza*, etc., etc.—Es un dogma creido siempre y universalmente en la Iglesia como el fundamento y base de la doctrina católica, de la venida de Jesucristo, de la gracia, y de la redencion: y estaba tan profundamente arraigada esta creencia, que segun testimonio de San Gerónimo, ni aun los pelagianos se atrevian á negarla públicamente por temor de ser apedreados por el pueblo. Se formará idea de esto, recordando la actividad desplegada en condenar la heregía de Pelagio. En solos diez y nueve años (desde el 412 á 431) se celebraron en diversos lugares veinti cuatro concilios, que la proscribieron y anatematizaron, y despues fue tambien condenada en otros muchos. Los santos Padres han enseñado la doctrina del pecado original en tantas obras, cartas y discursos, que apenas hay un dogma mejor establecido en toda la Tradicion eclesiástica. Basta haber indicado estas pruebas. Añadiremos que la creencia en la caida del hombre se encuentra en las teogonías de todos los pueblos. Cuanto mas progresan las investigaciones filológicas, arqueológicas y etnográficas, mas se confirma aquel conocido dicho de Voltaire: «La creencia acerca de la caida y de la

© Biblioteca Nacional de España

degeneracion de la raza humana se encuentra en todos los pueblos antiguos. *Aurea primum sata ætas*, es la divisa de todas las naciones.» En otro lugar confiesa que la caida del primer hombre es el fundamento de la teología de todos los pueblos antiguos.

Insistiremos en otras pruebas, si no mas fuertes, mas adecuadas á la índole de los lectores, á quienes principalmente se destina este libro. No iremos á buscarlas muy lejos: desgraciadamente en cada individuo humano hallamos el sello indeleble de su degradacion. Cuanto mas se estudia al hombre, mas nos convencemos que su naturaleza ha sido víctima de un espantoso y violento cataclismo. Mientras todas las criaturas tienen una aptitud natural para conseguir su fin, el hombre, tal cual hoy es, no la tiene para el suyo, y siguiendo sus inclinaciones *naturales*, desordenadas como son, en lugar de llegar á Dios, se aparta de él. Entre las tristes aberraciones de la humanidad de su fin, sobresalen algunas que son la prueba mas clara de su trastorno moral. Tales son el ateismo, la blasfemia, y el pecado contra naturaleza.—Todo habla de Dios en la sociedad y en la naturaleza, y hay hombres criados para conocerle y amarle, que niegan su existencia y se arrojan con fruicion en la nada.—Lo que es no menos horrible, conociendo á Dios como Supremo Señor y bien sumo, este vil gusano de la tierra, esta miserable oruga, se revuelve contra él y le insulta; y vilipendia su santo nombre, turbando el concierto unánime de la creacion entera, animada é inanimada, que le alaba y le glorifica.—Por último, llevando hasta lo increible el abuso de sí mismo, se revuelca como los puercos en el mas inmundo lodazal de la perversidad.

Estas plagas que ni aun serian disculpables en estado de demencia, y otras que gangrenan las costumbres públicas, manifiestan que el hombre no salió así de las manos

© Biblioteca Nacional de España

del Criador, sino que criado bueno, padeció algun terrible sacudimiento que introdujo el desórden en todo su sér.

Agrégase á esto que el hombre ama la virtud, y sin embargo practica el vicio, conoce el bien, y sin embargo elige el mal, siendo solicitado por dos corrientes opuestas, que están siempre dentro de él en perpétua lucha. En el plan divino, los dos elementos de que consta el hombre, debian marchar de acuerdo en órden al fin del todo, y precisamente sucede todo lo contrario; y es que están siempre en guerra en lo que se refiere á dicho fin. Y esto es tanto mas estraño y sorprendente, cuanto que en lo que atañe á la conservacion y desarrollo de su individualidad, caminan perfectamente acordes, se ayudan y se favorecen. La lucha no tiene lugar en las operaciones de la naturaleza, en las cuales jamás se altera la armonía, sino en las operaciones de la voluntad, abusando de aquella. Por consiguiente en ésta reside el desconcierto principal.

Asi es en efecto. Ninguno habrá que haya dejado de notar en sí mismo y en los demás una funesta y como fatal inclinacion á lo prohibido. Es un hecho constante: *Nitimur in vetitum, concupimusque negata*, exclamaba profundamente Ovidio. Aunque se trate de cosas indiferentes que si estuvieran permitidas no desearíamos, la prohibicion las comunica atractivos que nos lanzan á ellas como el estímulo mas poderoso. Lleva el hombre consigo una predisposicion á la rebeldía, á la infraccion de la ley, á la violacion del precepto, que está publicando á voces el desórden que le domina, el profundo trastorno de su naturaleza caida.

Otras de las pruebas mas patentes de nuestra postracion es que todos los hombres, sin escepcion alguna, se creen con razon y son efectivamente infelices. Tenemos un deseo vivo, vehemente, irresistible de la felicidad, y sin embargo, en esta vida jamás la disfrutamos, ni sabemos donde se

© Biblioteca Nacional de España

encuentra. ¡Cosa dolorosa! No hay en la creacion un solo sér que no disfrute una felicidad natural proporcionada á su estado, y si alguno no la disfruta, es porque el mismo hombre le esclaviza á fin de aliviar á su costa su propia desdicha: lo cual bajo otro aspecto es una desdicha tambien. No hay sér en el mundo que no posea sin trabajo bienes suficientes á la medida de sus necesidades: la naturaleza brinda pródigamente á sus hijos todo género de abundancias para que pasen satisfechos la vida. El buey se acuesta sosegado sobre el heno que le alimenta, el pez vive dichoso en el fondo de las aguas, el ave cruza alegremente los aires; todos los animales disfrutan los bienes de la tierra sin cuidado y sin inquietudes, sin preocuparse de vestidos, albergue ni sustento. Solo el hombre conoce privaciones, carece de todo, y se vé obligado á adquirir lo necesario á costa de duro trabajo. Es el cumplimiento de la sentencia pronunciada en el Paraiso contra nuestro primer padre. Si así no fuera, ¿Dios bondadoso y pródigo con todas las criaturas, solo hubiera hecho una triste escepcion con la criatura privilegiada? ¿Sólo habia de ser infeliz y miserable la criatura que mas derecho tiene á la dicha, la criatura racional? El rey no es menos infeliz que el jornalero, y cualesquiera que sean los bienes que alguno disfrute, siempre é invariablemente los verá amargados con una cantidad de hiel. La vida es un combate: los vicios de la sociedad aumentan todavía la infelicidad á que nos ha condenado la naturaleza, y el mundo es llamado con elocuencia desconsoladora un *valle de lágrimas*. No podia ser este el órden de la providencia: cualquiera lo comprende sin dificultad.

¿De dónde, pues, ha provenido á la naturaleza humana una corrupcion tan profunda, un desarreglo tan funesto, un desórden tan violento, una desdicha tan tenaz? «La causa de tanto mal, responde S. Agustin, es ó la injusticia de

© Biblioteca Nacional de España

Dios, ó su impotencia, ó el castigo que debe sufrirse por una culpa cometida en el orígen. Mas como no puede decirse que Dios es injusto ni impotente, hay que admitir desde luego el pecado original.» No hay otra solucion racional y justa que la doctrina católica: la naturaleza humana fue viciada y corrompida en su cabeza, y todos los que participan de la naturaleza, sufren las consecuencias de aquella privacion.

Pero aun así, replican los contrarios, la dificultad queda en pié. ¿Cómo Dios, sumamente bueno, permitió tan desastrosa ruina? ¿Cómo, siendo justo, exige á todos los hombres la responsabilidad de un pecado ageno?—Para responder satisfactoriamente á estas preguntas, seria preciso descorrer por completo el velo misterioso del pecado original, el cual por lo mismo dejaria de ser misterio. No falta, sin embargo, alguna respuesta, suficiente para tranquilizar á todo espíritu recto y desapasionado, y para disipar los sofismas con que el error procura oscurecer la doctrina revelada. Esta respuesta consiste en esplicar en lo posible la naturaleza y efectos del pecado original.

El Eden, morada de la paz y de la dicha, era tambien un lugar de prueba. Considerada en absoluto, la libertad concedida al hombre es un bien real y positivo, mientras que el abuso de la misma era una cosa hipotética, y solo posible. Siendo libre y no habiendo todavía llegado á su término final, era preciso que él mismo lo conquistase por el buen uso de su libertad; y en otro caso este don seria inútil. Mas toda criatura libre, por razon de su limitacion, es defectible, espuesta al error en la inteligencia y al torcimiento en la voluntad: de donde resulta que Adam podia elegir mal, como por desgracia sucedió. Segun esto, ó Dios no debió dar al hombre la libertad, y por lo tanto ni la inteligencia, lo cual es limitar su bondad divina y hacer im-

© Biblioteca Nacional de España

posible la naturaleza humana, ó debió destruirla en su acto, lo cual repugna, ó debió necesariamente permitir su abuso previsto. Por su parte hizo lo posible para que este abuso no tuviera lugar: ilustró la inteligencia del hombre con vastos conocimientos, fortificó su voluntad con la rectitud y los auxilios poderosos de la gracia, le impuso un precepto facilísimo, y en una palabra, le dió todos los medios y todas las probabilidades de salir vencedor.

Acusadores sistemáticos de la sabiduría eterna, se atreven á censurar como ridícula, é indigna de Dios y del hombre la prohibicion de comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.—Pero debiendo el hombre ser sometido á una prueba, ésta debia consistir en la observancia de un precepto de derecho positivo, mas bien que de derecho natural, como demuestran los teólogos con muchas razones; y era indiferente este ú otro precepto, puesto que el objeto principal era que Adam reconociese la soberanía absoluta del Criador.—Esta prohibicion encerraba una triple prueba, correspondiente á la triple tendencia del hombre: una prueba para la voluntad que propende á la independencia, una prueba para la inteligencia que aspira á una ciencia ilimitada, y una prueba para la sensibilidad que desea el placer. Independencia, incredulidad, sensualidad; tal es todavía la triple tentacion por la cual pasa todo hombre. Considerado así el precepto, lejos de parecer pueril, demuestra la bondad y sabiduría infinita de su autor.

A pesar de ser tan fácil el precepto, Adam lo infringió deliberadamente, y con esta violacion acarreó la ruina de todo el género humano: á la manera que la herida del tronco hace palidecer todas las hojas del árbol. Pero seria un grave error suponer que se nos impute el pecado personal de Adam, el cual es solo y esclusivamente suyo. En nosotros el estado pecaminoso de culpa original no proviene de

© Biblioteca Nacional de España

cooperacion personal en la transgresion de aquel, ni es solo una responsabilidad que nos toque por una culpa agena, sino un estado de naturaleza viciada, por la privacion de la gracia, que se debia tener segun el órden constituido por Dios. Es un despojo de la naturaleza que pasa á todas las personas que la participan, de modo que aunque es pecado propiamente dicho, segun enseña el Concilio de Trento, es un pecado habitual, y con relacion al estado primitivo de justicia que Adam perdió para sí y para toda su posteridad; semejante á un padre que perdiese un rico patrimonio que sus hijos debieran heredar. Si el padre católico, justificado de aquel pecado por el bautismo, lo comunica sin embargo á sus hijos, es porque obra como miembro de la naturaleza sujeta en todos sus indivíduos á aquella privacion. En una palabra, el pecado original no es una cosa *positiva*, sino *privativa*; para contraerlo no es preciso *obrar*, basta *nacer*.

De aquí proviene que todos aquellos á quienes se comunica la naturaleza humana por la generacion, contraen por solo este hecho la mancha inherente á la especie. El vínculo orgánico que une al indivíduo con la especie, envuelve á éste en el pecado del representante de la misma, y su jefe natural. La humanidad es un grande organismo, una unidad de naturaleza en diversidad de indivíduos. Adam no poseia para sí solo la semejanza divina, teníala en él y por él toda la especie, y en él y por él la perdió tambien. Por esto la unidad orgánica del linaje humano forma la base de la reversibilidad sobre todos del pecado del jefe. Es la ley de la solidaridad.

«La solidaridad del castigo supone la solidaridad de la ofensa; esta es la razon por que el género humano solidario del crímen de su jefe, sufre las consecuencias del mismo. Es cierto que todo acto libre entraña una responsabilidad individual incomunicable, propia toda del que comete

© Biblioteca Nacional de España

la falta: pero la mancha resultante del pecado no se detiene en el autor del crímen, sino que recae tambien sobre aquellos que forman con el culpable una misma persona moral. Al lado de la responsabilidad individual está la responsabilidad colectiva: ésta no supone necesariamente la libre participacion de alguno de los miembros en la falta cometida; puede ser ocasionada tambien por el hecho de un solo individuo. Esta ley de la solidaridad tiene diariamente aplicacion en el seno de las familias, de las corporaciones, y de las sociedades: sobre el principio de la reversibilidad de méritos y deméritos, descansa la idea del sacrificio expiatorio, y por consiguiente la esencia de todas las religiones que han existido desde el principio del mundo.»

Al perder la gracia, se perdieron juntamente con ella los dones gratuitos que eran su precioso ornato. Como la santidad y la justicia originales habian ensalzado y ennoblecido la naturaleza hasta el punto de tener los sentidos sometidos al dominio del alma, y librar al cuerpo de los padecimientos y de la muerte, no pudo efectuarse la pérdida de los dones sobrenaturales sin que se lastimara profundamente la misma naturaleza, sin que todo el hombre quedara debilitado y deteriorado. Debilitóse su inteligencia, quedando espuesta á todo género de ilusiones y errores; la voluntad, inclinándose al mal, aunque sin perder el libre albedrío. La concupiscencia hizo sentir sus apetitos desordenados, y la sensualidad resistió á la razon: las enfermedades, los dolores, las miserias y la muerte vinieron como lúgubre cortejo á posesionarse de la triste humanidad. Por último la naturaleza toda, animada é inanimada, se rebeló contra el pecador que se habia rebelado contra Dios. Como si esto fuera poco, incurrió en la pena mas grave de todas, la pérdida de la vision beatífica, que Dios le habia destinado: y segun muchos, en una pena de sentido, aunque no

© Biblioteca Nacional de España

podemos determinar cuál es. Pero débese advertir que esto último no es de fé. Por el contrario, la opinion mas probable es que los que mueren con solo este pecado disfrutan una bienaventuranza del órden natural, acomodada á su estado, siendo solo excluidos de la vision beatifica, como beneficio indebido.

Pero Dios misericordioso no permitió que pereciera para siempre la obra de sus manos, y apenas se consumó el pecado, anunció su completa reparacion. Al efecto, llegado el tiempo oportuno, su mismo Hijo Unigénito revistió nuestra flaca naturaleza, haciéndose hombre para salvar al hombre, y redimiéndole á costa de su preciosa sangre y muerte de cruz. *Porque Dios amó de tal manera al mundo, que dió á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna*, (1) dice el Evangelista San Juan.—*Dios cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros*, (2) esclamaba de antemano Isaias: por una verdadera sustitucion de Cristo en lugar nuestro, segun enseña el Apóstol: *A aquel que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.* (3) El hombre quedó reconciliado con Dios, y restablecida la paz, perturbada por el pecado: *Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo*, (4) repite S. Pablo. La eficacia de la redencion no solo fue completa para reparar los estragos de la culpa, sino tambien superabundante: *En donde abundó el delito, sobreabundó la gracia.* (5) Así la restauracion de Cristo produjo á la humanidad mayores bienes, que males le habia producido la caida de Adam.

(1) San Juan, cap. III, V. 16.
(2) Isaias, LIII, 5.
(3) II á los Corintios, V, 21.
(4) A los Romanos, V, 10.
(5) Id. v. 20.

© Biblioteca Nacional de España

Llegados á este punto, hallamos la razon mas profunda de la existencia del mal. Supuesta la condicion defectible de la libertad, y la posibilidad del error, y previsto su abuso, Dios sin embargo permite el mal para sacar de él un bien mayor, y ordenarlo por secretos caminos á la mayor gloria y á la mayor felicidad de sus criaturas. ¿Quién puede calcular hasta qué punto los sufrimientos y dolores aquilatan nuestra virtud y aumentan nuestros merecimientos? ¿Quién ignora que sin combate no hay triunfo, y que cuanto mas recia sea la lucha, mas preciosa será nuestra corona? ¿Y no es una ley constante que la abundancia del mal produce siempre una enérgica reaccion hácia el bien? Por ahora no estamos en disposicion de comprender cómo el mal contribuye á la gloria de Dios y á la perfeccion del universo. Para esto seria preciso abarcar en todos sus detalles la historia universal, en el tiempo y en el espacio, conocer la marcha de la humanidad á través de los siglos, y comprender el papel de cada individuo en su relacion con el todo. Cuando se descorra el denso velo de la creacion, y seamos iluminados por los resplandores divinos, veremos que aquello de que se acusa á la Providencia, es por el contrario lo que la justifica de una manera admirable. Entonces desaparecerá el mal y solo subsistirá el bien y admiraremos al hombre reparado, enriquecido de dotes mas excelentes que tuvo Adam en el Paraiso.

Aceptemos, pues, esta solucion, de acuerdo con los génios mas esclarecidos. Dios ha permitido el mal y el pecado, para hacer una obra mas grande todavía que la misma creacion, es decir, el reino de los pecadores redimidos: porque hacer un injusto de aquel que no era mas que un pecador es una cosa mas grande que crear el cielo y la tierra, como dice S. Agustin. Dios no podia manifestar mejor su sabiduría y su poder infinito, que dejando al mal la liber-

© Biblioteca Nacional de España

tad de sus movimientos, al menos por algun tiempo, puesto que así demuestra que el mal está obligado á pesar suyo á servirle, á ser el instrumento de su voluntad á la que nada se resiste, y á cooperar á la ejecucion del plan que se propuso en sus eternos designios. «Asi como Cristo pareciendo sucumbir á la muerte, la venció, así tambien el mal está destinado, aun en sus aparentes victorias, á servir necesariamente al bien.»

Cuando Jesucristo presente al Eterno Padre la naturaleza regenerada, *no mas habrá ya muerte, ni habrá mas llanto, ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas pasaron* (1). Luego el mal no tiene carácter absoluto ni eterno. Solo la pena durará perpétuamente, la cual es mal para los que la sufren, pero es un bien, atendido el órden general de la Providencia.

(1) Apocalipsis, XXI, 4.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XII.

La pluralidad de existencias destruye la personalidad humana,—su grandeza y dignidad.—Union sustancial del alma y el cuerpo.—La esencia de nuestro yo consiste en este compuesto.—Su disolucion temporal.—El perispíritu.

Se ha dicho con mucha verdad que la confusion de ideas es mucho mas perjudicial á la filosofía que la ignorancia mas crasa. Madre fecunda de errores y de negaciones, nada hay que escape á su atrevimiento y á su pedantería: promueve cuestiones enojosas, trata con aturdimiento de lo que no entiende, se permite discutir los mas árduos problemas, y solo consigue embrollarlos; y por último aferrada á su parecer, sostiene tenazmente sus erróneas opiniones, y antes que darse por vencida, se pondrá en lucha abierta con el sentido comun. ¡Cuántos males, cuántas dudas, y cuántos errores se evitarian con un poco menos de amor propio, y un poco mas de estudio y de meditacion!

En el camino que llevamos andado, hemos tenido mas de una vez ocasion de convencernos de esto, y ahora se nos ofrece otra de convencernos mas. Veremos tambien que los antiguos escolásticos tan calumniados y desdeñados por los modernos, mal que pese al racionalismo del siglo XIX,

© Biblioteca Nacional de España

fueron excelentes y profundos filósofos. Porque su doctrina es el hilo seguro que nos guia en el intrincado laberinto de opiniones y pareceres acerca del punto capital de la personalidad humana, y es la sola que sirve para evitar los escollos del materialismo y del panteismo, ó del espiritualismo exagerado de los sistemas palingenésicos, semejante á un robusto atleta que con cada brazo rechaza por ambos lados á sus enemigos. Si queremos formar idea del hombre, si queremos entrever el gran misterio de la union del alma con el cuerpo en un todo sustancial y personal, no vayamos á las escuelas de Alemania, no consultemos á los fisiólogos de Viena ó Montpeller, ni á los neoplatónicos de Lyon; fuerza será que nos resignemos á estudiarlo en viejos libros escritos en algun convento, cuando no habia la plétora de ciencia que hoy, por arte de encantamiento, hace de cada bachiller en artes un doctor universal.

Hasta aquí hemos impugnado el sistema de la pluralidad de existencias en los dos errores inseparables que abraza de la preexistencia y de las reencarnaciones futuras, pero nuestros argumentos se han dirigido principalmente contra la primera; en adelante impugnaremos principalmente las reencarnaciones, aunque sin desatender aquella. Debemos empezar por una cuestion fundamental de la psicologia, acaso la mas difícil é importante que se presenta á la reflexion del filósofo, y cuya solucion será decisiva contra los adversarios; el constitutivo de la persona humana. Ni la antigua filosofía pagana, ni la moderna filosofía paganizada entendieron esto, porque no comprendieron la condicion del alma de estar ordenada al cuerpo para su complemento personal. Mientras unos multiplicaban las almas en cada hombre, ó los principios vitales, otros solo admitian una alma única para todos los séres vivientes, de la que el cuerpo es una modificacion temporal. Mientras

© Biblioteca Nacional de España

unos marchaban al materialismo dando tanta importancia al cuerpo que anulaban al alma, otros cayendo en el estremo opuesto ensalzaban tanto al alma, que desconociendo la verdadera importancia del cuerpo en el compuesto humano, eran arrastrados al idealismo. Nuestros adversarios, creyendo que nuestra alma solo tiene con el cuerpo relaciones de habitacion temporal, y una union accidental y transitoria, sea para expiacion, sea para prueba, y que despues de la separacion habrá de vivir en otros globos unida á otros organismos, destruyen la personalidad humana, la cual es un compuesto sustancial de cuerpo y alma, formando un individuo singular é incomunicable en una naturaleza racional.

Para nosotros los católicos, la cuestion está resuelta en varias decisiones Conciliares y Pontificias. El Concilio general de Viena, en tiempo de Clemente V, nos enseñó la verdadera doctrina en estos términos: «Reprobamos como »errónea y enemiga de la verdad de fé católica toda doctri»na ó proposicion que temerariamente afirme ó ponga en »duda que la sustancia del alma racional ó intelectiva no »es verdaderamente y por sí forma del cuerpo humano: »*definiendo*,.... que si alguno en lo sucesivo presumiere »afirmar, defender, ó creer pertinazmente que el alma ra»cional ó intelectiva no es por sí y esencialmente forma del »cuerpo humano, sea tenido como hereje (1).» De donde se infiere claramente la union sustancial del alma y el cuerpo en una sola persona.—El Concilio general V de Letran, bajo Leon X, siguiendo las huellas del anterior, reprobó y condenó «á todos los que digan que el alma intelectiva es mortal, ó que es única en todos los hombres, ó pongan esto en duda, puesto que aquella no solo es verdadera, propia y

(1) In Clementina, 1

© Biblioteca Nacional de España

esencialmente forma del cuerpo humano, sino tambien inmortal, y singularmente múltiple, multiplicada, y multiplicandasegun la multitud de los cuerpos á que se une (1):» es decir que las almas son tantas cuantos sean los cuerpos, pues la forma sustancial constituye la unidad del sér, y por lo tanto es absurdo que una sola alma pueda animar diferentes cuerpos en diversas encarnaciones.—Esta importante doctrina ha sido repetida por Pio IX en sus Letras al Cardenal Arzobispo de Colonia, condenando los libros de Gunther, porque se oponen «al sentir y doctrina católica »acerca del hombre, que está compuesto de cuerpo y alma »de tal suerte que el alma racional es verdadera, propia é »inmediata forma del cuerpo (2).» En otras dirigidas al Obispo de Breslau contra los errores de Baltzer, dice: «Al »declarar que el alma racional es por sí verdadera é inme»diata forma del cuerpo, fijábamos la doctrina católica »acerca del hombre... La opinion que pone un solo princi»pio vital en el hombre, á saber, el alma racional, de la »cual el cuerpo recibe el movimiento, y toda vida y senti»do, es comunísima en la Iglesia de Dios; y la mayor par»te de los Doctores, y éstos los mas autorizados, la consi»ran tan estrechamente unida con el dogma, que es su »legítima y sola verdadera interpretacion, y por lo tanto no »puede ser negada sin errar en la fé (3).»

Segun estas enseñanzas tan terminantes se infiere que hay una repugnancia intrínseca, en que el alma repita nuevas encarnaciones sea en la tierra, sea en otros mundos; porque lo que es por naturaleza *uno*, sin dejar de serlo, no puede ser *muchos*. El alma no puede formar persona sino con su propio cuerpo, y no fuera de él, y el cuerpo no

(1) Sesion 8, in Bulla Leonis X.
(2) *Eximiam tuam*, 15 de junio de 1857.
(3) *Dolore haud mediocri*, 30 de abril de 1860.

© Biblioteca Nacional de España

puede ser informado sino por la propia alma. Es tan imposible la multiplicacion numérica de un supuesto, como la reduccion de muchos supuestos de una misma especie á uno solo, conservando el propio sér: de suerte que el alma, completa únicamente en su existencia terrestre con el cuerpo á quien informa, ni puede ser principio informante de otros organismos, ni estos supuestos organismos de distintas vidas la permitirian conservar su unidad personal.

Para entender esta doctrina, preciso será que nuestros lectores sean tan amables que hagan el pequeño sacrificio de internarse con nosotros en las medrosas regiones de la metafísica, y en los sombríos dominios de la escolástica. Por nuestra parte haremos lo posible por allanarles el camino y llevarlos pronto al término del viaje. No necesitarán tomar préviamente lecciones de vértigo, como el héroe del *Viaje al centro de la Tierra*, creado por la escéntrica fantasía de Julio Verne. En todo caso les prometemos bajo palabra de honor, que no sufrirán la cuarta parte de mareo que estudiando cualquier libro krausista, ni la mitad que leyendo alguna estupenda elucubracion del espiritismo, cuando se mete á filosofar sobre ultratumba, su tema favorito.

Siendo el hombre un compuesto de cuerpo y alma, elementos tan opuestos y encontrados, la cuestion capital consiste en averiguar cómo se verifica esta union, ó lo que es lo mismo, cómo cada uno de dichos elementos concurre á tan admirable composicion. La doctrina católica, como acabamos de ver, enseña que *el alma racional es forma sustancial del cuerpo humano*. Esta es pues la clave del enigma, y esto es lo que conviene dilucidar.

En todo compuesto entra necesariamente la *forma* y la *materia*. La materia indiferente de por sí para recibir cualquiera forma, no existe sin embargo ni se concibe sin ella,

© Biblioteca Nacional de España

sea cual fuere, como no se concibe un ente en acto sin su actualidad. Es propiamente la potencia ó capacidad de ser tal ó cual cosa, segun lo determine la forma: si la potencia es para recibir el sér sustancial se denomina *materia prima*, si para el sér accidental se llama *sugeto*. La materia de los compuestos naturales considerada radicalmente es idéntica en todos, y solo por la forma se constituye en sustancias distintas, y en diversas especies: de manera que la forma da el sér á la cosa, sus propiedades determinadas, y su diferencia específica, y en este sentido se dice que la forma equivale á la causa. Se llama tambien *acto*, porque ella pone al sér en acto. Mas aquello que es forma sustancial de una cosa, no existe completo sino con la misma cosa que le sustenta como tal, y á la cual se ordena, y se dice *forma informante*. Sin embargo á veces puede subsistir separada de la materia, como sucede al alma humana, que no depende del cuerpo en el sér, puesto que puede obrar sin él, ni en el existir, puesto que existe por creacion. Por el contrario el cuerpo que es informado, no puede existir sin el alma, ni obrar, ni moverse sino en virtud del impulso que recibe de ella, y si se separa, al punto muere. Con todo es un elemento esencial en el compuesto humano, porque es tan imposible concebir al hombre sin cuerpo como concebirle sin alma.

Si pues el cuerpo y el alma entran necesariamente en el concepto esencial de *hombre*, y el cuerpo en tanto es humano en cuanto está unido al alma racional, y no de otro modo, claro es que el alma es la forma intrínseca sustancial del mismo, dado que en todo compuesto la forma es la parte mas noble y principal. Mas el alma, sustancia incompleta en razon de supuesto, se ordena al cuerpo, y halla en él su complemento y perfeccion natural, formando con él un todo, un principio de accion, una naturaleza in-

© Biblioteca Nacional de España

dividua específica, una persona, una *unidad*; por consiguiente la union de ambos es sustancial y personal. De lo cual resulta con la mayor evidencia que es incomunicable este compuesto, que su existencia personal es única, y que ni el alma puede animar otro cuerpo que aquel á quien una vez se unió quedando completa, ni el cuerpo ser informado por otra alma que por aquella con la cual es una persona.

Una es, ó mejor dicho, única y singular la persona humana, y solo es una por la existencia terrestre, en la cual se verifica la union íntima, natural y completa de sus dos componentes, y por esto es un desvarío la reencarnacion del alma en otro organismo distinto, y mas aun en otro organismo diverso, como son sin duda los de otros mundos habitados. Hay en efecto una repugnancia intrínseca en que la persona se multiplique en varias existencias, porque perderia su identidad en cada una, y resultarian tantas personas como vidas y encarnaciones. Lo que es *uno* sustancialmente no puede ser *muchos*: es una idea contradictoria y absurda. De modo que decir pluralidad de existencias es lo mismo que decir pluralidad de personas, y por consiguiente destruir su necesaria unidad.

Nos convenceremos mas de esta verdad, cuanto mas estudiemos la razon de forma informante del alma respecto al cuerpo, y el verdadero carácter y fines de su union sustancial. En el universo todos los séres siguen la ley de las gradaciones, distribuidos en una escala ordenada entre unos y otros de manera que el ínfimo toca al medio, éste al mas perfecto, y éste al superior, y la perfeccion mayor del uno se encuentra en el grado ínfimo en el sér que le precede; y asi sucesivamente, realizándose la unidad en la variedad. Habiendo sustancias puramente espirituales y sustancias puramente materiales, si habian de estar en contacto unas con otras, para no quedar interrumpida la escala

© Biblioteca Nacional de España

de los séres, resultando en cierto modo dos creaciones aislas, era preciso que hubiese una especie intermedia, un sér compuesto de materia y espíritu, de manera que lo mas perfecto del sér organizado estuviera unido con lo menos perfecto de la creacion espiritual. Mas para esto no basta la mera suma de dos elementos puestos en contacto, sino que se requiere una comunicacion íntima, una como transfusion del sér del uno en el sér del otro, y por lo tanto union sustancial y personal.

Colocada el alma en el grado ínfimo de las sustancias inteligentes, por este mismo hecho viene destinada á unirse con la materia, para el órden gradual de la creacion. Verificada la union resulta *el hombre*; que por su cuerpo es materia, por su alma es espíritu, y por su modo de ser es una verdadera sustancia compuesta de uno y otro. El cuerpo necesita del alma para existir y obrar, como el alma necesita del cuerpo para adquirir muchas ideas, y comunicar con el mundo exterior. Entre ambos existe union *natural*, influencia recíproca, auxilio mútuo, complemento personal, y una comunicacion tan íntima y tan estrecha, que el cuerpo se dice con toda propiedad *animado*, y el alma con profundidad filosófica se llama *encarnada*. La esencia de nuestro *yo* consiste en esta admirable comunicacion de dos elementos tan contrarios, por la cual somos un individuo de la especie humana, un miembro de la naturaleza, un sugeto responsable, un animal racional. Si alguno desconoce esta verdad, niega al hombre, ó le degrada, quitándole toda su importancia en el universo, y la dignidad de ser el lazo visible de la creacion. O el hombre no es sustancia, sino accidente, ó su cuerpo y su alma forman unidad sustancial.

Por ocupar el grado inferior en el órden de las inteligencias, el alma solo entiende por conceptos parciales, y

© Biblioteca Nacional de España

esta es otra razon de su union al cuerpo para recibir por su medio las imágenes de los objetos sensibles y singulares, y elevarse al conocimiento de lo universal. «El cuerpo, dice Santo Tomás, es un instrumento por cuyo medio el alma ejerce su operacion específica, la operacion de entender por lo sensible y cumplir uno de los fines de su sér; de donde se infiere que el alma está unida al cuerpo para su mayor bien.»—«El alma, continúa el Santo Doctor, no constituye por sí sola la naturaleza humana; no es mas que una parte de ella, y por lo tanto no tiene su *perfeccion natural*, sino en cuanto que está unida al cuerpo.»—«Es cierto que el cuerpo no es de esencia del alma: pero el alma por la naturaleza de su esencia debe estar unida al cuerpo. Por esto no es el alma sola, sino todo el compuesto de cuerpo y alma lo que forma precisamente la especie humana.»—Se completa pues por su union con el cuerpo, como la forma con su materia, y al adquirir su propio bien, eleva á aquel á participar de su vida, y le comunica el sér, la potencia y la operacion. Entonces se predican propiamente del compuesto las acciones de sus dos partes; Pedro anda, Pedro come, Pedro entiende, Pedro quiere, y las comunes á uno y otro, como Pedro siente, Pedro padece. Repugna que esto sea efecto de una union accidental, como suponia Platon.

Empezamos á comprender cuán interesante es esta doctrina para establecer la unidad de naturaleza humana y de persona. La forma sustancial hace á la cosa *una*, subsistente, determinada en su sér, y es el principio y la raiz de sus propiedades y de su actividad. Es imposible por lo tanto que el alma pueda encarnar en el cuerpo de un bruto, porque la contradiccion actual y simultánea no cabe en la naturaleza, y los adversarios tienen el buen sentido de reconocerlo. Luego la metempsícosis de los antiguos es claramente absurda. Pero por la misma razon repugna que el alma sea

© Biblioteca Nacional de España

forma de otro cuerpo organizado que el suyo propio, porque el principio intrínseco informante, si ha de ser idéntico, es esencialmente incomunicable. Puesto que la persona resulta de la union sustancial, ésta no puede multiplicarse sin destruir aquella, lo cual es un argumento decisivo contra las reencarnaciones.

Profundicemos un poco mas estos tesoros de la sabiduría cristiana, que tan elevada idea nos hacen concebir de la grandeza y dignidad del hombre, y derraman los mas vivos esplendores sobre el problema de nuestro eterno destino, de nuestra existencia inmortal. El hombre, el hombre es quien vivirá los siglos eternos, quien se perpetuará con duracion indeficiente, quien presenciará la disolucion de los astros, al cabo de infinitas revoluciones, quien sobrevivirá á las mudanzas del universo físico, sin que él sufra menoscabo en el principio de su sér, porque él es la *persona*, cuya identidad permanente es necesaria, porque lo exige la razon de la inmortalidad. Cuando la muerte disuelve este compuesto admirable, y el cuerpo perece, solo es temporalmente, sin formar estado, y la persona humana se ha de reconstituir un dia en su integridad. Es claro que el alma subsiste por sí, aun despues de la muerte del cuerpo, pero seria contra su naturaleza permanecer siempre incompleta separada de aquel. Habiendo pues hallado su complemento personal en la union con el cuerpo, ha de subsistir la persona humana como tal, y no puede el alma formar otra persona sin perder la unidad y la identidad (1).

(1) Cada cosa, dice Santo Tomás, tiene la unidad por el mismo modo que tiene el ser; y por consiguiente el mismo es el juicio acerca de la multiplicacion de la cosa, que acerca del ser de la misma. Pero es manifiesto que el alma intelectual se une al cuerpo segun su ser, como forma; y sin embargo destruido el cuerpo permanece el alma intelectual en su propio ser.» Luego es numéricamente distinta en cada uno de los cuerpos, y una sola alma no puede informar cuerpos distintos.

© Biblioteca Nacional de España

Los partidarios de la pluralidad de existencias no han comprendido este órden natural del alma al cuerpo, y viceversa, que nace precisamente de la razon de forma sustancial. En virtud de ella se completan mútuamente con una sola existencia actual, que el alma dá y el cuerpo recibe: el uno influye sobre el otro, y se predican del *todo* atributos que no le convienen aisladamente, y por último, obran con una accion comun. Es la union mas íntima que se conoce en la naturaleza, y es de todo punto singular. El ejemplo que algunos ponen de la esfera de acero calentada hasta el blanco, que siendo acero es al mismo tiempo fuego, y teniendo las propiedades de uno y otro, rueda, pesa y abrasa, produciendo efectos diversos segun sus varios elementos, es una imágen pálida é inadecuada del estrecho consorcio que reune á la materia y al espíritu en una subsistencia personal.

Si esta union fuese accidental, si fuese solo como del motor á lo movido, ó del piloto á la nave, segun queria Platon, ¿podria ser tan íntima? Y para unir la esfera de lo sensible con lo intelectual, para componer el sér mas perfecto de la creacion visible, ¿Dios hubiera dispuesto una union accidental y contraria á la naturaleza? ¿Con qué objeto habria formado esta asociacion efímera y transitoria entre el cuerpo y el alma racional. En este caso no seria un auxiliar lo que el espíritu habria recibido, sino una carga pesada, de la cual desearia desembarazarse lo mas pronto posible. Este compuesto no podria menos de ser violento, porque la naturaleza venia forzada á unirse á su mayor contrario. De todos modos habria un agregado, pero no una unidad, pues necesariamente cada parte habia de conservar su sér propio, y resultarian por lo tanto dos sustancias, dos supuestos, dos naturalezas, dos séres, lo cual es un contrasentido.

© Biblioteca Nacional de España

Si el hombre es uno, lo es numéricamente, es un *individuo*, con unidad trascendental, que incluye por una parte una entidad positiva, y por otra la negacion de division, ó mejor dicho, la imposibilidad de multiplicacion. La identidad no es otra cosa que la unidad permanente del sér. De aquí deduciremos otro argumento irrefutable, considerando cómo se constituye la unidad numérica humana, ó sea, usando el lenguaje escolástico, *el principio de individuacion*. Cuestion es esta compleja y honda, debatida con ardor en las escuelas, y que Bossuet con otros filósofos juzgaron insoluble. Los unos opinaron que el principio de la unidad numérica debia ponerse en la existencia actual, otros en la determinacion concreta de los atributos que adornan al sugeto, aquellos en la esencia física, éstos en la causa eficiente: Santo Tomás, á quien siguen lamay or parte, dió una nueva prueba de la profundidad de su génio, señalándole en la materia en cuanto determinada por la cuantidad y la estension. «Las cosas, dice, que convienen en la especie y se diferencian por el número, convienen por la forma y se distinguen por la materia.» Esta opinion, dice el P. Zeferino, no carece de sólido fundamento, porque la individuacion, como identificada con la naturaleza del individuo, debe traer su orígen de alguno de sus principios esenciales, que son la materia y la forma sustancial. A la forma le pertenece ser y es realmente principio de la unidad y distincion específica, mas no de la numérica: luego esta última solo puede proceder como de primer orígen de la materia, determinada de este ó el otro modo por razon de la forma que recibió.—Para nuestro caso, cualquiera opinion que se adopte, siempre resulta que el cuerpo es un elemento esencial en la unidad numérica del hombre, y por lo tanto que el alma jamás podrá animar otro cuerpo sin que perezca para siempre *el hombre*, el animal racional.

© Biblioteca Nacional de España

Oigamos al esclarecido filósofo P. Zigliara, quien por sus notables trabajos en esta materia y otras, acaba de ser honrado por Leon XIII, con la púrpura Cardenalicia. «Si el hombre en su esencia consta de alma y cuerpo, pero el hombre *individuo* cónsta en su esencia individual de *tal* alma y de *tal* cuerpo. Mas el cuerpo toma la especie humana del alma, porque nuestro cuerpo en tanto se dice humano en cuanto está unido al alma humana. Pero el alma ya se considere en abstracto, ya en concreto, no es el *hombre*, ni es *tal* hombre: sin embargo, ella dá el *sér* humano por el cual se forma *este* hombre. Si pues el alma por sí precisamente constituye la unidad y distincion numérica de *tal* hombre, como constituye la unidad específica, se seguirá de aquí que el *sér* individuo completo de aquel hombre seria el *sér* individuo completo de la misma alma, y por consiguiente, que el cuerpo no seria en el hombre sino un accidente del mismo individuo: es decir, que en rigor habria, segun esta hipótesis, dos individuos verdaderos y reales, á saber, el alma y el cuerpo, y dos personalidades, ó mas bien una personalidad y un supuesto, lo cual es absurdo. Luego se ha de confesar que el principio de especificacion en el hombre es el alma racional, y que el principio de individuacion está en la materia, que es otro elemento esencial.»

De esta doctrina deducian los escolásticos una consecuencia importante; que las sustancias espirituales incompletas, ó sea las almas humanas, son individuadas por órden al cuerpo á que van destinadas, de donde parte su distincion numérica; y por cuanto, aun separadas del cuerpo dicen órden al mismo, tambien en ese estado permanecen individuas, ó conservan su unidad como tales. Pero completadas en razon de persona por la union al cuerpo, esta materia organizada determinada ya por la forma específicamente, hace que esta forma sea singular é incomu-

© Biblioteca Nacional de España

nicable. Por eso se ha dicho que la materia y la forma son mútuamente su causa. El órden de la una á la otra no se altera por la separacion, por ser partes integrantes de la naturaleza humana; lo cual demuestra que la reencarnacion es imposible. Añadiremos que las *formas*, por ser simples, no pueden perecer, y precisamente subsisten en razon de tales, de suerte que mientras dure el alma, quedará incompleta, sino es con su propio cuerpo; y esta es una de las razones que persuaden nuestra futura resurreccion, porque en otro caso la muerte colocaria al alma en un estado preternatural por toda la eternidad.

Para eludir la fuerza de estas dificultades, y salvar la personalidad humana, comprometida con su sistema, los adversarios se han visto precisados á inventar no sé qué cuerpo fluídico, sutil é impalpable, que acompaña al alma en todas sus existencias, y le sirve para ponerse en contacto con los diversos organismos que en ellas toma, y comunicar con el mundo exterior, aun en el estado de separacion. Le dan el nombre bárbaro de *perispíritu*. Pero esto es amontonar desvarío sobre desvarío, y absurdo sobre absurdo. Por sutil y vaporoso que se quiera, aunque sea un elemento etéreo tan puro, que comparados con él sean como los gases mas pesados el calor, la luz y la electricidad, siempre resultará que es *materia*, y hay la misma dificultad en que el alma se una á él que á nuestro cuerpo terreno, puesto que entre la materia y el espíritu media una distancia inmensa. (1) Hay una dificultad doble, porque en este caso el alma necesitaria para comunicar con el mundo visible el in-

(1) ¡Qué estravagancia, dice el P. Pailloux, qué necedad querer asignar un mediador á la accion de los espíritus sobre los cuerpos! ¡Como si hubiese una sustancia media entre el cuerpo y el espíritu! ¡Como si el espíritu no pudiese hacer sentir su accion sobre un cuerpo de carne y huesos tan bien como sobre uno gaseoso! ¡Como si el fluido mas sutil é impalpable fuese menos corpóreo ó mas espiritual que los mas groseros elementos!—*El magnetismo, el espiritismo y la posesion*, conversacion 5.

© Biblioteca Nacional de España

termedio de dos cuerpos: y es bien claro que una sola forma no puede animar simultáneamente dos sujetos materiales distintos. Hay otra todavía, porque constándonos por la esperiencia que el alma separada del cuerpo actual no puede comunicar con nosotros, resultaria que un *cuerpo* no podria ponerse en relacion y contacto con otros cuerpos. No habria lugar para él en toda la naturaleza, ni entre los cuerpos cuyos órganos groseros no le perciben ni le sienten, ni en el espacio porque la estension no le afecta (y hé aquí la monstruosidad de un cuerpo inextenso, ó á lo menos sin estension definida), ni entre los espíritus por ser de naturaleza absolutamente opuesta á la de ellos.—¿Pero cómo han averiguado los adversarios la existencia de ese cuerpo tan compresible que pasa por el ojo de una llave, tan diáfano que no refleja ningun rayo de luz, tan aéreo que nadie puede tocarle, tan ligero que nada pesa, tan imperceptible que estando íntimamente unido á nosotros nadie lo siente, tan fuera del órden sensible, que ni él mismo está dotado de sensibilidad? Confesemos, pues, que el perispíritu es una suposicion gratuita, es una quimera.

Pero cedamos la palabra al mas eminente de los filósofos, el Doctor angélico. Despues de haber demostrado que toda alma es forma *única* del cuerpo, añade: «Si el alma estuviese unida al cuerpo solo como el motor al móvil, no habria inconveniente, y aun seria necesario, admitir algunas disposiciones *médias* entre el alma y el cuerpo, á saber, de parte del alma la potencia para mover al cuerpo, y de parte de éste cierta aptitud para ser movido por el alma. Pero si el alma intelectiva se une al cuerpo como forma sustancial, es imposible que haya alguna disposicion *média* accidental, entre ambos, como no puede haberla entre cualquiera forma sustancial y su materia. La razon es, que estando la materia en potencia para todos los actos, segun

© Biblioteca Nacional de España

cierto órden, es preciso concebir primeramente en la materia, lo que es primero *simpliciter* en los actos. Pero en todos los actos lo primero es el sér, *esse*: luego es imposible concebir que una cosa sea, por ejemplo, cálida ó grande, antes de ser en acto. Mas la materia recibe el sér en acto de la forma sustancial, que dá simplemente el sér. Es, pues, imposible que preexistan disposiciones accidentales en la materia antes que la forma sustancial, y por lo tanto, antes que el alma.

Abordando mas directamente la cuestion, añade: Si como creyeron los Platónicos, el alma se uniese al cuerpo solo como movente, debiéramos conceder que entre el alma del hombre y de cualquier otro animal y su cuerpo habria algun otro cuerpo intermedio. Hasta seria mas razonable creer que estando el alma, por lo simple de su naturaleza, á grande distancia del cuerpo, necesitaria para mover á éste de algun otro cuerpo intermedio menos grosero, menos pesado y mas sutil: porque el motor necesita mover lo distante por el medio mas cercano. Pero si el alma se une al cuerpo actual como su forma, es imposible que se una mediante algun otro cuerpo. Cuya razon es que la cosa se dice *una* como se dice *ente*: y la forma, siendo acto por esencia, por sí misma hace á la cosa ser en acto, y no por algun medio; de lo cual se infiere que la unidad de la cosa compuesta de materia y forma, resulta de la misma forma que segun su sér se une á la materia como acto de ella. No hay otro lazo de union sino el agente que hace á la materia sér en acto. Por donde se vé que son falsas las opiniones de los que afirmaron que existe algun cuerpo médio entre el alma y el cuerpo del hombre. Algunos Platónicos dijeron que el alma intelectiva se halla naturalmente unida á un cuerpo incorruptible, del cual nunca se separa, y por cuyo medio se une á este cuerpo corruptible. Otros opinaron que se une me-

© Biblioteca Nacional de España

diante un espíritu corpóreo, y algunos creyeron que la union se verifica mediante la luz que dicen ser cuerpo de la naturaleza de la quinta esencia. Pero esto es una ficcion y una ridiculez, ya porque la luz no es cuerpo, ya porque la quinta esencia, siendo inalterable, no entra materialmente en la composicion del cuerpo mixto, sino solo virtualmente, y por último, porque el alma se une inmediatamente al cuerpo, como la forma á su materia.» «El primer instrumento de la virtud motriz es el espíritu, como dice muy bien Aristóteles: si hubiera un cuerpo médio, la accion del alma seria mediata, y remota, contra lo que atestigua el sentido íntimo, la esperiencia y la razon.»

Santo Tomás se proponia esta objecion; «que dos cosas muy diferentes entre sí, no pueden estar unidas sino por algun médio que sin ser la una ni la otra, se asemeje á ellas bajo algun concepto. Pues el alma y el cuerpo, siendo sustancias de naturaleza tan opuesta, exigen para su union algun elemento intermedio que sin ser alma sea alguna cosa simple, y sin ser cuerpo, tenga alguna cosa material.» Es lo que los modernos platónicos llaman el *perispíritu*. Pero á continuacion la resuelve de una manera magistral, como vemos en este pasaje parafraseado por el P. Raulica. «Sin duda no solo el alma y el cuerpo, sino toda forma y toda materia están separadas por la inmensa distancia que separa lo que es *acto* de lo que es mera *potencia*. Asi el alma dista mucho del cuerpo, si se consideran separadamente las condiciones de una y otro, atribuyéndoles un *sér* propio en virtud del cual serian *dos* séres separados é independientes. En esta hipótesis no bastaria un solo intermedio, y seria preciso que interviniesen muchos médios. Pero el alma y el cuerpo no son *dos* sino *un* solo supuesto: no tienen dos séres distintos, sino un solo y mismo sér; el sér del alma de que participa el cuerpo; porque en todo compuesto sustancial

© Biblioteca Nacional de España

de forma y de materia, ésta se halla actualizada por la forma y en la forma, y solo es lo que es por el sér de la forma. Por muy grande que sea pues la diferencia de naturaleza entre el alma intelectual y el cuerpo, desde el momento en que el alma se une al cuerpo como forma, *inmediatamente*, por su sér y comunicándole su propio sér, no hay ya distancia entre ellos, y no necesitan de ningun intermedio para formar juntos el compuesto humano (1).»

«Es tambien absurda bajo otro punto de vista, añade el P. Raulica, la hipótesis de la existencia de un intermedio cualquiera entre el alma y el cuerpo. En esta hipótesis, revestida el alma de una materia sutil, no por eso dejaria de ser el alma compuesta de forma y de materia. Pero en este caso el alma no seria ni podria ser en manera alguna la forma sustancial del cuerpo. Encerrando el compuesto de materia y de forma una materia en su todo, no podria llegar á ser forma de otra materia segun todo su sér, sin que la materia que contiene no se convierta á su vez en forma de otra materia; lo cual es absurdo porque ninguna materia, ni sér alguno solo como potencia, puede convertirse en acto primero de otra materia. ¿Se dirá acaso que esta alma revestida de materia sutil, ó compuesta de materia y de forma, se convierte en forma del cuerpo en una parte sola de sí misma y no en todo su sér? Pero esto equivale á decir que la materia sutil en la que se pretende que aquella se halla envuelta, de nada le sirve, y que se une inmediatamente con el cuerpo por su virtud y por su sér de alma. Esto es decir lo que nosotros decimos; porque para nosotros lo que es forma es alma, y la cosa de que está formada es el primer animado, el cuerpo entero del compuesto vivo. La hipótesis de que se trata deja, pues, en pié la cues-

(1) Lugar citado. Recuérdese la doctrina de los Concilios y de Pio IX, que hemos insertado arriba, de que el alma es *per se et inmediate* forma del cuerpo.

© Biblioteca Nacional de España

tion entera, y la embrolla mas en vez de resolverla (1).»

Sin necesidad de aducir otros argumentos, no dudo que los que mediten bien los presentados, verán derrumbarse la hipótesis de las reencarnaciones, como una casa sin cimientos. No hay, en efecto, argumento mas decisivo y mas fuerte que la unidad de la persona humana. Establecida esta verdad, podremos pasar á nuevas y fecundas aplicaciones de la misma, y mil puntos interesantes acudirán en tropel á la pluma reclamando el derecho de confirmarla. *Uno* es el hombre y uno *será*, porque su principio constituyente es inmortal.—*Uno* es el sér responsable, y ha de permanecer *uno*, para recibir íntegramente el premio ó el castigo de sus obras, ejecutadas por medio del cuerpo. No importa que la muerte disuelva temporalmente el compuesto, pues no es capaz de destruirlo y aniquilarlo: Dios no crió al hombre para dejarle perecer.—*Una* es la persona que reclama para sí la felicidad, y la busca en vano la tierra, y *una* será para que no quede ilusoria aquella aspiracion *natural*. *Uno* es, elevándonos á consideraciones mas altas, el sugeto redimido por la preciosa sangre del Hijo de Dios, que nos tiene reservado un puesto en el cielo, desde que puso en él su triunfante huella en carne mortal. Algun dia Jesucristo presentará al Eterno Padre la naturaleza humana regenerada, como glorioso trofeo é imperecedero monumento de su victoria sobre la muerte y el pecado. *En mi carne veré á mi Dios*, repetimos con el Santo Job.

Un cuerpo y un alma; hé aquí al hombre: hé aquí el testigo de mayor escepcion contra la quimera de las reencarnaciones. El cuerpo es una parte esencial de *nuestro* todo, es un elemento necesario de la especie *humana*, y esta especie, *única* en su género, no puede perecer.

(1) *La Filosofía Cristiana*, t. III, cap. VII, párrafo 89.

© Biblioteca Nacional de España

«Decir que el alma no está unida al cuerpo para su mayor bien, sino para su castigo, y que el cuerpo no ha sido dado al alma para recibir el sér de ésta, sino para que le sirva de cárcel, hacer de toda la tierra una especie de mar por donde se pasean nobles galeotes, siempre adheridos y encerrados en su galera, equivale á decir que el hombre no es un sér natural, existente tal cual es, desde su orígen, sino un sér de superfetacion, formado posteriormente, y que solo á circunstancias meramente accidentales debe su nacimiento y su orígen: es tratar de hacer aceptar á los filósofos hipótesis absurdas y estravagantes hasta el ridículo.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIII.

Argumentos deducidos del concepto nocional de la vida y de la muerte. La generacion.—Altísima dignidad de la paternidad humana.—El alma y el cuerpo.—Fuerza vital.—Revelaciones de la muerte.—El cadáver.—Los cementerios.

Establecida la unidad de la persona humana, queda refutado victoriosamente el error de la pluralidad de existencias, y se abre camino para refutarlo bajo nuevos aspectos. El nacimiento del hombre, su existencia sobre la tierra y su muerte manifiestan que el sér del hombre es tan *uno*, que excluye en absoluto la posibilidad de futuras reencarnaciones.

Obsérvese que penetramos mas allá de la existencia individual, que enviando lógicamente nuestro pensamiento á la raiz misma del compuesto humano, le consideramos en concreto, en su esencia física, con sus notas generales, tal como ocupa su lugar en la naturaleza real. Aunque animado por una forma mas noble que la de los animales, el hombre nace, vive y muere como cualquiera de los séres vivientes que pueblan nuestro planeta: si pues su existencia como *tal hombre* terminase á la entrada del sepulcro, en nada se diferenciaria de aquellos. Esto sucederia sin duda desde que el alma en otra existencia futura tomase un cuerpo nuevo, sea humano, si reencarnaba en la Tier-

© Biblioteca Nacional de España

ra, sea astral, si iba á informar otro organismo en alguno de los mundos que ruedan por el espacio inconmensurable. El cuerpo que hoy es *nuestro* habria perdido su razon de ser, y el individuo tal que hoy *somos*, desapareceria para siempre. En un libro de Sir Humphry Davy, traducido por Mr. Flammarion con el título de *Los últimos dias de un filósofo*, que mas bien debiera titularse *Las últimas noches de un soñador* del género de Edgardo Poe, se indica que el mismo espíritu que habia animado el cuerpo de Sócrates encarnó mas tarde en el cuerpo de Pedro el Grande. ¡Tan ilusos llegan á ser los hombres de talento! ¿Qué quedaba pues de Sócrates cuando vivia el Czar Pedro? Su cuerpo habia desaparecido, su espíritu componia otro individuo; de aquel solo podia decirse que *fue*, puesto que en tal hipótesis era ya *otro* hombre, era Pedro. Así devoran el absurdo. ¿No ven que *dividir* al hombre es lo mismo que precipitarle en la nada? No, no perece para siempre aquel cuyo principio de vida permanece siempre, cuya forma es indestructible, cuya alma es inmortal.

Aunque considerado en su sér físico el hombre vive y muere lo mismo que los demas animales, considerado como hombre, hay en su vida algo muy distinto de aquellos: el principio de donde la recibe. No nos detendremos en impugnar las diversas teorías *vitalistas*, desacreditadas ya para los filósofos mas eminentes, porque comprometen la unidad específica y la unidad personal, y conducen directa ó remotamente al sensualismo y al materialismo. Afirmamos sin rodeos el *animismo*, diciendo que todos los actos y funciones vitales del hombre proceden del alma racional como de su principio sustancial y único. La conciencia, la razon y el sentido comun aseguran que uno es el sugeto que entiende, que siente, que apetece, que se nutre y que crece, y por lo tanto que es uno solo el principio de las

© Biblioteca Nacional de España

operaciones intelectivas, sensitivas y vegetativas.—El influjo mútuo del cuerpo y del alma, el enlace íntimo entre las potencias y actos del órden superior y del órden inferior, las corrientes opuestas que nos solicitan en direcciones contrarias, el desarrollo de algunas facultades y de sus funciones á espensas de las otras, la dependencia recíproca de todas las operaciones vitales entre sí, manifestada bien claramente en la influencia del trabajo intelectual sobre la digestion, ó de ésta sobre las facultades intelectuales, y en fin el hecho evidente de que la vida no cesa en el hombre mientras el alma no se separa del cuerpo, demuestran que el principio vital es uno, y que el cuerpo está verdaderamente vivificado y movido por el alma racional.

Por lo tanto la razon de la vida en el hombre es mas elevada que en los animales, porque participa en cierto modo de la vida superior de las sustancias espirituales. Vive por el alma; y así como ésta por su naturaleza se ordena al cuerpo, como ya hemos visto, de la misma manera el cuerpo humano actuado por ella dice órden á la misma, puesto que entre los dos forman la *persona*, el sér viviente. El hombre se nutre y crece como la planta, se mueve y siente como el animal, pero se eleva sobre ellos á una altura inaccesible por otra vitalidad superior que él solo disfruta, en virtud de la cual entiende y quiere como el ángel. Es porque su vida tiene la raiz en un espíritu consciente, y de aquí que reune en sí dos actividades distintas y hasta opuestas, enlazadas en un principio comun. De aquí es que por su parte mas noble, y precisamente como ser viviente, el hombre es superior al mundo perecedero, de aquí es que su principio vital no puede comunicar la vida á ningun otro organismo ni en la Tierra, ni en los astros, pues desde el momento que forma con el cuerpo un sér uno,

© Biblioteca Nacional de España

el alma ha agotado su fecundidad informante en razon de persona.

Este principio vital es el que precisamente hace y conserva la *unidad* del cuerpo, formando un todo de los diversos elementos materiales de que consta; él los ordena, los agrupa, los dirige y los mueve, y él es quien domina las energías inferiores de la materia encaminándolas al bien del mismo sér. Pero cada cuerpo es el campo de una lucha incesante entre los diversos elementos que le componen, los cuales tienden á sobreponerse unos á otros: la materia pasa en incesantes oleadas de un sér á otro sér, de un viviente á otro viviente, y los átomos que actualmente componen el cuerpo humano, pasan en breve tiempo á otros cuerpos, y son sustituidos por átomos nuevos. El cuerpo humano renueva toda su materia en el espacio de pocas semanas, y sin embargo permanece siempre sustancialmente idéntico; y cada uno puede decir con toda verdad, «*Mi cuerpo*,» refiriéndose al que saltaba en su niñez, al que lleno de ilusiones frecuentaba las aulas en su juventud, *y* al que, vueltas las ilusiones en canas, ocupa la cátedra ó el bufete en la edad madura. Este cuerpo tantas veces renovado es siempre el mismo, merced al principio vital que vivifica todas las moléculas que sucesivamente le pertenecen. Sin embargo en todos los cambios conserva sus señas características, su fisonomía, sus defectos y sus cicatrices, y á pesar de renovarse constantemente llega un dia en que envejece, y su organismo entorpecido opone dificultades á la accion vital. El principio de la vida huye y el cuerpo muere. Entonces se apodera de él *la vida* de la muerte: las fuerzas físico-químicas no estando ya bajo el imperio de la fuerza vital ni dominadas por sus leyes, siguen su impulso natural hasta lograr la descomposicion total de la forma orgánica. Esto prueba que la identidad del cuerpo

© Biblioteca Nacional de España

no consiste en tal ó cual agregado subsistente de átomos, ni en la materia organizada, sino en el sér mismo sustancial del viviente, y en su operacion propia por un principio intrínseco inmanente. Aunque se disuelva el cuerpo de *tal hombre*, el principio vital no perece, la potencia intrínseca de obrar subsiste, las ideas y conocimientos que el alma adquiere por medio de sus órganos permanecen en ella: y esta es otra razon de ser aquel principio incomunicable, precisamente por ser indestructible.

«El alma, dice Huschké, no es un término colectivo, no es una suma, no es una resultante de todas las energías materiales particulares, sino por el contrario el principio creador, la potencia real que detiene los elementos en la unidad de organismo que ella ha formado. Nuestra vida corporal y espiritual es la idea del *yo*, produciéndose exteriormente y desarrollándose gradualmente.» Los adversarios convienen con nosotros en esta parte por hallarse muy distantes del materialismo. Pero la vida completa tiene por término la persona: esta podrá poseerla con mayor ó menor perfeccion, con mas ó menos vigor, pero jamás puede haber en ella distincion ni multiplicidad. Seria preciso dejar de ser la existencia antigua para ser la existencia nueva: y el *yo* viviente al conocerse en dos ó mas distintos organismos, necesariamente se conoceria múltiple y distinto. Así la esencia de la vida humana se altera y se corrompe en su nocion fundamentul.

¿Cómo recibe el hombre la vida? Como persona; y es persona desde que empieza á vivir. *Nace:* obsérvese la profundidad de esta espresion. Hace algunos años no existia, no era hombre, no ocupaba un lugar en la naturaleza, pero nace y ya es un sér vivo, un indivíduo de la especie humana, un animal racional. Sin pasar por esta condicion ninguna alma puede animar un cuerpo, ni unirse á él, ni

© Biblioteca Nacional de España

moverlo para cualquier accion vital. Para nacer ha debido ser *engendrado;* tal es el órden de la naturaleza, á no ser que Dios le produjese milagrosamente por creacion como á nuestro primer padre Adam. No hay un Prometeo que baje del cielo el fuego divino para vivificar á una nueva Pandora. Para entrar en la vida, ha de haberla recibido mediante un acto acompañado de cierta torpeza, pues el hombre es tan miserable, que aun aquello que constituye su mayor prerrogativa y su dignidad mas alta, como es producir un semejante suyo, lleva la triste huella del pecado (1). Pero la generacion da la vida á un sér que no existia, (téngase esto muy en cuenta), es el orígen primero del viviente, es el principio de su existencia: y por lo tanto es absolutamente imposible que cualquier viviente sea engendrado mas que *una sola vez,* en este mundo ni en otro, y lo mismo que vuelva á *nacer* en otro cuerpo. Esto es tan claro como la luz.

Es un contrasentido manifiesto que lo que ya existe vuelva á tener orígen, vuelva á recibir la existencia. Si se dice que esta existencia es la misma, se afirma un absurdo; si es distinta, tendremos un sér del todo nuevo, que implica la duplicacion ó el aniquilamiento del primero. En todo caso se realizaria en un mismo sugeto y á un mismo tiempo la contradiccion de *sér y no sér:* sér, porque se le supone existente, no sér, porque se le supone engendrado. En tales laberintos se encierra la utopia de las reencarnaciones (2).

(1) «¿Por qué (pregunta Hettinger), el hombre en todos los grados de civilizacion, sepulta en el secreto y en las sombras de la noche el acto de la generacion, que sin embargo es la cooperacion en la obra mayor de este mundo, en dar la vida al hombre? ¿Por qué sino porque el cuerpo, entonces pasivo así como un vil instrumento, sufre toda la tiranía de la pasion que es solo la que obra?»

(2) De aquí resultaria otro absurdo mayor. Si las encarnaciones se repitiesen sobre la Tierra podria darse el caso de que, encarnando uno por ejemplo cien años despues de su muerte, fuese hijo de sus propios nietos: de este modo seria á un mismo tiempo ascendiente y descendiente de si mismo.

© Biblioteca Nacional de España

El hombre, la persona, todo el hombre *nace*, recibe la plenitud de vida que le corresponde, y con verdad se dice que es engendrado. «Aunque el alma racional no es producida por generacion, escribe el sabio Obispo de Córdoba, esto no obsta para que se diga con verdad que el hombre es engendrado ó producido por generacion, así como decimos con verdad que un hombre mata á otro hombre, por mas que esta muerte no se extienda al alma. El hombre ó sea el individuo compuesto de cuerpo y alma racional, se dice que es engendrado, 1.° porque es el término total, adecuado y último de la accion generativa humana; 2.° porque la accion generativa de los padres, aunque no se termina ó refiere al alma racional directamente y por parte de su sér, se refiere á ella y puede decirse que obra sobre ella indirectamente, ó sea en cuanto á su union con el cuerpo, por cuanto la accion generativa determina en el cuerpo la organizacion que segun el curso y leyes de la naturaleza exige la union del alma racional.—«Los escolásticos lo explicaban con su acostumbrada precision y profundidad, diciendo: *La persona engendra á la persona.*»—Habiendo sido una vez engendrada la persona humana, no volverá á pasar por otros nacimientos.

Admiremos la altísima dignidad de la paternidad humana; el hombre es verdaderamente padre de sus hijos, porque les da la existencia. Esto es lo que aquella palabra significa en todas las lenguas. Todas las grandes obras que ha ejecutado el hombre, todas las maravillas que ha realizado, todos los imperecederos monumentos del arte y de la ciencia debidos á su genio, todos reunidos, no llegan á la grande obra de producir un semejante suyo, un sér igual á él, un hijo. De aquí proviene que la autoridad paternal ha sido siempre la mas respetable, la mas legítima, y la fundada en mejores títulos, tan augusta y tan indis-

© Biblioteca Nacional de España

cutible como la imágen viva de Dios sobre la tierra. Una prueba de esto es el exagerado despotismo paternal de las sociedades paganas, que reconocian en el padre el derecho de vida y muerte sobre los hijos. Es una delegacion de la misma autoridad divina, porque participa en cierto modo la dignidad de creador. *De Dios mismo toma orígen toda paternidad en los cielos y en la tierra*, dice el Apóstol (1). Dios comunicó al hombre la dignidad de causa para la propagacion de la especie, concurriendo Él mismo como causa primera al acto generador, (á la obra de la naturaleza, no al desórden moral, que muchas veces la acompaña), y como concausa, porque crea el alma, á la perfeccion del sér engendrado. Pero para que el hombre no se llene de soberbia y de orgullo, y para que la multiplicacion de la especie no viniese de una manera violenta y desordenada, la generacion humana no depende de la voluntad, sino que es una marcha regular de la naturaleza; y hablando mas propiamente, siendo voluntaria en cuanto al acto, nada puede la voluntad en cuanto al efecto. A este fin está sabiamente ordenada la diversidad de sexos; el varon y la mujer concurren á la reproduccion, pero ni aun despues de concebir sabe la madre lo que lleva en su seno. Sucede que todo agente racional hace sus obras como quiere, si no encuentra obstáculos insuperables, y á lo menos se esfuerza por conformarlas á un tipo que vive de antemano en su pensamiento: pero en la generacion va á ciegas, pone un acto que ni siquiera sabe si será fecundo ó estéril, y que muchas veces no tiene resultado alguno, y en vano su voluntad intenta producir tal efecto determinado, pues su poder no se estiende al sexo, á la constitucion ó á la figura, y mucho menos á las cualidades morales, á la in-

(1) A los de Efeso, III, 15.

© Biblioteca Nacional de España

teligencia y á la bondad. Esto consiste en que los padres son *cooperadores* de Dios, y es razonable y justo que la obra sea dirigida y ejecutada no segun la voluntad del agente secundario sino del agente principal.

Pero las causas segundas son causas inmediatas y adecuadas respecto de su efecto, y el hombre es verdadero padre de sus hijos. Cuando nace un niño, los principales atributos de la divinidad reflejan en los cónyuges: es hijo del varon porque le da el ser, es hijo de la mujer porque se lo conserva. El primero le engendra, la segunda le cuida y le alimenta; el primero es como un *Criador*, la segunda es como una *Providencia*. No hay ministerio mas alto en el universo, no hay dignidad mas excelsa. El hombre crece á sus propios ojos y á los de sus semejantes: desde que puede producir á otro *hombre*, se convierte en un semi-Dios.

Mas hé aquí que esta dignidad es degradada y destruida por el impío sistema de la pluralidad de existencias. Porque si hemos vivido ya en vidas anteriores, si venimos de otros mundos, ó vamos á ellos, nuestros padres no son tales, porque no han producido la persona: han sido solo unos meros instrumentos inconscientes de la formacion de nuestro cuerpo, esta vil envoltura del espíritu preexistente, que debiéramos abandonar para siempre en la muerte. Si el padre no es verdaderamente autor de la existencia del hijo, será en esta parte inferior en dignidad al bruto, que puede dar y dá orígen á un nuevo sér, y multiplicarse en sus descendientes. Mas aun, la generacion humana que en realidad es una obra superior á la produccion de un astro, si el hombre fuera capaz de esto, en esta hipótesis absurda seria sin duda inferior á la formacion de una estátua de mármol, fruto del genio del artista. Con horror mezclado de indignacion y como quien sufre una pesadilla, escucha-

© Biblioteca Nacional de España

mos que habremos de tener en otros mundos otros padres y otras madres, y que podríamos nacer á otra vida en la que no tuvieramos la menor idea de los que aquí nos han dado el sér. Apelamos á todos los corazones, y no solo ya al sentido comun: y por todas partes se levantan mil voces ofendidas, protestando contra esta teoría inhumana que no contenta con despojar al hombre de su corona de padre, nos quiere arrebatar el único amor santo, inmutable y desinteresado que se conoce, el único amor que nunca se entibia, el único amor en que se puede creer.

Mientras el alma sea alma, los padres amarán á sus hijos y los hijos amarán á sus padres con un amor exclusivo, singular, indivisible que no puede estenderse á ningun otro con el mismo carácter. En el cielo mismo amaremos á Dios sobre todas las cosas, y felices en su contemplacion, abismaremos en su gloria nuestro sér entero. Pero despues de Dios y en Dios amaremos por su órden á todas las cosas, los padres á los hijos, los hijos á los padres, los esposos á las esposas, los hermanos á los hermanos, los amigos á los amigos, á cada uno en su esfera. Vivir es amar. La gloria perfecciona la naturaleza, pero no la destruye. Preguntad á todas las madres y vereis que nada puede arrancarles el amor á sus hijos, que la misma muerte es incapaz de romper estos tiernos lazos. Cuando amamos plenamente, cuando nuestro corazon está poseido de un amor tan natural y legítimo, comprendemos que hay en este amor alguna cosa de inmortal.

En el órden actual de la Providencia el hombre una vez *nacido*, no debia haber muerto: por eso mismo Dios al elevarle en su orígen al estado sobrenatural, dispuso que su cuerpo estuviese dotado del don inapreciable de la inmortalidad, para que su union con el alma fuese perpetua é inseparable. *Dios*, dice el libro de la Sabiduría, *hizo al*

© Biblioteca Nacional de España

hombre inexterminable, y solo por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (1). El Hijo de Dios tomó carne humana, para restablecer aquel órden perturbado por el pecado, y restaurar á la naturaleza en la posesion de aquellos dones, y al efecto nos devolverá tambien la inmortalidad del cuerpo en la futura resurreccion. Luego en cualquier estado, el hombre que una vez *nace*, ese mismo vive, y vivirá sin necesidad de volver á nacer.

Cada uno aprecia á su cuerpo no como una envoltura transitoria, sino como una parte esencial de sí mismo, y como un complemento de su sér personal. La muerte es una pena. No bien se halla formada la fuerza vital, cuando ya entra en un movimiento contínuo de disminucion que acaba por extinguirla. No es Dios quien hizo la muerte, sino que ésta entró por el pecado. Ella no es, como pretende Tichse, un efecto del progreso vital, sino un castigo que ha caido sobre la raza humana. El hombre tiene un horror natural é instintivo á la muerte, como á la pena del pecado, como á la puerta de una eternidad desconocida, y principalmente como á la disolucion ó separacion violenta de su sér, por mas que solo tenga carácter temporal. Aunque se rompan los lazos íntimos que unen al cuerpo y al alma, es claro que no es destruida la existencia humana. El compuesto, la sustancia completa, la persona sufre la division de sus dos elementos, y como sucede en todo compuesto natural y sustancial, uno y otro reclaman su recomposicion.

Por esta razon la muerte del hombre ha inspirado á Eugenio Pelletan una bella demostracion de la inmortalidad «El hombre, dice en las *Horas de trabajo,* es un sér religioso; mas aun, religioso por esencia. El animal vive y muere, pero no sabe que vive, ni que debe morir: el hom-

(1) Sabiduría, cap. II, v. 25.—A los Romanos, V. 12.

© Biblioteca Nacional de España

bre, por el contrario, sabe que posee una existencia, y que ha de depositarla al fin de su jornada. Aunque no tuviera mas que la nocion de la muerte, esta nocion le constituiria un puesto aparte en la creacion. Si la tumba fuera la última etapa de su destino, ¿por qué habria de estar iniciado en el secreto de su propio fin? Siendo así, Dios se lo habria dado á conocer tan solo para anticiparle una larga agonía. El don mas bello de su magnificencia seria un verdugo interior que nos recordaria sin cesar nuestra sentencia hasta el dia de la ejecucion, para derramar lentamente en nuestra alma, gota á gota, todo el horror de nuestro fatal destino. ¡Nos habria concedido mas ventajas, y por una especie de ironía, nos castigaria mas por medio de su mismo beneficio! Segun esto ¿el espíritu, reflejo vivo de la divinidad, seria un refinamiento de crueldad? Esto es imposible, ó mejor dicho, es una blasfemia. Dios ha puesto la muerte á nuestra vista, como un severo guardian que nos recuerde diariamente nuestro destino. Si no tuviera el hombre la conciencia de la muerte, correria con el tiempo, y se dispersaria á cada soplo de la casualidad sin trabajar un instante en favor de su eternidad. Pero la fosa está allí abierta á su vista: el hombre la ve y no quiere morir, no puede á causa de su naturaleza consentir en morir. Entonces piensa que su vida es algo mas que la muerte, algo que vá mas allá: hace pues un esfuerzo para huir de la dispersion y entrar en la verdad de su destino. Asi el hombre, único entre los séres terrestres que tiene idea de la muerte, es inmortal.»

Mas cuando va á sonar la hora formidable de la muerte, el mas animoso tiembla y se extremece al pensar que va á entrar en breve en el tenebroso desierto de la incertidumbre, donde se ha de fijar su suerte eterna. Por mas que la poesía y el arte hayan procurado embellecer la espantable figura de la muerte, por mas que algunos sistemas moder-

© Biblioteca Nacional de España

nos disfrazados de materialismo hagan esfuerzos por despojar de su horror este amargo trance, y pretendan persuadirnos que es un placer, siempre el temible momento de entrar de lleno en la eternidad hará estremecer al alma humana, mientras haya hombres sobre la tierra. En medio de este horror instintivo á la muerte, en todos tiempos y en todos los pueblos se ha profesado profundo respeto al cadáver, como á un objeto sagrado; como si conservase algo del espíritu que le ha animado, y no se hubieran roto en absoluto sus lazos con él. El mas oscuro mendigo, al exhalar su último aliento, deja en su cadáver un sello augusto. La religion y la ley toman bajo su amparo las cenizas del hombre, multiplican los honores fúnebres, y dan un carácter sagrado y digno de respeto á los sepulcros. El mas atroz castigo, y el mas ejemplar escarmiento que ha sabido imponer la sociedad ultrajada, consiste en arrojar al viento las cenizas del criminal. Por el contrario la violacion y profanacion de las tumbas ha sido siempre considerada como un sacrilegio, y castigada con penas semejantes á las impuestas á los homicidas. Conocidas son las sábias leyes de Egipto acerca de las sepulturas, y que esta nacion debe á sus tumbas una parte de su celebridad. Las leyes de Solon escluian á los violadores de la entrada en el templo: en muchos pueblos eran sacrificados á las furias vengadoras; los bárbaros los inmolaban y arrojaban sus cuerpos á los muladares. Nuestras leyes de Partida los condenan á una fuerte multa, (diez libras de oro) al destierro, ó á muerte, segun los casos (1). La Iglesia los espulsa de su seno imponiéndoles la pena de excomunion.

(1) Ley XII, tít. IX, partida VII.—Entre los Romanos la violacion de sepulturas se miraba como uno de los mayores crímenes, como se ve en el *tit. de Sepult. violat.*—Los cementerios eran lugares religiosos: un campo profano y particular llegaba á ser tal por la inhumacion de un cadáver; no se permitia cultivarlo mas, y el que lo ejecutaba era castigado como violador de un lugar santo *L. cum in diversis, ff. de relig. Sumpt. fun*

© Biblioteca Nacional de España

«El respeto hácia los muertos, dice Pioger, no es un sentimiento que responde á tal ó cual grado de civilizacion, ó peculiar de tal ó cual religion, sino que es una de esas leyes primitivas del órden moral que grabó la mano de Dios en la conciencia del género humano. Asi le hallamos en todas partes, tanto en los pueblos de la antigüedad como entre las naciones modernas. No hay razas humanas por degradadas que estén que no observen este respeto... Por eso se ha dicho que la religion de las tumbas es la mejor garantía del honor de las familias, de la vida y fortuna de los ciudadanos, y que puede apreciarse el valor moral de un pueblo por el respeto y los honores que tributa á las generaciones que dejaron de existir.»

Entrad en un cementerio, y aunque la vanidad humana, el orgullo y el sensualismo hayan hecho lo posible por desfigurar su carácter severo, observareis allí alguna cosa de santo é imponente, como si entrárais en un templo. La religion ha santificado estos lugares, llenándolos de paz. A un mismo tiempo penetran en el alma el sentimiento de la inmortalidad, y la vanidad de lo terreno, la luz deslumbrante de la otra vida, y la profunda oscuridad del sepulcro. Entonces nos sentimos sobrecogidos de un estremecimiento involuntario, se apaga la voz, parece que no nos atrevemos á caminar con soltura en medio de las tumbas, como si temiéramos turbar con nuestras pisadas el reposo y la calma de aquellos lugares. Al comprender nuestra pequeñez se queda el corazon tan mústio como las flores pálidas que salen de las huesas, y la respiracion inmóvil como la eternidad en que viven los muertos. Pero bien pronto nos reanimamos con la consideracion de nuestra grandeza: bajo aquellas frias losas no hay cadáveres que se corrompen, hay mas bien hermanos nuestros que *duermen*. Sí; duermen como dormiremos todos, esperando, no quiméricas é imposibles

© Biblioteca Nacional de España

reencarnaciones, sino la hora dichosa del despertar. Allí los nobles despojos del espíritu, el polvo santificado por el contacto con el alma inmortal, y por haberla servido de auxiliar y complemento, aguardan tranquilos otra vez su soplo vivificador (1).

Dado el absurdo de la pluralidad de existencias no se concibe ni el horror á la muerte, ni el respeto á los cadáveres, ni la veneracion de los sepulcros, ni la santidad de los cementerios.—Más todavía: es un hecho universal de la humanidad que siempre se ha llorado la muerte y se ha celebrado el nacimiento; pero segun este sistema inhumano debiera suceder lo contrario. La muerte debiera ser celebrada como la libertad del espíritu, y el nacimiento llorado como su prision. El nacer seria una desgracia para el espíritu desencarnado, porque le abatiria, le oscureceria sus facultades, y hasta le quitaria la conciencia de su propio sér: al paso que la muerte, rompiendo sus cadenas, seria un dichoso acontecimiento que nos debiera regocijar. ¿Nuestros adversarios mismos serian capaces de hacerlo así? Entonces darian pruebas de no tener corazon. Pero no; que aunque sistemáticos, son hombres. Se regocijan en el nacimiento de sus hijos, reciben y dan felicitaciones de cumpleaños, derraman lágrimas sinceras sobre sus muertos, sin pensar que salen de los infortunios de la vida, y en una palabra, su conducta práctica está en oposicion abierta con sus peregrinas teorías. La naturaleza es mas fuerte que cualquiera sofistería.

De esta manera el nacimiento del hombre, su existen-

(1) Dice San Juan Crisóstomo que antes de la venida de Cristo la muerte se llamaba *muerte*; pero despues que Cristo vino y hubo sufrido la muerte por dar vida al mundo, la muerte ha perdido este nombre temible, y se llama *sueño, reposo, descanso*.. San Agustin observa que la Santa Escritura llama á los muertos *gentes que duermen*, para dar á entender que despertarán un dia. La voz de la esperanza sale del fondo de la tumba.

© Biblioteca Nacional de España

cia, y su misma muerte son una protesta viva de nuevas existencias. *Seremos* porque *somos*. Hé aquí toda una filosofía completa. En las especies animales los individuos perecen y mueren para siempre, pero no está reservada tan triste suerte al sér mas noble de la creacion. El cuerpo mismo que hoy tenemos, servidor y órgano del alma, entrará en la vida perdurable, y participará de su inmortalidad. El *hombre*, tal como la Providencia lo ha hecho, no ha sido sin duda destinado por aquella á terminar enteramente despues de los cortos dias de su vida mortal.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIV.

Nuevas razones tomadas de la idea y deseo de felicidad.—La pluralidad de existencias es contraria á nuestros sentimientos y aspiraciones.—Inutilidad de muchas pruebas en muchas vidas para fijar nuestra suerte futura.—Estado permanente despues de la muerte.

Las pruebas que hemos presentado hasta aquí me parecen haber demostrado suficientemente para todo espíritu imparcial cuán estraviado rumbo sigue la filosofía moderna en la importantísima cuestion del destino humano, mientras no acepta sin reserva la doctrina católica: las que ahora vamos á esponer, si consideradas filosóficamente no son tan fuertes y directas como las anteriores, en cambio son mas persuasivas y accesibles á todas las inteligencias, aun las mas limitadas, y comunican á aquellas un nuevo grado de claridad y de certeza. Sin embargo no carecen de solidez: la tienen muy grande puesto que se derivan de la misma naturaleza, y responden á las exigencias del órden moral. Para muchos de nuestros lectores este capítulo y el siguiente serán sin duda los que mas contribuyan á desvanecer en este punto sus preocupaciones.

Es un hecho universal y constante que todos queremos ser dichosos, y que en todos nuestros actos y movimientos, conscientes ó instintivos, aspiramos á la felicidad. Este es un sentimiento innato y vehemente que nada puede destruir,

© Biblioteca Nacional de España

ni siquiera debilitar. El deseo de la felicidad es como el aire que respira el alma, es el elemento donde vive, y es la consecuencia inmediata y natural del sentimiento y deseo del propio sér. Nadie quiere vivir, sino porque quiere ser feliz. Pero la esperiencia y la razon nos dictan que la felicidad no se alcanza en esta vida, porque ningun objeto de la tierra, ni todos juntos, reunen sus condiciones. Los bienes terrenos son solo bienes mientras se desean; desde que se poseen, pierden sus encantos, y poco á poco engendran el fastidio. En vano se pedirá la dicha á todas las criaturas: unas porque son imperfectas, otras porque no corresponden á nuestro deseo, ó cambian su voluntad, otras porque nos son arrebatadas por la muerte ó la muerte nos arrebata á nosotros, ninguna de ellas llena el vacío de nuestro corazon. Queremos una felicidad *pronta*; si ésta se nos difiere ó se nos aleja indefinidamente, por el mismo hecho ya somos desdichados. *Non patitur moram*, no sufre dilaciones. Queremos una felicidad *perpétua*; el temor de perderla, ó la pérdida de ella algun dia, nos haria tanto mas infelices, cuanto el bien poseido fuese mas grande. Queremos una felicidad *perfecta*: los defectos del bien amado causan disgusto y afliccion. Queremos en fin una felicidad *suprema*, porque los deseos de nuestra alma se estienden á poseer simultánemente todo lo que tenga razon de bien.

Es claro por lo tanto que nuestro deseo de felicidad termina en Dios. Nuestra alma tiende á El con una aspiracion incesante, por un instinto natural, como el imán busca el polo, como la planta busca la luz; y despues la reflexion, de acuerdo con la naturaleza, conoce que por encima de todos los bienes finitos, solo el mismo Dios es en quien reside y puede residir la felicidad. Sé muy bien que la criatura, segun la exigencia de su naturaleza, no podia aspirar á la posesion sobrenatural de Dios en la vision bea-

© Biblioteca Nacional de España

tífica, que es un don gratuito de la misericordia divina, pero no es menos cierto que en todos los estados de la naturaleza, reales ó posibles, el alma desea siempre, siquiera vagamente y en confuso, la union con Dios bajo la razon comun de supremo bien. «El hombre, dice Santo Tomás, tiene innata la aspiracion de su último fin en comun, deseando naturalmente ser completo en la bondad.» Con esto prevenimos una objeccion de los adversarios que no admiten el órden sobrenatural. La revelacion nos ha ilustrado acerca de este punto; pero dejando su esposicion para mas adelante, nos limitamos ahora á refutar el error de aquellos, considerando esta idea y deseo de la felicidad en el hombre bajo su punto de vista mas general.

Pues bien; bajo este concepto precisamente hallamos que nuestros instintos y aspiraciones rechazan el sistema desconsolador que prolongando indefinidamente la realizacion de la dicha en una série interminable de vidas, y negando el término de estos inútiles viajes, hacen ilusorio y vano aquel deseo, fundado en la sabiduría y justicia de Dios así como en nuestra misma naturaleza. Perseguir incesantemente un ideal que nunca llegará á ser real, es tener al corazon contínuamente suspendido en un abismo, y alimentado de ilusiones, es matar nuestra esperanza y desalentar nuestra actividad, es en una palabra desheredar al hombre para siempre de la dicha y aun condenarle de antemano á una desventura cierta. Para que el alma logre su paz y satisfaccion completa, se requiere que cuente segura una recompensa final, y que halle establecida con certeza en la otra vida la armonía entre la idea y la realidad, entre las acciones y su remuneracion, entre el mérito y la suerte de cada uno. «El mismo Dios y la unidad de su vida divina y bienaventurada nos garantizan que semejante armonía se ha de cumplir un dia en todo el conjunto de la creacion.»

© Biblioteca Nacional de España

Pezzani se hace á sí mismo una objecion que no resuelve, y que es una razon en favor nuestro. «El progreso indefinido, dice, no responde suficientemente á nuestras íntimas aspiraciones, porque el hombre no conseguirá realizar plena y enteramente en un momento dado el ideal á que aspira de todo corazon. Jamás llegará á ser perfecto ni completamente dichoso; á medida que marchemos hácia nuestro término, se irá este alejando. Todas nuestras conquistas harán retroceder cada vez mas los límites de nuestras insaciables esperanzas; á cada progreso que conseguimos, se presentará otro mayor que huirá sin cesar de nuestras miradas.—Sí, responde, pero cada dia nos aproximamos mas. En medio de nuestras largas peregrinaciones en busca de ese absoluto que huye de nosotros y á cada instante retrocede, podemos al menos gozar la suprema dicha en el amor de Dios...» Esto es conceder la fuerza y valor de este argumento, pues por mucho que nos aproximemos, nunca llegaremos, y siempre, siempre nos faltará un camino infinito que recorrer.

Es cierto, como él dice, que pensar en la identificacion con Dios seria una locura: pero á la verdad los místicos no han caido en ella, y le retamos á que nos cite un solo pasaje de sus libros que autorice á creerlo asi. Cuando ellos describen la felicidad de los bienaventurados, por hallarse abismados en el Oceano sin fondo ni riberas de las perfecciones divinas, cuando pintan con vivos colores las inefables delicias de los Santos en el seno de Dios, y la posesion del Sumo bien, se ha de entender segun la capacidad de la criatura, y con una union moral. Estamos muy lejos del panteismo. Pero esta felicidad una vez obtenida es inamisible, es ya el *término* absoluto del progreso del alma: porque ni la Justicia ni la bondad divina pueden permitir que las almas, una vez llegadas á este punto, fuesen sometidas

© Biblioteca Nacional de España

á nuevas pruebas en las cuales, aunque pudieran merecer una recompensa mas elevada, estuviesen espuestas á la contingencia de caer. El viajero que ha llegado á su pátria, no necesita ya emprender nuevas peregrinaciones: solo anhela reposar de sus fatigas.

Mas este sistema nos condena á todos á ser eternos vagabundos de las estensiones celestes: semejantes á un viajero que suspirara por su pátria, y le pareciese el camino demasiado corto, ó se quejase de haber de llegar á ella demasiado pronto, prefiriendo dirigirse por largos rodeos. «Con la necesidad y el sentimiento que tenemos de lo infinito, la prolongacion de las pruebas no serviria mas que para alargar nuestras miserias: aunque nuestros progresos nos elevasen á la condicion de Serafines, y aunque poseyéramos la creacion entera, jamás gozaríamos de la verdadera felicidad. Es indudable; siendo el fin del hombre la felicidad, y teniendo un deseo invencible y constante de ella, dilatársela indefinidamente en infinitas existencias, equivaldria á negársela de antemano, haciéndole desde luego desgraciado. Dios le habria dado un deseo que no podria satisfacer. ¿De qué serviria al hombre su inmortalidad, si no habia de ser dichoso, ó al menos se le habia de retardar la dicha siglos y siglos? *Vita, si non est beata, non est vita*, decia San Agustin. La vida no merece este nombre, si no es feliz.»

¿Para qué pues la multitud de vidas? ¿Para pena? Dios como legislador sábio encuentra mas fácilmente una sancion eficaz. ¿Para expiacion? Seríamos todos criminales obligados á cambiar de presidio. ¿Para prueba? No es razonable que las pruebas hubiesen de durar siempre. «El hombre, digo en otro lugar, estaria siempre en camino sin llegar jamás á un término; estaria siempre en progreso sin progresar nunca bastante,

© Biblioteca Nacional de España

pues jamás podria dejar de ser finito y habria que admitir el absurdo de que el hombre, la criatura racional, la criatura mas excelente no tendria *un fin*. Mientras todas las cosas que existen, tienen un órden y un destino en los planes sapientísimos de la Proxidencia, él estaria en cierto modo fuera de sus designios, seria una escepcion: mientras todas las cosas se refieren á Dios como á su fin último, el hombre estaria para siempre alejado de Él, y en posibilidad de alejarse mas, pues como ente libre y responsable podria siempre pecar y retroceder. Hé aquí un viajero eterno que nunca llega, que ni siquiera sabe á donde vá; hé aqui el *Judio errante* condenado á andar sin parar. Peregrino forzoso por los vastos espacios, me le figuro como esos pobres viajeros de los desiertos de Africa, que acosados por la sed descubren á lo lejos, por efecto del espejismo, imaginarios lagos de agua fresca, que á medida que ellos avanzan deshalados, se van alejando cada vez mas. Asi el hombre, con aspiraciones incesantes que nunca lograria, con deseos ardientes de dicha que nunca veria satisfechos, seria como el juguete de un génio maligno que se divirtiese con sus destinos. ¡Pobre desterrado perpétuo de las regiones de la felicidad! Esto no es así, nó; porque es tan imposible, como desesperante para el hombre, como injurioso para Dios.

Mas si se replica que estas pruebas han de tener fin alguna vez, y el mismo fin que enseña el catolicismo de unirse el alma á Dios, puesto que es el único digno y el único capaz de satisfacer nuestras aspiraciones infinitas, ¿entonces, para qué multiplicar las pruebas, cuando alguna ha de ser necesariamente la última y en ésta podria tambien salir mal? ¿Para qué pasear inútilmente al alma por los sistemas siderales? ¿Para qué prolongar las estaciones y retardar la llegada al término final, pues por mucho que se

© Biblioteca Nacional de España

retardase seria como nada en comparacion de la eternidad?

Añadiremos que la llegada al fin, segun la entiende Mr. Reynaud, maestro de Flammarion, mas bien que felicidad y vida eterna, deberia llamarse muerte eterna. «Remontando hácia la eternidad, dice, encuéntrase un límite en que Dios existe y en que la eternidad no existe aun: así como descendiendo de la misma eternidad, encuéntrase tambien otro límite en que existiendo siempre Dios, no existe ya la creacion, *porque ha entrado otra vez en el seno de su autor*: pero ni penetrando en los siglos pasados, ni amontonando millones sobre millones de siglos venideros, no podemos ni alejarnos ni acercarnos un solo paso á algunos de estos dos límites inasequibles, *mas allá de los cuales el vacío ocupa el universo.*» ¿Y el que esto escribe, es tenido cómo un gran filósofo? Un poco mas adelante dice Mr. Reynaud hablando del principio de actividad, que enlaza todas las criaturas entre sí para juntarlas en Dios: «Suprimid este principio de actividad, y todo se amortigua; *el mismo Dios vuelve á entrar en el sueño.*»—«De este modo, arguye Monseñor Maret, la consumacion final no es otra cosa que volver á entrar la creacion en el seno de Dios, la absorcion de las criaturas en Dios, el sueño de Dios que equivale á su aniquilamiento, el vacío absoluto. Tal es en último resultado el paraiso de Mr. Reynaud, paraiso en el que desaparece la personalidad, y que se asemeja mucho á la nada. A este extremo se llega sin embargo partiendo de las ideas panteistas. Mr. Reynaud reprende á los cristianos el apresurar demasiado la consumacion final, y por cierto, al concebirla como él, se encuentra siempre demasiado cercana. Efectivamente, para ser así, valiera mas que no llegase.» (1)

No es solo esto, sino que la inhumana ilusion de nue-

(1) Mi *Pluralidad de mundos habitados*, cap. XVII.

© Biblioteca Nacional de España

vas encarnaciones nos precipita en una desventura cierta. ¿Qué nos queda hoy, qué tenemos de nuestras supuestas existencias anteriores? Menos que el paso de la nave por el agua, menos que el paso de la flecha por el aire, menos que el paso de la mirada por el espacio, el vacío absoluto, la nada. Lo mismo nos quedaria de ésta en las vidas sucesivas. ¿No es esto cruel? Al cerrar los ojos debiéramos dar un adios eterno á nuestros padres, á nuestras familias, á todo lo que amamos. ¿En dónde están los séres queridos de nuestras mentidas existencias anteriores? ¿Dónde los hallaremos en las sucesivas? ¿Tuvimos padres en la vida pasada? Claro es que sí. ¿Dónde están pues? ¿Dónde el amor que les profesamos? Todo nuestro amor filial se ha reconcentrado esclusivamente en los que aquí nos han dado el sér, y nos horroriza la idea de haber tenido, ó haber de tener otros. ¡Cuánto desatino! Al cabo de cien vidas, seria cada cual hijo de un centenar de padres! Que responda á esto el sentido comun. Al nacer en otros mundos no tendríamos la mas mínima idea, ni el menor vestigio de cariño hácia los que aquí tanto amamos, ¡y ellos tal vez encarnados en el mismo mundo, pasarian á nuestro lado como estraños, ¿quién sabe si cómo enemigos? sin sospechar siquiera los tiernos lázos que aquí nos unieron. ¿Cuándo, pues, dónde y cómo se verificará la suspirada reunion?

Unicamente los católicos podemos dar una respuesta cierta y segura: ¡*En el cielo*!; y esta es otra prueba de que nuestra doctrina es superior á todas las concepciones filosóficas, en el mero hecho de dar á nuestros afectos una espansion y una duracion eterna. Esto es conocer perfectamente el corazon humano, que desea no romper jamás los dulces lazos del amor y del cariño, contraidos por la naturaleza ó por eleccion. Aquellos no perecerán mientras la naturaleza no cambie: estos son capaces de durar mientras

© Biblioteca Nacional de España

dure el objeto amado. «Amor sin fin: dice el P. Félix, hablando del amor conyugal, tal es la necesidad de toda alma que ha tomado en sério esa palabra demasiado profanada; *¡amar!* Queremos que la misma muerte que tendrá el derecho de romper nuestro cuerpo, sea vencida por nuestro amor, y que respete aquella eternamente ese lazo invisible que encadena dos almas; queremos que esa union empezada y beatificada en el tiempo, dure aun despues del tiempo, y encuentre su plena consumacion y su suprema felicidad en los siglos eternos. Sé que esta aspiracion no es con frecuencia otra cosa que un sueño; sé que ese hálito de inmortalidad que agita á todo corazon enamorado huye fácilmente con el amor que lo contiene: pero ese hálito, por pasajero que sea, demuestra en el corazon que lo ha sentido el soplo de lo inmortal y la necesidad de perpetuar las uniones que forma.»

San Cipriano hace consistir en esto una de las principales satisfacciones de la bienaventuranza. «Esperemos, dice, aquel dia que designa su mansion á cada uno, y que sacándonos de la tierra y librándonos de los lazos seculares, nos restituye al paraiso y al reino celestial. ¿Qué desterrado no se apresura á volver á su patria? ¿Quién, anhelando navegar á los suyos, no desea con ardor un viento próspero, para abrazar mas pronto á los que ama? Sabemos que el Paraiso es nuestra pátria, ¿por qué no nos afanamos y corremos, á fin de poder saludar á nuestros padres? Allí nos espera un gran número de personas amadas, allí desean nuestra llegada nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, y otros muchos de nuestro cariño, ya seguros de su eterna dicha y todavía solícitos por nuestra salvacion. Llegar á verlos y abrazarlos ¡cuán inefable alegría será para ellos y para nosotros! ¡Cuánto será nuestro gozo en el cielo, sin temor de morir, y con una eternidad de vivir!

© Biblioteca Nacional de España

¡Cuán suprema y perpétua felicidad!» (1) «En la dura necesidad de morir que todos tenemos, escribia S. Gerónimo, el cristiano se consuela con la esperanza de ver en breve á aquellos de cuya pérdida se lamenta.» (2) Así nuestro dolor se mitiga con la creencia de esta verdad tan dulce, de la union eterna en el cielo con los que amamos sobre la tierra.

Si se admiten las reencarnaciones, renunciemos á esta consoladora esperanza, y cuando muera alguno de los nuestros, apuremos hasta las heces la copa de la amargura. Entre ellos y nosotros se interpone la inmensa valla de la eternidad: la separacion será eterna, porque la reunion es imposible.—¡Huid, almas heladas, huid con vuestras insensatas teorías que sofocan nuestros sentimientos naturales, y son el verdugo de todos los tiernos afectos del corazon!

Sí; repitámoslo. La reunion es imposible. ¿Iremos todos á un mismo globo á encontrarnos, y continuar nuestro cariño? Nó, porque no se tienen iguales méritos para la segunda encarnacion, puesto que unos deberian ascender y otros descender en la escala del progreso, marchando á diversos mundos. Nó, porque habiendo de nacer de otros padres formaríamos familia nueva, afectos nuevos, relaciones nuevas, y serian para nosotros estraños y desconocidos los séres queridos de nuestra actual existencia terrestre. Nó, porque aquello solo podria tener lugar en el caso que toda la humanidad en masa fuese trasladada al mismo globo, y puesta en las mismas condiciones para reanudar los mismos lazos naturales ó libres que aquí nos unieron, naciendo de los mismos padres que tuvimos en la tierra, tomando las mismas esposas, tratando los mismos amigos, lo cual es

(1) Libro *De Mortalitate*, al fin.
(2) Carta 29, *A Teodora*, en la muerte de Lupicino.

© Biblioteca Nacional de España

el mas absurdo de los desvarios. No, en fin, sea que la encarnacion dependiese de nuestra voluntad, sea que dependiese de la voluntad divina: en el primer caso, porque habria muchos que no quisiesen ir allá, en el segundo, porque la voluntad suprema no está coartada por leyes caprichosas y pueriles, y su bondad no nos ha criado para recorrer un círculo fatal de inútiles repeticiones, ni su justicia puede dar un mismo destino á los buenos y á los malos.

Pero si fuéramos á distintos globos, y desde aquellos nuevamente á otros, creando incesantemente y rompiendo lazos de cariño, en una série laboriosa de transmigraciones, cada dia seria mas imposible la suspirada reunion. No es esto ciertamente lo que nuestro corazon anhela, cuando muchas veces desea la muerte como medio de encontrar á las personas que ha perdido, ó cuando al dejar esta vida se despide de su familia, «*¡Hasta el cielo!*» Todos los que creen en la inmortalidad, abrigan tambien esta dichosa esperanza, que aunque desaparezcan de la tierra, no están perdidos para siempre los séres que aman. Pero si llegasen á concebir este temor, si se convenciesen que es una triste realidad, bastaria esto para precipitarnos en una sombría desesperacion que jamás hallaria consuelo. En esta parte los adversarios están de acuerdo con nosotros, y seria fácil demostrarlo con muchos pasages de sus libros: renuncien pues, á su sistema, si desean evitar estas atroces consecuencias.

¿Mas á dónde iríamos por último despues de tan largos rodeos? Metidos en nuestro egoismo, renegando de todos nuestros afectos, olvidados hasta de nuestra pasada existencia, sin objeto, sin conciencia y sin remordimientos, marchando siempre á ciegas, menos con la confusa perspectiva de no llegar jamás á un término, avanzando una vez, retrocediendo acaso otra, ¿tantas idas y venidas, no

© Biblioteca Nacional de España

serian enteramente inútiles, como en la ardilla de la fábula? Inútil que las existencias se repitiesen sobre la Tierra, porque no pasarian en las mismas circunstancias en que se halló la primera, pues todo cambia rápidamente en nuestro globo, y en toda la larga sucesion de la Historia no se ha repetido igualmente una sola cosa. Inútil tambien la repeticion en los astros, porque aquella vida sin ninguna relacion con las pasadas, habria de ser una vida del todo *nueva*: y en este caso, ¿qué viene á ser la inmortalidad?

«Sin embargo, dice el abad Besson, concedámoslo todo; la preexistencia del alma, á pesar de la razon y la justicia; la vida que se renueva para ella, aun cuando ésta no le sea debida ni prometida; todos los planetas para repetirla, aun cuando éstos no fuesen habitados ni habitables: todas las reencarnaciones posibles en la Luna, en Marte, en Júpiter y en Saturno; millones y millones de años empleados en este viaje, y el viaje siempre por rehacer. Pero en fin, es preciso acabar. ¿Esta ascension de estrella en estrella, de que se compone la vida futura, debe prolongarse hasta lo infinito? En este caso, la vida no tiene objeto. ¿O bien despues de muchas trasmigraciones y muchas pruebas, nuestro destino será fijado? Entonces, ¿para qué cien pruebas en lugar de diez, y para qué dos en lugar de una sola? Héos, pues, ya necesariamente conducidos al dogma católico, ó condenados á negar á vuestra vida todo objeto y todo fin, y á Dios toda justicia y toda razon.»

Repetiremos lo que anticipé de la presente obra en la *Pluralidad de mundos:*

Las almas necesariamente comenzaron á ser alguna vez; luego como todas las criaturas, en aquella primera existencia tenian aptitud para su fin, y Dios les dió medios suficientes para llegar á él. Eran inmortales, y desde aquel momento las transiciones de tiempo, una vez cumplida su

© Biblioteca Nacional de España

prueba, eran supérfluas para ellas. Eran libres, y como tales, *debian* salir victoriosas en aquella prueba, y estaban obligadas á ello, apartándose del mal y practicando el bien. Merecieron, pues, con su conducta premios ó castigos interminables, propios de su naturaleza inmortal. Se hallaban para ello en las mismas condiciones que se hallarian en cualquiera de las vidas siguientes, puesto que en estas no tienen memoria ni conciencia de lo pasado. Dios no creó á las almas inmortales, para el tiempo, sino para la eternidad: no hay para ellas mas tiempo que el que habitan en el mundo, y al salir de él entran en los siglos eternos. Por eso su prueba terrestre debe ser única y final.

Si las vidas sucesivas son, como dicen, para enmendar las faltas cometidas en otras anteriores, es absolutamente necesario conservar la memoria de aquellas vidas y la conciencia de aquellas faltas, para poder corregirlas. Pero lejos de eso ni aun se tiene la conciencia de la identidad personal. Es por lo tanto peor que si habiendo alguno errado su camino, se le hiciera empezar de nuevo poniéndole una venda sobre los ojos. Estas vidas, en el mero hecho de estar despojadas del recuerdo, serian inútiles para el hombre é indignas de las justicia de Dios. Hasta la dignidad nuestra se ofende ante la idea de vernos condenados á recorrer ciegamente una série interminable de pruebas durante la eternidad. En cada existencia nueva retrocederíamos incesantemente al punto de partida. ¡Terrible sarcasmo del destino! ¿No es mas racional, mas digno de la bondad de Dios, de su amor á las criaturas, y de su sincero deseo de salvarlas, mostrarles el camino derecho, el premio infinito al término de él, y darles además luces y fuerzas para caminar? Esto es lo que hace. La revelacion, la redencion, la gracia, los sacramentos, la promesa de un premio eterno y la amenaza de una pena tambien eterna, son los auxilios

© Biblioteca Nacional de España

poderosos que dá al hombre para que no yerre su única prueba. Y si alguno á pesar de todo se estravia, le llama por mil medios al camino del bien. ¿Para qué se necesitan mas pruebas?

Indudablemente esto es mejor que el sistema despiadado de arrojar al alma en el océano de la vida, despojada de la memoria, y condenada en cierto modo al suplicio de las Danaides de llenar un tonel sin fondo.—Esto es mas justo que obligar al hombre á caminar, cual otro Sisifo, cargado siempre con la peña de su existencia, que al llegar á la cumbre caeria de sus hombros, rodando hasta el abismo, para volver á empezar de nuevo. Porque, ¿quién no peca? ¿quién no cae? ¿Qué criatura podria lisonjearse, aun puesta en las condiciones mas favorables, que pasaria una vida siempre inmaculada?

¿Las almas habian salido victoriosas de esta prueba? ¿Eran puras, y por consiguiente dignas de recompensa? Seria pues una injusticia negársela; y despues de habérsela concedido, seria una injusticia privarlas de ella sin culpa suya, y hacerlas pasar de nuevo por el crisol de la prueba, en la que podian sucumbir, perdiendo el estado sublime que habian obtenido con sus méritos anteriores. Esto no es de temer de parte de Dios, infinitamente bueno y sabio, que no querria defraudar á sus criaturas de los bienes que él mismo les habia otorgado, como corona de justicia por sus buenas obras, y recompensa por haber cumplido fielmente sus santos mandamientos. Repugna que el autor de todo bien y conservador de todas las cosas, quisiera destruir el bien que él mismo habia producido con la cooperacion libre de su criatura. De parte del alma tampoco es creible, porque disfrutando la bienaventuranza, adquirida con tanto trabajo, y hallándose plenamente iluminada y satisfecha, nada le queda que apetecer, ni hay

© Biblioteca Nacional de España

bien engañoso que la atraiga y pueda torcer su voluntad.

Por el contrario, ¿las almas son criminales y se hallan actualmente sometidas al castigo? Seria tambien una injusticia sustraerlas sin ningun mérito á la pena merecida como consecuencia natural de sus culpas. El órden moral exige que el malo sea castigado, y que este castigo no cese mientras el daño no sea reparado por el arrepentimiento y la expiacion. Pero una voluntad inveterada en la malicia, no tiene derecho á ser colocada en una situacion reparadora, porque no es el pecado lo que detesta, sino la pena que por él sufre. Por otra parte, aun concediéndole una nueva vida para la enmienda, seria posible que volviese á morir en el pecado: y descendiendo cada vez mas, llegaria á un punto en que dominada por los hábitos del mal cada vez mas imperiosos, le fuese imposible la rehabilitacion. Y por último, diremos con Lacordaire, si el pecador, despues de hacerse insensible á los dias que solicitaron su alma, muere obstinado contra Dios y los llamamientos de su gracia, yo puedo llorar su suerte, porque soy hombre, pero comprendo que confirmado en el mal, inútilmente le concederia Dios distintas edades y diversos mundos para depurar su corazon. Este corazon está ya juzgado: entre Dios y él se hizo necesaria una conclusion, y mil años de retardo no serian otra cosa que mil años perdidos para la justicia, sin otro resultado para el culpable que añadir diez siglos á sus iniquidades.»

Hé aquí pues que el instinto, los sentimientos, la conciencia y la razon rechazan esta funesta teoría de repeticion de vidas despues de la presente. En vano se anuncia á los hombres la seguridad de volver al verdadero bien que han perdido, pues ni siquiera puede demostrarse su posibilidad: por el contrario, es hacerles un gran beneficio contribuir á desvanecer en sus ánimos estas peligrosas ilusiones.

© Biblioteca Nacional de España

Con solo la duda debiéramos temblar ante la contingencia desconocida de la vida futura, que no ha de tener fin, y por eso es una falta imperdonable atacar los dogmas católicos que nos dan la solucion mas razonable y mas segura. Cualquier otro sistema, tan engañado como engañador, al ofrecer á los hombres una falsa tranquilidad, no hace mas que favorecer los estravíos del corazon.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XV.

El error de la pluralidad de existencias conduce al mas desolador fatalismo.—Es injusto é inmoral.—Peligros que envuelve para la sociedad.

Se ha dicho con acierto que la doctrina católica es la piedra de toque de todas las opiniones, que llevan el sello de su verdad en ser conformes á ella, ó de su falsedad en serle contrarias. Esto es exacto, y se comprueba por el hecho irrecusable de haber caido en descrédito todos los sistemas que con mas empeño la han atacado, y de haber sido confirmados sus dogmas por los sucesos de la historia y los progresos de las ciencias. Mas si los libre-pensadores y los racionalistas modernos no admiten esto, concederán al menos que la verdad de un sistema puede apreciarse al primer golpe de vista por su moralidad. Esto tiene mas cabal aplicacion respecto á los sistemas y teorías acerca de la vida futura, de manera que el mas favorable á la moral es tambien el mas verdadero, sobre todo si es tambien el mas conforme á la nocion de la bondad divina. Por el contrario todo sistema que en sus consecuencias sea opuesto á la moral, por este solo hecho puede calificarse falso y absurdo. Juzgado con uno y otro criterio el sistema de la pluralidad de existencias, entendemos que es falso en sus principios, insostenible en sus afirmaciones y pernicioso en sus consecuencias.

© Biblioteca Nacional de España

Hemos llegado á un capítulo que ofrece el mayor interés, porque examina la cuestion bajo el punto de vista *práctico*. Es claro, y seremos breves; porque nos falta todavía mucho camino que recorrer.

El primer inconveniente del sistema que impugnamos es que conduce inevitablemente al fatalismo. Intentando asegurar la libertad, la compromete, la suscita obstáculos y la subordina á una necesidad incompatible con su nocion. Porque aquí nos encontramos con dos absurdos: uno suponer que el hombre viene al mundo con tales ó cuales *predisposiciones* de las existencias pasadas, otro afirmar que se ha perdido por completo la *memoria* de aquellas y de todos sus actos. Las predisposiciones son efecto de hábitos inveterados tan pronunciados que al tomar este cuerpo se marcan en el cerebro en protuberancias fatales, indicio de pasiones de que no tiene la menor idea. Nace pues *determinado* de antemano á obrar en el sentido de las mismas, al mismo tiempo que la pérdida de la memoria le obliga á ejercer su libertad á ciegas, á lo menos, ó especialmente, en cuanto á los actos y consecuencias de aquellas predisposiciones: siendo así que para ser provechosa y útil la vida nueva, debiera precisamente vencer y contrarrestar los malos hábitos de la pasada, lo cual exige conocimiento de ellos, y la intencion deliberada de obrar en sentido contrario.

Pero el alma seria lanzada al océano de la vida, ignorante de sus escollos, sin saber qué rumbo tomar ni á dónde irá á parar, empujada por vientos contrarios, y solicitada constantemente hácia el fondo por las malas inclinaciones que la dominaron.—Repugna tanto de parte de Dios como de parte del hombre que un agente racional y libre, que haya de enmendar lo mal hecho, y contraer una formidable responsabilidad de sus actos, sea tratado de ese

© Biblioteca Nacional de España

modo. Un filósofo platónico del siglo V, Eneas de Gaza, rechazaba por causa de estos inconvenientes la teoría de la preexistencia: «Dicen los antiguos que aprender no es otra cosa que recordar. Segun ellos el alma se acuerda del demiurgo y de la belleza inteligible, de la cual está alejada hace largo tiempo, pero ha olvidado por completo su vida precedente, sus gustos, sus acciones, su patria y sus mismos padres de los cuales acaba de separarse. ¿Cómo explicar que recuerde los gozos y que haya olvidado los dolores, cuyo sufrimiento se graba de ordinario tan profundamente en la memoria? Cuando yo castigo á mi hijo ó á mi esclavo, antes de aplicarles la pena, ó en el acto, les digo repetidas veces la razon porque los castigo, y les encargo que se acuerden para no caer otra vez en la misma falta. ¿Y Dios que ha decretado contra nuestros crímenes los últimos castigos, no haria entender á los penados el motivo por el cual son castigados, sino que les quitaria el recuerdo de sus faltas al mismo tiempo de darles un sentimiento el mas vivo de su pena? ¿Para qué serviria la pena si dejaba ignorar la falta? No valdria mas que para irritar al culpable y arrastrarle hasta la locura. ¿Y éste no tendria derecho de acusar á su juez, si era castigado sin acusarle su conciencia de ningun delito (1)?»

Nada hay que turbe y confunda al hombre como la imputacion vaga de un delito no conocido. Si le concretasen la falta, podria vindicarse si era falsa, enmendarse si era cierta, disculparse si era un error, pedir perdon si era una flaqueza; pero si le cargan con el peso de una reprobacion por cosa que ignora y que ni aun sospecha, ¿no queda desde el momento coartada é indecisa su libertad de obrar, y la duda y la irresolucion le precipitan de se-

(1) *Theophrasto*, diálogo sobre el alma.—Ed. Boissonade, p. 17.

© Biblioteca Nacional de España

guro en uno y otro desacierto? Y ¿además esta consideracion no seria un contínuo torcedor para el espíritu? «¿Con que yo he vivido antes, se preguntaria, no sé dónde, y allí he cometido faltas que han merecido estos trabajos ¿Cómo y de qué habré de arrepentirme? ¿Y todo lo que soy y lo que tengo, talento, posicion, destino, inclinaciones, trabajos y privilegios, todo eso es debido á mi conducta en una desconocida existencia anterior? ¿Quién soy, qué hice, á dónde voy?»—Este fatal sistema no tiene una respuesta que dar á tan inquietas y angustiosas como legítimas investigaciones. Si por un imposible fuese cierto, habria suficiente motivo para caer en la locura ó en la desesperacion.

Por otra parte la prueba seria cada vez mas difícil, ya por la ignorancia é irresolucion que la acompaña, ya por la inclinacion al mal, ya por las predisposiciones cerebrales que aumentan la vehemencia de esa inclinacion. En estas circunstancias es de temer que saldrá mal; y esto le esclavizará mas en el vicio, hará mas dominantes los malos hábitos y aumentará las dificultades de la existencia posterior. La libertad ya debilitada por las seducciones del mundo presente, que habla á los sentidos mas alto que la razon, tendria que vencer mayores resistencias, y superar mayores obstáculos, precisamente cuando contaria con menos fuerzas. Así es que iria descendiendo paso á paso, de mundo en mundo, hasta llegar fatalmente á la mas profunda degradacion. Pero entonces no ya por culpa del alma, sino porque habria tenido que luchar con obstáculos insuperables. Y en este caso ¿con qué justicia seria castigada?—O habria que dejar impunes los delitos, ó habria que castigar por aquellos á que uno era arrastrado fatalmente; sin considerar que la necesidad exime de responsabilidad.

© Biblioteca Nacional de España

Sí, señores, vuestro dogma es el fatalismo, que lleva y trae al hombre en una multitud de vidas sin objeto como una hoja arrebatada por el viento. Haga lo que haga, no podrá libertarse de esa carrera desenfrenada de vidas, teniendo por campo la eternidad y la inmensidad, y lanzada á ciegas en los abismos de los siglos y en los abismos de la extension. ¿No valdria mas morir para siempre, que vivir tantas vidas sin memoria, sin conocimiento y sin relacion unas con otras? ¡Una vida eterna por intermitencias, siempre esperada y nunca poseida! El hombre en vano se llama inmortal, sino mientras puede dilatar sus miradas satisfechas en los vastos horizontes de la eternidad, mientras no esté en posesion tranquila de esa plenitud de vida sin temor de morir. No digais que en el momento de la muerte vuelve repentinamente al alma el recuerdo de todas sus existencias anteriores. Jamás probareis esta suposicion gratuita y falsa, porque ¿cómo creer y para qué suponer que Dios, despues de haber hecho desaparecer este recuerdo mientras hubiera sido mas útil, lo volviera al alma cuando llegada á una condicion mas perfecta pudiera mejor vivir sin él? La verdadera vida seria la del estado de espíritu desencarnado, para progresar en el bien y en el amor de Dios, y entonces, ¿para qué las reencarnaciones? O si las quereis, el medio mas eficaz para el progreso y mas conforme á los fines de la Providencia, segun vosotros lo entendeis, seria alargar en la tierra nuestra vida cuatrocientos ó quinientos años, y en este caso los desengaños, la esperiencia, los conocimientos de las vanidades terrenas, y la calma de las pasiones nos haria útiles á nosotros mismos y á los demás. Pero no: este sistema nos condena á recorrer ciegamente los planetas y los astros en una sucesion de pruebas, análogas á esta terrestre, tal vez mejores, quizá peores, pero siempre variables, desconocidas en su re-

© Biblioteca Nacional de España

sultado, sin enlace con las precedentes, y sobre todo siempre peligrosas, puesto que solo en una, mal empleada, se puede perder todo lo que se haya ganado en ciento. Y entonces vuelta á empezar.

Si se replica que cada nueva existencia marca un paso de avance en el camino del progreso, incurris en contradiccion. Luego en ninguna vida será posible retroceder: luego los crímenes se convertirian en méritos: luego ninguna vida siguiente será vida de expiacion: luego se progresa fatalmente y á pesar suyo. O borrad el crímen y la pena, ó suprimid la libertad. Quitais con esto los principales estímulos de la virtud. Cuando sea difícil ó comprometido el cumplimiento del deber, nadie querria hacer un sacrificio inútil, puesto que tarde ó temprano habia de llegar al mismo grado de mérito que otros habrian conquistado por medio de sacrificios heróicos. Que ponga ó no ponga nada de su parte, el hombre es como empujado fatalmente á ese progreso: ¿para qué quiere pues la libertad? ¿para qué quiere violentarse en seguir el áspero camino de la virtud? Y al fin despues de tantas incesantes marchas, despues de tan continuos progresos, estaremos en el punto de partida, siempre teniendo delante un camino infinito que andar, y siempre lejos de la felicidad. Esta felicidad querida y deseada en todas las existencias con irresistible afan, huye y se aleja como una sombra. Así este impío sistema precipita á todos los hombres sin escepcion, buenos ó malos, en un infierno cierto, y los condena á padecer el mas terrible de los suplicios, el suplicio de Tántalo. La privacion perpetua de la dicha tan deseada, ¿no es por ventura un verdadero infierno?

El vicio capital del sistema de Pezzani es que quita al órden moral toda sancion eficaz alejando indefinidamente las esperanzas del justo, y retardando indefinidamente el

© Biblioteca Nacional de España

castigo del malvado, ó mejor dicho, asegurando á éste la mas escandalosa impunidad. Sí, porque por toda pena de sus delitos ofrece al criminal la perspectiva de una vida nueva. Que prevalezca este sistema, y vereis al hombre abandonarse á sus pasiones, correr tras de todos los vicios y romper todos los frenos. El temor de un infierno eterno y la ira de un Dios justiciero no bastan muchas veces para contenerle en sus deberes, ¿y bastaria el temor, ó mejor dicho, la esperanza de otra vida en otro mundo, sin conciencia de éste, sin pesares y sin remordimientos? ¿No sabeis que hay hombres tan perversos y tan brutales que no se detienen por nada para satisfacer sus locas pasiones, y otros tan empedernidos, que ha enmudecido en ellos el grito de la conciencia? ¿No habeis oido con espanto el eco aterrador de las horribles blasfemias de los clubs ateos que han gritado: «*Viva el infierno,*» y «*Dios es el mal!*» No enseñeis otra doctrina sobre la vida futura, sino la pluralidad de existencias, y vereis bien pronto á dónde vá á parar la sociedad.

Segun este impío sistema, el alma tendrá el derecho ilimitado de emprender el curso de sus inmigraciones en la gerarquía de los mundos, sin que jamás pudiera Dios detenerla ni castigarla de otro modo, que proporcionándola medios de ofenderle siempre. «Y no se diga, escribe Pioger, que el alma se cansaria de la monotonía de su marcha y de sus faltas, pues el pecado es un abismo sin fondo, que por sí mismo vá haciéndose cada vez mayor, y atrayendo mas. Esta tierra que habitamos, á pesar de su estrechez, bastaria al pecador para la eternidad, pues solo pide tiempo y duracion para quedar contento. ¿Qué haríamos de una mansion que se renovase incesantemente por el cambio de los tiempos y de las cosas? Dispondríase uno como para continuar una série de viajes encantados. En

© Biblioteca Nacional de España

vez de la terrible perspectiva del juicio, que hace de la muerte el escollo solemne de la vida, marcharia el pecador hácia la tumba con la seguridad de un transeunte que atraviesa un pórtico, y en la ironía de su impunidad diríase á sí mismo: El universo es grande, los siglos son largos, verifiquemos desde luego la circunnavegacion de los mundos y de los tiempos; pasemos de Júpiter á Vénus, de Vénus á Saturno, del primer cielo al segundo, del segundo al tercero, y si despues de recorridos los espacios y períodos innumerables, llegasen á faltarnos soles, nos presentaremos á Dios para decirle:—Hénos aquí; nuestra hora no ha llegado todavía: fabrícanos nuevos cielos y nuevos astros, porque si tú estás cansado de esperarnos, nosotros no lo estamos aun de viajar, de maldecir, y de pasarnos sin Tí.—Tal es, dada la doctrina de la trasmigracion de las almas el término del órden moral (1).»

Oigamos las juiciosas reflexiones del eminente decano de la universidad de Rennes, Mr. Th. Henry Martin: «Alteran los principios de la teodicea y de la religion natural, creando á los culpables para la otra vida un derecho imaginario contra la justicia de Dios. Destruyen de este modo en gran parte la sancion de la ley moral, tal como la filosofía misma la dá; porque en vez de la certeza religiosa sobre la eternidad de las penas y de las recompensas, la filosofía presenta á los buenos una esperanza sin límites, á los perversos un temor siempre espantoso aunque se le crea incierto, el temor de una caida irreparable, de una desgracia afrentosa y eterna: mientras que los partidarios de dicha hipótesis reducen esta esperanza de los buenos á las proporciones de un progreso mayor ó menor, siempre susceptible de una retrogradacion ilimitada, y reemplazan aquel temor saludable de los malos con una seguridad fu-

(1) *La vie apres la mort*, cap. XVI.

© Biblioteca Nacional de España

nesta, con una falsa confianza en la posibilidad indefinida del retorno al bien y á la felicidad..... Cuando la falta es seductora, cuando el abismo llama y fascina, entonces ciertamente para detener al hombre en la pendiente del precipicio es necesaria la alternativa terrible é irrevocable que nos presenta el dogma cristiano. El hombre que no profesando la fé cristiana, piensa que no es cierto que esta alternativa exista, deberia reconocer á lo menos que no es cierto que no exista. Esta incertidumbre sería ya para él un freno saludable, y deberia bastar para moverle á buscar resueltamente y de buena fé, en la instruccion religiosa, el esclarecimiento de sus dudas. Pero no; se encuentra mas cómodo rechazar la misericordia de Dios en esta vida y contar con ella para la vida futura, pidiendo á una falsa filosofía teorías engañosas, que prometen el cumplimiento infalible, y solamente mas ó menos tardío, del destino y de la felicidad de cada alma.»

«¿Qué dicen los partidarios de la metempsícosis futura á las almas enervadas y degradadas?» Los menos irrazonables dicen: «Si persistís en la misma vía, ireis siempre de mal en peor en las pruebas sucesivas de la vida futura, hasta el dia en que el exceso mismo de la degradacion os obligará á cesar de amarla.»—Estas almas responderán: «Gocemos, pues, de nuestro estado presente, mientras lo amamos aun, pues que siempre habrá tiempo de salir de él, cuando ya no le amaremos.»—Otros les dicen: «Siempre avanzareis de una á otra vida, aun á pesar vuestro, hácia este fin sublime, cuya apetecible belleza no comprendeis; pero avanzareis mas lentamente por culpa vuestra.»—¡Ah! contestarán ellas: «Identifiquémonos, pues, mas y mas con lo que amamos, para avanzar lo mas lentamente que podamos hácia lo que no apetecemos.»—La religion cristiana usa con ellos de diferente lenguaje: por medio del temor

© Biblioteca Nacional de España

de una condenacion eterna procura hacer entrar en estas almas muertas là fé y la esperanza, que despiertan y hacen revivir la caridad, el amor á Dios y al prógimo; pero los que suprimen este temor, quitan á cada alma un freno poderoso, capaz de contenerla en su caida, ó de levantarla de ella (1).»

No solo quitan ese freno saludable, sino que directamente contribuyen á que el corazon se aficione á los bienes sensibles, cuyo abuso es siempre un vicio. «El desprecio de las cosas del mundo que la esperanza de una eternidad dichosa hace fácil al verdadero cristiano, es muy difícil para aquel que en la vida futura solo espera pruebas sin tregua ni término. Para el que además cree en la preexistencia, este desprecio seria una locura; porque no solamente, en lugar de una recompensa eterna, no espera mas que las temporales, sino que segun su doctrina los bienes de esta vida son una parte esencial y la mas segura de la remuneracion. Renunciar á ellos, seria renunciar al precio legítimo de los méritos adquiridos, é ir así contra las intenciones mismas de la Providencia. Esta doctrina dice al hombre que si él ha recibido la felicidad en esta vida, es porque tenia derecho á ella. Mientras no se juzgue culpable de grandes faltas cometidas desde el principio de esta felicidad, creerá tener derecho á todo para conservarla como un bien que le es debido por la justicia divina, y no se creerá obligado en manera alguna á comprometerla ó sacrificarla en favor de aquellos que, segun él, no están privados de una felicidad semejante sino porque no han merecido gozarla. Esta consecuencia de la doctrina que hace del tiempo de la prueba el tiempo de la remuneracion, se resume en una palabra: *egoismo*. Es lo contrario de la doctrina católica.»

(1) *La vida futura segun la fé y segun la razon*, cap. VII, párrafo 3.

© Biblioteca Nacional de España

De manera que si las condiciones de la vida presente deben atribuirse á los méritos ó deméritos de las existencias anteriores, los afortunados del siglo, aunque sean unos infames, habrán sido los justos de la vida pasada, mientras que los pobres y desgraciados, cuanto mas desgraciados fuesen, habrian sido los mayores criminales del pasado y seria preciso mirarlos con horror. Asi de la manera mas escandalosa se proclama la idolatría del éxito, se ultraja á la desgracia, y se legitima el vicio que prospera, contra la virtud que sufre. Toda prosperidad terrestre es merecida: doctrina funesta propia para endurecer en la ceguedad de su conciencia á los felices de la tierra. Toda miseria terrestre es merecida y proporcionada á la gravedad de las faltas: doctrina inhumana, que destruye en el corazon de los malvados los consuelos de una buena conciencia, y ahoga en el corazon del prójimo las simpatías y la compasion.

Tal es efectivamente la consecuencia inmediata de estas perniciosas doctrinas; matar la caridad. Cuando se juzga al prójimo tan ligeramente, se está muy cerca de mostrarse duro é injusto en la conducta con él. Si se considera esta vida como un castigo ó como una recompensa de parte de Dios, ¿no se podrá, para eximirse del deber de aliviar la desgracia, pretextar ora en alta voz, ora en el secreto de su corazon, el temor de oponerse á la justicia divina? «La caridad, dice Pelletan, veria en todo hombre desgraciado el crímen de otro tiempo. Temeria, tendiéndole la mano, desgarrar con el tiempo la órden del Señor.»

Al mismo tiempo que destruye la caridad, esta perversa hipótesis es la mas oportuna para fomentar los ódios, el orgullo y el desprecio al prójimo. Segun su esplicacion de las antipatías, que se suponen efecto de predisposiciones de la vida anterior, ó reminiscencias vagas de disensiones

© Biblioteca Nacional de España

pasadas, lo que era una simple repulsion ó retraimiento, fácilmente se convertirá en aborrecimiento y en enemistades declaradas.—Segun su explicacion de las desigualdades sociales, si la buena fortuna de unos es un indicio de perfeccion moral, y la baja condicion y miserias de otros es una pena justa de sus culpas, se trastornan todas las nociones de vicio y de virtud. ¿Se concibe una doctrina mas capaz de inspirar orgullo á los grandes de la tierra y á los afortunados del siglo, y mas propia para desalentar á los desheredados del poder y de la riqueza? No hableis á los primeros de humildad, porque su posicion les dá derecho de envanecerse; ni hableis á los segundos de resignacion, porque se sienten oprimidos bajo el peso de la justicia divina y marcados con la infamante nota de la execracion. Aquellos pasarán con altivez desdeñosa al lado de los infelices, mientras éstos avergonzados y confusos apenas se atreverian á levantar hasta ellos sus miradas. Pero si un dia la desesperacion rompia los diques de la paciencia de éstos, si el largo sufrimiento los ponia fuera de sí, ¿qué terribles represalias tomarian de las desigualdades de la suerte?

¿Qué sucede en la India? No hay pais donde la doctrina de la trasmigracion de las almas haya influido tanto sobre la vida, creando un horrible estado social. Esta creencia eterniza la distincion de las castas, perpetuándolas aun despues de la muerte, porque piensan que cada alma estando misteriosamente unida con aquellas de quienes desciende ó á quienes engendra, arrastra en su decadencia ó exalta en su regeneracion á todos sus ascendientes y descendientes. «Entre los indios, dice Cantú, el pária es mirado con horror como maldito de Dios, y destinado á expiar enormes culpas cometidas en una vida anterior. Estos infelicísimos séres están sujetos á toda especie de humilla-

© Biblioteca Nacional de España

ciones: es vergonzoso conversar con ellos; se contaminan el agua ó la leche sobre las cuales pasa su sombra; deben rodear de huesos de animales las fuentes á que se acercan, y el guerrero puede matar impunemente á los que á él se lleguen. Excluidos del culto comun á las otras castas tienen sus dioses propios, de carácter diverso, señal de su distinto orígen; y los indios, en su ciega y desapiadada sumision al destino, les niegan hasta aquella simpatía que tienen para con los brutos: mientras que la natural indolencia y la costumbre hacen que el pária deje perpetuar en su estirpe la infamia y la esclavitud (1).»

Estas odiosas distinciones son debidas lógicamente á esta funesta doctrina: la metempsícosis fue la teoría, el régimen de las castas la aplicacion. Si Platon estableció las mismas divisiones en su República modelo, debe atribuirse á que aplicó al órden social sus ideas filosóficas (2). Bien sé que entre nosotros no habrá que temer ese peligro, ya porque esta teoría es inaceptable y jamás llegará á ser universal, ya porque nuestras ideas y educacion nos hacen mirar á todos los hombres como hermanos, y cada dia van desapareciendo los restos de las antiguas preocupaciones sociales: pero bueno es consignar que en el órden político este sistema desarrolla lógicamente tan funestas consecuencias.

Sin embargo algunos soñadores han querido hacer uso del mismo para acallar las quejas y amenazas del socialismo, predicando á los proletarios y artesanos que las desi-

(1) *Historia Universal*, Epoca, II, cap. XII.

(2) Mr. Reynaud ha vislumbrado esta consecuencia práctica de la metempsícosis; pero declara que en adelante está fuera de peligro, á causa de los progresos de la caridad.—Pero ¿de dónde viene la caridad? de la fraternidad evangélica. Entonces atacando al Cristianismo en uno de sus dogmas esenciales, para reemplazarle con una hipótesis que es precisamente la negacion de la igualdad original, y por consiguiente de la fraternidad evangélica, Mr. Reynaud ataca la caridad en su orígen.

© Biblioteca Nacional de España

gualdades presentes deben atribuirse á los méritos de la preexistencia. ¡Ilusion ridícula y simple! ¿Asi se deshace una nube preñada de tempestades? ¿Pensais que con una teoría increible y absurda á primera vista, puesto que pugna contra un hecho de intuicion inmediata, cual es la falta de memoria, se aplacarán los ánimos sobrescitados, se calmarán las pasiones, se sosegarán las codicias, y habreis arreglado la pavorosa cuestion social? Si se predican estas peregrinas teorías en un taller de obreros afiliados á la Internacional, creerán que el orador trata de burlarse de ellos, y probablemente le harán callar á silbidos. Si comprenden que habla en sério, protestarán indignados contra este ultraje gratuito á su desgracia, que les imputa faltas no cometidas, y los acaba de exasperar, intentando persuadirles que su actual condicion, que ellos tienen por injusta y opresiva, es un castigo. Por último este sistema no ofrece ningun remedio actual práctico para mejorar su condicion, que es lo que ellos desean principalmente, cuidándose poco de la causa originaria de esas desigualdades naturales. Ellos no tratan de reformar la naturaleza, sino la constitucion actual de la sociedad.

Bien puede asegurarse que si aquel sistema llegase á contar numerosos partidarios, dada la situacion de los ánimos y la disposicion de los espíritus, produciria por parte del poder un despotismo desenfrenado, y por parte de las masas una reaccion de violencias que dejasen atrás á todas las revoluciones conocidas. La guerra de los esclavos en Roma, la de los ilotas en Esparta, la de los rústicos en Alemania, los horrores del 93 en Francia, los incendios de la Commune, y los infernales planes del nihilismo en Rusia, no llegarian á los escesos de un populacho enfurecido, al verse injustamente anatematizado por el solo delito de nacer en una condicion inferior. Entonces sí que el antago-

© Biblioteca Nacional de España

nismo entre los pobres y los ricos, eterna amenaza de trastornos, tomaria un carácter sangriento. No habiendo mas infierno ni mas paraiso que la tierra, ni otro temor ni otra esperanza para despues de la muerte que una vida análoga á esta, cada uno tomaria su parte por la fuerza: ¿y quién se la dejaria arrebatar?

¡Tales son las consecuencias que nacen de tan bello sistema! Esperemos tranquilos su descrédito definitivo, y la vuelta de los talentos de buena fé á la doctrina católica. Entre tanto, aseguramos que un sistema arbitrario que contradice á nuestros instintos y aspiraciones—que nos lanza en el fatalismo,—que calumnia y ultraja á la desgracia,—que destruye la sancion del órden moral,—que favorece los vicios,—que es una amenaza para el órden social,—no es, ni puede ser, ni será nunca la «filosofía y la religion del porvenir.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVI.

Superioridad de la doctrina católica acerca del orígen y el destino del alma.—Sus solidísimos fundamentos.—Es la mas digna de Dios y del hombre.—La mas conforme á nuestra razon, á nuestros deseos y á nuestras aspiraciones.

¿Qué necesita la doctrina católica para ser aceptada?—Ser bien conocida.—Este es un pensamiento vulgar y que sin embargo nunca se repetirá bastante. Si los que atacan nuestros dogmas, los estudiasen á fondo, seguirian el ejemplo del célebre novelista Paul Feval respecto á los jesuitas; en vez de combatirlos, se convertirian en sus mas celosos apologistas.

Invitamos á los adversarios á este interesante estudio, y vamos á mostrarles uno de sus puntos principales. Hasta aquí hemos desempeñado la tarea enojosa de impugnar el error: desde aquí emprendemos la tarea mas grata de afirmar y esponer la verdad. Se verá que una filosofía circunspecta y sensata, al investigar de buena fe la cuestion importantísima del orígen y destino del alma, no puede menos de aceptar lo que enseña la divina revelacion.

Además del preexistencianismo, del cual ya hemos hablado bastante, otros varios sistemas han tratado de esplicar el oscuro problema del orígen del alma: pero fácilmente se advierte con un ligero estudio de los mismos, que

© Biblioteca Nacional de España

todos aquellos sistemas son falsos y erróneos, y que solo la doctrina católica es la verdadera. No es nuestro propósito, ni lo consiente la índole de este libro, refutarlos uno por uno, lo cual nos llevaria demasiado lejos, sino establecer con algunas pruebas sólidas la doctrina comun en la Iglesia y en la filosofía. No diremos una palabra del *transformismo*, teoría del todo materialista, consecuencia del sistema de Lamarck y de Darwin, aceptada con aplauso por los que niegan la existencia del alma, ó al menos la consideran como una energía de la materia: lo cual basta para juzgarle.—El *Traducianismo* seminal ó corpóreo, defendido por los herejes Apolinaristas y Luciferianos, y en el cual, segun se dice, tuvo la desgracia de caer un genio tan eminente como Tertuliano, es un sistema herético, tan absurdo, que no merece en nuestros dias los honores de una refutacion. Decir que el alma es propagada como el cuerpo y con el cuerpo, es afirmar derechamente el materialismo, es igualar al hombre con el bruto, como escribia San Gerónimo: es negar la misma alma, negando su simplicidad y su inmortalidad, pues la materia no puede producir un sér simple, ni un sér imperecedero, no sujeto á disolucion. «Es imposible, arguye Santo Tomás, que la virtud activa de la materia estienda su accion á producir un efecto inmaterial. Pero es manifiesto que el principio intelectivo en el hombre trasciende á la materia, puesto que realiza una operacion de la cual no participa el cuerpo: es, pues, imposible que la virtud seminal sea productiva del principio intelectivo. Además la virtud encerrada en la semilla obra en virtud del alma del generante, segun que ésta es acto del cuerpo, del cual usa en su operacion, mientras que el cuerpo no tiene parte en la operacion intelectual: de donde se infiere que la virtud del principio intelectivo, en cuanto intelectivo, no puede provenir del sémen. Por

© Biblioteca Nacional de España

otra parte, el alma intelectiva, teniendo su operacion propia sin el cuerpo, es subsistente, y á ella misma pertenece el *sér* y el *ser producida*: pero siendo inmaterial, no puede ser causada por generacion, sino solo por creacion por Dios. Afirmar pues que el alma intelectiva es producida por el generante, equivale á decir que no es subsistente y por consiguiente que perece con el cuerpo. Por tanto es herético afirmar que el alma se propaga por la generacion carnal (1).»

Algunos Santos Padres y Teólogos se inclinaron á una especie de *traducianismo* sutil, ó *generacianismo* espiritual, segun el cual las almas emanan de las almas de los padres, á la manera, dice San Agustin, que una lámpara es encendida de otra lámpara sin detrimento de su luz. El mismo Santo Doctor vaciló algun tiempo entre este sistema y el creacianismo, y otros muchos permanecieron indecisos. Entre los Padres Latinos, varios defendieron este sistema, mientras los Padres Griegos, casi unánimes, se declararon por la doctrina contraria. En aquella época, merced á la influencia de las ideas platónicas, y á las atrevidas innovaciones de Orígenes, merced á la confusion introducida por el Pelagianismo, y porque parecia oportuno para resolver las dificultades que ofrecia la trasmision del pecado original, era en cierto modo disculpable defender este error, sobre el cual nada habia fallado la Iglesia. Lo mas estraño es que en nuestra época, despues que hacia siglos es ya comunísima la doctrina de la creacion sucesiva de las almas, algunos teólogos alemanes y belgas, por otra parte notables, hayan resucitado aquella opinion, abandonada ya y desacreditada, pensando que con ella podrán explicar satisfactoriamente la propagacion del pecado original. Klee ha procurado ilustrarla con argumentos nuevos, Mr. Lafo-

(1) *Summa Theolog.* P. I, quæst. 118, art. 2.

© Biblioteca Nacional de España

ret la ha defendido con gran moderacion, Frohschammer ha escrito un libro espresamente con este objeto, y no satisfecho con las esplicaciones antiguas, opina que puesto el acto de la generacion las almas de los padres *crean de la nada* el alma de los hijos, en virtud de un poder creador de segundo órden comunicado por Dios á la naturaleza humana en su orígen, en órden á la propagacion de la especie. —Por su parte Rosmini ha formulado otra teoría de *generacianismo* espiritual, diciendo que el hombre engendra juntamente con el cuerpo el alma sensitiva, como sucede en toda generacion animal, y que aquella alma pasa á ser intelectiva por efecto de una iluminacion divina que Dios infunde en ella, en virtud de la cual es elevada á la esfera inteligible (1).

De cualquier modo que se entienda el traducianismo, debe ser rechazado lo mismo en filosofía que en Teología. Como arguye muy bien Mr. Martin, «tiene el inconveniente capital de ser inconciliable con la doctrina de la unidad y de la indivisibilidad de sustancia en cada alma: porque ¿de dónde tomarian los padres la sustancia del alma para trasmitirla? ¿Seria ella algo de sus cuerpos? Luego el alma trasmitida seria corporal, y hé aquí aprobado el materialismo. ¿Seria una sustancia salida de sus almas? Luego la sustancia de sus almas, suministrando la de una alma nueva, como una planta suministra una rama, seria divisible; luego el alma dejaria de ser una sustancia simple. ¿Es este el sentido del generacianismo que se atreve á llamarse espiritualista? ¿Tal vez los padres hallarán en sí ó fuera de sí mismos el alma del niño como una sustancia distinta con

(1) Sin embargo esta esplicacion de Rosmini no es nueva. Santo Tomás en la cuestion citada, art. 2, manifiesta que algunos decian que «la misma alma sensitiva propagada en el hombre por la generacion, se hace intelectiva, no ciertamente por la virtud activa del sémen, sino por la virtud de un agente superior, esto es, de Dios, que la ilustra de fuera.»

© Biblioteca Nacional de España

anticipacion de sus almas y de sus cuerpos? Entonces salimos del generacianismo para caer en la hipótesis de la preexistencia de las almas, con ó sin personalidad, y libre albedrío. Volvamos pues al generacianismo que no puede ya presentarnos sino su última hipótesis. ¿Producirian los padres el alma no preexistente del niño, sin tomar esta sustancia simple de ninguna otra sustancia? ¡Entonces los padres serian creadores! Es asi que los séres creados no pueden producir mas que maneras de sér y Dios solo crea las sustancias. Asi pues admitir que el alma no es mas que una sustancia divisible y decir que los padres producen el alma, si esto no es atribuir á los padres el poder creador, que no pertenece sino á Dios, es como dice Santo Tomás, hacer del alma una manera de sér sin sustancia propia, un modo del cuerpo, con el cual por consecuencia ella deberia perecer. No suponiendo que esta consecuencia pueda ser desconocida de aquellos que colocan las premisas de donde ella mana, Santo Tomás declara su proposicion *herética*. La Iglesia, mas indulgente, tolera su error, que por una feliz inconsecuencia se detiene mas acá de la heregía. Pero la filosofía cristiana debe rechazar esta doctrina ilógica y errónea (1).»

Además de estos inconvenientes, Mr. Frohschammer debia recordar que la virtud creativa de Dios, teniendo por término la produccion total del sér *ex nihilo*, exige un poder infinito, y es por su naturaleza incomunicable. Mas aunque pudiera ser comunicada al hombre, éste no podria usar de ella sino de una manera consciente y deliberada, con intencion y conocimiento expreso de su efecto, lo cual,

(1) Obra citada, nota sup. XXXIII.—Parece sin embargo que Santo Tomás solo se refiere al traducianismo corpóreo.—Estio, el Card. Noris, Berti, Bellarmino y otros muchos declaran errónea la opinion del generacianismo espiritual, pero no la condenan como herética.

© Biblioteca Nacional de España

como es sabido, no sucede en la generacion. Por último todo acto generativo, si fuese acto creador, debiera ser fecundo y llegar á debido efecto, pues el poder de crear supone con mas razon el poder de remover los obstáculos que se opongan al desarrollo del sér creado, como quiera que la accion no se completa sino en su término. Y esto, como acredita la esperiencia, ¿no es absurdo?

En cuanto á Rosmini, me admira que un hombre de su talento no haya advertido las consecuencias de su opinion. Si la ilustracion divina fuese una perfeccion esencial del alma sensitiva, mudaria por completo su especie y no seria alma humana. Esta nueva perfeccion añadida al alma sensitiva seria algo subsistente ó no: en el primer caso, será algo esencialmente distinto de aquella, que no es subsistente, y así volvemos al error de la pluralidad de almas en el hombre. O la iluminacion divina no es substancia sino accidente, y entonces habria que conceder que el alma intelectiva solo *accidentalmente* se diferenciaria del alma exclusivamente sensitiva, y por lo tanto el hombre solo accidentalmente se diferenciaria de las bestias. Pero entonces el alma intelectiva seria tambien accidentalmente corruptible como el alma de los brutos: no saldria de las condiciones del alma sensitiva, sino que no siendo subsistente lo mismo que ésta, deberia participar como ella de la corrupcion del cuerpo, lo cual no sucede ni puede suceder.

Por último, el generacianismo espiritual, bien sea el defendido por Klee, bien el de Frohschammer ó el de Rosmini, lejos de ser útil para explicar la propagacion del pecado original, como se proponen sus autores, ofrece mayores dificultades que la doctrina del *creacianismo*. Porque aun trasmitida el alma no se infiere que se trasmitiesen con ella sus cualidades morales, y menos la responsabilidad de culpas agenas. Además, si las almas llevasen el reato origi-

© Biblioteca Nacional de España

nal por proceder de Adam por la vía generativa, por la misma razon llevarian sobre sí los pecados de sus inmediatos padres y antepasados, en cuyas almas estaba virtualmente encerrada el alma del hijo, lo cual es absurdo. No existiendo el alma de cada hombre con su individualidad y personalidad distinta en el alma de Adam, es imposible que pudiera adherirse personalmente á su pecado, ni ser cómplice del mismo, y responsable de él. Y hé aquí que esta hipótesis, absurda en sí misma, compromete el dogma católico, haciéndolo en este sentido inadmisible para la razon.

El alma humana es creada inmediatamente por Dios, é infundida en el cuerpo, despues que verificado el acto de la generacion, éste ha sido fecundo para producir un sér viviente. Esta es la verdadera doctrina católica. No es ciertamente un *dogma de fé*, propuesto formalmente por la Iglesia, pero es una creencia comunísima desde los primeros siglos y profesada en la actualidad por todos los teólogos y filósofos católicos, con rarísimas escepciones. «El alma no es engendrada, sino infundida por Dios,» escribia San Clemente de Alejandría. La razon es, segun Lactancio, porque «ningun mortal puede engendrar sino á un sér mortal... Así, pues, no son los padres los que dan el alma, sino el Padre de todos, Dios, que dispone la ley y el modo de nacer, porque es el solo que las hace.» En el mismo sentido afirma San Hilario que «toda alma es obra de Dios,» y San Gerónimo, que «Dios crea todos los dias almas y las infunde en los cuerpos de los que nacen.» San Leon el Grande en su carta á Toribio de Asturias, dice: «La fé católica predica constantemente, y con verdad, que las almas humanas, antes de ser inspiradas en los cuerpos, no han existido, ni son unidas al cuerpo por otro que por Dios, que es su Criador.» El Papa San Leon IX, en una carta dogmática afirma terminantemente «que la fé de la Santa Sede Apos-

© Biblioteca Nacional de España

tólica Romana, enseña que el alma humana no es parte de Dios, sino creada de la nada.» Por último, el Papa Benedicto XII, escribiendo á Leon, rey de Armenia, acerca de los *execrables errores* de que eran acusados los Armenios, contaba entre ellos que «el alma del hijo es propagada del alma del padre, como el cuerpo del cuerpo.»—Por decreto de 5 de marzo de 1857, la Sag. Congregacion del *Indice* condenó el libro de Frohschammer; «*Defensa del generacianismo.*» Por último, con motivo de haber escrito el profesor Ubaghs en una *Antropologia* publicada en Lovaina en 1848 «que la opinion del creacianismo reunia el mayor número de partidarios, pero sin embargo el traducianismo espiritual se funda en razones probables muy atendibles, principalmente las deducidas de la analogía del origen del hombre con el de otros séres vivientes,» el Cardenal Patrizzi en nombre de Pio IX, escribió al Arzobispo de Malinas, con fecha 2 de marzo de 1866, mandando que se hiciesen algunas correcciones en dicha obra, y con especialidad «que se aclarase plenamente y se corrigiese lo que allí se lee acerca de la opinion llamada traducianismo, al tenor de la sentencia pronunciada por la Suprema Congregacion del Santo Oficio, y confirmada por el Sumo Pontífice.» De lo cual se infiere que este sistema, si no es herético, no puede ser defendido sin incurrir en nota de temeridad. (1)

Pero la verdad del *creacianismo* no solo consta por la falsedad de las opiniones contrarias, sino que tiene á su favor muchos y muy sólidos argumentos directos. Efectivamente una sustancia simple, careciendo de partes y no estando sujeta á corrupcion, claro es que no puede empezar á ser sino por creacion—Una sustancia inmortal, que por su naturaleza trasciende la duracion y permanencia de toda la creacion visible, no puede ser efecto de una criatura,

(1) Zigliara, *Summa philosophica, Psychologia*, lib. I, cap. IV.

© Biblioteca Nacional de España

porque la accion de ésta no se estiende mas allá de su esfera.—Un alma inteligente solo puede recibir la existencia de Aquel de quien recibe la inteligencia, del único que contiene en sí todo lo cognoscible, y puede, si quiere, reproducirlo en el órden real.—Por último el alma, como forma sustancial del cuerpo humano, siendo subsistente por sí misma, necesariamente ha debido ser producida de la nada.

Esta doctrina, robustecida por la tradicion eclesiástica, fundada en la Sag. Escritura, tan razonable y tan conforme á los principios de la sana filosofía, es tambien muy digna de Dios, y sumamente honrosa para el hombre. La Providencia nada obra en vano, ni procede por rodeos inútiles. Las almas ciertamente han sido creadas por Dios, pero no todas fueron criadas á un tiempo en el principio del mundo, como suponia Orígenes. En este caso habria solo una union puramente accidental entre el cuerpo y el alma, porque creada está subsistente desde el orígen de las cosas, su union al cuerpo en el tiempo seria con una intencion y para una causa estraña á su primitiva creacion ó á su naturaleza. Pero si solo conviene de una manera accidental al alma estar unida al cuerpo, habrá que admitir una de estas dos cosas; ó el hombre, resultado de semejante union, no seria tal sino por accidente, ó el alma sola seria todo el hombre, lo cual es falso.—Pero siendo natural al alma ser unida al cuerpo para su complemento, como ya se ha dicho, ¿para qué fin habia de ser creada antes de existir aquel? No fue, pues, conveniente que Dios empezara su obra por lo imperfecto, ó incompleto, y por lo que está fuera de la naturaleza. Por eso no hizo al hombre sin manos ó sin pies que son partes naturales suyas, y por la misma razon no hizo el alma sin el cuerpo.—Mas si se replica que no es natural al alma estar unida al cuerpo, se deberá in-

© Biblioteca Nacional de España

vestigar la causa de esta union. No seria ciertamente su voluntad, por ser irrazonable querer unirse á un cuerpo sin necesidad. Mas si tuviera esta necesidad, se uniria á él naturalmente, porque la naturaleza no falta en lo necesario. Por otra parte no habria razon alguna para que el alma creada desde el principio del mundo concibiese despues de tantos siglos el deseo de unirse al cuerpo. Mas si la union se verificase contra su voluntad y fuera de su naturaleza, esta seria violenta y tendria razon de castigo, como decia Orígenes. Para evitar, pues, tales inconvenientes, confesemos sencillamente que las almas no fueron criadas antes que los cuerpos, sino que actualmente son creadas al mismo tiempo que son infundidas en ellos.» (1)

Solo Dios se ha reservado el poder de crear las almas, y concurrir con su virtud omnipotente á la generacion humana. Cada alma es en cierto modo una creacion aparte singular é inmediata. Nada es capaz de darnos una idea mas elevada de su nobleza y dignidad; nada nos hace comprender mejor el amor que Dios tiene á las almas, y la gloria inefable á que las ha destinado. Meditémoslo bien, porque este es un punto interesantísimo. Somos por un modo inefable tan hijos de Dios como de nuestros mismos padres, que si nos han dado el sér, es porque Dios se ha dignado asociarlos á su obra. Cuanto mas se profundiza esta idea, se descubren en ella mas incomprensibles grandezas. Somos algo mas que una criatura: Dios nos ha colmado de sus bondades, y ha querido que nuestras relaciones con él sean en cierto modo filiales. Nuestro pecho se convierte en una hoguera de amor hácia un Dios tan bueno, tan misericordioso, tan amante, y nuestro corazon es un altar en donde le ofrecemos en holocausto todo nuestro sér. ¡Ah! con qué amor, con qué confianza, con qué ternura le diri-

(1) *Summa theolog.*, I, p. quæst 118, art. 3.

© Biblioteca Nacional de España

gimos la oracion que nos enseñó nuestro adorable Redentor, ¡PADRE NUESTRO! Somos de Dios, nuestra alma es suya, le pertenece toda con sus potencias, con sus ideas y con sus voliciones. Al instruirnos, al mejorarnos, al enriquecernos, beneficiamos un campo divino, que debe dar frutos dignos de su orígen. Mas todavía, Dios al crear nuestra alma, la ha iluminado con la luz de su rostro y ha grabado en ella su propia imágen; nos ha convertido en un objeto augusto, en un santuario. Deber nuestro es no dejar que aquella luz se apague, ni que aquella imágen se borre, sino honrarla en los demás, y procurar que sea honrada en nosotros mismos. Asi la doctrina del creacianismo tiene una trascendencia tan vasta, que persuade por eso mismo de su verdad.

Este orígen tan escelente del alma es tambien una razon de la excelencia de su destino. Creada inmediatamente por Dios, es claro que está destinada para el mismo Dios. ¿La virtud omnipotente la habria sacado de la nada para dejarla rodar eternamente por los espacios siderales, de constelacion en constelacion y de planeta en planeta? ¿Este fin sin fin seria proporcionado á su principio? Y sin embargo, ¡tales son las esperanzas de la que se llama á sí misma la mas elevada de las filosofías conocidas! No, no es así. El hombre está autorizado para levantar mas arriba sus aspiraciones. Escuchad á la doctrina católica, y aprended la verdadera sabiduría. Oireis una enseñanza propia de la justicia y de la bondad divina, conforme á las exigencias del órden moral, y que satisface plenamente á nuestra inteligencia y á nuestro corazon.

Dios se dignó señalar á nuestra alma un destino sobrenatural; la participacion de su gloria. Tal es en el estado presente la ordenacion divina para todos los hombres, pues *quiere que todos se salven, no quiere que alguno perez-*

© Biblioteca Nacional de España

ca y amó de tal manera al mundo que envió á su Hijo Unigénito, á fin de que todo el que cree en El no perezca, sino que alcance la vida eterna. Pero el hombre está obligado á poner los medios para llegar á este fin dichoso. Los que hayan cumplido exactamente los mandamientos divinos, los que hayan seguido fielmente las inspiraciones de la gracia, los que hayan practicado las virtudes y aborrecido el vicio, ó habiendo pecado se hayan arrepentido de sus culpas y alcanzado el perdon de ellas, en una palabra, los buenos, conquistan la corona eterna de la gloria, y despues de la muerte del cuerpo, sus almas se unen á Dios de un modo inefable por el *conocimiento*, por el *amor* y por el *gozo*: poseen á Dios, y hallan en él la suprema y absoluta felicidad. Nada les queda que desear, han alcanzado su último fin: es el *cielo*.—Los que por el contrario hayan infringido la ley divina, se hayan abandonado á sus pasiones desordenadas, hayan cometido crímenes y no los hayan expiado, se hayan mostrado sordos á los llamamientos de la gracia, no hayan tributado á Dios el culto debido y hayan abusado de sus dones, en una palabra, los malos, incurren en una pena eterna, y en lugar de estar unidos á Dios, como á Padre, están sujetos á él como juez y vengador. Nada les queda que esperar, han errado su fin particular, y ellos mismos han labrado su propia desdicha: es el *infierno*.—Los que hayan muerto sin haber personalmente adquirido méritos ni cometido culpas, sino solo con la mancha original inherente á la naturaleza, no teniendo aptitud (puesto que carecen de la gracia santificante) para conseguir la gloria, que es un beneficio indebido, dado solo á quien haya sido elevado al órden sobrenatural, y por otra parte no siendo malos con pecados personales para que sean sometidos á la misma condenacion que los pecadores, quedan en un estado intermedio, privados, sí, de la vision beatífica,

© Biblioteca Nacional de España

pero tambien libres del fuego eterno, y además participando los dones de la bondad divina, segun su condicion natural. Nada les queda que progresar, ni que temer: es el *limbo*.—Por último, las almas que estando en gracia, y no teniendo culpas graves, no han satisfecho sin embargo á la justicia divina por las que cometieron ó por sus consecuencias, ó las que en vida no han tenido tiempo de arrancar de su voluntad todo afecto al pecado, ó las reliquias del mismo, son destinadas á una expiacion temporal, hasta que sean dignas de poseer la bienaventuranza. Anhelan con vivísimo deseo llegar á Dios, y crecen de dia en dia en su amor. Es el *purgatorio*.—Hé aquí una doctrina que nada deja que desear, justa, equitativa, acomodada á todos los espíritus, á todas las situaciones, á todos los méritos y á todas las culpas. Los premios y los castigos se distribuyen con una proporcion justísima, y no solo hay diversos lugares para las almas, sino en ellos diversos grados de gloria ó de condenacion.

Los primeros estados son perpétuos, inmutables, eternos. Es justo que el que ha cumplido bien su prueba, sea recompensado; y no seria justo que despues de haberle dado una recompensa que ha merecido con sus buenas obras, fuese despojado arbitrariamente de ella sin culpa. El que hace un beneficio, no lo quita sin causa, y mientras el que lo ha recibido sea digno de él. ¿Si así obran los hombres, cuánto mejor Dios? Pero las almas bienaventuradas no pueden pecar,—porque aman soberanamente á Dios,—porque son felices y no les falta bien alguno á que pueda inclinarse desordenadamente su voluntad,—y porque su conocimiento, siendo perfecto, no está sujeto á error, y su voluntad, siendo recta, no se halla espuesta á elegir mal. Siendo, pues, eternos los premios de los justos, ¿por qué no serian tambien eternos los castigos de los malvados?

© Biblioteca Nacional de España

¿Qué razon habria para sustraerlos de la pena, á que se habrian hecho acreedores con su propia culpa? ¿No es justo que el premio y el castigo guarden la debida proporcion? Además la eternidad no es una série sucesiva de momentos, sino una duracion sin tiempo, un presente contínuo, un estado absoluto en el cual no hay lugar á modificaciones ni cambios. Pero de esto hablaremos en otro lugar.

Enseña tambien la doctrina católica que las almas no han de permanecer eternamente solas, sino que han de volver á sus cuerpos, mediante la resurreccion á recomponer la persona humana para recibir adecuadamente el premio ó el castigo que merecieron en esta vida con sus obras. Nadie desconoce la altísima importancia teológica y filosófica de este dogma. Jamás una concepcion tan grandiosa y de tan profundas consecuencias pudo ocurrirse por sí sola á la razon humana: su simple enunciacion es una prueba de que es una verdad revelada. Una afirmacion tan completa, tan segura y tan cabal de una cosa contraria á la esperiencia, fuera del órden sensible y de la induccion filosófica, y que al mismo tiempo esplica y aclara tan cumplidamente la nocion moral de la vida futura, no es ciertamente una invencion de la razon humana. Hé aquí un dogma que ilumina con vivos resplandores las profundidades del porvenir, y desvanece todas las dificultades que una psicología temeraria opone á los dogmas del cielo y del infierno. Es un milagro, ¿quién lo duda?, tan grande como la creacion; pero esto mismo demuestra su necesidad y su importancia en el órden de la providencia. Compárese con él la deleznable teoría de las reencarnaciones, grosera y confusa parodia de su verdad, y entonces acabará de resaltar con evidencia el absurdo filosófico de llevar el alma de un cuerpo en otro cuerpo, que nunca seria *suyo*, y el error dogmático de ne-

© Biblioteca Nacional de España

gar el estado inmutable de felicidad ó de desdicha por toda la eternidad.

Esta doctrina, tan superior por todos conceptos á las teorías palingenésicas antiguas y modernas, lleva en sí misma los caracteres de su verdad. El primero de ellos es que esplica perfectamente el órden moral y asegura su cumplimiento por medio de una sancion digna y eficaz. El segundo carácter de su verdad es, que en ella brillan los atributos divinos, la justicia en la remuneracion y en el castigo, la misericordia en la dicha inefable y eterna que comunica á los buenos, la bondad en la facilidad con que se puede alcanzar la gloria, y en la abundancia de medios y auxilios que Dios dá á todos para este objeto. Otro caracter de la verdad de esta doctrina es que resuelve de una manera admirable el difícil problema de recompensar ó castigar á *todo* el hombre, á la *persona*, que ha sido el sugeto de las acciones buenas ó malas. Presenta además otro carácter de verdad en que ofrece los motivos mas poderosos para apartarse del pecado y practicar la virtud, para huir del mal y seguir el bien, especialmente cuando la pasion es tentadora y el cumplimiento del deber es comprometido. El hombre halla en la esperanza del cielo el estímulo más vivo para aspirar á la perfeccion, y en el temor del infierno el freno mas saludable para vencer las malas inclinaciones, y el mas enérgico reactivo para convertirse á Dios por el arrepentimiento y la expiacion voluntaria. Por último, es una doctrina persuasiva, que satisface nuestras aspiraciones y convence á nuestra razon, mejor que todas las especulaciones filosóficas acerca de la otra vida, y que ilustrándonos completamente en este punto, nos tranquiliza respecto á nuestro porvenir eterno, en la seguridad de que nuestra suerte buena ó mala está en nuestras manos.—Ofreced al hombre un destino fijo y seguro, con solo una alternativa

© Biblioteca Nacional de España

bajo el imperio de su libertad, y le habreis dado aliento, esperanza y valor: proponedle un destino vago, incierto y desconocido, y le llenais de dudas é inquietudes, y le precipitais en el desaliento, en la indecision y en el temor. Bajo este punto de vista la teoría de las reencarnaciones lleva en sí misma la nota de su falsedad.

Esta sencilla esposicion de la doctrina católica es la mejor refutacion de los errores contrarios. Para ahuyentar á las aves funestas de la noche, no hay cosa mas propia que la aparicion del Sol.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVII.

El Purgatorio.—No es la metempsicosis trasformada en este dogma.—Pruebas de su existencia.—Su naturaleza.—El Purgatorio y las reencarnaciones.—Importancia de esta doctrina.—Sus interesantes relaciones.—La Comunion de los Santos.

Acabamos de ver en sumario cuál es la verdadera doctrina católica acerca de la vida futura, y en breve tendremos ocasion de desarrollar sus magnificencias.

Pero antes de tratar de lo perdurable, del estado permanente y definitivo de las almas, debemos decir algo de lo transitorio, de la expiacion temporal ó purificacion que necesitan sufrir algunas antes de entrar en el cielo. Este estado se llama *Purgatorio*. Es necesario tocar este punto, no solo para demostrar su verdad, sino tambien por la conexion que tiene con el error que venimos refutando, y porque nuestros adversarios lo alteran y desfiguran, y aun lo invocan como prueba de su sistema: siendo asi que él solo, bien entendido, basta para desvanecer todos sus sofismas. No daremos precisamente una demostracion teológica de este dogma, con testimonios de la Sagrada Escritura y de la Tradicion: como de costumbre, nos limitaremos á presentar aquellas pruebas que sean mas conducentes para nuestro objeto principal.

© Biblioteca Nacional de España

Se han atrevido á afirmar que el Purgatorio no es otra cosa que la metempsícosis racional, adoptada por la Iglesia y esplicada en sentido cristiano. Confieso que esta peregrina idea me causó no poca sorpresa, pues jamás habia oido ni leido cosa parecida. Sabia, sí, que la metempsícosis era una corrupcion de aquel dogma y del dogma de la resurreccion futura enseñados por una revelacion primitiva, trasmitidos por tradicion á todos los pueblos, y alterados con el trascurso del tiempo: mas por lo visto la ciencia de los nuevos filósofos nos obligará á cambiar todas nuestras ideas. El que defiende una mala causa, es natural que camine de desacierto en desacierto.

El Purgatorio no es una invencion de la Iglesia. Antes de la institucion de ésta, todos los pueblos creian en aquel, ó sea en un estado de purificacion de las almas despues de la muerte. Los sacerdotes, los filósofos y el vulgo estaban de acuerdo en este punto: Platon, siguiendo la doctrina de Sócrates, lo enseñó espresamente, como Virgilio lo cantó en la *Eneida* interpretando la filosofía de Pitágoras, y como Ciceron lo expresó en su libro de la *República*. Despues de la institucion de la Iglesia, era creido en aquellos pueblos á donde no habia llegado la predicacion del Evangelio. Por eso Voltaire afirma que las huellas de este dogma, como tambien del infierno, se hallan en todas las tradiciones del universo. De aquí es que muchos acusan á la Iglesia de haber tomado este dogma del paganismo, sin considerar que la verdad nada pierde por haber estado algun tiempo entre fábulas, y que es glorioso para el cristianismo reivindicar para sí todo lo verdadero que poseian las falsas religiones. Pero la Iglesia desde su orígen profesó esta doctrina, y conforme á ella acostumbró á dirigir oraciones públicas y privadas por los difuntos.

Testimonios bien espresos y terminantes manifiestan

© Biblioteca Nacional de España

que esta creencia se remonta mucho mas allá de la época señalada por Pezzani. A fin del siglo II de nuestra era, escribia Tertuliano que todos los años se hacian oblaciones por los difuntos, y que esta práctica se fundaba en una tradicion antigua y en una costumbre inmemorial. Arnobio y Lactancio en su apología, espresan la misma fé. Antes que estos, á principio del mismo siglo, Hermas afirma la necesidad de expiacion despues de la muerte. Antes aun, San Dionisio refiere que en los funerales cristianos, el Obispo recitaba oraciones sobre el difunto, para que Dios le perdonase sus pecados y le admitiese en la region de los vivientes. Antes todavía, ó sea casi en los tiempos apostólicos, el autor de las *Constituciones* que llevan este nombre, exhorta á rogar por los muertos para el mismo fin. Este es un punto fuera de toda duda: Calvino confiesa que todos los Padres unánimes enseñan la misma doctrina: Scheldon y Meyer reconocen que «esto debe darse por bien probado, y que la oracion por los difuntos es una de las prácticas mas antiguas y mas eficaces de la religion cristiana.»

Al mismo tiempo los Padres y escritores eclesiásticos, no solo refutaban el grosero error de la metempsícosis, sino que la ponian en ridículo; y cuando Orígenes trató de introducirla en la Iglesia, presentándola ataviada con el ropaje filosófico, los Romanos Pontífices y los concilios pronunciaron contra ella enérgicas y repetidas condenaciones. Si el Purgatorio fuera la metempsícosis trasformada en este dogma, ¿cómo la Iglesia la habria condenado? Ciertamente los partidarios de Orígenes no fueron anatematizados por defender el Purgatorio: y los protestantes, tan celosos en inventar argumentos contra esta doctrina, jamás llegaron á sospechar tal desatino. Por poca relacion que hubiera entre este dogma y aquel error, ¡cuánto no la hubieran exagerado para confundir á uno y otro en la misma

© Biblioteca Nacional de España

condenacion!—Por último el Purgatorio es un estado de expiacion para las almas *separadas*, para las almas sin cuerpo y sin transmigraciones, lo cual es cabalmente lo contrario de la metempsícosis. Dejen pues, los adversarios de aventurar afirmaciones falsas, contrarias á la evidencia histórica y al mismo sentido comun.

Es supérfluo insistir mas en esto. La Iglesia ha creido y cree el purgatorio, porque es una verdad: ella no inventa los dogmas, y menos los forma de teorías filosóficas absurdas, sino que los recibe de la divina revelacion. La Sagrada Escritura lo enseña en varios lugares, y especialmente en el libro II de los Macabeos, donde dice que es *un pensamiento santo y laudable rogar por los muertos para que sean libres de sus pecados* (1). Tobias exhortaba á su hijo que llevara ofrendas á la sepultura de los justos (2) y el libro del Eclesiástico recomienda, como una obra meritoria, la piedad para con los finados (3). Jesucristo hace claras alusiones á esta creencia, cuando dá á entender que hay pecados que se perdonan en la otra vida, (4) y prisiones de las cuales el deudor no sale hasta haber pagado el último céntimo (5). Los Apóstoles siguieron enseñando y practicando la misma doctrina (6). En cuanto á la Tradicion Eclesiástica, ya hemos visto que los mismos protestantes se ven obligados á reconocer la unanimidad de su testimonio.

Hoy podemos observar que los escritores racionalistas, arrastrados por la fuerza de la lógica, son los primeros en confesar la necesidad de un estado de expiacion despues de la muerte. Las razones que aducen nuestros adversarios

(1) II, Macabeos, XII, 43 sigs.
(2) Tobias, IV, 18.
(3) Eclesiástico, VII, 37.
(4) San Mateo, XII, 32.
(5) San Mateo VIII, 34.—V. 20.
(6) I de San Pedro.—II á Timoteo, I, 18.—IV, 19.

© Biblioteca Nacional de España

para demostrar las pruebas sucesivas, y el progreso del alma en la vida futura, bien miradas, solo sirven para demostrar la existencia del Purgatorio; y los mismos protestantes que por espíritu de secta rechazan esta palabra, admiten sin embargo lo que significa. «Ninguna alma, dice Martensen, ha alcanzado el estado de consumacion perfecta, cuando abandona este mundo: por lo cual es preciso admitir un estado intermedio, en donde el alma acaba de desarrollarse, purificarse y madurarse para el juicio final.» Strauss ha puesto de manifiesto la inconsecuencia del protestantismo al rechazar este dogma. «Negado todo estado intermediario, dice, la confesion protestante ha abierto un abismo entre el estado moral del hombre antes de la muerte y su estado moral despues de la muerte; abismo que necesita un salto para salvarle. Mientras que aquí abajo arrastra el hombre su cubierta mortal, por muy piadoso que sea, (los protestantes son los primeros en confesarlo), conserva la suciedad del pecado; segun los mismos protestantes la fé no le justifica mas que de una manera ideal, y por el juicio de Dios. Y sin embargo, inmediatamente despues de la muerte debe comparecer delante de Cristo, en cuyo séquito nada súcio puede entrar; debe ser puesto en posesion de la felicidad celestial, que supone una pureza perfecta. Cuando se busca la causa de un cambio tan radical, la respuesta que se cree descubrir en los símbolos luteranos, es que esta súbita purificacion se comunicaria al alma por su separacion del cuerpo, asiento del pecado; lo cual supone una nocion bastante inexacta de la esencia del pecado. Si rigorosamente se interpretan los textos se ve que los protestantes han recurrido á un milagro, mediante el cual Dios extirpa del alma separada del cuerpo hasta las últimas raices del mal. Tiene pues razon Mœlher en ver en esto una especie de operacion mecánica,

© Biblioteca Nacional de España

Schleiermacher un procedimiento mágico, uno y otro una interrupcion violenta causada en el desarrollo activo del espíritu humano, por sí mismo.»

Es cierto: el estado moral del alma, al salir del cuerpo, reclama en la mayor parte de los casos un estado de expiacion. Hegel confiesa que la naturaleza misma impele á la voluntad racional á desear la reparacion del desórden causado por su culpa; otro filósofo halla la razon de la muerte en la necesidad de vernos purificados de toda mancha: Schelling en su diálogo de *Clara*, defiende la idea de una purificacion en el otro mundo, aunque en un sentido diferente del dogma católico; y Lord Byron, en su hora postrera, reconocia que el dogma del Purgatorio es altamente consolador. Seria fácil demostrar con testimonios de muchos escritores no católicos, que la doctrina del purgatorio se halla en la mayor armonía con nuestra razon, con las exigencias de nuestra naturaleza, y con los atributos divinos.

¿Qué alma, al separarse del cuerpo, se hallará perfectamente pura? Habrá en verdad algunas, que con la gracia de Dios han conservado la santidad. Pero la mayor parte de los que bajan al sepulcro, ni son tan buenos que merezcan entrar desde luego en el cielo, ni son tan malos que merezcan ser precipitados al infierno. ¿Cuál será pues su suerte si no hay un lugar, donde puedan expiar sus culpas leves, y las reliquias del pecado? «Sucede con frecuencia, dice Santo Tomás, que los justos mueren antes de haber hecho suficiente penitencia, y no por esto puede negárseles la vida eterna que han merecido. Pero sus faltas no deben quedar impunes, porque el órden natural no puede perder sus derechos: es pues absolutamente necesario que antes de obtener el premio de la vida eterna, sufran alguna pena temporal?»

© Biblioteca Nacional de España

Siendo un principio eterno de justicia que la culpa sea reparada por la pena, el alma que se siente culpable debe purificarse por la penitencia y por el dolor. Es propio de la naturaleza moral del hombre reconocer sus faltas, y procurar expiarlas, para descargarse del peso que abruma su conciencia. Y esto no solo por deber, sino por consuelo, porque la culpa pone al alma en un estado de desconcierto que le es antipático, y del cual desea salir aun á costa de los mas vivos dolores. Por lo tanto el alma que al entrar en la otra vida, se viese manchada con alguna falta, se creeria infeliz para siempre, si no pudiese expiarla. Pero ya no puede expiarla, *obrando*; luegó solo resta expiarla, *padeciendo*.

De esta manera queda á salvo la justicia divina, no admitiendo en su compañía nada manchado, y la misericordia y la bondad, que no deja perecer la obra de sus manos, y que en todos los estados ofrece auxilios á la debilidad humana.—Esta doctrina, sumamente racional, es á la vez sumamente consoladora. Ella calma las inquietudes del justo, que con saludable desconfianza de sí mismo, trabaja su propia salvacion; ella infunde valor al pecador arrepentido, si teme no haber expiado bastante sus pecados; ella hace brillar un rayo de esperanza á los ojos del moribundo, que solo en este trance supremo ha sido tocado de la divina gracia; ella endulza los últimos momentos de todos los cristianos, tranquilizándolos acerca de su eterno destino, y librándolos de los horrores de la desesperacion. Los sentimientos del hombre hallan satisfaccion cumplida, sin que la religion pierda nada de su saludable rigor, y la severidad de la moral cristiana con lo espantable de sus condenaciones, ha hallado el secreto de estender un manto de clemencia sobre nuestra flaqueza. Por medio de este dogma la misericordia divina dilata su esfera de accion, y sal-

© Biblioteca Nacional de España

va á los hombres, sin perjuicio de su infinita santidad y de su eterna justicia. Por último, cuando una muerte imprevista nos ha arrebatado alguna persona amada, la idea del purgatorio es la mas oportuna para tranquilizarnos acerca de su suerte eterna. Despues este mismo pensamiento no permite el olvido de los difuntos, pues nos muestra contínuamente que tenemos para con ellos deberes de caridad, y que podemos favorecerlos por medio de nuestras oraciones y buenas obras.

Hé aquí un nuevo aspecto de este interesante dogma. Podemos ser útiles á nuestros hermanos difuntos, podemos merecer para ellos, podemos abreviar el tiempo de su expiacion; y un simple vaso de agua, aplicado en sufragio por su descanso, no es perdido para su alivio. ¿Puede haber idea mas eficaz para estimularnos á hacer buenas obras? ¿Quién no reconoce la tendencia moral de semejante dogma, la confianza que inspira y los motivos que ofrece á la virtud? «¡Admirable comercio, exclama Chateaubriand, entre los hijos vivos y el padre difunto, entre la madre y la hija, el esposo y la esposa, la vida y la muerte! ¡Qué hermoso es haber forzado el corazon del hombre á la virtud por el atractivo del amor, y pensar que la misma moneda que dá el pan del dia al mendigo, dá tal vez á una alma libertada un asiento eterno en la mesa del Señor!»— Es natural; todos los cristianos somos miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo, y nos comunicamos nuestros bienes. Tal es la esencia de los *sufragios*. Los bienes espirituales de los cristianos se fundan todos en los méritos de Jesucristo. «Identificados nuestros méritos personales con los méritos de Jesucristo, les damos sus propiedades y los hacemos aceptables á Dios y reversibles sobre nuestros hermanos.» Al efecto podemos tomar á manos llenas del tesoro inagotable de la Iglesia, en donde se han

© Biblioteca Nacional de España

acumulado los méritos de Jesucristo, principalmente, y despues de la Santísima Vírgen y de los Santos. Esto es lo que se llama *indulgencias*.

Tal es el dogma católico del Purgatorio. Como se vé, *solo es de fé* su existencia, y la utilidad de los sufragios por los difuntos.—Todo lo demás que se refiere al lugar, naturaleza é intensidad de la pena, su duracion, estado de las almas, modo de aprovecharles nuestras oraciones, y otras cuestiones á este tenor, son cuestiones teológicas, en las cuales cada uno puede seguir su opinion (1).

Si ahora estudiamos filosóficamente este dogma, comparándolo con las teorías de los origenistas modernos, descubriremos una vez mas el enorme absurdo de éstas.—Dichas teorías nos presentan una nocion imperfecta y manca de la pena, suponiendo que solo es un medio de correccion y de enmienda; al paso que en el purgatorio hallamos, conforme á la verdad, el doble carácter de la pena de ser una expiacion purificadora, una rehabilitacion por el dolor, y un verdadero castigo de parte de la justicia ofendida. La reencarnacion no halla medio de rehabilitacion sino en el desvarío imposible de unir el alma á otro cuerpo; mientras el purgatorio, penetrando hasta lo mas hondo de la nocion metafísica de la penitencia, encuentra esta fuerza reparadora precisamente en la condicion misma del alma separada. La reencarnacion confunde la expiacion y la prueba, y desconociendo la naturaleza humana, lleva al alma sin descanso de cuerpo en cuerpo en innumerables vidas en las que lejos de expiar, por el contrario suele pecar, aumentando asi su deuda, al paso que el purgatorio consiste en una satisfaccion propiamente di

(1) La opinion general de los teólogos es que las almas del Purgatorio padecen *pena de fuego*; pero esto no es de fé.

© Biblioteca Nacional de España

cha, es el principio del término, es la llegada segura al puerto de la dicha, es el vestíbulo de la Sion celestial.

Avancemos un poco mas, y veamos lo que nos autoriza á creer una sana filosofía de acuerdo con la teología mística. Apenas el alma se ha separado del cuerpo, se le revela de repente un mundo nuevo, bien distinto del que deja; conoce la vanidad de todo lo terreno, la frivolidad de los goces tras de los que ha corrido pecando, lamenta su pecado y sus funestas consecuencias, que la impiden conseguir en el momento la bienaventuranza, y desde aquel mismo instante empieza la expiacion, como un efecto *inmediato* de su triste estado. La verdad desnuda se presenta á sus ojos, con la memoria de todo su pasado: ni la distraen los cuidados mundanales, ni la turban las ilusiones, ni la imaginacion la engaña y la fascina; y conociendo que para rehabilitarse le es necesario el sufrimiento, acepta con humildad y resignacion la pena que se le impone de fuera, que tiene muy merecida. A un mismo tiempo sufre esta pena sensible y el dolor intenso de sus faltas que recuerda y detesta como la causa de su mal. «La mas pequeña mancha la abrasa como fuego, porque sabe que Dios, que es la santidad misma, la está contínuamente viendo; allí está este fuego purificador por el cual es preciso que atraviese, baño de amargo sufrimiento y de cruel angustia en donde completamente se sumerge, hasta que sea bastante pura y digna de comparecer delante del mas santo y mas puro de los jueces. Sin consuelo, aunque no sin esperanza, ardiendo en deseos de ver á Dios y sintiéndose atraida hácia El con toda la impetuosidad de un amor sobrenatural, está enteramente abismada en su dolor. Su inteligencia es mas clara, su voluntad mas fuerte, su arrepentimiento mas amargo, su deseo de felicidad mas ardiente, y todo esto multiplica

© Biblioteca Nacional de España

su pena. «Cuanto mas violento fue el amor desordenado, dice San Agustin, tanto mas cruel será el suplicio.»—Sin embargo las almas, lejos de huir de este sufrimiento, aspiran voluntariamente á él. Cuando Platon dijo que todo el que ha cometido una injusticia debe ir voluntariamente á la expiacion, profundizó mucho en la esencia de la justicia, y adivinó el amor con que una alma pura la desea. «El alma, dice Santa Catalina de Génova, que despues de su separacion del cuerpo no se encuentra en un estado de perfecta pureza, y que conoce que este obstáculo la impide llegar hasta Dios, sin que pueda ser destruido mas que por las llamas del purgatorio, ávidamente se arroja en medio de ellas. Entonces esperimenta un dolor excesivo, inexplicable, incomprensible para nosotros habitantes de la tierra, y sin embargo ama este suplicio.» Pero una cosa alivia sus tormentos, la esperanza; y una cosa la fortifica en medio de sus padecimientos, el amor. Asi el purgatorio, como hemos dicho, tiene carácter de expiacion voluntariamente sufrida y de castigo.

Vemos, pues, cuanto dista esta doctrina de la orgullosa teoría de las reencarnaciones, en la cual el hombre ha de buscar su rehabilitacion en sus propias fuerzas, y no recibe otro castigo de sus faltas que quedar abandonado á su libertad. Porque aunque se diga que es castigado haciéndole nacer en malas condiciones físicas y sociales de su nueva vida, esto es quedar ilusorio el castigo, pues precisamente la eficacia purificadora de la pena consiste en la memoria de la falta y en el remordimiento, como quiera que ha de ser reaccion libre de la voluntad hácia el bien. Trasportada el alma á otro mundo lejano, á otro centro nuevo, é incorporada en un organismo distinto, cambia el órden de todas sus sensaciones ó al menos de todas sus relaciones con el mundo visible, y estaria obligada á soste-

© Biblioteca Nacional de España

ner nuevos combates, con lo cual desaparece la eficacia segura de la expiacion, que no ha de consistir en una cosa incierta. Así por una nueva contradiccion, en el sistema de los adversarios, la pena pierde su valor intrínseco correccional. Y para que resalte mas el absurdo y la injusticia, los crímenes mas horrendos y las faltas leves recibirian en sustancia la misma pena, es á saber, una nueva vida, una nueva tentativa de su libertad, de la que podria salir bien el perverso, y mal el bueno: y el justo seria tratado como el delincuente, si un mismo tiempo éra para el uno tiempo de prueba y para otro tiempo de retribucion.

En el sistema de las reencarnaciones la muerte rompe todos los lazos con los difuntos, y aun nuestras oraciones de nada les aprovechan. ¿Qué relaciones podemos tener con nuestros parientes y amigos encarnados tal vez en algun astro de las profundidades del cielo á una distancia que la luz tarda siglos en recorrer? Bien sé que algunos alucinados espiritistas se hacen la ilusion que comunican con las almas, pero esto, imposible de todo punto, es además una inconsecuencia. No; las almas separadas no pueden ponerse en comunicacion con nosotros por medio de golpes de las mesas, ó por la pluma de un *medium*. Esta es una decepcion deplorable, causa de mil errores funestos. La fé, la razon y la esperiencia atestiguan de consuno que el alma separada es incapaz de conservar relacion alguna con el mundo exterior, sino por medio de su propio cuerpo, de quien es forma sustancial, como ya dejamos demostrado. Y en todo caso, verificada la reencarnacion, toda comunicacion con nosotros seria doblemente imposible.

Otras son nuestras relaciones con las almas de los difuntos, ciertas, permanentes y seguras; y aquí se admira

© Biblioteca Nacional de España

la superioridad del dogma del Purgatorio, que tan bien interpreta las necesidades de nuestro corazon. La muerte es impotente para los católicos, pues todos somos ciudadanos de la vida eterna, y estamos unidos actualmente por tiernos lazos de caridad, lo mismo á los que mueren hoy, que á todas las generaciones que nos han precedido. El dogma del Purgatorio se enlaza con el dogma todavía mas consolador de la *Comunion de los Santos*. La Iglesia en sus tres estados de *gloria*, de *expiacion*, y de *prueba* es un solo cuerpo animado por la misma vida. El mundo que *combate* se dá la mano con el mundo que *expia*, y estrecha con la otra la del mundo que *triunfa y reina*. Sacrificios, oraciones, méritos, buenas obras, intercesiones, penetran y saturan á esta sociedad modelo, como un fluido benéfico, á la manera que la sangre circula por todo el cuerpo, y estiende sus ramificaciones á los miembros mas distantes. Nada queda aislado, y «los espíritus, dice Le Maistre, cual si fueran parte de un haz imantado disfrutan de sus propias fuerzas al mismo tiempo que de las fuerzas de los demás.» ¿Se concibe una doctrina mas interesante, mas consoladora, y mas trascendental? El filósofo la encuentra profunda y razonable, el moralista digna y santa, el literato bella y sublime, el poeta llena de encantos: y todos admiran la prodigiosa vitalidad de los dogmas cristianos que penetrando con su influencia hasta la raiz misma de la naturaleza humana, y abrazando todos los siglos y todos los espacios, se elevan hasta el seno mismo de Dios.

Sobre la importancia de esta doctrina debemos oir á un protestante, H. Leo: «La comunion de los santos, dice, no existe solo sobre la tierra, sino que se extiende hasta el cielo, en donde está siempre viva en todos sus miembros, mucho ó poco tiempo hace fallecidos. Nosotros podemos sostener con ellos un comercio de oraciones constante y

© Biblioteca Nacional de España

eficaz como lo hacemos con nuestros hermanos que todavía estan en este mundo. Esta comunion de todos los fieles vivos y difuntos dá á la Iglesia romana su admirable unidad y su invencible solidez: esta idea se halla estendida por toda la Iglesia y forma como el centro de una vasta armonía. Lugares santos, peregrinaciones, rogativas, fundaciones piadosas, mil voces que se elevan de todas partes de la vida de la Iglesia, sostienen este comercio vivo con lo pasado. Todos los héroes del cristianismo en su calidad de santos, pasan sin cesar por delante de los ojos del católico, y le muestran para conducirle á la virtud los mas bellos ejemplos de la historia. La imágen de María encima de la cabecera de su cama, el crucifijo sobre su mesa, con sus flores y coronas siempre frescas, introducen el Evangelio todo vivo y todo real en el seno de la vida presente. Todo esto constituye un medio, cuya influencia es muy saludable para el hombre que sencillamente á él se entrega, puesto que de él recibe sin cesar nuevas fuerzas para el cumplimiento de sus deberes de cristiano. El Protestantismo, empero, ha cegado estos manantiales tan abundantes en fecundas inspiraciones.»

¿Qué valen al lado de esta sublime doctrina los quiméricos ideales de nuestros adversarios? Nos ofreceis un porvenir vago, desconocido, y ¿quereis que por la promesa desesperante de un camino sin fin abandonemos esta fé que nos anima y fortalece, tan útil en la desgracia, tan consoladora en la tribulacion? ¿Pensais que vuestro sistema es eficaz para guiarnos en esta vida, para producir en los corazones la piedad y el amor, para calmar los terrores que inspira el pensamiento de la eternidad? Yo someto vuestras áridas concepciones de la vida futura, vuestras inútiles encarnaciones, vuestras ridículas pruebas, al fallo de la virtud que espera, del arrepentimiento

© Biblioteca Nacional de España

que llora, del moribundo que tiembla: al fallo de las madres, de las esposas y de los hijos, y al paso que verán en el purgatorio un dogma de amor, de piedad y de seguridad, rechazarán vuestras falaces invenciones, exclamando: «No, no es eso lo que mi razon admite, lo que mi fé cree, lo que mi esperanza desea, lo que anhela mi corazon.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVIII.

El Infierno.—Su existencia y eternidad.—Pruebas deducidas de la justicia y magestad divinas.—De la libertad humana.—De la imposibilidad de enmienda despues de la muerte.—De la conciencia.—Del mérito y de la pena.—De las creencias de todos los pueblos.

¡El infierno! Palabra terrible y pavorosa: verdad formidable y aterradora. ¿Quién no tiembla y se estremece con este pensamiento? «No hay modo de sosegar, escribia el impío Lucrecio, no hay posibilidad de reposo, porque es preciso temer *penas eternas* despues de la muerte. Ningun mortal puede ser dichoso, mientras pesa sobre él semejante temor..... Por lo tanto es indispensable y urgente echarlo fuera y arrancarlo de raiz, porque turba en su fondo la vida humana, bañando todas las cosas en lobreguez de muerte, y no permite gozar ninguna satisfaccion pura y serena.»—Una quimera no inspira tan profunda inquietud y desasosiego á las personas ilustradas. Estos terrores de los impíos son una prueba de que aquella verdad halla un eco en lo más recóndito de nuestro corazon.

Pero el consejo de Lucrecio es hoy seguido mas fielmente que nunca: la delicadeza y sensualismo de nuestro siglo miran con horror el espantoso dogma, y de todas par-

© Biblioteca Nacional de España

tes se levantan voces interesadas en negarlo. Los unos dicen que ha pasado su tiempo; pero entonces, ¿por qué tener miedo de un cadáver, por qué descargar golpes sobre un espectro? Los otros se burlan y ridiculizan esta creencia, pero entonces ¿por qué se ocupan y preocupan tanto de ella? Otros impugnan el infierno con argumentos puramente sentimentales, ¿pero no advierten que esto solo contribuye á aumentar su horror? Aquellos protestan indignados contra la crueldad y barbarie, segun dicen, de tan terrible castigo, pero esto, ¿no es reconocer su eficacia para apartar á los hombres del mal? Por último todas las escuelas filosóficas racionalistas y positivistas, en este punto de acuerdo, aparentando imparcialidad y sensatez, inventan argumentos y sofismas, para rechazarlo como injurioso á los atributos divinos, contrario á la naturaleza y opuesto á la razon.

¡Vanos esfuerzos! Las negaciones del infierno, cuanto son mas persistentes y tenaces, mas acreditan su verdad: á la manera que los ataques de todo un ejército contra una plaza sitiada, sin lograr rendirla, indican que la plaza es inexpugnable. Con ocasion de las negaciones se han hecho estudios mas profundos de este dogma, filológicos, críticos, psicológicos y morales, y todos han venido á confirmar con datos nuevos la fé antigua, constante y universal de la Iglesia y de todo el género humano. A la primera y segunda clase pertenece el estudio de nuestros Libros Sagrados y las fuentes de la Tradicion, como tambien el estudio de las religiones, mitologías y tradiciones comparadas de todos los pueblos, y á las últimas han contribuido los notables progresos que merced á la discusion y al movimiento científico y literario de nuestro siglo, han hecho las ciencias racionales. Pues bien; inútil es negarlo, las pruebas del infierno se encuentran por todas partes, y todas esas

© Biblioteca Nacional de España

voces reunidas dan este imponente testimonio: ¡Sí! ES CIERTO: ¡HAY UN INFIERNO ETERNO! (1)

Todos admiten de buen grado la existencia del infierno, como un lugar de penas para los malvados, y conceden la duracion que se quiera: lo que rechazan, lo que no pueden sufrir los incrédulos, es precisamente lo que constituye su esencia, la eternidad. Es por lo tanto lo que interesa demostrar.

Nuestros Libros sagrados enseñan este dogma con la mayor claridad y en todos los modos posibles del lenguaje. Unas veces afirman expresamente la *eternidad* de los suplicios; *El Señor Todopoderoso castigará á los impíos, enviando sobre ellos fuego y gusanos para que sean abrasados y padezcan eternamente*, se lee en el libro de Judith (2). *Aterrados han sido los pecadores*, exclama Isaías, *¿quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? ¿quién habitará con los ardores eternos?* (3) Job hablando de los pecadores dice que su *perdicion será eterna* (4). Lo mismo se repite en muchos lugares del Evangelio: *Si tu mano ó tu pie te escandaliza*, dice Jesucristo, *córtale y échale de tí, porque mas te vale entrar en la vida manco ó cojo que teniendo dos manos y dos pies ser arrojado al fuego eterno* (5). En otro lugar anuncia los términos de la sentencia irrevocable que se pronunciará en el juicio final: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus*

(1) Acerca del Infierno *solo es de fé* su existencia y eternidad, ó duracion sin fin. Todo lo demás que se refiere al lugar, naturaleza de la pena, gravedad é intensidad de la misma, estado normal de los réprobos, etc., puede parecer mas ó menos probable, pero no se puede afirmar con certeza. Sin embargo la opinion general en la Iglesia católica es que la pena consiste en el *fuego*; y aunque el negar esto, no es una *heregía*, seria sin duda una *temeridad*.

(2) Judith, XVI, 21, *in sempiternum*.

(3) Isaias, XXXIII, 14, *ardoribus sempiternis*.

(4) Job, IV, 20, *in æternum peribunt*.

(5) San Mateo, XVIII, 8, *mitti in ignem æternum*.

© Biblioteca Nacional de España

ministros, porque tuve hambre y no me disteis de comer, etc... y efectivamente así sucederá: *Irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna* (1). Son pues tan eternos los castigos de los réprobos como los premios de los elegidos; pero estos por confesion de los mismos adversarios no han de tener fin. «Hallais muy razonable, dice á este propósito Malebranche, una recompensa eterna dada por Dios; aprobad pues igualmente sus rigores eternos.»

Otros testimonios predican la misma verdad en términos positivos: *Muchos de los que duermen en el polvo, despertarán*, dice Daniel, *unos para vida eterna, otros para oprobio, para que lo vean* SIEMPRE. (2) David anuncia que los pecadores *perecerán por siglo de siglo* (3) y San Juan aclara el sentido, diciendo; que *serán atormentados dia y noche por los siglos de los siglos* (4).

Para desvanecer toda duda acerca de la inteligencia de estos pasajes, hay otros que enseñan lo mismo en términos negativos: *El gusano de ellos no morirá, y el fuego no se apagará* (5), repite Isaías. Nuestro Señor Jesucristo habla repetidas veces de la *gehenna*, del *fuego inextinguible*, del *gusano que no muere*, etc. (6) En otros lugares se dice que el pecado contra el Espíritu Santo *no será perdonado ni en este siglo ni en el futuro*, que *jamás* será perdonado, sino que hará al hombre *reo de eterno delito*. (7) Los réprobos son llamados *vasos de ira*, y *de ignominia*, vasos *de perdicion*, sometidos al *poder de la muerte*, al *dominio del pecado*, etc., etc. (8) En una palabra, la existencia y eter-

(1) Id., XXV, 41, 46.
(2) Daniel, XII, 2, *ut videant semper.*
(3) Salmo XCI, 8, *intereant in saeculum saeculi.*
(4) Apocalipsis, XX, 10.
(5) Isaias, LXVI, 24.
(6) San Mateo, III, 12.—San Marcos, IX, 42.—San Lucas, III, 17.
(7) San Mateo, XII, 32.—San Marcos, III, 29.
(8) Romanos, IX, 21.—Hebreos, II, 15.

© Biblioteca Nacional de España

nidad del Infierno se halla expresada terminantemente en mas de *ciento y veinte* lugares de la Sagrada Escritura. (1)

Es supérfluo presentar aquí testimonios de los Santos Padres y de la Tradicion Eclesiástica, pues todos unánimes enseñaron la misma doctrina. Revolviendo los inmensos volúmenes de sus obras, apenas se han podido hallar tres ó cuatro pasajes que parecen oponerse á esta verdad, y aun éstos son tan oscuros que no se descubre su verdadero sentido, y probablemente fueron adulterados por los origenistas. Asimismo ninguna de las innumerables sectas de hereges, que han turbado á la Iglesia, negó este dogma, á excepcion de Orígenes y algunos otros oscuros de la Edad Media, y mas tarde los Anabaptistas, y aun todos estos no negaban la existencia sino solo la eternidad.

Pero el infierno no es un dogma exclusivamente cristiano «inventado por algunos teólogos feroces para dominar á los pueblos por el terror» como dicen algunos nécios. Es una creencia universal estendida por toda la redondez de la tierra lo mismo entre los pueblos civilizados que salvajes, lo cual prueba que tiene su asiento en lo íntimo de la conciencia humana. Voltaire confiesa que desde el tiempo de Moisés y despues los Caldeos, los Asirios y los Egipcios creian en las penas eternas, cuya creencia se encuentra en todas las naciones de la tierra.» Quince siglos antes reconocia lo mismo otro célebre incrédulo, Celso: «Los cristianos, escribia, tienen razon en creer que los que viven santamente serán recompensados despues de la muerte, y que los malos sufrirán *suplicios eternos*. Ademas este sentimiento es comun á toda la humanidad.»—No era esta

(1) «Puesto que Dios amenaza tan claramente á los pecadores impenitentes con una desdicha eterna, escribe Tillotson, todas las reglas de la prudencia nos estrechan y obligan á creer, que ha hablado sin figuras, al pie de la letra, y que ejecutará sus amenazas con todo rigor, para el que no quiere convertirse á él con sincero arrepentimiento.»

© Biblioteca Nacional de España

solamente una opinion del vulgo: en los clásicos paganos hallamos descritas con horribles colores las penas eternas de las Danaides, de Sisifo, de Ixion, de Teseo, y de otros muchos condenados. Virgilio hace la mas espantosa pintura del Tártaro: Ovidio y Horacio, Orfeo y Hesiodo han consignado en sus versos esta creencia general. Es una doctrina que, segun Bolingbroke, se pierde en la noche de los tiempos y es anterior á todo lo que sabemos de cierto. En todos los paises que la navegacion ha descubierto desde las extremidades del Oriente hasta los confines del Occidente, y hasta en las islas mas apartadas y desconocidas, se observa que el corazon del hombre está penetrado del temor de un infierno eterno. (1)

No hay medio de negar esta verdad aterradora. Por el contrario la recta razon, consultada con ánimo despreocupado, se vé obligada á aceptarla.

¿Hay alguna repugnancia en que la justicia suprema é infinita haya sancionado sus leyes con una pena eterna? Teniendo un derecho ilimitado, supremo y absoluto sobre las criaturas, y dominio imprescriptible sobre ellas, Dios puede disponer que aquel dominio sea reconocido y aquel derecho acatado por medio de la pena suma, y la mas eficaz para mover á los hombres. La violacion del derecho supremo debe ser castigada con pena proporcionada al delito, y esta proporcion, para ser adecuada, solo se halla en su duracion interminable, que es el estado de la criatura que mas se aproxima á lo absoluto. Una pena temporal por larga que se suponga, no conseguiria, ó conseguiria imperfectamente su objeto de conservar el órden moral; de donde resulta que la pena eterna se halla en relacion con el fin que se propuso el Legislador Supremo de prevenir

(1) Acerca de este consentimiento general de todos los pueblos, véase Patuzzi, *De futuro impiorum statu*, lib. I, cap. 6 á 12.

© Biblioteca Nacional de España

en lo posible la infraccion de sus leyes.—Exige la justicia suprema que el mal sea castigado y el bien recompensado mientras dure el sugeto: por eso Dios al mismo tiempo que premia de una manera digna de Él á los justos, debe castigar en la misma proporcion á los malvados. El cielo y el infierno son la espresion igual y correlativa de la justicia eterna.—Ademas la justicia humana, reflejo de la divina, impone castigos en cierto modo eternos; la pena de muerte, condenacion perpétua é irreparable, la muerte civil y la privacion de ciertos derechos hasta en los descendientes, la cadena perpétua y otros castigos que tienen carácter eterno, en cuanto lo consiente la condicion terrestre. Con mayor razon Dios que es la misma justicia, esencial y absoluta, reclama una satisfaccion proporcionada á la gravedad del delito, por la cual el hombre se apartó de él. El pecador se apartó de Dios; justo es que Dios le arroje lejos de sí, que no le admita á su vision, pues esto seria dejar impune el delito, y mejor dicho, premiarle. Pecando, infringió la ley, y esta infraccion merece una pena positiva: justo es que se le imponga. La justicia esencial siempre aprecia las cosas de la misma manera: sus fallos como justísimos, son por esta misma razon irrevocables. Todo esto coloca la suerte de la criatura en un estado *eterno*. Este dogma, pues, no ofrece repugnancia de parte de la justicia de Dios.

Igualmente la magestad divina exige una satisfaccion plena del órden infringido. El hombre se debe todo á Dios, y ha de rendir tributo á su soberano poder, ofreciéndole el homenaje de su libertad. La misericordia divina le espera con paciencia, le llama con amor, le atrae por las tribulaciones, le convida con su gracia, y si á pesar de todo el hombre se obstina en el pecado, ¿deberia esperarle siglos y siglos hasta que quisiera arrepentirse? Y si éste se niega

© Biblioteca Nacional de España

todavía, ¿será menester que por esto carezca de objeto la creacion, y que Dios se abstenga de concluir? No; la recta nocion de los atributos divinos manifiesta que el Supremo Señor ha debido fijar la suerte de sus criaturas de una manera irrevocable, que ha debido señalar un *término* final á las decisiones de su libertad, mas allá del cual no haya posibilidad de elegir de nuevo. Si pasado aquel término, alguno ha elegido mal, no tendrá derecho á la misericordia divina y habrá de esperimentar su justicia vengadora. Ya no hay lugar al perdon, porque el perdon, si no se obtiene por el arrepentimiento y la satisfaccion condigna, seria impunidad. Llega, pues, necesariamente un momento en que se llena la medida, y cesa la misericordia. Desde entonces el pecador esperimenta la consecuencia natural de la culpa, que es la pena: la culpa no perdonada dura siempre y con ella el castigo, porque el alma es inmortal.

Bien mirándolo, la eternidad del infierno no es otra cosa que uno de los dos términos necesarios del órden moral, uno de los dos resultados inmutables de la diferencia esencial y metafísica entre el bien y el mal, que *jamás* podrán identificarse y confundirse, que *jamás* podrán tener la misma conclusion, puesto que entre ellos existe una oposicion radical y eterna. Todas las cosas tienen un término inevitable, porque es absurdo creer que carezcan de fin: perecen para siempre, ó han de recibir, no importa cuando, un estado permanente y duradero por toda la eternidad. Sabemos tambien que la eternidad empieza para el hombre despues de su muerte; de lo cual se infiere que su suerte se fija eternamente segun su disposicion moral, á saber, feliz para el bueno, y desdichada para el malo. De lo contrario habria que admitir la proposicion inmoral, injusta é indigna, que el justo y el impío tendrán fatalmente al cabo de los siglos un término idéntico: lo cual es negar la

© Biblioteca Nacional de España

diferencia intrínseca entre el vicio y la virtud, entre el bien y el mal. Nada hay mas inícuo, ni mas injurioso á Dios, que señalar el mismo fin último al pecado que á la santidad, el mismo destino al mal que al bien. Por eso el cielo y el infierno son dos estados en los que el bien y el mal adquieren su forma definitiva, como término del órden moral.

Se replica que «el pecador puede obtener el perdon por medio del sufrimiento, y que si al fin llega á la bienaventuranza seria despues de haber pagado el último cuadrante, despues de haber sido purificado por el dolor.»—Pero el infierno en tal caso sería el purgatorio, y esto no cabe sino para las almas de los que han muerto en gracia, aunque con algun reato de pena temporal. Mas siendo el infierno para las culpas graves, para los pecadores impenitentes, el resultado seria tambien, que desapareceria la diferencia entre el bien y el mal. Unicamente la eternidad es *una conclusion*, y lo largo y áspero del camino nada cambia la condicion del término. Supóngase una série de años de suplicios tan larga como se quiera, no seria mas que un punto imperceptible en comparacion de la eternidad: seria menos que un grano de arena en el desierto, menos que una gota de agua en el mar. Siendo el hombre inmortal y destinado á la eternidad, se necesita una eternidad para asirle y agitarle en las últimas profundidades de su sér. La pena por sí sola nada expia, porque en nada hace cambiar al corazon: lo que en realidad expia, es la pena aceptada voluntariamente, y que produce el arrepentimiento. Pero ni aun este recurso queda al infeliz condenado para escapar de su terrible situacion.

Por grande que sea el dolor, por vivo que sea el pesar de los desdichados réprobos, no constituye arrepentimiento saludable, no aprovecha para la enmienda, y ellos permanecen necesariamente en su pecado. En el infierno no hay

© Biblioteca Nacional de España

lugar de merecer ó desmerecer. Ellos están privados de la gracia, sin la cual nada se puede obrar para la salvacion, ellos carecen de méritos propios, y hasta la pena que sufren les ha sido impuesta contra su voluntad. No hay en estas voluntades una reaccion hácia el bien, sino una desesperacion rabiosa por el sufrimiento de su mal. Allí la libertad carece de objeto, porque no hay ley que cumplir, preceptos que observar, ni motivos de eleccion: no hay bienes sensibles que renunciar por el amor de la virtud, no hay sacrificios que aceptar; no hay caridad que ejercer. «Solo esta vida es el lugar del mérito, porque únicamente acá en la tierra puede haber para nosotros tentaciones, perplejidad, division y lucha posible entre nuestro amor á Dios que se oculta en una misteriosa oscuridad, y nuestro amor á las criaturas que ponen de manifiesto sus falaces seducciones. Despues de la muerte no existirá ya este estado, y será absorbido en la vision eterna: se cerrará el campo de nuestra libertad para abrirse el de sus consecuencias, y la disposicion en que la muerte nos haya encontrado no se cambiará ya mas por nuestra dicha ó nuestra infelicidad, y en ambos casos eternamente, porque somos inmortales.»

Es evidente que la libertad envuelve la posibilidad de pecar. Pero la razon dicta que toda criatura que no sigue el camino marcado para conseguir su fin, por cierto no llegará á él. La esperiencia enseña que muchos hombres continúan en el crímen hasta su muerte, ó mueren en el acto de pecar, y en todo caso cargados de iniquidades. Han errado, pues, su destino, y no llegan á su fin, que segun el órden actual de la Providencia, es la gloria eterna. De donde se infiere que están para siempre privados de ella, cuya privacion es la mayor pena del infierno, es el infierno mismo, es la condenacion. Mas como todo el que se desvia cul-

© Biblioteca Nacional de España

pablemente de su fin, es digno de una pena, el pecador, además de la privacion de la gloria que se sigue necesariamente del pecado, debe sufrir una pena exterior. Pero asi como el hombre es libre para decidir de su suerte por una eleccion buena ó mala, asi tambien es inmortal para permanecer eternamente en el estado elegido. Y como la personalidad humana, que como sabemos se compone de la union del alma y el cuerpo, se disuelve por la muerte, claro es que no hay agente completo para poder enmendar la eleccion errada con otra nueva, ni hay otra vida terrestre que anule la responsabilidad de la pasada con la eleccion libre de la nueva. Forzoso es por tanto confesar que la pena de los condenados no puede tener fin por el arrepentimiento. Y hé aqui cómo, siendo efecto de la libertad, es tan inflexible la ley del destino, y tan decisiva la determinacion de la criatura, que una vez llegada á este término, no puede cambiar ni ser cambiada ni aun por la misma libertad.

Contra esto en vano replican los adversarios que el hombre no puede cometer falta alguna, cuyas consecuencias sean eternamente irreparables. Por el contrario, los actos de mas importancia de la vida, como la carrera, la profesion, la eleccion de estado, el matrimonio, llevan alguna cosa de permanente é inmutable. Además, si uno se sacase voluntariamente los ojos, quedaria ciego para siempre, aunque viviese una eternidad. Si una mano diabólica incendiase el rico Museo de pinturas de Madrid, y las llamas despiadadas redujesen á cenizas los admirables cuadros de Rafael, de Velazquez, de Murillo, y tantas otras joyas que allí se guardan, ¿este delito no produciria consecuencias irreparables? ¿En qué frente luce hoy el génio que inspiró aquellas grandes obras? ¿Dónde está hoy el pincel capaz de crear el *Pasmo de Sicilia*, ó el cuadro de *Las hilanderas*?—

© Biblioteca Nacional de España

Tan cierto es y con tanta frecuencia ocurre que las acciones humanas adquieren un carácter indestructible, que en nuestros dias se ha inventado la inícua y perniciosa teoría de los *hechos consumados*, cuya fuerza consiste en lo imposible de la reparacion. Pero con mayor razon tiene esto lugar respecto á la condicion de la vida futura, que como sabemos abraza la eternidad.

Son por esto insostenibles las hipótesis de una reintegracion final por parte de Dios, y la opinion del aniquilamiento del alma pecadora, en último extremo. Dios, bien Sumo, por su misma santidad, está perpétuamente alejado del pecado, y no perdona si no al contrito y arrepentido. El perdon no se impone, se recibe; de otra manera deja de ser perdon, y es debilidad, impunidad é injusticia poner límites al castigo de una culpa que persevera inexpiada. «Si todos los séres racionales, dice San Gerónimo, son enteramente iguales y despues de un trascurso de tiempo, por considerable que sea, debe verificarse una reintegracion universal que los eleve á todos á la misma dignidad, decidme, ¿qué diferencia hay entre una vírgen y una cortesana, entre la Madre del Señor (esta comparacion es casi una blasfemia), y las víctimas públicas de la voluptuosidad? Decidme si en esta suposicion el ángel Gabriel se diferencia del diablo. Imaginad un porvenir de tormentos tan largo como querais, redoblad los años y tiempos, amontonad siglos sobre siglos, todo esto nada vale si el fin ha de ser para todos igual.» Nada hay que esté mas en contradiccion con la doctrina de la Sagrada Escritura, que esta pretendida αποκαταστασις ó restauracion universal. Los Santos Padres combatieron con energía este pernicioso error de los Origenistas, que quita todos los estímulos de la virtud árdua, para el sacrificio, para el martirio, y aun para el cumplimiento del deber en casos comprometidos. Si el hom-

© Biblioteca Nacional de España

bre viera como fin último asegurada una felicidad eterna, ¿quién seria capaz de contener el torrente desbordado de sus pasiones? ¿Y Dios inmutable y justísimo habria de revocar en un momento dado su sentencia para premiar con una gloria inefable y sin fin al que toda su vida le habia ofendido? ¿En cambio de sus ofensas y pecados solo le impondria un castigo temporal, y al fin le daria sin mérito alguno, por una determinacion arbitraria y no racional, una bienaventuranza perpétua? ¿Y podria, sin destruirla, cambiar en buena de repente la voluntad perversa y mala de un condenado empedernido?—La reintegracion total en este caso seria en rigor una creacion nueva, que destruyendo al hombre viejo, lo trasformaria en un santo, sin haber precedido su asentimiento libre. Esto es absurdo, porque Dios no crea dos veces: es tambien injusto, porque sin el mérito no hay premio, y los pecadores alcanzarian sin él la misma suerte que alcanzaron los justos con su esfuerzo personal (1).

Convencidos de la fuerza de estos argumentos, y no pudiendo negarlos, se ha creido en vano hallar un término á la desdicha de los condenados en la teoría del aniquilamiento.—Respondemos que no hay razon alguna para que el criminal sea sustraido por este medio á los rigores de la pena merecida. ¿Emplearia Dios el poder de su brazo para frustrar él mismo las exigencias de su eterna justicia? La creacion es un acto de amor, y Dios no se arrepiente de haber creado, por eso no aniquila á ninguna criatura; ¿cuánto

(1) ¡Magnífica reparacion por cierto del mal moral! exclama el distinguido escritor Orti y Lara, admirable justicia, que en vez de castigar el crimen, se ve forzada á salvar á todos los hombres por perversos que sean! Si el vicio mismo y la iniquidad en persona se pusiesen á discurrir cuál entre todas las doctrinas ideadas por el racionalismo, su miserable esclavo, les favorece mas, ¿no darian ciertamente su preferencia á la que dice: «Gocemos de la vida, gocemos todo linage de placeres: tarde ó temprano hemos de llegar, conducidos por la misma justicia de Dios, al fin para que hemos parecido en el mundo?»—*Lecciones sobre el sistema de Krause*, leccion IX.

© Biblioteca Nacional de España

ménos, pues, á una alma inmortal? En ella persevera la naturaleza que es buena y obra suya, con la perfeccion que él mismo le dió; y solo la voluntad ha sido mala y digna de castigo. De donde se infiere que el aniquilamiento de las almas seria contra el órden primitivo de la Providencia, y contra su intencion en el acto creador. Por eso esta solucion ni seria digna de Dios, ni seria una satisfaccion del órden moral perturbado: y debe ser rechazada en absoluto como inconciliable con la justicia y con la sabiduría de Dios.

Vive, pues y vivirá el pecador en el estado de su desgracia eterna. De buen grado se suicidaria en su alma, como se suicida en el cuerpo, pero el espíritu es indestructible. Una de sus mayores penas es no poder morir, porque esto es lo que le esclaviza bajo el rigor de la pena. Entonces el infierno se forma en él mismo por la consideracion de la felicidad que ha perdido para siempre y de los tormentos que sufre. Este es el gusano que no muere, la conciencia que le tortura y le angustia. Aquí hallamos una razon intrínseca de la eternidad de las penas, porque la conciencia jamás, jamás deja de turbar con sus gritos al criminal. La mitología lo habia representado acertadamente en la fábula de Prometeo, á quien un buitre implacable roe sin cesar las entrañas que sin cesar renacen. El verdadero infierno es la existencia imperecedera del malvado, la desesperacion por su implacable destino entregado á la maldicion. ¿No es esta una consecuencia lógica y natural de la inmortalidad? Admitida esta verdad, ¿puede darse explicacion mas plausible ni convincente del estado invariable de los malos? ¿Hay suplicio mas horrible que el que cada uno lleva dentro de sí mismo?

Pero aquel estado violento, hijo de la culpa, es á la vez inseparable de las consecuencias naturales de ésta, que son la privacion del verdadero bien, y el castigo por la infrac-

© Biblioteca Nacional de España

cion del órden. Síguese de aquí que la pena, tanto *privativa* como *positiva*, es necesariamente eterna, pues la justicia divina debe castigar en la misma medida que la criatura se condena á sí misma. El remordimiento no es otra cosa que la sentencia inapelable que cada uno pronuncia contra sí mismo, reconociéndose reo de pena. El castigo nace del desorden de la culpa, como el arroyo de la fuente, y mientras dure la culpa y la responsabilidad, por cierto no se acabará la pena. *Culpam pœna premit comes*, cantaba Horacio. Será pues interminable, porque la vida futura no admite cambios y vicisitudes como la vida presente. Este argumento tan sólido, que no hacemos mas que indicar, fue encerrado por el genio de San Agustin en esta profunda frase: *La pena es el órden del crimen*. Sentencia que bien meditada equivale á un volúmen. Naturaleza y fines de la pena, proporcion con el delito, condiciones para imponerla, eficacia y consecuencias morales de la misma, todo está implícitamente contenido en tan breves palabras. Medítelas bien el lector, y habrá aprendido más en este punto de la Filosofía del Derecho que revolviendo los pesados é indigestos tratados de muchos profesores krausistas.

Pero dentro de la eternidad igual para todos, la pena tiene sus grados segun la gravedad de la culpa. Se ha abusado mucho de la frase equívoca de llamar á la pena del infierno, *pena infinita*, cuando nadie enseña ni puede enseñar que sea formalmente tal. Pero en este caso hay un paralogismo en decir que el mal es necesariamente finito en intensidad y en duracion. «Es evidente, dice H. Martin, que la palabra *eternidad*, aplicada á penas que no deben acabar, y la palabra *infinita*, aplicada á la duracion de estas penas, no tienen todo el valor propio y filosófico de estas dos espresiones: lo que ha principiado y continúa existiendo, no es eterno, propiamente hablando, y una duracion

© Biblioteca Nacional de España

que ha tenido un principio, y que se acrecienta por la adicion contínua de partes sucesivas, nunca llegará á ser *infinita*, por mas que no debe acabar jamás... Toda duracion sucesiva tiende á lo infinito, pero sin poder alcanzarlo jamás. Asi jamás, en ninguna época de su porvenir sin fin, los condenados habrán sufrido durante un tiempo infinito: en su castigo lo infinito en duracion no será jamás realizado, y estará siempre infinitamente lejos de serlo. Las penas de los condenados, ninguna de las cuales es infinita en intensidad, ni llegará jamás á ser infinita en duracion, pueden evidentemente por su intensidad ser muy desiguales entre sí, y proporcionadas á los deméritos de cada uno.... La gravedad del castigo no es infinita para ninguno de los condenados: porque en lo infinito no hay grados, mientras que hay grados muy diferentes en las penas del infierno, y la fé nos dice que estos grados dependen de la gravedad de las faltas. La fé nos permite aun creer que entre las almas condenadas, es decir, justamente excluidas para siempre de la beatitud celeste á la que estaban llamadas, las hay cuya condicion eterna valdria mas que la no existencia... En el número total de los condenados, es decir, de los hombres privados para siempre de la beatitud sobrenatural ¿cuál será la proporcion de aquellos cuya existencia podrá valer mejor que la no existencia? Esto es secreto de Dios. Y despues, entre aquellos á quienes se aplica la palabra de Cristo sobre Judas, que valdria mas para este hombre no haber nacido, ¿cuáles serán los diferentes grados de penas? Esto es tambien un secreto que Dios se ha reservado, enseñándonos solamente que las penas del infierno, tomadas en su conjunto son terribles, pero que están graduadas proporcionalmente á la culpabilidad de los individuos, y que para todos ellos son eternas.»—Nunca seria yo capaz de creer, añade Lacordaire, que Dios no tuviese poder bas-

© Biblioteca Nacional de España

tante para hacer sentir al culpable la sensacion que merece, y para utilizar la duracion como un instrumento equitativo de sus decretos. La duracion, como todo, obedece á Dios; y conducida por su mano hiere en la medida en que debe herir. Esto me basta. No quiero decir que las penas del infierno no sean formidables... quiero decir que la perseverancia de su duracion nunca destruye la proporcion con los crímenes que deben ellas castigar: proporcion que es necesaria para la justicia de Dios, y un dogma de fé, así como tambien una evidencia para la razon.»

Despues de tantas pruebas, ¿qué significan las sentimentales declamaciones de muchos escritores modernos contra este dogma? Las cuestiones mas profundas y trascendentales de la religion y de la filosofía no se han de tratar en tono de novela, ni presentarlas á la imaginacion con falaces colores, sino á la razon fria con su imponente austeridad. La razon apreciando en su justo valor estos lamentos de una compasion exagerada y mal entendida, comprende que en nada debilitan la fuerza de la verdad. Ciertamente que la bondad de Dios es infinita, como lo es su misericordia, pero ensalzando la bondad y la misericordia, ¿no advierten que no pueden ejercerse con menoscabo de la justicia? ¿y que la justicia infinita nunca se equivoca, y dejaria de ser justicia si estuviese en pugna con la bondad? ¿que no es contrario á la bondad que los malos sean castigados por sus culpas voluntarias, y que la misericordia no está obligada á sacarlos del triste estado que ellos mismos merecieron?

La recta razon, estudiando con imparcialidad este dogma, nada halla en él contradictorio ni imposible, ó que no sea conforme á los eternos principios de justicia. Por otra parte, reconoce que su afirmacion es mas favorable á la moral que su negacion, lo cual sin contar su carácter reve-

© Biblioteca Nacional de España

lado constituye una gran probabilidad en favor de esta creencia. Ademas la razon por sí sola, aun buscando argumentos y sofismas, no puede convencerse y menos tranquilizarse acerca de la no existencia del infierno (1); mientras que, sin salir de la esfera de sus propios conocimientos, halla poderosos motivos filosóficos y morales para admitir su existencia. Por último la razon acepta sin dificultad este dogma propuesto por la revelacion, y esplicado segun sus principios, ya como doctrina religiosa, ya como enseñanza filosófica; y mucho mas cuando lo compara con el dogma de la eternidad de la bienaventuranza prometida á los justos, á la cual suscriben de consuno la inteligencia y el corazon.

El hecho de haber sido universalmente creido este dogma como doctrina religiosa, no habiendo podido ser una invencion humana, demuestra que tiene su fundamento en algun principio universal y profundamente grabado en el corazon de la humanidad. Es imposible que los hombres hubiesen creido de un modo tan general y constante en la eternidad de las penas, si esta verdad no encerrase algunas relaciones muy ciertas con nuestra naturaleza y sus instintos. Es la manifestacion concreta del principio de la distincion perpétua entre el bien y el mal, asegurado á un mismo tiempo por el órden moral y por la religion.

El cielo y el infierno son los dos polos de nuestro eterno destino, y el hombre oscila toda su vida entre estas dos eternidades. Un dogma es el contrapeso y la explicacion del otro; y mientras el uno retrae del pecado á los hom-

(1) Rousseau preguntado sobre este punto contestaba siempre: *No lo sé.* Diderot confesaba que no tenia *tal seguridad.* Voltaire á uno de sus corresponsales que le habia escrito diciendo: «Creo haber encontrado al fin la certidumbre de la no existencia del Infierno,» le contestó: *Sois harto feliz: ¡yo estoy aun muy lejos de ello!*—«La duda, el *quizás*... hé aquí el estado de la cuestion tomada en su mas ámplia oposicion con nosotros.» Aug. Nicolás, *Estud. filosf.*, II parte, cap. VIII.

© Biblioteca Nacional de España

bres por el temor, el otro los estimula á la virtud por la esperanza. En esta formidable alternativa hallamos los mas eficaces motivos para ajustar nuestras acciones, porque ¿quién no hará los mayores esfuerzos para evitar un castigo tan terrible y para merecer una felicidad tan inefable?—Ahora podemos observar una cosa que no deja de ofrecer una presuncion en favor de esta doctrina. Buenos y malos, todos admiten con gusto el dogma de la bienaventuranza eterna, y se regocijan ante esta perspectiva de gloria; y solo los malos niegan y atacan el dogma del infierno, no por otra razon sino porque le temen. Por eso se ha dicho que el infierno es *el fantasma de las malas conciencias*, porque proyecta sus espantosas sombras sobre sus deseos desordenados y les anuncia que sus maldades no quedarán impunes. Es el *aguijon del pecado*, porque desde esta vida su imágen aterradora lo castiga con anticipacion.

Para concluir parodiemos aquel enérgico apóstrofe de Barruel: «Venid aquí todos los bandidos, asesinos, impíos, tiranos y malvados que ha habido y habrá en la tierra: venid tambien todos los buenos, los justos, los benéficos, os que á costa de privacioaes y sacrificios habeis seguido la virtud. Responded primero, vosotros, á quienes la virtud llama sus hijos.—¿Quereis que haya un cielo eterno para los buenos, y un infierno eterno para los malos? Todos los justos sin escepcion contestan con los mas vivos trasportes, *¡Sí, sí!*—Responded ahora, vosotros, azotes de los imperios y de las sociedades, Neron, Domiciano, Cromwell, Cartouche, Ravaillac, homicidas, envenenadores, parricidas, ladrones, impíos, responded. Por todas partes se apresuran á contestar, *¡No, no!*—Ya no es la verdad un misterio para mí. No ha ordenado Dios mi suerte segun los deseos del crímen: sus decretos han sido dictados conforme á la voz de la virtud.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIX.

¡El Cielo!—La bienaventuranza eterna.—Error de los adversarios.—Vision beatífica.—No es el quietismo.—Gloriosa actividad de nuestra alma.—Influencia sobre las facultades naturales.—Ultimo límite de la perfeccion de nuestro sér.

Paseaba yo solo una tarde por las pintorescas afueras de Valencia. El Sol declinaba en el horizonte, iluminando el cielo con esplendorosas tintas de púrpura y oro, que reflejaban á través de los árboles en la vega y en los puentes. A la izquierda se destacaban en un cielo diáfano las elevadas torres y elegantes cúpulas de las Iglesias, dominadas á lo lejos por el majestuoso Miguelete; á la derecha los blancos edificios de los arrabales aparecian dorados por los útimos rayos del sol poniente; en frente se estendia el rico paisaje de las huertas de Campanar, y todo este magnífico cuadro tenia por fondo las lejanas montañas de la sierra, medio veladas por una bruma trasparente de tinte azulado. Era un espectáculo grandioso, que yo contemplaba con gozosa admiracion.

Una anciana, pobremente vestida, se me acercó, y segun la piadosa costumbre de este país, me besó la mano.

—¡Dios le dé á usted la gloria! dije conmovido.

—Y á usted tambien, Padre Capellan, me contestó con efusion.

© Biblioteca Nacional de España

Siempre me he complacido en hablar con las gentes sencillas, y he aprendido en su trato muchas cosas buenas, que luego he espresado con fruto en mis libros.

—¡Qué bien estaremos allí! repliqué.

Entonces ella alzando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó con un tono de viva fé:

—Siempre es dia, nunca es noche
En tan hermosa ciudad,
Porque la luz que la alumbra
Es de Dios la claridad.

Y saludándome con una inclinacion de cabeza, se alejó.

El verso podrá no ser bueno, pero el fondo vale un tesoro.

¡Qué contraste! ¡Cuando el Sol declinaba, y estaban próximos á estinguirse sus pálidos rayos, se anunciaba el brillo indeficiente del Sol Eterno! ¿Podia hallarse imágen mas adecuada para espresar la diferencia entre las cosas de la tierra y las del cielo? ¡Mientras la encantadora Valencia iba á quedar en breve sepultada en tinieblas, se celebraba la existencia de la ciudad eterna, que es nuestra pátria, siempre alegrada por un dia perpétuo!

¡Hé aquí una cristiana! pensaba yo: en sus ojos vivos y animados, á pesar de la edad, luce la tranquilidad de una buena conciencia. ¡Sí! algun dia será moradora de esa ciudad, á la que hoy saluda con tales trasportes de júbilo. Tal vez esta noche no tendrá que cenar, tal vez solo tendrá por cama un pobre jergon, y hé aquí que nuestra fé la permite aspirar á una condicion, á cuyo lado seria como polvo la mayor grandeza y poder de los monarcas de la tierra. Ella vivirá tranquilamente sus dias, y dormirá sus noches con sueño sosegado, esperando la realizacion de

© Biblioteca Nacional de España

tan inefables esperanzas. ¡Divina religion la nuestra que sabe desde ahora hacer dichosos á los pequeñuelos, levantando á tal altura sus aspiraciones! Decid á esa anciana que recorrerá eternamente los espacios en innumerables encarnaciones, y no comprenderá nada: su corazon quedará seco, y para ella la dicha que le ofreceis no tiene sentido. Pero habladle del cielo... y estendeis delante de sus ojos horizontes luminosos que la colman de alegría y de esperanza. Esto me prueba que el cielo es una verdad. Solo la verdad puede satisfacer plenamente las aspiraciones de nuestro corazon. Solo la religion verdadera puede mostrar al hombre un fin digno de él.

¿Qué es el cielo? (1)—Preguntad á cualquier niño católico, y os contestará que es «la posesion del Sumo bien,» ó tambien, «la posesion de todos los bienes sin mezcla alguna de mal.» No es posible decir más, ni los genios mas profundos saben dar otra idea de la felicidad suprema y absoluta que allí poseeremos. Como enseña San Pablo: *El ojo no vió, ni la oreja oyó, ni los deseos del corazon llegaron jamás hasta la altura de la felicidad que Dios tiene preparada para los que le aman* (2).

Jamás alguna de las falsas religiones, ni los esfuerzos de la filosofía, ni las inspiraciones de los poetas, levantaron atrevidamente sus aspiraciones hasta una concepcion tan elevada de nuestro destino futuro. No podian ofrecer otros premios á la virtud y á una vida inmaculada que go-

(1) Recomendamos eficazmente la lectura del cap. XVI de *La Pluralidad de mundos habitados ante la fé católica*, por no repetir aquí lo que allí decimos. Se verá nuestra opinion sobre el lugar del Cielo, la vida de los bienaventurados y otras interesantes deducciones de este dogma en relacion con la pluralidad de mundos.

(2) I á los Corintios, II, 9.—«No podemos concebir dignamente la grandeza de aquellas elevadas y divinas promesas, decia Montaigne, ó mejor, no podemos concebirlas de ningun modo, porque para concebirlas dignamente, es menester concebirlas inconcebibles, inenarrables, y enteramente distintas de las que nuestra miserable esperiencia ha probado.» *Ensayos*, lib. II, cap. 12.

© Biblioteca Nacional de España

ces efímeros, semejantes por su naturaleza á los de la vida presente, incapaces de satisfacer al corazon del hombre. Todas sus descripciones de la vida futura son sensuales, vacías y materiales, que causan hastío, y las mas elevadas se reducen á prometer los placeres de la inteligencia en conversaciones entretenidas con los filósofos y amigos. Ninguno puso la suprema felicidad en Dios, porque ninguno le conocia, y ninguno le amaba. De aquí la impotencia de tales doctrinas para servir de fundamento á la vida moral.

El cristianismo nos reveló esta verdad consoladora; y la razon al aceptarla con júbilo, conoció que era la única solucion digna de sus aspiraciones infinitas. Nuestra alma que tiene una sed insaciable de conocer y amar, reclama un objeto infinito y soberanamente perfecto, y éste no es, ni puede ser otro que Dios: por consiguiente todo lo que no es Dios, no es el bien que nos satisface y nos llena. Solo Dios es nuestro último fin, y su posesion nuestro premio y nuestra suprema felicidad. La razon cristiana repite aquella frase inspirada de San Agustin : «*Hicistenos, Señor, para tí, y nuestro corazon está inquieto hasta descansar en tí.*»

¡Nuestro principio! ¡nuestro fin! Todo nos lleva y nos atrae hácia Dios. La perfeccion última de la criatura racional consiste en aquello que es el principio de su sér, como que allí encuentra la razon de sus perfecciones, que refluyen naturalmente á su principio; de donde resulta que la dicha de la criatura halla en la union con su primer principio el complemento de su propio fin. Forzosamente, pues, habrá que conceder una de estas tres cosas;—ó que el alma estará siempre privada de la bienaventuranza,—ó que esta bienaventuranza objetiva es alguna cosa fuera de Dios,—ó que solo la union con Dios es el término adecuado y el objeto final de su felicidad.

© Biblioteca Nacional de España

La operacion mas elevada de nuestro entendimiento, bien analizada, se dirige á descubrir las causas de las cosas: tal es el objeto de la filosofía, de las ciencias naturales, y de la moral. Así la consideracion del efecto escita naturalmente en todos los hombres el deseo de conocer su causa, y esta es tambien conocida por sus efectos. Mientras vivimos en la tierra, conocemos á Dios por medio de sus criaturas de un modo incompleto y oscuro, bajo la razon de causa primera: ¿nuestro entendimiento no llegará algun dia á conocer esta causa en sí misma, directamente y sin velo? Hasta que nuestro inextinguible deseo de saber esté en contacto con la causa primera, con la causa eficiente y ejemplar de todas las cosas, siempre aspirará mas allá; y si este vivísimo deseo no ha de quedar defraudado, ha de llegar un dia en que se abisme en la contemplacion de Dios.

Por otra parte, «el alma inmortal, diremos con Augusto Nicolás, necesita un alimento eterno y aspira á él con todas sus fuerzas, de modo que esta es una de las mayores pruebas de esta misma inmortalidad. Pues bien, esta eternidad que el alma apetece, no puede ser mas que Dios, porque únicamente Él es eterno.—Esta alma espiritual, que los placeres sensuales entorpecen y corrompen, necesita la perspectiva de un bien que domine los sentidos y que la conduzca al cielo; necesita los goces del alma y de la inteligencia, esto es, un objeto espiritual y santo, que tampoco puede ser otro mas que Dios.—Por fin, la naturaleza humana, eminentemente perfectible y sociable, necesita, no la perspectiva de estos mismos bienes que nos encadenan y dividen acá en la tierra, sino un bien que nos dilate en su infinidad y que nos reuna en su unidad. —Por consiguiente el Cristianismo, al fijar el cielo en Dios, resolvió el problema de nuestros verdaderos destinos;

© Biblioteca Nacional de España

y desprendiéndose así de todas las concepciones religiosas de la humanidad, se hizo muy superior á la humanidad misma.»

El dogma del cielo es el mas trascendental, el mas simpático, el mas atractivo, el mas bello, y tambien el mas creible de todos los dogmas católicos. Algunos han negado el infierno, pero nadie ha negado el cielo, á no ser que tambien haya negado la inmortalidad del alma. Estaba reservado á los infaustos restauradores de las fábulas palingenésicas en el siglo XIX, anacronismo de sus decantados progresos, intentar arrebatar á los hombres este dulce consuelo de su laboriosa peregrinacion. Pero por librarse del fantasma aterrador del infierno, la fuerza de la lógica los obligaba á renunciar la esperanza de ser completamente dichosos por toda la eternidad.

Esta negacion, juntamente con su impotencia de sustituir con alguna otra cosa aceptable el cielo que rechazan, basta para demostrar mejor que todos los razonamientos que su sistema es falso. ¿Acaso el corazon humano late satisfecho con la perspectiva de viajes y mas viajes por las estensiones siderales, sabiendo que jamás, jamás estos viajes han de tener término, y que jamás, jamás, por mucho que avance, ha de llegar á conseguir la felicidad que anhela? Me admira que haya hombres capaces de aceptar un fin tan desesperante: por mi parte confieso que me causa horror. Esperanzas siempre defraudadas, aspiraciones ardientes de dicha nunca realizadas, el vacío eterno delante del alma: si tal es la única dicha que nos espera, ¿no es el hombre juguete lastimoso del implacable destino? ¿no es arrojado cruelmente en un mar de vanas ilusiones? Negarle para siempre la dicha suprema ¿no equivale á condenarle de antemano al infierno?—¿Qué mal os ha hecho la humanidad, infaustos enemigos de su dicha y de su repo-

© Biblioteca Nacional de España

so, para que así le arrebateis sus mas queridas esperanzas? Aunque el dogma del cielo fuese falso, debiérais respetarlo por respeto á los desgraciados á quienes consuela y fortalece, por respeto á la virtud á la que sostiene y alienta, por respeto á los sacrificios que inspira, por respeto en fin á su influencia social y moral; pero siendo, como es, verdadero, al negarlo cometeis un crímen.

En verdad no es una vana esperanza la que ha llenado los anfiteatros de generosos mártires, los desiertos de santos anacoretas, las hermitas de austeros penitentes, los cláustros de castas vírgenes, y los paises salvajes de misioneros; la que ha producido en el cristianismo los heróicos ejemplos de santidad, de caridad, de abnegacion y de sacrificio que todos admiramos; la que ha hecho amable la pobreza, gustosa la penitencia, tolerable la adversidad, dulce el dolor. La vida cristiana en todas sus situaciones está influida por el pensamiento del cielo; la virtud, la santidad y el sacrificio no aspiran á otra recompensa, ni buscan otro premio que la union con Dios.

En esto precisamente consiste la bienaventuranza perfecta y absoluta, la cual se realiza en nuestra alma de un modo inefable. Los bienaventurados ven á Dios tal como es, en su esencia, y conocen sus infinitas perfecciones: al conocerle, se unen á él con un amor total, absoluto, entero, que encuentra una correspondencia de complacencia en la voluntad divina; y poseyéndole como objeto amado y bien supremo, sin temor de perderle, seguros de su dicha por toda la eternidad, el alma queda inundada en la mas pura delicia, en el gozo mas sublimado, y se siente completa y absolutamente feliz. *Conocimiento* perfecto, *amor* satisfecho, *gozo* sin límites: ¿puede imaginarse un estado mas dichoso, puede concebirse una felicidad mas acabada y mas propia de un sér inteligente é inmortal? Al conocer

© Biblioteca Nacional de España

claramente á Dios por la inteligencia, al amarle plenamente con la voluntad, al poseerle eternamente por el placer, toda el alma queda vivificada, ennoblecida y beatificada soberanamente en sus principales facultades, de suerte que segun la frase de San Pedro es *participante de la naturaleza divina*, y segun San Juan, *se hace semejante á Dios* (1).

Dios mismo se comunica al alma y la levanta hasta la capacidad de conocerle y de poseerle, por un auxilio especial que los teólogos llaman *luz de gloria*. «Asi como á favor de la luz del sol percibimos los objetos sensibles, como por el sol vemos al sol mismo, y por la luz de la razon conocemos á la razon misma, asi tambien por la virtud de Dios vemos al mismo Dios. Y como aquellos que ven la luz están inundados por esta luz, cuyo resplandor ven, asi tambien los que ven á Dios están sumergidos en Dios y participan de su gloria.—Además asi como el fuego penetra una masa de hierro, la rodea y la trasforma en un verdadero fuego ardiente, de la misma manera cuando el espíritu de Dios se apodera de un espíritu creado, le penetra con sus ardores divinos y le trasforma en su propia imágen.»

Compadecemos sinceramente á los que no comprenden la grandeza de esta dicha, ó á los que atreviéndose á juzgarla segun las concepciones de un antropomorfismo estrecho, la creen insuficiente para sus ánsias. ¡Qué corazones tan llenos del mundo, que no les basta el mismo Dios! Defendiendo el desvarío de las reencarnaciones, y cerrando para siempre al alma la puerta de la dicha, se atreven á llamar mezquina la gloria cristiana! «¿Qué efecto os causa la descripcion del cielo? pregunta una escritora muy conocida, Mdme. Gasparin: A mí me sobrecoge de espanto. Perderse en el Oceano de la vida ó anonadarse, me es igual.

(1) II de San Pedro, I, 4.—I de San Juan, III, 2.

© Biblioteca Nacional de España

Absorberse en la unidad, ó desaparecer en la nada es todo uno. Permanecer impasible, fundiéndose mis facultades en una sola, la adoracion, idéntica en todos, es tan opuesto á lo que conozco, tan contrario á lo que Dios puso en mí, que mi sér se entristece y se conturba al pensar en semejante cielo.» La felicidad del cielo no consiste para esta señora en la union con Dios, sino en la reunion con las personas amadas en la tierra. Como la buena educacion nos impone el deber de ser corteses con las damas, permitidme, señora mia, preguntaros: «¿quién os ha dicho eso? De que el pincel sea incapaz de representar la gloria, sino en el acto de la adoracion, de que la poesía, aunque sea del Dante, no acierte á espresar con imágenes adecuadas la bienaventuranza eterna, no se infiere que el alma se anonade ó se pierda en el Oceano de la vida. Tranquilizaos... en el cielo no dejareis de encontrar á las personas que amais, y si alguna os falta, por desgracia suya, es que no será ya digna de vuestro amor (1). Por lo demás, ya que pareceis aficionada al estudio, tomaos la molestia de estudiar este dogma, y seguramente no le encontrareis aterrador. Recordad que el cielo es la *reunion de todos los bienes*, ¿lo entendeis? en donde nada se echa de menos, porque ninguna satisfaccion legítima puede faltar.»

A los demás, y son muchos, que aspirando al honor de filósofos, piensan como ella, no los trataremos con tanto miramiento. Si no saben la doctrina católica, deben ir á es-

(1) «Al condenar al culpable indigno de perdon, la divina Providencia sabrá consolar al justo y absorber todos sus sentimientos terrestres en la felicidad inefable de la posesion de Dios mismo y de la comunion de los santos... Suponed que vuestra ternura haya quedado enteramente frustrada, que una persona á la cual hubiéseis dado todo vuestro afecto, se os presente como un mónstruo de maldad y de perfidia; vuestro sentimiento de predileccion por esa persona se apagará tal vez enteramente, no dejándoos mas que el amargo sentimiento de una ilusion perdida. En la otra vida los justos ya no podrán amar á los culpables porque en ellos ya no encontrarán nada que amar.» H. Martin, *La Vie future*, cap. VIII, §. 2.

© Biblioteca Nacional de España

tudiarla; si la saben, y á pesar de todo la desfiguran por sistema, ¿qué consideraciones se deben á la impostura? Sabedlo de una vez, los que pensais que la vision beatífica absorberá las facultades del alma y todo nuestro sér de tal modo, que el hombre quede como suspenso y estático sin conciencia casi de lo que pasa á su alrededor. No; la doctrina católica, lejos de enseñar tal desatino, lo condena. Nada tenemos que ver con el panteismo que sumerje á la criatura en la esencia divina, despojándola de su conciencia individual y de su personalidad. Estamos tambien muy lejos de aquellas exageraciones que de tal manera someten nuestras potencias á la contemplacion del soberano bien, como si nada advirtiéramos ni pudiéramos amar fuera de él, como si debiéramos pasar la eternidad en un contínuo éxtasis. Rechazamos igualmente el quietismo, la inaccion, el reposo absoluto, la monotonía: todo esto es contrario á la naturaleza del espíritu, y seria incompatible con la verdadera felicidad. Hé aquí nuestro cielo; vivir en Dios, con Dios, y para Dios, pero vivir. La bienaventuranza es la *vida eterna*. El cielo no es á semejanza de un teatro en que cada uno ocupa su silla para ver el espectáculo. Es la *vida eterna*, repetimos, y está dicho todo; es la perfeccion última de todo nuestro sér.

Los que hayan leido nuestra «*Pluralidad de mundos*» recordarán lo que allí demostramos, que la vida eterna es la actividad completa, fecunda y gloriosa, como conviene á nuestra naturaleza espiritual. Es un contrasentido imaginar que las facultades y potencias del alma beatificada, habiendo llegado á la posesion de su objeto propio, permanezcan ociosas sin ejercitarse sobre él, y sobre las variadas relaciones con Dios, con los ángeles, con los bienaventurados, y hasta con los hombres viadores, que nacen de aquella posesion. Gozando allí la plenitud de la vida, es evidente que

© Biblioteca Nacional de España

gozamos la plenitud de la actividad. En la tierra y en nuestro estado actual poseemos la vida como fraccionada, dividida en instantes sucesivos, limitada en sus funciones por las exigencias de la materia, impedida por muchas dificultades en conocer y en obrar, y sin embargo, somos incesantemente activos, y hasta sabemos dar espansion al espíritu fuera del mundo material. En el cielo tenemos por horizonte los siglos eternos, y por espacio la inmensidad, quedamos libres de los lazos groseros de la materia, seremos enriquecidos de dotes gloriosos en el cuerpo resucitado, estamos dotados de una potencia sobrenatural que eleva al alma sobre la esfera de todo lo criado; y siendo esto asi, ¿se concibe siquiera que hubiéramos de permanecer eternamente en un reposo inactivo, en un quietismo inerte, que seria una especie de *no-ser*? ¿Nuestro cielo se convertiria en el *Nirvana* indio, con el anonadamiento absoluto, ó en la evaporacion mística del semi-panteismo de la Edad media con la inmovilidad y la insensibilidad de todo lo esterior, ó segun el moderno panteismo en la absorcion total del espíritu en el Oceano infinito de la sustancia divina, como la gota de agua en el mar?

No es esta ciertamente la suerte venturosa que Dios ha preparado á sus elegidos, no es ese el premio que reserva á su amor. El alma misma no quedaria satisfecha con perder en esta dicha ilusoria su propia naturaleza, segun lo ha reconocido Schelling. «Difícil seria, dice, aun á la devocion mas ardiente complacerse en la idea de abismarse en el seno de la divinidad, si no se tuviera la esperanza segura de encontrar allí su propia personalidad. No hay místico que desee anonadarse, si no se viera constantemente á sí mismo como objeto del anonadamiento que desea.» El atractivo de la vida, de la conservacion y del bienestar es una ley fundamental de nuestra naturaleza. Pero cada sér apeto-

© Biblioteca Nacional de España

ce la vida que le conviene, y la desea tal como la conoce: allí donde se ha despertado el sentimiento de la eternidad, el corazon desea una vida eterna. Su naturaleza se eleva y ensancha con esta aspiracion que es una realidad para ella en el seno del sér infinito: y el alma al poseer á Dios, se posee á sí misma, porque la vida en Dios es su vida propia y esencial. Vida dichosa de felicidad eterna é infinita: vida que no carece de ninguna de sus condiciones. ¡Tal es nuestro cielo! y Dios es tan bueno, tan misericordioso, tan grande, que habiéndonos dado esta aspiracion, ha querido dársenos á sí mismo para que sea una inefable realidad.

Tan venturoso estado, efusion generosa de la bondad y misericordia de nuestro Dios, si pudiera crecer nuestra dicha, la aumentaria con la consideracion de ser una recompensa de nuestros méritos personales, aunque adquiridos tambien con el auxilio de la gracia divina. Es el *reino que nos está preparado desde el principio del mundo,* (1) el *reino eterno,* (2) la *corona de justicia,* (3) *corona de gloria inmarcesible,* (4) *corona incorruptible,* (5) *descanso de todas nuestras fatigas,* (6) *herencia eterna,* (7) *gloria eterna, peso eterno de gloria,* (8) *premio, denario,* recompensa (9). Seremos pues dichosos y bienaventurados á medida de los esfuerzos que cada uno haya empleado para serlo. Esta fé es el mas poderoso estímulo de la virtud.

En la tierra no podemos formarnos una idea aproxima-

(1) San Mateo XXV, 23.
(2) II de San Pedro, I, 2.
(3) II á Timoteo, IV, 8.
(4) I de San Pedro, V, 4.
(5) I á los Corintios, IX, 25.
(6) Apocalipsis, XIV, 13.
(7) A los Hebreos, V, 9.
(8) I de San Pedro, I, 10.—II á los Corintios, IV, 17.
(9) I Corintios, III, 8.—Id. II, id. IX, 6.

© Biblioteca Nacional de España

da de aquella felicidad. La Sagrada Escritura no ha hecho mas que mostrarla con rasgos generales. Pero éstos son tan magníficos, tan deslumbradores, tan superiores á las concepciones terrenales, que nada dejan que desear. Los bienaventurados *serán embriagados de la abundancia de sus bienes,* (de Dios), *y les dará de beber en el torrente de su deleite, porque en El está la fuente de la vida, y por su luz veremos la luz* (1). Suspirando el alma enamorada por aquella inefable felicidad, exclama: ¡*Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos! Mi alma codicia y desfallece por los átrios del Señor... Bienaventurados los que moran en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán* (2). El profeta Daniel ha dejado entrever una parte de esta bienaventuranza, anunciando que *los que hubieren sido sábios, brillarán como el esplendor del firmamento, y los que hayan enseñado á muchos la justicia, como estrellas por una eternidad sin fin* (3). Mas espresivo el apóstol San Pablo, descubre el orígen de esta iluminacion: *Contemplando á cara descubierta la gloria de Dios, somos trasformados de claridad en claridad, en la misma imágen, como por el Espíritu del Señor* (4). Pero sobre todos, el apóstol San Juan nos dá la idea mas sublime de la perfeccion altísima que nuestra naturaleza recibe en aquel estado de gloria. *Sabemos,* dice, *que cuando apareciere, seremos semejantes á El, porque le veremos tal cual es* (5).

Las palabras de San Pablo nos dan á entender que la felicidad del cielo tendrá su progreso, pero un progreso de iluminacion, no de cambio, un progreso de regocijo, no de adquisicion. «Será un progreso, decimos con Hettinger,

(1) Salmo XXXV, 9.
(2) Salmo LXXXIII, 1, 5.
(3) Daniel, XII, 3.
(4) II á los Corintios, III, 18.
(5) I de San Juan, III, 2.

© Biblioteca Nacional de España

de la vida á la vida, del amor al amor, de alegría en alegría, de claridad en claridad, de luz en luz. Dios, este Oceano eterno y eternamente inconmensurable de luz, de amor, de alegría, de vida, hé aquí la felicidad de los bienaventurados, hé aquí el secreto de este movimiento constante en el reposo, de este progreso en medio mismo del fin.»

¡Cuán mezquinas nos parecen ahora las concepciones de los adversarios, que no admiten otra vida del espíritu mas que la que aquí conocemos, y al condenarle á un progreso infinito de mejoramiento, le lanzan en el vacío, y le alejan infinitamente de la posesion de la dicha! Imposible: el espíritu creado tiene un límite del cual no puede pasar, como toda criatura, cuando ha adquirido el pleno desarrollo de su naturaleza. Un progreso infinito por adquisicion incesante de perfecciones repugna tanto como un retroceso infinito por sustraccion de realidades. ¡Qué poco seria preciso restar del hombre para dejarle reducido á cero! Y si no se podia llegar á este término, se habria de confesar que el hombre es actualmente infinito, pues por mucho que se le quitase, siempre distaria infinitamente de la nada.—La misma condicion activa del espíritu exige llegar al término, ponerse en contacto con su fin. Como con razon observa Schelling; «todo movimiento es propiamente un anhelo del reposo; y en la ciencia, como en otra cosa, el movimiento no dura mas que hasta que el espíritu ha encontrado en qué poder absolutamente descansar, lo cual por su naturaleza quita al pensamiento hasta el deseo de llegar mas adelante, por estar infinitamente por encima de todo esfuerzo del pensamiento. La idea de un progreso indefinido es propiamente la idea de un progreso sin objeto: ahora bien, lo que carece de objeto, carece tambien de sentido, y un progreso asi entendido, es decir, efectuándose á

© Biblioteca Nacional de España

la ventura, y sin objeto marcado, es la concepcion mas desoladora y mas vana... El pensamiento, lo mismo que todo lo demás, necesita un fin; y un pensamiento sin fin y sin objeto, seria un desgarramiento del espíritu por sí mismo.» Precisamente al llegar á su complemento, ó lo que es lo mismo, á su término, adquiere la criatura su perfeccion total.

El bienaventurado, al entrar en el cielo, ha llegado á la plenitud de su desarrollo, ha adquirido la perfeccion última de que es suceptible la naturaleza humana. Esto no impide que haya diversos grados de gloria, segun la diversidad de los méritos; y esta es una verdad de fé, y tambien de sentido comun. Pero cada uno recibe la gloria segun su propia capacidad, lo mismo que vasos desiguales sumergidos en el mar quedan todos llenos de manera que en ellos no cabe mas. Nada le falta á ninguno, y todas sus aspiraciones vitales quedan plenamente satisfechas. Por eso San Agustin define la bienaventuranza, diciendo que es «la plenitud colmada de todas las cosas deseables,» y tambien «la suma y el colmo de todos los bienes;» y los Escolásticos con mas precision, «el bien sumo capaz de saciar adecuadamente el apetito racional.» La inteligencia ve satisfecho su deseo ilimitado de conocer, porque conoce sin velo la verdad infinita y absoluta; y la voluntad queda satisfecha en su deseo ilimitado de amar, porque posee el bien supremo, soberanamente perfecto, inmutable, indeficiente y eterno. Todas las facultades se ejercitan sobre su objeto propio, todas encuentran esfera bastante espaciosa para estender su vuelo, y todas alcanzan su mas alto grado posible de fuerza y de espansion.

¿Pero hasta dónde llega este desarrollo? Solo Dios lo sabe: nosotros no lo sabremos hasta que estemos en el cielo. Además del conocimiento sobrenatural de Dios y de sus

© Biblioteca Nacional de España

infinitas perfecciones, en lo cual consiste la beatitud *esencial*, conoceremos en él mismo á todas las criaturas, segun su sér eminencial, y como están contenidas en la esencia divina. La creacion no tiene secretos para el alma glorificada, las maravillas del universo se despliegan ante su vista, y ostentan sus magnificencias. Entonces el glorioso ejército de los astros revelan al alma las leyes admirables de sus revoluciones, la fuente donde nacen los raudales de su luz, y la existencia y naturaleza de sus desconocidos moradores, al mismo tiempo que el mundo de los infinitamente pequeños muestra tales tesoros de sabiduría y de omnipotencia divina que pueden competir con las mas opulentas aglomeraciones de encendidos soles. Pero además el alma perfeccionada en sus facultades naturales, se pone en contacto por medio de operaciones propias con los objetos que quiera de la creacion visible, para conocerlos y amarlos. No es posible imaginar para el hombre una grandeza mas positiva, una perfeccion mas acabada: no es ya el hombre terreno, es propiamente el *hombre celestial*.

¡Con cuánto anhelo debemos trabajar para merecer un dia esta dicha suprema! ¡Con qué entusiasmo debemos emprender el camino de la virtud! ¡Con qué fervor debemos aspirar á la santidad! Animo, pues; vayamos con denuedo á conquistar el reino de los cielos, que sufre violencia. Pero para cruzar sus fronteras no necesitamos espadas ni cañones; las murallas que hemos de derribar son nuestros deseos desordenados, los enemigos á quienes hemos de combatir son las pasiones que nos tiranizan, los vicios que nos degradan, los pecados que nos condenan. Animo, pues: mil voces venerables nos estimulan y nos alientan. *No son de comparar los trabajos de esta vida con la gloria venidera que se manifestará en nosotros*, exclama el Após-

© Biblioteca Nacional de España

tol, (1) y la razon es «*porque lo que aquí es una tribulacion momentánea y leve engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria* (2). Asi pues añade el Apóstol San Pedro, *sed muy solícitos para asegurar por las buenas obras vuestra vocacion y eleccion* (3). Mil ejemplos generosos nos muestran el camino, los mártires, los penitentes, los religiosos, las vírgenes, tribu escogida de la santidad, que vivieron en el mundo como nosotros, rodeados de sus peligros, y supieron salir vencedores en el combate de la vida. ¡Cuán resplandeciente es su corona, cuán inmarcesible su palma! Todas las personas que amamos un dia en la tierra, nos llaman y nos esperan, nuestros padres, nuestros hijos, nuestras esposas, nuestros parientes, nuestros amigos: nos tienden la mano y ruegan por nosotros. ¡Volemos pues! que sea el cielo desde hoy el objetivo de nuestros pensamientos y de nuestros deseos, para que despues de esta vida sea nuestra eterna morada. ¡Al cielo! ¡al cielo! *Sursum corda*.

(1) A los Romanos, VIII, 18.
(2) II á los Corintios, IV, 17.
(3) II de San Pedro, I, 10.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XX.

La resurreccion de la carne.—Verdad del dogma.—Argumentos de *posibilidad*,—de *analogía*,—de *congruencia*, de *necesidad*,—de *sentido íntimo*, —de *fé*.—Pruebas deducidas de las facultades del alma,—de la perfectibilidad humana,—de la belleza ideal.—Dotes del cuerpo glorioso.—Identidad del cuerpo resucitado.

El dogma del infierno eterno, que nos ha llenado de espanto, y de la bienaventuranza eterna, que ha fortalecido nuestras esperanzas, halla un digno coronamiento en el dogma consolador de la resurreccion.

La ley del destino comprende á *todo el hombre*, para premiarle ó castigarle segun sus obras: asi lo exijen la justicia y la moralidad.

Al establecer el dogma de la resurreccion futura de nuestros cuerpos, tal como la fé lo enseña, y la razon lo encuentra creible, habremos sentado el argumento mas poderoso contra el error de las reencarnaciones, y al mismo tiempo habremos dado la solucion mas cabal y acertada á todas las consideraciones que mueven á los adversarios á proclamar su necesidad. Como hace notar el P. Raulica, la metempsícosis antigua no fue otra cosa que la creencia de la razon universal del género humano en la resurreccion, profundamente alterada y extrañamente desfigurada por la razon particular de los filósofos. Estos, queriendo esplicar y

© Biblioteca Nacional de España

no pudiendo comprender de qué modo el alma podria volver á tomar su propio cuerpo casi aniquilado por la muerte, inventaron la metempsícosis, error que en su fondo es un homenage rendido á la fé universal de que el alma no puede estar para siempre separada de su cuerpo. Por otra parte, este error tiene su principio y raiz en creer falsamente que el alma no está unida esencialmente al cuerpo cómo la forma á la materia, sino solo de una manera accidental y precaria, como el motor al objeto movido. Una vez aceptada esta idea, era fácil admitir que el alma puede unirse sucesivamente á diferentes cuerpos, como tambien suponer que puede haber existido antes de ser infundida en el cuerpo formado por la generacion natural.

Habiendo ya demostrado que el alma es *forma sustancial del cuerpo*, no insistimos en este punto. Recordaremos únicamente con Santo Tomás, que la inmortalidad del alma, precisamente por la razon de estar el alma unida naturalmente al cuerpo como su forma, exije la resurreccion. «Porque lo que es contra naturaleza, dice, no puede ser perpétuo: luego el alma no permanecerá siempre separada de su cuerpo: conviene, pues, que se una de nuevo á él, lo cual es resucitar.» Puesto que todos los cuerpos han sido animados por formas inmortales, deben sin duda volver á ser vivificados un dia por ellas, para completar la naturaleza humana. «A no ser, añade Cornelio Alapide, que Dios quite violentamente al alma su naturaleza, y la prive de su estado natural, debe restituirle su cuerpo porque ella tiene una propension natural á su cuerpo, tanto que separada de él no puede menos de encontrarse en una situacion violenta y fuera de su naturaleza. La resurreccion, pues, considerada en cuanto á la sustancia, y á la exigencia de la naturaleza humana es como natural; aunque en el modo y en la realizacion es sobrenatural.»—Por otra parte los ad-

© Biblioteca Nacional de España

versarios, como ya vimos, comprometen la doctrina de la inmortalidad con su sistema, porque no logran salvar la personalidad humana, el recuerdo de la union, la integridad específica y la conciencia de la propia identidad.

Contra la absurda hipótesis de las reencarnaciones, afirmamos el dogma de la resurreccion como un corolario lógico de la inmortalidad. Hay una relacion tan estrecha y tan íntima entre estas dos verdades, que algunos exegetas alemanes, no pudiendo negar la remotísima antigüedad de esta creencia, han dicho que la resurreccion era la *forma semítica de la doctrina de la inmortalidad del alma*. Pero no solamente los descendientes de Sem profesaban este dogma, pues se encuentra entre los egipcios y otros pueblos de la raza de Cam, asi como tambien en la religion mazdeana de los bactrios, los medos y los persas, descendientes de Japhet, y en las numerosas familias Célticas y Germanas, descendientes del mismo, que practicaban la religion de Teutates ó la de Odin. Como escribia Lactancio «no solo los Profetas, sino tambien los Oráculos, los poetas y los filósofos estaban acordes en admitir la resurreccion (ἀνάστασιν).»

Para los cristianos es un dogma de fé que todos los hombres, buenos ó malos, han de resucitar un dia con los mismos cuerpos que en esta vida tuvieron. Es una verdad enseñada de la manera mas clara y terminante en la Sagrada Escritura. *Yo sé que vive mi Redentor*, exclamaba Job en medio de sus miserias, *y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios... Esta esperanza mia se halla profundamente arraigada en mi pecho* (1). El profeta Ezequiel describe con una brillante imágen este gran prodigio en virtud del cual el espíritu vuelve á animar los huesos

(1) Job, XXI, 25.

© Biblioteca Nacional de España

secos, y el gran ejército de los muertos se pone en pié (1). *La multitud de los que duermen en el polvo de la tierra*, dice Daniel, *despertarán; unos para vida eterna, otros para oprobio para que lo vean siempre* (2). *Vivirán tus muertos*, repite con entusiasmo Isaías, *mis degollados resucitarán: despertaos y alabad* (al Señor) *los que morais en el polvo, porque su rocío es rocío de luz* (3). En esta misma fé hallaban los heróicos Macabeos valor y fortaleza para sufrir los crueles suplicios cuya sola noticia estremece. Uno de aquellos valerosos mancebos, bárbaramente mutilado, dijo al tirano: *Tú, perversísimo, nos quitas la vida presente, pero el rey del mundo nos resucitará en la resurreccion de la vida eterna.* Otro al cortarle las manos y la lengua, exclamó: *Del cielo recibí estos miembros; mas ahora los doy gustoso por la ley de Dios, porque espero que de él los he de recobrar.* El quinto de los siete hermanos sacrificados, decia: *Preferimos ser muertos por los hombres, esperando firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de resucitar; pero tu resurreccion, tirano, no será para la vida*, (4) sino para condenacion.—Nuestro Señor Jesucristo demostró esta verdad á los saduceos con el siguiente argumento: *De la resurreccion de los muertos ¿no habeis leido lo que Dios dice. Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob? No es Dios de muertos sino de vivos: porque todos viven á Él* (5), dando á entender que la resurreccion es una consecuencia necesaria de la inmortalidad del alma. Los Apóstoles anunciaban esta gran verdad como el sumario de su predicacion, *porque si los muertos no resucitan*, escribia San Pablo, *es vana nuestra predicacion, y tambien es vana nuestra fé. En este caso los cristianos seríamos los mas*

(1) Ezequiel, cap. XXXVII.
(2) Daniel, XII, 2.
(3) Isaías, XXVI, 19.
(4) II de los Macabeos, VII, 9 y sigs.—Id. XII, 48.
(5) San Mateo, XXII, 31.—San Lucas, XX, 38.

© Biblioteca Nacional de España

desdichados de todos los hombres (1). Asi es que este dogma ha sido siempre en la Iglesia uno de los de más aplicacion práctica. En él hallaban los fieles consuelo en la muerte de los parientes, y en todos los trabajos de la vida, estímulo para las virtudes, valor para sufrir las persecuciones y el martirio; y tenian siempre viva su memoria, expresada á cada paso en los símbolos, en las actas de los mártires, en los Concilios, en los epitafios y en las catacumbas. Los Santos Padres la predican incesantemente. Entre ellos Tertuliano escribió su libro «*De resurrectione carnis*» para probar expresamente esta verdad, demostrando que Dios *puede* verificar la resurreccion, que en ello se interesa *su justicia*, que la reclama la dignidad del hombre, y que esta creencia es muy conforme á la razon.

Nos parece oportuno reproducir aquí, por ser breves y claros, los argumentos teológicos consignados en nuestro *Manual del Apologista*.

«*A possibili*. Dios que crió al hombre de un poco de barro, ¿no podrá *recomponer* el cuerpo del mismo hombre, aunque esté reducido á polvo? El sabe donde están sus partículas dispersas, y no las pierde un solo instante de vista. Negar la posibilidad de la resurreccion, es negar la omnipotencia de Dios.

A facto. Jesucristo resucitó; luego es posible la resurreccion. El Evangelio nos refiere muchas resurrecciones de muertos: luego si en aquellas no hubo repugnancia, tampoco la hay en la resurreccion general.

A simili. Nada perece del todo en la naturaleza, observa Tertuliano, sino para volver á reproducirse; de modo que parece que Dios imprimió en sus obras el sello de su inmortalidad. Todo este órden mudable de cosas es un testimonio de la resurreccion. Dios nos dió por maestra á la

(1) I á los Corintios, XV, 13.

© Biblioteca Nacional de España

naturaleza para que creamos fácilmente á la revelacion, y no dudemos que Dios que hace que vuelvan las cosas á su primer estado, resucitará los cuerpos humanos. Séneca el filósofo habia hecho antes la misma observacion.

A convenienti. Toda la razon de nuestra vida consiste en la union del alma y el cuerpo: por lo tanto, debe haber resurreccion de los cuerpos para que se pueda recibir íntegramente el premio ó el castigo de las obras ejecutadas por el hombre en virtud de dicha union. Pues aunque el alma es la raiz y el asiento del mérito ó demérito, usa del cuerpo para sus operaciones, y sin él no podria ejecutar la mayor parte de ellas. Conviene, pues, que el cuerpo tenga la suerte del alma.

A necessario. La razon precedente se confirma todavia mas, atendiendo que el cuerpo y el alma forman una sola *persona*, componen el sugeto *hombre*. Es necesario, pues, que *todo* el hombre sea premiado ó castigado por sus buenas ó malas obras, lo cual no puede suceder despues de la muerte, si no es recompuesto el hombre íntegro. Luego es necesaria la resurreccion.

A conscientia. El hombre seria sumamente desgraciado sin la esperanza de la resurreccion, porque veria frustrados sus mas caros sentimientos. El deseo de la inmortalidad, el amor natural á nuestro cuerpo, el horror á su disolucion, unido á la seguridad de que nuestra alma no perece, manifiestan que el hombre no puede quedar incompleto para siempre, que la separacion del alma y el cuerpo no es mas que temporal. El alma necesita del cuerpo para el complemento de su personalidad, de la que carece sin él.

A fide. Para el cristiano hay otros motivos de esperar la resurreccion.—El es un miembro del gran cuerpo moral de que Jesucristo es cabeza; luego debe seguir la suerte de su cabeza y resucitar como aquel.—El cristiano

© Biblioteca Nacional de España

se alimenta de la carne y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y sabe que segun la promesa de éste, debe vivir eternamente.—Jesucristo redimió al hombre, no solo en cuanto al alma, sino tambien en cuanto al cuerpo, y debe restituir al hombre á su primitivo estado de integridad, supuesto que la muerte solo provino del pecado de Adam.—De lo contrario, Adam nos hubiera dañado con su culpa mas que nos aprovechó la redencion de Jesucristo, lo que es contrario á la doctrina católica.»

Estos argumentos, propios de un breve compendio, son susceptibles, como comprenden nuestros lectores, de estensos desarrollos. Algunos de ellos presentados con cierto atavío retórico adquieren una brillantez que les dá una persuasion irresistible.

La justicia exije, dice Mgr. Besson, que el cuerpo y el alma habiendo estado asociados para la prueba, no sean separados en la recompensa, y que la sancion del órden moral se estienda al hombre todo entero. Justicia para ese cuerpo que vivió encorvado bajo el yugo del deber, para esos pies que marcharon siempre firmes y rectos por la senda del honor, para esas manos que repartieron el pan al pobre, arreglaron su lecho, y sostuvieron los pasos vacilantes del necesitado: justicia para esos ojos que derramaron lágrimas por la miseria, por la amistad, por el honor, ó lágrimas de penitencia, de zelo y de fé: justicia para esa cabeza, derribada de los hombros bajo la bandera de la pátria ó bajo la cruz de la religion. Le habíamos prometido una corona, y nos parece que la habia recibido de la bala del enemigo ó del hacha del verdugo. ¿Y esas gloriosas reliquias á las que dedicamos sepulcros, templos y altares, y que son guardadas de siglo en siglo por la piedad de las naciones, estarian destinadas á perecer? No, no: la razon autoriza este culto, la justicia nos obliga á tributar-

© Biblioteca Nacional de España

les estos homenages: y no serán contradichos ni desaprobados en la eternidad, allí donde la razon brilla en todo su esplendor, allí donde la justicia es decisiva, completa, absoluta é infalible.»—«Trasportaos con el pensamiento á las riberas del Mar Muerto, donde estuvieron las nefandas ciudades de Sodoma y Gomorra: allí yacen mónstruos de iniquidad y depravacion. Las emanaciones que de allí salen, emponzoñan todavía toda la comarca, y jamás las aves levantan su vuelo sobre aquel mar señalado por las venganzas divinas. Es la tumba de los cuerpos mas ignominiosos que jamás han vivido... Venid despues al humilde cementerio de una Cartuja: allí los hermanos descansan al lado de los hermanos bajo una cruz sin emblema ni nombre. ¡Cuán dulce y profunda paz! ¡Qué perfume de virtudes, qué olor de santidad! Hé aquí las dos necrópolis de la humanidad. En la primera una carne corrompida, en la otra una carne espiritualizada. ¿Es posible que los cuerpos servidores de las almas justas tengan la misma suerte que los cuerpos ignominiosos, tiranos de las almas envilecidas? (1)

Hay otra razon, no menos poderosa, de justicia á la vez que de congruencia. Sabemos que los dotes naturales de cualquier ente no se pierden, si no es destruida la naturaleza en que residen y de la cual son partes. El alma inmortal nada pierde de lo que le es propio, y de lo que contribuye á su perfeccion, y el estado de beatitud mejora en todos sentidos la naturaleza. ¿Os parece justo que el alma beatificada esté privada para siempre del ejercicio de su actividad externa, que es una de sus facultades naturales? No pudiendo comunicar con el mundo sensible sino por medio de sus órganos corpóreos, habrá que negar al alma toda rela-

(1) *Les Mistéres de la vie future*, conf. 8.

© Biblioteca Nacional de España

cion con los objetos materiales, lo cual es impropio de su condicion gloriosa, ó habrá que admitir que un dia recobrará su organismo externo. Repugna efectivamente que una facultad del alma hubiera de extinguirse para siempre, cuando precisamente el alma recibe una vida mas perfecta y dichosa, ó que en aquella vida tal facultad quedase inactiva y sin objeto. En lugar de suponer que Dios le dará una facultad nueva y estraña á su naturaleza presente, es mas justo y mas razonable creer que la devolverá el ejercicio de la misma facultad, mas desarrollada y con órganos mas perfectos.—La sensibilidad que aquí nos ha servido para mérito, por la privacion voluntaria de muchos goces, es justo que en la vida bienaventurada nos sirva para premio. Para el hombre fisiológicamente considerado, la felicidad es una idea compleja, que abraza emociones sensibles y satisfacciones intelectuales y morales. Las dos clases de placer corresponden, y se necesitan, para nuestra dicha *natural* completa. Es ciertamente una felicidad secundaria y accesoria, pero no por eso deja de ser apreciable, como la satisfaccion del entendimiento y la voluntad en perfeccionarse naturalmente con el ejercicio sobre sus objetos propios. Nuestro sér fisiológico aspira incesantemente á una plenitud de vida, que en la tierra jamás puede ver satisfecha, á una plenitud de actividad, de movimiento, de goce, no solo en las facultades superiores, sino en todas las potencias sensitivas. Esta aspiracion natural, bien ordenada, es buena y legítima; y ninguna de tales aspiraciones ha de quedar defraudada. Por eso los teólogos no andan tan desacertados, como se cree, cuando enseñan que los bienaventurados en el cielo han de disfrutar, como goces adicionales á su felicidad esencial, inefables y puros placeres de los sentidos (1). La gloria, lejos de destruir nada de lo que

(1) Véase mi *Pluralidad de mundos*, cap. XVI.

© Biblioteca Nacional de España

es natural, lo eleva al mayor grado posible de perfeccion (1).

Esta última idea nos suministra otra prueba de la verdad que vamos demostrando, porque la resurreccion es la condicion imprescindible para la perfeccion de la *naturaleza* humana. ¿Habia de perecer para siempre la *especie* intermedia de la creacion, el *microcosmos* ó mundo pequeño, el punto de contacto, del espíritu con la materia, el eslabon que conserva la cadena de union entre uno y otro, el medio que mantiene la série de continuidad? No; bajo este punto de vista el hombre entero, en cuerpo y alma, es eterno como la creacion.—Pero hay mas, todos los séres son relativamente perfectos en su naturaleza, mientras que, como ya hemos visto, el hombre, tal cual hoy es, se encuentra decaido y degradado. Es imposible que este estado de degradacion sea perpétuo, es imposible que la criatura mas noble permaneciese siempre siendo una nota discordante en la armonía de la creacion. Jesucristo nos redimió de la esclavitud de la muerte y del pecado y ha de presentar al Eterno Padre la naturaleza humana reparada, como salió primitivamente de sus manos, perfecta, íntegra, sin mancha y sin lunar. Con ella ha de presentar igualmente la creacion visible, á la cual se estendió tambien la influencia de su restauracion. La natu-

(1) «Es absolutamente necesario que la naturaleza, oscurecida é impenetrable para el hombre, se esplique, brille, en fin, en un estado futuro, que establecerá la armonía entre el mundo exterior y el interior, que subordinará lo físico á lo espiritual, y en donde el cuerpo del hombre tomará la naturaleza de un cuerpo espiritual. Si habia conservado el rango en que fue criado, cuando fue sometido á la prueba, el hombre será, en comparacion de lo que es ahora, un sér sobrehumano. Ahora que se ha hecho *hombre* en el sentido de la palabra, designio de Dios es que como tal, y sin renunciar á esta humanidad, á la que con tantos lazos indisolubles está ligado, entre en posesion de todas las delicias, de todas las felicidades que le habian sido primitivamente destinadas. Solo en un tal porvenir, en un fin tal de la existencia humana, puede la conciencia del hombre encontrar su reposo. Deudores somos de esta esperanza á Cristo, cuya promesa nos autoriza para esperar despues de la suprema crisis un cielo nuevo y una nueva tierra.» Schelling, *Filosofía de la revelacion*, t. II, p. 222.

© Biblioteca Nacional de España

raleza entera participa de la gloria de Cristo, y por él la materia ha de tener su triunfo, ¿y seria excluida de este triunfo la materia mas noble que es el cuerpo humano? La resurreccion es pues necesaria; la reclaman el órden de la naturaleza y el órden de la gracia, y este es otro de los sentidos por que se llama *consumacion*.

Consideremos ahora que sólo por la resurreccion puede resolverse el problema de la perfeccion cabal de nuestra naturaleza, como la exige la dignidad humana. Esta perfeccion consiste en la armonía perfecta, durable y definitiva entre el cuerpo y el alma, de suerte que ésta dirija y mande, y aquel obedezca fielmente, sin que haya entre uno y otro luchas, antagonismos y rebeldías, ni oposicion ó incompatibilidad de placeres.—Consiste ademas esta perfeccion en que el hombre desarrolle libremente las fuerzas latentes que posee en esta vida y de las que por la debilidad del organismo no puede hacer uso. En ciertos estados de exaltacion los sentidos adquieren una penetracion inconcebible en el estado normal: la vista y el oido de algunos enfermos llegan á un grado de sutileza que no se creeria, si no lo refirieran médicos fidedignos, y si no constara por la esperiencia en muchos moribundos. Por eso un autor inglés compara el dinamismo humano en nuestro estado actual á «una caballería árabe que escolta á una caravana cargada de equipajes y embarazada por enfermos y niños, que camina con trabajo cada dia una corta jornada. Dad libertad á la ardiente escolta y la vereis lanzarse en el espacio, que apenas la rapidez de los vientos podrá competir con su carrera.» Nuestros sentidos tienen una esfera de accion muy limitada y apenas pueden apreciar lo que pasa á su alrededor. ¿Pero nuestro organismo no llegará algun dia á adquirir esa perfeccion de que hallamos algunas muestras en estados precisamente anormales?

© Biblioteca Nacional de España

Como aseguran los médicos, segun los datos de la anatomía transcendental, el gran designio de la naturaleza es la perfectibilidad de la organizacion humana. Esta, antes de llegar á su desarrollo, pasa por todas las formas de la vida animal, avanzando siempre á la mas armónica de todas ellas, que es la humana : de manera que los animales inferiores son como embriones permanentes relativamente al hombre. De aquí deducen que el poder que contiene en sí la facultad de cambiar sucesivamente las formas del cuerpo en el feto, es una emanacion de un dinamismo dotado de facultades progresivas. Incompetentes en esta materia, hallamos sin embargo por otros caminos que aquella conclusion es verdadera. Porque la perfectibilidad, ley de los séres, se observa de una manera visible en la especie humana que mejora progresivamente segun los adelantos de la civilizacion. ¿Qué es efectivamente la civilizacion sino el progreso de la especie humana en sus facultades y manifestaciones? Las ciencias progresan, los sentimientos se elevan, los goces se multiplican y se depuran cada dia, y aunque es deplorable que van á parar á un sensualismo pagano, esto consiste en que la corrupcion de las costumbres atiende mas á la materia que al espíritu: pero no por eso debilita el argumento de la perfectibilidad. Unas escuelas que no temen degradarse y cierran los ojos á la evidencia de las luchas de que el hombre es teatro entre su parte inferior y su parte superior, no queriendo ver que ésta pierde lo que gana aquella, estas escuelas proclaman y ensalzan la rehabilitacion de la carne, atribuyéndola mentidos derechos de satisfacer sus concupiscencias. Esta rehabilitacion inmoral y abominable es una injuria, es una degradacion, es una aspiracion indigna de un sér racional. La carne, es tristemente cierto, se encuentra humillada bajo el yugo del pecado; pero de aquí se infiere que éste es un estado violento que no ha de

© Biblioteca Nacional de España

durar siempre, y la doctrina católica, mas sábia que todos los filósofos, ve su término en nuestra futura resurreccion. Tal es la verdadera y legítima rehabilitacion que espera á la carne, que consiste en participar de la dignidad moral del alma, en conservarse pura y en cierto modo espiritualizada, y en gozar con ella el mismo destino inmortal.

Como parte de esa perfeccion concebimos en nuestra mente una belleza ideal, aun física, que es el objetivo invisible, pero real, del arte. No creo que el arte se alimente solo de una ilusion, sino que bebe sus inspiraciones en una realidad gloriosa, que se revela vagamente al genio, mostrándole desde lejos sus esplendores. No era una ilusion la que inspiraba á Juan de Juanes la divina figura del *Salvador*, que cubre el sagrario de la capilla de San Pedro en nuestra Santa Metropolitana; no era solo la fantasía la que le hizo concebir y ejecutar la celestial imágen de la *Purísima*, joya la mas estimable de este Museo: no solo era la imaginacion la que dirigió el pincel de Saxoferrato en su admirable *Madre del Amor Hermoso*, que tambien se guarda en esta Catedral: era la misma belleza ideal que inspiraba á Rafael en su *Transfiguracion*, y á Murillo en sus *Concepciones*, era la belleza típica, vislumbrada fugazmente por ellos, de la forma humana glorificada. Platon y San Agustin comprendieron que lo ideal es el objeto del arte: el primero creia reconocer en ello la reminiscencia de una existencia perdida, pero San Agustin, mejor inspirado por el cristianismo, veia en ello el presentimiento sublime de una existencia venidera. La resurreccion es el dogma de la perfectibilidad humana, realizada de la manera mas gloriosa en una vida mejor (1).

(1) Es permitido suponer, con San Gregorio de Nisa, que existe en el principio vital de cada cuerpo humano la tendencia á realizar cierto tipo individual de belleza, cuyo desarrollo está mas ó menos impedido por diversas condiciones fisiológicas ó morales,

© Biblioteca Nacional de España

Esta esperanza no es un sueño. Los cuerpos resucitados estarán dotados de dones excelentes que los harán semejantes en sus propiedades á un espíritu. Tales son la *claridad*, en virtud de la cual resplandecerán con grande hermosura; la *agilidad*, ó facultad de trasladarse de un lugar á otro con la mayor rapidez, sin cansancio y sin fatiga; la *sutileza*, ó facultad de penetrar á través de los cuerpos; y la *impasibilidad* que los hará inmortales, incorruptibles, invulnerables, exentos de todas las necesidades físicas, y capaces de vivir en cualquiera centro. Los Libros sagrados comparan los cuerpos glorificados á las estrellas, al sol y á la luz, lo cual comenta San Buenaventura del modo siguiente: «La luz, como se vé en sus rayos, posee estas cuatro cualidades: la *claridad*, porque ilumina; la *impasibilidad*, porque nada la altera ni la corrompe; la *agilidad*, porque recorre distancias inmensas en un instante; y la *penetrabilidad* y *sutilidad*, porque pasa á través de los cuerpos diáfanos sin alterarlos. El cuerpo glorioso, en cuanto que el elemento de la luz dominará en él, tiene estas cuatro dotes.» El alma gozando de la vision beatífica estará llena de luz divina, y comunicará al cuerpo su gloria, como sucede muchas veces en la tierra que la satisfaccion interior embellece y trasfigura el rostro. Así lo expresó San Pablo con estas palabras: *El cuerpo es sembrado* (enterrado) *en abyeccion y resucitará en gloria*.—Ademas el cuerpo perfectamente subordinado al alma, se moverá segun la voluntad de ella en todas direcciones, y es lo que anuncia el mismo Apóstol, diciendo: *Es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor*. El cuerpo influido por el espíritu glorifica-

tristes consecuencias del pecado original y de las faltas de los hombres: pero que los cuerpos resucitados para la beatitud quedarán libres de estas condiciones funestas, y que cada uno de ellos realizará enteramente su tipo individual, y la perfeccion á la cual estaba primitivamente destinado.»

© Biblioteca Nacional de España

do, participará á su manera de sus propiedades, y especialmente de aquellas que faciliten su accion, como continúa el mismo: *Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.* Por último, participando de la felicidad del alma, los cuerpos serán inaccesibles á todo malestar, á todo dolor, y á toda destruccion, pero no al placer, y esto significa la frase: *Es sembrado en corrupcion, resucitará en incorrupcion* (1). En una palabra nuestro cuerpo será semejante en su dotes al cuerpo glorioso de nuestro Señor Jesucristo, *el cual reformará el cuerpo de nuestra flaqueza, haciéndole conforme al cuerpo de su claridad* (2).

Pero aquí surge en toda su fuerza la objeccion capital, que ya hacian los filósofos paganos, tomada de la identidad del cuerpo. Es la única objecion grave y se presenta bajo dos aspectos; el primero, la imposibilidad de recobrar el mismo cuerpo actual, necesario para reconstituir la persona; el segundo, que si se recobra el mismo cuerpo, será pasible y mortal como lo es al presente, ó si es impasible é inmortal, no será ya cuerpo humano. Habria pues una creacion nueva, pero no una verdadera resurreccion.

Esta objecion ha recibido muchas respuestas satisfactorias, ó al menos suficientes para tranquilizar en este punto á toda persona imparcial.

Si dijéramos que para Dios nada hay imposible ni difícil, y que él sabrá cumplir lo que nos ha prometido, devolviendo á cada alma su propio cuerpo, daríamos la solu-

(1) I á los Corintios, XV, 42 y sigs.

(2) A los Filipenses, III, 21.—«Para esto, dice Martin, no hay necesidad de suponer una accion inmediata, especial y perpétua de Dios; basta que en la nueva asociacion del cuerpo y el alma, la organizacion esté en un estado de equilibrio estable, sin pérdidas que reparar, sin nutricion, sin crecimiento, sin osificacion progresiva, sin deterioro, y que el alma que en el estado actual tiene quizás sin saberlo el cargo de excitar los fenómenos de la vida fisiológica, reciba entonces sobre los órganos un poder instintivo y necesario, pero mucho mas estenso, para arreglar con él las nuevas funciones, y para sustraer al cuerpo de todas las causas de destruccion.»

© Biblioteca Nacional de España

cion mas breve, mas acertada y mas completa; pero para algunos de nuestros lectores, esta respuesta, por buena que sea, haria el efecto de la espada de Alejandro cortando el nudo Gordiano. Dejemos pues el campo de la teología y vengamos al de la pura razon.

¿En qué consiste, preguntamos á nuestra vez, la identidad del cuerpo? Ciertamente no consiste en conservar la misma materia que hoy nos pertenece. Es un hecho perfectamente demostrado por la ciencia, que el cuerpo humano renueva totalmente y muchas veces durante la vida su materia. Las moléculas que hoy poseemos, nos habrán abandonado dentro de algunos meses, y tal vez el fósforo que dentro de un año lucirá en nuestra mirada, se encuentra actualmente en algun pescado en el fondo de los mares, ¿y quién sabe en qué campo crece hoy la planta que dará la albúmina á nuestra sangre, y de qué comarca viene el fosfato de cal, que un dia no lejano formará parte de nuestros huesos? Sin embargo, á pesar de este flujo y reflujo de la materia, que se nos adhiere tan fácilmente como nos abandona, ¿quién dirá que su cuerpo no es idéntico al que tenia hace veinte años? Es pues evidente que la identidad completa de la materia no es de ningun modo indispensable para establecer la identidad perfecta del cuerpo resucitado con el cuerpo destruido por la muerte.

En cada cuerpo vivo hay un principio de identidad que persiste siempre á pesar del cambio total de la materia de que este cuerpo se compone. Hay ademas el sentimiento interior que asegura á cada uno, que *siempre* es el mismo individuo, y aunque su cuerpo se renueve veinte veces, conoce á los cuarenta años, que es la misma persona que á los quince. Pues bien, la persona es precisamente el sujeto de las recompensas ó castigos: por consiguiente basta resucitar con un cuerpo, con el cual pueda conservar la

© Biblioteca Nacional de España

memoria y la conciencia de sus acciones en órden á su remuneracion; con un cuerpo en fin, que reconozcamos ciertamente por nuestro, y del cual podamos decir: *Este es mi cuerpo*; y cuando esté informado por nuestra alma, podamos ser llamados por nuestro nombre, y responder: *Soy yo*.

¿Ofrece esto alguna repugnancia? Añadiremos todavía que los cuerpos no necesitarán en la resurreccion tanta cantidad de materia, como tienen en esta vida. Todas sus moléculas les habrán pertenecido alguna vez en la tierra, como partes de su organismo, y por esta razon no se puede exigir mayor identidad que la que se reconoce en un momento dado de nuestra existencia actual. Por otra parte es tambien un hecho averiguado por la ciencia que nada perece en el universo, que no se pierde ni un solo átomo, y lo que se llama corrupcion ó destruccion no es mas que una modificacion por la cual los principios elementales se combinan entre sí, de suerte que una misma sustancia se presenta bajo diversas formas sucesivas. En cualquier lugar que se encuentre la materia de nuestro cuerpo, bien haya sido reducida á gas por la combustion, bien forme parte de los árboles de la selva, ó pinte de matices aterciopelados las flores de nuestros jardines, siempre está en depósito bajo la mano de Dios, que la llamará de los cuatro vientos para restablecer nuestra propia personalidad.

Mas aunque el cuerpo resucitado adquiera una perfeccion superior, y casi inconcebible, respecto á lo que fue en la tierra, no por eso deja de ser sustancialmente el mismo. El cuerpo lleno de vida y de belleza que se posee en la juventud, es sin duda el mismo que lleno de achaques y miserias en la edad decrépita, reclama el descanso del sepulcro. La brillante mariposa de sedosas alas es ciertamente el mismo insecto que cuando ha sido humilde crisálida, y antes repugnante oruga. Por último el luminoso diamante que

© Biblioteca Nacional de España

brilla en la corona de los reyes, y el negro carbono que no refleja ningun rayo de luz ¿no son por ventura el mismo cuerpo en dos estados diferentes? Lo mismo sucede con el azufre y el fósforo, y con otros muchos. La química se ha visto obligada á inventar un nombre para designar este órden tan notable de trasformaciones; llama cuerpos *isómeros* á los que conservando la misma composicion elemental, ofrecen grandes diferencias en su naturaleza y caractéres. Lo verdaderamente notable, lo incomprensible de estos cuerpos, es que pueden cambiar sucesivamente de formas, de aspecto y de propiedades *sin cesar de ser los mismos*. Un débil ejemplo hallamos en el agua en estado líquido, en estado de hielo y en estado de vapor. De la misma manera el cuerpo glorificado será como el diamante comparado con el carbono, pero será sustancialmente idéntico al que tuvimos en vida. Con razon decia Tertuliano que este misterio se nos hacia creible por la contemplacion de la naturaleza.

Concluyamos pues con el P. Raulica: «En esta economía divina de la resurreccion de los muertos, tal como la razon católica, apoyada en la palabra de Dios la comprende y la admite, todo es rigorosamente lógico; todo se ensalza y armoniza, como las consecuencias con sus principios, como los efectos con sus causas: todo en ella es á un mismo tiempo verdad revelada y verdad deducida, fé y razon: teología que el hombre no ha inventado, pero que sin embargo puede comprender; teología por consiguiente que el cristiano cree de un modo inquebrantable, y que el filósofo digno de este nombre admira como una doctrina de la mas verdadera y de la mas alta filosofía!»

La filosofía cristiana es hija de la revelacion.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XXI.

¡El juicio final!—¡La eternidad!

Verificada la resurreccion, *todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo*, dice San Pablo, *para que cada uno reciba su merecido, segun lo que ha hecho bueno ó malo, estando en el propio cuerpo*. Esto es lo que se llama el juicio final.

La suerte del alma quedó irrevocablemente fijada despues de la muerte por el juicio particular. Es un artículo de nuestra fé. Pero reconstituida la persona humana, se necesita fijar su destino de una manera solemne, haciendo que conste la justicia de la sentencia, y á esto se dirige el juicio universal.

Así lo exige el órden de la Providencia para el triunfo completo, espléndido y definitivo del bien sobre el mal, que es el desenlace lógico y necesario de la creacion.

Es preciso que conste de la manera más evidente que la prueba única que Dios ofrece á nuestra libertad en esta vida, consideradas todas sus circunstancias, nos pone en las condiciones mas favorables para salir vencedores. Todas las desigualdades de nacimiento, de fortuna, de talento, de inclinaciones, en una palabra, todas las desigualdades físicas y morales, de que tanto se quejan los adversarios,

© Biblioteca Nacional de España

deberán agradecerse como singulares beneficios y misericordias, cuando la Providencia divina ponga de manifiesto la altísima sabiduría y bondad de sus designios en el gobierno moral del mundo, ante los ojos asombrados de toda la humanidad.—Es preciso tambien que las acciones del indivíduo sean juzgadas en su relacion con los actos de todos, en sus resultados, en sus consecuencias y en su influencia pública, y se justifique su permision. Muchas veces una accion buena ó mala de un hombre oscuro tiene una trascendencia incalculable en la suerte de un pueblo, y hasta en el porvenir de una nacion.—Es preciso que se esplique el desórden aparente que hay en el mundo, la prosperidad de los impíos y las tribulaciones de los justos, por lo cual muchos nécios detractores de la Providencia no temen acusarla de injusticia ó de abandono, y tal vez niegan su intervencion directa en las cosas humanas. Este desórden, que turba y desconcierta á muchos, se verá que es inevitable dada la existencia de la sociedad y las diversísimas fases de la vida pública y privada, pero al mismo tiempo aparecerá sometido á la justicia más rigorosa y á la sabiduría más previsora. Los buenos y los malos no pueden menos de vivir mezclados y confundidos en este mundo: un mismo Sol los alumbra y los calienta, unas mismas lluvias fertilizan sus campos, y tal vez la próspera fortuna dirige viento en popa los negocios de los malos, mientras que furibunda levanta contra los buenos contínuas borrascas. Vendrá ese dia en que aquellos darán cuenta de sus maldades y al alegar como descargo el escaso bien que hicieron, se les dirá: *Receperunt mercedem suam*. Dios dá los bienes de la tierra á los impíos, para recompensarles en la tierra lo que no podria ser premiado en la eternidad.

Todas las razones de interés general que prueban la

© Biblioteca Nacional de España

inmortalidad del alma, persuaden igualmente la necesidad de aquel juicio, en que la humanidad entera ha de ser residenciada. Es necesario efectivamente dar satisfaccion á la conciencia pública, que reclama imperiosamente el castigo de muchos criminales á quienes no alcanza la justicia humana, porque son poderosos, ó porque han torcido la vara del juez, ó porque no se les puede probar jurídicamente el delito por más que conste claramente que lo han cometido. El escándalo del vicio que se pasea descaradamente y vive impune, siendo impotente la ley para ponerle trabas, mientras que la virtud es oprimida y maltratada en nombre de una legalidad inícua, ha de ser pública y solemnemente reparado. ¿Pues qué? La justicia legal de los hombres, falaz, impotente, ciega, y muchas veces discurrida adrede, como todos saben, para sancionar y autorizar mil clases de iniquidades, ¿no ha de comparecer ella misma ante un tribunal incorruptible para ser á su vez juzgada? ¿Y los que á fuerza de intrigas, traiciones y crímenes han escalado las posiciones más elevadas, y han conquistado los honores y las riquezas que merecian otros mejores, los que por el favoritismo han usurpado sus puestos al verdadero mérito, oscureciéndole por la calumnia y la villanía para alzarse sobre sus ruinas, los hipócritas que esplotan el aparato de la virtud, los que siendo dignos de todo el desprecio de las gentes honradas, gozan sin embargo de los mayores consideraciones, ó tienen engañado al mundo que ignora que son unos mónstruos de perversidad; todos éstos, no han de recibir un dia públicamente el castigo y la confusion que merecen? ¿Y quedarán tambien sin castigo aquellos vicios odiosos á los que no alcanzan las leyes humanas, como la ingratitud, la villanía, la inconsecuencia, la falsedad, y otros muchos, para los cuales no hay en esta vida correctivo alguno, y tal vez reciben

© Biblioteca Nacional de España

los aplausos del éxito, en lugar de ser reprobados con indignacion?

Por el contrario ¿será justo que jamás haya de ser públicamente reparada la honra de una persona ó de una familia, perdida por una infame calumnia, ó por una sentencia inícua, ó por apariencias engañosas? ¿Permanecerán eternamente ignoradas las obras buenas practicadas por los justos en la oscuridad y el silencio, y los actos de virtud heróica que ocultaron por humildad y modestia? ¿No llegarán á ser conocidos y aplaudidos los ejemplos admirables, que hoy permanecen secretos, de virtud, de sacrificio, de abnegacion, de heroismo, inspirados por la caridad cristiana, por el honor, por el amor á la pátria, y por otros móviles generosos, de nobleza y desinterés? Por mi parte creo firmemente que algun dia será admirado el martirio del humilde misionero en una tribu salvaje por propagar la fé de Cristo, el oscuro sacrificio del soldado que muere por defender su puesto, el heroismo de la Hermana de la Caridad consumida lentamente por la fiebre hospitalaria, la abnegacion del médico víctima de su deber en una epidemia', y en una palabra, el mérito de todos aquellos que han sacrificado su vida por salvar la de algun semejante suyo de las embravecidas olas ó de las abrasadoras llamas. Si asi no fuera, faltaria algo al triunfo completo de la justicia, no quedaria realizada en todas sus partes la armonía del universo, y la sancion del órden moral.

Se ha dicho que «el juicio universal está en la historia universal.» Pero esta invencion demasiado aplaudida por los que lo aceptan todo menos la doctrina católica, nos parece una impertinencia. ¿Cómo? ¿Por ventura el juicio de la historia es pleno, es unánime, es imparcial, se estiende á todos? La máxima parte de la humanidad no figuran, ni figurarán jamás en la historia, y cuando mueren, su

© Biblioteca Nacional de España

nombre cae con ellos en la perpétua noche del olvido. Muchísimas de las acciones mas heróicas que ha presenciado el mundo, no tienen lugar en las páginas de la historia; y la exigua minoría, relativamente hablando, de los personajes notables cuyo recuerdo vive en la memoria de los eruditos, es tambien y será siempre completamente desconocida para la mayor parte de los hombres. Citad los nombres mas ilustres de Emperadores, Papas, Filosofos, políticos, literatos, artistas, y en una palabra de todos aquellos que con mas razon pueden reclamar el derecho de inscribir su nombre en el templo de la Fama, y para la mayor parte de los que los oigan serán un sonido vano. Llamad al profesor mas eminente de historia, preguntadle quién era, qué hizo, qué influyó algun personaje particular que figure entre las celebridades; y en muchos casos no sabrá qué responder. La fama, la gloria, la celebridad es un fantasma, es menos que un soplo de viento, es un puñado de ceniza. Recordad ahora cualquiera de los hechos culminantes de la historia, las *Cruzadas*, por ejemplo, y si os parece mejor otro que casi estamos tocando con la mano, la *Revolucion francesa* de fin del siglo pasado. Todavía los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo en sus juicios respecto á estos grandes acontecimientos: y mientras unos ponderan los bienes que produjeron, ensalzándolos hasta las nubes, otros deploran los inmensos males que nos acarrearon, y los detestan y maldicen. Tal es lo que vale el juicio de la historia: tal es el fantasma raquítico que una filosofía estrecha pretende sustituir al grandioso drama del juicio final.

Por el contrario ese mismo juicio de la historia, incompleto, falaz, maliciosamente desfigurado, y en todo caso inútil para los personajes que son su objeto, es una nueva prueba que demuestra la necesidad de aquel juicio último, como nos lo enseña nuestra fé. Es preciso que la his-

© Biblioteca Nacional de España

toria sea restablecida en su verdad. Es indispensable aquel juicio, donde todo lo que ha sucedido en el curso de la historia recibirá su justa, entera, y manifiesta retribucion.

«Si el juicio universal no nos hubiera sido revelado, dice Hettinger, deberíamos nosotros pedirle, afirmarle como una consecuencia necesaria, como la última marcha de la providencia divina que dirige el movimiento de la historia á través de los siglos, como la última medida para completar su obra y estampar en ella su sello. Este juicio universal no es mas que el último acto del drama universal, es la ejecucion general de todos los juicios parciales emanados de Dios en la historia desde el principio de la creacion.»

Tal es la grandiosa consumacion que tendrá la posteridad de Adam. Ninguna religion falsa, ni ninguna filosofía habia imaginado un desenlace tan sublime como llamar á toda la humanidad, y pedir á sus miembros cuenta solidaria de las consecuencias de sus obras. El dogma es tambien estrictamente lógico; pues el hombre no podria ser juzgado para sí mismo y para sus semejantes, segun la ley de la solidaridad universal, sino en el dia que pudiera comparecer á este acto la humanidad entera, para recibir su sentencia y ser ésta mandada á la ejecucion. Todo es aquí grande, todo es justo y digno de Dios; lo cual es otro testimonio que nos persuade á primera vista de su verdad.

Vemos una vez mas que la razon y la fé se dán siempre la mano, y lo que es una verdad revelada es por lo mismo una verdad aceptable por la razon. Las Sagradas Escrituras anuncian á cada paso este juicio solemne, y Jesucristo hablaba de él con mucha frecuencia. Entonces todo quedará consumado:

«Cuando viniere el Hijo del hombre en su majestad y todos »los Angeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su »majestad:

© Biblioteca Nacional de España

»Y serán todas las gentes congregadas ante él, y apartará »los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los »cabritos:

»Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á la iz»quierda.

»Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: «*Ve»nid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está prepa»rado desde el establecimiento del mundo:*

»Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y »me disteis de beber; era huésped, y me hospedásteis:

»Desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; está»ba en la cárcel, y me vinisteis á ver.

»Entonces le responderán los justos, y dirán: Señor, »¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; ó sedien»to, y te dimos de beber?

»¿Y cuándo te vimos huésped, y te hospedamos; ó desnudo, »y te vestimos?

»¿O cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos »á ver?

»Y respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo, que »en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, »á mí lo hicisteis.

»Entonces dirá tambien á los que estarán á la izquierda: «*Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado »para el diablo y para sus ángeles.*

»Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, »y no me disteis de beber.

»Era huésped, y no me hospedásteis; desnudo, y no me cu»bristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitásteis.

»Entonces ellos tambien le responderán, diciendo: Señor, »¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó des»nudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos?

»Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, »que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á »mí lo hicisteis.

»*E irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida »eterna* (1).»

La sentencia no sufre dilaciones. Desde aquel momento la suerte de los buenos y de los malos quedará definitivamente fijada por toda la eternidad.

(1) San Mateo, XXV, 31 y sigs.

© Biblioteca Nacional de España

¡La eternidad! ¿Han pensado alguna vez nuestros lectores lo que significa esta terrible palabra? Oigan algunas líneas de un libro que debiera estar en manos de todos y ser leido contínuamente, porque dice las verdades mas importantes para el hombre. «La eternidad es un oceano inmenso, cuyo fondo no se puede hallar; es un abismo oscurísimo, donde se hunde toda la facultad del entender humano; es un laberinto intrincado, de donde nadie puede salir; es un perpétuo estar que carece de futuro y de pasado; es un contínuo círculo, cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna; es un gran año que empieza y nunca llega al fin; es lo que no se puede comprender, y siempre se debe aprender... San Gregorio Nacianceno no sabe esplicar lo que es, sino lo que no es, y así dice: *La eternidad no es tiempo ni parte de tiempo*, porque el tiempo y sus partes pasan; mas de la eternidad no pasa, ni ha de pasar nada. Todos los tormentos con que entra un alma en el infierno, tan enteros y vivos como fueron al principio, le han de atormentar despues de millones de años: y de todos los gozos con que entra el justo en el cielo, no se ha de menoscabar alguno. Es la eternidad inmutable, porque no se compadece con ella mudanza; inmortal, porque no cabe en ella fin; incorruptible, porque nunca tendrá disminucion.»

«No se puede gozar aquí la vida, sino por partes, y esas menoscabadas. Pero en aquella eterna felicidad, donde vive todo lo que puede aquí morir, ha de ser lleno el vivir, total el poseer, y perfecto el gozar, de manera, que ni por incompatibilidad de los objetos, ni por impedimento de los sentidos, ni por incapacidad del alma, se dejen de gozar todos los bienes juntos, con todos los sentidos y potencias juntas. Demás de esto, esa posesion tan total, tan perfecta, y tan llena, es por una vida sin muerte, por un espacio

© Biblioteca Nacional de España

sin término, por un dia que es eterno, el cual vale por todos los dias, y encierra todos los años, y abraza todos los siglos, y sobrepuja todos los tiempos: porque en ella nada pasó, y bien alguno de ella no pasará. Al contrario es en los miserables pecadores, cuya eterna miseria tiene iguales condiciones para el mal, que la eternidad del bienaventurado para el bien.»

«Piense el cristiano despacio, cuán larga vida seria la de cien mil años: pues no ha pensado nada respecto de la eternidad. Piense diez veces cien mil, no ha hecho nada. Piense mil veces mil millones, no ha quitado ni una partecita de ella. Piense otros millones de veces otro tanto: no ha dado aun con el fin de la eternidad: antes se estará siempre en su principio, porque como dijo Lactancio: «¿Con qué años se puede hartar la eternidad, pues no tiene fin?» Quiten de la eternidad tantos años, cuantas gotas de agua hay en la mar, cuantos átomos hay en el aire, cuantas hojas hay en los campos, cuantos granos de arena hay en la tierra, cuantas estrellas hay en el cielo: aun se estará toda entera... En todas nuestras obras habíamos de tener en el pensamiento: *¡Para siempre!* Para siempre me han de premiar lo que hiciere bueno, ó me castigarán si pecare gravemente. Con esto se animará el cristiano á obrar siempre buenas obras, y á obrarlas bien (1).»

¡La eternidad! ¡Oh Dios! ¡Qué anuncio tan espantoso para los malos, qué esperanza tan inefable para los buenos!

Al pensar en ella nuestros pecados nos llenan de pavor, pero la infinita misericordia de Dios, y la intercesion de la Santísima Vírgen nos inspira la mayor confianza.

¡La eternidad! Esa es nuestra suerte y no puede ser otra, porque nuestra alma es inmortal.

(1) *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, por el P. Nieremberg, lib. I.

© Biblioteca Nacional de España

En vano arguyen los adversarios que repugna á una criatura entrar en un estado absoluto. Aquí hay un sofisma, que importa desvanecer. Pero antes repetiremos que repugna mas á un sér inmortal estar andando eternamente sin parar jamás.

Bien sabemos que solo Dios es absoluto en el sentido propio de la palabra, porque él solo es simple é infinito. ¿Pero se infiere de aquí que la criatura no puede conseguir un destino inmutable? ¿Para qué serviria en otro caso la duracion sin fin? La inmortalidad, como ya demostramos en otro lugar, supone una persistencia de ser interminable, ó lo que es lo mismo un estado que algun dia necesariamente ha de fijarse de una manera absoluta, sin quedar expuesto á contingencias, ni mudanzas. Y si es cierto que la libertad persevera, no es la libertad como ha existido en el tiempo de la prueba, con la posibilidad de caer, ó de elegir entre el bien y el mal. Habiendo llegado al fin, ya no hay términos posibles de eleccion entre estos dos estremos. En los bienaventurados la voluntad está completamente identificada con la voluntad divina, y solo les queda la libertad perfeccionada y siempre recta de elegir entre diversos actos especificativos dentro de la esfera del bien, segun las condiciones de aquella vida dichosa, iluminada y feliz. No hay sombras en su entendimiento, ni concupiscencias en su voluntad, no hay error ni torcimiento posible, porque nada ignoran, ni les falta bien alguno que desear. Por lo tanto no pueden decaer.

En cuanto á los desdichados réprobos, hallándose sometidos á la pena, ningun mérito pueden contraer, mientras no extinguieran su condena, que ha de durar eternamente. No es que el mal adquiera un carácter absoluto, como piensa erradamente Mr. Pezzani; el mal deja de existir, y como toda pena que es una aplicacion de la justi-

© Biblioteca Nacional de España

cia, por esta parte se convierte en bien. Es mal gravísimo para los malos que lo sufren, pero en el castigo de éstos dura la satisfaccion de la justicia divina, lo cual es un gran bien y una absoluta necesidad.

¡Oh incomprensibles juicios de Dios! ¡Por cuán variados y opuestos caminos halla siempre su gloria! Pero confiemos en él, que nos ha criado para sí, para salvarnos y hacernos eternamente dichosos, si guardamos sus santos mandamientos. La espantable severidad de sus castigos es un estímulo para que no nos apartemos de su ley, para que obremos nuestra salvacion con temor y temblor. Y al mismo tiempo la grandeza infinita de los premios que dá á los que le sirven, nos alienta y nos fortalece para sufrirlo todo por su amor. ¡Qué dichosos somos, pues tenemos en nuestra mano el asegurarnos una eternidad feliz! Para esto el mismo Dios nos ayuda con su gracia y sabemos que es fiel en cumplir sus promesas. Para él nuestra fé, para él nuestro amor, para él nuestra adoracion, para él todo nuestro sér. Sirvámosle fielmente en la tierra, y nos coronará de gloria en el cielo. Los que tenemos la dicha de profesar la religion católica, llevamos andada una gran parte del camino, y podemos acariciar esta esperanza venturosa, exclamando como Tobías: *Hijos de santos somos, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios á aquellos, que nunca mudan de él su fé* (1).

Sí, ¡oh Dios mio! ¡oh Padre mio! Venga á nos el tu reino. *Adveniat regnum tuum.*

(1) Tobías, II, 18.

FIN.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

APENDICE.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

APENDICE.

NOTA A.

PRINCIPALES ERRORES ANTIGUOS Y MODERNOS ACERCA DE LA VIDA FUTURA (1).

I.

En lo que concierne al destino humano se encontraba en el fondo de la religion de Egipto la nocion de una vida futura con premios y castigos determinados por una justicia divina; pero tan saludable creencia se habia oscurecido hasta tal punto que al menos para el vulgo se hallaba casi enteramente desnaturalizada bajo el imperio cada vez mayor de las supersticiones materialistas y fatalistas. Un *Ritual funerario* que se continuó depositando junto á las momias enseñaba, lo mismo que algunas pinturas fúnebres, que las almas iban á recibir su sentencia ante los jueces infernales presididos por el dios Osiris, y que las culpables eran entregadas á monstruos encargados de atormentarlas, pero que las justas eran admitidas en la morada celestial de Osiris tras una prueba expiatoria y que mas adelante debian animar de nuevo sus cuerpos para una vida inmortal y bienaventurada. Pero desde la época de Moisés habia en Egipto una creencia absurda segun la cual las almas, sin distincion de mérito y demérito, pasarian al azar despues de la muerte á cuerpos de animales y hasta á los vegetales. La creencia egipcia de la otra vida se presentó principalmente bajo esta tosca forma ó bajo otra aproximada á los griegos y romanos, pues era probablemente la que habia llegado á predominar en la masa de la nacion estando en tan completa armonía con el fatalismo astrológico y con el aspecto esterior y popular de aquella religion rodeada de tantas supersticiones vergonzosas para la humanidad.

La religion de los cananeos era igualmente un culto muy supersticioso y sensual de las fuerzas de la naturaleza. Conservábase entre ellos sin embargo la nocion de una justicia divina que se ejercia despues de la muerte: y la inscripcion funeraria del rey fenicio Esmunazar designa al parecer bajo el nombre de *Rephaim* la multitud de difuntos que nada tie-

(1) Estractos de la obra *La Vie future suivant la foi et suivant la raison*, de monsieur Th. Henry Martin.

© Biblioteca Nacional de España

nen que esperar del reposo del sepulcro, y bajo el de *Alonim* los manes escogidos admitidos por los dioses á una suerte mas venturosa: pero nos faltan datos acerca del resto de su doctrina sobre la duracion temporal ó ilimitada de la felicidad de los *Alonim*, y sobre la condicion final reservada á los demás difuntos.

No se sabe con certeza cuáles eran las creencias de los antiguos caldeos sobre la vida futura, y únicamente tenemos noticia por testimonio de los árabes mahometanos de los principales dogmas religiosos de los filósofos gentiles de la Mesopotamia en los cuales predomina el neoplatonismo de los griegos. Aquellos filósofos creian que tras un inmenso período astrológico de treinta y seis mil cuatrocientos veinticinco años el mundo era destruido y renacia, que cada alma llevaba á cabo una vida terrestre en cada período, y que era durante este tiempo premiada ó castigada por las acciones buenas ó malas que habia hecho en su vida anterior; pero que no existia para las almas felicidad ni desgracia, premio ni castigo fuera de la vida terrenal. Esta creencia era una especie de metempsícosis que habian adoptado algunos filósofos de la escuela estoica, y que enlazada con la astrología debia tal vez su origen á los antiguos caldeos.

Segun la doctrina de Zoroastro las almas de los hombres son juzgadas por Mithra, ministro de Ormuzd, y si en su vida el bien es mayor que el mal, pasan el puente Tchinevad, estrecho como el filo de un cuchillo, y llegan al Beheschd, morada de los elegidos; pero si el mal es mayor que el bien caen del puente al infierno con los Dews. No obstante cuando llegue el triunfo definitivo de Ormuzd, los cuerpos resucitarán, y aquel juzgará á todos los hombres, subiendo al momento los buenos al cielo superior (Gorotman) y siendo arrojados los malos al infierno, pero únicamente por tres dias y tres noches, porque al cabo de esta época de padecimientos del cuerpo y del alma será abolido el infierno, y todos los hombres resucitados serán iguales delante de Ormuzd, y felices para siempre.

En las poesías religiosas mas antiguas de los *Aryas* dominan casi exclusivamente los temores y las esperanzas de la vida presente, en medio de su culto panteista de las fuerzas de la naturaleza. Sin embargo se encuentran allí la nocion de las emigraciones de las almas, ya en los cielos superiores, donde ocupando un cuerpo sutil brillan como astros en medio de los dioses del éter, ya en los cielos inferiores, donde, alimentadas por el dios Indra, están sujetas al hambre y á la sed, y deseosas de los sacrificios que por ellas se ofrecen, ya en fin en la tierra en cuerpos de hombres ó de animales, donde están en poder de Kali, diosa del mal. Con todo hay un himno entre los del *Rig-Veda* en que se pide como una felicidad para las almas su regreso á un cuerpo humano. Mas adelante cuando se constituyó en la India el culto idealista de Brahma, temiéronse las trasmigraciones, y con objeto de libertarse de ellas, se ideó la union con otro Brahma superior, inmutable y estraño á la creacion. Las almas hundidas en este abismo del ser absoluto debian absorberse allí para siempre, lo cual era la emancipacion final, pero tambien la extincion (*Nirvana*), fin supremo del hombre segun las dos doctrinas ortodoxas del brahmanismo, que comparaban el estado de las almas libertadas á un dormir sin sueños, de modo que esta emancipacion tan apetecida equivalia á la nada.

La creencia de la metempsicosis se encuentra en la antigüedad al oriente y al occidente de Europa entre los celtas y los getas, para quie-

© Biblioteca Nacional de España

nes no era un objeto de terror sino de esperanza, y les incitaba el valor guerrero. Se hallan igualmente algunos vestigios en la mitología de los germanos y escandinavos, pero con un carácter poéticamente caprichoso, y sin ninguna otra nocion de justicia distributiva. Por el contrario se suponia en estos pueblos que una justicia mas ó menos mal comprendida presidia á las esperanzas del Walhalla, especie de paraiso pagano, adecuado á sus creencias politeistas y á sus pasiones guerreras y sensuales.

El dogma de la Metempsicosis se fue introduciendo lentamente en las religiones de Grecia y de Italia, por una influencia que llegó sin duda de Egipto y tal vez de la India, al través de numerosos intermedios y fue propagado especialmente por los pitagóricos y los órficos. La religion de los etruscos designaba á las almas una morada subterránea, pero de donde podian volver á la tierra, ora espontáneamente, ora evocadas por ciertas ceremonias; volviendo las buenas como divinidades tutelares y las malas como demonios maléficos. Tambien creian en furias y suplicios en el infierno. Segun Hesiodo las almas descienden debajo de la tierra á la morada de Hadés ó Cerbero, perro astuto que alhaga á los que entran y devora á los que quieren salir. La nocion primitiva de la otra vida se habia oscurecido cada vez mas entre los pueblos pelásgicos y helénicos. Homero refiere dos tradiciones, la primera que las almas de todos los muertos buenos y malos están en las profundidades de la tierra, donde hay dioses vengadores y suplicios para los culpables, y la otra que las almas de todos los finados van mas allá del rio Océano, y habitan una tierra tenebrosa que jamás alumbra el sol, pero donde la suerte de las almas se diferencia segun sus méritos, y algunos padecen crueles suplicios por sus crímenes. Los poetas siguientes describen con espantosos colores el Tártaro, infierno profundo para los malos, con colores menos horribles el reino de Hadés, morada comun de la mayor parte de los muertos, y se estienden en risueñas descripciones de los Campos Elíseos, region de la felicidad reservada á los elegidos. El politeismo romano tuvo desde el principio mucha analogia con el de los etruscos, cuya doctrina sobre la vida futura aceptó, pero luego adoptó tambien las supersticiones griegas y las de otros pueblos. Sin embargo la religion oficial continuó enseñando tanto en Roma como en Grecia la existencia de premios y especialmente de castigos de otra vida, con persistencia mas ó menos completa de la personalidad y del recuerdo. Pero se fue debilitando la creencia en la vida futura, y á la venida del cristianismo la mayor parte no hacian caso de ella, ni ella ejercia influencia alguna en la conducta.

Sin embargo la filosofía de Pitágoras y especialmente la de Sócrates y Platon realzaron la doctrina de la inmortalidad del alma. Los pitagóricos y los órficos atribuian al alma una inmortalidad sin recuerdo de la vida pasada, y por consiguiente sin conocimiento de la identidad personal despues de la Metempsicosis, pero segun creian, precedian á ésta premios y castigos. Empedocles parece que admitió que las almas podian ascender á una dicha inmortal en sociedad con los dioses al través de las pruebas de las Metempsicosis padecidas en cuerpos de hombres, de animales y hasta de vegetales. Platon admite que hay castigos eternos para los mas grandes culpables, pero anuncia á todos los demás premios y castigos temporales en una série indefinida de pruebas, y enseña la preexistencia de las almas y sus emigraciones en los cielos y en la tierra con la reminiscencia que no se aplica mas que á las grandes verdades,

© Biblioteca Nacional de España

pero sin ningun recuerdo de los acontecimientos pasados y de los actos verificados en las vidas, anteriores. De este modo compromete, lo mismo que los pitagóricos, el verdadero carácter y la trascendencia moral de la nocion de la otra vida, induciendo á dudar de la identidad personal de las almas fuera de la vida presente, y haciendo que sea quimérica esta identidad con el silencio de la memoria que debe ser el testigo y es la condicion necesaria de la moralidad, del castigo y del premio. Plotino piensa que el objeto de la vida humana es la abolicion de la personalidad y la absorcion del alma individual en la universal ó sea en Dios. Las almas caidas de la esencia divina en la materia, pueden, segun Plotino, descender por sus faltas á un grado mas inferior aun que la condicion humana, á cuerpos de animales y de plantas, esperando que vuelvan á subir por el desprendimiento de las cosas sensibles á su origen para absorberse en él. En cuanto á la escuela estóica, flota indecisa entre la afirmacion y la negacion de la inmortalidad.

Así pues las creencias populares, las religiones y las filosofías de la antigüedad gentílica no pudieron apoyar la doctrina de la inmortalidad del alma, asignarle los caracteres que exigen la razon, la conciencia moral y la piedad, ni asegurarle la saludable influencia que debe tener en la vida presente.

II.

Todos los hombres tienen nocion de una vida futura: y mucho antes de empezar los tiempos históricos, los habitantes de nuestras regiones que usaban instrumentos y armas de piedra, abrian tumbas en las cuales enterraban á sus muertos con los objetos que les habian servido en vida. Lo mismo sucede hoy aun en las razas mas degradadas de la especie humana. Ciertos pueblos salvajes de Asia, Africa, América y Oceanía creen que los difuntos son sensibles á lo que se hace por ellos, y les ofrecen alimentos, los temen, y esperan en su asistencia. Los negros piensan que las almas van al azar á animar cuerpos humanos ó de bestias, sin que la conducta actual influya en el destino despues de la muerte. Ciertas tribus indígenas de América esperan que los hombres han de revivir en condiciones favorables para satisfacer sus inclinaciones actuales. Todas estas concepciones de la vida futura carecen de moralidad, porque en todas falta la idea de justicia y de responsabilidad. Las religiones groseras de todos esos pueblos, que forman, segun dicen, un total de ciento treinta y cuatro millones, no han sido suficientes para imprimir un carácter verdaderamente moral á sus ideas sobre la otra vida.

Fuera del Mosaismo y del Cristianismo, un corto número de religiones ocupan casi todos los pueblos que han llegado á cierto grado de cultura. Veamos lo que cada una de estas religiones ha hecho de la creencia instintiva y tradicional en la vida futura.

El Brahmanismo actual, que cuenta en la India unos cien millones de sectarios, es igual que el antiguo, con el mismo panteismo unido á un politeismo mas exuberante y gran número de supersticiones. Entre la época de la muerte y de la metempsicosis, que es considerada ella misma como una recompensa ó un castigo, segun la especie animal ó la casta en que el alma renace á la vida terrestre, esta religion anuncia un tiempo de premios ó de penas, pero enseña que estas se merecen por prácticas puramente externas. Pero la metempsicosis ha sido el fundamento, y hoy legitima y perpetua el odioso régimen de las castas.

© Biblioteca Nacional de España

El Budhismo es una religion desmembrada en otro tiempo del Brahmanismo, que se extiende en Asia desde Ceilan hasta las playas del océano Glacial, y desde las islas del Japon hasta los montes Bolor y aun hasta las estepas de los Kalmukos entre el Don y el Volga. Se dice que cuenta mas de trescientos millones de sectarios aunque bajo diversas formas, cuyas dos principales son el Foismo de los Chinos y el Lamaismo de los Tibetanos, los Mongoles, los Manchus y los Tonguses. Se esforzó en atenuar la influencia perniciosa de la distincion de castas, abriendo á todos el camino de la emancipacion y de la extincion final. Introducido en China, se hizo dominante desde el siglo XIII, pero mezclado con otras dos religiones mas antiguas, la de Confucio, especie de deismo vago para uso de los letrados, y la de Lao-tseu, que ha degenerado en supersticiones vulgares. En medio de tantas religiones los Chinos están cerca de no tener ninguna. Sin embargo conservan de sus antiguas creencias, ademas de un ceremonial minucioso é invariable, el respeto de la familia y el culto á los antepasados. En los estados de la Indo-China ha prevalecido el Budhismo con el temor de la metempsícosis y la esperanza del aniquilamiento venturoso. En Tonquin se cree que todos los muertos se vuelven espíritus desdichados, y á la vez temibles para los vivos: en Laos la creencia popular es que las almas de los malos son aniquiladas, y las de los buenos viven dichosas en cuerpos etéreos. Las creencias del Japon están divididas entre el Budhismo chino y muchas sectas politeistas. Aquel prestó un inmenso servicio á los Mongoles y á los Tártaros, dulcificando sus costumbres, pero les dejó sus supersticiones y las creencias de la metempsícosis, desarrollando ademas un monaquismo exuberante sin pureza de costumbres, sin trabajo y sin caridad. En resúmen el Budhismo, religion enervante, ha demostrado su ineficacia para mejorar á los pueblos en el órden intelectual y moral.

Respecto á la vida futura el Mahometismo cree en la resurreccion de los muertos, el juicio final, la separacion de los buenos y los malos, el paraiso y el infierno eternos, pero concebidos de una manera grosera y sensual. Segun el Coran, el bien y el mal serán pesados en el juicio final, y cada hombre será destinado al lado donde se incline la balanza. La bienaventuranza del paraiso y la desdicha del infierno tendrán grados segun los méritos. Sin embargo la menor de las recompensas será magnífica, la menor de las penas será horrible, y ambas serán eternas. Esta religion cuenta ciento veinte millones de creyentes, pero los pueblos que la profesan se hallan en el atraso y en decadencia. En cuanto al entusiasmo paradógico de ciertos literatos franceses de este siglo por el Mahometismo, toca los límites del ridículo.

Asi pues la religion que dá al hombre la idea mas sublime de sus relaciones con Dios, y de su porvenir despues de la muerte, es tambien la que en esta vida eleva á los pueblos al mas alto grado de ciencia, de prosperidad, de poder y de civilizacion. Hay por lo tanto en la religion mosáica, y sobre todo en la religion cristiana que la ha completado, un poder que las otras religiones no tienen, un poder que no tiene el Islamismo, aunque enseña la unidad y la omnipotencia de Dios. Una de las causas principales de esta superioridad se encuentra en la sublime doctrina del Cristianismo acerca del destino futuro del hombre y de las condiciones de cumplimiento de este destino, y de la autoridad verdaderamente divina en cuyo nombre se enseña aquella doctrina.

© Biblioteca Nacional de España

III.

La mayor parte de los filósofos de las naciones cristianas, hasta fines de la Edad media, estuvieron de acuerdo con la solucion cristiana del problema de la vida futura. Debemos indicar, sin embargo, algunas excepciones.

Juan Scot Erígena se aparta en el siglo IX de esta tendencia general. En su sistema panteista no hay cabida para la persistencia eterna de los cuerpos resucitados, ni para la eternidad de los castigos, y llega á dos errores de Orígenes por un camino en que éste no le habia precedido. No obedeciendo á la lógica ni á la fé, se entrega á la arbitrariedad, admite la metempsícosis por un tiempo limitado, y supone que las almas serán finalmente elevadas, unas tan solo á la condicion natural del hombre antes del pecado original, y otras á una union sobrenatural mas ó menos completa con el Sér supremo en el cual conservarán, sin embargo, su naturaleza distinta. El platónico Bernardo de Chartres renueva en el siglo XII los errores de la preexistencia y de la metempsícosis: Amaury de Bena reproduce la doctrina neoplatónica, y su discípulo David de Dinant deduce las últimas consecuencias, á saber, la negacion de la responsabilidad moral del hombre, y por consiguiente de los premios y castigos despues de la muerte.

Las escuelas árabes y judías en el siglo XI daban lugar en España á la filosofía mística é incoherente de Avicebron, casi neoplatónica por la hipótesis de la emanacion y de la unidad de sustancia en el universo visible, y que se aproximaba á la ortodoxia por los esfuerzos que hizo su autor para salvar los dogmas de un Dios personal y creador y de la libertad moral del hombre, y mas tarde producian con el árabe Averroes un sistema panteista en el cual se reemplazaba la inmortalidad del alma con una especie de inmortalidad concedida únicamente á la razon general y no á las almas individuales, esto es, á la especie humana considerada como sér colectivo y no á cada hombre. La filosofía cristiana tuvo durante varios siglos por adversarios á los peripatéticos *averroistas*, como Cesalpini y Cardano, que querian que las almas se absorbiesen en Dios despues de la muerte, y fue atacada además desde el Renacimiento por los peripatéticos *alejandristas*, como Pomponacio y Cremonini que querian, con el comentador griego Alejandro de Afrodicias, que las almas se aniquilasen en la muerte.

Un filósofo del siglo XVII, que fue en un principio y quiso parecer siempre discípulo de Descartes, el judío Espinosa, siguió en realidad las huellas del célebre panteista italiano Giordano Bruno, renovando el mismo sistema bajo una forma mas completa. El panteismo idealista de Espinosa, repugnante por su forma árida y oscura, fue en un principio maldecido, muy poco comprendido y pronto olvidado: pero el escepticismo elegante, ingenioso y radical del ateo David Hume, fue por el contrario muy bien acogido en el siglo XVIII por los indiferentes, que deseaban verse libres de toda moral importuna. La escuela escocesa, con una timidez exagerada, disputaba sin embargo palmo á palmo el terreno al escepticismo.

Kant, menos prudente, no reservando mas que las condiciones subjetivas de la virtud práctica, abandona lo demás al enemigo. Cree que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son lógicamente verdaderas

© Biblioteca Nacional de España

ó conformes á las leyes del pensamiento, pero niega á la razon especulativa el poder de llegar á la certeza sobre su verdad objetiva: demuestra sin embargo, que son útiles y hasta necesarias para el gobierno de la vida, y quiere que se crea en ellas en nombre de la *razon práctica*. Pero el escéptico se acuerda siempre que Dios no es para él mas que una idea, y dice que los deberes para con Dios están fuera de la moral filosófica. La moral observada en vista de esta idea, constituye por sí sola toda la religion encerrada en los límites de la razon. Declara *pueril* la cuestion de la eternidad de los premios y castigos, porque dice que no puede saberse si el hombre no será siempre capaz de merecer ó desmerecer.

Las dudas especulativas de Kant fueron presentadas audazmente como afirmaciones por su discípulo Fichte. Su afirmacion de la eternidad del *yo absoluto*, es en términos pomposamente oscuros y vacíos, la negacion de la inmortalidad del yo individual, esto es, de cada alma humana, así como es tambien la negacion de la existencia de Dios: del mismo modo que la afirmacion de la ley segun la cual la felicidad sigue necesariamente á la virtud, es la negacion insensata de las miserias de la vida presente para el hombre justo, á quien este filósofo quita la esperanza de otra vida, así como es tambien la desesperadora negacion de la Providencia divina y de la bienaventuranza futura. Schelling considera la vida humana, contenida en el conjunto de las manifestaciones necesarias de la sustancia única, como una série de fenómenos sin libertad moral y sin responsabilidad. La distincion del bien y del mal pierde su valor en este sistema, segun el cual los contrarios, siendo evoluciones legítimas de la sustancia infinita, se identifican en el seno de la indiferencia absoluta. No hay que tratar de una justicia divina que premie ó castigue mas allá de esta vida, porque «ofrecer á la virtud, dice, una dicha futura como premio equivale á querer pagarla con una ilusion moral.» Los errores de Hegel sobre la libertad moral del hombre, sobre la Providencia divina y sobre la inmortalidad del alma son iguales á los de Schelling: solo hay entre ellos una diferencia de forma y de método, pero no de conclusiones.

El mismo Schelling habia supuesto en un momento de inconsecuencia un renacimiento de las almas en astros lejanos y en una condicion que dependeria del grado de elevacion ó de bajeza que hubiesen alcanzado en esta vida. Tal era tambien la esperanza de Gœthe; este poeta filósofo, menos idealista que Schelling, se inclinaba á creer en la preexistencia de las almas y en la reminiscencia, y sospechaba que podríamos conservar de la vida presente algunos recuerdos mas precisos que los que pueden quedarnos de una vida anterior. La hipótesis de las emigraciones de las almas en los astros ha encontrado igualmente cabida en el panteismo idealista de Krausse; pero éste niega espresamente la distincion del bien y del mal moral, y quita de este modo á la esperanza de la vida futura todo lo que la hace preciosa y útil para la humanidad.

La escuela humanitaria en vez de reconocer en cada alma un solo sujeto, no vé mas que cierto conjunto de cualidades y fenómenos que pertenecen á un solo individuo ideal que es la *humanidad* considerada como un solo sér vivo. Así, pues, manifiesta que las cualidades constitutivas de cada individuo no perecen con él, sino que se encuentran tras él en nuevas combinaciones, de lo cual deduce que el individuo es *inmortal en el género*, y que siendo suficiente esta inmortalidad, es inútil buscar otra. De modo que por una especie de metempsícosis el génio poético de Homero renace en Virgilio y el de éste en el Tasso, y el génio militar de

© Biblioteca Nacional de España

Alejandro en César y el de éste en Napoleon, siendo por consiguiente Homero, Virgilio y el Tasso, y Alejandro, César y Napoleon inmortales los unos en los otros y todos juntos en la humanidad. Del mismo modo los sofistas de las épocas pasadas renacen desgraciadamente en los de nuestros dias, pues aunque con distintos nombres y errores algo diferentes, se ve siempre en ellos el mismo espíritu pronto á rechazar las verdades mas evidentes y á sustituirlas con palabras vacías de sentido. La metempsicosis ordinaria, esa sucesion de varias vidas de una misma alma en diferentes cuerpos con la pérdida del recuerdo al pasar de una vida á otra, solo es la sombra de la inmortalidad personal de las almas; pero la metempsícosis humanitaria, que se verifica sin almas, solo es la sombra de la metempsicosis ordinaria, esto es, la sombra de una sombra.—Pero esto es aun demasiado para la escuela llamada *positiva*, segun la cual la inmortalidad no es mas que el recuerdo que queda de los muertos en el pensamiento de los séres vivos. Esta inmortalidad es por cierto muy poco *positiva*.

Una teoría absurda de la inmortalidad compromete este dogma tanto como una negacion franca ó disimulada. A fin del siglo último y principio del presente, mientras que en Alemania el panteista Krausse renovaba la hipótesis de la metempsicosis, y al mismo tiempo excluia de la vida futura toda nocion de justicia providencial, en Francia otro espíritu del mismo temple, Fourier, añadia al mismo error fundamental un lujo prodigioso de imaginaciones estrañas. Segun el fundador de la escuela falansteriana, cada alma ha sido siempre y será unida á diferentes cuerpos, y todo su destino es el placer de los sentidos. Despues de la vida presente, cada alma, cualquiera que haya sido su conducta, toma posesion de una existencia deliciosa en un cuerpo sutil llamado *aroma*. Sosteniéndose en los aires y atravesando sin esfuerzo los cuerpos mas duros, el cuerpo aromal esperimenta continuamente sensaciones tan dulces como variadas. El autor declara que todos los hombres se apresurarian á suicidarse, si comprendiesen la superioridad de esa otra existencia. Cada vida aromal estará seguida de otra vida en un cuerpo grosero, y en medio de estas transformaciones cada alma recorrerá ochenta y un mil años de vida individual, (veinte y siete mil en la Tierra, y cincuenta y cuatro mil en otros cuerpos celestes): despues perdiendo su personalidad, será absorbida en el alma de la tierra. Tales son los pensamientos principales de este sueño delirante, de donde faltan las nociones de la Providencia y de la moralidad.

Salido de la escuela *falunsteriana* y de la escuela humanitaria, pero con un espíritu elevado y abierto á las influencias del espiritualismo cristiano, un escritor distinguido, el autor de «*Tierra y Cielo*,» (Mr. Juan Reynaud) ha ensayado depurar la hipótesis fourierista de la metempsicosis, de la que ha suprimido bastantes estravagancias: ha borrado el carácter groseramente voluptuoso de la doctrina, haciendo penetrar en ella las nociones de moralidad, de justicia, y de providencia, y adoptando una especie de término medio entre Fourier y Orígenes. Se separa de Fourier, admitiendo la aplicacion de la ley del mérito y del demérito y la conservacion perpétua de la individualidad; se separa de Orígenes anunciando que la série de las pruebas de cada alma en diferentes cuerpos se continuará durante la eternidad entera; se separa de la mayor parte de los partidarios antiguos de la metempsicosis, suponiendo que jamás ninguna alma humana ha vivido, ni vivirá de otro modo que en el cuerpo de un

© Biblioteca Nacional de España

animal racional. Reynaud presta á esta hipótesis una apariencia científica, uniéndola á ciertos puntos de vista generales sobre el sistema del mundo: supone que todos los cuerpos celestes pueden venir á ser sucesivamente la mansion de las almas humanas encarnadas, y que la vida terrestre no es mas que un anillo en medio y no al principio de la cadena de vidas sucesivas de cada alma: admitiendo que estas vidas, cada una de las cuales encierra las penas y las recompensas debidas á las anteriores, son separadas por la pérdida de la memoria. No ve que proponiendo al alma humana pruebas sin fin, en lugar de una sola prueba decisiva, disminuye la esperanza que anima, y el temor que impide hacer el mal ó perseverar en el bien; ni tampoco vé que suprimiendo en el tránsito de una vida á otra el conocimiento de la identidad personal atestiguado por la memoria, destruye la condicion indispensable de toda remuneracion, y anula de este modo él mismo la grande y útil verdad que habia pretendido sostener.

La metempsícosis, así transportada en los espacios celestes, ha seducido á muchas imaginaciones: ella ha inspirado en Francia y otras partes, si no convicciones muy sérias, á lo menos profesiones de fé mas ó menos declamatorias; y ha hallado un apoyo digno de ella en la supersticion de moda, el *espiritismo*, que ha reproducido las doctrinas de los druidas. Los que profesan estas ideas, no están todos de acuerdo respecto á la preexistencia, pero sí en acordar á todos los hombres una suma de felicidad segun sus méritos, y en rechazar el dogma católico del infierno eterno. Segun éstos, el criminal nada tiene que temer despues de la muerte, y en su mano está librarse del remordimiento por medio del suicidio: para todos los hombres despues de esta vida el progreso es infalible, y solamente depende de ellos el apresurarlo. Pero ¿por qué apresurarse cuando se tiene la eternidad delante de sí? Tal es la conclusion natural de esta agradable teoría de la vida futura; tranquilizadora para las malas conciencias, no lo es tanto para la sociedad. La beatitud inmortal asegurada á todos los vicios, la impunidad de todos los crímenes garantida por el suicidio, tales serian las consecuencias de este ensueño engañador si llegase á ser objeto de una creencia formal.

© Biblioteca Nacional de España

NOTA B.

LA CABALA HEBREA. (1)

Segun muchos cabalistas, el mismo Dios enseñó la cábala á los ángeles despues de la caida de Adam: el ángel Raziel trasmitió al primer hombre sus verdades y misterios principales, y de este modo tuvieron conocimiento de ella los Patriarcas. Moisés la aprendió en el desierto y penetró hasta la puerta cuadragésima nona.

La ciencia de la cábala se divide en especulativa y práctica: la última es un cúmulo de supersticiones á propósito para hacer y obtener prodigios; la primera se subdivide en artificial ó simbólica, natural ó dogmática y real. La cábala artificial se vuelve á dividir en *gematria*, *notaricon*, y *themura*. La gematria (corrupcion de *geometria*), indica por medio del valor de los números el sentido oculto de las palabras y de las relaciones que existen entre ellas. El notaricon consiste en notar las primeras ó las últimas letras de cada palabra de una frase para descubrir el sentido oculto. La themura ó permutacion cambia de lugar las palabras y frases para obtener otro sentido como en los anágramas.

La cábala dogmática se divide en ciencia de la *mercaba* y de la *bereschith*. Esta última trata del mundo sublunar, esto es, de los fenómenos: la mercaba, del supralunar, esto es, de la teología y la metafísica. Las explicaciones de la mercaba son muy variadas y oscuras. Los *sephiroth* son diez nombres ó atributos de Dios que componen el árbol cabalístico.

En general el nombre de cábala despierta la idea de una especie de mágia, á la cual condujeron las especulaciones de los filósofos cabalistas. El que desciende á estas particularidades encuentra una multitud de absurdos sin fundamento, y por consiguiente indignos de ocupar la atencion de un filósofo. Nosotros nos limitaremos á exponer sus principios generales y las formas de que fueron revestidos; porque se dan la mano con las teorías de los Orientales relativas al modo de ser producidas unas deidades por otras, y con las de Pitágoras y Platon, segun habian sido reproducidas por las escuelas eclécticas del período alejandrino.

Explicaban pues la unidad y el desarrollo del universo por medio de una inmensa circulacion. Un artista, al ver una estátua de bronce, no contento con raciocinar sobre sus proporciones, quiere considerarla aun en el estado de fusion en que se encontraba antes de llegar por los canales al molde en que quedó modelada. Del mismo modo los cabalistas, cuando observan el universo, quieren conocer cómo era cuando se hallaba en estado de fusion, es decir, cuando era una sustancia incomprensible al hombre, sin límites determinados.

Esta sustancia es el *Or Hœnsoph*, luz de lo infinito, pura, brillante y divina: *ensófica* en un principio, lo llenaba todo y era en todas sus partes idéntica, pero incluia en sí la virtud de producir exteriormente un nume-

(1) Cantú, *Historia Universal*; tomo II, pág. 668, y tomo IX, pág. 213.

© Biblioteca Nacional de España

ro incalculable de atributos y de propiedades. Por medio de esta virtud se verificó la creacion. ¿Pero cómo se formó el lugar (*makom*) ó espacio destinado para servir de teatro á la creacion? La sustancia ensófica que no dejaba espacio á nada mas que á su propia naturaleza, verificó sobre sí misma dos movimientos. Uno que era de contraccion, se efectuó en su seno y produjo un inmenso vacío orbicular en el cual quedaron á diversas distancias puntos luminosos para denotar el lugar preciso de los mundos futuros. Creado así el teatro del universo, se efectuó un nuevo movimiento contrario al primero, es decir, de expansion, el cual volvió la sustancia ensófica al espacio orbicular que habia quedado vacío .. Por una multitud de emanaciones (*oroth*), y canales (*kelim*), y de sus cruzamientos, la materia ensófica llenaba nuevamente el espacio que habia dejado vacío con su contraccion; pero le llenaba con condiciones diversas de su primera inmovilidad, moviéndose y desarrollando todas las propiedades, potencias y resplandores, cuyo último resultado era producir el universo y todos los mundos que le componen.

Respecto á la moral y á la religion se enseñaba en aquella hipótesis, que el hombre debe hacer todo lo posible para disminuir con la fuerza de su pensamiento y la santidad de su alma el intervalo que le separa del foco supremo, esto es, de Dios, y á llegar á ser vaso de eleccion, capaz de atraer á sí y comunicar á otros los rayos de la ciencia ensófica, directamente venidos de lo alto y dotados de las cualidades mas espirituales y puras.

Ademas de las treinta y dos puertas ó diversidades de accion asignadas á la inteligencia, los cabalistas admitian cinco almas en lugar de una, ó mas bien cinco potencias ó desarrollos del alma, que se acomodaban á la naturaleza de las cuatro clases concéntricas de los mundos y á la materia ensófica, extendiéndose desde la existencia enteramente física del individuo hasta el grado de elevacion en que éste se identifica con el mismo Dios.

Del mismo modo que los números de Pitágoras, las emanaciones especulativas de la cábala dieron lugar á abusos extraños y á aplicaciones teúrgicas. En el estilo de los libros santos, y en la forma ó disposicion de alguna palabra ó letra de aquellos libros, decian que se debia hallar alguna razon poderosa que estuviera en relacion con las leyes, segun las cuales su autor habia creado y distribuido la obra universal.

Se tiene por muy antiguo el uso de estas especulaciones y de las prácticas que de ellas se derivan. Los Hebreos decian que los que se dedicaban á éstas trataban de conocer á Dios en la obra de *bereschith*, esto es, de la generacion ó de la creacion visible, y que los sectarios de las tradiciones especulativas querian conseguirlo en la obra de la *mercabak*, ó del carro misterioso de Ezequiel, ó sea en la parte de la creacion que la debilidad de nuestros sentidos no puede alcanzar, porque está compuesta de la misma creencia y se halla constituida segun las mismas leyes de la precedente.

El rabino Akiba Gepher en el *Jetsirah* ó libro de la creacion dejó escritas por primera vez, segun se cree, algunas de sus teorías misteriosas que solo se trasmitian de viva voz. Habiendo muerto el año 138 en la insurreccion de Barcochebas, Simeon Bar Jocai, su discípulo, adquirió mayor fama por el libro intitulado *Zohar*, ó esplendor, y que es uno de los mas oscuros y embrollados. En la edad media la cábala tuvo mucha influencia en las ciencias, descubriéndose sus huellas mas tarde en Para-

© Biblioteca Nacional de España

celso, Fludd, Van Helmont y Bohme.—Tenneman quiere que Raimundo Lulio sacase de la cábala su creencia de la identidad de Dios y de la naturaleza; pero dudamos que fuese esta la opinion del filóso mallorquin, el cual fue un apóstol tan celoso del cristianismo. Pico de la Mirandola hizo revivir la cábala, y él fue quien dió este nombre al conjunto de tales doctrinas, y en virtud de su ingenio y del de Reuclin, la cábala excitó el interés general, y llamó la atencion de los eruditos. Cornelio Agripa la admiró en un principio, despues dudó de ella, como de todo lo demás. Guillermo Postel, Pistorio y otros se ocuparon de ella sin contribuir á sus progresos. Justiniano de Voysin tradujo en 1651 algunos fragmentos del *Zohar* relativos á la naturaleza del alma. El P. Kircher solo conoció cabalistas modernos, los que en su mayor parte se atuvieron á la letra muerta y á símbolos vacíos de sentido

El trabajo mas importante fue la *Kabala denudata* de Cristiano Knorr, baron de Rosenroth, impresa en Francfort en los años de 1677 á 1683 en tres tomos en cuarto de 2,600 páginas. El autor reunió en esta obra muchísimos escritos preciosos, entre los que figuraban principalmente los tres fragmentos mas antiguos del *Zohar*, traducidos fielmente: ademas análisis extensos, muchos extractos, tratados enteros de cabalistas modernos, un diccionario de materias y otro de las palabras mas notables. Copió tambien en ella muchos pasajes del Nuevo Testamento para confrontarlos con las doctrinas cabalísticas, queriendo ponerlas en armonía con el cristianismo. Aunque este libro no es en realidad un tratado de cabalística, sino mas bien una coleccion de materiales, hizo que dicha materia cesase de considerarse como una ciencia oculta, y que ocupase un puesto en la filosofía, en la filología y en la teología racional. Tambien son importantes el *Diccionario histórico de autores hebreos* de Rossi y la *Bibliotheca magna rabbinica* de Bartolocci.

Wachter en su *Spinosimus in judaismo* admira tanto la antigua cábala como desprecia la nueva. Brucker fue el primero que asignó á ésta un lugar en la historia de la filosofía, valiéndose para ello de las disertaciones del rabino portugués Abraham Cohen Ferreira. Otro tanto hicieron Tennemann y Tiedemann.—Freystadt en el *Kabalismus et Pantheismus* (Konigsberg, 1832) se propuso la extraña tésis de que no hay semejanza entre el panteismo y el sistema de la emanacion seguido por los cabalistas. Despues del Sr. Tholuck vino el profesor Franck *La Kabala ó la filosofía religiosa de los hebreos*, (París, 1843) manifestando la relacion que existe entre los antiguos cabalitas y los Panteistas de hoy, aunque éstos pueden muy bien no haber deducido nada de la cábala.

De esta hipótesis dedujo la suya el famoso judío Espinosa, que proclamó: «La naturaleza es Dios; el hombre no puede haber nacido malo, »de lo contrario, seria menester concluir que Dios es malo; y todo se con»funde en Dios.»

La cábala práctica multiplica las ya minuciosas prescripciones de Moisés, hasta el punto de darles preponderancia sobre la moral.—De ella proceden igualmente las aplicaciones teúrgicas, las prácticas supersticiosas y los delirios á que posteriormente condujo esta ciencia á los ingenios.—Así pues aquel pueblo que antes que someterse á un señor dejó destruir su patria, se inclinó en el destierro al yugo de maestros supersticiosos, de los cuales sin embargo se apartan los mejores de sus individuos, conservando la integridad de la tradicion, á pesar de que no se han mantenido libres de los delirios de estos místicos ni aun sus oraciones.

© Biblioteca Nacional de España

NOTA C.

DE LA INMORTALIDADAD DEL ALMA Y LA METEMPSICOSIS.

Por don Francisco de Quevedo. (1)

En ninguna cosa se echa de ver con tanta infamia del entendimiento humano, la torpeza bestial y la noche que derrama é introduce en el hombre el pecado y el vicio, como en haber necesitado de que se escriba y defienda que hay Dios, que su Providencia gobierna el mundo y que las almas son inmortales. Solo el perdimiento mas rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron y sin hacedor se hicieron...

¿Cómo puede ser que un hombre, que solo en el alma racional inmortal se diferencia de las bestias, quiera, negándose esta razon é inmortalidad, no solo ser igual á los brutos, sino inferior en el conocimiento á las moscas y arañas, como en su lugar probaré?... Empezaré por la inmortalidad del alma, para que enterado el hombre de sí mismo en la mejor parte sea capaz de esotras dos verdades... Aun argüir no saben en su defensa los que creen que el alma es mortal, y que son como los brutos en la muerte. Pues su argumento mas eficaz era este: Si siendo hombre afirmo que soy como el jumento, ¿quién podrá negar que no soy bestia y afirmar que soy racional?

Es el cuerpo con los apetitos, inclinaciones y vicios el que tienen igual con las bestias, y ellos dicen que el alma. Nunca dicen, que viven como bestias, y siempre que mueren como ellas. Tienen en la mentira que creen, la conveniencia que se fingen. Para no temer el vivir como animales, quisieran morir como ellos. Dime, hombre á tu pesar, animal racional á mas no poder, ¿qué responderás á quien viéndote de miedo de la muerte huir en una pendencia, temblar en una enfermedad, gritar en un espanto, pasmarte en un susto, llorar en una afliccion, te preguntare por qué temes la muerte, aborreciendo tú inmortalidad?...

El probarte la inmortalidad de tu alma está á cargo de los castigos, pues huyes de que te la enseñen los premios. Quiero confundirte con afrentas, ya que no te reduzco con razones. Morir todo y para siempre, última miseria es y desconsuelo ultimado; decirte que no mueres todo, ni para siempre, y que tu alma es eterna, y que tu cuerpo mortal ha de resucitar con ella á vivir sin fin, nueva es que merece albricias, cuando no fuera verdad, como lo es, por lisonjas y por dignidad que se te atribuye sobre las otras criaturas con quien te igualas. Sabes que eres vil-

(1) Estracto de su tratado de la *Inmortalidad del alma*, dedicado al P. Mauricio de Attodo, fechado en el convento de San Marcos de Leon en 11 de diciembre de 1641. Esta produccion tan original como todas las de su festivo ingenio reune á la profundidad de los argumentos una forma sarcástica, incisiva y llena de gracejo, y creemos que será leido con gusto este ligero estracto.

© Biblioteca Nacional de España

mente cobarde, y te precias de valiente, y agradeces que te publiquen por tal. Siendo ignorantísimo, si te llaman docto, lo admites; siendo necio, que te tengan por discreto; y pobre por rico, y villano por noble, y avariento por liberal. Veste, feo y de mal talle, y si te llaman hermoso y galan, lo crees y lo agradeces, siendo cosas que tú mismo sabes y ves que no tienes, y teniendo alma y diciéndote que es inmortal, lo niegas y te enfureces...

Pues dime, afrenta de los hombres y vituperio de tí mismo, que llamarle perro, hormiga y pájaro, es dar vaya á los pájaros, hormigas y perros, ¿para dar muerte á tu alma, das crédito á lo que no viste, ni él vió; á Tácito, á Artesio, y á Plutarco, y á cuentos y á consejas, y á las fábulas de Hisopo, y para que sea eterna como lo es, se le niegas en los dos Testamentos á los patriarcas y á los profetas, y á la misma Sabiduría, y á los evangelistas y apóstoles, y al mismo Hijo de Dios?... Es tan bestial tu error, que es forzoso convencerte con las mismas bestias, cuyo entendimiento dices que te convence. Ninguna te parece tan visiblemente entendida, como el perro perdiguero...

Dime: si estando contigo á solas, y á tus pies este animal, á quien has visto hacer aquel dia todas las cosas con que te persuades á que tienen entendimiento, le vieses tomarte un libro de las manos, leer en él, y declararle, y hablar contigo, y responderte á propósito, ¿no te asustarias presumiendo, que era mas que perro, y que algun demonio hablaba en él? Y era fuerza te causase espanto. Pues respóndeme. Si al perro, por verle leer y hablar, le tienes por cosa mayor, y no menos que por espíritu, y con asombro, ¿cómo puede ser que á tí, en quien oyes y ves estas cosas y otras mayores, te juzgues en el alma y entendimiento igual al perro, y no te atribuyas el espíritu que le atribuyes á él?..

Hombre mal persuadido de la elocuencia de tus vicios, no eches la culpa de tu error á tu muerte sino á tu vida. No quieres inmortalidad porque la dudas, sino porque la temes... No porque lo dices, dejas de morir cada hora que vives. Ni porque digas que tu alma muere, dejará de vivir como inmortal... Tú quieres ser todo cuerpo y tu cuerpo anhela á ser alma. Aprende de él á tener buenos pensamientos. Yo te probaré que desde su primera formacion y en todos sus estados y con su fin y en él se contradice y reprende y enseña todo lo contrario de lo que dices... El hombre domina con solo su entendimiento y el alma, aves, peces, animales, tierra, agua, fuego y aire. Pues dime, alma que habilitó á tanta grandeza materiales tan disformes confeccionados con ingredientes de muerte, ¿cómo puede ser de su condicion y naturaleza mortal?

Obligarte hé ahora á que conozcas que cuando tú pretendes que el alma racional sea cuerpo, el cuerpo se engrie en presunciones de ser alma... Cuán grande número verás de viejos que lo quieren ser en secreto, y que los ojos den crédito al tintero y no á la pila, procurando hacer cejar las edades atrás, y acercarse al nacer por donde vinieron. Las bocas, que les desempedraron los años, las arman de canillas de animales y de huesos faranduleros, que limados en dientes representan lo que no son; cualquiera tos los arroja, cualquiera estornudo los escupe, y deja sus quijadas pacíficas sin las amenazas de morder. Mira á los mas desnudar con el vestido toda su persona; con las calcetas se descalza las pantorrillas, con el jubon lo ancho y airoso del talle, y los colchoncillos que desparecieron lo fragoso de las córcobas y lo mal inclinado del espinazo; á las sábanas se confiesa esqueleto, y á los colchones montuoso. Desenlá-

© Biblioteca Nacional de España

zase el cabello postizo, y confiesa calvo á las almohadas los primeros trozos de calavera. Dile á éste (que pasados los sesenta y tres años, estando en la jurisdiccion del mas ejecutivo climatérico, aun lo lleva cabal á la sepultura en su cuerpo lo que la debe) que está acabado; y verás con cuánto sentimiento responde, que nunca estuvo mejor, y que las canas son complexion, y las arrugas pesares, y la falta de dientes corrimientos, no confesando que alguna cosa es edad. Si de enfermedad está desahuciado y para prevenirle le dicen que se muere, replica que no puede ser; que se siente con fuerzas, que no se siente tan malo. ¿Quién bastará á entender á este ateista de lo humano y de lo divino? No cree que su cuerpo se puede morir, lo que muchas veces ve cada dia, y cree que su alma muere, lo que nunca ha visto, oyendo siempre y casi á todos lo contrario, y sin escepcion á todos los santos, y padres y filósofos de mejor nota.....

¿No perdonas las injurias, porque no quieres que sus venganzas tengan fin? ¿No te apartas de la usura, porque no tenga fin tu codicia? ¿No te contentas con lo demasiado, porque no se acabe tu ambicion? ¿Para tí solo lo quieres todo, porque tu soberbia y tu envidia sean eternas? ¿Y solo quieres que sea mortal, y tenga fin tu alma? ¿Tus pecados y abominaciones, te deben deseos de inmortalidad; y tu espíritu de corrupcion y de muerte?

Desde las primeras niñeces del mundo hasta el dia de hoy todas las gentes y naciones, han tenido religion y culto, Dios y dioses, creido alma eterna, otra vida, y en ella premio ó pena, guardado ley, observado ritos y ceremonias, hecho ofrendas, acompañado con ellas los cuerpos de los difuntos en las hogueras y sepulturas; absteniéndose de muchas cosas apetecibles por no violar los preceptos, vertiendo su sangre, sacrificando sus hijos y otros sus vidas. Esto han hecho siempre los hombres en todas las partes del mundo, en todas las repúblicas, reinos, gobiernos y ciudades, sin que se lea ni se sepa que jamas ha habido de ateistas, no digo monarquía, reino, ni república, gobierno, ni cindad, ó pueblo corto, sino corta familia, que aunada profese tal error. Pues si no hay alma eterna, premio ni castigo, ni otra vida, y toda la religion es mentira, seguiráse que no solo los animales y brutos mas viles, que no creen esto, aciertan, sino que solo ellos son capaces de la verdad y de razon; y que solo el hombre, ni tiene la una ni conoce la otra.

Y por consiguiente, que los cristianos, que solo creemos un verdadero Dios y ley, somos menos racionales, no solo que todas las malas sabandijas, sino que todos los idólatras que adoraron piedras, palos, animales, sierpes y moscas. Esto no puede ser. Luego lo contrario es forzosa verdad. Por honra, por vergüenza, por respeto de ley, por religion, por premio de otra vida, ningun animal se modera en el apetito, ni en la comida, ni en el robo, ni en la ira, ni se quita nada de comodidad, ni ama la muerte, ni desprecia la vida, y el hombre por todas aquellas razones, se priva de todas estas cosas, con gozo y esperanza; si aquellos aciertan todos, éste en todo yerra. Si ellos conocen la verdad, éste solo, entre todas las cosas criadas, no tiene de ella conocimiento. Pues conceder absurdo tan grande, aun en las mismas bestias no puede caber.

En esta vida hay buenos y malos, vicios y virtudes, delitos y méritos. Si no hay otra vida, ni las virtudes tienen premio, ni los vicios castigos, ni los malos pena, ni los buenos gloria: este absurdo no se puede conceder, porque en los mismos virtuosos, y en los mismos delin-

© Biblioteca Nacional de España

cuentes lo contradicen, en aquellos, la confianza del premio porque obran bien, despreciando las comodidades y aumentos del mundo; y en éstos aunque pequen sin testigos y sin respeto á superior, el temor y censura de la conciencia que ejecutiva sigue á la maldad; y ni la confianza ni la conciencia son corporales, sino operaciones del alma. El justo espera lo que merece, el impío lo que merece teme. Pues si esperasen y temiesen lo que no ha de haber, fuera por demás, y esto no puede oirse. Lo mismo se seguirá del deseo y discurso humano, que no tienen orilla, ni límite, ni hartura, ni quietud en las felicidades humanas... ¿Cuál gusto hay tan pretendido, que quien lo alcanza no lo desprecie? No hay cosa tan grosera para los deleites humanos, como la posesion de ellos; qué descortés se les muestra y qué desabrida. Pues siendo esto así, á no ser inmortal el alma, y á no ver en otra vida otros bienes, obrarán sin algun fin estas generosas operaciones del espíritu, que con no sosegar en cosa alguna humana, confiesan que su ocupacion, en estas cosas, es inducida de los apetitos y sentidos, y divertimiento fastidioso de su descanso.

En el mundo no hay verdugos ni tormentos para los pecados, sino para los pecadores. Quien peca es la voluntad, y esta es potencia espiritual del alma; está fuera de la jurisdiccion del cuchillo, de la soga y del fuego; sino hay otra vida, y alma inmortal, y Dios, el pecado se queda sin pena y sin juez...

Y porque ya que no puedes negar con razon alguna la inmortalidad del alma, no resbales á la opinion ridícula y fabulosa de Pitágoras, que decia, que las almas se pasaban de unos cuerpos á otros, repitiendo en diferentes personas nueva vida; ó en la de Empedocles, que hacia volver las almas de los hombres, ó en premio ó en castigo, á vivir en cuerpos de bestias, y las de las bestias en cuerpos de hombres. Estas locuras, aun el buen seso no las tolera en los poetas, sino los socorre la alegoría; ¿cómo lo consentirá en los filósofos? De Pitágoras refiere Ovidio, que dijo, se acordaba que él mismo habia sido antes, en la guerra de Troya Euforbo, y daba particularmente razon de las señales que en él habia. Tertuliano, tratando de esto en el libro de *Anima*, dice: *Quomodo credam non mentiri Pithagoram, qui mentitur ut credam?*... Quien tal fábula inventó con injuria de la salud propia, con engaño de la misma vida por siete años sepultada, padeciendo hambre, ocio y tinieblas; que tuvo en tanto precio el fastidio del cielo, y perseveró en esquivar la luz del sol; ¿á qué temeridad no se arrojaria? ¿Cuál curiosidad le quedaria por tentar, para informarse de la señal de aquel escudo que embrazaba para defender su embeleco? Respondamos á la opinion. Si los que mueren ó murieron son los que volvieron á vivir, y viven, siempre fuera uno el número de los hombres, y los hombres los mismos, y cada hombre muchos; pudiera conversar uno que es con muchos que han sido. Los primeros hombres vivos fueran de los muertos; y los muertos otra vez de los vivos, y volvieran á ser vivos los mismos muertos. Y supuesto que de los mismos se hacia esta reposicion, siempre hubiera el mismo número, ni mas, ni menos. Esto contradice toda la verdad, aun en los profanos comentarios de la antigüedad, afirmando que de pequeño número, fue creciendo el humano linage poco á poco, y era forzoso que todos aquellos que poblaron el primer mundo no hubiesen sido otros, y que siempre sean y hayan sido los mismos: y vemos que despues acá crecieron en tan inmensa multitud las gentes, que congojaba el concurso las ciudades y fatigaba los cláustros de los reyes, obligando las molestias de los sobrados á des-

© Biblioteca Nacional de España

cansarse con solemnes transmigraciones; y deseando desembarazarse de la inundacion popular, vertian enjambres de vulgo en otros fines, inundándolos. Y, como vemos, el orbe crece cada dia en cultura, adornado con mejor aliño que el primero.

¿Y por qué no antes de mil años, que es el plazo que Pitágoras puso, y no consecutivamente á la mortandad, han de volver á ser vivos los muertos? Pues si luego no se hace lo acabado, peligra de acabarse en tanto tiempo lo poco que restaba. Si las almas que vivieron en otros cuerpos, son diferentes en los que vuelven á animar, ya no son los mismos los vivos, de los que se murieron. Si son las mismas han de volver á correr las mismas condiciones é inclinaciones porque fueron conocidas, para que las conozcan. En tanto número de vivos y muertos, solo ha habido un Pitágoras que fue cuatro veces alma de cuatro diferentes hombres, lo que él solo dijo de sí.—Afirma que habia sido Euforbo, que fue soldado famoso y valiente por las armas y en las batallas, y él fue tan cobarde y afeminado, que huyendo de las guerras en que ardia su patria Grecia, se fué á Italia donde se entregó á la geometría, astrología y música; natural tan contrario al de Euforbo, que dice fue. El Pirro, que afirma haber sido, solo se deleitaba en pescar peces; Pitágoras, ni comerlos queria por ser animales. Fue, segun blasona, Ætalides y Hermosimo: estos comian con golosina habas: Pitágoras las aborreció de manera, que mandaba á sus discípulos que aun no pasasen por donde habia habares ¿Cómo, pues, son las mismas almas las que se recuperan, si son de tan diferentes ingenios, de tan opuestos institutos y tan contrarios á si propias? Hasta aquí Tertuliano, cuyas palabras sin la ensancha de alguna paráfrasi, no cupieran en mi pluma. No he temido parecer largo, porque ahorrar razones suyas, no fuera brevedad, sino hurto, ó miseria.

Pasemos á la metensomatosis (asi llaman al volver las almas de los hombres á cuerpos de animales, en premio de virtudes, ó en castigo de vicios). La infamia de este desatino menguado es de Empedocles... Con ser blasfemia tan desvergonzada, no ha de provocar mi averiguacion á enojo, sino á risa; ha de entretener, no indignar. Tertuliano refiere de Hesiodo, que Homero fue vuelto en *pavo*: debíalo de leer en obras de aquel poeta que no llegaron á nuestros tiempos; bien pronunciada remuneraracion en pago de haber cantado mejor que todos, arrebatando en suspension el mundo, embutir aquella alma en un avechucho, que solo para graznar tiene voz. En vez de laurearle, le empluman; y á aquel antepasado de toda la sabiduría de Grecia, de quien desciende la Academia y el Pórtico, Peripatéticos, y Pirronios, á quien refiere Eliano en su *Varia Historia*, que pintaban rebosando ciencias, y á todos los filósofos satisfaciendo la sed de doctrina con lo que de su vómito bebian; fué premio andarse por los terrones repelando yerbas, ó mendigando cucarachas, y cuando mas, dándose un hartazgo de salvados. Tuvieron pleito muy reñido siete ciudades sobre cual era la patria de Homero, y en satisfaccion de su eminente ingenio, le hacen pájaro, por quien á persuasion de la gula, no delicada, sino fanfarrona, solo litigan el regaton y el despensero sobre si irá al asador ó al horno por diez ó doce reales. Demos que Píndaro el inimitable fue *cisne*, que así parece que lo quiere Horacio, antes parece castigo que galardon, á quien cantó siempre con tan suave grandeza, reducirle á músico agonizante y cantor de solos parasismos, que fue trocarle los himnos en responsos, y achicar un poeta sublime en una ave vagabunda de estanques, de cuya carne no tienen noticia ni los

© Biblioteca Nacional de España

cocineros ni la hambre plebeya; muy contenta de competir la blancura á la nieve: solo ocupada en contonearse, resbalando por el agua, arrendajo de barco de espuma. Si hay esta justicia distributiva, no se puede dudar, que por la piedad con su padre el pio Eneas fue enviado á enfundar una *cigüeña*, y á ser título del verano en competencia de las golondrinas. Pues ver aquel héroe hecho plumaje de los tejados con una zurriaga por cuello y un chuzo por pico, andar espulgando las hazas y prados de escuerzos, culebras, alacranes y lagartijas, antes era dar venganza de él á Dido, que remunerar sus virtudes y victorias. Descubrióse por juez y legislador de esta tropelía Empedocles, hombre tan desatinado, que afirmando que habia sido *pez*, se mudó en tan contraria y opuesta naturaleza, que murió mariposa del Ethna; y á vista del mar, de quien habia sido pueblo, se precipitó en el fuego. Ha sido necesario escarnecer la Metempsicosis y la Metempsomatosis, porque Simon Mago, con aquella quiso cimentar sus embustes, diciendo que una Elena, ramera descarada que habia traido consigo, habia sido la misma Elena causa de la desolacion de Troya. Afirmó la recorporacion Carpocrates, perdidísimo hereje: la opinion de remudar los cuerpos, porque no resbalen en ella los ateistas; pues quien se juzga no diferente de las fieras en el alma, no tendrá asco ni horror de trocarse con ellas; siendo cierto, que no solo el alma del hombre es diferente de la del animal, ave ó pez, sino la carne; y esto es de la autoridad de San Pablo, ad Corit. 1. cap. 15. vers. 39; *Non omnis caro, eadem caro; sed alia quidem hominum, alia pecorum, alia autem piscium.* Texto Sagrado, que confunde la Metempsicosis y la Metempsomatosis.

© Biblioteca Nacional de España

NOTA D.

REFUTACIÓN DE ORÍGENES, POR EL EMPERADOR JUSTINIANO (1).

Siempre hemos procurado que la fe cristiana, recta é irreprensible, y el estado de la santa católica y apostólica Iglesia de Dios se conserven libres de todo género de perturbaciones. Este es nuestro primero y principal cuidado: por el cual creemos que en esta vida Dios nos ha dado y conserva el imperio, y nos somete los enemigos de nuestra nacion, y esperamos en la futura alcanzar misericordia en presencia de su bondad....

Decimos esto porque sabemos que algunos, sin temor de Dios, abandonan la divina Escritura y los Santos Padres, para seguir las perversas doctrinas de Orígenes. ¿Pueden estos llamarse cristianos, cuando defienden con aquel los errores de los paganos, de los Maniqueos, de los Arrianos y de otros herejes?... Ademas de sus blasfemias contra la santa Trinidad, decia Orígenes, que todos los géneros y especies son coeternas con Dios, y que las criaturas racionales que pecaron y por eso cayeron de su estado, en castigo, y segun la proporcion del delito, fueron unidas á los cuerpos, y que purificándose en ellos, de nuevo son elevadas á su primitivo estado, depuesta toda malicia y tambien los cuerpos, y que una y muchas veces son destinadas para pena á diversos cuerpos. Añade que ha habido, y hay, y habrá diversos mundos, pasados y futuros. ¿Quién es tan necio que al oir esto, no lo rechace como una gran impiedad? (2).

De acuerdo con los Maniqueos enseña que las almas humanas son enviadas á los cuerpos para suplicio por sus pecados, puesto que al principio fueron inteligencias y virtudes santas, despues tomaron hastío de la contemplacion divina y convertidas á lo malo se resfriaron del amor divino, por lo cual, fueron llamadas ψυχαὶ é infundidas en los cuerpos por castigo: lo cual solo bastaba para la condenacion de Orígenes, pues se deriva de la impiedad pagana. Porque si el alma preexistia y formado el cuerpo, fue encerrada en él ó metida como en un vaso, habiendo Dios dicho: *Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra*; segun estos vanos discursos debiéramos decir que solo el cuerpo sin el alma fue hecho á imágen y semejanza de Dios: de donde seria preciso inferir que el mismo Dios seria cuerpo...

Mas si las almas preexistian y en pena de sus pecados fueron unidas al cuerpo, para que arrepentidas se enmendasen, fuera preciso que no pecasen más. Pues si el cuerpo fue dado al alma en castigo de sus pecados, á fin de que por los dolores se moviese á honrar á Dios, ¿cómo el

(1) Estractos literales de su libro á Menas, Patriarca de Constantinopla, con objeto de que el Concilio II general condene los errores de Orígenes.

(2) Esto se ha de entender segun el sentido en que Orígenes defendia la série de mundos, como creaciones sucesivas ó simultáneas, pero independientes; á la manera que la defendian Lucrecio, los pitagóricos, la escuela de Epicuro, etc. Véase mi *Pluralidad de mundos habitados*, cap. I, III, y VII.

© Biblioteca Nacional de España

cuerpo la ayuda á pecar contra lo que sucede en todos los que sufren una pena? En verdad las cárceles, las cadenas, los grillos y en una palabra otros tales instrumentos de suplicio impiden y cohiben las iniquidades y pecados de los reos sometidos á esas penas. A nadie se le añaden cadenas que le ayuden á pecar; pero mas bien se le ponen para que desista del pecado. Es claro, pues, que las almas no fueron infundidas en los cuerpos para castigo de culpas anteriores, segun estos disparatan, sino que Dios formó á un mismo tiempo el cuerpo y el alma, esto es, el hombre perfecto...

Es evidente que las almas están dotadas de inteligencia y de razon, como reconocen sin duda los partidarios de Orígenes. Digan pues, ¿sus almas que dicen existieron antes de los cuerpos, en dónde estaban? ¿ó qué hacian antes de entrar en ellos? si existian antes, preciso es que supieran en qué lugar, y cómo habian venido á la tierra, y sino pueden decir esto, es claro que afirman una fábula. Pero acaso responderán que las almas solo pueden discernir y conocer sus acciones despues de estar unidas á los cuerpos. Si esto dicen, seguiráse que el cuerpo es de mas precio y honor que el alma, puesto que la comunica la inteligencia y la razon: lo cual es una demencia y un absurdo.

Además si el alma preexiste al cuerpo ¿cómo es que al venir al cuerpo tiene necesidad de educacion y poco á poco va siendo enseñada y progresando en bien y en perfeccion? Existiendo antes, conoceria en verdad lo útil y no necesitaria enseñanza. Siendo pues enseñada, como ignorante que es, antes nada sabia; y si nada sabia, claro es que no existió.

Sabemos por la divina Escritura que Dios hizo al hombre mas escelente y perfecto que todas las criaturas de la tierra. A estas hizo con una sola palabra, mas al hombre le formó con sus propias manos, y sometió á su dominio todo lo terreno; lo cual en verdad no es una pena, sino mas bien un privilegio y singular beneficio. Lejos de ser encerrada su alma en el cuerpo por culpas pasadas, Dios da al hombre el imperio del mundo, le coloca en el Paraiso y le bendice para que se multiplique y llene la tierra y la domine. Pero si las almas preexistiesen y hubieran caido en pecado, ¿estas almas contaminadas no eran dignas de maldicion mas bien que de bendicion? y si existian todas las almas, ¿por qué Dios solo crió el cuerpo de Adam? y si su alma venia al cuerpo en castigo de sus pecados ¿no era conveniente poner al hombre en un lugar de suplicio mas bien que en un Paraiso de delicias?...

Dios amó tanto al hombre que habiendo este infrinjido el precepto que le impuso, y luego que creció el género humano, creciendo tambien los pecados, no por eso abandonó á su obra, sino que la castigó y corrigió de muchos modos, como enseña la Escritura Santa. Y cuando por la mayor gravedad del mal, necesitamos mas eficaz medicina, envió á su Hijo unigénito para con su muerte redimirnos y librarnos de la muerte eterna, y abrirnos las puertas del cielo. Lo cual demuestra contra Orígenes que las almas no estuvieron primero en el cielo y luego encerradas en los cuerpos para ser castigadas por sus culpas, sino al contrario que la naturaleza humana fue formada en la tierra y destinada al cielo, si los hombres guardan y cumplen los preceptos divinos. Pues queriendo Dios por su inefable misericordia ser glorificado en la tierra por los hombres, como es glorificado en el cielo por las Virtudes Santas, creó al hombre, *ángel de la tierra*, para que todo el universo fuese lleno de la gloria de Dios...

Añadiremos contra los defensores de la preexistencia, que si esta fue-

© Biblioteca Nacional de España

se una verdad, las almas recordarian lo que hicieron antes de venir al cuerpo, como despues de la muerte saben y recuerdan lo que han hecho en la tierra, segun hallamos en el Evangelio en la parábola del rico y de Lázaro. Queden pues confundidos los orígenistas con los testimonios del Santo Evangelio...

(A continuacion el Emperador cita unos largos testimonios de varios Santos Padres entre los cuales escogeremos el siguiente de San Gregorio Niseno).

«Los que admiten la preexistencia, me parece que no andan lejos de las fábulas paganas acerca de la trasmigracion de las almas de uno en otro cuerpo. Aquella opinion necesariamente viene á parar á este error. Afirman que uno de los sabios dijo, que antiguamente habia sido varon, luego revistió cuerpo de mujer; que en otra vida voló con las aves, que fue tambien arbusto y pez que vivió en las aguas. A mi juicio no está lejos de la verdad quien esto cree de sí mismo, porque en verdad, esta es una opinion propia de ranas y grajos chillones, de peces irracionales y de árboles insensibles. La causa de estas necedades proviene de afirmar la preexistencia. En consecuencia esta doctrina conduce á tales resultados. Si el alma decaida de una vida sublime por el vicio se hace hombre, siendo cierto que la vida corpórea está mas espuesta á las pasiones que la vida eterna é incorpórea, es preciso que el alma en esta vida donde abundan las ocasiones de pecar, esté combatida por las pasiones y dominada por los vicios. Pero el alma por las pasiones se asemeja en cierto modo á los irracionales. Ligada pues á tal vida irá decayendo á la condicion y naturaleza de bestia, y una vez metida en el vicio y viviendo á lo irracional, no tendrá ya fin en la malicia. Y de este modo cada dia irá descendiendo de mal en peor. Esta doctrina absurda nos arrastrará á admitir la ommímoda corrupcion del alma, que una vez decaida de su vida sublime, no pondrá modo á la malicia: la tiranía y el hábito de las pasiones la precipitará, en otras vidas, de lo racional á lo irracional y de aquí á lo insensible de las plantas; lo insensible está próximo á lo inanimado y esto está muy cercano á la nada; de este modo el alma poco á poco retrocederá hasta el *no ser*, sin tener facultad de volver á lo mejor. Mas sin embargo ellos vuelven á llevar el alma desde el arbusto al hombre, con lo cual demuestran que la vida de la planta es mas escelente que la vida incorpórea. Ya hemos visto que el alma caida va á lo peor ó lo que es lo mismo á lo inferior, mientras que por el contrario la vida vegetal va siempre en progreso; de donde se infiere que esta vida es superior al estado primitivo de las almas. Por lo cual vemos que es una opinion sin cabeza y sin fundamento decir que las almas viven separadas antes de la vida corporal y que por sus maldades son encarceladas en el cuerpo.

Oigamos á San Cirilo de Alejandria en su carta á los monjes de Pluta: Dicen que hay entre vosotros quienes niegan la resurreccion de los cuerpos humanos, que es un artículo de nuestra fé, que profesamos al recibir el Santo bautismo. Si esto negamos y no creemos que Cristo resucitó de entre los muertos, para resucitarnos con él, tenemos una fé manca, y apartándonos del camino real, entramos en una senda torcida. Mas este error proviene de la demencia de Orígenes, á quien nuestros padres depusieron y anatematizaron como corruptor de la verdad, porque no opinó como cristiano, sino que siguió las necedades y fábulas de los paganos. El orígen de este error es afirmar que las almas preexisten á los cuerpos, y que perdida la santidad se inclinaron á las malas pasiones desordena-

© Biblioteca Nacional de España

das, apartándose de Dios, el cual por esta causa las condenó y las encerró en la carne como en una cárcel... Que el alma no es castigada por delitos pasados se infiere de aquel testimonio de San Pablo: *Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba su merecido, segun lo que ha hecho bueno ó malo, estando en el propio cuerpo.* Si el alma hubiera vivido y pecado anteriormente, ¿por qué habríamos de responder solo de los pecados cometidos en este cuerpo y no tambien por los que cometió antes de unirse á él? Si pues somos llamados á juicio por lo que hemos hecho en el cuerpo, luego no tenemos pecado mas antiguo, porque no existió antes el alma. Esto es llano, segun el mismo sentido literal. Como dice el estraviado Orígenes, el alma recibe el cuerpo en pena y castigo de anteriores delitos, ¿por qué pues se amenaza con la muerte á los delincuentes y malvados? Antes bien convenia condenar á muerte á los buenos y á los justos, para librarlos de esta cárcel y de este suplicio, y por el contrario dejar vivir á los criminales y perversos para que les durase el castigo y no fuesen librados de sus cadenas...

Demuestra además el desvarío de Orígenes su opinion de que el cielo y el sol y la luna y las estrellas y las aguas superiores están animadas y son ciertas virtudes dotadas de razon. Pero nosotros, dice San Basilio, rechazamos estas interpretaciones como sueños incoherentes y fábulas de viejas...

Como si no bastase la impiedad de la preexistencia de las almas y las blasfemias acerca de la Santa Trinidad, los sectarios de Orígenes añaden á sus errores que las penas de todos los impíos y tambien de los demonios han de tener fin algun dia, y que tanto los réprobos como los demonios serán restituidos á su antiguo estado. Con decir esto entibian á los hombres en el cumplimiento de los preceptos divinos, apartándolos del camino angosto y estrecho y llevándolos al camino fácil y ancho del error. Pero contradicen claramente á las palabras de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, quien enseña en el Santo Evangelio que los *impíos irán al suplicio eterno y los justos á la vida eterna.* Y él mismo dirá á los que se hallen á la derecha: *Venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.* Y á los que estarán á la izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles.* Siendo así que el Señor anuncia claramente suplicio y premio interminables, es evidente que éstos prefieren los delirios de Orígenes mas que las sentencias del Señor. Mas aquí se verá su necedad. Si se admite que los suplicios han de acabar, necesariamente se habrá de admitir que tendrá fin la dicha eterna, prometida á los justos, porque del mismo modo uno y otra se llaman *eternos.* Y si la pena y la gloria tienen fin, ¿para qué encarnó Nuestro Señor Jesucristo? ¿De qué sirve la crucifixion y muerte y sepultura y resurreccion del Señor? ¿Qué ventaja logran los que pelearon buena batalla y sufrieron el martirio por Cristo, si los demonios y los impíos, siendo reintegrados, llegarán al mismo estado que los Santos?

Pero los que defienden la perversa opinion de Orígenes, despreciando estos sólidos argumentos, procuran apoyar su error en algunos dichos de los Santos Padres, mal entendidos y peor interpretados, como hacen tambien con los pasajes de la Sagrada Escritura. Nosotros pues demostraremos por los mismos Santos Padres que los discursos de los Origenistas son vanos y fútiles. Hé aquí lo que escribe San Gregorio el Teólogo: «Los que tenemos incierta la salvacion del alma inmortal que ha de su-

© Biblioteca Nacional de España

»frir una pena ó gloria sempiterna segun su malicia ó virtud ¡con qué »interés hemos de mirar esta prueba y cuánta prudencia necesitamos!«— Si unas veces dice *vapulabit multis* y otras veces *vapulabit paucis* ¿cómo se afirma, pregunta San Basilio, que no habrá fin alguno en los suplicios de los condenados? Y responde el mismo: Los dichos de la Sagrada Escritura que parecen ambiguos y oscuros se aclaran por otros lugares espresos y manifiestos. Habiendo dicho el Señor; *irán estos al suplicio eterno y los justos á la vida eterna*, y hablando en otro lugar de la *gehenna de fuego* en donde *el gusano de ellos no muere y el fuego no se apaga*, y repitiéndose esto varias veces en la Sagrada Escritura, es un engaño y astucia del diablo que muchos hombres olvidados de tales y tantas sentencias del Señor se atrevan á afirmar que en lo sucesivo tendrá fin la pena del pecado. Mas si el suplicio eterno ha de tener fin, tambien lo tendrá la vida eterna: pero si respecto á la vida no es ese el sentido del Evangelic ¿por qué razon lo será respecto al suplicio. pues de la misma manera á uno y á otro se aplica la palabra *eterno*?» San Juan Crisóstomo escribia al monje Teodoro: «Ten siempre en la memoria que no hay razon alguna para que los pecadores hayan de esperar el fin de sus castigos.» Y en otro lugar: «Preguntan los hombres si el fuego de la gehenna tendrá fin. El Señor respondió que no, diciendo: *El fuego de ellos no se apagará y el gusano de ellos no morirá*. Y San Pablo manifiesta que es perpétuo, cuando escribe: «*Los pecadores pagarán penas eternas en su ruina.*»—Así pues los sectarios de Orígenes están en oposicion con la doctrina constante de la Santa Iglesia.

Deseando Nos desterrar todo escándalo de la Santa Iglesia para que no quede en ella mancha alguna; de acuerdo con la Divina Escritura y con los Santos Padres que refutaron á Orígenes y á su malvada é impia doctrina, imponiéndole justo anatema, dirijimos esta carta á tu Beatitud, escitándole á que en union de los Santos Obispos y presidentes de los monasterios que actualmente se hallan en esta corte, condenen por escrito á Orígenes y sus perversos é impíos dogmas, así como tambien á todos sus defensores. Y en lo sucesivo nadie sea elegido Obispo ó Abad, sin que antes anatematice á Orígenes juntamente con los demás heresiarcas que ya segun costumbre son anatematizados, antes de tomar posesion etc. etc.

(Siguen los anatematismos).

FIN DE LAS NOTAS.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

Prólogo. V

CAPITULO PRIMERO.

Reseña del libro de Mr. Andrés Pezzani: *La pluralidad de existencias del alma.*—Su concepto de la inmortalidad.—Errores acerca del orígen y destino del alma.—Filosofía del autor. 1

CAPITULO II.

Refutacion general.—El error de la pluralidad de existencias no tiene relacion alguna con la doctrina de la pluralidad de mundos habitados.—Futilidad de los argumentos presentados por Pezzani.—Falta de pruebas.—Creencias de los pueblos.—Los *Misterios* paganos.—Orígenes.—El *Zohar*.—La doctrina del cristianismo. 23

CAPITULO III.

Audacia de Pezzani en desfigurar los textos de la Biblia, y la verdadera doctrina del cristianismo.—La fé de los Hebreos en la inmortalidad del alma.—El *Scheol*.—Los *Rephaim*. 41

CAPITULO IV.

La supuesta doctrina secreta de Jesucristo.—La revelacion ¿es progresiva? 65

CAPITULO V.

Pruebas contra la pluralidad de existencias del alma, deducidas de la Sagrada Escritura,—de los Concilios,—de los Santos Padres,—de las creencias de todos los pueblos. 87

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VI.

La pluralidad de existencias es absurda.—Argumentos deducidos de la misma naturaleza del alma.—Espiritualidad é inmortalidad.—Numerosas pruebas.—Un argumento nuevo.—La teoría del progreso.—Verdadero concepto de la inmortalidad. . . . 109

CAPITULO VII.

Argumentos deducidos de las facultades y operaciones del alma.—Memoria, inteligencia, voluntad —La carencia de memoria.—Una cuestion importante de psicología racional. 133

CAPITULO VIII.

(Continuacion del anterior).—La carencia de memoria.—Objeciones de los adversarios.—El orígen de las ideas, y las ideas *innatas*.—El génio y el talento.—La inspiracion.—La prevision.—Los sueños.—El sonambulismo.—Aptitudes diversas, inclinaciones, simpatías y antipatías.—Energía de la voluntad.—La ciencia y el arte.—La educacion. 159

CAPITULO IX.

Argumento contra la pluralidad de existencias tomado de los actos morales.—Las decisiones de la voluntad.—El libre albedrío y la frenología.—La virtud y el vicio.—El deber y la ley moral.—Diferencia esencial entre la prueba y la expiacion. 183

CAPITULO X.

Nuevos argumentos deducidos de los atributos divinos.—Prescience, Justicia, y Bondad de Dios.—La razon de la Providencia.—Desigualdades entre los hombres.—La muerte de los niños antes del uso de la razon.—La ley del progreso.—El último fin. . . 203

CAPITULO XI.

La existencia del mal.—Solucion preexistencianista,—panteista,—dualista,—pelagiana —Solucion católica —El pecado original.—Su naturaleza, su propagacion, sus efectos.—La Redencion.—El triunfo del bien. 225

CAPITULO XII.

La pluralidad de existencias destruye la personalidad humana,—su grandeza y dignidad.—Union sustancial del alma y el cuerpo.—La esencia de nuestro yo consiste en este compuesto.—Su disolucion temporal.—El *perispíritu*. 245

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIII.

Argumentos deducidos del concepto nocional de la vida y de la muerte.—La generacion.—Altísima dignidad de la paternidad humana.—El alma y el cuerpo.—Fuerza vital.—Revelaciones de la muerte.—El cadáver.—Los cementerios. 265

CAPITULO XIV.

Nuevas razones tomadas de la idea y deseo de felicidad.—La pluralidad de existencias es contraria á nuestros sentimientos y aspiraciones.—Inutilidad de muchas pruebas en muchas vidas para fijar nuestra suerte futura.—Estado permanente despues de la muerte 281

CAPITULO XV.

El error de la pluralidad de existencias conduce al mas desolador fatalismo.—Es injusto é inmoral.—Peligros que envuelve para la sociedad. 297

CAPITULO XVI.

Superioridad de la doctrina católica acerca del orígen y el destino del alma.—Sus solidísimos fundamentos.—Es la mas digna de Dios y del hombre.—La mas conforme á nuestra razon, á nuestros deseos y á nuestras aspiraciones. 313

CAPITULO XVII.

El Purgatorio.—No es la metempsícosis trasformada en este dogma.—Pruebas de su existencia.—Su naturaleza.—El Purgatorio y las reencarnaciones.—Importancia de esta doctrina.—Sus interesantes relaciones.—La Comunion de los Santos. 329

CAPITULO XVIII.

El Infierno.—Su existencia y eternidad.—Pruebas deducidas de la justicia y magestad divinas.—De la libertad humana.—De la imposibilidad de enmienda despues de la muerte.—De la conciencia.—Del mérito y de la pena.—De las creencias de todos los pueblos. 345

CAPITULO XIX.

¡El Cielo!—La bienaventuranza eterna.—Error de los adversarios.—Vision beatífica.—No es el quietismo.—Gloriosa actividad de nuestra alma.—Influencia sobre las facultades naturales.—Ultimo límite de la perfeccion de nuestro sér. 365

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XX.

La resurreccion de la carne.—Verdad del dogma.—Argumentos de *posibilidad*,—de *analogía*,—de *congruencia*, de *necesidad*,—de *sentido íntimo*,—de *fé*.—Pruebas deducidas de las facultades del alma,—de la perfectibilidad humana,—de la belleza ideal.—Dotes del cuerpo glorioso.—Identidad del cuerpo resucitado. . . 383

CAPITULO XXI.

¡El juicio final!.—¡La eternidad! 401

APÉNDICE.

NOTA A..... Principales errores antiguos y modernos acerca de la vida futura. 415
NOTA B..... La cábala hebrea. 424
NOTA C. ... De la inmortalidad del alma y la metempsícosis, por don Francisco de Quevedo. 427
NOTA D..... Refutacion de Orígenes, por el Emperador Justiniano. 433

© Biblioteca Nacional de España

GASPAR, EDITORES.—MADRID.

OBRAS PUBLICADAS QUE SE RECOMIENDAN POR SU MÉRITO Y BARATURA.

LA SANTA BIBLIA

TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA VULGATA LATINA, Y ANOTADA CONFORME AL SENTIDO DE LOS SANTOS PADRES Y EXPOSITORES CATOLICOS,

POR EL P. SCIO DE SAN MIGUEL.

Edicion ilustrada con grabados, el retrato del P. Scio y dos mapas. Publicada con parecer, exámen y censura de la autoridad eclesiástica.

Consta de cinco tomos en 4.° mayor. Los cuatro primeros contienen el Antiguo Testamento, y el quinto el Nuevo.

Tomo I, de 616 páginas. . . .	Pests.	—	6,50
— II, de 616 id.	»	—	6,25
— III, de 581 id.	»	—	6
— IV, de 676 id.	»	—	7
— V, de 718 id.	»	—	7,50

Se admite suscricion por tomos.

LA DIVINIDAD
DE
JESUCRISTO
por
AUGUSTO NICOLAS.

NUEVA DEMOSTRACION

sacada de los últimos ataques de la incredulidad, y en especial de los dirigidos por Mr. Renan en su obra titulada *Vida de Jesús*.

SEGUNDA EDICION.

Un tomo en 8.° mayor de 484 páginas, 5 pesetas.

LA REVOLUCION Y EL ORDEN CRISTIANO.

OBRA COMPLEMENTAL
DE
EL ESTADO SIN DIOS.

Un tomo en 8.° mayor de 368 páginas, 3 pesetas.

© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA

COMPUESTA, ENMENDADA Y AÑADIDA

POR EL P. MARIANA.

CON LA CONTINUACION

DE MINIANA,

con todos los sucesos que comprenden el reinado de Cárlos III por el conde de Floridablanca, la historia de su levantamiento, guerra y revolucion por el conde de Toreno, y la de nuestros dias por Eduardo Chao; enriquecida con notas históricas y críticas, biografías, una tabla cronológica de los sucesos mas notables, y un índice general para su mas fácil investigacion y metódico estudio.

ADORNADA

CON MULTITUD DE PRECIOSOS GRABADOS Y LÁMINAS SUELTAS, EN ACERO Y EN MADERA.

Cinco tomos en 4.° mayor, 80 pesetas.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA,

POR EL PADRE MARIANA,

CON LA CONTINUACION DE MINIANA, COMPLETADA CON TODOS LOS SUCESOS QUE COMPRENDE EL ESCRITO CLÁSICO SOBRE EL REINADO DE CARLOS III POR EL CONDE DE FLORIDABLANCA, LA HISTORIA DE SU LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION, POR EL CONDE DE TORENO, Y LA CONTEMPORÁNEA HASTA NUESTROS DIAS.

EDICION ECONOMICA ILUSTRADA CON GRABADOS.

Tres tomos en 4.° mayor, 19 pesetas.

VIDA Y VIAJES
DE
CRISTOBAL COLON
por
WASHINGTON IRVING.

Un tomo en 4.° mayor, de 256 páginas, edicion ilustrada, 2 pests. 50 cénts.

© Biblioteca Nacional de España

MITOLOGIA UNIVERSAL

HISTORIA Y ESPLICACION

DE LAS IDEAS RELIGIOSAS Y TEOLÓGICAS DE TODOS LOS SIGLOS; DE LOS DIOSES DE LA INDIA, EL THIBET, LA CHINA, EL ASIA, EL EGIPTO, LA GRECIA Y EL MUNDO ROMANO; DE LAS DIVINIDADES DE LOS PUEBLOS ESLAVOS Y GERMANOS; DE LA IDOLATRÍA Y EL FETICHISMO AMERICANO Y AFRICANO, ETC.

POR

D. JUAN BAUTISTA CARRASCO.

Un tomo en 4.° de 772 páginas, con láminas, 12 pesetas.

GEOGRAFIA GENERAL DE ESPAÑA

COMPARADA CON LA PRIMITIVA ANTIGUA Y MODERNA,

SEGUN SUS MONUMENTOS,

POR

DON JUAN BAUTISTA CARRASCO.

Esplicada por la estadística, segun su presente division territorial de las cuarenta y nueve provincias, inclusas las islas adyacentes, con la descripcion de cada una, sus límites, estension, poblacion, producciones é industria, etc., etc.,

Un tomo en 4.° de 848 páginas.—14 pesetas.

ATLAS GEOGRÁFICO DE ESPAÑA

ISLAS ADYACENTES Y POSESIONES ESPAÑOLAS DE ULTRAMAR

con su actual division territorial, cabezas de partido, carreteras y ferro-carriles. De tamaño suficiente para poderse estudiar y colocar en un cuadro.

POR D. M. FERREIROS.

Coleccion de 58 mapas en acero, iluminados á la aguada, y estampados en escelente papel.

Á 2 REALES SUELTOS.

© Biblioteca Nacional de España

A. DE HUMBOLDT.

COSMOS

ENSAYO DE UNA DESCRIPCION FISICA DEL MUNDO

por

ALEJANDRO DE HUMBOLDT,

vertida al castellano

por Bernardo Giner y Jose de Fuentes.

Esta obra, conocida ya en todo el mundo, está apreciada por los hombres científicos como uno de los mas bellos monumentos literarios que el ingenio humano ha levantado á la grandeza del Creador.

Consta de cuatro tomos en 8.° mayor, el primero de 456 páginas, el segundo de 482, el tercero de 600 y el cuarto de 634.

Precio de cada tomo 6 pesetas 25 céntimos.

LA

VUELTA AL MUNDO.

VIAJES INTERESANTES Y NOVISIMOS POR TODOS LOS PAISES,

CON GRABADOS POR LOS MEJORES ARTISTAS.

Gran obra de viajes alrededor del globo, con noticias sobre la situacion, gobierno, costumbres, usos, trages, etc., de los diversos paises.

Esta obra forma una pequeña enciclopedia de las mas interesantes, nuevas y dramáticas relaciones, con viñetas, cuadros, vistas y descripciones que nada dejan que desear, para instruccion y recreo de los lectores.—Se han publicado seis tomos en fólio.

El tomo	I.	de 376	páginas.	Ptas.	—	11,75
El —	II.	de 376	—	»	—	11,75
El —	III.	de 360	—	»	—	11,25
El —	IV.	de 376	—	»	—	11,75
El —	V.	de 384	—	»	—	12
El —	VI.	de 468	—	»	—	11,50

© Biblioteca Nacional de España

TRATADO
DE
PATOLOGIA
ESTERNA
Y DE
MEDICINA OPERATORIA CON RESUMENES DE ANATOMIA
DE LOS TEJIDOS Y DE LAS REGIONES.

POR

Aug. VIDAL (de Cassis),

Cirujano del hospital del Mediodía, Catedrático agregado en la facultad de medicina de París, Catedrático particular de patología esterna y medicina operatoria, premiado por el Instituto de Francia, Caballero de la Legion de Honor, Miembro fundador de la Sociedad Quirúrgica, de la Médica de Emulacion, individuo de la sociedad de los Médicos Alemanes en París, corresponsal de las de Medicina de Marsella y Atenas, y de la de Cirujía de Madrid.

TRADUCIDO DE LA ÚLTIMA EDICION REVISADA, CORREGIDA Y AUMENTADA

POR EL MISMO AUTOR,

BAJO LA DIRECCION DE DON IGNACIO OLIVA,

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJÍA.

Con 600 grabados intercalados en el testo.

Consta de seis tomos en 4.° ilustrados con grabados.

Tomo I, 562 páginas. Tomo II, 564. Tomo III, 574. Tomo IV, 668. Tomo V, 662. Tomo VI, 666.

Precio de toda la obra.—39 pesetas.

COMENTARIO
CRITICO, JURIDICO, LITERAL,
A LAS 83 LEYES DE TORO,

POR

DON SANCHO LLAMAS Y MOLINA,

QUINTA EDICION

NUEVAMENTE ADICIONADA CON UN APÉNDICE

POR

DON J. VICENTE Y CARAVANTES.

Dos tomos en 8.° mayor de 500 páginas el primero y 666 el segundo.—15 pesetas.

© Biblioteca Nacional de España

DICCIONARIO

ENCICLOPÉDICO

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

Con todas las vozes, acepciones, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje comun antiguo y moderno; las de ciencias, artes y oficios; las notables de historia, biografía, mitología y geografía universal y todas las particulares de las provincias españolas y americanas.

POR UNA SOCIEDAD DE PERSONAS ESPECIALES

EN LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

LOS SEÑORES DON AUGUSTO ULLOA, FELIX GUERRO VIDAL, FERNANDO FRAGOSO, FRANCISCO MADINA-VEITIA, ISIDORO FERNANDEZ MONJE, JOSÉ PLÁCIDO SANSON, JOSÉ TORRES MENA, JUAN CREUS, JUAN DIEGO PEREZ, LUIS DE ARÉVALO Y GENER, JUAN SALAS, VENTURA RUIZ AGUILERA, Y VARIOS DE LOS PRINCIPALES ARTISTAS DE MADRID.

REVISADO

por D. Domingo Fontan, ex-director del Observatorio astronómico de Madrid, catedrático de Matemáticas sublimes, y autor de la *Gran carta de Galicia*.—D. Facundo Goñi, catedrático de Filosofía y derecho internacional del Ateneo científico y literario de Madrid.—D. Joaquin Avendaño, inspector general de las escuelas del Reino y autor de varias obras.—D. José Amador de los Rios, individuo de la Academia de la Historia y catedrático de Literatura de la Universidad de Madrid.—D. Juan Bautista Alonso, antiguo abogado del Colejio de Madrid y escritor público.—D. Patricio Filgueira, ingeniero de Minas, alumno de la Escuela nacional de Minas, Artes y Manufacturas de Bélgica.—D. Pedro Mata, catedrático de la facultad de Medicina de Madrid y del Ateneo, y autor de varias obras.—D. Rafael Martinez, doctor en Medicina, licenciado en Ciencias Naturales y rejente en Botánica.—D. Tomás Garcia Luna, catedrático del Ateneo y autor de varias obras.

Y ordenado

POR DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

NUEVA EDICION.

ADICIONADO NUEVAMENTE CON UN SUPLEMENTO, COMPRENSIVO DE TODAS LAS VOZES AUTORIZADAS POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA ÚLTIMA EDICION DE SU DICCIONARIO Y CON OTRAS VARIAS, HASTA UNAS CINCO MIL CORRESPONDIENTES Á LA INDOLE ENCICLOPÉDICA DE LA OBRA.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.—Este gran Diccionario consta de dos grandes volúmenes, conteniendo todo 154 entregas. El primer tomo contiene 66 y el segundo 88. Cada entrega es de 16 grandes páginas á 4 columnas. El precio de estas entregas es á real en Madrid y real y cuartillo en provincias, franco el porte. Los repartos se harán por séries de 4 entregas cada una, de manera que todo se repartirá en 38 séries y media, resultando que cada série costará 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, franco el porte. Se reparte una cada semana. La primera entrega se reparte sola y se remite á todos los puntos de suscricion para muestra y para que circule con profusion.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD DE EXISTENCIAS DEL ALMA ANTE EL SENTIDO COMUN, se halla de venta al precio de 4 pesetas en toda España.

LA PLURALIDAD

DE

MUNDOS HABITADOS

ANTE LA FÉ CATÓLICA

Estudio en que se examina la habitacion de los astros en relacion de los dogmas católicos, se demuestra su perfecta armonia con éstos, y se refutan muchos errores de Mr. Flammarion, por don Niceto Alonso Perujo, doctor en Teología y en derecho canónico, etc., canónigo doctoral de la santa iglesia metropolitana de Valencia.

Un tomo en 8.° mayor de 456 páginas, 3 pesetas 50 cénts en toda España.

LIBROS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLON,

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO PROVINCIAL DE VALENCIA.

ELEMENTOS DE PSICOLOGIA, epítome filosófico-tomista, arreglado para que pueda servir de texto en los Institutos, Seminarios y Colegios, 10 rs.

ELEMENTOS DE LOGICA, id. id., 12 rs.

PROGRAMA DE PSICOLOGIA, LOGICA Y ETICA, 2 rs.

COSTUMBRES POPULARES DE LA SIERRA DE ALBARRACIN: cuatro cuentos originales, tercera edicion, 8 rs.

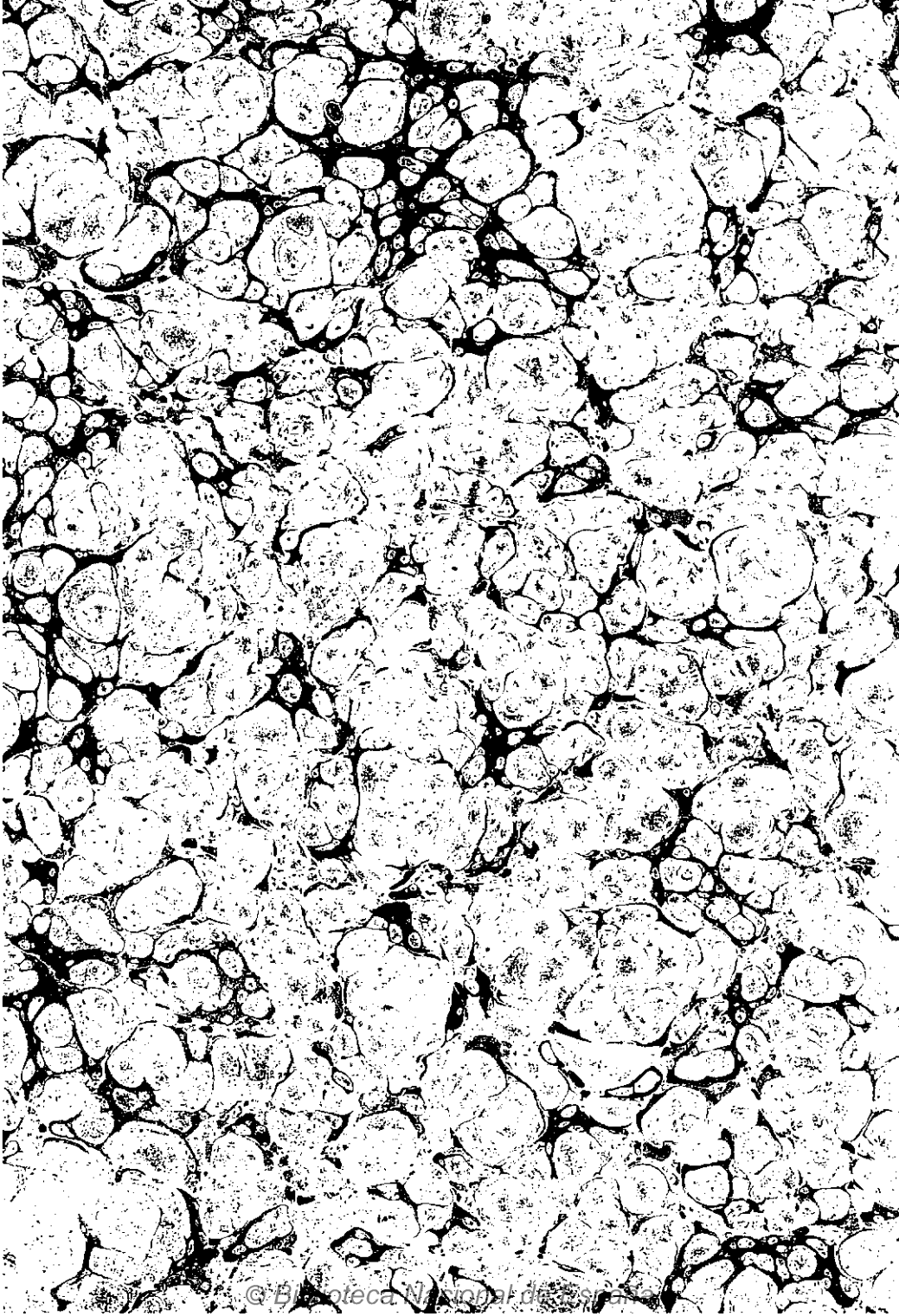
LOS MAYOS, novela original de costumbres aragonesas, con un prólogo de don Marcelino Menendez Pelayo, 10 rs.

ELOGIO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, discurso leido en la Juventud católica de Valencia, 2 rs.

Se venden en esta librería y en casa del autor, San Vicente, 146, 2.°, Valencia.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España


© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1103202265

© Biblioteca Nacional de España